

A close-up portrait of Enrique Rodríguez Galindo, a high-ranking Spanish military officer. He is wearing a dark blue military uniform with a peaked cap, a white shirt, and a dark tie. His uniform is adorned with several medals and a colorful sash. He is looking upwards and to the left with a serious expression. The background is blurred, showing a crowd of people.

**ENRIQUE RODRÍGUEZ
GALINDO**

MI VIDA CONTRA

ETA

**La lucha antiterrorista desde
el cuartel de Inchaurreondo**

**INCLuye
CD CON
INFORMACIÓN
ADICIONAL**



**ENRIQUE RODRÍGUEZ
GALINDO**

MI VIDA CONTRA

ETA

**La lucha antiterrorista desde
el cuartel de Inchaurreondo**

**INCLUYE
CD CON
INFORMACIÓN
ADICIONAL**

 **Planeta**

Jesús María Zuloaga

Mi vida contra ETA

General Enrique Rodríguez Galindo

ePub r1.1

Editorial Planeta 2006

Se trata, pues, de un documento único que quedará para la historia del combate desigual entre la mayor banda criminal de la historia de España y un grupo de guardias civiles dirigido por el General Rodríguez Galindo desde el famoso cuartel de Ínchaurreondo. Esta obra es un homenaje a las víctimas del terrorismo etarra en boca de quien entregó los mejores años de su vida para combatir a esa organización. El general Rodríguez Galindo creó una red de confidentes que se convirtió en la columna vertebral de su lucha, unida a una inteligente explotación de la información obtenida. Todo ello lo convirtió en la persona que más y mejor ha combatido a la banda terrorista. Si bien se ha escrito mucho sobre la detención de la cúpula etarra en Bidart el 29 de marzo de 1992 (episodio que la propia ETA reconoce como un punto de inflexión en su historia), ésta es la primera vez que se cuenta por boca de su verdadero artífice. En definitiva, este libro recoge la pequeña gran historia de sus hombres, de sus éxitos y de sus desgracias, contada con la generosidad que sólo un carismático jefe puede demostrar.

[Título](#)

[Sinopsis](#)

[índice](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[01. 1980. Llegada a San Sebastián](#)

[02. 1981. Dormir sobre ataúdes](#)

[03. 1982. Cascos de guerra en Inchaurren](#)

[04. 1983. La guerra de las banderas](#)

[05. 1984. Francia empieza a colaborar](#)

[06. 1985. Secuestro de Angel Urteaga](#)

[07. 1986. El año de Sokoa](#)

[08. 1987. Captura del comando Madrid](#)

[09. 1988. Ofrecimiento de tregua](#)

[10. 1989. Duelo en la Audiencia Nacional](#)

[11. 1990. Parot](#)

[12. 1991. Vic. La masacre. La reacción](#)

[13. 1992. Bidart](#)

[14. 1993. ETA se rehace](#)

[15. 1994. Jueces al frente de Interior](#)

16. 1995. ETA ataca a la cúpula del PP

17. Ascenso a general

A las víctimas de ETA.

A Inchaurredo, verdadero primer cuartel
en la lucha antiterrorista, ejemplo de valor,
entrega y sacrificio, a veces heroico.

A los hombres y mujeres que
pasaron por él. Todos ellos son los protagonistas de esta
historia

Prólogo

Conocí a Enrique Rodríguez Galindo en febrero de 1987. Acababa de entrar en ABC y Luis María Anson quería dar un giro a la información sobre ETA. Pretendía que los lectores del periódico no tuvieran que conformarse con la narración de los atentados, las condenas y el entierro de las víctimas. Y cuando se producía alguna operación policial, la publicación de la correspondiente «nota» del Ministerio de Interior. Sabía que detrás del impenetrable muro de la lucha antiterrorista estaban las claves para lograr, también en este terreno, un periodismo combativo acorde con la línea que había dado al diario y cuyo número de lectores crecía mes a mes.

La tarea me parecía imposible y no sabía por dónde empezar. En las primeras entrevistas no tuve mucha suerte hasta que un buen día llegué al despacho del abogado Jorge Argote. Le expliqué, con todo el entusiasmo de que era capaz, el proyecto que tenía entre manos. Lo comprendió y se lo hizo suyo desde el primer momento. Se ocupaba entonces de la defensa de los miembros de las Fuerzas de Seguridad destinados en el País Vasco y Navarra, contra los que el «frente jurídico» de ETA desplegaba todas sus baterías con el fin de hacer inviable su actividad profesional.

—La semana que viene subo al Norte, ¿por qué no me acompañas? —me propuso Argote. Dicho y hecho.

El comandante Galindo, jefe del Servicio de Información de la 513 Comandancia (Guipúzcoa), se encontraba en su despacho del cuartel de Ínchaurreondo, en San Sebastián, junto con tres oficiales, uno de ellos el inolvidable comandante Gonzalo Pérez (entonces teniente), que murió luchando contra el terrorismo islamista en Iraq.

Me llamó la atención su mirada seria y a la vez acogedora. Imponía un respeto impresionante y, sin embargo, invitaba a la compañía. Sentí que me estudiaba mientras escuchaba en silencio lo que exponía con cierto nerviosismo. El nombre de Galindo como uno de los mejores agentes antiterroristas empezaba a conocerse. Cuando terminé de hablar contestó

con un «ya veremos». No sabía entonces que acababa de conocer al que ha sido y es uno de mis mejores amigos, al que le debo haberme enseñado a «pensar». Me explico. Un día, pasados algunos meses, me advirtió: «No esperes que te dé noticias, pero te ayudaré a que comprendas el fenómeno del terrorismo para que, y esto es lo más importante, no te equivoques y sepas interpretar correctamente cualquier hecho que se produzca.» Ha costado que Galindo se decida a escribir este libro, que narra sus dieciséis años de lucha contra la peor banda de delincuentes que ha conocido España, en los que consiguió doblegar a la ETA más sanguinaria y efectiva, que mandaba el colectivo Artapalo. Este guardia civil ha hecho de la discreción una norma absoluta y cuando su nombre ha saltado a los medios de comunicación, para bien o para mal, ha sido muy a su pesar.

Esa discreción ha provocado que sus enemigos, que no son pocos (y no solamente en las filas de ETA) hayan intentado escribir su historia y, con absoluta injusticia, tratar de perpetuar al que ha sido y es un servidor de España en primera línea, como un turbio personaje. La justicia ha ido, poco a poco, desmontando todas aquellas falacias salvo la que le llevó a la cárcel y a la pérdida de la condición de militar, el episodio más doloroso de su vida, en un proceso atizado mediáticamente con unos evidentes fines políticos. Estoy seguro de que el paso del tiempo —y ojalá que pueda ser en vida de Rodríguez Galindo—, permita demostrar lo que ha defendido siempre y en lo que yo creo sin ningún género de duda: su inocencia y la de sus hombres.

Galindo podría haber aprovechado este libro para contestar a tantas maledicencias y para escribir un panegírico de sí mismo, pero no lo ha hecho. La obra constituye un ejemplo de generosidad porque es, ante todo, un homenaje a las víctimas del terrorismo etarra y a los hombres y mujeres de la Guardia Civil que pasaron por el cuartel de Inchaurren. Estoy seguro de que al pasar la última página el lector, además de haber podido interiorizar la dureza de la lucha antiterrorista y la soledad en la que tantas veces se encontraron los agentes que la protagonizaban, sabrá de la dimensión humana, de la sencillez y del patriotismo de un hombre que, junto a su familia, entregó los mejores años de su vida para combatir a la banda criminal.

Detrás de ese rostro serio y, sobre todo, militar, se esconde una persona que ha dedicado toda su vida a la Guardia Civil. Durante las muchas horas que he tenido la suerte de compartir con Galindo en estos diecinueve años largos, me ha contado más de una vez, porque es algo que lleva en el corazón, los primeros pasos que dio para entrar en la Benemérita y cómo su padre, un sargento del cuerpo que además era carpintero, le fabricó aquella maleta de madera con la que en un vagón de tercera viajó, en septiembre de 1958 desde la población granadina de Huetor Santillán (su progenitor era el Comandante de puesto) hasta la Academia de Guardias de Úbeda, en Jaén. Su ilusión era la de ingresar en la Academia General Militar de Zaragoza (AGM) para llegar a ser un oficial de la Benemérita, lo que consiguió en junio del año siguiente. Cuenta Galindo que cuando llamó para comunicarle a su padre que ya era cadete a éste se le cayó el teléfono de la emoción. Oírle hablar de su paso por la AGM, de los profesores y de sus compañeros de la XIX Promoción, del acto de Jura a la Bandera, de los años de estudio en la Academia de Oficiales de la Guardia Civil, que entonces estaba en Madrid y hoy en Aranjuez, de las incontables anécdotas vividas... en definitiva, del comienzo de su carrera militar, demuestran hasta qué punto la vocación impregnó toda su vida.

Y cómo se ha esforzado por cumplir el Decálogo del Cadete: ser valeroso y abnegado; amor a la responsabilidad y decisión para resolver; sentir un noble compañerismo... Y la Cartilla que elaboró el Duque de Ahumada, fundador de la Guardia Civil: no debe ser temido sino de los malhechores; será un pronóstico feliz para el afligido...

Ya de teniente estuvo destinado en Teruel (Cantavieja, Alcorisa) hasta que pidió ser voluntario para dos vacantes que había en el Sáhara y en Guinea Ecuatorial y le concedieron las dos. Con una sonrisa, que utiliza más de lo que algunos piensan, comenta que cuando sus mandos le preguntaron adonde quería ir les preguntó: «¿Dónde se cobra más?» «En Guinea», le contestaron. Pues a Guinea se fue. Galindo se acababa de casar, el sueldo de teniente no daba para mucho y la paga en nuestros antiguos territorios de África era considerablemente superior.

No ha habido sobremesa en la que su estancia en Guinea no haya formado parte de la conversación. Desde su salida del puerto de Cádiz, en octubre de

1965, en el vapor Domine en el que, tras veinte días de travesía, llegó a Fernando Poo (hoy Malabo), hasta su regreso a España con las últimas tropas que abandonaron el territorio tras la independencia, en abril de 1969. Ha sido el destino que Galindo recuerda con más cariño y allí nació su segunda hija, Kika.

El patrimonio de este militar, dentro de las muchas campañas que se han lanzado en su contra, ha sido objeto de numerosas investigaciones sin que se hallara nada irregular. Fueron precisamente los ahorros que hizo en Guinea los que le permitieron comprar un modesto piso en Madrid, que, después, al cambiar de destino, vendió, y así sucesivamente hasta el que reside en la actualidad.

El País Vasco iba a marcar la vida de Galindo que, en 1969, fue destinado al subsector de Tráfico de Guipúzcoa. Operaba en aquellas tierras una ETA incipiente que había cometido varios asesinatos, entre ellos el del guardia José Pardines, en junio del año anterior. Ya de capitán, estaba destinado en Cádiz, fue designado jefe de orden público de la Vuelta Ciclista a España de 1978. La etapa contrarreloj que tenía su inicio y final en San Sebastián tuvo que ser suspendida por la violencia separatista. Esta prueba nunca ha vuelto a discurrir por aquellas tierras. En 1980, con el empleo de comandante, volvió a Guipúzcoa y se inicia el periodo de su vida profesional que Galindo nos cuenta en este libro. El día que hacía la Primera Comunión su hijo Juan, en la actualidad capitán de la Guardia Civil, recibió un telegrama de sus mandos: «Diga si es voluntario para la Comandancia de Guipúzcoa.» Por la misma vía, y con el mismo laconismo, contestó que sí.

La situación en el País Vasco era tremenda. Actuaban tres bandas, las dos «ramas» de ETA (la político-militar y la militar) y los Comandos Autónomos Anticapitalistas. El ambiente general era de derrota, la victoria sobre el terrorismo parecía imposible, en especial para los políticos que estaban entonces en el poder. Se trataba de resistir, aunque para ello hubiera que asegurar ventanas y puertas de los cuarteles con sacos terreros. Galindo investigó, desde el primer momento, el fenómeno terrorista y confeccionó unos álbumes con las fotos de los pistoleros. «Jugaba con aquellas caras frías en blanco y negro, como un niño con sus cromos de futbolistas,

intentando averiguar nombre, comando al que habían pertenecido, acciones más importantes en que habían participado», según nos relata.

Voluntad de vencer

Cuánto significado se encierran en estas tres palabras. La moral, el ánimo de una unidad es fundamental si se quiere obtener la victoria. Y Galindo lo puso en práctica hasta conseguir con el paso de los años que el cuartel de Inchaurrondo fuera el más temido por ETA. Y fue él, con su familia, el primero que ocupó, aunque de forma precaria, estas dependencias de la Guardia Civil. Se propuso, y lo consiguió, convertir Inchaurrondo en una pequeña ciudad con más de trescientos niños correteando por sus calles. Economato, cafetería, piscina y capilla. Poco a poco, arrancando a Madrid peseta a peseta de unos presupuestos siempre insuficientes, logró que en aquellos bloques que se ven desde la autopista cuando se sale de San Sebastián en dirección a Francia, se forjara una comunidad humana, orgullosa de pertenecer a esa Comandancia, con un espíritu a prueba de bombas (nunca mejor dicho) y, sobre todo, con una resuelta voluntad de vencer.

Todas las épocas de ETA han tenido a un pistolero que era temido por su peligrosidad, por su carácter sanguinario. Cuando Galindo se hizo cargo del Servicio de Información ese sujeto era Jesús María Zabarte Arregui, Garratz y Carnicero de Mondragón. Galindo había empezado a captar confidentes —a él le gusta que se les llame colaboradores— y uno de ellos, una mujer, le dio la pista que condujo a la Guardia Civil a su captura en una espectacular operación cuya lectura no permite, por su intensidad, ni el más mínimo descanso. Un niño que vivía en la casa en la que se escondía el pistolero fue salvado por la Benemérita. Con el paso de los años, ingresó en ETA y fue detenido, también por la Guardia Civil, cuando era miembro del comando Madrid.

Otro colaborador, miembro de los Comandos Autónomos, daría a Galindo las pistas para capturar a Javier Bereciartúa, uno de los máximos responsables de esta banda criminal, y para liberar al empresario Carasusan, que había sido secuestrado. La lista de confidentes que el jefe de Inchaurrondo llegó a tener dentro de las distintas ramas de ETA es amplia,

aunque la obligada discreción (muchos de ellos siguen trabajando para la Guardia Civil) le ha llevado a ser muy prudente al referirse a ellos.

No obstante, la lectura del libro nos ofrece un auténtico «manual» de cómo debe ser el trato entre un agente de las Fuerzas de Seguridad y un confidente de una banda. Si, como en este caso, el agente lo hace bien, al final prima más el factor humano que el económico, el dinero que se pueda entregar al terrorista. Galindo logró con sus colaboradores una relación de amistad que aún hoy perdura. A algunos de ellos llegó a convencerles del error que habían cometido al militar en ETA, de la inutilidad de las actividades criminales.

En muchas ocasiones, la relación que se establece entre el agente y el confidente es de dependencia. Éste vive con la permanente amenaza de que, si no colabora, puede ser delatado a sus compañeros de la banda. Al principio se le da mucho dinero, pero la cantidad se va rebajando porque a partir de la primera entrega está atado de pies y manos. La estrategia de Galindo era, como se ha dicho, totalmente distinta y los resultados obtenidos demostraron que era la correcta.

Un aspecto poco conocido del autor es el de los contactos que, con la autorización del Gobierno, mantuvo con dirigentes de ETA, entre ellos con Domingo Iturbe Abásolo, Txomin. El lector tendrá ocasión de comprobar que en 1984 la banda mantenía las mismas exigencias que ahora y que los esfuerzos de Galindo por abrir una vía de diálogo para acabar con el terrorismo acabaron en el fracaso por culpa de la cerrazón de los pistoleros. Puede llamar la atención que el guardia civil bajo cuyas órdenes han sido desarticulados el mayor número de comandos y se han realizado las operaciones más importantes en Francia protagonizara unas conversaciones con sus peores enemigos. Precisamente, como buen conocedor de ETA, siempre ha defendido que la solución final al problema del terrorismo tendría que venir de la mano de una negociación, pero, eso sí, con una banda que hubiera sido reducida casi a la nada con anterioridad. En 1992, tras la operación de Bidart, planteó una inteligente propuesta en este sentido, pero, lamentablemente, no se le hizo caso.

Los interesados en conocer los entresijos de algunas de esas operaciones en territorio galo encontrarán en el libro cumplida satisfacción a su curiosidad.

Por ejemplo, en la que condujo al descubrimiento de un zulo en la cooperativa Sokoa de Hendaya. Unos transmisores, facilitados por la CIA, que estaban escondidos en las empuñaduras de dos misiles tierra-aire SAM-7 que un traficante hizo llegar a la banda permitieron dar con el escondite en el que se guardaba, entre otras cosas, la «contabilidad» de ETA. Era la primera vez que se utilizaban este tipo de ingenios y hubo muchas complicaciones.

Si la captura de un etarra fue espectacular fue la de José Antonio López Ruiz, Kubati. Al igual que Zabarte, su capacidad asesina le había hecho tristemente famoso y cumplía las normas de la clandestinidad con tal rigor que su localización era una misión poco menos que imposible. La fe, la voluntad de vencer y, por qué no decirlo, la suerte de los campeones, unido al trabajo de cientos de agentes que vigilaban la práctica totalidad de las cabinas de teléfono de la provincia de Guipúzcoa, lograron el éxito. Creo que sólo en una unidad como el cuartel de Ínchaurreondo y bajo el mando un oficial tan carismático entre sus hombres como Galindo era posible una operación de esa envergadura.

La desarticulación del comando Éibar reúne todos los ingredientes de suspense, audacia y valentía. Un nuevo confidente, Eduardo, colaborador de esa célula, decide ayudar a la Guardia Civil. No es el dinero lo que le motiva sino razones más poderosas. Galindo se da cuenta desde el primer momento y le trata como a un amigo. Más que una compensación económica lo que precisaba era del apoyo para poder materializar su venganza contra los terroristas que se escondían... ¡en su propia casa! Acababa de comenzar 1989 y ETA estaba en tregua. El Gobierno no quería detenciones —¿a qué le suena al lector? — el comando no se podía escapar; una encrucijada que el jefe de Ínchaurreondo supo resolver con maestría.

A partir de ahí, y gracias a una inteligente explotación de la información obtenida se suceden nuevas operaciones. Cae el comando Araba, que trataba de huir en un camión a Francia. Dos de los pistoleros mueren al desoír las órdenes de la Guardia Civil y disparar sus armas contra los agentes, que repelen la agresión. Eduardo, que ha «escapado» de la desarticulación del comando Éibar, se instala en Francia y facilita a Galindo una serie de pistas que permiten la detención de importantes cabecillas

hasta llegar a la cúpula de la organización criminal el 29 de marzo de 1992, en Bidart.

Mucho se ha escrito sobre esta operación, pero es la primera vez que lo hace el que la dirigió. El relato es apasionante. La Guardia Civil no gozaba entonces de las facilidades de las que ha dispuesto en los últimos años para moverse por Francia, y los agentes tenían que seguir a los etarras y, a la vez, mantenerse en la más absoluta clandestinidad para no ser detectados por los policías galos. En varias ocasiones estuvo a punto de irse al traste la investigación. Pero, al final, José Luis Álvarez Santacristina, Txelis, Francisco Múgica Garmendia, Pakito, y José Arregui Erostarbe, Fiti, fueron arrestados. Se daba, en ese momento, la puntilla a la ETA más efectiva por sanguinaria que, además, tenía ultimados los planes para desestabilizar España durante los importantes acontecimientos que tuvieron lugar en 1992.

La imagen de Galindo con el pulgar de su mano derecha hacia arriba en señal de victoria mientras abandonaba aquella noche la sede de la Policía Judicial en Bayona marca un antes y un después en ETA, como reconoció la propia banda en documentos internos. Pero aquella contribución a la paz y a la seguridad de todos los españoles no disuadió a sus enemigos que ya llevaban cuatro años urdiendo campañas de difamación contra el agente que más efectividad había demostrado contra los terroristas. Una serie de informaciones facilitadas por un individuo relacionado con Herri Batasuna, que, precisamente, había sido detenido por agentes de Ínchaurreondo en una operación contra el tráfico de drogas, dio lugar al llamado Informe Navajas en él se incluían una serie de insinuaciones sobre Rodríguez Galindo en asuntos de contrabando y a una supuesta fortuna personal (once pisos, ocultación de datos a hacienda, etc.) que, con el paso del tiempo, la propia Justicia se encargó de demostrar que eran falsas. Como cuenta el autor, aquello dio lugar a una pesadilla atroz que no terminaría nunca.

Uno de los momentos más dramáticos e intensos del libro es aquel en el que Galindo narra la reunión que mantuvo con toda la plantilla del cuartel de Ínchaurreondo ante la que defendió su inocencia. No me resisto a adelantar al lector uno de los párrafos de las palabras que pronunció: «Mi honor está tan limpio y puro como el día que lo recibí, al jurar y besar la bandera de

España el 15 de diciembre de 1958 con este uniforme con el que me enterrarán. Si algún día lo perdiera, es tal el concepto que de él tengo que vería lícito que, según vuestra conciencia, usarais las armas que la Patria os ha confiado, contra mí, pues no sería ni español ni guardia civil.»

Cien veces que se leyera este libro y cien libros que escribiera Enrique Rodríguez Galindo sobre este asunto no serían suficientes para conocer en toda su intensidad el dolor por el que han pasado él y su familia. Sentencias de los tribunales que se recogen en esta obra desmontan todas las acusaciones del citado informe que, ¡vaya casualidad!, fueron llevadas a los tribunales por una organización próxima a Herri Batasuna. En cualquier caso, el calvario judicial no había hecho sino empezar.

Voy a contar por primera vez, y lo hago porque hay varios testigos que lo pueden confirmar, una reunión que mantuvimos el subdirector y varios redactores jefe de ABC con el entonces jefe de la oposición, José María Aznar, en la sede del Partido Popular de la calle Génova de Madrid. Estaba en plena efervescencia el asunto GAL que se atizaba desde algunos medios informativos y, por supuesto, desde el PP. El objetivo no era otro que hacer caer al Gobierno de Felipe González. «Para llegar al poder (o para mantenerse, añadido ahora) no vale todo», le dije a Aznar. No sé si en la jornada electoral del 14 de marzo de 2004, después del fatídico día 11, llegó a acordarse de mis palabras. Usar el terrorismo como arma política es siempre un error y tengo la impresión de que no va a pasar mucho tiempo sin que, de nuevo, en España, comprobemos la certeza de esta afirmación.

La tramitación en la Audiencia Nacional del sumario por el secuestro y asesinato de los etarras Lasa y Zabala se produjo dentro de esta campaña. La inició un juez, Carlos Bueren, al que conozco bien, profesional, independiente que, para los que creían haber dado por fin con un asunto para llegar hasta el mismísimo Felipe González, no avanzaba con la suficiente celeridad y en el sentido deseado. No voy a entrar en las razones por las que renunció a su puesto, ya que las desconozco. Fue sustituido (después de una serie de movimientos que, para un profano como yo en asuntos judiciales, me parecieron extraños), por Javier Gómez de Liaño. Supongo que fue mi persistencia en defender la inocencia de Galindo y la de sus hombres la que me llevó a declarar dos veces ante Su Señoría en

unos interrogatorios que, creo, no tenían otra finalidad que la de presionarme. De ambos salí abochornado y con muy serias dudas sobre la independencia de la Justicia. Con el paso del tiempo, fueron los propios jueces los que cuestionaron su profesionalidad y le apartaron de la carrera. Claro que entonces estaba por medio un poderoso y no un grupo de guardias civiles.

Al estar pendiente el recurso que sus abogados han presentado ante el Tribunal de Estrasburgo, Enrique Rodríguez Galindo no entra de lleno en este asunto que ha condicionado su vida y le ha hecho pasar seis años en prisión. Sí relata, con absoluta objetividad, al ceñirse a los hechos contrastados, las peculiaridades que se produjeron en la tramitación del sumario, desde la aparición de los restos de los etarras hasta el continuo goteo de testigos que, al final, se demostró que solamente podían serlo de referencia y que incurrieron en notables contradicciones. Incluso uno de ellos admitió haber recibido dinero del Ministerio de Interior para prestar declaración.

Cuesta comprender, pero las leyes son así, que la inocencia o culpabilidad de un hombre que ha dado tanto por España, su permanencia en la carrera militar o su expulsión, su libertad, la decidiera el Tribunal Constitucional en una votación de siete a cinco. En la obra se incluye un resumen del voto particular de los que consideraron que se había vulnerado la presunción de inocencia de Rodríguez Galindo.

Tuve el honor de asistir como amigo, que no como periodista (la superioridad decidió que no hubiera informadores), a la imposición del fajín de general a Enrique Rodríguez Galindo. Fue un acto emocionante y un soplo de aire fresco en medio de la intensa campaña que se desarrollaba contra él. Y fue, como este libro, un homenaje a los guardias del cuartel de Ínchaurreondo: «Bien podéis —dijo— estar orgullosos de vuestro trabajo, compañeros de la Comandancia de Guipúzcoa, los actuales y los pasados, los vivos y los muertos, a nadie le debéis nada y sí os deben a vosotros algo de tanto valor como la vida propia. Yo estoy orgulloso de ser vuestro amigo y de haber sido vuestro jefe».

Al terminar quiero volver al principio, a aquel febrero de 1987 en que le conocí. El objetivo de conseguir hacer un periodismo combativo,

comprometido con España y su Constitución, de denuncia permanente del terrorismo separatista, se fue logrando con el paso de los años. No sólo la Comandancia de Guipúzcoa y la Guardia Civil nos ayudaron a conseguirlo. Pero el cuartel de Ínchaurreondo, por su carácter emblemático, fue siempre una referencia obligada. El libro que sigue a este modesto prólogo recoge la pequeña gran historia de sus hombres, de sus éxitos y de sus desgracias — porque fueron muchos los asesinados— contada con la generosidad que sólo un jefe carismático y que nunca olvidó la máxima de que MANDAR ES SERVIR podía desarrollar. Muchos le seguimos dando el trato de general porque una decisión de la Justicia no nos puede arrebatarnos la admiración y el respeto que sentimos hacia Enrique Rodríguez Galindo. Mi general, muchas gracias por todo.

JESÚS MARÍA ZULOAGA

Julio de 2006.

Introducción

Sirvan estas palabras no sólo como introducción sino también para presentarme, para que el lector conozca mis razones y pueda sentirse cómplice de lo que pienso, de lo que escribo y de lo que dejo de escribir, y de los motivos para una y otra cosa.

Hace muchos años vi una película titulada El río de la vida que me hizo meditar sobre lo que el director quería contar a los espectadores. No revelaré su desenlace, baste con decir que trataba sobre los avatares de los pueblos, las gentes y las tierras regadas por el río que le daba título. Unos y otros se enmarañaban, se odiaban y se amaban en sus riberas, a uno y otro lado de su cauce. El río influía decisivamente en la suerte de la comarca, según su cauce fuera más o menos generoso, y era en verdad la fuente de la vida de la zona, que ni siquiera existiría sin él. Hoy, recordando aquella película, medito sobre mi vida en el tiempo y en la hora en los que un hombre no miente, no puede mentir, y con serenidad la comparo con el viejo río de mis recuerdos.

Hasta donde puede alcanzar mi mente, al principio mi río no era ni siquiera un arroyo, apenas unas gotas de agua en las que no cabía ni un pez. Mirando a los que tenía cerca, tan lozanos y llenos de vida, apretaba los puños con rabia mientras llenaba mi cabeza de planes, ilusiones y propósitos. Pensaba que algún día sería como ellos.

En uno de mis escasos periodos de vacaciones acepté encantado una invitación de mi hermano Antonio para viajar junto a mi esposa y los tres hijos que tenía entonces a un apartamento que había alquilado en Ayamonte (Huelva). Corría el mes de agosto de 1973. Estaba destinado en Madrid como profesor en el Centro de Instrucción. No tenía ninguna otra posibilidad, así que, en cuestión de dos horas, las que tardó Fernanda en hacer las maletas, ya estábamos en marcha.

Al llegar a aquella playa de Isla Canela me pareció que llegaba al paraíso. El apartamento era pequeño, sólo tenía dos dormitorios y un salón, pero nos

acomodamos estupendamente y pasamos unos días inolvidables recogiendo coquinas y almejas. Aquellos días tan felices, tan cortos, tan intensos, gracias a mi hermano aprendí con meridiana claridad lo que eran las derechas y lo que eran las izquierdas. Y descubrí a Serrar.

Aquel verano, el Generalísimo sufrió una tromboflebitis y los mandos, asustados, suspendieron todos los permisos. La Guardia Civil, en una demostración de suma eficacia, me localizó, pese a que yo no le había dicho a nadie dónde estaba. Me entregaron la orden de cese de permiso y tuve que marcharme con celeridad militar. Sin embargo, nada más llegar a Madrid nos comunicaron que podíamos reanudar nuestros permisos.

Por aquel entonces, el río de mi vida iba captando la más mínima humedad que encontraba en su camino para crecer. Con el rocío como su mejor aliado, callado y conforme bajaba hacia el llano, tan lejano aún, creciendo cada vez más su caudal. Llegó al fin a la zona donde se le unieron otros afluentes: primero uno hermosísimo que dobló su caudal, y luego, a su debido tiempo, uno y otro y otro y otro, hasta sumar cinco. No me hubiera cambiado entonces por nadie. Mi cauce iba crecido. Atendía a todas mis obligaciones y contemplaba con orgullo cómo mis afluentes eran cada día más estables, lo que en lenguaje humano se traduciría por honestos y trabajadores. Encima, el quinto llegó cuando nadie le esperaba y lo revolucionó todo: era nuestro juguete y nuestra alegría.

Por entonces tenía cuarenta y cuatro años y ya era comandante. Rendía un servicio aceptable a la comunidad y nunca escatimaba ningún esfuerzo. Doce años después fui ascendido a general. Y entonces empezaron a ocurrir cosas terribles.

El río fue separado de sus afluentes y embalsado. Dejó de ser lo que había sido hasta entonces, lo que siempre había querido ser. Dejó de servir a los demás. Pasó a no ser. Pasó a la nada. Y todo ello sin comprender lo que estaba sucediendo. Fue vituperado, calumniado e injuriado, tanto él como su cauce, hasta entonces modélico. Esperó con paciencia voces que le defendieran, que recordaran sus servicios, su eficacia, su moral. Y aunque algunas se oyeron, no fueron las suficientes y llegaron tarde.

El agua de este río se fue evaporando, filtrándose en el terreno en que había sido represado, deteriorándose. Había dejado de ser un río controlado y controlable, de aguas llenas de vida y de utilidad. Entonces, por temor a que desapareciera para siempre, abrieron las compuertas de la presa que lo retenía y lo dejaron fluir por un cauce marcado de antemano para reunirse de nuevo con sus afluentes.

Ésa es, a grandes rasgos, la forma en que han discurrido las aguas de este río que, agostado, casi ridículo algunas veces, agitado otras, caudaloso, manso y sereno las más, pero nunca violento, ha sido mi vida, un trozo de la cual intento contarles. Como aquel caballero de edad imposible y tez cadavérica que protegía la estancia en la que se guardaba el Santo Grial en la película de Indiana Jones, tan débil pero tan decidido que al levantar su espada cayó de espaldas por el peso del metal. Como aquel vetusto y noble caballero, yo soy de esa gente que vuelve una y otra vez a la acción, al combate, hasta cumplir su misión o perecer en el intento.

Por eso, ahora seré yo el que intente hacer lo que otros debieron hacer antes, sobre todo en honor a la dignidad y el sacrificio de todas las personas que vivieron en las riberas de ese río. Éste es un libro que habla de España, pero también de las gentes que la aman con tal devoción que, pese a todo, siguen dispuestas a tomar la lanza rota de Don Quijote para seguir atacando a los hostiles molinos tantas veces como haga falta. No en vano corre por nuestras venas sangre de Don Pelayo y la leche que mamó.

Y entretanto, y por unos cauces que nunca quise y nunca busqué, acompañado de lo que no puede ser evaluado, el amor de los míos y su compañía, marché tranquilo a mi mar.

General ENRIQUE RODRÍGUEZ GALINDO

Zaragoza, junio de 2005.

CAPÍTULO 1

1980. Llegada a San Sebastián

Sobre las siete de la tarde de un hermoso día de agosto de 1980, claro y caluroso, de esos que llenan las playas de la Concha y Ondarreta, estacionaba el coche en la puerta del número 7 de la avenida de Zumalacárregui. Segundos después, tras admirar la bandera que parecía abrazarme con la brisa del lugar y en medio del bullicio de la gente que iba y venía de la playa, entré en esa Comandancia que tan bien conocía.

Era mi cuarta llegada. La primera había sido en 1964, durante el viaje de fin de curso; la segunda, en 1969, como teniente de Tráfico; la tercera, y durante la Vuelta a España, de capitán; y por fin, ahora, cruzaba esos muros por cuarta vez como comandante tercer jefe.

Saludé en primer lugar a quien iba a ser mi nuevo jefe, el teniente coronel Juan López del Moral, que había llegado un día antes que yo y al que no conocía. Era apasionado y muy preocupado por el que más lo necesitaba, el guardia y su servicio. Luego, al comandante Rafael Allepuz Soler, terco como buen aragonés que pasaba a ser segundo jefe, y al comandante López López a quien iba a relevar pasaba a ser segundo jefe. Por último, me reencontré con los oficiales. Así recibí las primeras impresiones de la unidad y pude percibir el ambiente que reinaba allí.

Entre los cometidos del tercer jefe de la Comandancia estaban el de desempeñar las jefaturas de Automovilismo y Armamento (con todas las intervenciones de armas), dirigir el Juzgado de la Comandancia (que instruía las causas por delitos militares cometidos por el personal de plantilla) y proporcionar cualquier información que precisara el primer jefe y, en ocasiones, el segundo.

Cuando se producía un atentado, la transmisión de la novedad tenía prioridad absoluta. Poco antes de llegar yo, y estando el comandante a quien había relevado despachando con el gobernador civil por ausencia del

teniente coronel, llamó por teléfono el ministro del Interior, Juan José Rosón. En ese preciso momento, la policía estaba informando de la comisión de una acción por parte de ETA, de modo que el ministro se enteró al instante. Inmediatamente, llamó a nuestro director general, Aramburu Topete, y le dijo: «Hoy voy a ser yo quien te dé la novedad de un atentado en San Sebastián.»

Bueno, pues eso fue motivo para que arrestasen al comandante. Sé que el gobernador hizo todo lo posible, pero aun así le costó Dios y ayuda que le levantaran el arresto.

Así las cosas, los nervios siempre estaban a flor de piel. La gente en la calle se movía en grupos, con una desconfianza que se notaba al instante; se miraban a los ojos con descaro, pero fugazmente, y aunque un bar estuviera lleno de gente nadie hablaba en voz alta, nadie quería que el vecino oyera sus palabras. El terrorismo, además de matar, había apagado la alegría de la gente de aquella tierra.

La situación desde el punto de vista profesional también era extraña como consecuencia del brutal atentado cometido en Ispaster (Vizcaya). El 1 de febrero de 1980, un comando de ETA había tendido una emboscada a una patrulla del Cuerpo que custodiaba una expedición de explosivos y cañones; con nutrido fuego de ametralladoras y la explosión de varios hornillos, causaron la muerte de seis agentes: Antonio Martín Gamero, José Gómez Mariñan, José Gómez Trillo, Alfredo Díaz Marcos, José Martínez Pérez Castillo y Victoriano Villamar González. A pesar de las numerosas bajas, la patrulla reaccionó con mucha entereza, logrando con su acción la muerte de los miembros de ETA Gregorio Olabarria Bengoa y Francisco Javier Gorrochategui Agote.

El atentado, por su envergadura y número de muertos, fue un aldabonazo en todo el país. Algunos decían que el norte no tenía solución; otros criticaban al Gobierno por la falta de respuesta, como siempre; y otros, desde la barra de los bares, se jactaban de que ese problema lo arreglarían ellos en un par de días. La España de toda la vida. Pero el problema seguía y crecía cada vez más.

Sólo era febrero y las acciones de ETA ya habían causado diecisiete muertos y un montón de heridos. Por entonces era ministro de Interior el general Ibáñez Freire. Dos meses después, en abril, lo sustituía en el puesto Rosón, que mantuvo el cargo hasta la victoria del PSOE en las elecciones generales de 1982. Tras el atentado se creó la figura de delegado del Gobierno para la lucha antiterrorista; el primero en ocupar el puesto fue el general Sáenz de Santamaría, que montó su Estado Mayor en Bilbao, rodeándose de una plantilla de policías y guardias civiles.

Por lo que se refiere al Cuerpo, me encontré con dos circunstancias anómalas. A instancia de la delegación, que tenía plenos poderes, se había nombrado a un coronel operativo en detrimento del natural jefe del Tercio que, además, era más antiguo. El coronel Lino Bailo Campos, un magnífico profesional y todo un caballero, le cedía con gran modestia todo el protagonismo al segundo, el coronel Aguado, pero aun así no eran pocas las incidencias graves que provocaba esta duplicidad. Los dos coroneles ayudaron cuanto pudieron a su leal saber y entender, pero como la medida no era buena acabó por desaparecer en noviembre, cuando cesó la primera delegación.

Además, el citado atentado aceleró el fin del periodo de formación del Grupo Antiterrorista Rural (GAR), que estaba realizando un duro entrenamiento en condiciones muy precarias en Argamasilla de Alba. El GAR trajo consigo algo que necesitaban los hombres y mujeres de las comandancias del norte: tranquilidad, confianza y fe. Era nuestra caballería, una unidad ejemplar en el servicio y fuera de él. Constituyó nuestro orgullo y nuestra seguridad en el triunfo.

Siempre pensé que esta unidad llevaba el espíritu del hombre que la creó, el comandante Jesús Vélez Artajo. Cuando en 1996 el juez Liaño decretó mi prisión y mi aislamiento, al levantarse éste y dejarme ya en régimen normal de visitas, vino a verme el entonces coronel Vélez. Al terminar la visita nos abrazamos con la emoción del momento, del lugar y de las vivencias que juntos habíamos compartido.

Los GAR se movían por toda la provincia realizando servicios a iniciativa propia: controles, protección de la Comandancia, visitas a acuartelamientos y apostaderos (puntos de especial interés que se vigilaban de manera que no

fuesen vistos por personas sospechosas). En caso de novedad, atentado u operación contra las bandas terroristas, actuaban coordinados con el mando de la Comandancia o de Información.

Conocí en carne propia la dureza de los entrenamientos a los que habían sido sometidos porque, por orden del entonces jefe del Estado Mayor, el general Toquero, pasé un par de días en Argamasilla. Toquero tenía en la cabeza crear un segundo GAR para otras zonas de España que lo necesitaran, pero con unidades especiales; en concreto, una especie de motoristas que llevaran consigo un perro. No era mala idea: así, si le pasaba algo al agente, el perro con la moto podía seguir el servicio. Yo era el hombre designado para el mando de esta unidad. Pero aquello no cuajó por el atentado y porque mi ascenso a comandante se retrasó de febrero a junio.

La otra anomalía a la que hacía antes referencia tenía que ver con el personal de la Comandancia. Lo había de dos clases: los destinados como yo, que formábamos la plantilla; y los concentrados, que desempeñaban los servicios y destinos vacantes con una diferencia muy importante: cobraban unas cien mil pesetas extras al mes en concepto de dietas, lo que en 1980 era todo un dineral. Además, venían por seis meses que podían, voluntariamente, ampliar a un año, y conservaban el destino de origen.

Esto era una fuente de discordia pues, además de cobrar el doble o más que los demás, tenían su destino seguro, mientras que los que estaban allí ni sabían cuándo ni adonde podrían ir. Desde el primer momento me propuse hacer todo lo que pudiera para acabar con aquella situación. Por todas partes se decía y se pedía que allí tenían que ir los mejores, y estaba ocurriendo, o parecía que ocurría, todo lo contrario.

También hubo buenas noticias, claro. La mejor me la dio el capitán de Información, Gil Sánchez Valiente, compañero de promoción: uno de los cuatro bloques de las obras de Ínchaurreondo ya estaba terminado, de forma que incluso iba a poder ocupar una vivienda.

Lo primero que hice fue ir a ver las obras. Al margen de estar en el peor sitio de la zona y de otras menudencias, quedé encantado e incluso sentí un estremecimiento de esperanza. Pensé, en lo más hondo de mi ser, que mis hijos podrían ser felices allí, con aquellos porches descubiertos tan limpios,

tan nuevos; y por aquel olor, el olor de la tierra, de los prados de Guipúzcoa. Es como una mezcla de mar, hierba y heno. Es el olor a lluvia y a tierra mojada.

Me enteré de que aquel bloque tenía concedidas las cédulas de habitabilidad y cumplía todos los requisitos legales. Sólo se estaba a la espera de que se conectara el fluido eléctrico, de modo que hablé con la compañía para que, mientras se ultimaba la acometida, un técnico me llevara la energía a la vivienda que eligiera, tomándola de una farola de la avenida que discurría frente a los bloques. El cable con el que preparamos la conexión sólo llegaba hasta el tercer piso, así que, aunque a mí me gustan mucho las viviendas altas, allí me quedé quince años.

Llamé a mi esposa para comunicarle la noticia, gestioné con un amigo de Cádiz que me mandara en un camión los muebles que yo ya había dejado recogidos y embalados, y, en menos de quince días, tenía allí a toda la familia. Yo, más tranquilo, empecé entonces a dedicarme de lleno a mi trabajo.

Álbumes de terroristas

Rafael Allepuz, además de mi segundo jefe, era mi amigo y un viejo conocido, pues habíamos estado juntos dos años en la Academia; al ser él de la promoción anterior a la mía, también habíamos hecho juntos el curso de comandante. Tenía muy claro cuál era su trabajo y cuál era el mío, y me lo dejó cristalino desde el primer momento, dándome a entender que no era bueno, vamos, que no le gustaba que yo anduviera por sus dominios, las dependencias de Información. Alegaba que los asuntos que allí se llevaban a cabo eran de índole reservada.

Metódico hasta la rutina, pulcro en el trabajo, conocía su oficio hasta un nivel que no necesitaba preguntar nada a nadie, aunque a mí me hubiera gustado que tuviera un poco más de fantasía. Nos llevamos muy bien; procuré no pisar ni un milímetro de su terreno. Él salía muy poco, pues no tenía, como casi todos, la familia allí: esperaba conseguir un día un buen destino.

Empezó entonces una etapa nueva para mí, que yo llamo de aprendizaje, a partir de lo que Allepuz me contaba y los documentos que me proporcionaba, y de las veces que yo asumía el mando del Grupo de Información por ausencia o vacaciones suyas. Yo me dedicaba a estudiar con ahínco aquella amenaza, aquel enemigo terrorista.

Fui confeccionando unos álbumes que, con el tiempo, perfeccioné con las fotografías y antecedentes de los miembros de ETA huidos de la justicia, los conocidos como liberados o ilegales en el lenguaje de la banda. Esa gente había huido a Francia para evitar ser detenidos, pues las relaciones que entonces teníamos con el país vecino no permitían ni la extradición ni la entrega. Al contrario, en muchos casos conseguían el estatuto de refugiado político.

Jugaba con aquellas caras frías en blanco y negro como un niño con sus cromos de futbolistas, intentando averiguar su nombre, el comando al que habían pertenecido, las acciones más importantes en que habían participado, etc.

Tres eran las bandas que había a mi llegada: ETA militar, ETA político-militar y los Comandos Autónomos. Tres los álbumes que llevaba siempre conmigo. Y tres años sin cesar estudiándolos a medida que me llegaba un nuevo dato, para tratar de saber qué estarían planeando, cómo pensarían, poniéndome en su lugar, conociendo sus circunstancias personales y familiares a partir de aquellas caras inexpresivas que poblaban esos tres libros de fotos.

El año que llegué, 1980, fue el más sanguinario, el más negro por el número total de muertos en España, 127. Cuando fui encarcelado, dieciséis años después, tan sólo seis. La cifra ha ido bajando; hoy, en el verano de 2006 en que escribo estas líneas, ETA lleva más de dos años sin matar. Quiera Dios que siga así.

Pero tiempo habrá de contar la historia de esos años, con pocas alegrías y muchos pesares. Podría afirmar que, durante ellos, y aunque mis responsabilidades fueron cambiando y el enemigo se redujo de tres a una sola banda, ETA-m, nunca dejé de estudiar sus métodos, sus medios, su tipo

de armamento, sus explosivos y cómo los empleaban, las probabilidades — si es que las había— de que cometieran un atentado, su estilo, etc.

Tras el atentado de Ispaster, el ministro Martín Villa llamó al general jefe de la zona de Logroño, Serrano Valí, para anunciarle que le iba a cesar porque necesitaba presentar una cabeza de turco ante la opinión pública. Serrano Valí, con tono comedido, le contestó que lo aceptaba, pero que a la media hora convocaría una rueda de prensa para que todos supieran cómo vivían y de qué medios disponían tanto la Policía Nacional como la Guardia Civil en el País Vasco. Luego se iría a su casa, donde, si le necesitaban para algo, le podrían encontrar. No fue cesado.

Y es que nadie podría creerse en qué condiciones se encontraban ambos cuerpos. Los cuarteles estaban en estado ruinoso; el primero que encontraba un hueco y una sábana, lo aislaba y se instalaba en él a vivir. Luego ya buscaría un colchón y mantas. Los coches eran viejísimos; una simple piedra atravesaba la chapa de aquellas caducas carrocerías y lesionaba a quien viajaba en su interior. El vestuario, pésimo; y el armamento, inferior en algunos casos al que utilizaban los terroristas.

La inmensa mayoría de los agentes era gente joven, con poca experiencia y solteros; los que no lo eran, no se traían a su familia, de modo que todos, en mayor o menor medida, tenían que salir a comer y a divertirse de vez en cuando. No llevaba ni un mes allí cuando, en el pueblo de Marquina (Vizcaya), mientras se hallaban almorzando en el bar Arrie, fueron ametrallados y asesinados los agentes Antonio García Argente, Mariano González Muergo, Miguel Hernández Espigares y Alonso Martínez Bella.

Aquello hizo que se destinaran un par de pequeñas dependencias en cada cuartel, una como cocina y otra como comedor, y que hubiera que buscar cocinero, de modo que el riesgo quedara reducido sólo al momento en el que había que ir a hacer la compra. También se pidió a los guardias que no se quedaran en el pueblo de destino cuando en su tiempo libre salieran de paseo.

ETA nos había arrinconado, nos había separado de la población, de la gente a la que servíamos. Sólo se salía cuando se tenía servicio, en el seno de una patrulla, y, pese a todo, había muchas posibilidades de sufrir un atentado.

No podíamos seguir así. Era una idea compartida por mi jefe y por prácticamente todos los mandos, pero nuestras peticiones se estrellaban siempre en las esferas políticas.

El papel de Egin

Cuando acabó el verano regresó el gobernador Argote, con el que de inmediato congenié, y mantuvimos una reunión junto con un representante policial.

El Cuerpo Superior de Policía, que así se llamaba entonces, tenía al frente al comisario Jesús Martínez Torres, que, junto con dos de sus inspectores, Fraga y Mantecón, eran realmente lo mejor que tenía España para la lucha antiterrorista. La Policía Nacional la mandaba el comandante Paulino García, un militar muy distinto a los que hasta ese momento había conocido. Tenía una ideología y un valor a prueba de bombas y conocía muy bien a los políticos.

A partir de aquel encuentro fueron numerosísimas las noches en las que, juntos en casa del gobernador, esperábamos que nos trajeran la primera edición del diario Egin. Lo examinábamos tratando de descubrir cualquier atisbo de utilidad, porque era un periódico al que ETA sacaba mucho provecho. Tenía una sección de anuncios por palabras llamada «Merkatu Txikia» (Pequeño Mercado), en la que en ocasiones se cruzaban mensajes la cúpula terrorista y los comandos. Ese diario era un arma más de ETA.

Durante aquel primer mes en San Sebastián no hubo ni un solo día sin incidencias, pese a ser el que menos atentados mortales tuvo de todo el año. Eso sí, los manifestantes pro amnistía y los atracadores no nos dejaron respirar ni un segundo. Mi estreno tuvo lugar el 28 de agosto en Irún. Un ayudante de Aduanas llamado Echebeste Toledo había sido asesinado, al parecer debido a un error, con una escopeta de cañones recortados, y yo acudí al lugar de mirón, a ver lo que hacían y comentaban los expertos.

También recuerdo la dura jornada del 8 de septiembre, un día después de que miembros del Batallón Vasco Español mataran a tiros a dos vecinos de Hernani. Se produjeron incidentes muy serlos a la salida de los funerales.

Hay que haber estado allí y haberlo vivido para saber cómo es una jornada de lucha: carreteras cortadas, comerlos incendiados, postes de comunicaciones derribados, barricadas ardiendo a la entrada de las poblaciones, etc. Tres días después, el Gobierno Civil era atacado con una granada de carga hueca que sólo causó daños materiales.

Y entretanto los políticos inundaban la prensa con declaraciones que, en ocasiones, nos dejaban asombrados: «El proceso de pérdida de apoyo popular a ETA es irreversible» (Marcelino Oreja); «ETA ataca contra todo lo que signifique bondad» (Gutiérrez Mellado); «Si HB quiere la guerra con los socialistas, la va a tener» (Txiki Benegas); «En el País Vasco hay una guerra revolucionaria marxista-leninista de carácter clandestino que sólo podría ser combatida con otra guerra clandestina dirigida por el Estado, desde el Estado» (Julio Jáuregui).

Eso sí, ni una palabra acerca de los medios, formación y preparación de las personas al cargo de combatir el terrorismo, cuyo papel parecía ser simplemente estar allí, morir allí y, a poder ser, callados.

El 3 de noviembre tuvo lugar otro suceso terrible. Anocheceía en Zarauz y cinco guardias civiles pasaban el rato jugando a las máquinas tragaperras en el bar Haizea. De pronto, tres encapuchados irrumpieron en el local y abrieron fuego con subfusiles. Murieron los agentes Arturo López Hernández, Ángel Retamar Nogales, Modesto García Lorenzo y Julio Castillejo Pérez. También perdió la vida uno de los clientes del bar, Miguel Lasa Arruabarrena. El otro agente, Nicolás Marín Maestro, salvó la vida pese a recibir cerca de veinte balazos. También resultaron heridos tres clientes más: Izaskun Garmendia Aguirre, Ismael Aguirre Unanue y Basilio Elola Mórdalo.

Yo llegué bastante tarde, cuando me lo permitieron mis cometidos en la Comandancia. Recuerdo la inmensa piscina de sangre en que se había convertido el local. Resultaba una visión dantesca, pero no era más que el rostro del país en aquel tiempo. Al día siguiente se produjo una manifestación en protesta por el atentado a la que asistieron unas tres mil personas. Además, dimitió un concejal de HB en la localidad, sin duda asqueado pese a su ideología. Sólo en octubre fueron asesinadas ocho personas más. Luego, hasta final de año, perderían la vida aún otras nueve.

El procedimiento era casi siempre el mismo: ametrallamiento o tiro en la nuca. Sin posibilidad de defensa.

Cuando yo llegué a Inchaurredo ya se habían aprobado la Constitución y el Estatuto de Guernica, y se les había concedido la amnistía a casi todos los miembros de ETA, o al menos a los más importantes, que se habían vuelto a integrar en la banda. Era lehendakari Carlos Garaicoechea. EA aún no se había escindido del PNV. Algunas noches, en las tertulias de radio, se le preguntaba: «¿Usted se siente español?» Nunca le oí decir que sí.

En octubre, Marcelino Oreja fue nombrado delegado del Gobierno con categoría de ministro. Durante la emotiva despedida al general Santamaría y a su equipo nos enteramos de que se había conseguido acabar con el agravio comparativo contra los concentrados mediante el establecimiento de una gratificación de peligrosidad igual para todos. Treinta mil pesetas. Justo la mitad de lo que habíamos pedido. A Joaquín Argote le sustituyó un diplomático, Pedro Arístegui y Petit, hasta entonces embajador en Nicaragua. Arístegui era un hombre bueno, agradable conversador, dueño de un lenguaje exquisito. Pero no estaba preparado para aquel cargo. Jamás levantaba la voz. Cuando en una discusión alguien le rebatía de forma casi violenta, él, sin perder la compostura, replicaba con un «¿sí, ¿eh?», y luego continuaba la conversación por otros derroteros. Así, el conato de disputa moría antes de empezar.

Nada más llegar tuvo que hacer frente a un problema que, como todos los que nos afectaban, duró muchos años. Había un bar en la ciudad francesa de Hendaya conocido como Hendayais, frecuentado por refugiados vascos. En la noche del 22 de noviembre de 1980 fue ametrallado por unos desconocidos que, al parecer, pertenecían al Batallón Vasco Español. Murieron dos vecinos de aquella localidad, Jean Pierre Hartamendi y José Camio, y otras doce personas resultaron heridas.

Se presentó una denuncia basada en la afirmación de que los autores del atentado habían tratado de cruzar la frontera española; allí habían sido retenidos por las fuerzas que custodiaban los pasos, que tras hacer una llamada a Madrid habían sido puesto en libertad. Ya es extraño, pues antes habían tenido que cruzar por el puesto francés. En cualquier caso, yo viví todo aquello desde un muy segundo plano.

Mucho después, en 1983, sería juzgado y condenado por aquello el comisario de policía Manuel Ballesteros. Luego, el Supremo le absolvería en recurso de casación. Incomprensiblemente, volvió a ser procesado y condenado por los mismos cargos, y de nuevo absuelto por el Supremo.

Aquello influyó en la moral y en el comportamiento de todos. Ballesteros era el jefe del Mando Único en la Lucha Antiterrorista (MULC); a la gente le entró un sentimiento de desprotección que yo creo que ya no abandonaría nunca.

También recibimos la visita del nuevo delegado, al margen del incidente del bar francés. Fuimos convocados los jefes de la Guardia Civil y de los dos Cuerpos de Policía. Tras saludarnos y cambiar algunas frases de cortesía, pasamos a la vivienda del gobernador que había preparado una comida de trabajo, y nunca mejor dicho, pues junto a los cubiertos cada comensal tenía un bloc y un bolígrafo. Para mí aquello era una novedad. Y dada la hora, consideré que era más importante la comida. Se habló de lo de siempre y creo que no le interrumpió nadie: plantillas, estado de las bandas, necesidad de material de todas clases, posibilidades de servicios, etc. Al finalizar, pasamos a una sala de estar adyacente para tomar café y mientras lo servían, ya más relajados, nos dijo si queríamos hacerle alguna pregunta. Sólo tomó la palabra el comandante de la Policía Nacional, Paulino García, quien, con voz clara y firme, le dijo:

—Yo tengo una duda, ¿cómo hemos de llamarle, delegado o ministro?

Él, muy estirado, le contestó:

—Pueden llamarme don Marcelino.

En realidad fue un hombre con el que tuvimos escaso trato. Él se entendía con los gobernadores de las provincias y raras veces alternaba con nosotros o visitaba algún acuartelamiento. Montó su sede en Vitoria, en una espléndida villa, llamada Los Olivos, a la que la Guardia Civil prestaba el servicio de seguridad apropiado.

«¿Usted cree que esto tiene solución?»

En una visita relámpago que hizo el ministro Rosón para tratar asuntos del servicio y a la que acudí yo por ausencia del segundo jefe, me di cuenta de la enorme distancia que separaba a la policía y la Guardia Civil en asuntos de ETA, sobre todo en lo que se refería a conocimientos, planes y análisis de la situación. Pese a que yo aporté mis dos mejores hombres en Información, los cabos Iñaki y Quique, el ministro no nos hizo ni una pregunta, casi ni nos miró. El peso de la reunión recayó sobre la policía.

Luego mantendríamos otro encuentro en Vitoria, mucho más decepcionante, al que asistieron los jefes de las tres provincias de la policía y de la Guardia Civil, y todos los gobernadores. El objeto de la reunión era contarnos, con el Estatuto de Guernica en la mano, cómo nos iba a influir la creación de la policía autonómica vasca. Cuando me tocó intervenir leí una nota en la que, de forma apasionada, detallaba todo lo necesario para solucionar la comprometida situación que estábamos viviendo. El ministro Martín Villa no me dejó terminar, interrumpiéndome con un: «¿Usted cree que esto tiene solución?» Yo iba a decirle que necesitábamos vehículos blindados, armas más modernas, medios especiales para información... Fue una gran decepción.

Mientras, seguían los atentados y los atracos. No eran pocas las noches en las que tenía que quedarme a dormir en la sede de la Comandancia por culpa de las barricadas; a la policía le faltaban efectivos para atender tanta emergencia. En los grandes almacenes de Mamuth, todos, absolutamente todos los fines de semana se recibía una llamada anunciando la colocación de una bomba, lo que obligaba a su desalojo y revisión palmo a palmo. Así era la vida diaria allí, un hueso que se veía muy difícil de roer.

Uniformes escondidos

La plantilla de la Comandancia empezaba a normalizarse con la desaparición de los destinados, pero dentro de la excepcionalidad que constituía la precariedad en los cuarteles. Cuando alguien, con o sin familia, se decidía a buscar una vivienda fuera, lo principal era que nadie supiera que era guardia civil. Así, la ropa de uniforme se tendía a secar dentro de casa o en un tendedero del cuartel, nunca en la calle. Y si había niños de por

medio, había que enseñarles qué decir a sus amigos y compañeros, acerca de sus padres.

Antes de incorporarse, los agentes recibían, además de un entrenamiento de tiro, conferencias de ambientación sobre lo que se iban a encontrar: cómo eran los cuarteles, la gente, el servicio y, sobre todo, cómo era ETA. Dos años más tarde esa formación se trasladó a un vetusto colegio que se compró a unos monjes y que se hallaba en un montículo junto al aeropuerto de Fuenterrabía, la Hondarribia guipuzcoana, y que rápidamente se bautizó como «la ikastola».

Yo, por aquel entonces, me dedicaba de lleno a hacer campaña para ir atrayendo nuevos hombres para que se instalaran en Ínchaurreondo. Además, metía prisa para que se completaran los otros tres edificios y se mejoraran las condiciones de vida de los demás acuartelamientos.

Información sobre la banda

Las fuerzas que se encargaban directamente de la lucha contra las organizaciones terroristas que entonces operaban en el País Vasco eran la magnífica Brigada de Información de la Policía y el Servicio de Información de la Guardia Civil, muy escaso de personal. Había además una Junta de Seguridad Provincial, presidida por el gobernador, que trataba de coordinar ambos cuerpos para que no se estorbasen en sus operaciones. Los dos eran muy celosos de las informaciones que conseguían, y aunque al gobernador le informaban plenamente, entre sí eran más parcos a la hora de intercambiar datos.

La información hay que buscarla en territorio enemigo, es decir, en el seno de las organizaciones terroristas y de su entorno: cárceles, familiares, amigos, prensa afín, etc. Es ahí donde hay que realizar una labor muy sacrificada, de larga duración y siempre en secreto. El conocimiento profundo de las bandas puede, en determinados casos, propiciar el que preparemos a alguien o lo coloquemos en condiciones de ser captado por la organización. El rendimiento de la información obtenida de esos topes es altísimo.

La cúpula de las organizaciones terroristas operaba en Francia, dividida en varios aparatos: militar, político, internacional, de acogida, etc. Del primero colgaban los comandos, que podían ser legales o ilegales, dependiendo de si sus miembros eran militantes declarados de ETA o no.

Los legales vivían en el País Vasco y nadie sabía que pertenecían a la banda. Habían sido captados por gente que los conocía por sus ideas radicales de índole abertzale. Un día recibían una carta citándolos en algún bar de Francia, y tras un breve cursillo se les ponía en contacto con dos o tres personas como ellos para formar un comando legal. Esta gente tenía un trabajo normal en el que trataban de mantener una actitud ejemplar. Desde su entrada en la banda se les prohibía terminantemente asistir a manifestaciones, huelgas, jornadas de lucha, etc., para no llamar la atención y evitar así «caídas» (en la jerga etarra, detenciones).

Además de dejar en manos de la banda sus datos personales y familiares, si lo tenían, también proporcionaban un teléfono para casos de emergencia y dos fotografías de tamaño carné. Cuántas veces, tras una operación importante en Francia, buscamos con ansia aquel fichero de fotografías...

Para comunicarse regularmente con la banda, cada uno de estos comandos tenía un buzón, que consistía en un recipiente pequeño (un tarro de cristal, por ejemplo) enterrado en algún sitio fácil de localizar con un plano. Una vez a la semana, más o menos, se daban una vuelta para ver si había carta de la organización. Si tenían que responder o comunicar algo, también ellos dejaban sus notas en aquel buzón. En ocasiones especiales, el contacto se hacía por teléfono o en persona, mediante una cita en un bar.

El armamento de estos comandos consistía en tres o cuatro pistolas Browning (una para cada uno), una metralleta Stein y explosivos, que guardaban en un escondite en el monte. Sus objetivos podían ser permanentes o coyunturales. Entre los primeros se contaban, lógicamente, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y las Fuerzas Armadas. Los segundos formaban parte de campañas puntuales, como las de Lemóniz, las torres de Iberduero, la autovía de Pamplona o el pantano de Itoiz, por ejemplo. Éste era más o menos el esquema del aparato legal de ETA en 1980. Pero además teníamos que luchar contra los comandos autónomos, mucho más irregulares debido a su carácter auto gestionado y asambleario.

A veces, un solo miembro podía actuar por libre contra un objetivo, usando para ello, en vez de pistola, un revólver Taurus del 38 de cuatro pulgadas.

El comando legal de información no llevaba a cabo atentados, sino que se dedicaba a localizar objetivos: los puntos más vulnerables de cuarteles, torres y transformadores eléctricos; personas susceptibles de ser secuestradas por su posición social o para exigirles el impuesto revolucionario, y policías y guardias civiles, de los que recababan datos personales (fotografías, matrícula y marca de su vehículo, e incluso mapas de su vivienda).

Toda esta información era remitida a la cúpula de la banda por la vía del buzón; una vez estudiada y seleccionada, servía para ordenar a los comandos sus misiones y objetivos.

La excepción es la posibilidad de encontrarnos con un comando legal liberado que es aquel que, estando en España y llevando una vida normal, desconociendo los Cuerpos de Policía y Guardia Civil su pertenencia a ETA, dedica todo el tiempo a la organización. Y es la excepción, pues al no tener un trabajo estable podría levantar sospechas en su entorno, aunque el elevado índice de paro contribuía a enmascararlos y a que no llamaran la atención.

Los terroristas compraban sus armas en el mercado negro, principalmente en Holanda, con el dinero obtenido de la recaudación del impuesto revolucionario, de atracos y de secuestros; además, también enviaban remesas sus miembros en América (Estados Unidos, México, Venezuela, Ecuador, etc.). A ese continente enviaban a cualquiera que quisiera dejar la banda; la estancia tenía que ser no inferior a cinco años para que lo que supieran no terminara por perjudicar a la organización.

Y, por último, estaban los comandos ilegales. Dependían del aparato militar y eran los profesionales de la banda, con dedicación plena a sus objetivos criminales. Su vida no era especialmente espléndida: en 1980, un liberado venía a cobrar unos setecientos francos al mes (unas quince mil pesetas) si era soltero y poco más si tenía pareja, entre mil y mil doscientos francos. Además, recibía ayudas puntuales para comprar alimentos y ropa.

Cuando un miembro legal era descubierto por la policía o la Guardia Civil, pero lograba huir antes de ser detenido se escondía en casa de algún amigo hasta lograr cruzar la frontera. Ya en Francia era «examinado» por la banda y, si reunía las condiciones necesarias, pasaba a formar parte de un comando o de un talde (grupo) de reserva, donde debía entrenarse hasta tener la oportunidad de pasar a la acción.

El armamento de un comando ilegal era más sofisticado: además de sus propias pistolas, contaban con metralletas UZ1 o Marietta; lanzagranadas, explosivos de distinta clase, bombas lapa, temporizadores e incluso hasta misiles Sam de baja cota. También tenían armas Jotake de producción propia: un tubo de acero lanzador y una granada con un kilo o más de explosivo.

La vivienda en Francia se la proporcionaba ETA. Eran pasados a España por el aparato de mugas a través de sendas poco conocidas; por allí llegaban al punto en el que los esperaba un coche para trasladarlos a un piso franco en su zona de actuación. Esa área daba nombre a estas unidades: comando Donosti, Goyerri, Goyerri Costa, Éibar, Nafarroa, Araba, Bizcaya, Barcelona y Madrid.

En los buenos tiempos de ETA, un comando ilegal contaba con dos taldes de tres individuos cada uno; cada talde tenía a su vez su propia infraestructura, que el resto no conocía, de forma que si uno caía no podía delatar a los demás. Si el objetivo era importante o de alto riesgo, podían llegar a actuar los seis juntos.

Para este tipo de comandos, la figura del laguntzaile resultaba de suma importancia. En los desplazamientos en coche iba delante para detectar controles de carretera; además, antes de la llegada del comando se dedicaba a buscar objetivos y a recabar información sobre éstos.

En esa época de fortaleza de la banda, en la que contaba con muchos comandos, las campañas de actuación de éstos en España eran de seis meses; luego pasaban dos años en Francia descansando, lo que les proporcionaba seguridad y un formidable periodo de reciclaje. A medida que fue aumentando la eficacia de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, se invirtieron los términos y la disminución de efectivos por culpa de las

detenciones obligó a los que quedaban a realizar campañas de dos años con descansos de seis meses en Francia. Eso aumentaba su vulnerabilidad y los dejaba completamente agotados.

Para cubrir sus necesidades económicas y así pagar a los dueños de las casas donde se alojaban la comida y demás necesidades la banda les proporcionaba una cantidad de dinero que rondaba los dos millones de pesetas.

Estos comandos eran los que se encargaban de las acciones de envergadura, como el ataque a cuarteles; voladuras de cierta importancia con explosivos; ataques contra patrullas, bien mediante ametrallamientos o con explosivos; y, sobre todo, eran los que siempre llevaban a cabo los secuestros, aunque en alguna ocasión muy concreta cooperase con ellos algún legal.

Por ello era necesario que dentro de su infraestructura contaran con al menos una «cárcel del pueblo», en donde mantener presa a la víctima hasta que la dirección de la banda ordenase su puesta en libertad tras cobrar el rescate. En este punto, muy arriesgado, siempre contaban con la asistencia de un laguntzaile que vigilaba. Luego tenían la satisfacción de regresar a Francia o de volver a la actividad tras un periodo de mucha tensión y nervios, durante el que las autoridades recorrían la comarca palmo a palmo en su búsqueda.

Los servicios de Información vigilaban al máximo tiendas, grandes almacenes y hasta farmacias, por si el secuestrado necesitaba alguna medicina, intentando descubrir a alguien que efectuase algo fuera de lo normal. Pero era casi imposible dar con ellos. Podías estar en la habitación desde la que se accedía al zulo o «cárcel del pueblo» y no ver la puerta, que a veces era una pequeña trampilla que se abría al accionar un enchufe eléctrico.

Hemos visto cómo funcionaban las bandas, con la salvedad de que el paso al interior, a España, era distinto según la pertenencia de los terroristas a una u otra organización. Si eran de ETA-m solían hacerlo con mugalaris y a través de la frontera pirenaica de Huesca, en alguna ocasión Navarra y Guipúzcoa. De la misma manera, pero por Cataluña, si eran de ETA-pm

(político-militar) y por mar, saliendo de la zona de las landas francesas, si pertenecían a los Comandos Autónomos.

Las Fuerzas de Seguridad se enfrentaban, además de la acción de los terroristas, con las falsas denuncias de torturas que presentaban los detenidos. Esto suponía la apertura de numerosos y largos procedimientos judiciales, con la realización de peligrosísimas ruedas de reconocimiento en los juzgados, ya que las fisonomías de guardias y policías, sobre todo los más activos, que solían ser los más veteranos y por tanto eficaces, pasaba rápidamente por sus conductos a la banda, lo que conllevaba un plus de peligrosidad, sin contar la posibilidad de una condena si eran hallados culpables.

Siendo como eran tiempos difíciles, se actuaba siempre a cara descubierta (creo que no estaba autorizado el intervenir con un pasamontañas o con la cara tapada como ahora). La legislación de la época permitía la detención e incomunicación del sospechoso que podía prolongarse hasta los diez días y asistidos por un abogado de oficio. Esta legislación se fue suavizando hasta la actual que sólo permite prórrogas hasta cinco días.

La práctica de la denuncia de malos tratos es obligatoria para todos los detenidos y ordenada por la dirección de la banda. Aún hoy siguen poniéndola en práctica, pero con escaso éxito por no decir ninguno ya que, en cualquier momento, pueden ser visitados por el juez y un forense durante la detención, como antes.

A alguna de aquellas operaciones llevadas a cabo por el Servicio de Información, con permiso de su jefe, el comandante Allepuz, asistí como observador. El grupo tenía entonces sólo dos oficiales, un capitán y un teniente, y aún no se actuaba de manera muy coordinada con los GAR, lo que, con el paso del tiempo, se alcanzó. En aquellos tiempos impresionaba ver el arrojo y valentía de aquellos hombres, no sólo con la cara descubierta, sino también el pecho, pues no había chalecos antibala, ni suficientes ni adecuados. En la mano izquierda llevaban el carné oficial y en la derecha la pistola y, sin más protección, se dirigían al domicilio donde estaba el sospechoso. Cuando ordenaban «¡abran, Guardia Civil no sabían lo que se iban a encontrar detrás de la puerta. A veces se abría con normalidad y, otras, eran recibidos a tiros. Mientras viva no olvidaré a

aquellos hombres, que tanto hicieron por este país, con aquella generosidad
llena de humanidad, humildad y romanticismo.

CAPÍTULO 2

1981. Dormir sobre ataúdes

Cuando comenzó 1981 rezamos porque no fuera como el año que acababa de terminar. Y vaya si no lo fue. En total, la cifra de víctimas mortales en atentados descendió a la mitad: cuarenta en toda España, dieciséis de ellos en Guipúzcoa.

Ínchaurreondo se iba llenando de guardias llegados de toda España, a los que yo animaba a que se trajeran a su familia y solicitaran un pabellón en los nuevos edificios. Quería que fueran gente estable y no tuvieran que preocuparse por la ausencia de los suyos, pudiendo dedicar así su atención a la unidad. Había disminuido drásticamente el número de personal concentrado y la plantilla empezaba a ser sólida gracias al aliciente económico por peligrosidad, entre otras cosas.

Yo ya había recorrido toda la provincia para conocer los acuartelamientos de los que disponíamos. Todos necesitaban reparaciones urgentes, pero había uno en particular cuyo estado era desolador. En Vergara, el puesto se había instalado en un primer piso de una vieja casona en uno de los peores barrios del pueblo. Y Vergara era una de las ciudades que imponían respeto, junto a Hernán i y Rentería. Pues bien, en la planta baja del edificio había una carpintería en la que se fabricaban ataúdes, y desde la habitación del piso superior de nuestro cuartel, donde dormían los solteros en viejas literas, a través de los agujeros que había en el suelo por la mala conservación del edificio se podían ver aquellas fatídicas cajas.

El 1 de enero, ETA saludó el nuevo año volando tres subestaciones de Iberduero en Irún, Rentería y Lezo; al día siguiente hería de un tiro en la rodilla a un civil y tres días más tarde asesinaba al dueño de un pub de Rentería. Casi no había un día de descanso. En febrero, la banda lanzó dos granadas anticarro contra Ínchaurreondo, que ya empezaba a hacerse notar,

sin causar daños personales o materiales. Eso fue el 1. Dos días después estaba prevista la visita del Rey.

El Monarca fue recibido con extrema frialdad en Vitoria y Bilbao. Hubo huelga en los institutos; el Ayuntamiento de Pasajes llegó a declarar a «la monarquía indigna de pisar el suelo de los vascos»; las protestas y cortes de carreteras se extendieron a Vergara, Éibar, Rentería, Fuenterrabía, etc.

El PNV no movilizó a sus bases, de forma que los Reyes sólo estuvieron arropados por el PSOE, UCD y Alianza Popular. Pero la oposición de HB y sectores radicales del PNV tensaron mucho la situación, que estalló durante la visita guiada de los Monarcas a la Casa de Juntas de Guernica, en donde los aguardaban todos los parlamentarios vascos.

Cuando el Rey tomó la palabra para iniciar su discurso, se oyeron pitidos y voces de protesta, a la vez que los miembros de HB, parlamentarios y junteros, brazo en alto, con el puño cerrado y de pie, empezaron a cantar el himno Eusko Gudariak. Los demás intentaron acallarlos con aplausos y gritos de «¡Viva el Rey!», mientras el presidente, José Pujaba, pedía infructuosamente silencio. El Monarca, callado, permaneció a la espera con los brazos cruzados con gesto no de sorpresa. Mientras, la Reina, sentada junto al lehendakari Carlos Garaicoechea, dejaba asomar en su cara su preocupación y tristeza.

El alboroto continuó hasta que se consiguió expulsar, en algunos casos con violencia, a los alborotadores, momento en el que el resto de asistentes, puestos en pie, aclamaron al Rey mientras se oían numerosos vivas al mismo. Pareció en ese momento como si el Monarca no improvisara sobre el discurso que traía preparado para decir: «Frente a quienes ignoran la democracia y desprecian la convivencia, yo quiero proclamar en este momento y aquí mi fe en el pueblo vasco.»

Pese a que su intervención fue muy aplaudida y terminó sin más incidentes, aquellas imágenes recorrieron España como un escalofrío. Y aquellas hermosas palabras, como veríamos muy pronto, no cambiaron para nada el comportamiento de los radicales.

A finales de 1983, casi tres años más tarde, el Tribunal Supremo juzgó por aquellos incidentes a dieciocho miembros de HB: José Andrés Elósegui, Martín Jáuregui, Antonio Ibarguren, Juan Bautista Izaguirre, Ignacio Anselmo, Joaquín Gorostidi, Juan Cruz Idígoras, José Echevarría, José María Alix, Santiago Brouard, Javier Pérez de Heredia, Javier Cruz Amurriza, José Domingo Ziluaga, José Luis Cereceda, Guillermo Perea, Severiano Rodríguez Yurre y Miguel Castell.

La Fiscalía consideraba los hechos como un delito de injurias al jefe del Estado, pero el tribunal los condenó por desorden público a tres meses de arresto y veinte mil pesetas de multa, excepto en el caso de Cereceda, que lo fue a cinco meses y cincuenta mil pesetas. No se consideró que hubieran injuriado al Rey.

Días antes de la visita, concretamente el 29 de enero, el presidente Adolfo Suárez había anunciado su dimisión desde las pantallas de TVE. Estaba muy desgastado, acosado por los problemas dentro de su partido y por los descabros electorales en el País Vasco y Cataluña. ETA había asesinado meses antes a dos militantes de la UCD, Juan de Dios Doval de Mateo y José Ignacio Listarán Ramírez.

Hubo quien dijo que un general, pistola en mano y en presencia del Rey, le había exigido que dimitiera. En 1995, haciendo yo el curso de general en Madrid, vino a darnos una conferencia a la Escuela Superior del Ejército y, en el turno de preguntas, negó que esto hubiera tenido lugar. Lo que sí admitió es que, en una ocasión, un comandante del Estado Mayor se negó a darle la mano en presencia del Rey y de otros mandos. Él le conminó a hacerlo con una frase terminante: «Le ordeno, hijo de puta, que me dé usted la mano.» Luego mandó arrestarle.

El caso es que, apenas acabó la visita del Rey, ETA volvió a asesinar, con lo que la tensión subió de nuevo varios grados. Además, la central nuclear de Lemóniz, en la que se habían invertido doscientos mil millones de pesetas de la época, recibía un golpe del que resultaba muy difícil que se recuperara ya, tras el secuestro y asesinato del ingeniero Ryan.

Por si fuera poco, el 13 de febrero moría en la cárcel de Carabanchel el etarra Joseba Arregui, detenido ocho días antes por la policía, lo que en

medio de tanta crispación originó una crisis más, con procedimientos judiciales, dimisiones y huelgas de hambre en las prisiones. Una semana después, ETA-pm secuestraba a los cónsules de Austria, El Salvador y Uruguay en Bilbao y Pamplona, a los que soltaba días después en lo que tan sólo parecía una demostración de fuerza. El 28 de febrero, coincidiendo con la liberación, declaraba el alto el fuego. Pero muchas cosas habían cambiado en España y en el País Vasco en esos pocos días.

El «síndrome del norte»

Por entonces, Ínchaurreondo, conforme nos entregaban nuevos bloques de viviendas, se iba poblando más e iba ganando alegría. Habíamos cambiado de general y ahora estaba al frente de la zona Isabelino Cáceres Ruiz. Tenía fama de duro e inflexible en el servicio y ejercía el mando con un estilo muy personal.

En esa época se empezaba a hablar del síndrome del norte, que existía pese a que los políticos lo hayan negado siempre. Un día, el general Cáceres Ruiz anunció que iba a visitar la Comandancia. Teníamos por entonces bajo arresto y en condiciones psíquicas deplorables a un joven guardia, Jesús. En una ocasión se había arrojado al agua en la playa de Gros para salvar a una persona arrastrada por la corriente durante una galerna. Pero no mucho después echó mano de su arma, paró un taxi y, apuntando al conductor a la cabeza, le ordenó que lo llevara a Málaga.

Fue detenido en la ciudad andaluza y devuelto a la Comandancia. Yo instruí el proceso contra el pobre muchacho, que tenía sus facultades mentales muy mermadas. El jefe, temiendo que hiciera una trastada durante la revista del general, ordenó que se le enviara a Ínchaurreondo y que alguien le custodiara durante la visita.

Cuando llegó el general, saludó a mi jefe con cierta frialdad, pues no tenían buena relación por una cierta incompatibilidad de caracteres. Comenzamos la visita al acuartelamiento y, de repente, de detrás de la esquina de uno de los bloques salió Jesús, vestido con un uniforme impecable, pero con su larga melena rubia asomando bajo el tricornio. El general se quedó de una

pieza. No podía creerse que le estuviera pasando esto a él, que, en sus buenos tiempos, hasta los calvos le parecía que tenían el pelo largo.

Salvó la situación el teniente coronel Del Moral, que, rápido de reflejos y tras echarme una mirada como diciéndome «te avisé de que lo vigilaseis», dijo: «Mi general, este hombre está regular de la cabeza.» Fue una frase milagrosa. El mando se acercó al agente, que permanecía en el primer tiempo del saludo, le abrazó, le dio un par de cachetes en las mejillas, le preguntó por su familia y le deseó que se restableciese pronto. Los demás soltamos un suspiro de alivio. Jesús quedó atrás. Y la revista terminó sin novedad.

Pero no quedó ahí la cosa. Cuando ya se marchaba y nos dirigíamos todos con él a la salida del cuartel nos preguntó por el famoso síndrome del norte, interesándose por si habíamos observado desórdenes de conducta o comportamientos extraños entre el personal. En ese momento se cruzaba con nosotros otro agente, vestido con el anorak de los submarinistas, pero andando con las manos en el suelo y los pies en el aire. En silencio contemplamos cómo desaparecía tras una esquina. Entonces, mi jefe replicó: «Aquí, mi general, no tenemos a nadie que presente síntomas del síndrome.»

El golpe del teniente coronel Tejero

La tarde del 23 de febrero me encontraba en la Comandancia. El jefe había salido de paseo y el segundo se encontraba con su esposa de compras en unos grandes almacenes. A las 18.30 entró en mi despacho el sargento del Centro Operativo de Servicios (COS). Era el tema del Congreso que todos conocemos, y me dijo, con cara desencajada, que pusiera la radio.

En aquella época no había teléfonos móviles, pero todos portábamos unos avisadores telefónicos con los que alerté a los mandos ausentes. Mientras éstos regresaban, recibí una llamada del gobernador civil, Pedro Arístegui, quien, tras preguntarme por el jefe, quiso saber a quién obedecíamos nosotros. Yo le contesté que nosotros siempre obedecíamos al mando legítimamente constituido. No sé si eso le tranquilizó, pero mi jefe llegó en

seguida y dispuso que todas las unidades del acuartelamiento quedaran a la espera de órdenes.

La compañía del Grupo Antiterrorista Rural quedó estacionada frente a la Comandancia. A la 1.30, tras el mensaje del Rey, el jefe ordenó que regresara a su base de Ínchaurrondo. Volvieron por el camino más corto, que es el que atraviesa el centro de la ciudad, lo que motivó comentarlos infundados. Pero eso no fue todo. Por entonces era el capitán de Información mi compañero de promoción Gil Sánchez Valiente, que aún no había ascendido a comandante. Esos días estaba en el Centro de Adiestramientos Especiales de El Escorial, lo que propició que se convirtiera en el ya famoso «hombre del maletín» y se le acusara de huir del Congreso con papeles comprometedores sobre el golpe. Durante una visita que me hizo estando yo en prisión, Sánchez Valiente me comentó que el maletín en realidad estaba vacío.

El caso es que, tras estos acontecimientos, tuvimos en Madrid a un nuevo presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo. Poco a poco las cosas se fueron calmando en la capital, aunque para nosotros la vida seguía igual, con un sobresalto detrás de cada esquina.

Dignidad para los muertos

Cada asesinato era doblemente doloroso para nosotros porque perdíamos a un compañero, a alguien real a quien conocíamos y tratábamos a diario, con el que quizá teníamos planes para el futuro, y además teníamos que asistir luego al penoso espectáculo de los funerales.

Había verdadera urgencia en que el muerto saliera hacia su pueblo, hacia su definitivo sitio de descanso, para que todo volviera a aquella extraña normalidad. Primero llevábamos a la víctima a un destartado hospital militar que había junto al campo de fútbol de Atocha, y allí, en una deprimente sala alicatada con baldosines blancos, en un semisótano sin apenas espacio ni una silla para los familiares, en un ambiente gélido, abandonábamos el cuerpo.

Era allí donde un capellán castrense, si es que lo había, celebraba el funeral ante la presencia de algunas autoridades y compañeros, tanto de las Fuerzas de Seguridad como del Ejército. Delante de la sala había un patio de tierra, adonde llegaba el furgón para recoger al muerto. A toda prisa, los familiares se llevaban el cadáver lejos de allí.

Le comentamos la situación al gobernador Arístegui, que lo entendió en seguida, y las cosas fueron cambiando poco a poco. Lo primero que se hizo fue instalar la capilla ardiente en el salón de recepciones del Gobierno Civil, un lugar mucho más digno y en el que las familias estaban mucho mejor acomodadas. El funeral se oficiaba allí mismo, y aunque al principio estábamos también muy solos, poco a poco fueron acompañándonos en nuestro dolor gentes de UCD, de AP y del PSOE, y, en contadísimas ocasiones, del PNV.

Terminada la ceremonia, se bajaba el féretro o féretros a hombros de compañeros y en el patio recibía los honores de ordenanza con los que se despedía el cortejo fúnebre; las más de las veces en dirección a Fuenterrabía, desde cuyo aeropuerto un pequeño avión militar trasladaba a la víctima y sus familiares a su destino.

Las escenas de duelo y dolor eran en casi todos los casos desgarradoras y, a pesar de la rutina, difícilmente llevaderas. Eso sin contar otros casos de muerte no por atentado sino por suicidio. Nunca podré olvidar cuando, tras haberse quitado la vida un agente de menos de veinte años en Irún de un tiro en la sien con la pistola de un compañero, su padre, abrazado a mí, me dijo sollozando: «Mi comandante, dígame que me lo ha matado ETA, por favor.» Yo, muy emocionado, le respondí: «Es cierto, ha sido así.» Y nunca he dudado de que ETA fue la verdadera culpable de su muerte.

Después de la llegada al poder de los socialistas, los funerales empezaron a llevarse a cabo en la iglesia del pueblo donde había sido asesinada la víctima, o en la parroquia que había junto al Gobierno Civil. Pero aún tuvimos que hacer frente a la prohibición del obispo Setién de que el féretro entrara en la iglesia con la bandera nacional. Para evitar incidentes, en la puerta se retiraba la enseña del ataúd; luego, a la salida, se reponía, para más tarde entregársela a la familia.

ETA seguía golpeando duro. Buscando más eco en sus acciones, el 6 de mayo atentó en Madrid contra el teniente general Valenzuela, que resultó herido; las otras tres personas que viajaban en el coche murieron. Cuatro días después se producía el caso Almería, un aldabonazo nacional en el que el mando no estuvo a la altura de las circunstancias. Al mismo tiempo, el famoso informe García Enterría advertía del peligro de la proliferación de competencias en las comunidades autónomas, y se hacían públicas unas declaraciones de Xabier Arzallus en las que aseguraba que en los cuartelillos se torturaba.

El mismo día en que tres jóvenes eran confundidos con miembros de ETA en Almería, la Comandancia de Guipúzcoa asestaba un duro golpe a la banda deteniendo a toda la infraestructura del comando Éibar Urko.

El día 9, tres individuos habían atracado la Caja Provincial de Ahorros de Vergara, dándose a la fuga en un vehículo con matrícula de San Sebastián. A continuación, y también pistola en mano, habían atracado la Caja de Ahorros Municipal de esa misma localidad. Los terroristas cambiaron de coche en Placencia de las Armas, pero una fuente informativa contempló ese paso al llamarle la atención que tres individuos con bultos dejaran tan mal aparcado un coche para marcharse luego en otro.

El Servicio de Información comprobó que el vehículo abandonado había sido robado a punta de pistola. A partir de ese hilo se identificó y localizó el domicilio de los etarras, y se desarticuló ese peligroso comando.

Unos días después se anunciaba la vacante de jefe de Comandancia de Melilla para comandante. Allepuz, terco, pero también tímido, dudaba en pedirla. Yo le animé, la pidió y se la dieron. Así podría pasar a segundo y a jefe de Información, pues estar allí era querer luchar directamente contra ETA. Pero no fue así. Ningún comandante pidió ocupar la vacante de Allepuz, de forma que, en vez de escoger a alguien a la fuerza, se usó un procedimiento informático para seleccionar el mejor perfil por características de mando, servicio y conocimientos. El ordenador dio un nombre: Santos Rjpa Fernández, hasta entonces destinado en Canarias.

Era bastante más antiguo que yo y poco hablador: al llegar me dijo hola y casi tuve que esperar tres meses para escuchar su siguiente palabra. Es

broma. Pasó un año concentrado antes de volver a su destino en Canarias. ¡Qué buen amigo y qué gran enemigo en el mus! Seguramente, la mejor persona que he conocido dentro y fuera del cuerpo.

«¡Vascos, hijos de puta!»

El 16 de junio, la policía lanzó una importante operación en Zarauz para la que había solicitado la colaboración de la Guardia Civil, que debía vigilar a distancia que nadie escapara. Pero todo resultó un fiasco. El objetivo era un comando de liberados de ETA-m, integrado por cinco de los terroristas más peligrosos y buscados: Miguel Ángel Goicoechea Elgorriaga, Txapela, José Javier Zabaleta Elósegui, Baldo, Ángel Tellechea Criarte, Koldo, Pedro Leguina Aurre, Kepa, y José Luis Eciolaza Galán, Dienteputo.

Todos se fugaron. La operación se realizó en la urbanización Vista Alegre de Zarauz, en el número 4, 7. ° D. En este piso se encontraba Dienteputo, quien, de haber sido detenido, hubiera llevado a los domicilios en los que se alojaban los demás. Parece ser que, a pesar de que era de madrugada, se dio cuenta de la maniobra de aproximación y, sin encender la luz, tomó sus armas y bajó por la escalera. Allí se topó con una joven inspectora del Cuerpo Superior de Policía llamada María José García Sánchez. El terrorista fue muy rápido: abrió fuego, la mató y huyó en la oscuridad de la noche. Allí quedaron rotos los sueños de la muchacha tras el fuego traicionero de la pistola del terrorista, aquel maldito Dienteputo.

Recuerdo el funeral de la inspectora, en una mañana fría, muy solos en el Gobierno Civil. Al sacar su cadáver al patio para desfilarse hasta la vecina parroquia vimos a la gente mirar desde las ventanas a través de los visillos. Su hermana pequeña, sin poder soportar el dolor, rompió el silencio trágico de aquella mañana con un grito: «¡Vascos, hijos de puta!» La frase restalló contra las cuatro esquinas del cruce de la iglesia y nos dolió a todos, a los de las ventanas y a los que la acompañábamos. Pero aquella muchacha tenía sus razones. Estábamos muy solos.

Seguían los ataques contra Iberduero (250 ya, con unas pérdidas superiores a los dos mil millones de pesetas). Francia se negaba a extraditar a terroristas por tratarse de una lucha política, según declaró su ministro de

Interior, Gastón Deferre. Y Arzallus aseguraba: «La lucha del pueblo vasco será larga, si quieren pararnos será con las armas, como en 1936.»

Pero a pesar de todo, 1981 nos guardaba aún más alegrías. A las 10.47 del 21 de octubre, en un control rutinario establecido por el Grupo Antiterrorista Rural en la autopista Bilbao-Behobia, a la altura de Rentería y muy cerca de Ínchaurre, se detuvo un Seat 131 con tres personas. Una vez fuera del coche, cuando se les iba a cachear, dos de ellos emprendieron la huida esgrimiendo sendas pistolas y abriendo fuego contra los agentes. Los dos murieron abatidos durante el tiroteo. El otro fue detenido.

Resultó que los dos muertos eran miembros de un comando ilegal de ETA-m y el conductor pertenecía a la infraestructura del mismo. Eran Andrés Izaguirre Gogorza, Gogor, y José Jáuregui Altube, Josetxu. El otro, Juan Carlos Martínez Bastarrica, propició la detención de otras seis personas que habían colaborado con el comando.

El año acabó con otro secuestro, extraño porque ETA-pm atravesaba un duro proceso de reinserción tras declarar el alto el fuego. El 30 de diciembre era raptado en Madrid el doctor Iglesias, padre del cantante Julio Iglesias. Pareció como si quisieran irse con dinero suficiente para costearse su primer mes en el paro. Pese a que no reivindicaron el secuestro, su método los delató: se hicieron pasar por periodistas alemanes y, so pretexto de entrevistarle, le aislaron y luego capturaron.

CAPÍTULO 3

1982. Cascos de guerra en Íñchaurrondo

El 5 de enero de 1982, un comando de más de ocho personas secuestraba en su casa de Neguri al empresario vasco de origen alemán José Liperheide. El asalto lo reivindicó ETA-m. Era prácticamente el primero de esta banda con fines económicos, forzada tal vez por el poco éxito del impuesto revolucionario, al que el PNV se oponía frontalmente.

El empresario, de setenta y cinco años, era un emblema en el sector industrial vasco, pues llevaba medio siglo ejerciendo de presidente o consejero delegado en varias empresas. Estuvo treinta días secuestrado. ETA consiguió 150 millones de pesetas como rescate.

Entretanto, otro empresario, Luis Olarra, seguía negándose a pagar el impuesto revolucionario y atacaba con dureza a los terroristas, para los que llegó a pedir la pena de muerte. El PNV le acusaba de buscar relieve político. En ese ambiente de tensión, los obispos vascos se «solidarizaron con la lucha de los presos, denunciando la insensibilidad e inoperancia de las instancias cívicas, políticas y eclesiales en torno a este problema».

El 14 de enero, la policía capturó a un miembro de ETA-pm, y tres días después, en una acción relámpago, los Grupos Especiales Operativos liberaban al doctor Iglesias. El secuestro había durado veinte días. A raíz de esta operación se descubrió el formidable arsenal de la banda en Asua. Como aún estaba en proceso de negociación con el Gobierno, y al sentirse descubierta, la organización reaccionó rápidamente y anunció en un comunicado que no había roto el alto el fuego: se trataba de «una operación de subsistencia para mantener íntegro el aparato».

Pocos días después, y encontrándome yo accidentalmente al mando del Servicio de Información, el capitán me avisó de que se estaba preparando una operación contra un posible comando de ETA-pm. Necesitaban mi orden para lanzarla. Hablé con el teniente coronel, que dio el visto bueno: era el primer servicio que se iba a desarrollar bajo mi responsabilidad, y trajo algunas sorpresas.

El origen de todo estaba en una serie de interferencias y de comunicados propagandísticos emitidos desde emisoras artesanales muy sofisticadas, y en el hallazgo de restos de explosivos usados en varios atentados. El 19 de febrero se lanzó la operación, de madrugada.

Yo acompañé a un grupo del servicio que, apoyado por miembros de la USE, iba a actuar en Alza, un barrio muy populoso situado cerca de Ínchaurreondo. Nuestro objetivo vivía en uno de los pisos superiores de una torre de catorce alturas. Llovía. Los agentes rodearon el edificio y, tras adoptar todas las medidas de seguridad, procedieron a abrir el portal.

La puerta era endeble, de cristal, pero se resistía a ceder, no había manera. Cada uno lo intentó a su manera: con una pequeña ganzúa, con una tarjeta de crédito, con una lima de uñas... Había expertos de Madrid y de Guipúzcoa, pero llevábamos media hora y nada, y nos habíamos puesto ya como sopas.

En ese momento de nervios, uno de los hombres, Alejandro, me pidió permiso para intervenir y, con aire resuelto, se dirigió al cuadro de botones del portero automático. Entre los más de cuarenta que habría pulsó unos cuantos. Después de unos segundos de silencio se oyó una voz joven.

—¿Quién es?

—Soy Iñaki —contestó nuestro hombre.

Dentro oímos cómo una voz mayor preguntaba al joven quién llamaba, y cómo éste respondía:

—Es la Guardia Civil, papá.

Después, en medio de un impresionante silencio, se abrió la puerta.

La operación se llevó a cabo con precisión y respetando todos los formalismos legales. Así se desarrolló completamente un importante grupo legal de ETA-pm denominado «Electrónico», que no sólo había alcanzado un elevado nivel técnico, sino que además había mantenido contactos con la banda terrorista alemana Baader Meinhof.

Sobre las cinco de la madrugada recibí una llamada de uno de los oficiales que regresaba a la Comandancia con un detenido para contarme que éste le acababa de decir que era parlamentario vasco. Cuando llegaron le pedí su acreditación, pero dijo que no la llevaba consigo, que la tenía en casa. Accedió a llamar a su esposa para que se la trajera, y también aceptó declarar voluntariamente. Efectivamente, era parlamentario vasco: Francisco Javier Olaverri Zaspé; fue puesto de inmediato en libertad.

Para como estaban las cosas en estas fechas, la operación constituyó un duro golpe para la banda. Fueron detenidos ocho miembros del comando. Quizá a consecuencia de esto, o tal vez porque algunos pensaban que la negociación política iba muy lenta, ETA-pm perdió la unidad de criterio en su seno.

Habíamos cambiado de general, y ahora ocupaba la Jefatura de la Zona Francisco Javier Cereceda Colado, muy conocido en el Cuerpo su personalidad le hacía destacar por su radicalidad, carecía de términos medios. Las cosas sólo podían estar bien o mal. A los subordinados los clasificaba en dos aspectos, buenos o malos, amigos o enemigos. Inteligente, audaz, duro en las órdenes, ignorante por completo del perdón, de la disculpa, por la falta o el error. Yo le tuve afecto que no siempre me devolvió, pero donde estaba brillaba la Guardia Civil.

En febrero se confirmó la ruptura interna. El 22, miembros de ETA-pm VII comparecieron en rueda de prensa, encapuchados, para afirmar que seguían manteniendo la tregua. Tres días después hacían lo propio componentes de ETA-pm VIII Asamblea diciendo todo lo contrario, que la tregua había fracasado y que volvían a la actividad armada.

Fue por entonces cuando se produjo una curiosa situación, esclarecedora de cómo estaban las cosas en aquellas tierras. Por orden de sus superiores, cuatro agentes de policía se inscribieron, identificándose como tales, en una escuela (euskalteguí) para aprender euskera llamada Habe. Fue un experimento valiente, pero Habe formaba parte del ámbito de la izquierda abertzale, de modo que el resto de alumnos se negó a compartir el curso con los agentes. Cuatro días después, todos, alumnos y profesores, se pusieron en huelga. Hasta tal punto se cargó la situación que el entonces alcalde de San Sebastián, Labayen, amenazó con cerrar este tipo de escuelas si no aceptaban a los policías como alumnos.

En Bilbao, un grupo de individuos ocupó la sede del diario El País porque éste había tachado a los alumnos y profesores de racistas por no aceptar a los policías. Al final, los agentes se quedaron solos en clase, tras el abandono del resto de alumnos. Decidieron tirar la toalla, pese a que contaban ya con el respaldo de los profesores.

Seguían entretanto los asesinatos. El 15 de marzo ametrallaron a uno de nuestros cabos, Modesto Martín, cuando se disponía a poner en marcha su vehículo en Rentería. Dos días después, cuando acabábamos de enterrarle, un juez acudió por primera vez a la Comandancia a investigar una denuncia por malos tratos. No, no era agradable para nadie la vida ni el trabajo allí.

Ínchaurreondo ya estaba completamente habilitado y empezaba a tener personalidad. Las familias serenaban el ánimo de los guardias, que eran más responsables y más prudentes, y la alegría, pasara lo que pasara, estaba garantizada todos los días con la algarabía de casi medio millar de niños que se movían con toda libertad por ese espacio. Sin embargo, hubo que conseguir ocho autobuses para llevarlos todos los días a colegios, pues por entonces los de las escuelas se negaban a venir a recogerlos.

El 14 de abril, ETA-m lanzó tres granadas y fuego de ametralladoras contra el acuartelamiento. Un agente, Juan Rodríguez, resultó herido leve. No sé qué hubiera ocurrido si las granadas hubiesen caído en la zona de las viviendas. La presencia de niños a esa gente le traía sin cuidado.

La Alternativa KAS

En aquellas circunstancias, HB decidió dar una rueda de prensa para ofrecerse como mediadora entre el Gobierno y ETA, tomando como base la Alternativa KAS, un viejo objetivo de la organización. Rosón rechazó la oferta.

La Alternativa KAS era una plataforma de reivindicaciones elaborada en 1975 y actualizada por ETA mediante un comunicado en febrero de 1978. Sus cinco puntos eran: amnistía total, legalización de todos los partidos independentistas, expulsión de la Guardia Civil y de la Policía Nacional de Euskadi, mejora de las condiciones de vida de los trabajadores y un Estatuto que contemplase el derecho de autodeterminación y la integración de Navarra.

Y llegó el fatídico 13 de junio. A media mañana recibimos una llamada de urgencia comunicando que en el puerto de Pasajes se había producido un atentado contra los agentes que lo vigilaban. El teniente coronel pidió su coche para acudir al lugar de los hechos, y yo pedí acompañarle, a lo que él accedió. Diez minutos después estábamos allí. El puerto lo custodiaban ese día tres agentes: José Luis Fernández Pernas, José García Rey y Mariano Recio Cañibano.

Fernández Pernas se había desplomado de repente, aunque ninguno de los otros había escuchado nada sospechoso. La garita estaba junto a una autopista. Sus compañeros corrieron hacia él. Estaba muerto. Había sido alcanzado en la cabeza por un disparo certero. La pareja de supervivientes se parapetó como pudo, no pudiendo precisar el origen del tiro.

Llegaron refuerzos y se inició un rastreo, que dio como resultado el hallazgo en un alto no muy lejano de un rifle con mira telescópica abandonado, con el que los terroristas habían cometido el asesinato.

De vuelta en la Comandancia, el jefe nos dijo que si la garita hubiera estado blindada ese guardia no hubiera muerto, como tampoco lo estaría de haber llevado un casco de soldado. Unos días después me llamó a su despacho y me preguntó si disponíamos de chalecos antibalas, a lo que le contesté afirmativamente. Teníamos un montón, viejos y no usados porque eran planchas de plomo recubiertas de lona verde que pesaban más de veinte kilogramos.

El jefe me dijo que cogiera dos docenas y los enviara al regimiento de Infantería, en donde, a cambio, recibiríamos otros tantos cascos de soldados. Al parecer, a ellos les sobraban. Le miré extrañado, pero él continuó:

—Los laváis y oreáis un poco y, a partir de mañana, los centinelas de Inchaurreondo que monten servicio en el perímetro que los lleven siempre puestos.

También había iniciado gestiones para blindar las garitas. Además, la Dirección nos mandó un montón de colchones de gomaespuma para ponerlos en las ventanas de nuestras viviendas como parapeto ante los francotiradores. Pero tras estudiar los pros y los contras y hablar con todos los que vivían en el acuartelamiento, decidimos no ponerlos. Queríamos vivir en casa con normalidad. Y no se pusieron.

Sin embargo, en otros cuarteles más pequeños y muy aislados sí se instalaron, e incluso en sitios que se creían más peligrosos los complementaban con sacos terreros. Esa penosa situación era todo lo contrario de lo que nosotros queríamos, que no era otra cosa que cuarteles seguros, plantillas cubiertas y personal preparado e instruido para, con medios que no teníamos, salir a buscar al enemigo y a combatirlo y detenerlo donde quiera que estuviese.

Pero menos de una semana después, y entre las bromas del resto de compañeros, los centinelas empezaron a cumplir sus servicios con aquellos vetustos cascos de soldado. Pasó el tiempo y un día, sin previo aviso, llegó el director general de la Guardia Civil a bordo de un helicóptero que aterrizó en el pequeño campo de fútbol que teníamos en Inchaurreondo. Al ver a los centinelas con los cascos pensó que el piloto se había equivocado y había tomado tierra en una instalación del Ejército. Cuando se lo explicaron no pareció gustarle la idea. Pocos días después se presentó el coronel del Tercio, que se encerró en el despacho con el teniente coronel y le comunicó su arresto. Le instó a cambiar de destino y ordenó que los guardias se quitaran los cascos. Los comandantes, que estábamos muy unidos a nuestro jefe, decidimos cumplir el arresto con él.

«Yo no voy a entregar ninguna bandera»

El 13 de julio nos entregaron las nuevas banderas constitucionales, como había sucedido en otras unidades antes. El cuartel se había vestido de gala para la ocasión. Se invitó a todas las autoridades civiles y militares. Entre ellos estaba el diputado general de Guipúzcoa, Eli Galdós. Había una cierta relación amistosa entre Eli y yo, que se había ido forjando dada su condición de ser también alcalde de Oñate, en mis visitas a esa población con motivo de atentados y por sus ofrecimientos para ayudar en lo que fuera posible, aunque posteriormente tuvo un incidente con el teniente jefe de la línea, un joven oficial, recién salido de la Academia, de elevada estatura y que no se salía ni un milímetro de su deber. Se llamaba Gonzalo Pérez García. Lo tuve luego en Información, donde demostró valor, nobleza y entrega total. Dejó su vida con generosidad y arrojo ejemplar en Iraq, siendo comandante del cuerpo. No puedo olvidar el día que ascendió a este empleo, con su uniforme de presentación, guantes blancos y faja azul de Estado Mayor. Llamó a la puerta de mi pabellón en Madrid a las 8.30 de la mañana; yo estaba solo, pues la familia estaba de viaje. Abrí y me dijo con aquella mirada franca, un punto de sonrisa en su boca: «Mi general, quería que fuese usted el primer superior al que me presentara. Yo le abracé y preparé un café de bote, soluble, que tomamos solos, sin apenas hablar. Después, vino a verme alguna vez a prisión, antes de ir a Iraq.»

Querido Gonzalo, hasta que nos volvamos a ver, un fuerte abrazo.

Ese día le hice ver, y así se lo dije en el despacho del teniente, en Oñate, y delante de éste, que no tenía razón, que el oficial había cumplido bien y fielmente con su deber.

Los militares estaban a la izquierda y los civiles a la derecha, en una especie de plataforma elevada. Estaba previsto que la ceremonia empezase con la entrega de la bandera al comandante del puesto de Ínchaurreondo. Luego, ésta debía ser izada con honores de ordenanza en un alto mástil situado allí mismo; a continuación, como en una entrega de despachos, los asistentes, políticos y militares, desde una fila de mesas preparada para la ocasión, procederían a dar el resto de banderas.

Arístegui dispuso que la primera bandera la entregara Eli Galdós, pero no le avisó antes, de modo que cuando el lector, a través del micrófono, anunció que el diputado general iba a entregar la bandera, éste exclamó en voz alta y audible para todos: «Yo no voy a entregar ninguna bandera.»

El silencio se espesaba conforme pasaban los segundos. Nadie se movía. El general se volvió hacia mí y, mascullando, me dijo que hiciera algo. En la formación, medio metro por debajo de nosotros, nadie pestañeaba. Salí de mi puesto, pues, y miré al gobernador, que estaba junto a Galdós; éste no movió ni un dedo para ayudarme en aquella penosa situación. Así que me dirigí hacia Galdós, le tomé por el brazo y le rogué que bajara conmigo y me entregara a mí la bandera de Ínchaurreondo. El, altanero, me respondió:

—Lo hago por ti, Enrique, pero que conste que esto es una encerrona.

Me pareció ver un atisbo de risa en la boca del gobernador. Bajamos a las mesas, cogió la bandera y me la entregó. Yo la besé y, a continuación, la pasé para que fuera izada. Al día siguiente, la fotografía de portada de toda la prensa fue la de Eli Galdós, diputado general de Guipúzcoa y a la sazón militante del PNV, entregando una hermosa bandera española a un guardia civil.

Jefe del Servicio de Información

Así las cosas, el teniente coronel fue obligado a dejar su cargo y marchar a Madrid por el asunto de los cascos; el comandante Santos Ripa regresó a su destino en Canarias, y también se marcharon los dos oficiales que había en Información. Como contrapartida, se incorporó el comandante Alejandro Maldonado, viejo amigo de los tiempos de preparación para la Academia. En aquella época estaba completamente agotado y hasta pensé en pedir un destino nuevo. Así se lo comuniqué a mi general, que de inmediato se presentó en la Comandancia y me pidió que me quedase con el nuevo teniente coronel, Tomás Sanz Fernández. Acepté porque sentía por éste un gran afecto, correspondido, y porque me prometió que cuando Sanz Fernández regresara a Santander yo podría elegir el destino que quisiera.

Sanz era una persona serena, muy humana en el trato y de un corazón entrañable, que mandó dignamente la unidad. Yo asumí la responsabilidad de segundo jefe y por tanto encargado del Servicio de Información.

Fue la época en que pasó destinado el capitán Ángel Vaquero al Servicio de Información, al que dio veinticuatro horas de cada uno de sus días, con su horario de vida de lo más heterodoxo. No he tenido nunca mejor analista ni hombre más operativo. También ha sido mi compañero largos años de prisión.

Lo primero que hice fue pedirle a dos oficiales que habían estado destinados allí antes que regresaran y pasaran al servicio. Se trataba de los tenientes Manuel Davó y Del Hoyo. Así se refundó aquella unidad, que fue creciendo poco a poco y demostrando su valía con una eficacia extraordinaria, fruto del trabajo y la dedicación. Y siguieron llegando oficiales, que se superaban para estar a la altura de las circunstancias, hasta completar un potente grupo de dos capitanes, nueve tenientes y cerca de doscientos hombres.

Sólo quiero destacar los mandos con los que empecé y los de aquellos que ya están muertos, los comandantes Gonzalo Pérez, ya citado; Diego Bravo, que casi pierde la vida en Morlans, como ya veremos, y que se la arrebató la carretera; y el incansable teniente García Jimeno, siempre dispuesto para el servicio, a cualquier hora, en cualquier momento, y que cayó con el avión Yak42.

De los demás omitiré sus nombres. Se verán en los servicios que contaré, sus servicios. Fui un jefe afortunado al tenerlos conmigo.

Un suicidio trágico

El 2 de septiembre terminó la guerra de Lemóniz. Un decreto ley determinó su intervención por parte del Estado. ETA estaba exultante. A mediodía corrió como un reguero de pólvora una terrible noticia: en los altos de Astigarraga, cuatro policías nacionales de paisano que salían de tomar un bocadillo en un caserío bar Rieron sorprendidos por un comando de ETA-m que mató a tres de ellos y dejó malherido al otro.

El dueño del caserío le subió a su furgoneta nada más apagarse el ruido de los disparos para tratar de llevárselo a un hospital. Pero el comando seguía emboscado y asaltó la furgoneta para rematar al agente. Los nombres de estas cuatro personas eran Jesús Ordóñez Pérez, Antonio Cedillo Tosca no, Juan Serrano Sacristán y Alfonso López Fernández.

La consternación en la zona era indescriptible. Los funerales, en un clima casi irrespirable, se celebraron al día siguiente en el salón de actos del Gobierno Civil, donde se había instalado la capilla ardiente con los cuatro féretros. Vino a presidirlos el presidente del Gobierno, Calvo Sotelo.

Y como en una tragedia griega, cuando estaban terminando los oficios religiosos se oyó una detonación que tronó como un cañonazo por los pasillos y escaleras del edificio, abarrotado de policías, guardias civiles, militares y algunos paisanos que habían venido a confortar a los familiares de las víctimas.

Se organizó un gran tumulto, hasta que pudo aclararse lo que había sucedido: se trataba de un sargento de la policía, vecino del mismo pueblo que uno de los asesinados, con una fuerte depresión por haber sido quien nombró el servicio que había sufrido el atentado. Había sacado por sorpresa el revólver que llevaba enfundado un compañero y se había pegado un tiro en la boca. Murió en el acto.

La escena fue dramática. Poco a poco, con la ayuda de unos y otros, se recobró el orden; el cadáver se cubrió con una sábana y nos dispusimos a terminar el funeral de aquel día. El presidente del Gobierno ya no estaba. Se nos comunicó que había despegado de Fuenterrabía en su avión de vuelta hacia Madrid.

La disolución de ETA-pm VII

El 30 de septiembre, diez miembros de ETA-pm VII, los más peligrosos, los más buscados por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, dieron una rueda de prensa a cara descubierta en un local presidido por la fotografía de Pertur (histórico dirigente e ideólogo de ETA, asesinado por otros miembros de la banda). Sentados a una mesa con flores,

comparecieron ante decenas de periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión.

Se trataba de Joseba Aulestia Urrutia, Zorza; José Miguel Goiburu Mendizábal, Goierri; José María Zubeldia Maíz, Joxe; Juan María Ortuzar Soldeta, Ruso; Pedro Diez Ulzurrun, Periko; Luis Emaldi Michelena, Mendi; Josu Sánchez Terradillos, Josu; José María Lara Fernández de Muñiain, Txete; Fernando López Castillo, Txiki y Miren Lourdes Alcorta Santos, Argi.

Aquella rueda de prensa, que tuvo lugar en el frontón de Biarritz, tenía por objeto anunciar su disolución. Ante la expectación de los medios de comunicación, añadieron también que ETA y la lucha armada habían cumplido su papel y que había llegado la hora de luchar sin armas.

Había transcurrido año y medio desde el anuncio de alto el fuego, del que luego se desmarcaría ETA-pm VIII. En ese tiempo se había buscado una salida negociada con la ayuda de Euskadiko Esquerra, formación política de su cuerda. El hombre clave en ese partido había sido Mario Onaindía, recientemente fallecido y que en 1970 fue condenado a muerte en el Consejo de Guerra de Burgos.

Onaindía propuso al lehendakari, Carlos Garaicoechea, que liderara el proceso, pero éste no aceptó y la negociación empezó sin él. Todo había comenzado cuando, a finales de 1980, el presidente Adolfo Suárez, de visita en el País Vasco en su primer viaje oficial, se reunió con Onaindía y con el abogado Juan María Bandrés en Los Olivos, residencia oficial del delegado de Gobierno, Marcelino Oreja. La reunión apenas duró media hora, pero fue suficiente para lanzar la operación.

Onaindía continuó luego sus gestiones secretas en círculos políticos. Incluso se puso en contacto con el Rey para explicarle la situación gracias a la intermediación del senador Uría.

El 8 de abril de 1981, en un restaurante de Madrid cercano al Ministerio del Interior, Los Arándanos, se reunió con Rosón. El ministro escuchó de labios de aquel ex etarra que él podía ofrecer una tregua a cambio de que el Estado

aceptase y anunciase a ETA que sus objetivos políticos podían alcanzarse, o al menos intentarlo, sin violencia.

El problema, como siempre, eran los presos, así que se acordó elaborar una lista de acuerdo a la gravedad de las condenas. Hubo más reuniones, y la prensa, que estaba al tanto, mantuvo la reserva. Después, estos encuentros pasaron a celebrarse en el ministerio. Se examinó la lista caso por caso, nombre a nombre. Onaindía agradeció después la valentía de Rosón en tan delicado momento, ya que si no hubiera concedido indultos no habría sido posible llevar a buen puerto la negociación.

Rosón contaba con el apoyo del ministro de Justicia, Francisco Fernández Ordóñez, pero dentro de la banda había muchos miembros reacios que no estaban dispuestos a aceptar las condiciones que les ofrecía Onaindía. Así fue cómo, en febrero de 1982, la fracción mayoritaria capitaneada por Txutxo Abrisqueta Corta y con la denominación de ETA-pm VIII Asamblea se escindió y rompió la tregua. Tras aproximadamente dos años de atracos y secuestros, una parte de los conocidos como milikis se integraron en ETAm. El resto se disolvió.

Pero se consiguió el acuerdo. Los exiliados volvieron en un expreso de medianoche a España. Yo mismo me encargué de protegerlo desde Irún. Se personaron en la Audiencia Nacional, firmaron un documento de renuncia a la violencia y hoy todos están en casa una vez completado el programa escalonado de excarcelaciones de presos. En total, salieron a la calle más de un centenar de miembros de la banda.

Elecciones generales

En la medianoche del 5 de octubre comenzó la campaña electoral de las elecciones generales que auparon al poder al PSOE. Antes de unos comicios, ETA siempre llevaba a cabo atentados y secuestros, de forma que nosotros estábamos en máxima alerta prácticamente todos los días. Para demostrar que no nos equivocábamos, el 9 asesinó en una gasolinera de Behobia, cerca de Irún, al capitán retirado del Cuerpo José Jiménez Mayoral.

El 28, día en que terminaba la campaña, la policía autonómica vasca realizó su primer servicio en la calle de algunas ciudades. El día de los comicios hizo un tiempo espléndido. El índice de participación fue el más alto hasta la fecha; había una gran expectación. El PSOE barrió a sus adversarios, logrando la mayoría absoluta. En el País Vasco dobló prácticamente sus resultados anteriores, aunque también subieron en número de votantes el PNV, HB y EE. UCD se desmoronó.

ETA quiso hacerse notar y saludó al nuevo Gobierno con una potentísima carga explosiva de más de cincuenta kilos que hizo estallar al paso de una furgoneta de la Policía Nacional en Vitoria. El atentado la alcanzó de lleno. Murió el agente Francisco González.

ETA estaba dispuesta y decidida a hacerle saber al ganador de las elecciones que estaba allí, que exigía lo que pedía y que estaba esperando respuestas. Y así, sin esperar a la formación del Gobierno, el 4 de noviembre, en una espectacular demostración de fuerza, atentó contra el general jefe de la División Acorazada Brúñete, Víctor Lago Román. Un terrorista montado en una motocicleta de gran cilindrada ametralló su coche a la altura del Arco de Triunfo que hay en la salida de Madrid por la carretera de La Coruña.

Nuevas viviendas

Por aquellas fechas, y ante la imperiosa necesidad de contar con acuartelamientos, encontramos a la entrada de Zarauz una casa nueva compuesta por dos bloques de seis alturas adosados y con veinticuatro viviendas cada uno. El de la izquierda ya tenía tres vecinos, que habían comprado el piso y se habían instalado.

Se lo comentamos a la Dirección, se hicieron gestiones correspondientes con la empresa propietaria y se compró el bloque derecho entero. Formalizamos todos los trámites y, recibida la orden, en una noche instalamos lo necesario para que aquel edificio funcionara como un cuartel: personal, vehículos, máquinas de oficina y hasta la bandera en el balcón central. Cuando los vecinos se levantaron y vieron lo que habíamos hecho se pusieron en contacto con la constructora, resolvieron sus contratos de

compraventa y desaparecieron en menos de 48 horas, dejando vacío el otro bloque. La empresa, un poco preocupada, nos lo ofreció, aceptando las condiciones de compra que les pusimos nosotros. Así, el bloque entero se convirtió en una hermosa casa cuartel.

La visita del Papa

El Papa Juan Pablo II fue recibido en el País Vasco con un entusiasmo que desbordó cualquier previsión. El 6 de noviembre debía visitar la basílica de Loyola, cuna de san Ignacio y corazón de los jesuitas, de modo que desde varios días antes se empezó a montar el consiguiente dispositivo de seguridad. El santuario de Loyola está situado entre esa población y la de Azpeitia, al fondo del valle de Régil, un paraje de una belleza espectacular. La basílica luce esplendorosa al final de una gran avenida arbolada y ajardinada, como si de una pequeña iglesia de San Pedro se tratase.

Las medidas de seguridad se extremaron ante el gran número de asistentes que se esperaba y por la posibilidad de que ETAm aprovechara la ocasión para realizar una acción propagandística.

Estaba previsto que el Papa, que venía en uno de los helicópteros en los que suele viajar el Rey, tomara tierra en una explanada frente a la fachada principal. Allí sería saludado por el lehendakari, el resto de miembros del Gobierno vasco, así como por las autoridades del Estado central y por el clero, encabezado por el obispo Setién.

En la parte donde se había instalado el altar, es decir, en la zona posterior de la basílica, había una extensa llanura para acomodar a la gente que asistiera a la ceremonia. Estaba repleta de sillas, con vías o calles perpendiculares formando cuadrículas para permitir la circulación de gente. También se habían instalado centenares de farolas para iluminar la gran explanada.

A medianoche del día anterior a la visita llegó el director de Seguridad del Gobierno saliente junto con el de la Policía Nacional. Los preparativos transcurrían con normalidad, cada hombre en su puesto y los guías de perros con sus animales moviéndose por todo el recinto en busca de artefactos explosivos. De pronto, uno de los perros indicó, con su clásica

postura de sentado, que en una de aquellas farolas podía haber explosivos. Comunicada la novedad al director, se dispuso que se levantara la farola y se intensificase la búsqueda. Y así se estuvo toda la noche sin que apareciera nada.

Se me comunicó que se habían variado los planes, con reserva total, como medida de seguridad añadida, de forma que, sin llamar la atención, debía disponer lo conveniente para asegurar la zona de una autoescuela situada al final de la explanada, ya que era allí donde iba a aterrizar al final el helicóptero. De esta forma, cuando los aparatos ya se vislumbraban en el cielo, nos encontramos con que las autoridades de Madrid estaban en la zona de la autoescuela y las del País Vasco a más de un kilómetro, en el lugar previsto de antemano.

Su Santidad bajó del helicóptero entre el estruendo de sus motores. No pude apartar la vista de aquel hombre que, con su ropa blanca, me parecía que resplandecía, alto, ágil, con una mirada y sonrisa de bondad que no parecía de este mundo. Aún siento escalofríos cuando recuerdo a aquel Santo Padre, separado unos metros de mí, ante el que sentí el deseo de postrarme en tierra y besar su sotana, sus pies. Pero yo estaba allí para servirle, y para velar por su seguridad, y con los ojos húmedos, quizá por el polvo que levantaban los rotores de los helicópteros, le vi pasar frente a mí, como flotando, saludó a las autoridades del Gobierno central, únicas que le esperaban y con ellas marchó hacia el otro extremo de la gran explanada, donde el Gobierno vasco y el clero, sin entender muy bien lo que pasaba, ya se habían puesto en movimiento acercándose a Su Santidad, que avanzaba en medio de un impresionante gentío que no cesaba de vitorear a aquel hombre. A aquel hombre único.

Jamás le he vuelto a ver. Pero yo nunca olvidaré lo que considero mi mayor servicio, del que estoy más orgulloso. La seguridad de aquel gran Papa durante las horas que dependió de mí.

La llegada al poder del PSOE

Apenas una semana después, el industrial Saturnino Orbeagozo, de sesenta y nueve años, era secuestrado a punta de pistola cuando salía de misa. Le

metieron en su propio vehículo y emprendieron la huida, pero no muy lejos de allí abandonaron el coche y subieron a otro, encerrando a su víctima en el maletero.

Lo escondieron primero en un lugar del monte Otabro, en Navarra, en un zulo al que se accedía por una trampilla disimulada. Pero una semana después se les inundó y tuvieron que llevarlo a otra borda o cabaña situada en la zona de Donamaría, en la misma provincia.

Estuvo 47 días en cautividad, secuestrado por ETA-pm VIII. Entretanto, Luis Olarra se reunía con otros empresarios para manifestarles abiertamente que esa situación no se podía tolerar, que la industria del País Vasco estaba en peligro y que había que pasar a «la acción directa».

El 1 de diciembre es investido presidente Felipe González, que hace público su primer Gobierno. HB reacciona con celeridad y convoca una rueda de prensa para criticar el programa del líder socialista, al que considera «tibio, ambiguo y de total impotencia para el cambio». Debíamos estar preparados, pues la situación no iba a mejorar en absoluto.

El domingo 5 de diciembre recibí una llamada del comandante de la Policía Nacional para preguntarme si podía recibir a unos amigos que deseaban verme con cierta urgencia. Extrañado, le dije que sí y le pregunté que quiénes eran y de qué se trataba. Él me contestó que era el equipo dirigente del PSOE de la provincia, y no añadió más.

Y allí, en Ínchaurreondo, recibí y conocí por primera vez a Enrique Casas, senador y paisano mío de Granada, un hombre extraordinario con el que trabé una gran amistad. También acudieron al acuartelamiento Julen Elgorriaga, que apenas pasaba de los treinta años, y Carlos García Cañibano, concejal encargado de la Policía Municipal de San Sebastián, al que ya conocía.

Era una mañana llena de sol. Tras comprobar mutuamente que no teníamos ni rabos ni cuernos y en un ambiente relajado y lleno de proyectos por su parte, Casas me anunció: «Carlos será el gobernador, Julen el candidato a alcalde y Ramón Jáuregui el nuevo delegado del Gobierno.»

Pero García Cañibano precisó que aún no estaba todo decidido y me dijo que quería hablar conmigo antes. Nos reunimos días después y yo le expliqué cuáles eran las responsabilidades del gobernador civil, sobre todo en lo que respecta a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Le indiqué que, para evitar riesgos, era imprescindible que viviera en la sede del Gobierno Civil. Tras pensárselo mucho dijo que no, e intercambió su cargo con Julen. No era apetitoso ser gobernador aquí. Pero Carlos siempre dio la cara frente a ETA.

El día 7 recibimos una llamada del gobernador Arístegui, que seguía en funciones a la espera de que se nombrara a su sustituto, para anunciarnos la visita a Ínchaurreondo del nuevo ministro de Interior, José Barrionuevo.

Corriendo, como siempre, adecentamos el acuartelamiento como pudimos. Ínchaurreondo ya era como una pequeña ciudad, con 250 familias y cerca de un centenar de solteros, más la compañía del Grupo Antiterrorista Rural. En total, 2.500 almas (el pueblo que fue mi primer destino en Teruel, cuando salí de la Academia, Cantavieja, apenas llegaba al millar de habitantes). Los servicios funcionaban noche y día en previsión de incidencias como ésta, así que se avisó a la cocina de solteros, que de inmediato se puso a trabajar mientras se montaba un comedor para un número de comensales indeterminado. Todo tenía que salir bien. La ocasión exigía echar el resto, pues esperábamos mucho de la gestión del hombre al que íbamos a recibir.

Alrededor de las cinco de la tarde llegó el ministro con un numeroso séquito de acompañantes de paisano a los que yo no conocía. Pasó revista a la compañía denotando cierta falta de práctica; era lógico. Marchamos al comedor donde comimos una paella que llevaba cocinada más de tres horas. Barrionuevo señaló a un hombre alto, delgado, joven como él y con gabardina y que se iba fijando en todo lo que ocurría sin abrir la boca. Nos dijo: «Éste será el nuevo director de la Seguridad del Estado, se llama Rafael Vera.» Al saludarle, sentimos una mano cálida y una mirada amistosa y de afecto. Se iniciaba una larga historia, repleta de dramas, pero que habría que vivirla. Porque creo que, si España está bien, es por ellos, y por nosotros y por el último de aquellos guardias que acababan de rendir honores a su ministro tras una espera de tres horas.

Tras la comida, en donde estuvimos un poco apretados por la falta de sitio, antes de irse, el ministro quiso saludar a los familiares y a los guardias. Los reunimos en el lugar más amplio que teníamos, el bar de tropa, que, lóbrego y frío como una catacumba, se encontraba en los semisótanos de uno de los bloques. La algarabía, con los niños y el eco de las conversaciones era inenarrable. Como pudimos, se hizo un poco de silencio.

El ministro instó a los guardias a que le expusieran, aunque fuera prematuro, alguna necesidad perentoria. Uno de Tráfico le dijo:

—Señor ministro, se dice que cuando la Policía Autónoma salga a la carretera nosotros tendremos que irnos. ¿Puede decirnos si es verdad?

Él contestó que no se iría ningún guardia, salvo que quisiera marcharse voluntariamente a otro destino. Fue muy aplaudido y, con el tiempo, querido por aquella gente, tan sufrida.

Desaparece el Subsector de Tráfico

El Subsector de Tráfico de la Guardia Civil desapareció días más tarde cuando la Ertzaintza sacó a la carretera su unidad de Tráfico. A los guardias se les ofreció quedarse en la Comandancia, en la especialidad de Rural. Algunos lo hicieron, mientras que los demás se marcharon a otros destinos de Tráfico en otras provincias de España.

Mientras, sufríamos otro atentado, sin víctimas, en el cuartel de Éibar y se formalizaba la compra de un viejo caserón, del que ya he hablado anteriormente, que había sido un colegio de monjes. El edificio tenía un aspecto impresionante, aunque necesitaba bastantes arreglos. Lo rodeaba una apreciable cantidad de terreno. Alrededor de veintiún mil metros cuadrados, que era suficiente para los fines a que iba a ser destinado: dar un curso de un mes de formación a todo el personal destinado al País Vasco. Se lo denominó, con cierto gracejo, la «ikastola».

Desde su entrada, por encontrarse en un pequeño montículo frente al aeropuerto de Fuenterrabía, se divisaba un panorama espectacular, que comprendía esta localidad, las pistas de aterrizaje paralelas a la

desembocadura del río Bidasoa. Al otro lado, ya en Francia, Hendaya, y en la lejanía se vislumbraba San Juan de Luz.

Allí, en un atardecer de la primera quincena de diciembre, volvió el ministro por segunda vez para asistir a la entrega del edificio y al izado de una bandera en un enorme mástil. Firmaron el gobernador Arístegui, uno de cuyos hijos hizo de fotógrafo, el general Aramburu, como director del Cuerpo, y una sección del GAR, que rindió honores a pesar de lo avanzado de la tarde. Las visitas posteriores fueron casi siempre por alguna circunstancia trágica.

Liberación de Orbeagozo

El 12 de diciembre fue asesinado en Tolosa el guardia Juan Ramón Joya Lago cuando circulaba en su coche particular junto a otro agente, Francisco Vázquez, que resultó herido grave. Era de Melilla, y de Melilla era la matrícula del coche. El guardia muerto llevaba seis años destinado a esa población y estaba casado con una chica de la localidad, casi una niña, de dieciocho años. Tenían un hijo de apenas un año. María del Carmen Reyero Aguilar, que así se llamaba la joven viuda, tuvo un comportamiento ejemplar.

Todo tuvo su origen en una pequeña fiesta de despedida que se estaba celebrando en el cuartel en homenaje al capitán que había sido destinado a Almería. En un determinado momento escaseó el tabaco. Los dos guardias se ofrecieron para ir a comprarlo al pueblo. Todo debió de ocurrir muy rápido: alguien les vio y reconoció; ese alguien avisó al comando, que quizá se encontraba en las cercanías. Los terroristas prepararon sus armas, les esperaron en un stop de regreso al cuartel y los ametrallaron. Debieron de intentar rematarlos, ya que el interior del coche estaba lleno de casquillos, como si hubieran abierto la puerta para disparar.

El funeral se celebró en el Gobierno Civil y fue el primero al que asistió el nuevo ministro. Después, a instancias suyas, nos dirigimos al lugar del atentado, donde depositó unas flores ante la mirada sorprendida de una gente silenciosa y fría. Estuvimos en el acuartelamiento de Tolosa y se reunió con las esposas de los guardias, a las que intentó calmar. Eran

momentos de nervios y no rehuyó oír lamentaciones de falta de seguridad en el servicio que prestaban sus maridos. Aquellas mujeres tenían toda la razón, y no eran sólo sus maridos los que corrían peligro en el servicio (bastaba para ello ver los coches de servicio, los Land Rover) sino también ellas y sus hijos debido al estado del cuartel, verdaderamente deplorable. Prometió ocuparse de aquellos asuntos y marchó a Madrid.

Fueron nombrados los nuevos gobernadores civiles, y el nuestro fue José Julián Elgorriaga Goyeneche. En la toma de posesión vi nervios en aquella cara, pero también decisión, firmeza y una gran ilusión.

También contemplé a Pedro Arístegui cómo abandonaba, con sus maletas y muy solo, el edificio del Gobierno Civil. Después, en Ínchaurreondo, le dimos una sencilla cena de despedida y le regalamos unos gemelos, un alfiler de corbata con el emblema del Cuerpo y un tricornio. Sentí su marcha, como se siente siempre que un amigo se va. Fue un buen amigo. Su conversación te invitaba a escuchar. Me encantaba oír historias de su época como embajador en Nicaragua y sobre lo mucho que hizo por unos y otros en los tiempos de la insurrección. Mantuvimos la amistad, pues siempre que venía a Irún a ver a su madre encontraba un hueco y pasaba a tomarse un café conmigo. Hasta que le destinaron a la embajada del Líbano, donde un obús entró un día en su comedor y se llevó su vida y alguna otra de su familia. Pero aun desde allí, las dos o tres veces que vino pasó a recordar conmigo aquellos tiempos y aquel trabajo que tuvo que hacer en su tierra, pero que no era propio de su profesión de diplomático.

La llegada del nuevo gobernador fue saludada por los CC. AA. con la voladura de un centro especial del Tribunal Tutelar de Menores, que se encontraba a la entrada de San Sebastián en una villa llamada Egoazpilla, y que se trataba de una experiencia piloto. Fue una acción que nos sorprendió por la falta de lógica. El día 24 de diciembre, tan esperado en todos los hogares, se recibió una información que anunciaba la posibilidad de colocación de bombas en la vía del tren Irún-Madrid que, tras ser analizada, parecía tener visos de verosimilitud.

Se llevó a cabo una reunión urgente en el Gobierno Civil con Julen Elgorriaga, que aprendía a marchas forzadas, y se decidió inspeccionar las vías. No podíamos correr el peligro de un desastre en una noche tan

señalada. La Policía Nacional se encargó del tramo Irún-San Sebastián y nosotros del de San Sebastián hasta el límite de la provincia, donde la Comandancia siguiente asumía la responsabilidad.

Nosotros dividimos nuestra área en cinco subtramos, los correspondientes a los puestos de San Sebastián, Hernani, Andoain, Tolosa y Villafranca-Beasain. En total, cerca de ochenta kilómetros que recorrimos a pie, sin novedad, y regresamos a casa sobre las cinco de la madrugada. Al llegar, todavía encontramos una sonrisa y un suspiro de alegría en la familia, que esperaba intranquila con la cena de Navidad recalentada, pero que sabía a gloria tras haber prestado aquel servicio a los demás. Se recibió una felicitación colectiva por parte del presidente del Gobierno.

El año no terminaría así. El día 28 ETA-pm VIII se declaraba autora del secuestro de Saturnino Orbegozo. Días antes había enviado al periódico Deia una carta y fotografías del industrial. Al día siguiente, los guardias Juan García Mencía y Manuel López Hernández, que prestaban servicio de aduanas en la estación de ferrocarril de Irún, fueron ametrallados por la espalda por los miembros de un comando de ETAm que, tras rematarlos en el suelo, se dieron a la fuga en medio de la confusión y el caos de los primeros momentos. El primero tenía cuarenta años, estaba casado y tenía dos hijos. El segundo, soltero, tenía apenas veinte años. Cayeron muertos instantáneamente. Los funerales se celebraron en el Gobierno Civil de San Sebastián, a los que asistió el ministro.

Mientras esto ocurría, no muy lejos de allí, sucedía algo que compensó un poco el dolor y la rabia que sentíamos. El comandante del puesto de Santesteban, el sargento Guerrero, había oído comentarlos sobre actividades extrañas en una zona despoblada, usada sólo por cazadores, en Donamaría. Desde primeras horas de la mañana, con seis de sus hombres, empezó a rastrear aquel terreno y, a unos tres kilómetros de la citada población, al llegar a la borda Otabro, en el monte que lleva su nombre, oyeron unos ligeros ruidos que procedían del interior. Echó un vistazo por un pequeño resquicio y vio unas mesas, una nevera y varios utensilios de cocina. Reunió a los guardias, rodearon la borda y llamaron a la puerta preguntando si había alguien en el interior. No hubo respuesta. Decidió subirse al tejado,

que era bastante accesible, y, una vez en él, apartó unas tejas y se introdujo en el interior, mientras un guardia le cubría desde el mismo tejado.

En ese momento se oyó una voz, algo descompuesta, que gritó:

—¡No disparen, tenemos al señor Orbegozo!

A continuación, apareció el secuestrado ojeroso, con barba y en condiciones precarias y, tras él, con los brazos en alto, dos personas que dijeron ser miembros de ETA-pm VIH. Sin dejarles bajar los brazos, el sargento los separó de Orbegozo, los cacheó y les encontró un cargador repleto de munición 9 mm Parabellum. Las armas, dos pistolas Browning, estaban en el interior, debajo de la almohada de una destartada cama. La víctima había estado en un rudimentario zulo, lleno de humedad. Se accedía por una trampilla disimulada en el suelo debajo de la cama.

Los detenidos eran Gregorio Manso Martija e Ignacio Odriozola Susaeta, a los que se les incautó, además del citado armamento, documentación falsa. Fueron trasladados a Santesteban, se dio la novedad a la Comandancia de Pamplona y, de inmediato, se trasladó a Orbegozo a la Delegación del Gobierno de esta ciudad, mientras los Servicios de Información se hacían cargo del resto de la operación. El empresario, tras descansar un poco y llamar a su familia, fue llevado a su domicilio por el comandante Gómez Bañón.

La noticia se extendió como un reguero de pólvora. El ministro nos consultó si debía anunciarlo en el acto que se iba a celebrar en los andenes de la estación de Irún en homenaje a los guardias asesinados. Le contestamos, pese a que conveniente retrasar al máximo la difusión de la detención de los terroristas (para poder completar así las operaciones), que era más importante el efecto moral que iba a producir que el perjuicio que se pudiera acarrear al servicio.

Terminados los funerales, nos dirigimos al lugar de los asesinatos, donde se había congregado gran cantidad de gente y todos los guardias libres de servicio de Irún. Se depositaron ramos de flores en los sitios en que habían caído muertos y allí, con un micrófono, el ministro tomó la palabra y dijo:

—La Guardia Civil, que sabe llorar a sus muertos, también sabe cumplir con su deber a diario. Acaba de liberar al industrial Saturnino Orbeago.

Los aplausos y la emoción no le dejaron seguir.

Fuimos al cuartel de Irún, donde tomamos un tentempié rápido, y a continuación salimos hacia Zumárraga para saludar al liberado y a su familia. Después, Barrionuevo regresó a Madrid.'

El crecimiento de Ínchaurreondo llevaba consigo numerosos problemas a los que poco a poco hubo que encontrar solución. Uno de ellos era la asistencia religiosa. Hasta entonces nos asistía un capellán castrense que venía todos los domingos a celebrar misa en muy precarias condiciones. Más tarde, propusimos al gobernador militar la posibilidad de que algún soldado sacerdote atendiese diariamente nuestras necesidades, y llegamos a un acuerdo: nosotros le daríamos alojamiento y comida. Tuvimos a dos o tres que se quedaron con nosotros hasta que cumplieron el Servicio Militar. Finalmente, al modificarse la plantilla de la Comandancia, contamos con nuestro propio capellán que, con rapidez y eficacia, se puso a organizar y ordenar aquella parroquia que sí tenía, desgraciadamente, muchas defunciones, además de muchos bautizos, primeras comuniones y confirmaciones.

1. Servicios en 1982:

7782. Detenidos los componentes de un comando de apoyo e infraestructura de ETA-pm VIII Asamblea, compuesto por los individuos que habían participado en el secuestro e intento frustrado de asesinato de un industrial de Tolosa, contra el que dispararon al no poder realizar su captura, logrando aquél escapar ileso. 9882. Comando legal armado de ETAm, denominado Andatza: se logró la detención de un individuo y huyeron los cuatro restantes miembros del comando. Se incautó su armamento, un subfusil Stein y dos pistolas Browning de 9 mm y se esclarecieron numerosas voladuras de torres de Iberduero y atracos, además de diversos ametrallamientos de edificios.

11982. Comando legal armado de ETA-m, llamado Azketa. Fueron detenidos cuatro miembros de la organización dándose tres a la fuga. Se les

incautó su armamento, granadas y explosivos tipo goma2 en una cantidad de 10 kilos. Su cometido principal era la voladura de torres del tendido eléctrico y las correspondientes subestaciones.

La capilla se montó de forma provisional en uno de los cuatro viejos barracones que, desde el primer día, se habían instalado junto a una de las entradas del acuartelamiento y que servían tanto de alojamiento de la Fuerza que daba seguridad como comedor.

Un día, aprovechando que uno de aquellos soldados sacerdote era de allí, un poco nacionalista y amigo del obispo, le dije que le invitase a venir un domingo a conocernos y a celebrar la misa. Así podría comprobar si eran verdad o no las barbaridades que de nosotros decían los abertzales.

Y así ocurrió. Un domingo monseñor Setién vino con nuestro prestado sacerdote y nos ofició una misa que tengo que definirla como preciosa. Me emocioné un poco. La capilla estaba abarrotada. El obispo dispuso que se acercasen todos los niños, les mandó sentarse en el suelo delante del altar, con lo que se alivió un poco el espacio disponible y empezó una misa, inolvidable, en la que, a cada momento les hacía preguntas a los críos, dialogaba con ellos sobre este o aquel misterio y si entendían tal fase de la ceremonia; en caso negativo, él se la explicaba.

Cuando concluyó la Eucaristía dimos un paseo por todo el acuartelamiento luego quiso hablar libremente con las mujeres y con los hombres y allí le dejé con unos y con otros. Al terminar nos reunimos de nuevo y le ofrecí en el bar de oficiales un aperitivo, que rehusó.

Y tomó sólo un poco de naranjada. Entonces le dije que, ya que nos habíamos conocido, esperaba que nos visitara con más frecuencia. Guardó silencio. Creo que estaba impresionado por lo que había visto y oído de aquellas personas llenas de vida, de juventud, de alegría, aquella gente tan sana, que no entendía el rechazo que sufrían y que tanta intranquilidad padecían por el elevado riesgo a que estaban sometidos. Al marcharse, y mientras le besaba el anillo, me dijo:

—Ustedes ya tienen obispo propio.

Y nunca más volvió.

Nuestra capilla, andando el tiempo y gracias al plan de saneamiento y mejora de cuarteles, se convirtió en una hermosa iglesia de no mucho tamaño, de la que todos nos sentíamos orgullosos.

Un nuevo coronel había venido a Vitoria, Luis Mecerreyes Madrón, que permaneció en el destino cinco largos años hasta que cumplió la edad reglamentaria del pase a la reserva. Fueron años duros en los que siempre tuvimos en él a un hombre bondadoso a la vez que cumplidor del servicio, siempre preocupado por los guardias; eso sí, no podía ver en los dormitorios de solteros la fotografía de una chica de revista ligera de ropa. Pero nadie es perfecto, qué caramba. Su recuerdo es para mí muy agradable y me produce paz.

Y a Logroño, el general José Rodríguez Medel Carmona. También fue una suerte para unidades como la nuestra tener a hombres como él. No callaba y denunciaba la arbitrariedad y la injusticia. En el duelo sabía consolar y en la alegría compartir. También estuvo varios años en Logroño y también le tuve mucho afecto. Recuerdo cuando venía de revista con su ayudante, un hijo de sable mío en la Academia de Zaragoza, José Luis Cano Riesgo, y me preguntaba:

—¿Algún problema?

—Sí, mi general —contestaba yo, pues cuándo no teníamos allí un problema.

—Resuelto —contestaba él. Y todos dejábamos escapar una sonrisa.

Para entonces ya había sido destinado a la Unidad de Servicios Especiales el comandante Cándido Acedo. Venía de Canarias y, aunque en sus relaciones con el jefe de su unidad, el teniente coronel Catalán, se oían truenos, rayos y centellas, fue una magnífica incorporación a esta guerra en la que tan solos hemos estado. Muy afable y siempre dispuesto a echar una mano, no le había conocido hasta entonces y acabé sintiendo una gran amistad. Con el tiempo, y ya ascendidos él y su jefe, asumió el mando de la USE y fue la época en que más fluidamente circuló la información entre las

comandancias y los servicios especiales. Contaba con unos analistas extraordinarios y unos hombres operativos, que llevaban tranquilidad a las unidades del norte, tan acosadas y siempre con una operación por hacer.

Hice con él de embajador en algunos viajes al extranjero, para explicar nuestro problema y conseguir que algunos países aceptaran, como deportados, a miembros de ETA. En aquella época en que Francia los expulsaba del país, pero no nos los entregaba a nosotros. Y vi su buen hacer en semejante tarea muy ajena a nuestro servicio. Nos conocimos unos meses antes, en un curso de desactivación de explosivos que hicimos juntos en Hoyo de Manzanares, en la Escuela de Ingenieros llamada Gremanol, con profesores con experiencia en Irlanda del Norte.

CAPÍTULO 4

1983 La guerra de las banderas

El nuevo año empezó con la toma de posesión del nuevo delegado del Gobierno, Ramón Jáuregui, el mismo día, 4 de enero, en que los Comandos Autónomos atentaron con un explosivo contra las dependencias de la Agencia Efe en San Sebastián, por «llevar una línea tergiversadora y manipuladora de la lucha de los organismos populares». A la toma de posesión asistió el vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra. Y como en casi todos los actos de este tipo, en los discursos salió el tema de la tortura, afirmándose que sería perseguida.

Nosotros, policía y Guardia Civil, también recibimos ilusionados al nuevo equipo gobernante. Teníamos muchas necesidades, muchos problemas: acuartelamientos, vehículos, armamento, formación del personal, etc. Y esperábamos soluciones. En las primeras reuniones y desde el primer momento estas necesidades les fueron expuestas. Pero también se tocó el tema de la tortura y se les explicó que los detenidos tenían la obligación, porque así se lo ordenaba ETA, de denunciar malos tratos.

Les dijimos que los primeros en rechazar estos procedimientos éramos nosotros. Como en cualquier grupo, podía haber excepciones. Las detenciones no eran siempre pacíficas y a veces era necesario emplear la violencia. Se producían lesiones que servían de base para la denuncia. Siempre estuvimos muy preocupados por este tema que casi nos asfixiaba, y aunque hubo algunos juicios, pocos en comparación con el número de servicios y detenciones, y alguna condena, yo sigo creyendo en aquellos hombres que tanto se sacrificaron por este país. Ningún cuerpo policial, incluida la Policía Autónoma vasca, se ha librado de ese tipo de denuncias.

Teníamos un feroz enemigo en la provincia; bueno, siempre había más de uno. Guipúzcoa tenía la «honrosa» peculiaridad de que ETA-m le dedicara no menos de cuatro comandos de liberados: el Éibar, el Goyerri, el Goyerri-

Costa y el Donosti. Y era este último el que más implacablemente nos golpeaba, como había ocurrido recientemente en Irún y anteriormente en los altos de Rentería con el asesinato de cuatro policías nacionales. Entre sus componentes, como jefe, se encontraba Zabarte Arregui. Una de nuestras patrullas que circulaba por Lasarte observó un día un coche que le llamó la atención por los ocupantes, ese sexto sentido que a veces aflora. Al consultar por radio la matrícula se le comunicó que el automóvil había sido sustraído. El robo de un vehículo a punta de pistola les daba a los terroristas un margen de tiempo limitado para cometer el atentado y abandonarlo.

Los ocupantes del vehículo no obedecieron a la señal de alto iniciándose una persecución de película por las calles de Lasarte, que siguió por la carretera que lleva a Usúrbil con intercambio de disparos. Lograron escapar. Todos estaban seguros de que en el coche iba Zabarte. Aún no había sonado su hora.

A primeras horas de la mañana del 10 de enero, y cuando no habían transcurrido ni quince días de la liberación de Orbeagozo, era secuestrado en San Sebastián Miguel Ignacio Echevarría, nieto de Patricio Echevarría, propietario de la factoría metalúrgica que lleva su nombre. Dos individuos armados penetraron violentamente en su domicilio y apresaron al joven de veinte años, estudiante. La opinión pública entendía que este nuevo secuestro era además un reto para el PSOE. Se intensificaron los servicios y se vigilaron los pasos fronterizos. Los autores eran otra vez los polis milis de la VIII Asamblea, aunque éstos y los milis, en sendos comunicados, negaron su paternidad. Se generó una gran confusión.

Fueron convocadas grandes manifestaciones, a la vez que el Gobierno hacía pública su intención de impedir, por todos los medios, cualquier tipo de rescate. La prensa llegó a publicar que ETA-pm VIII no sólo negaba ser la autora del secuestro, sino que iba a investigar quiénes lo habían llevado a cabo, igual que ETA-m. El joven estuvo retenido siete días y fue liberado cerca de la población de Cerain. Parece ser que se pagaron 160 millones de pesetas de rescate.

En el ayuntamiento de Fuenterrabía, como consecuencia de la compra del convento-colegio y su transformación en cuartel, se aprobaron mociones

injuriosas que propiciaron una querrela de la Dirección General mientras se producían manifestaciones por las calles de la ciudad.

La tensión del día era la de todos los días, con picos o variantes que producían los atentados. También fue una etapa en la que durante varios meses se intentó reunir una mesa de diálogo entre el PNV, HB y PSOE para normalizar la vida en el País Vasco. Los intentos duraron varios meses. PNV quería que fuera en privado, HB con prensa; total, que no se llegó a ningún consenso. El desacuerdo lo dibujó perfectamente en una entrevista el vicepresidente Alfonso Guerra:

—Pedir la independencia no tiene sentido, la amnistía no es posible. La salida de las FOP y de las Fuerzas Armadas no es negociable. ¿Qué más?

ETA dio la puntilla a los intentos de crear la mesa en una emisión clandestina radiofónica al afirmar que «no puede haber un alto el fuego hasta el reconocimiento de la Alternativa KAS, pues sólo entonces el pueblo vasco encontrará definitivamente la libertad». Cristalino, vamos. No obstante, el detonante que hizo que el PSOE, por boca de García Damborenea, anunciara su no participación con carácter definitivo en esa mesa tripartita fue el atentado que sufrió una de nuestras patrullas el 2 de febrero de 1983 a la salida del cuartel de Villafranca. Resultó muerto en el acto el guardia Miguel Mateo Pastor, y heridos graves sus compañeros Juan José Bueno Fernández y Custodio Contreras de la Rosa. Los agresores se dieron a la fuga. Hubo cierta tensión en los funerales, entre guardias y policías, a los que animó Barrionuevo.

El mes de febrero trajo alegría e ilusión para mi familia pues el día 8, sobre las tres de la tarde, nació mi quinta hija, Carmen. Fernanda me dijo que sentía que el nacimiento estaba a punto de producirse, de modo que la llevé a la clínica, donde, tras ser examinada por el ginecólogo que la había controlado durante el embarazo, dispuso su ingreso en la maternidad. A mí me dijo que aún tardaría un par de días en venir.

Había venido a Ínchaurreondo un compañero de promoción, Pepe Collada, director de la Escuela de Perros, con el fin de inspeccionar los que teníamos allí. Le dije a Fernanda que me iba al cuartel para acompañarle y, a media tarde, cuando se fuera para Madrid, volvería y me quedaría con ella en el

hospital. Los demás chicos estaban expectantes en casa, bajo la batuta de mi suegra que, como siempre que la necesitábamos, allí estaba para echar una mano.

Acompañé al comandante Collada y, al finalizar su cometido, nos dirigimos al comedor. Antes de terminar el almuerzo llamaron del hospital para comunicar que la niña había nacido. A toda prisa me despedí de mi compañero, me cambié de ropa y media hora más tarde estaba en la habitación del hospital, donde encontré a mi esposa, serena y relajada, como si nada hubiera ocurrido. Ya estaban allí algunas señoras de Ínchaurreondo que habían acudido a visitarla.

A los pocos minutos llamaron a la puerta y una enfermera puso en manos de la madre a una niña, de pelo negrísimo, que lloraba sin parar. Llevaba un artefacto con forma de carro e iba repartiendo niños de derecha a izquierda, como si se tratara de una partida de cartas, a lo largo del pasillo del hospital. Las señoras se inclinaron sobre aquel bebé al que yo miraba con expectación y aguardaba para tomarlo en brazos y verle los ojos y las manos y la boca. Todas, sin excepción, dijeron que se parecía a mí. Algunas, con entusiasmo. La nariz, la frente... «Es igual que usted», me decían.

En ese momento llamaron a la puerta y entró de nuevo la enfermera con otro bebé, nos pidió perdón porque se había confundido de niña, nos enseñó la etiqueta que con el nombre y otros datos llevaba atada a la muñeca, se llevó a la primera para dársela a sus verdaderos padres y a nosotros nos dejó a nuestra Carmen. Tres meses más tarde, al llegar a casa, vencido el día y sentado en mi sitio de costumbre, puso la madre en mis brazos a la niña con el biberón para que se lo diese, a la vez que me decía:

—Para que os vayáis conociendo.

Miré al bebé y le dije un montón de piropos en voz baja, y ella sonrió. Supe que me había entendido, que me había conocido.

Más que iniciarse, se recrudeció la campaña de petardos explosivos en bares, bancos y comercios a cuenta de la exigencia del impuesto revolucionario, mientras que en el seno de la ETA-pm VIII que quedaba

operativa se produjo una nueva escisión el 12 de febrero, ya que un grupo de ellos era partidario de abandonar la lucha armada. Ese mismo día, ETA atentó de nuevo. Sucedió en Tolosa, en plenas fiestas de Carnaval. Falleció Patricia Llanillo y resultó herido grave su marido, José Luis Alonso, detective privado. El alcalde intentó suspender la tamborrada, pero las distintas sociedades se negaron y la fiesta continuó.

Vi a aquel hombre herido, desesperado y desolado, que deseaba haber sido él la víctima mortal. Y vi sus lágrimas después, ya recuperado, al recordar a su esposa. ETA reivindicó el hecho y les acusó de ser informadores de la policía. Los hermanos del detective convocaron una manifestación y en rueda de prensa exigieron a ETA que se retractara, lo que no consiguieron.

De los actos de sabotaje destacó el que los CC. AA. llevaron a cabo contra el almacén de la empresa Michelin del barrio de Ugaldechu, en Oyarzun. Causaron daños superiores a los mil millones de pesetas.

Robo de armas

Para nosotros, el bombazo de alarma y sorpresa ocurrió el último día del mes, el 28, en el que un comando formado por no menos de doce personas, casi como en el Ulster, se apoderó de las dependencias que la Policía Autónoma tenía en la Diputación Foral de Guipúzcoa, inmovilizó a los hertzianas que allí se encontraban de servicio y se apoderaron de 112 pistolas Star —nuevo modelo, de doble acción—, varios radiotransmisores, uniformes y diverso material de uso policial.

La ekintza causó un enorme revuelo a todos los niveles, sobre todo en el político, y el PNV lo consideró como un ataque directo a la autonomía. Al hacerse responsable de tal «requisa» de armas, ETA dijo que la acción se debía «a las necesidades de abastecimiento que tiene todo grupo que practica la lucha armada», y que no había ninguna connotación política ni voluntad de enfrentamiento entre ETA y la Policía Autónoma. Y pelillos a la mar.

La verdad es que fue un aldabonazo saber que semejante arsenal estaba en manos de aquella banda de malhechores que tanto daño hacían. Otro motivo

de preocupación fue la puesta en libertad en Francia de Txomin, Iturbe Abasólo, máximo dirigente de ETA. Se le impusieron controles semanales, pero rápidamente pasó a la clandestinidad.

Plan ZEN

La Dirección de la Seguridad del Estado elaboró lo que se conoció como Plan ZEN, que fue recibido con sorpresa por los medios de comunicación, como si fuera algo secreto, y con aprehensión por otros estamentos, hasta el punto que a un comando que fue capturado se le encontró un ejemplar, tamaño mini, como si fuera la piedra filosofal para combatirlos.

El Plan ZEN (Zona Especial del Norte), que incluso recibió el visto bueno del Gobierno vasco, no era otra cosa que un proyecto ambicioso para potenciar la lucha antiterrorista en cuatro aspectos: policial, social, político y legal. Incluía inversiones para reparación y mejora de acuartelamientos; adquisición de armamento y material complementario —como chalecos antibala, etc.—; renovación de los vehículos de servicio por otros blindados y formación e incentivación del personal que venía destinado nuevo, además del reciclaje de los veteranos para conseguir la máxima permanencia en esos destinos.

Asimismo, contemplaba acciones encaminadas a hacer ver a la población civil que el trabajo de las Fuerzas de Seguridad para dismantelar el aparato terrorista pretendía además el mantenimiento de las tradiciones vascas. El Plan, que se puso en marcha de forma paulatina año tras año, con su dotación presupuestaria, surtió un efecto muy notable en la vida y eficacia de los guardias.

El gobernador me comentaba que el Ejecutivo llevaba a cabo una importante gestión con las autoridades francesas, aprovechando la presidencia de François Mitterrand y de su ministro del Interior, Gastón Defferre, ya conocido, y no con entusiasmo, por nosotros, para acabar con el santuario etarra en territorio galo. Insistió en que pronto veríamos los resultados.

En marzo se produjo una situación de tensión que no benefició en nada la normal convivencia y el servicio de las Fuerzas de Seguridad. Desde el día de la liberación de Orbeagozo las relaciones entre la policía y el gobernador no eran muy fluidas. Parece ser que la noticia del lugar en el que se encontraba el secuestrado había llegado antes a la comisaría, pero su responsable decidió esperar a que terminaran los funerales por el atentado de Irún para inspeccionar la zona. Total, que lo hizo la Guardia Civil de la zona, que no esperó. Hubo cese del comisario. El sindicato de éstos pidió al ministro la destitución del gobernador civil. En fin, que fue necesario el tiempo para que las aguas se calmaran, ya que semejante situación sólo beneficiaba a los violentos.

También se comentaba que, a raíz del asalto y robo de armamento a la Policía Autónoma, el consejero de Interior del Gobierno vasco había pedido ayuda a la policía francesa. La noticia, que fue publicada por el periódico Tribuna Vasca, fue desmentida por el consejero Luis María Retolaza y el consulado de Francia en San Sebastián.

Secuestro de Guibert

A las nueve de la mañana del 21 de marzo, lunes, fue secuestrado por los Comandos Autónomos Jesús Guibert, gerente de la empresa Marcial Ucin de Azpeitia. Tenía cincuenta y cinco años y era militante del PNV, que se tomó un especial interés por el caso. Se puso en marcha la maquinaria habitual: interrogatorio de posibles testigos, comienzo del peinado de toda la provincia, dividida en sectores, caseríos incluidos, y la alerta de todas las fuentes de información.

Este secuestro me permitió conocer a un personaje al que siempre recordaré con afecto, Genaro García Andoain, también militante del PNV, y director para asuntos de Policía de la Consejería vasca de Interior durante el mandato de Retolaza. Fue el alma de la creación de la Ertzaintza, cuya selección de personal llevaba personalmente. Montó un pequeño grupo de policías autónomos de plena confianza con los que hacía labores de investigación, para, fundamentalmente, averiguar los antecedentes de los aspirantes a ertzainas. Este grupo fue el embrión de lo que más tarde constituyó la Unidad de Adjuntos a la Viceconsejería de Seguridad (AVCS)

(actualmente ULA, Unidad de Investigación y Análisis) que es el Servicio de Información de la Policía Autónoma.

Desarrollaba una gran actividad, estaba bien informado y mantenía muy buenos contactos con miembros de ETA al otro lado de la frontera en representación del PNV. Las relaciones entre el PNV y ETA habían sido habituales de 1975 a 1981, y se enfriaron después por serias discrepancias entre unos y otros. Genaro García las retomó y las intensificó a partir de 1986. Llegó a reunirse, en una vieja casa de Hendaya (Francia), en más de seis ocasiones con Francisco Mágica Garmendia, alias Artapalo, y Paquito, que ya era de la dirección de la banda.

Hicimos mucha amistad e intercambiamos información sobre la situación aquí y al otro lado de la muga, entre otros aspectos. Nos veíamos casi siempre discretamente unas veces en su despacho y otras en el mío hasta que, preocupado el PNV porque trascendieran estos encuentros, lo hicimos en las zonas de descanso de las autopistas. A mí me parecía que llamábamos más la atención así. Conocía a alguno de mis contactos y yo a los suyos.

Tres años más tarde, y en la que fue la primera actuación directa de la Ertzaintza contra ETA, la liberación de Lucio Aguinadalde, el 2 de noviembre de 1986, murió. Sentí su muerte, pues llegó a ser un gran amigo.

Una de mis fuentes, varios días después del secuestro de Guibert, me indicó la posibilidad, casi la certeza, de que estuviera en un zulo construido en la falda de una montaña que formaba con otras la ladera izquierda del Valle de Regil. Se montó un gran dispositivo y formamos una unidad mixta de guardias y policías de notable entidad y, acompañados por Genaro, empezamos a rastrear de arriba abajo. Duró varias horas y encontramos varios zulos, pero no hallamos al secuestrado. Y no quedó nada por mirar.

Un atentado perpetrado por los CC. AA. contra una patrulla de la Policía Nacional en el peaje de Oyarzun de la autopista Bilbao-Behobia produjo una serie de consecuencias indirectas. Resultó herido de gravedad el cabo Ramón Martínez García, que fue trasladado al hospital Virgen de Aránzazu, donde sufrió una hemorragia interna que le produjo la muerte. Al parecer los médicos no se apercibieron de esa circunstancia y con ello se creó una

cierta animadversión hacia ese centro hospitalario. A partir de ese día y a petición tanto de los policías como de los guardias civiles, en caso de atentado se evacuaba a la Cruz Roja o al Hospital Clínico.

El funeral fue en el Buen Pastor, acudió el obispo Setién y hubo que quitar la bandera. Como siempre, asistió el ministro. Durante el funeral se produjo un incidente ante la prohibición de que el féretro llevara en el interior del templo la enseña nacional. En un gesto impulsivo el coronel de la Policía Nacional colocó, con gesto de rabia, de nuevo la bandera sobre el ataúd. El sacerdote que oficiaba interrumpió la ceremonia que no se reanudó hasta que, a una señal del ministro, se retiró de nuevo.

Tras el funeral marchamos al lugar del suceso para depositar unas flores en recuerdo de la víctima. Le dijimos al ministro que debía abandonar aquella costumbre, pues le estaba dando muchas facilidades al enemigo, lo que hacía que el día menos pensado podía hacer que volara la comitiva con él incluido. Pasado un tiempo aceptó la recomendación al darse cuenta de que teníamos razón. Hoy, con la técnica de los teléfonos móviles y la televisión, habría sido un suicidio.

Liberación de Guibert

El 7 de abril fue liberado Jesús Guibert tras permanecer dieciséis días en cautividad. Lo abandonaron de madrugada en el alto de Meagas, no muy lejos de su pueblo. Hizo autostop y una pareja de jóvenes lo llevó hasta su domicilio, donde, según nos contó, mandó de inmediato abrir todas las ventanas, pues sentía angustia de estar en un sitio cerrado. Lo habían tenido en un zulo de medio metro de altura por metro y medio de ancho y unos tres de largo.

Dos días más tarde subí con Genaro García Andoain a verlo. Estaba justo en la ladera de enfrente, la que no rastreamos, a gran altura. Me sorprendió la fortaleza con la que subía la montaña aquel hombre, mayor que yo, que tuvo que darme un par de descansos porque me asfixiaba. El zulo era para verlo y no creerlo. En semejante lugar le habían tenido cautivo dos encapuchados que con él compartieron frío y calor. De madrugada lo sacaban un rato para estirar las piernas y hacer sus necesidades. Después, de

nuevo al agujero, de cuyo techo pendía una especie de estalactita que goteaba agua continuamente. Parece que el rescate ascendió a 150 millones de pesetas. La familia anunció que no habían pagado nada. Sin embargo, los CC. AA. dijeron con gran desfachatez lo contrario, a la vez que anunciaron que «para nosotros este secuestro supone un notable incremento de nuestro potencial económico». Aún había de transcurrir más de un año para verle la cara al secuestrador, Xavierchu Bereciartúa.

Ínchaurreondo crecía y, a la par, sus necesidades. Ese año conseguimos que el ministerio sufragara algo que era muy necesario: una cafetería digna y no el subterráneo oscuro que hacía esas funciones. Elegimos el sitio más alegre y más amplio que teníamos: los soportales de uno de los bloques de arriba. El cuñado del teniente coronel Sanz era arquitecto y le pedimos que la diseñara. Quedó un bar precioso, con unas jardineras redondas, una grada o peldaño para sentarse, un árbol, una barra moderna que se curvaba en dos o tres sitios hasta llegar a la esquina en que terminaba. Y unos aseos muy originales en los que unos envolvían a los otros.

Aquella instalación, desde el primer día, fue muy visitada por la policía y, más tarde, por la Ertzaintza y por muchos vecinos y conocidos. Era también la base de apoyo del día de nuestra gran fiesta, la Patrona, la Virgen del Pilar, cuya celebración cada año representaba un verdadero problema por el clima que en octubre suele hacer por aquellas latitudes. El arquitecto recibió nuestro agradecimiento como único pago que, hoy aquí con mi afecto, reitero.

En abril, Barrionuevo consiguió que el Gobierno francés aceptase que un jefe de la Guardia Civil fuese destinado como agregado de Interior a la embajada española en París. Se trataba de asegurar una relación permanente entre la Gendarmería y nuestro Cuerpo. El designado no podía ser otro que el comandante Vélez Artajo, que de inmediato se trasladó a París y empezó, sin pérdida de tiempo, a transmitir información con una intensidad y un volumen que casi era imposible de seguir. Esa figura continuó, aunque años más tarde se elevó su rango al de coronel.

Voluntad de vencer

Dentro de las mejoras que se hicieron en Ínchaurreondo gracias al Plan ZEN inauguramos una guardería infantil y una biblioteca, para lo que me dirigí por carta a un montón de organizaciones oficiales y particulares rogándoles nos enviaran aquellos ejemplares que les sobraran. Fueron muy generosos en sus respuestas. El páter fue el encargado de organizarla, de clasificar, abrir ficheros y dar las normas para su utilización.

Asimismo, fue instalada una galería de tiro que fue, sin duda, una de las mejores de su tiempo. Permitted que la plantilla de la Comandancia, alrededor de 1.800 hombres, más la unidad GAR, la célula UEI y bastante personal afecto no tuvieran que ir a campos de tiro de circunstancias en canteras o zonas de monte sin población. Los traslados ocasionaron numerosos atentados. También se inició la construcción de un supermercado que, junto a una espléndida piscina y a un pequeño pero acogedor rincón a modo de club para pasar un rato familiar y con los amigos, permitía humanizar la vida del acuartelamiento y alejar, aunque sólo por unas horas, la tensión del riesgo.

Todos los cuarteles mejoraron su comedor, cocina, elementos de seguridad pasiva —como monitores y cámaras de TV—, así como los alojamientos para el personal soltero y su correspondiente amueblamiento. Fue una época de ilusión, pues todo ello se llevó a cabo a la vez que a los guardias se les dotaba del más moderno armamento personal que había en el país. La situación diaria iba cambiando y el personal percibía que había preocupación por ellos y por sus familiares. En los presupuestos del Ministerio de Interior de 1983 hubo una partida para todos estos apartados del Plan ZEN y que alcanzaron un total de 2.615 millones de pesetas.

Yo no podía olvidar aquella entrevista de finales de los ochenta, con una tensión casi violenta, cuando el entonces ministro Martín Villa nos dio a entender que el problema del terrorismo no tenía solución. Quería volver a Madrid cuanto antes. Quizá deseaba que alguien levantara un muro y separara el País Vasco, nuestro País Vasco, del resto de España. Así le quitarían el enorme problema de encima y podría seguir como ministro del resto, sin más preocupaciones. Los que con más modestia e ilusión sí lo creíamos no podemos olvidar ni el personaje ni la ocasión.

Para intentar que la situación cambiase de signo y que las Fuerzas de Seguridad pudiesen tomar la iniciativa, aunque de forma precaria, se publicó a primeros de mayo una orden del Ministerio del Interior por la que, a partir de junio, todos los datos sobre venta o alquiler de viviendas y locales deberían ser comunicados a la policía o puesto de la Guardia Civil correspondiente. Se trataba de un intento de aproximación a los llamados pisos francos o pisos de seguridad, si bien no dio muchos resultados. Quedaba claro que había ganas; empezaba a verse algo que llevábamos muy dentro, con mucha fe. Empezaba a asomar la VOLUNTAD DE VENCER.

Desde siempre la victoria requiere de tres principios fundamentales. Uno es la voluntad de vencer, que no es otra cosa que la moral, el estado de ánimo. Otra es la capacidad de ejecución; para ello, con el apoyo del Gobierno se deben poseer los medios y el personal necesario para la acción o misión. Y el tercero es la libertad de acción que, junto con los anteriores, requiere estar en posesión de la información adecuada que permita intervenir en el lugar y momento más favorable para nosotros y más desfavorable para el enemigo.

Y los tres, cada uno bajo una distinta responsabilidad, se habían puesto en marcha. La moral era tan alta que no había plazos en el tiempo; se estaba en situación de resistir todo lo que fuera necesario porque, como reza a la entrada de la Academia de Talar, a ESPAÑA, SERVIR HASTA MORIR. Aunque se haya retirado el letrero del monte.

Las investigaciones progresaban a una velocidad no siempre deseada por nosotros. Como consecuencia del desmantelamiento del comando Azqueta-1 el 1 de septiembre del pasado año, el 18 de mayo conseguimos la detención de dos de los huidos y la de otros trece que les proporcionaban información y labores de infraestructura. Uno de ellos fue sorprendido mientras construía un zulo; trató de huir, pero no lo consiguió.

El 7 de junio reaparecen de nuevo los Comandos Autónomos y asesinan en el bar Amaya de Azpeitia al civil Francisco Machio Martos. Nosotros seguíamos acumulando datos, objetivos de información sobre esta banda, hasta que pudimos devolverle los golpes y ponerlos a disposición de la justicia. Pero aún tendría que pasar tiempo y, sobre todo, aún habrían de causarnos muchos problemas.

En Francia había sido detenido el refugiado vasco Jokin Otxotorena y se encontraba en la UVI de un hospital francés, donde llevaba cinco meses aquejado de leucemia. Diario 16 publicó una información en la que aseguraba que dicho individuo estaba preparado para actuar contra un alto mando español en plan suicida; vamos, como un kamikaze. Esta noticia levantó expectación y alarma, pero no se trata de un procedimiento habitual ni mucho menos de ETA, aunque haya habido aquí y en Francia algún suicidio. El citado periódico fue duramente contestado por la familia de Otxotorena quien, como consecuencia de la enfermedad, falleció en París el 31 de agosto.

Supimos que numerosos miembros de ETA cuando entraban en España para cometer atentados utilizaban en muchos de sus desplazamientos el ferrocarril de vía estrecha llamado Eusko Trenbideak, que enlaza Hendaya, Guipúzcoa y Bilbao por Deba y el Duranguesado. Se montó un servicio de unidades del GAR que subían al tren inopinadamente y llevaban a cabo determinadas identificaciones con un alto grado de profesionalidad. Algunos comandos empezaron a tener más dificultades para llevar a cabo sus movimientos, ya que por carretera también podían encontrarse con un control. El comité de empresa del ferrocarril entregó una nota de protesta al gobernador por semejante intrusión. Colaborando, vamos.

Al mando de la Comandancia de Bilbao se encontraba el teniente coronel Lull Catalá. Había sido profesor mío en la Academia Especial del Cuerpo y manteníamos una magnífica relación de amistad. Para demostrar a sus subordinados la preocupación que sentía por ellos los acompañaba diariamente en el más peligroso de los servicios ordinarios: la escolta de los explosivos destinados a canteras y obras, con itinerarios fijos y conocidos. Iba en su vehículo oficial en cola del convoy. Nos tenía preocupados, pero él quería compartir el riesgo de sus hombres.

Un día, cuando la expedición circulaba por una de las carreteras de Vizcaya por la zona de Tracacúa, se produjo un atentado que alcanzó a un vehículo y que fue confundido por los etarras con el de Lull. Su conductor, Eduardo Vadillo Vadillo, falleció. Este hecho le afectó mucho. Quizá le influyera en demasía los comentarlos de algún compañero en el sentido de que el atentado lo podría haber provocado él con su costumbre. Yo pienso todo lo

contrario: comprendía entonces por qué lo hacía y lo comprendo ahora. Sentía y siento una gran admiración y respeto por él. Pero cambió; cambió radicalmente, aquello afectó a su salud y Lull no volvió a ser el de antes.

Carta de una etarra

Cuando fue desarticulado el comando Gorrochategui, autor del atentado, entre otros documentos se le incautó una carta escrita por Carmen Guisasola Solozábal. Entre otras cosas decía lo siguiente:

Kaixo (querido) Artapalo:

Os vamos a contar lo ocurrido en la acción de Trabacúa. La acción iba dirigida contra el teniente coronel de la Guardia Civil que circulaba en un 1430 negro. Este se nos había escapado ya varias veces. ¡ERA NUESTRO GRAN SUEÑO!

ETA, con gran desfachatez, reivindicó el atentado un día después, confirmando que iba dirigido contra el convoy de la Guardia Civil y lamentando la muerte del señor Vadillo. Seguro que alguno se puso de luto.

A raíz del atentado del francotirador a la fuerza que prestaba vigilancia en el puerto de Pasajes y que ocasionó la muerte de uno de nuestros guardias, incrementamos la seguridad. Por eso no nos explicábamos cómo un grupo de los Comandos Autónomos pudo introducirse en el interior del recinto, volar el edificio del PPO, que casi se viene abajo, y marcharse tranquilamente, pero así sucedió. Se dieron normas estrictas para el reconocimiento e identificación de vehículos y personas. Aun así, no pudimos evitar más desgracias. Un guardia destinado allí, Juan Maldonado Moreno, falleció al hacer explosión una bomba que estaba adosada a su vehículo. A los funerales acudió el ministro acompañado del director, el general Aramburu. Cuando todavía estábamos en el Gobierno Civil nos comunicaron que otro artefacto había explotado al paso de una furgoneta de la Policía Nacional, y que había causado la muerte al agente Emilio Cánovas López, y herido de diversa consideración a seis compañeros.

Mi director estaba muy afectado por las dos muertes consecutivas, por la velocidad de los acontecimientos. Aquel mismo día hubo que desactivar una potente carga explosiva que había sido colocada en un viejo mercado situado junto al antiguo hospital militar, y que había sido, gracias al Plan ZEN, reconvertido en cuartel de la Policía Nacional. El petardo tenía más de veinte kilos de goma-2, potencia suficiente para haber ocasionado una masacre.

Habíamos empezado a conocer a los Comandos Autónomos, sus rarezas, cómo funcionaban por dentro y, sobre todo, a sus componentes, a los liberados y a los que ya lo habían dejado. También a los legales que había que vigilar. Algo importante se había puesto en marcha. Todo empezó con una llamada telefónica que me decía que si yo ponía en libertad a una persona sospechosa que habíamos detenido junto a otras tres o cuatro el comunicante podía ponerme en contacto con alguien que podría proporcionar información quizá muy valiosa. Daba la casualidad que, al no encontrar indicios suficientes y tras los pertinentes trámites judiciales, esa persona iba a ser puesta en libertad. Montamos un protocolo de seguridad para mi primer encuentro. Todo salió bien. Y más de una tarde, y más de dos, las pasábamos juntos; yo le enseñaba mis libros de fotos y mis informaciones precarias y él las modificaba, ampliaba y proporcionaba. Los puntos de encuentro eran variados, con frecuencia eran un hotel, un área de descanso en carretera, un coche en un estacionamiento, etc.

La primera información que proporcionó fue la que motivó el rastreo de la ladera izquierda del valle, donde creíamos que se encontraba Guibert. Pero estaba en la otra ladera. En el futuro tuvo más precisión.

La guerra de las banderas

En junio empezó a gestarse también lo que ha venido en llamarse «guerra de las banderas», que continúa todavía sin la notoriedad ni la violencia de entonces. El sábado 25 se ordenó a una sección del GAR que se dirigiera al Ayuntamiento de Tolosa, donde ondeaba sólo la ikurriña y la bandera local y que, de acuerdo con la legislación vigente, se exigiera el izado de la española. La alcaldesa no lo aceptó y, para salir del paso, retiró la ikurriña.

Cuando la fuerza abandonó el lugar se convocó un pleno extraordinario que decidió colocar de nuevo la ikurriña.

El radicalismo comprendió que disponían, casi como el maná, de un nuevo campo de batalla donde tenían las de ganar. A partir de entonces en la inmensa mayoría de las poblaciones en fiestas se buscaba la provocación, no se izaba la bandera española y sí las otras. Aguardaban la aparición de las Fuerzas de Seguridad para empezar los incidentes, que casi siempre terminaban en batalla campal. Nos enfrentábamos a auténticos maestros de la provocación.

Y, además, no había personal suficiente para ir a tantos sitios. Nosotros nos marchábamos, ellos ponían la ikurriña y, a veces, quemaban la nacional. Volvíamos; incidentes, lanzamientos de objetos, carreras, cargas y así una y otra vez, año tras año. Si un ayuntamiento decidía izar todas las banderas, como en Bilbao, se reunían centenares de personas que atacaban la fachada del edificio hasta con lanzacohetes.

En una ocasión, el gobernador Goñi Tirapu ordenó que se pusieran las banderas, a toda costa, en el Ayuntamiento de San Sebastián, y hubo que hacerlo ante una fortísima resistencia de los radicales clavando tres mástiles frente al mismo y con un helicóptero.

Hoy las cosas se han suavizado un poco, y ya no es noticia el cumplimiento a medias de la normativa sobre las banderas en edificios oficiales. Pero también fue motivo de fuerces enfrentamientos y confrontaciones no sólo en la calle, sino también en el plano político. Aún hoy en el edificio de Ajuria Enea, residencia oficial del lehendakari, sólo ondea la ikurriña. A su lado se encuentra la Delegación de Gobierno Central en cuya fachada se mecen al viento la ikurriña y la bandera nacional.

Julio comenzó con un comunicado de ETA en el que se hacía responsable del atentado del guardia de Pasajes y con la sorprendente decisión del Ayuntamiento de Tolosa de enviar, según lo acordado casi por unanimidad en el último pleno, la bandera de España al ministro del Interior por ser su presencia en ese consistorio no deseable. Esto ocurría el día 3, mientras que cuatro días más tarde el Gobierno vasco solicita al español el mando de todas las Fuerzas de Orden Público instaladas en el País Vasco. A una

provocación se sucedía otra. Así, el día 11 y gracias a la televisión, toda España pudo contemplar cómo una urna volaba por los aires en el Ayuntamiento de Irún, en una tumultuosa reunión para la elección de alcalde en la persona de Alberto Buen, del PSOE, tras haber sido invalidada una votación anterior en la que había sido elegido uno del PNV. Y todo porque la misma había sido a mano alzada.

El tema de las banderas provocó fortísimos incidentes en Rentería, donde su alcalde, José María Gurruchaga, se enfrentó valientemente a los violentos, siendo agredido y teniendo que emplearse a fondo la policía. Los altercados se sucedieron durante varios días en los que el citado alcalde corrió serio peligro por imponer la legalidad. Las amenazas obligaron a buscarle una vivienda anónima, donde era protegido por fuerzas policiales, pues se temía un atentado inminente contra su persona. Mientras, HB pedía la dimisión del gobernador por los incidentes de Rentería que ellos habían provocado.

Recuerdo la situación de aquel hombre valiente y cómo uno sentía hervirle la sangre ante tanta injusticia. Andando el tiempo fue gobernador civil de la provincia, hasta que el ministro Belloch lo cesó.

El día 23 se produjo el atraco de un furgón blindado de la empresa Esabe Express cuando se hallaba en la Caja de Ahorros Provincial de Villabona (Guipúzcoa). Lo llevaron a cabo tres individuos armados con dos pistolas y un subfusil, y se apoderaron de 45,5 millones de pesetas. Además, se llevaron los tres revólveres y la escopeta de los vigilantes mientras dejaban abandonadas junto a la acera dos granadas de mano tipo piña con sus respectivos multiplicadores.

El asalto fue reivindicado por ETA-pm VIII Asamblea, y las investigaciones, tras la declaración de los testigos y otros datos, llevaron a la detención de un individuo de Lasarte llamado Joaquín Olano Balda. Tras intentar lanzarse por una ventana, condujo a los guardias a una chabola en cuyo interior había un zulo con tres granadas de piña. En un momento dado cogió una de ellas y la lanzó contra las Fuerzas de Seguridad. No explotó porque no tenía multiplicador. Aprovechó para darse a la fuga y, una vez arrestado de nuevo, se comportó con violencia, por lo que tuvo que ser reducido por la fuerza y sufrió heridas que motivaron su ingreso en la Cruz Roja.

Se organizó un escándalo con el tema que hizo que se sustanciase un procedimiento judicial contra la Fuerza. Olano negó todo ante el juez, que lo puso en libertad y ya no supimos nada más de él hasta que el 16 de diciembre de 1988, cinco años más tarde, tras cometer un atraco a mano armada en la Caja Laboral Popular en San Sebastián fue detenido de nuevo, esta vez, por la Policía Nacional.

En aquella última semana y en aguas de Guetaria habíamos llevado a cabo un magnífico servicio. Aprehendimos un importante alijo de tabaco de contrabando que iba a bordo de dos barcos de medio porte que quedaron intervenidos en el puerto de esa localidad. La Autoridad Judicial dispuso que fueron permanentemente vigilados, por lo que se montó un servicio de guardias de paisano que procuraban pasar inadvertidos. El 31, tras ser localizados por los Comandos Autónomos, fueron asesinados. Un comando los tiroteó por la espalda, quedando sus cuerpos tendidos junto a los barcos. El lugar estaba repleto de testigos que no atinaron a dar una pista de cuántos eran los criminales, ni cómo iban vestidos, cómo vinieron ni cómo se fueron. Los guardias, que pertenecían al puesto de Zarauz, se llamaban Rafael Gil Marín y Enrique Rúa Diez. El primero de ellos tenía otro hermano en la Comandancia que llevó a cabo importantes servicios en Información en los que, como tantos otros, puso su vida en peligro en numerosas ocasiones.

Zabarte asesina de nuevo

Era una época en la que las fiestas se sucedían en las distintas localidades vascas, una detrás de otra. En la madrugada del día 5, en las fiestas de Oyarzun, un comando de ETA abrió fuego contra un policía municipal de San Sebastián que se encontraba en la localidad. Resultó muerto y herido su acompañante. Otro atentado que llevaba la marca de Jesús Zabarte, el Carnicero de Mondragón.

Al día siguiente se celebró el funeral y a continuación tuvo lugar una manifestación de protesta a la que asistieron en silencio más de 1.000 personas. Sus compañeros comentaron en privado que no entendían las razones del asesinato, pues era un hombre simpatizante de HB. Se llamaba Manuel Peronie.

Al amanecer del sábado 13 de agosto dos miembros de los Comandos Autónomos habían elegido un objetivo al que iban a hacer objeto de su ataque. Preparaban, a las afueras de Usúrbil, un artefacto de gran potencia que, por un fallo en su manipulación, les hizo explosión. Sus cuerpos quedaron totalmente destrozados y hubo serias dificultades para identificarlos. Un comunicado de la organización resolvió el problema al dar los nombres, al tiempo que reconocía su militancia: Francisco Javier San Martín Goicoechea, alias Piti, natural de Vitoria, y José Luis Seguróla Mayo, alias Naskas, de Aguinaga, localidad vecina a Usúrbil.

El 14 comenzaron las fiestas de San Sebastián con la presencia del lehendakari Garaicoechea. Era tradición asistir a una Salve en la iglesia de Santa María, en la parte vieja. Aquel año fue imposible. Las convocatorias de Gestoras pro Amnistía y HB convirtieron el Boulevard donostiarra en un auténtico campo de batalla, con lanzamiento de objetos y cargas de la policía y la Ertzaintza, que duraron hasta bien entrada la noche. En medio de aquel clima de exasperación el ministro vino a pasar un par de días como turista a San Sebastián, con sus correspondientes paseos veraniegos y almuerzos, que no consiguieron demostrar que allí había normalidad ni mucho menos seguridad.

La riada

Las copiosas lluvias que venían sucediéndose se intensificaron a lo largo del 26 de agosto, convirtieron Vizcaya y Guipúzcoa en un auténtico caos, donde empezaban a ser imposibles los desplazamientos por carretera. Pero lo peor estaba aún por venir, y el desastre apenas había empezado. La lluvia siguió y se desbordaron los ríos Nervión, Deva, Urola, Urumea, etc. Poblaciones como Azpeitia, Llodio y Bermeo quedaron inundadas. En el casco viejo de Bilbao hubo zonas en las que al agua alcanzó los cuatro metros de altura. Se extendía el desastre por aquellas tierras. Se esperaba con temor la subida de la marea que podía empeorar aún más la situación.

El delegado del Gobierno, Jáuregui, por indicaciones de Madrid, llamó al lehendakari y puso bajo su dirección las medidas de que disponía el Gobierno central en el País Vasco, incluidas las Fuerzas de Seguridad, para lograr una mejor coordinación de las labores de auxilio. Garaicoechea

quedó muy impresionado y, aunque se instaló en la Diputación de Guipúzcoa, ignorando a la Junta de Seguridad, que estaba en el Gobierno Civil, la coordinación funcionó gracias, sobre todo, a la labor del gobernador Elgorriaga, que no hizo caso del desaire. Se encontraba al mando de la Guardia Civil el general Cereceda, con carácter accidental, por haber cesado el director Aramburu. Intentó ponerse a las órdenes del lehendakari, pero no lo logró. O aquél no quiso recibirle.

La labor de la Guardia Civil, policía y demás fuerzas no sólo fue meritoria, sino heroica en algunas ocasiones. Siento orgullo al decirlo aquí y ahora, porque casi nadie de allí lo destacó, y de esta manera pago mi deuda de gratitud a aquellos hombres que fueron mis subordinados, mis compañeros.

No tardó mucho tiempo ETA en volvernos a la realidad. El 5 de septiembre asesinó al propietario del bar José Mari de la localidad de Hernani, Arturo Quintanilla Sala, al que en una posterior reivindicación acusó de traficante de heroína y colaborador de la policía. También calificaba a la Universidad de Navarra, del Opus Dei, a la que le había dedicado varios artefactos explosivos, de «centro opresor de la identidad de Navarra». Desde luego, y con independencia de la ideología de cualquier espectador medianamente imparcial de la situación del País Vasco, habrá que convenir que el nivel intelectual de sus componentes no era envidiable. Se trataba de un atajo de fanáticos sin piedad.

El teniente coronel Sanz Fernández fue destinado al mando de la Comandancia de Santander, pero no marchó hasta que fue sustituido por el también teniente coronel Maestro Atenza.

El 16 de septiembre se produjo otro atentado que, además del dolor y el drama, puso de manifiesto una especial crueldad y sadismo. El policía nacional Pablo Sánchez César, vecino de Urnieta, se encontraba en el apeadero de esta población para tomar el tren que le traía todos los días a la capital cuando fue asaltado por tres individuos que abrieron fuego contra él. Alcanzado por varios impactos, y ante la mirada de los escasos usuarios del ferrocarril se arrastró a través de las vías tratando de huir y salvar la vida. Fue alcanzado al llegar a unas zarzas por uno de los agresores, que lo cogió por el cabello y le levantó la cabeza violentamente para, en esa posición, volársela de un disparo. En total tenía siete orificios de bala. El asesino no

era otro que el hombre de ETA más buscado, uno de sus más feroces asesinos, Jesús María Zabarte Arregui. Nuestros caminos no tardarían mucho en encontrarse.

El funeral fue el mismo día al anochecer en Urnieta. Asistió el ministro y el presidente de la Junta de Extremadura, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, pues la víctima era de Badajoz. Como las riadas eran recientes y por el comportamiento ejemplar que las Fuerzas de Seguridad habían tenido también acudieron el diputado general, el propio lehendakari y mucha gente, pues el atentado había impactado en la localidad. Barrionuevo, terminados los actos, tuvo el gesto de quedarse a dormir en el cuartel de la Policía, antiguo Hospital Militar, que era donde estaba destinado el agente asesinado. ETA, al reivindicar el atentado, aprovechó para descalificar con total desfachatez el Plan de Seguridad Ciudadana o Plan ZEN.

Arantza se ofrece a colaborar

Desde hacía unos meses había empezado a trabajar con una fuente que, situada al otro lado de la frontera, estableció un contacto telefónico inopinado y se ofreció a colaborar con objeto de que la situación encontrase una solución civilizada. Que no siguiera la violencia de la que estaba harta. Los hechos ocurrieron así: un día el gobernador recibió una llamada telefónica extraña. Era una mujer que quería colaborar en la medida de sus posibilidades y por las razones expuestas. Se hallaba en Francia. El gobernador aceptó y durante mucho tiempo proporcionó información genérica útil para saber cuál era el ambiente entre los refugiados. A veces facilitaba algún dato operativo. Más adelante tuvieron lugar un par de citas en la muga a altas horas de la madrugada, que nosotros cubrimos con las máximas medidas de seguridad. Más tarde, al no poder atender estos contactos debido a sus otras obligaciones, me pidió que me hiciera cargo de ellos. El nombre clave de esta mujer era Arantza. Comenzamos a trabajar con cierto recelo al principio. Habría de pasar mucho tiempo antes de conocernos, años. Y empezaron nuevas investigaciones.

Pero entretanto, ETA-m, en un atentado que se repetiría en numerosas ocasiones, y desde un coche que dejaron abandonado, efectuaron el 3 de octubre el lanzamiento de dos granadas de carga hueca contra el

acuartelamiento de Hernani, que se hallaba solitario encima de una pequeña colina. Causó escasos daños y el disparo se realizó a una distancia de más de 200 metros. Ello originó que los servicios ordinarios de todas las unidades tuvieran, como una misión más, el reconocimiento de las zonas que rodeaban a los cuarteles hasta una distancia desde la que pudiera efectuarse este tipo de agresiones.

Secuestro del capitán Martín Barrlos

Dos días más tarde ETA-pm VIII Asamblea secuestraba en Bilbao al capitán de Farmacia Alberto Martín Barrlos. De este hecho se derivaron gravísimas consecuencias en los años siguientes que provocaron verdadera conmoción y hasta ruptura en la forma de pensar de la opinión pública. Los «octavos» se tomaban la revancha del fracaso de Orbegozo y daban a entender que tenían capacidad de acción. Al asumir la autoría, la banda exigió para liberar al militar que fueran puestos en libertad los miembros de esta organización encarcelados por el asalto al cuartel de Berga.

A continuación, hizo llegar a la prensa un comunicado en el que también «exigía de forma inexcusable» la lectura en los telediarios de una serie de puntos sobre su organización y los disueltos de la VII Asamblea. Un auténtico y macabro chantaje.

La otra banda, los «milis», atendiendo a las peticiones del frente de makos (cárceles) y para presionar a instituciones penitenciarias, había asesinado al médico de la cárcel del Puerto de Santa María, Alfredo Jorge Suar Muro. Una de las medidas que se adoptó para mejorar la seguridad de los funcionarios y del personal que tenía contacto con los reclusos etarras fue reunirlos a todos en una sola prisión. Se eligió una de máxima seguridad, la de Herrera de la Mancha. Fue perjudicial, pues la concentración beneficiaba la logística y el control que ETA ejercía sobre sus internos. Curiosamente esta medida fue contestada por la banda y su entorno, que llegaron a denominar a la prisión «cárcel de exterminio». Cuando años más tarde se procedió a la dispersión también fue criticada ésta.

Mientras, los «milis» asesinaban a un civil que llevaba varios años en Hernani, Juan José Pulido Pavón, de 48 años, y dejaba malheridos a los

también paisanos Juan Carlos Valdez Valdés y José Hilario Echevarría Urrutia.

Los esfuerzos de rastreo y de búsqueda de información, en una tremenda lucha contra el reloj para localizar al capitán secuestrado no dieron resultado. Los «octavos» remitieron a TVE el comunicado al que aún no se había dado lectura y responsabilizaron al «cerril Gobierno de González y al Ejército español del viraje que pudiera darse al secuestro».

De nuevo los «milis», para no perder su siniestro protagonismo, cometían un asesinato. La víctima era el guardia civil Ángel Flores Jiménez. Regresaba a su domicilio en Rentería. Cuando llegué acompañado del gobernador Elgorriaga no pude por menos que sentir una fuerte emoción al ver el cadáver de aquel hombre que no hacía muchos días había venido a mi pabellón, acompañado de su esposa, a pedirme que no le cambiásemos de destino. Me traía como presente, tan clásico en la España de las recomendaciones, una botella de vino cuya marca no recuerdo. El caso es que se había tomado la decisión de cambiar de puesto a los hombres más conocidos para evitar lo que acababa de suceder, que los mataran. Prestaba servicio en el puerto de Pasajes y llevaba allí bastantes años. Se le iba a mandar a Irún. Yo, con mucho cariño, le dije que era vital el cambio y que, además, debía irse de su domicilio pues en Irún tenía pabellón. Pocos días después caía muerto delante de esa vivienda que no quiso dejar.

El viernes 14 TVE contesta al comunicado de ETA-pm VIII y se ofrece públicamente a leer el comunicado, una vez que el capitán Martín Barrlos sea liberado. Comunicado que además de lo expuesto llevaba una fuerte crítica a que el juicio por el asalto al cuartel de Berga fuera militar. Era ley vigente entonces.

Atentado en Oñate

No había tiempo para respirar, pues la búsqueda del capitán continuaba, y ETA-m seguía golpeándonos. El día 15 era asesinado en Oñate el guardia José Reyes Corchado Muñoz. Estalló una bomba al paso del vehículo en el que también viajaba el cabo Antonio Ramos Martínez, que resultó herido, y una piedra salió disparada hacia el vehículo y golpeó en la cabeza al

fallecido. Nada más recibir la novedad y tras informar al teniente coronel salí para el lugar del atentado con el comandante Acedo, que se encontraba en San Sebastián. También hizo acto de presencia el gobernador, como ocurría siempre en estos casos, y el alcalde Eli Caldos, que me ofreció un emplazamiento municipal para instalar la capilla ardiente. Fui con él a verlo y no me pareció adecuado por lo que, finalmente, se situó en la entrada del cuartel.

Muy avanzada la madrugada regresamos a San Sebastián tras dejar aquella escena dramática de un hombre amortajado en aquel edificio de tanta presencia como era el acuartelamiento de Oñate, muy necesitado de reparación, mientras le velaban unos compañeros cuyas mujeres rezaban por él. Al día siguiente se oficiaron los funerales allí mismo, de modo que apenas había tiempo para tomar una ducha, cambiarse de ropa y regresar otra vez para recibir al ministro, que ya había anunciado su llegada. Oñate se encontraba bastante retirado de San Sebastián a pesar de ser una provincia pequeña, el viaje llevaba más de una hora.

Amaneció un día gris, y durante el traslado a pie desde el cuartel a la iglesia cercana y el regreso no dejó de llover. La mañana estaba llena de tristeza. Aparte de las autoridades y personal del cuerpo, casi no asistió nadie del pueblo. Su alcalde, sí. Más tarde nos enteramos de que durante la noche o la tarde del día anterior habían desaparecido dos refugiados vascos del sur de Francia. Se apellidaban Lasa y Zabala y eran naturales de Tolosa. Por este hecho dos de mis mejores hombres del Servicio de Información, el cabo Felipe Bayo Leal y el sargento Enrique Dorado Villalobos, el entonces capitán del mismo Servicio, Ángel Vaquero y yo mismo, junto al gobernador Elgorriaga, fuimos procesados y encarcelados trece años después por el juez Gómez Liaño. Los dos primeros como autores, y el gobernador, el capitán y yo mismo como inductores de la desaparición y muerte de aquellos dos huidos. También fueron procesados como encubridores nuestro abogado Jorge Argote que por esas fechas aún no conocíamos, y el secretario de Estado para la Seguridad, Rafael Vera.

Dorado y Bayo, según declararon sus mandos y compañeros, se encontraban en la zona del atentado de Oñate para montar servicios propios de su especialidad. El día 17, la familia del capitán Martín Barrlos se dirigió

a TVE del País Vasco para que leyera el comunicado, sin esperar a la liberación de su familiar. Pero TVE ya había tomado la decisión. Ese día el pesimismo se adentró en los Servicios de Información de Policía y de Guardia Civil. El desenlace fatal parecía inevitable. Fueron horas de tensión insoportables mientras cada cuerpo intensificaba sus gestiones y rastreos.

Asesinato de Martín Barrlos

El día 19 se recibió una llamada en la Cruz Roja de Bilbao en la que se indicaba, en nombre de ETA-pm VIII, que el cadáver del capitán Martín Barrlos se encontraba en una caseta abandonada en el camino de Archanda, en la localidad de Galdácano. Allí se encontraba su cadáver con un tiro en la sien.

Ese mismo día, un equipo de cuatro policías tuvo la información de que un viejo dirigente de ETA-pm apellidado Larrechea Goñi podía saber dónde se encontraba secuestrado el capitán. En esa lucha desesperada contra el reloj de la muerte pasaron a Francia y trataron de detenerlo en Hendaya, donde se encontraba. En el momento en el que forcejeaban con el dirigente etarra pasó una patrulla de la policía francesa que, al darse cuenta, intervino y detuvo a los policías españoles que, como cabe suponer, no ofrecieron resistencia. En cualquier caso, no se habría logrado salvar al capitán que en el momento en que sucedían estos hechos ya estaba muerto.

Ambos hechos causaron profunda impresión y consternación en la opinión pública. Los editoriales, artículos, etc., de los medios de la época merecen ser repasados para hacerse una idea. Ante aquella amenaza que no sólo espantaba, sino que no cesaba en su bárbara actuación, el que menos, pedía la intervención directa, ir a por ellos donde se encontraran y si había que movilizar al Ejército, pues adelante. Ya que, según algunos comentaristas, aquello del norte no era sino una pequeña guerra civil en la que los muertos eran siempre del mismo bando. Es posible que desde ese día los cuerpos de policía franceses empezaran a ser más sensibles y comprendieran nuestras necesidades de información, pues, poco a poco, su comportamiento fue más receptivo.

A las peticiones de intervención del Gobierno, tan explícitas, se unió la convocatoria de numerosas manifestaciones en diferentes ciudades en las que participaron todos los estamentos sociales. La que se convocó en Madrid reunió a una enorme cantidad de gente y asistió un ministro en representación del Gobierno. Qué distinto a las recientes manifestaciones por hechos quizá menos dramáticos. Qué ocasión se perdió para que todo el Gobierno hubiera acudido a ella.

Pero, como siempre, no había mucho tiempo para llorar, protestar y descansar. La vida y la muerte se sucedían a una velocidad de vértigo. Tres días más tarde, ETA volvía a la carga y asesinaba a tiros en Rentería al panadero Cándido Cuña González cuando se hallaba en el bar Tres Zetas. Con anterioridad había sufrido otro atentado de la misma banda y logró salvar la vida a pesar de recibir tres disparos en el vientre. Pero esta vez la suerte le fue esquiva. A este crimen le sucedió el del carnicero de Irún Lorenzo Mendizábal Iturralde, muerto a tiros en el interior de su establecimiento. Acompañé al gobernador, que le conocía por ser de allí, y es otra escena que inquieta el ánimo al recordar a aquel hombre muerto, rodeado de piezas de carne para la venta, colgadas aquí y allá de unos ganchos en una habitación alicatada de blanco, como en un hospital.

En medio de tanta agitación, el ministro Barrionuevo entregó una primera lista de miembros de ETA residentes o refugiados en Francia, con alrededor de treinta nombres, al embajador francés en Madrid, Fierre Guidoni, quien prometió los mejores resultados posibles. El juicio al comando que asaltó el cuartel de Berga, el consejo de guerra, quedaba visto para sentencia y el día 27 condenaba a los encausados a 257 años de prisión. Nuestro capitán Martín Barrios llevaba ocho días muerto.

Al día siguiente tomaba el relevo Herri Batasuna y decide presentar, a bombo y platillo, una querrela criminal contra Fraga, quien había hecho unas declaraciones que desde el punto de vista de la coalición abertzale apoyaba las actuaciones paralelas policiales y la «guerra sucia», con lo que había incurrido en un delito de apología del terrorismo.

El Consejo de Ministros del 2 de noviembre nos nombraba un nuevo director general tras el pase a la reserva por edad del anterior, el general Aramburu. Se trataba del capitán general de Cataluña, José Antonio Sáenz

de Santamaría. El general Cereceda, que había ejercido el mando durante unos meses, inundaciones incluidas, fue a Barcelona a cumplimentarle. Con posterioridad nos reunió a los jefes de Comandancia y Terclos de la zona de Logroño en Santander, donde, con su tan peculiar carácter, nos contó esta visita en la que le manifestó que, en su opinión, su nombramiento no era bueno para el cuerpo. Ese día supimos que las cosas no irían bien entre los dos. Santamaría le dijo al despedirse que ya recibiría noticias. Durante ese periodo de interinidad había adoptado decisiones, como el nombramiento de jefes de Comandancia, destino que suele llevar aparejada la confianza de la Dirección General. Entre estos últimos estaba el nuevo jefe de San Sebastián.

Mientras, el 5 de noviembre era asesinado en Villabona, cuando salía del hogar del pensionista, el obrero en paro Manuel Carrasco Merchán. Es curioso observar cómo el comité político de la Coalición Popular proponía, en aquellos tiempos, medidas para combatir a ETA que con el tiempo se adoptaron: ilegalización de HB, no concesión de puestos de responsabilidad en las instituciones a miembros de esta coalición y actuaciones contra el periódico Egin y la revista Punto y Hora ante los tribunales.

Secuestro de José Cruz Larrañaga

El 8 de noviembre, un comando fuertemente armado perteneciente a ETA-pm VIII secuestró en Beasain al gerente y presidente de la empresa Indar, S. A., José Cruz Larrañaga. Su secuestro, que sólo duró once días, mereció el calificativo de «chantaje indigno» por el obispo Serien. Tras la liberación manifestó que le habían tenido en una especie de agujero de medio metro de altura, sin luz y que, sólo durante las comidas, le permitían tener una vela encendida. Dormía en un saco y mantuvo, en los momentos de desesperación, conversaciones con algunos de los secuestradores de los que destacó su buen comportamiento, pues le decían para animarle que esta situación duraría muy poco y se podría marchar en seguida de vacaciones en un claro ejemplo de «síndrome de Estocolmo». Parece ser que el rescate pudo ascender a unos 80 millones de pesetas. Los «octavos» continuaban llenando la hucha para el día de mañana, cuando se retirarán. La vida estaba muy cara, incluso para ellos.

El día 11, el ministro Barrionuevo, en aquella lucha por conseguir la plena cooperación francesa, pidió al Gobierno galo la extradición del dirigente de ETA, Juan Lorenzo Santiago Lasa Michelena, Txikiardi, miembro de la Pequeña Asamblea, del Comité Ejecutivo y jefe del aparato militar y la de varios miembros del comando Madrid. Habría que esperar para ver la respuesta.

El 1 de diciembre era conocida la sentencia que condenaba a penas de tres meses a los junteros de los sucesos de Guernica con motivo de la primera visita del Rey al País Vasco. HB hizo una valoración de la misma, se mostró muy satisfecha y la calificó de «una victoria política».

El 5 de este mismo mes se llevaba a cabo en Hendaya el secuestro de Segundo Marey, francés de origen español, que con el tiempo trajo consecuencias desastrosas, no sólo políticas sino también de índole personal y penal. Este secuestro duró diez días y se lo atribuyeron los Grupos Antiterroristas de Liberación.

Las autoridades judiciales francesas pusieron en libertad el día 8 a los cuatro policías españoles detenidos por el secuestro frustrado del refugiado vasco Larrechea Goñi, en aquel intento desesperado de liberar y salvar la vida del capitán Martín Barrios.

ETA-m, para demostrar cómo le había sentado semejante medida, asesina al paisano Francisco Javier Collado, cuando, tras salir del bar Baztartxo, paseaba por una calle de Cegama. Y al día siguiente lleva a cabo tres atentados en un radio de menos de veinte kilómetros en Guipúzcoa: uno en Pasajes, contra un militar, que resulta ileso; otro contra una patrulla de la Guardia Civil en carretera, que tampoco produce víctimas; y el tercero ocasiona la muerte del ex taxista de Rentería Pablo Garraza. Las razones de asesinatos de personas civiles son siempre las mismas: o por chivatos o por ser traficantes de drogas; según ellos, claro está. Entiendo que las familias de estos paisanos, sin ninguna defensa, sin ningún apoyo, vivieran con un angustioso y estremecedor silencio.

El día 15 se produjo un atentado espectacular. Un comando llama desde el monte Ulía, junto a San Sebastián, a la Guardia Municipal, y solicita auxilio por una emergencia. Una patrulla de este cuerpo sale hacia el lugar. Al

llegar, son encañonados, desnudados y desarmados por el comando que les espera con las armas en la mano. Se ponen los uniformes de los municipales, a los que dejan atados en unos árboles, y con el coche patrulla bajan a la ciudad. Al llegar al Bulevar, en el mismo centro, asesinan a tiros al policía nacional Eduardo Navarro Cañada y hieren al también policía Clemente Mediana Monreal que patrullaban a pie por la ciudad. El servicio que prestaban los agentes era un experimento, una especie de policía de proximidad que había sido muy bien recibido por la gente en la calle. Al ir vestidos de municipales, los policías no sospecharon nada cuando éstos se acercaron para matarles. En la huida, los asesinos, con la sirena y las luces de prioridad, pasaron con toda osadía uno de los controles montados. Con el tiempo, fue detenido uno de los autores: era ertzaina, Alfonso Briones Goicoechea, y pertenecía al comando Bianditz. Juzgado y condenado, pidió la reinserción. Fue apoyado por los nacionalistas y presentado como ejemplo para los demás terroristas.

El mismo día del atentado los Comandos Autónomos asesinaron en el interior de su coche en Irura, pequeña población cercana a Tolosa, al industrial Francisco Arin Urquiola. El crimen tuvo lugar en el sitio en el que estuvo su empresa, Arin, S. A., ya cerrada. Daban a entender que el motivo era dicho cierre.

A finales de noviembre y con motivo de un atentado que una pareja del cuerpo había sufrido al ser atacada en el alto de Huici, en la carretera de Leiza a Lecumberri, recibimos la primera visita del nuevo director general Santamaría, quien llegó en avión a Fuenterrabía donde le esperaba el nuevo teniente coronel con una escolta para llevarle al lugar de la agresión, y más tarde al cuartel de Lecumberri, en la vecina Navarra. Lo cierto es que se extraviaron durante el viaje. Esta circunstancia, unida al malestar que sentía por el nombramiento de este jefe, hecho en su ausencia, hizo que fuera amonestado y que la situación no fuera agradable en el trato entre uno y otro. En la siguiente visita fue al cuarto de baño de la sala de oficiales y protestó porque no había peine. Muchas veces me he preguntado para qué querría un peine el general Santamaría. Lo cierto es que fue motivo de otro toque de atención y de que, una vez en Madrid, le llamara y le indicara que pidiera un nuevo destino. Cumplidos los trámites reglamentarlos y pasado

el Año Nuevo fue destinado a Albacete. Había estado con nosotros menos de cuatro meses.

Habíamos empezado a recibir los primeros vehículos blindados. Gracias a ello no tuvimos una Navidad sangrienta. Ocurrió que en la mañana del día de Nochebuena se recibió una llamada telefónica en el cuartel de Tolosa, uno de los más castigados por la acción terrorista. Decían que en el tramo de carretera entre Alegría de Oria y Tolosa había un vehículo en cuyo interior se encontraban dos personas ejecutadas por la organización terrorista. Se dieron las órdenes oportunas con objeto de minimizar los riesgos, y se organizó una pequeña expedición con tres de los nuevos vehículos y un capitán a la cabeza. Se les advirtió de la posibilidad de que se tratara de una trampa. Así fue. Al aproximarse al lugar se produjo una explosión que afectó a uno de los vehículos blindados que, pese a sufrir desperfectos, aguantó bien y no hubo siquiera heridos. Eso era lo que hacía tres años pedíamos para nuestro servicio. En las casas de los guardias hubo suspiros de tranquilidad y agradecimiento.

CAPÍTULO V

1984. Francia empieza a colaborar

El nuevo año se inició con una tibia reacción de los franceses, cuyos cuerpos policiales llevaron a cabo una redada y registraron cerca de un centenar de domicilios de refugiados vascos. Fueron detenidos unos cuarenta y de ellos, seis, casi todos «polis-milis», fueron deportados a la isla de Guadalupe a la espera de ser trasladados a algún país sudamericano como Panamá y Venezuela. Los demás fueron obligados a elegir residencia en cualquier departamento que estuviera situado al norte del Loira. Empezaban a demostrar ganas de colaborar, sin exageraciones. Hacía mucho tiempo que decíamos a nuestras autoridades políticas que la solución pasaba necesariamente por la colaboración e intervención de los franceses, con la información que nosotros pudiéramos proporcionarles. Habrían de pasar años para que esto se hiciera realidad. Desde luego los resultados fueron espectaculares.

La operación, llevada a cabo por la Policía de Aire y Fronteras (PAF), se cerró al final con las citadas expulsiones. De todos ellos sólo uno, Carlos Ibarguren Aguirre, Nervios, era de ETA-m, a quien nosotros encuadrábamos en la dirección y en el aparato de finanzas de la banda. Los otros eran «polis-milis», de los que no se habían reinsertado, algunos de ellos autores de crímenes como el del capitán Martín Barrlos. Entre los detenidos estaban Jesús Abrisqueta Corta, José María Larrechea Goñi, el que tuvo un intento de secuestro, José Antonio Mágica Arregui y José Miguel Arrugaeta San Emeterio, este último de la línea KAS, la más dura de ETA VIII, que estaba deseando pasarse a ETA-m. De Guadalupe Rieron a Panamá, pero surgieron problemas políticos con este país y acabaron en Cuba, con muy poco control, pero apartados de las actividades terroristas. Aún no había llegado el momento de que las autoridades francesas accedieran a ponerlos a disposición de la Justicia española.

Creo que todos tenían claro que el santuario francés había empezado a dejar de serlo. Y algunos tuvieron un sentimiento de temor. No fue un proceso rápido; para conseguir la plena colaboración francesa fue necesario que se conjugaran algunos factores: actividad en el terreno diplomático, más información sobre España por parte de los franceses y determinados fallos y atentados por parte de la banda ETA y, fundamentalmente, la actividad del GAL en ese país.

Las relaciones bilaterales entre los jefes de los cuerpos de seguridad no pasaban del campo neutro de la cortesía y el protocolo. Una serie de contactos entre los ministros de Interior de ambos países y la actuación de Fierre Guidoni, amigo personal del presidente González como embajador en Madrid, fueron de gran ayuda para el cambio de actitud.

Gracias a las intensas gestiones del embajador francés, en septiembre de 1983 se llevaron a cabo en Francia unas negociaciones de alto nivel con participación de nuestro presidente, vicepresidente y los ministros de Interior y de Asuntos Exteriores. Se alcanzó un acuerdo bastante importante para ser el primero, que comprendía la cooperación e intercambio de información entre las policías gala y española, la necesidad de acabar con el santuario francés y expulsión a terceros países de los dirigentes políticos de las bandas terroristas o la extradición a quien tuviese crímenes probados. Francia se comprometía a perseguir y detener a los miembros de los comandos y España a llevar a cabo una política de reinserción aceptable, así como a desarrollar el Estatuto de Autonomía, sin descartar una negociación no política con ETA para conseguir el abandono de las armas.

Durante estas gestiones se produjo el secuestro y asesinato del capitán Martín Barrlos, lo que produjo un aldabonazo no sólo en España sino también en Francia, que ayudó mucho al cierre de los acuerdos. Las visitas que a finales de año llevaron a cabo sucesivamente el Rey y Felipe González a París hicieron posible que la cooperación empezara a rodar a comienzos de 1984.

(La segunda redada se llevó a cabo tres meses después del asesinato de Enrique Casas, senador socialista, como veremos más adelante, contra los Comandos Autónomos, autores del atentado. Fueron deportados a Venezuela cinco miembros de esta banda y tres de ETA-m.)

Casi sin solución de continuidad continuó el envío de miembros de estas organizaciones, nueve de ETA-m y dos de CC. AA., de nuevo a Panamá, hasta que en agosto esta medida se aplicó a uno de los máximos dirigentes, Eugenio Echebeste, Antxon, que nosotros situábamos en el comité ejecutivo y al frente del Aparato Político. Fue deportado a Santo Domingo. En mayo del 1986 pasó a Ecuador y el 10 de julio de 1987 a Argelia, con motivo de las conversaciones con el Gobierno. Rotas éstas, fue otra vez trasladado a Santo Domingo con otros cinco miembros de ETA hasta que, en agosto de 1997, fue extraditado a España. Hoy está en libertad.

En julio de 1984, los ministros de Interior de España y Francia firmaron los «acuerdos de la Castellana», donde se fijaban los criterios que en definitiva constituyen la base de toda la colaboración posterior.

ETA se encontraba por primera vez en Francia en una situación de debilidad, y esta circunstancia fue aprovechada por el embajador Guidoni, con el conocimiento y aprobación de España, para, a través de sus canales, contactar y ofrecer a ETA una negociación que no fue aceptada. Esto provocó que a pesar de que el Gobierno galo estuviese dividido se concedieran las primeras extradiciones. De siete que se habían solicitado tres fueron aceptadas y las otras cuatro denegadas, aunque estos últimos fueron deportados a Togo. Sin embargo, al ser absueltos dos de los extraditados (el tercero fue condenado a cincuenta y cuatro años de prisión por varios asesinatos) esta vía quedó de nuevo interrumpida durante tres años hasta que [as relaciones de colaboración fueron plenas a finales de 1987.

En 1985, los tribunales franceses declaraban a ETA «asociación de malhechores», con lo que pasaron a poder ser perseguidos y encausados. Las condenas solían ser de diez años de prisión. Los primeros que estrenaron esta medida fueron dos pesos pesados de ETA, Isidro Garalde, Mamarru, jefe del aparato de logística, y Juan Lasa Michelena, Txikiardi, jefe de los comandos de liberados. Ambos fueron detenidos a finales de enero del 1985 y condenados a diez años. Del segundo se había pedido su extradición que, en principio, no prosperó.

Mientras tanto se hacían numerosas gestiones desde el Gobierno español para conseguir que terceros países aceptaran a miembros de ETA

deportados a cambio de ayuda económica. Cuando se conseguía se le comunicaba a Francia para que procediera con aquellos a los que no se podía imputar con la nueva figura delictiva, y dejaran de estar en el «santuario». El campo de maniobras de ETA en suelo francés se restringió aún más al ser denegada a casi todos los huidos del País Vasco español la carta de refugiado.

No cambiaron las cosas cuando, en las elecciones de 1986, ganó el centro derecha francés y fueron nombrados jefe de Gobierno, Jacques Chirac, y ministro del Interior, Charles Pasqua. Para los nuevos dirigentes, ETA era la organización terrorista más peligrosa de Europa y ellos la harían frente con todos los medios y toda la fuerza de la ley.

Esto dio paso a una situación aún más desfavorable para ETA al aplicar el nuevo Ejecutivo un decreto de 1945 que les permitía, sin contar con el poder judicial, proceder a la expulsión directa de aquellos detenidos que supusieran un peligro para la seguridad del estado, entre ellos los miembros de ETA. Con este decreto, convenientemente reforzado para otorgar más poderes al Gobierno, fueron expulsados decenas de militantes de la organización. El procedimiento era muy sencillo: los arrestados eran conducidos a la frontera española y entregados a la policía o a la Guardia Civil.

Al ser reelegido Mitterrand para un nuevo mandato, esta política sufrió un nuevo frenazo que duró más de cuatro años. Hasta que la cartera de Interior recayó de nuevo en Charles Pasqua, en 1993, año en que se reanudó y no sólo para los que eran detenidos sino para los que eran puestos en libertad tras cumplir condena por asociación de malhechores o tenencia ilícita de armas, etc. Desde 1986 hasta el año 2000 la medida fue aplicada a cerca de 250 miembros de ETA, de los que aproximadamente un centenar fueron puestos en libertad, ingresando en prisión los demás.

A partir del año 1986, los contactos fríos y distantes que mantenían bilateralmente los jefes de los cuerpos policiales de Francia y España pasaron a ser dinámicos y plenamente operativos, al establecerse también relaciones de confianza y lealtad. De todas maneras, la creación de equipos o patrullas mixtas en terreno francés, entre agentes de los dos países, siempre ha sido rechazada por los sindicatos de policía galos que no lo

veían con buenos ojos, «aceptando la presencia española en calidad de observadora».

Para terminar esta crónica de cómo se produjo la colaboración francesa, imprescindible para la resolución del problema, y las razones, políticas siempre, que lo motivaron, es necesario referirnos también al GAL y a la polémica de si su actuación fue útil o contraproducente, al margen de que vulnerase derechos básicos y normas legales.

Los comentarios de aquella época coincidían en que el GAL creó una situación de terror en la zona vasco-francesa, que obligó a París a intervenir y a implicarse más en la lucha antiterrorista

El GAL y la prensa francesa

Esta circunstancia era compartida, algunos años después, cuando se analizaba la situación de entonces por algunos medios de comunicación franceses. Así, el diario Liberation consideraba que los atentados del GAL hicieron reaccionar a París, que comenzó a deportar, extraditar y a asignar residencia bajo control a los etarras. También L'Express manifestaba que la guerra sucia del GAL había sido la campaña antiterrorista más eficaz desde la terminación de la guerra. Ambos análisis son recogidos por el periódico español Diario 16 en la edición del 28 de enero de 1995.

El empresario Luis Olarra salía a la palestra, y en unas declaraciones a la agencia Efe afirmaba que el GAL era una suave réplica a ETA. Confirmaba que tenía contratados a unos miembros de la mafia para que actuaran en caso de atentado contra su persona. Eran unas declaraciones valientes para la época y no hubo querellas por parte de HB, por apología del terrorismo ni nada de nada. Pero, al margen de la licitud de las mismas, cuántas personas, incluidas las familias de guardias y policías, de modesta economía, pensarían que ellos no podían contratar a ningún «defensor». Teníamos que ser eficaces y trabajar a destajo porque aquella gente sólo nos tenía a nosotros, a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, y además teníamos toda su confianza.

Al comenzar 1984 llevábamos varios meses, desde el verano anterior, con un equipo de Información, apoyado por otro de la Unidad Especial de Madrid, que investigaba y analizaba cada pequeño indicio, cada dato, por insignificante que fuera, que nos pudiera conducir a algún resultado positivo en la zona de Tolosa, dada la cantidad de atentados, asesinatos, trampas bomba y lanzamiento de granadas contra acuartelamientos que habíamos sufrido.

Operación en Tolosa

Aprovechamos una pista que había proporcionado la madre del gobernador de Vizcaya, que observó una maniobra sospechosa a un coche cuya matrícula anotó y proporcionó a la Guardia Civil. En el vehículo fue identificado un miembro liberado de ETA-pm VIII. Cuando era seguido se dirigió a Tolosa y mantuvo extraños contactos que fueron fijados e identificados por la fuerza de servicio. A partir de estos datos, unidos a otros existentes, se decidió intervenir. La operación se llevó a cabo contra las dos ramas de ETA, la militar y la político-militar, y cuando se dio por finalizada y se analizaron los resultados se llegó a la conclusión que, de haberse realizado unas semanas antes, hubiera sido posible la liberación del capitán Martín Barrlos, dada la relación y apoyo que uno de los comandos detenidos tenía con el secuestrador, el comando Lauxeta, de ETA-pm VIII.

En la madrugada del 19 de enero se puso en marcha la operación en colaboración con la Unidad de Servicios Especiales y el GAR, que cada vez se integraba más y era más imprescindible. Asimismo, se puso en alerta a la Comandancia de Vizcaya ante la posibilidad de que tuviera que llevar a cabo alguna detención, como así fue.

El resultado fue que de ETA-m se consiguió la desarticulación de dos comandos, uno legal armado de apoyo, llamado Gautxori, que, entre otras acciones, había asaltado a punta de pistola el local de la Cruz Roja de Tolosa para llevarse radioteléfonos, y había robado dos revólveres a la Policía Municipal de Andoain. El otro era de información que recababa datos sobre futuras víctimas para que los liberados pudieran atacar contra ellas. Hubo seis detenidos y cuatro huidos.

Y de ETA-pm VIII, un comando ilegal con cuatro detenidos y cuatro huidos.⁵ Entre las acciones más importantes en que habían participado estaban los secuestros de Manuel Allende Morrua, en Bilbao; el del capitán Martín Barrlos y el de Juan Cruz Larrañaga en Beasain. También de esta organización fue desarticulada una célula armada denominada La Piedra, que estaba subdivida en dos taldes que en la práctica eran como dos comandos que unas veces actuaban solos, cada uno por su cuenta, y en otras lo hacían juntos. Habían colaborado en los secuestros de María Izaskun Elósegui Garmendia en Tolosa, de Saturnino Orbegozo Izaguirre en Zumárraga y en el de José Cruz Larrañaga en Beasain.

Fin de ETA-pm VIII Asamblea

El 4 de febrero puede considerarse el día en que finalizaron su actividad los de ETA-pm VII al anunciar públicamente su disolución excepto un pequeño grupo, pro-KAS, que solicita su ingreso en ETA-m. Los primeros llevaban el bolsillo bien preparado por si venían las cosas mal. Ellos, tan hacendosos con su bonito número de secuestros.

Al día siguiente toma la iniciativa de nuevo ETA-m y, en su forma habitual de actuación, le descerraja dos tiros por la espalda al guardia civil retirado de 65 años, José Herrero Quiles, en Lasarte, en las proximidades de la casa en que vivía. Uno de los disparos se alojó en el cerebro. Fue trasladado a la Cruz Roja y, milagrosamente, salvó la vida. Meses después y ya repuesto me reuní con él y con su mujer, una anciana bondadosa de pelo blanco y ropa negra. Les hice ver la necesidad, que no la conveniencia, de que se marcharan de allí, a su tierra de origen, donde fuera. Estaban solos, con un hijo disminuido psíquico. Con pocas palabras y muy agradecidos me dijeron que no tenían adonde ir, que fuera lo que Dios quisiera. Yo me rebelaba contra aquella situación. Muchos decían que no pasaría nada, pero para mí era un suicidio el seguir allí. Así que siempre que fue posible alguna pareja de Información echaba una ojeada a los alrededores de su casa, por si observaba algo sospechoso. El 26 de noviembre del año siguiente, de nuevo ETA acudió a su cita con la muerte y esta vez no falló. De nuevo el guardia retirado Herrero Quiles recibió dos tiros, esta vez los dos en la cabeza, por la espalda, y resultó muerto.

Me llevé, una vez que todo hubo pasado, a su viuda al cuartel de Ínchaurreondo y le pregunté qué podía hacer por ella. Con mucha humildad, casi asustada de pedir algo, me dijo que quería mudarse a un pequeño y viejo piso del barrio de Gros en San Sebastián. Nos encargamos de todo lo referente al traslado. Y allí quedó aquella viuda, sin odio en su mirada, llena de tristeza, de asombro y casi pidiendo perdón por vivir.

Este atentado, junto al que había ocurrido al día anterior, son una muestra de la crueldad y también la deshumanización de los autores. La víctima de este nuevo suceso se llamaba Mikel Solaun Angulo. Era ingeniero y tenía 34 años. Estaba en un bar con su familia cuando entraron dos individuos. Pidieron una consumición y a continuación dispararon sobre él y le causaron la muerte. Había sido miembro de ETA. En 1971 había protagonizado una fuga de la cárcel de Basauri. Más tarde se negó a poner unas bombas en el cuartel de nueva construcción de Algorta que explotarían tras la inauguración, algo que habría causado muchas muertes entre las mujeres y los niños de los guardias civiles, y abandonó la organización. Después fue detenido, juzgado y encarcelado. En prisión sufrió una salvaje paliza por los otros presos de ETA. Cumplió su condena y llevaba un año rehaciendo su vida. Pero ETA no había olvidado ni perdonado. Y no sería el único. La organización le acusó de colaborar con las autoridades. Como curiosidad, destacar que el abogado Bandrés, que había llevado el peso de la gestión para la reinserción de ETA-pm VII junto a Mario Onaindía, resaltó en unas declaraciones a la prensa la valentía de Solaun al «coger y dejar las armas».

El 8 de febrero, el gobernador civil de Vizcaya, Julián Sancristóbal, fue nombrado director de la Seguridad del Estado. No obstante, Rafael Vera seguía de número dos del Ministerio al pasar a ser subsecretario. Y aparecía un nuevo personaje en el ministerio, a quien no conocía, pero que también estaba muy preocupado por el problema del terrorismo, llamado Rafael de Francisco, que fue nombrado director general de Política Interior y con quien tuvimos una relación provechosa y de apoyo para el servicio.

El día 14 acudí a Zarauz, donde Fraga daba un mitin en un pabellón cercano al nuevo cuartel. Durante el mismo estallaron dos pequeños artefactos que no alteraron en lo más mínimo ni su talante ni su charla, como me confirmó

cuando con toda tranquilidad terminó su discurso. Este incidente fue reivindicado por los Comandos Autónomos. Días después, se presentó en el mercado de la Brecha de San Sebastián para saludar a la gente. Aunque fue mayoritario el aplauso, hubo algún lanzamiento de huevos, que él ignoró.

La información, su búsqueda

Por aquellas fechas y con motivo del destino del teniente coronel a Albacete me quedé al mando de la Comandancia. Por primera vez, era el máximo responsable de los servicios y de la seguridad de cerca de 2.000 hombres que constituían la plantilla, de la más sacrificada, y más castigada, pero también de la más importante unidad de la Guardia Civil de España en la lucha contraterrorista.

Sentí y viví intensamente ese peso. Sabía lo que se esperaba de nosotros. Éramos la primera línea de defensa de nuestro país ante un ataque tan anómalo, tan despiadado y tan poco convencional. Durante aquellos meses puse a disposición de esa causa todos los recursos y todos los medios humanos y materiales de la Comandancia. Y así fue hasta el final. Los problemas se multiplicaban con cada atentado. Es éste un combate en el que la iniciativa la lleva casi siempre el enemigo. Hasta que la información adquirida permitía contragolpearlo.

Más de una vez, agotado, pensé en abandonar y si no lo hice fue porque al ver a los demás guardias pensaba que ellos seguirían allí, con sus familias, con su peligro, con su miedo y con su ira. Resistiendo la salvajada terrorista. Muriendo a veces. Recordaba la mirada de un niño que me miraba fijamente, sin hablar. Hacía unos minutos que su padre había muerto asesinado. Yo pensaba, creía, que aquella mirada me decía gritando: ¿POR QUÉ HAN MATADO A MI PADRE Y NO MATAN COMANDANTES? ¿POR QUÉ NO TE HAN MATADO A TI, QUE TIENES TANTAS ESTRELLAS? MI PADRE NO TENÍA NINGUNA. Y YO NO TENGO AHORA NADA. Poco a poco, calmado, comprendía que era necesario seguir arando y regando aquel campo. Que merecía la pena.

Otro factor de apoyo fundamental que no sé qué hubiera hecho sin él era el gobernador Julen Elgorriaga. Oía las necesidades y las peleaba en Madrid,

algunas veces con uñas y dientes. Siempre con la mano extendida, lleno de juventud y de ilusión. Hosco como un cardo también era. Claro y directo. Le decía lo que no está escrito a quien hiciera falta, siempre que la razón estuviese con él, con nosotros. Era un buen amigo y un mal, peligroso y duro enemigo.

Mi Servicio de Información, con medio centenar de hombres y tres oficiales, hervía de actividad. Siempre en proceso de captación y selección de personal. Y la unidad, tal y como yo la concebí, funcionaba las veinticuatro horas del día. La luz de sus dependencias nunca estaba apagada. Con los turnos imprescindibles.

Uno de los servicios que se montó con el personal agregado fue el del control de los automóviles que pasaban por los tres pasos fronterizos con Francia: puente de San Juan, puente de Behobia y puente de Biriadou, este último en la autopista. Su misión era la de anotar las matrículas de todos los vehículos franceses y españoles. Permitted, en un año, tener una formidable base de datos, compuesta por decenas de miles de matrículas, que, con el programa adecuado, permitía saber qué coches pasaban una vez al mes de Francia a España, o dos veces al mes o una vez cada 15 días, etc. Y también en sentido contrario. O determinado día, en que había sucedido alguna novedad importante. Todo ello hacía imposible iniciar una serie de investigaciones que a su conclusión podían llevar a algún resultado relacionado con la organización. Nos fue de gran utilidad.

Un día que visitaba este servicio, un joven guardia, convencido de que su trabajo sería más útil en otra actividad que no en aquella tan pesada, tan rutinaria, me dijo:

—¿Va a durar mucho esto, mi comandante?

Sabiendo el porqué de la pregunta, le dije:

—Toda la vida, siempre.

Luego le expliqué lo importante de lo que hacía y qué esperaba conseguir a medio plazo. No sé si lo comprendió ni si mis palabras le dejaron tranquilo, más convencido de que no perdía el tiempo. Meses después se distinguió en

la explotación de aquella inteligencia y participó en varias operaciones de desmantelamiento de una importante red de comandos legales.

El Servicio de Información, con dedicación plena, trabajaba en dos líneas de investigación muy importantes. Una de ETA-m, facilitada por una fuente situada al otro lado de la frontera, que llamaré Arantxa, y otra de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, proporcionada por el ya citado colaborador, en el secuestro de Guibert, y que llamaré Patxi. En realidad, no son sus nombres verdaderos, pero eran con los que nos entendíamos. Viven los dos, aunque sólo funciona uno de ellos. En una ocasión, Patxi encontró ayuda en un amigo que me presentó y que pasó también a colaborar en lo que pudo.

Se distanciaron por ciertas desavenencias y yo seguí por separado con los dos. Todos ellos en ese silencio, en esa sombra que nunca se ilumina, han hecho grandes cosas por este país.

Enrique Casas es asesinado

Después de aquella mañana de domingo de hacía más de un año, en que recibí al equipo que iba a gobernar en el País Vasco, capitaneado por Enrique Casas, mis contactos con él fueron más esporádicos. Mis relaciones más permanentes eran con el gobernador civil. También, y por parecidas razones, veía muy a menudo a García Cañibano, concejal encargado de la Policía Municipal y, bastante menos, a Ramón Jáuregui, pues no era de los que se mojaba mucho en la lucha antiterrorista, aunque yo observaba que estaba al tanto de la situación. Enrique Casas era un poco el alma del Partido Socialista en Guipúzcoa, quizá en todo el País Vasco. Hablábamos por teléfono en algún caso; los más, con motivo de un atentado, y en otras ocasiones en las que coincidíamos en el avión San Sebastián-Madrid le dábamos un repaso a los últimos acontecimientos mientras recordábamos cosas de nuestra tierra, Granada, con añoranza, y el sitio en que habíamos estudiado, el Instituto Padre Suárez. Él era de Guadix. Tenía una voz suave, muy agradable, poseía un conocimiento de la situación política que me asombraba. Aquellos viajes, siendo cortos, se me hacían aún más dada su amenidad. En fin, para mí, que no le conocía de mucho tiempo, un hombre bueno.

Era 23 de febrero. Había venido Julen Elgorriaga a Ínchaurrondo y se había quedado a comer. Estábamos en la sobremesa cuando sonó el teléfono. Preguntaban con nerviosismo desde la centralita del Gobierno Civil por el gobernador. La novedad era muy escueta, como siempre en caso de atentado terrible: el senador Casas ha sido asesinado en su domicilio. Eran las cuatro de la tarde. Julen se tambaleó. Pálido, tomó asiento y me dio la noticia. Creo, sin temor a equivocarme, que el hombre al que más quería, al que más respetaba, al que nunca le diría que no, aquel gobernador, era Enrique Casas. Apenas me dio tiempo a dar unas órdenes para el establecimiento de controles, alertar a los Servicios de Información, por los objetivos que llevábamos, ya que por razón del lugar la intervención correspondía a la policía, cuando Julen, recuperado, me dijo:

—Vamos, Enrique, a su casa, rápido.

Antes había llamado a Madrid para comunicar la noticia y como le preguntaban por más datos, con su laconismo habitual, contestó maldiciendo:

—No sé nada más. No hay más información.

Se había recuperado y protegido en una frialdad impropia de su edad. Empezaba a tomar decisiones cuando subíamos por la cuesta de Aldapeta, camino del domicilio de su amigo, quizá de su maestro, que ahora estaba muerto, con su mujer y sus hijos en espera de alguna ayuda allá arriba, en Ayete. El terrible suceso había ocurrido así:

Sobre las 14.45 horas el senador, acompañado de su escolta, que ya tenía por entonces dado el cargo que ocupaba en el partido, llegó a su domicilio situado en el barrio de Ayete. Despidió a los escoltas que quedaron en volver a las 16.15 para recogerlo de nuevo. La calle estaba en obras y justo delante de su casa unos obreros con unos buzos de color amarillo chillón cavaban, abriendo una larga zanja pegada a la acera en esa costumbre española tan tradicional de primero hacer la calle y luego levantarla para meter dentro conducciones, cables, etc.

Cinco minutos más tarde llamaron a su puerta, que era blindada, como yo le aconsejé en una ocasión; miró por la mirilla y vio a dos individuos con el

mono de los obreros de la calle, que le decían algo acerca de que debía sacar el coche del garaje porque la zanja que estaban haciendo impediría el acceso durante unos días. Y abrió.

Entraron como búfalos con sus revólveres y dispararon al pecho del senador una vez y otra y otra. La puerta se abría a un corredor en forma de L. Él intentó, girando el cuerpo, retroceder, llegar al final del pasillo, a su habitación, donde tenía un arma, una pistola, ni siquiera sé si sabía usarla, pero no pudo. En el ángulo se desplomó con el cuerpo acribillado ante los ojos espantados de uno de sus hijos, Richard, de 17 años, pero el terror lo había vivido toda la familia. Su mujer, Bárbara Durkop, se encontraba con un niño de pocos meses en brazos, de pie, con los ojos llorosos, cuando llegamos Julen y yo. La puerta aún estaba abierta. El gobernador se encargó de la mujer y de los hijos de Casas y los llevó a la cocina-comedor. Y yo examiné, mientras tanto, el cuerpo de aquel hombre de mi tierra que había ido a morir allí, a 1.000 kilómetros de distancia de donde nació, en defensa de unas ideas con las que pretendía que este país, nuestro país, fuese más justo, más libre. Es de resaltar que hasta HB rechazó el atentado.

A los pocos minutos llegaron equipos de la Policía de investigación y Científica. Y gente del partido, prensa, etc. En todo puso orden el gobernador. Yo me retiré a mis obligaciones. Más tarde supimos que los autores, aunque en principio había reivindicado un grupo desconocido llamado Mendeku, no eran otros que los Comandos Autónomos y de éstos, dos de sus más sanguinarios pistoleros: José Luis Quijano Merino, alias Coronel, y Pablo Gude Pego. La orden la había dado, como siempre, el máximo dirigente de este grupo, José Luis Salegui Elorza.

Cuando todo hubo pasado un día, en la calma de la tarde en que acompañábamos la soledad de Bárbara, su viuda, en la terraza de su casa, le prometí que todos los que habían cometido aquel crimen lo pagarían, y acabarían ante la Justicia. No pasó mucho tiempo, no, cuando empezó a cumplirse aquella promesa.

El cadáver del senador fue instalado en la Casa del Pueblo. Vinieron militantes socialistas de toda España y también Felipe González, que presidió los funerales. Me di cuenta entonces, al verle a distancia por primera vez, del enorme tirón que tenía este hombre. La inmensa cantidad

de gente que estaba allí le arropaba, le vitoreaba, le quería. Sin duda hubieran dado la vida por él.

La realidad volvía veinticuatro horas después del funeral cuando un refugiado vasco llamado Eugenio Gutiérrez Salazar, alias Tigre, era abatido por unos disparos de rifle cuando se hallaba en la puerta de su domicilio en la localidad francesa de Mendy. Este hecho se atribuyó al GAL.

También en esta época había empezado a tratar a dos personas que significarían mucho para mí por la amistad que me dieron en aquella tierra donde tan huérfanos estábamos de afecto. Sobre todo, uno de ellos, pues eran hermanos. A Fernando Mágica Herzog no podré olvidarlo nunca. El otro era Enrique. Con el primero, la amistad trascendió el plano personal y pasó al familiar. Más de una noche nos juntábamos a cenar los dos matrimonios en su casa de Igueldo o en Ínchaurreondo. Recuerdo mucho a su esposa y a sus tres hijos, a los que admiro al ver con qué coraje y con cuánta dignidad han cogido el testigo de su padre y siguen abriendo camino en una lucha valiente que tiene como única arma la palabra.

En Fernando encontré al amigo que siempre tiene una palabra de ánimo, en el triunfo y en el fracaso, que no le asustaba que supieran que era amigo de la Guardia Civil, que era amigo mío. La última vez que le vi fue en la comida de despedida que me dio la Comandancia con motivo de mi ascenso a general y, por consiguiente, mi marcha de Ínchaurreondo. Hacía ya tiempo que se había desencadenado la campaña que pretendía destruirme. Y que prácticamente lo consiguió, al menos en el plano profesional. Creo que Enrique protestó al leer la crónica de El País sobre aquella despedida. Decía que casi era como una provocación a ETA, como poner a Fernando a los pies de los caballos.

Fernando, a veces, con motivo de pequeñas riñas familiares se marchaba dos o tres días a un pequeño apartamento que tenía en la playa de Hendaya, en Francia, y yo le protegía, en ocasiones sin que él lo supiera, o avisaba a los franceses que montaban un discreto servicio de vigilancia. Dada su posición en San Sebastián más de una vez le decía que tenía que tomar medidas de protección. Adoraba al hermano, Enrique, y cuando fue nombrado ministro su felicidad fue completa. Durante esta época nos reuníamos con él, que venía todos los fines de semana de Madrid y unos

cuantos amigos de allí. Enrique me llamaba antes de su llegada a San Sebastián y yo ya tenía una escolta preparada que doblaba la que él traía, no sólo para aumentar su seguridad sino para que la habitual se relajara y descansara durante un par de días.

Gustaba Enrique de sentirse importante y de estar bien informado. También en aquellos tiempos se mostraba orgulloso de estar a mi lado, al lado de un guardia civil que combatía a ETA con todos los talentos que Dios le había dado. Recuerdo que, recién nombrado ministro de Justicia, se me quejó porque al embarcar en el aeropuerto de Fuenterrabía, cosa que hacía todos los lunes (la escolta marchaba por carretera a Madrid), los guardias de servicio no le saludaban. Naturalmente, di las órdenes oportunas y aquello no volvió a suceder. No le saludaban para no llamar la atención y creían correcta la medida, dada la peculiaridad de Guipúzcoa, aunque estaban pendientes por si necesitaba algo.

Se lo comenté a Julen, que me dijo que tenía que hacer otra cosa. Había en todos los puestos unos pósters con las fotografías del comando Madrid, siempre temido por sus golpes. Pues bien, me indicó que debía poner al lado una foto grande del ministro y debajo unos letreros que dijeran: «si se les ve, se les detiene» (a los etarras). Y «si se le ve, se le saluda» (al ministro). Cosas de Julen. Bueno, aquello pasó. Yo le informaba de la situación de la banda, lo que le agradaba sobremanera y él me contaba multitud de pequeñas cosas de la política. Pensé que él era también un buen amigo.

El 6 de febrero de 1996 un comando esperó, al filo del mediodía, la salida de Fernando Mágica de su despacho de abogado en una calle muy céntrica de San Sebastián. Iba con uno de sus hijos. Y murió en la acera, con la cabeza atravesada por el cobarde tiro en la nuca. Los asesinos, que más adelante fueron detenidos, se dieron a la fuga. Yo estaba en Madrid y me puse, junto con mi esposa, amiga de la suya, camino de San Sebastián. El funeral fue al anochecer del día siguiente en la parroquia de la Sagrada Familia, junto al Gobierno Civil, que tantas veces nos había visto acompañar a un cadáver y a la entrada casi coincidí con Iñaki Anasagasti que, con varios miembros del PNV, también acudía al funeral. Me miró, como si mi presencia fuera un insulto, como se miraba a los leprosos, fuera

del lazareto en los tiempos de Cristo: «Mirad, es Galindo», dijo con un profundo gesto de desprecio, de rechazo, de asco.

Cuando acabaron las honras fúnebres, no quisimos, quizá por pudor, ir a darle el pésame a la viuda y hermano, mi amigo, mi tocayo, como él decía, pues los periodistas habían notado mi presencia y se agolpaban con sus cámaras en aquella iglesia abarrotada. Habíamos rezado y pedido a Dios por el alma de Fernando y eso era suficiente. Así que abandonamos la parroquia y regresamos a Madrid.

Unos meses después, estando ya en prisión, mi mujer llamó a Enrique Mágica, que era Defensor del Pueblo, para pedirle ayuda con desesperación. También fue a ver al cardenal Rouco o escribió a Fraga, que no le contestó, o a la esposa de Aznar, que con sus secretarios la esquivó. Ella, pobre, hacía cuanto podía. Como cualquier esposa en su lugar. Largos meses, con frío y calor, pidió en las calles de Zaragoza la limosna de una firma para solicitar nuestro indulto. Llegó a reunir cerca de doscientas mil. Pues bien, aquel amigo no se le puso al teléfono. Nunca te molestaremos más, Enrique, señor Defensor del Pueblo. Aunque, eso sí, siendo tú un personaje, por el bien de España deseamos que tu vida vaya de éxito en éxito y no sólo de plaza en plaza.

Los trabajos de investigación seguían en marcha tras el último atentado y me reuní de nuevo con la fuente Patxi. Sus datos nos permitieron localizar a un individuo que perdíamos y volvíamos a encontrar días después en unos seguimientos en los que era preferible que ocurriera esto antes de que se diese cuenta de que lo vigilábamos. Se movía con plena libertad por toda la zona de la costa, por Éibar, Azcoitia y Azpeitia. Solicité un buen equipo de fotografía que consiguió imágenes del mismo tomadas a gran distancia con un potente teleobjetivo. Me volví a reunir con Patxi, a unos cuantos kilómetros a las afueras de San Sebastián, y coincidimos en la identificación. Se trataba de Javier Bereciartúa Etxaniz, Xavierchu, el miembro más activo de los CC. AA. De regreso comuniqué a los hombres que tenían asignada esta misión de quién se trataba para que extremaran las precauciones y se esmeraran en los seguimientos. A partir de entonces se abrió una ficha con los contactos, viajes, domicilios en los que entraba, etc. El individuo era extremadamente peligroso, muy ágil, de 1,60 de estatura y

poco más de cincuenta kilos de peso. Se había escapado no hacía mucho tiempo de un control de la policía en una calle de Éibar, donde llegaron a tenerle encañonado y cara a la pared.

La policía había conseguido una muy buena pista sobre los Comandos Autónomos, y así sorprendió a uno de estos grupos cuando iba a desembarcar en una lancha Zodiac en la noche del 22 de marzo en el puerto de Pasajes. Al darles el alto, éstos se resistieron y se produjo un duro intercambio de disparos que ocasionaron la muerte a los miembros de esta banda llamados Pedro María Isart Badiola, Rafael Délas Aizcorbe, Dionisio Aizpuru Arbeláiz y José María Isidro Irura Sanz. Fue capturado con vida José Luis Quijano Merino, uno de los asesinos de Casas, quien con un chaleco antibalas se había lanzado al agua con lo que se salvó de los disparos, pero casi muere ahogado. Esta operación fue contestada incluso por el PNV. Los CC. AA. hicieron público un comunicado en el que, además de reconocer la militancia de los muertos, acusaban a la policía de haber detenido y utilizado para conseguir la información del paso del comando a una miembro de esta organización llamada Rosa Jimeno.

Captura de Javier Bereciartúa

El resto de miembros de esta banda habían extremado las medidas de seguridad tras la captura de Quijano Merino. Nosotros habíamos reforzado el dispositivo que teníamos montado en torno a Bereciartúa. Los efectivos se habían distribuido en tantos equipos como domicilios habíamos controlado a lo largo del tiempo desde que fue localizado e identificado.

Estábamos seguros de que no había participado en el atentado del senador ocurrido un mes antes porque ese día había sido controlado. Desde unas horas antes de la actuación de la policía en Pasajes lo teníamos perdido. Yo pensaba que podía estar en cualquiera de los domicilios que ya conocíamos y en donde le habíamos visto entrar y salir a lo largo de más de un mes.

Conocíamos también los vehículos que había usado en sus desplazamientos y algunas de las personas que se habían entrevistado con él. Pero no era cuestión de irrumpir en cada una de esas viviendas para comprobar si el pistolero estaba dentro, enchupinado, es decir, escondido. Me preocupaba

mucho la situación y temía que ante la detención de su compañero se sintiera en peligro y planeara su fuga a Francia. Yo no estaba dispuesto a que se escapara. A estas alturas de la película había conseguido información más que suficiente para dar otro golpe con el que asfixiar un poco más a la banda a la que pertenecía. Bien podía decirse que era el más importante de los liberados que le quedaban a los «autónomos», así que no podía escapar.

Anochece el 24 de marzo. Llamé con urgencia a Patxi. Nos vimos en las afueras de San Sebastián, en un área de descanso de la autopista muy cercana a la capital. Le esperaba en mi coche que él bien conocía. Eran las ocho de la noche. Le expliqué la situación. Le dije que necesitábamos saber dónde se encontraba y bajo ningún concepto quería oír que había huido a Francia. El me preguntó:

—¿Controlas todos sus domicilios?

—No, todos no. Vigilo algunos de Zarauz, Deva, Éibar, Elgoibar y Azcoitia. Estos son los únicos que conozco.

—Necesito al menos dos días —contestó.

—Tienes menos de dos horas.

No dijo más; salió del coche, subió al suyo y desapareció en la oscuridad de la noche por la autopista dirección Bilbao. Yo llamé a mi conductor, que se encontraba a una distancia prudencial de seguridad, y regresé al acuartelamiento de Inchaurrondo. Durante el trayecto di por radio algunas órdenes al capitán Vaquero, que esperaba en tensión junto a otros oficiales de la LJEI y del GAR, deseando ponerse en movimiento. Al llegar y frente a un mapa de la provincia me explicaron la situación de nuestra gente con la que estábamos enlazados y que vigilaban domicilios y algún punto en itinerarios de posible paso.

Miraba la hora y estaba cada vez más preocupado. Pensaba en el informador, en ese mundo que sólo ellos conocen: contactos intermedios, contactos directos, siempre con el peligro de ser descubiertos, con el temor de la sospecha. A las 21.30 sonó el teléfono. Era él. Con voz nerviosa, bastante alterado, me dijo todo lo que yo necesitaba saber, todo lo que

esperaba. No había tiempo que perder. Llamé al capitán Vaquero y al oficial de la UEI y les comuniqué:

—Se encuentra en Azpeitia, pero prepara las cosas para marcharse de inmediato a un piso de seguridad en Zarauz. De allí se irá seguramente a Francia. ¿Tenemos vigilado algún piso en Zarauz?

Me contestaron que sí. Estaba vigilado un apartamento situado en la misma playa, al final de la larga avenida que forma la travesía de la carretera N-634, dirección Bilbao, a la derecha, muy próximo a la iglesia parroquial.

La máquina se puso en marcha con velocidad de vértigo. No había apenas tiempo para montar un adecuado servicio de espera, pero se montó. Estudiamos las posibles entradas a Zarauz, procedentes de Azcoitia, y sólo había dos. Una la lógica, en la misma carretera nacional y otra poco probable que, procedente del alto de Aizarnazábal, conectaba con la anterior justo a la altura de la iglesia, y pasaba por delante. Fue por la que entró. A las diez y media de la noche estaba montado todo el dispositivo mientras Vaquero y yo paseábamos con los nervios en tensión por una calle de Zarauz, en aquella noche del sábado, muy animada, dado el día y la hora.

Javier Bereciartúa se encontraba en un domicilio de Azpeitia que no conocíamos. Estaba muy preocupado desde que, por la radio, se había enterado de la detención de Quijano Merino y de la suerte que había corrido el resto del comando. Con Quijano había hecho alguna campaña con anterioridad y había decidido ponerse a cubierto; vamos, salvar los muebles por si acaso. No tenía mucho tiempo. Cada ruido que oía del exterior le ponía en tensión, pues podía ser la policía que venía a arrestarle. Era lo que habíamos pensado.

A las diez y cuarto de la noche, tras recoger lo imprescindible y su armamento personal —revólver y una granada de mano—, con un fuerte estrés le ordenó a un laguntzaile, que además era el casero, que le llevase a Zarauz. Se pusieron en marcha en el vehículo Seat matrícula SS 0271-E.

Tomaron la carretera C-6317 que serpentea pegada al río Urola que, cansado, va buscando, retorciéndose, su punto de llegada, su mar, en la población de Zumaya. Pasaron por Cestona y al llegar al cruce de Iraeta,

Bereciartúa le dijo al conductor que cogiera la carretera de la derecha, más solitaria, llena de curvas y muy poco usada. Era más lógico para ir a Zarauz tomar la de la izquierda. Él lo sabía, pero también que ésa era más segura.

Al filo de las once y cuarto llegaba a la entrada de Zarauz, tras rebasar el alto de Aizarnazábal. Justo antes de llegar a la iglesia Bereciartúa observó algo extraño en la oscuridad antes de la primera luz de la población. Le mandó parar con sequedad, con muchos nervios. Se bajó del coche con las manos en los bolsillos, en uno tenía el revólver y en el otro la granada. Observó atentamente. No vio nada que lo alarmara, muchos jóvenes y nada más, pero antes... Un extraño presentimiento le había obligado a parar y a bajarse del coche, allí justo a la entrada de Zarauz, ¿o no había sido un presentimiento? A la derecha había un pequeño y concurrido bar y se dirigió a él para recuperar la calma y esperar unos minutos.

El teniente de la UEI V. y uno de sus hombres, un mocetón alto y de más de noventa kilos de peso que no le restaban un ápice de agilidad vigilaban en la oscuridad aquella entrada. Quizá Bereciartúa los viera borrosamente cuando ordenó detenerse al coche. En cuanto se introdujo en el bar no se lo pensaron dos veces ante el temor de que tuviera otra salida. Entraron como un ciclón. Bereciartúa se dio cuenta tarde, quiso hacer uso de sus armas, pero cuando levantó un brazo, con la granada en la mano alguien se la aferró sin que pudiera hacer más movimientos. Fue desarmado y esposado. Mientras, se calmaba a los clientes del establecimiento. Otros guardias, con toda rapidez, habían detenido al acompañante e intervenido el vehículo. En uno de los bolsillos Bereciartúa llevaba las llaves del apartamento de la playa que ya conocíamos y que en ese momento fue registrado y precintado en la forma prevista por la ley. Los detenidos fueron conducidos a la Comandancia, donde llegamos alrededor de la media noche. Comenzaba otra larga jornada de detenciones, registros e intervención de armamento y documentación que se prolongaron durante otro par de días.

Madrid respiró tranquilo. El golpe dado a los Comandos Autónomos era casi mortal. Aunque quedaban un par de coletazos era, sin duda, el principio del fin de esta organización. Felicité a los hombres que había allí, no muchos, y abracé a Vaquero, como siempre hacía tras un servicio de esta

envergadura, saliera bien o saliera mal. También nosotros sentíamos un gran alivio tras la descarga de adrenalina.

La operación dio como resultado la desarticulación de un comando ilegal denominado Urola y dos legales, uno de infraestructura y otro de apoyo, llamado Gatazka. Se procedió a la detención de cuatro miembros de esta organización mientras que otros cuatro huyeron o ya lo habían hecho antes de nuestra intervención.

A lo largo de su militancia, Bereciartúa había formado parte de tres comandos de liberados o ilegales distintos, con lo que había llevado a cabo numerosas acciones en diferentes épocas. Entre las más importantes se contaban, según su propia declaración:

- Voladuras de repetidores de TVE y torres de Iberduero en Azpeitia y Cestona, y de la empresa Altuna y Uría, también en Azpeitia.
- Lanzamiento de explosivo contra el coche del jefe de la empresa Nazábal, en Azpeitia.
- Atraco a mano armada en el Banco Santander de esta misma localidad.
- Otro atraco en las mismas condiciones a un banco de Mondragón.
- Colocación de un explosivo en el Instituto de Enseñanza Media de Azpeitia.
- Asesinato de Ignacio Lasa Rezóla en la misma población.
- Secuestro del empresario Francisco Limousin en Tolosa.
- Petardos explosivos en el bar Kulixka de Zarauz y en el peaje de la autopista en Elgoibar.
- Robo de las cajas de varios de estos peajes.
- Secuestro del empresario Jesús Guibert Alcune. Ese día anduvimos bien cerca de él.
- Otro atraco a mano armada en las oficinas de recaudación de impuestos municipales de San Sebastián.
- Artefactos en bancos, estaciones de tren, carreteras y autopistas, muchos de ellos con bomba trampa.
- Atentado con disparos de pistola contra el propietario de un vehículo, que resultó herido, y robo de coche.
- Robo de radioteléfonos en las dependencias de la Policía Municipal, de Azpeitia.

Y otros de diversa importancia.

Varias de estas acciones las había realizado con algunos de los que habían muerto en el enfrentamiento de Pasajes. También fue un alivio comprobar que no había participado en el asesinato de Casas.

Buscando a Zabarte

No había tiempo para relajarse, nunca lo había. A las pocas horas de acabar un servicio, éste ya se había olvidado porque otro nuevo llamaba a gritos para que se le prestara más atención. El grupo del Servicio de Información aún no era lo numeroso que requerían las circunstancias, pero con la ayuda de la USE y el apoyo del GAR y de la UEI empezaba a tener una pegada notable. Sin dejar la línea de investigación de los CC. AA., se intensificaron unas pesquisas que se llevaban contra ETA-m.

La fuente del otro lado de la muga, Arantxa, nos proporcionaba información muy imprecisa sobre Vizcaya, Navarra, Álava y hasta Madrid, que se remitía a las respectivas unidades y que, poco a poco, se depuraba y filtraba, hasta que se obtenía una pista. Era un trabajo agotador: primero, el análisis; después, interminables horas para localizar domicilios y esperas para encontrar e identificar a numerosas personas que surgían como objetivos de aquellas informaciones.

Madrid nos presionaba para que pusiéramos los elementos de puntería fijos en el comando Donosti, en Zabarte Arregui. Era mucho el daño que había hecho, pero era más el que podía hacer. Zabarte, un auténtico mito entre los pistoleros de ETA-m. Luego salieron otros, pero este individuo ha representado un hito luctuoso como pocos en la triste historia de la organización.

Yo presionaba a Arantxa. Quería información de Guipúzcoa. Teníamos tres o cuatro comandos de liberados que actuaban sucesivamente: el Donosti, el Goyerri, el Éibar y hasta un cuarto. Se daba el caso, en pocas ocasiones, de actuar más de uno simultáneamente. Era raro, pero ocurría, sobre todo en el caso de secuestros. Ella me proporcionaba lo que podía, lo que caía en sus

manos o en sus oídos. Los datos llegaban como piezas de un puzle. Poco a poco unos encajaban en otros hasta dar una pista fiable.

En el mercado de la Brecha

Un día me comunicó que una mujer que «podía» dedicarse a la venta de hielo, en el mercado de la Brecha de San Sebastián, «podría» en algún momento tener contacto con el comando Donosti. Trabajamos esta información varias semanas sin conseguir nada. Más tarde, la completó con otro dato. Su marido «podría» estar practicando en una autoescuela para sacarse el permiso de conducir. Sin nombres, sin descripciones físicas, sin edades, nada. Pero empezamos a trabajar.

Ya por entonces se intentaba por parte del Ministerio del Interior ilegalizar HB, circunstancia que era pedida intensamente por AI', pero el 3 de abril la Sección Primera de la Sala de lo Contencioso Administrativo de la Audiencia Nacional denegó esta posibilidad.

Los «polis-milis» cerraban lentamente el libro de su historia. El 9 de abril, 43 presos, en su mayoría de esta organización, se acogieron a las medidas de gracia e hicieron una declaración pública de rechazo de la violencia como medio de actuación política. Es justo reconocer que su desaparición fue un descanso en el agobio en que se vivía y se moría en aquella sociedad.

En Francia la tensión como consecuencia de las actuaciones del GAL era tal que los refugiados organizaban piquetes de vigilancias y uno de ellos interceptó un vehículo que circulaba con tres personas a las que trató de identificar. Resultaron ser policías franceses que procedieron a la detención de los del control. Desde luego, el problema surgido en Francia había descargado un poco la presión que se sentía en España. Problema que volvió a agudizarse cuando el 3 de mayo, en otra acción atribuida al GAL, fue asesinado el refugiado Rafael Goicoechea y herido Jesús Zugarramurdi Huici. Este último se había beneficiado de la Amnistía de octubre de 1977, pues era uno de los que habían organizado y participado en la operación Ogro, en la que fue asesinado el presidente del Gobierno, almirante Carrero Blanco. También se le atribuía el secuestro, tortura y asesinato de dos policías españoles, José Luis Martínez y Jesús María González, cuyos

cadáveres, muy mutilados, aparecieron en uno de los búnkers recuerdos de la II Guerra Mundial, en Anglet, Francia.

El día 14 de mayo y ya en España, un extraño grupo denominado Gatazka, al igual que uno de los comandos legales desarbolado junto a Bereciartúa, reivindicó un atentado realizado mediante la colocación de un explosivo a una patrullera de la Armada, casi un bote grande, la TV-19, anclada frente a la ayudantía de Marina de Fuenterrabía, en aguas muy poco profundas. A bordo se hallaba el cabo Juan Flores Villa, que resultó muerto, y el marinero Antonio Martínez Abella, que salvó la vida. Recogimos todos los restos del artefacto que pudimos para analizarlos y poder seguir algún hilo hacia sus autores.

El domingo 20, un día gris y lluvioso, en una placeta junto al cine en que se celebraban los festivales, al lado del río Urumea, tuvo lugar una ceremonia que tampoco estuvo exenta de tensión y fue la entrega de una bandera al regimiento de Infantería de San Sebastián. La llevaba a cabo el entonces diputado general, José Antonio Ardanza, y debía de actuar de madrina su mujer. Pero ésta se negó en redondo. Así que con toda urgencia hubo que ir a por la esposa del gobernador militar que se encontraba en Huesca que, con gran dignidad y orgullo, la sustituyó. Muchos españoles, vestidos de uniforme caqui o de otro color, sintieron aquella mañana una extraña emoción mientras apretaban los puños cuando se izaba la bandera de todos, a la vez que un corneta rompía el aire con las notas del himno nacional.

El Ministerio de Interior insistía en la ¡legalización de HB, pero sin resultado positivo. El día 25, el Tribunal Supremo rechazaba el recurso interpuesto contra su legalización.

Todos los días me reunía con los oficiales y algún miembro más del Servicio de Información. Repasábamos la marcha de las operaciones. Sobre todo, la dirigida al comando Donosti, la de Zabarte. Se había avanzado bastante al completarse con otros datos sueltos que me proporcionaba Arantxa. Se habían reducido los posibles objetivos y ahora investigábamos y controlábamos a una mujer que se aproximaba mucho a las informaciones referentes al negocio de hielo en el mercado de la Brecha. Sin embargo, su marido no aparecía y se estaban realizando gestiones en Francia para ver si

se encontraba allí y, sobre todo, si estaba practicando para obtener el carnet de conducir.

La mujer vivía en Hernani y se llevaba a cabo una delicada operación de seguimiento, identificación de personas con las que contactaba, con las que simplemente hablaba o saludaba. El volumen de datos se incrementaba día a día. Los encargados del análisis separaban en un grupo a quienes tenían algún tipo de antecedente en relación con ETA, fuese el que fuese. Porque habíamos encontrado a una mujer que trabajaba en el mercado de la Brecha, pero no vendía hielo, sino que ella lo recibía en abundancia para su mercancía y repartía a varios puntos cercanos el sobrante. No teníamos otra cosa y había que exprimirla.

El 6 de junio se produjo una petición insólita para la época. Se solicitó del Juzgado de Guardia de San Sebastián la incoación de un procedimiento de Habeas Corpus con motivo de una detención que habíamos practicado. Fue denegada. No se nos ocultaba cómo se aprovechaba la legislación por parte de los radicales para entorpecer nuestro trabajo.

Asesinato del guardia Zapatero

El día 14, un veterano guardia, Ángel Zapatero Antolín, fue asesinado cuando salía de su domicilio en el barrio de Alza, a poca distancia de Ínchaurreondo. No había querido venirse a vivir a este acuartelamiento como se le había aconsejado a él y a todos los que por llevar mucho tiempo destinados allí eran más conocidos. Se dirigió a su vehículo, estacionado en la calle, accedió a su interior y trató de ponerlo en marcha con la llave de contacto. En ese momento hizo explosión un potente artefacto situado en la rueda delantera izquierda compuesto por al menos dos kilos de goma-2, que le produjo la muerte instantánea. También causó heridas al niño José Evangelista Matías, que se hallaba en las proximidades.

Los funerales, con las formalidades de rigor, fueron al día siguiente. Las escenas de dolor, no sólo entre los familiares, sino entre sus compañeros, eran un lastre muy difícil de superar. El guardia Antolín era muy querido en la Unidad. Estuve en su casa y procuré confortar a su viuda y demás

familiares a los que encontré serenos y con una gran entereza, sobre todo uno de sus hijos.

Volví a la Comandancia y reuní a los oficiales y jefes de equipo de Información. Todos estábamos, como siempre en estos casos, tristes. Pero también furiosos. Así que les dije que si la investigación estaba ultimada o era necesario seguir esperando.

Me contestaron que, salvo ver físicamente al comando, a Zabarte, lo cual era casi imposible, los trabajos estaban terminados. No hacía mucho que había recibido lo que podemos llamar una «buena noticia». Y era que el marido del objetivo estaba huido en Francia y practicaba para obtener el carné de conducir. La información era fiable y había un grado aceptable de probabilidades de éxito. Madrid esperaba en tensión permanente. El entonces coronel Casinello, no sólo apretaba, sino que asfixiaba. Era jefe del Estado Mayor del Cuerpo, pero además llevaba personalmente la Segunda Sección, Información, y por tanto todo lo referente a la lucha antiterrorista. Y quería hechos.

Aquel comando Donosti era de una envergadura tal que no ha vuelto a haber otro semejante en cuanto a número de componentes, talde, infraestructura y sobre todo por el número de asesinatos que llevaba cometidos en los últimos tiempos. En fin, había que tomar una decisión.

En la tarde del día 15, un día después del atentado del guardia Antolín, di luz verde. Se llevó a cabo una reunión general, se distribuyeron objetivos y se asignaron unidades del GAR a cada uno de los equipos que iba a actuar. Ese día no teníamos con nosotros ninguna unidad del UEI, con lo necesaria, casi imprescindible, que era. Pero ya no había más tiempo. Además, me comunicaron que estaban de camino desde Madrid, con lo que llegarían en las próximas horas.

La operación se planificó de la siguiente manera: en la primera fase se procedería a la detención de la mujer objetivo y al registro de su casa, todas las demás direcciones de las personas que habían tenido contacto con ella serían controladas por fuerzas del GAR a la espera del resultado de la primera intervención. Todo ello con las autorizaciones judiciales pertinentes. El movimiento se inició alrededor de la una de la madrugada.

El arresto de la mujer no produjo ningún resultado positivo. Ordené la entrada y registro en los domicilios en los que residían las personas que más relación habían tenido con ella. Era la segunda fase. Si ésta tampoco daba resultado, ya con menos esperanzas, pasaríamos a la tercera que comprendía al resto de la gente que en esporádicas ocasiones había contactado con ella. Los nervios hacían que los minutos se estirasen de manera insoportable en aquella larga noche.

Zabarte

Al proceder a la entrada en el domicilio situado en la calle de Navarra, 16, tercero B de Hernani se desencadenó la tragedia y el juego de la vida y de la muerte se enseñoreó de aquel pequeño piso bajo el que había un cine de no mucho tamaño. Encima, tres plantas más. La casa estaba rodeada por fuerzas del GAR. Un oficial con varios de sus hombres y un equipo de Información subieron sigilosamente por las escaleras hasta la puerta del domicilio. Había un silencio pesado y la aproximación y toma de posiciones se había llevado a cabo con precisión y rapidez.

Eran las 3.30 horas. Unos golpes imperiosos rompieron la quietud del silencio que ya parecía artificial, lleno de susurros, órdenes y advertencias. A la vez, una voz alta y clara, ordenaba:

—¡Guardia Civil, abran la puerta!

Dentro se oyeron unos ligeros ruidos, pasos amortiguados, y de nuevo el silencio. La puerta no se abrió. Nadie contestó. Pasados unos segundos, la puerta fue forzada, cayó desencajada sobre uno de sus goznes y dejó ver, arrebuajados, en un pequeño recibidor, a una pareja, hombre y mujer, con un niño de unos diez años, completamente aterrorizados. Eran los dueños de la casa, Pedro Miner Aldabalde y María Fermina Villanueva Labayen. El pequeño era uno de sus hijos. Todos estaban con ropa de dormir, ellos con pijama y la mujer con camisón que —a pesar de la fecha la madrugada era muy fresca— tiritaba. Fueron sacados de allí y, a toda prisa, los guardias de Información avanzaron al interior de la vivienda. El recibidor daba a un pasillo de unos diez metros de largo, no muy ancho, en su parte frontal, y, a la derecha, a una pequeña cocina.

En el pasillo se hallaban tres puertas, dos abiertas, la primera y la tercera, y la otra cerrada. Todas situadas a la izquierda, que daban a otras tantas habitaciones. Al fondo se adivinaba un salón comedor y, a la derecha, una puerta, también cerrada, el cuarto de baño. Las habitaciones con la puerta abierta tenían la luz encendida, pero ninguna sombra aparecía en la claridad que proyectaba al oscuro pasillo.

El guardia Aguayo, seguido por otros compañeros, llegó a la primera habitación y vio que estaba vacía. La segunda, que seguía con la puerta cerrada, la rebasó ya que pretendía alcanzar el salón para, desde allí, apoyar la actuación de sus compañeros. Pero, al pasar la tercera, recibió una descarga de fuego ametrallador que le produjo varias heridas. Un proyectil, además, le inutilizó la pistola. Otro, le destrozó el codo. El chaleco antibalas que llevaba puesto le salvó la vida, aunque quedó malherido. Como pudo saltó hacia adelante y reptando llegó al salón. Los demás guardias retrocedieron hacia la entrada, el fuego crecía y, superado el ruido de las detonaciones, se oyó el grito de la mujer que era retirada de allí junto a su marido y su hijo.

—Mis niños, mis niños.

Todo había ocurrido en escasos segundos. Ella estaba al principio de la escalera, donde se quedó clavada, con los brazos extendidos, ajena a los proyectiles que, con regular ángulo de tiro, procedente de aquella tercera habitación, rebotaban no muy lejos de donde se encontraba.

En ese momento, la segunda puerta se abrió y quedaron perfilados en el umbral un niño y una niña, cogidos fuertemente de la mano, con los ojos abiertos, espantados. El chico tendría unos ocho años; ella era menor. Se estremecían violentamente a cada ráfaga de disparos que, a menos de un metro, desde la siguiente puerta, una o varias personas dirigían contra nosotros.

La situación no era dramática, era infernal. Aquellos dos niños petrificados en medio de un violento tiroteo que aún no había podido ser evaluado. Y, al fondo, el guardia herido, que pedía auxilio y del que nos separaba una barrera de fuego infranqueable.

El grito de la madre tocó el corazón de los que allí estábamos. Dos guardias enardecidos, despreciando el peligro, se lanzaron hacia los niños y los sacaron de aquel infierno con la velocidad de un relámpago. Fermina, que había presenciado la escena, plantada a dos metros de la puerta, abrazó fuertemente a sus hijos. Vi su mirada, fugazmente, agradecida, y bajó con los demás a la seguridad de la calle y de un coche que los iba a recoger para trasladarlos a la Comandancia.

Todos respiramos a pesar de que el intercambio de disparos era intensísimo. El ángulo de tiro, completamente desfavorable para nosotros. Pero ahora había que resolver el problema del guardia herido, con quien nos entendíamos de manera muy precaria. Pensé en formar una superficie blindada, con varios chalecos antibala, para atravesar aquella puerta mortífera y llegar hasta donde estaba nuestro compañero herido, cuando éste, haciendo gala, no sólo de valor, sino de un ingenio de circunstancias efficacísimo, arrancó las cortinas del salón, las unió con fuertes nudos, las sacó por una ventana y se descolgó lentamente hacia la calle con un brazo casi inutilizado. Los compañeros, a toda velocidad, habían colocado una colchoneta, sobre la que rebotó al saltar tras llegar al final del largo de las cortinas. Antes había escrito con su sangre en la pared de aquel pasillo unas palabras que decían: «I love M...»

Ordené que se lo llevaran a un hospital. La herida del brazo le produjo una incapacidad permanente para el servicio. He tenido frecuente trato con él, con posterioridad. Incluso, me visitó en prisión acompañado de su esposa. Le pregunté qué quería decir aquella frase. Y él me contestó, que, al sentir que podía muy bien morir allí había tenido ese recuerdo para su mujer que se llamaba Mary, aunque no pudo acabar la última palabra. Lo que no le pregunté nunca, y aún me extraña, es por qué lo había escrito en inglés.

Había llegado el momento de poder hacer frente a la situación con algo más de tranquilidad. De modo que establecí un pequeño puesto de mando en la primera habitación y así dejaba otra entre aquella desde la que nos disparaban, con lo que había menos posibilidad de que nos oyeran y pudieran estar prevenidos ante cualquier iniciativa que tomásemos. La habitación era un pequeño dormitorio con dos camas individuales separadas por una mesita de noche, detrás de la cual había un espejo, estrecho y alto,

que casi llegaba hasta el techo, con una anchura de unos 50 centímetros. Como la mesita.

Iba a preparar el asalto, junto al oficial del GAR y otros hombres de Información, cuando uno de mis sargentos, a quien había encargado llevarse detenido al matrimonio, subió y, con cierto nerviosismo, me dijo que la mujer quería hablar conmigo. Hasta ese momento se había negado, tanto ella como su marido, a decir ni una sola palabra que pudiera ser de utilidad. Únicamente había confesado que en el dormitorio desde el que nos disparaban había dos personas cuyos nombres ignoraban.

De nuevo subió al piso Fermina. Le habían proporcionado ropa de abrigo y pasó a la primera habitación en la que yo me encontraba. La miré sin hacerle ninguna pregunta y ella, en voz muy baja, como un susurro, me dijo:

—Son tres.

Y entonces, en el mismo tono de voz, le pregunté:

—¿Están juntos en esa habitación?

—No, en ésta hay dos.

—¿Dónde está el tercero? —Quizá los nervios me hicieron levantar la voz algo más de lo debido.

—Ahí —dijo, mientras con el brazo extendido su dedo índice me señalaba el espejo estrecho y alto que había a mi espalda, entre las dos camas.

De pronto todo estaba claro. Le sonreí mientras se la llevaban de nuevo. Quizá fue la forma de agradecer el riesgo que habían corrido los guardias. Di gracias a Dios mientras apagaba la luz del dormitorio y salí al pasillo, donde, en una postura inverosímil, echados en el suelo, di instrucciones al teniente A., del GAR, y a tres hombres más. El fuego era incesante. Un par de tiradores, con gran experiencia y desde el tejado de la casa de enfrente, la calle era bastante estrecha, no les dejaban moverse con libertad dentro de

la habitación. Aunque la persiana estaba bajada los disparos habían abierto huecos y dejaban entrever algo del interior.

Tras el espejo

Entramos en el dormitorio del espejo. Cuatro hombres se desplegaron en abanico y formaron un semicírculo alrededor de él. A mi señal, se iluminó la habitación mientras un hombre golpeaba con la culata del fusil el cristal del espejo que se hizo añicos. Los demás hombres apuntaban sus armas al hueco. El tercer hombre, con un diminuto slip, se hizo visible acurrucado en el suelo del rudimentario escondite. A su lado había una bolsa de viaje. De inmediato fue conminado a permanecer quieto y fue esposado. La bolsa contenía un subfusil UZI, una pistola Browning, abundante munición para ambas armas, varias granadas de mano y un par de kilos de goma-2. Lo sacamos al rellano de la escalera para tener más seguridad y le pregunté, aunque sabía la respuesta:

—¿Eres Zabarte?

—Sí —contestó.

Era alto, arrogante hasta el insulto, de aspecto atlético y con una inteligencia que le había aconsejado no hacer el mínimo movimiento durante su detención pues sabía que podía haberle costado la vida.

Con un gesto ordené que se lo llevaran. Entonces se volvió y me dijo:

—¿Es usted el que manda? —no esperó mi respuesta y continuó—, quizá yo pueda hacer que se entreguen. Déjeme que hable.

—Adelante.

Se produjo entonces un diálogo escalofriante. A voces se identificó, les mandó hacer alto el fuego y siguió:

—Katu, Txuri, soy yo. No hay salida, está todo rodeado. Dejad las armas y venid conmigo.

Ellos contestaron con un montón de blasfemias.

—¿Pero qué estás pidiendo, cabrón, hijo de puta? Que vengan a buscarnos esos txakurras si tienen cojones...

—Pero, Katu, que del mako se sale, pero... —No pudo seguir pues el fuego ametrallador tronó de nuevo.

Miré a Zabarte y le dije:

—¿Has terminado?

Asintió mientras le observaba por primera vez decaído, triste. Me comunicaron que en la calle se había congregado gente a pesar de la hora, entre ellos el alcalde de Hernán i, a la sazón de HB, y hasta un camión de bomberos. Había un teléfono a la entrada de la vivienda. Sabía que ya había empezado a trascender la noticia y llamé al gobernador Elgorriaga y al coronel Cassinello para darles una información lo más completa posible para aquella hora. Cassinello no se lo creía. Tal era el estado de necesidad en que nos había puesto aquel pistolero.

—¿De verdad es Zabarte? ¿Pero dónde lo tienes ahora? —decía el coronel.

Miré a Zabarte mientras le ponían algo de ropa antes de llevárselo. Y estuve a punto de contestarle:

—Ahora te lo paso.

Pero no. Le dije que, en efecto, era Zabarte y que en ese momento era trasladado a los calabozos de la Comandancia. Y que aún teníamos un hueso bastante duro de roer en la casa.

Desde la Comandancia, conocedores de aquel número de teléfono, me llamaron y me preguntaron qué hacían con los tres niños. No encontraban a ninguna familia a quien entregarlos. Los pasaron en mi casa. A día siguiente vinieron a recogerlos unos hermanos de los padres. Fermina volvió con sus hijos a los cinco meses, tras decretar su libertad provisional la autoridad judicial.

Respecto a los dos pistoleros atrincherados en la tercera habitación intenté de nuevo que depusieran las armas. Me contestaron, como a su compañero, con insultos y fuego. Hubo que traer munición nueva de la Comandancia pues la dotación reglamentaria había descendido a un nivel peligroso. Finalmente, una granada de fusil y los dos tiradores de enfrente acabaron con la resistencia. Estallaron las municiones y las granadas que tenían los etarras. Se inició un incendio que acabó con llamas de un tamaño amenazador. Había varios pisos habitados que no habían podido ser desalojados por el peligro que representaban los disparos. Pedí a los bomberos que acudieran a extinguir el incendio ya que había gente en peligro en el edificio. Se negaron por el riesgo que para ellos suponían unas pequeñas explosiones que salían del interior de las habitaciones de los terroristas. Se trataba de munición y explosivos que ardían como consecuencia del incendio.

No había tiempo que perder; no estábamos seguros de que los miembros de ETA hubieran sucumbido, pero no podíamos seguir en aquel impasse. Ordené el alto el fuego y, con toda la celeridad posible, entraron los hombres del GAR y de Información a las plantas superiores y se comenzó la evacuación, que a mí me parecía muy lenta, desesperadamente lenta, para la velocidad con que se propagaban las llamas.

Al cabo de unos minutos eternos, mi teniente jefe de la línea de Andoain salía por la puerta del edificio con una anciana enferma en los brazos. Me dijo:

—Ya no queda nadie, mi comandante.

Entonces no acepté más excusas de los bomberos, les dije que los hacía responsables de lo que pudiera ocurrir. Y fue cuando se pusieron en marcha. Sentí alivio mientras los veía trabajar. También el día había empezado a clarear. La noche, trágica, había quedado atrás. El alcalde de Hernani hacía declaraciones de protesta a algunos medios de comunicación en un tono tan elevado que me permitía oírlas. Quizá las hacía para eso.

El incendio fue controlado y los bomberos se retiraron. Los equipos técnicos inspeccionaron la casa. Encontraron los cadáveres de los dos individuos cuyas vidas quisimos salvar a toda costa, no sólo nosotros sino

también su compañero de comando. Ellos no lo quisieron. Se comunicaron todas las circunstancias a la autoridad judicial y comenzó la fase de instrucción de diligencias. Era ya media mañana cuando me retiraba, junto al resto de la fuerza, al acuartelamiento de Ínchaurreondo. Apenas sentía el cansancio, sí el enorme peso que nos habíamos quitado de encima. Ahora tenía que enterarme de las demás detenciones de aquella noche tan llena de tensión y comunicar a los diversos mandos la marcha de los acontecimientos. Zabarte había caído.

Se presentaba una ardua tarea: interrogatorios, localización de colaboradores, hasta el último grado, direcciones, pisos de seguridad, acciones realizadas en todas las campañas, composición del comando, etcétera. Todo ello se fue desarrollando metódicamente. Y tuvimos, además, el primer organigrama fiable de ETA-m. En conjunto, el servicio propició el desmantelamiento de un comando de liberados, el Donosa, de tres comandos legales armados: el Tximistarri, el Mátala y el Buruntza, y uno de información.

Comando Donosti

Respecto a este comando, llegamos al conocimiento de que lo componían dos taldes o grupos. El primero compuesto por:

- Jesús María Zabarte Arregui, Garratz, detenido.
- Agustín Arregui Perurena, Txuri, muerto.
- Juan Luis Lecuona Elgorriaga, Katu, muerto.

Zabarte nada más ser conducido a la Comandancia y muy sereno hizo saber que no diría ni una palabra hasta que pasaran cuatro horas, que él consideraba plazo de seguridad suficiente para que pudieran huir todos los que no habían sido detenidos en la primera intervención. Y así lo hizo por lo que el segundo talde escapó. Después no paró de hablar durante varios días. De forma pausada nos contó su vida y milagros desde su nacimiento. El segundo talde lo formaban:

- Juan María Oyarbide Aramburu, Txilibita.
- Manuel Urionabarrenechea Betanzos, Manu.

- Félix Manzanos Martínez, Rioja.

Era seguramente el más poderoso comando que había tenido ETA en su historia, no sólo por el número de componentes sino por su historial.

En su declaración reconoció las siguientes acciones:

Dieciséis asesinatos desde 1981, entre ellos los de más gravedad narrados anteriormente (no eran los autores del atentado del guardia Antolín); cuatro lanzamientos de granadas de carga hueca; dos atentados mediante la colocación de carga explosiva; un secuestro con asesinato; un asesinato frustrado.

Asimismo, se precintaron ocho pisos de seguridad o pisos francos y se procedió al levantamiento de una cárcel del pueblo situada en una carnicería de Hernani, a la que se accedía a través de una trampilla que se accionaba al girar un enchufe eléctrico.

Comando legal armado Tximistarri

La identidad de sus componentes fue proporcionada por Zabarte. Sólo pudo ser detenido uno de ellos y los otros tres se dieron a la fuga. Fueron esclarecidos dos asesinatos, colocación de artefactos explosivos, robo de varios vehículos a punta de pistola, así como numerosas acciones de sabotaje contra vehículos franceses en protesta por su incipiente política de deportaciones y entregas de refugiados vascos.

Comando legal armado Matala

Gracias a las declaraciones de Zabarte fueron identificados y detenidos sus tres componentes.

Comando legal armado Buruntza

Este grupo pudo ser localizado y desarticulado gracias a las declaraciones del pistolero liberado del Donosti. Fue detenido uno de sus componentes y seis escaparon. Comando de información

Por los mismos procedimientos fueron arrestados sus dos componentes, que habían llevado a cabo numerosas informaciones sobre guardias civiles, policías, paisanos, entidades bancadas y oficiales, que habían pasado a la dirección de ETA y con las que, posteriormente, los comandos armados cometían sus asesinatos y atentados.

En definitiva, una vez que concluyeron todos los trabajos, pudimos comprobar la formidable tarea de limpieza que se había llevado a cabo en la zona más castigada de Guipúzcoa, quizá de toda España. Un tolde peligrosísimo de liberados había conseguido escapar. Pero tendrían en el futuro una nueva cita con nosotros. Con el tiempo, entraría un nuevo comando. Lo sabíamos. Pero también ellos sabían que nos tenían enfrente.

Zabarte, pasado el plazo de seguridad que permitía la fuga de algunos componentes del comando, completamente relajado, hablaba de forma coloquial y contestaba a todo tipo de preguntas. Sólo le vi entristecerse un poco cuando alguien le dijo:

—¿Sabes que el policía municipal Manuel Peronie Diez, que mataste en Oyarzun, era simpatizante de la izquierda abertzale?

—Sí, es algo que llevo en el alma.

Pero se repuso en seguida y siguió con el relato exhaustivo de su historia, prácticamente desde que nació. Cuándo fue captado, cuándo empezó a militar, sus detenciones, cuándo se liberó y sus «hazañas».

Respecto a ETA, conocimos cómo se encontraba estructurada y el nombre de los responsables de cada aparato. Se confeccionó el organigrama más fiable hasta la fecha. Destacaba la reciente creación de un aparato de seguridad para hacer frente a las acciones de los GAL que, bajo la dirección de Artapalo, detrajo numerosos miembros de comandos.

Las normas de actuación de los componentes de este aparato, para dar seguridad a los refugiados, recordaban bastante a las nuestras sobre Seguridad y Autoprotección (SYAP). Chocante.

Nuevo armamento de ETA

También supimos del nuevo armamento y material que había adquirido la banda. Nos preocupó saber que disponían de lanzagranadas RPG 7. Conocimos el funcionamiento de los aparatos de mugas, documentación, internacional, logística, cursillos y una visión sobre el ambiente general de la banda que era en aquel momento de honda preocupación por la actividad del GAL, la política de deportaciones de Francia y la creciente eficacia de las Fuerzas de Seguridad.

Los liberados percibían mil francos al mes los solteros y dos mil los casados, más un plus de doscientos por hijo (un franco equivalía a veinticinco pesetas). Lasa Michelena, Txikierdi, era el último contacto en Francia de un comando de liberados antes de su paso a España y de quien recibía las instrucciones, algunas de vital importancia, como pisos de máxima seguridad cuya dirección recibía cada miembro por separado sin que uno supiera dónde estaba el del otro, como medida de protección en caso de tener que huir.

Fue tal el interés que en Madrid había despertado la detención de Zabarte, que el ministerio ordenó que fuese entrevistado, examinado más bien, por dos psicólogos con los que pasó un montón de horas. Al finalizar emitieron un informe en el que, entre otras cosas, manifestaban haberle encontrado, física y psicológicamente entero, dueño de sus reflejos motores y de respuesta. LE ENCONTRABAN UN LIGERO TEMOR A HABER «SOLTADO» DEMASIADO. Desde el punto de vista clínico, normal. Y terminaban con la afirmación de que Zabarte era un profesional de la muerte, de la acción terrorista y un perfecto conocedor de su oficio y de su papel.

Pasaron los días y se cumplieron todas las facetas del servicio, hasta que fue puesto a disposición judicial el último de los detenidos. Los hombres pudieron descansar. Y durante mucho tiempo hubo comentarlos y recuerdos de aquella operación. No fue ésta la última vez que vi a Zabarte. Durante el juicio de mi procesamiento tuve que soportar la humillación de su comparecencia como testigo de cargo. Habían pasado dieciséis años. Le vi tan altanero como entonces. Envejecido, pero no mucho.

Casi todo lo que dijo fueron verdaderas milongas. Sobre todo, una que hacía referencia a que, al ser detenido, me comentó que la única solución

que él veía al conflicto vasco era que yo cogiera a diez de mis hombres, él tomaría a diez de los suyos y nos enfrentaríamos en el monte Gorbea, y el que ganara, pues nada, resuelto el problema. Estuve a punto de soltar la carcajada. Aunque el motivo de su comparecencia era aclarar si durante su detención había sido visitado por el gobernador civil. Cosa que no había ocurrido, aunque él lo dejó en el aire. A mi abogado, Fuster-Fabra, le cortó al afirmar que asumía todos los asesinatos de ETA. Y ésa sí fue la última vez que le vi.

Dieciocho años más tarde, de nuevo el pasado se hizo presente. El 14 de mayo de 2002, uno de aquellos pequeños, hijo de Fermina Villanueva, y por el que mis guardias arriesgaron su vida, fue detenido como miembro de un renovado comando Madrid. Entre otros hechos delictivos ya se le imputaba el asesinato de dos policías autónomos. Se trataba de Imanol Miner, el que asido con fuerza a la mano de su hermana y petrificado por el terror de los disparos estaba en la puerta de su dormitorio. De nuevo recordé, en la soledad de la celda de la Prisión Militar de Alcalá de Henares en la que me encontraba, aquella noche terrible de junio de 1984, noche de esfuerzo, sacrificio, tesón y sangre. Y también de nobleza y valor.

El escritor Lorenzo Silva publicó en El Mundo un artículo sobre aquella detención y el hecho de que uno de los niños terminara militando en ETA y formara parte del comando Madrid. Al leerlo, quise retroceder en el tiempo. Miraba la fotografía que aparecía en el periódico de un Imanol de veintiséis años y traté de recordar al niño de ocho. Me fue completamente imposible. Siempre chocaba con la mirada fugaz, tan agradecida de su madre, que le abrazaba con fuerza, junto a su hermana, mientras abandonaba aquella vivienda, aquel drama. En el artículo se recordaba a aquellos niños y se decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Cuentan que esa misma noche, el entonces comandante Galindo, que era quien estaba al mando de la operación, se ofreció a alojarlos en su casa, ya que el padre y la madre quedaron detenidos como colaboradores de ETA y no aparecían familiares que se hicieran cargo de ellos. Cuentan que la madre, Fermina Villanueva, le dio las gracias a Galindo por haber salvado a sus hijos, y que entre la Fiscalía y los propios agentes hicieron lo que pudieron para que no le cayera una condena muy abultada y pudiera reunirse pronto con sus

retoños.» El hecho cierto y contrastable es que sólo cinco meses después, en noviembre de 1984, Fermina ya estaba en libertad.

Terminado el servicio, procuraba olvidar al personaje, a la máquina de matar. Los días difuminaban su recuerdo, pero, a veces, de tanto estudiarlo, perseguirlo, buscarlo con desesperación venían a mi pensamiento escenas como aquella ocurrida en 1972, en su primera etapa de militancia antes de la Amnistía, cuando fue detenido junto a otro miembro de ETA, Michelena Oyarte, justo antes de cometer un atentado, a bordo en un vehículo que habían alquilado en San Sebastián. La policía les rodeó, se desencadenó un tiroteo en el que resultaron heridos y fueron capturados. Ocurría en Indauchu. Más tarde y en prisión, al ser visitado por un abogado, le preguntó cuántos años le iban a caer.

El letrado, incómodo por la pregunta, no tuvo más remedio que contestar que varias decenas de años. Y para quitar hierro a la situación añadió:

—Ahora tienes tiempo para hacer una carrera, o dos...

La profesión de Zabarte, Bigotes, era la de carnicero, de ahí otro de sus alias, carnicero de Mondragón y nunca se le habían dado bien los libros. Pero si la respuesta fue rápida y convencida.

—Todo mi tiempo lo dedicaré a intentar salir de aquí, por el aire o por debajo de la tierra. Escaparé.

También recuerdo que una de aquellas tardes, cuando estaba detenido, al preguntarle, de manera coloquial, ajena a cualquier aspecto policial, «¿Por qué existe ETA? ¿Qué razón hay para tanta salvajada?»

—ETA existe para que exista Euskadi —contestó, como cuando uno reza un padrenuestro.

Euskadi, palabra inventada en 1886 por Sabino Arana Goiri, estudiante de Arquitectura que también diseñó la bandera nacionalista, la ikurriña, y más tarde, en 1895, fundó el Partido Nacionalista Vasco. Hijo de una familia bilbaína burguesa del barrio de Abando, había iniciado, sin saberlo, hace

unos setenta años, el camino que había llevado a éste, al parecer, callejón sin salida.

—Nosotros —continuó Zabarte—, nosotros tenemos un problema, que no tienen los demás españoles, los andaluces, los extremeños. En fin, ellos están muy contentos siendo españoles, nosotros no. Y tenemos que luchar como lo hacen los palestinos, o en Argelia, para ser libres, independientes. Nosotros creemos en la Europa de las Patrias, no en la de los Estados

Era tal su convencimiento que prácticamente no valía la pena rebatirle. Tampoco fue una sorpresa saber que quería preparar un atentado contra el propio ministro del Interior por la costumbre de acudir a poner unas flores en el lugar en el que algún miembro de las Fuerzas de Seguridad había sido asesinado.

Estructura y organigrama de ETA en 1984

Tras la detención de Zabarte, y como ya se ha indicado, se obtuvo un alto grado de conocimiento acerca de la estructura y funcionamiento interno de la banda, que se resume a continuación en los puntos más principales:

Se observa la nueva creación de un APARATO DE SEGURIDAD a raíz de la aparición del GAL. Como responsable de este aparato se encuentran MÚGICA GARMENDIA Artapalo, ABECHUCO LIQUINIANO, Sebos, de Elgoibar, y VILIANUEVA HERRERA, Txapu.

Este aparato, tras la celebración de una reunión de cuadros, se ha instituido para salvaguardar la seguridad de los militantes «huidos»; ha editado dos folletos de difusión interna a los diferentes taldees de huidos:

— Normas a seguir en caso de ser detenidos por la policía francesa.

— Normas a seguir en evitación de atentados del GAL (no frecuentar lugares con asiduidad, ir en grupos de cuatro a seis, en los desplazamientos entre pueblos procurar hacerlos en grupos y a ser posible en dos grupos, etc.).

Este aparato lo integran aquellos militantes «huidos» que no queriendo integrarse en comandos de acción ni marcharse a Sudamérica, sí aceptan colaborar en otras labores. Son misiones de los militantes de este Aparato, entre otras:

— Detección de vigilancias sobre domicilios de refugiados y sus lugares de trabajo.

— Acompañar a los «liberados» que trabajan a sus lugares de ocupación y domicilios.

— Patrullar a pie y en vehículos por las zonas de poteo (en Biarritz al parecer existen al menos dos vehículos).

El armamento utilizado por estas patrullas son pistolas del calibre 22 procedentes de la transformación de pistolas lacrimógenas, escopetas de caza y otras pistolas de tenencia ilegal.

Armamento

Ha habido un intento de cambiar los fusiles de asalto G-3 del calibre 7,62 NATO por Kalachis del 5,56, pero según comentarlos de ANTXON ECHEVESTE existían actualmente problemas para la adquisición de munición de este calibre. No obstante, parece ser que la organización ya cuenta con varios fusiles de estas características que aún no han sido distribuidos a comandos de acción.

Los lanzagranadas RPG 7 que posee la organización fueron distribuidos a los comandos del interior, en los primeros meses del año 1982.

Sigue persistiendo en los «liberados» el hecho de tener una segunda pistola o revólver de pequeñas dimensiones.

No existe comando legal armado que posea lanzagranadas. La adjudicación de esta arma suele ir en base a los «méritos del comando».

El armamento mínimo que tiene un comando de «liberados» en el interior formado por seis militantes es de:

— 1 lanzagranadas, 6 fusiles de asalto, 6 subfusiles, 6 pistolas 9 mm Parabellum, 12 granadas anticarro y 4 antipersonal, abundante munición de todos los calibres y explosivos.

Mugas

Los pasos al interior desde Francia lo realizan acompañados por dos mugalaris, pero que el camino del «paso» es cubierto por varios etarras más, situados en distintos puntos del mismo, los cuales mediante contraseñas (simulación de animales, siseos, etc.) van dando paso libre a la expedición.

Estos militantes que van abriendo camino no son vistos por el comando que pasa al interior.

Estos pasos los verifican armados de metralletas y pistolas. El regreso de España a Francia se realiza de igual manera. Desde la muga a la infraestructura del comando utilizan dos vehículos distintos, uno hasta un punto intermedio en el que cambian pasando a otro que les traslada a la infraestructura (de Vera de Bidasoa a Irún en un vehículo, y de Irún a la infraestructura en otro vehículo).

Conclusión evidente es que el primer vehículo que transporta al comando pertenece al aparato de mugas y el segundo pertenece al aparato de infraestructura.

Se ha comentado en el sur de Francia que el «Comando España» sigue utilizando para sus pasos camiones, hablándose del régimen TIR.

Documentación

La documentación interna de ETA-m parece ser que se encuentra muy desplazada del sur de Francia, y relacionado directamente con ella parece ser que sólo está DOMINGO f TURBE ABASÓLO, Txomin.

«Biltzar txipia» (Pequeña asamblea)

Se ha confirmado la noticia que se tenía en esta unidad sobre la celebración en la segunda quincena del mes de abril pasado de una reunión de ETA-m en Irati.

Tal reunión ha consistido en la celebración de un biltzar txipia ampliado en el que se ha tratado sobre la estrategia a seguir.

Se ha considerado que hay que seguir cometiendo acciones en el mismo camino que hasta ahora, ampliándose las campañas sobre intereses franceses en España.

A esta reunión han asistido, además de los integrantes del biltzar txipia, dos representantes de cada talde de liberados. Por parte del comando Donostia han asistido ÜYARBIDE ARAMBURU y ARREGUI PERURENA (muerto).

Aparato internacional

Con respecto a los responsables de este aparato, se sabe que viajan con bastante frecuencia a los diferentes países de Europa y África.

Recientemente el máximo responsable de este aparato, JAVIER LARREATEGUI CUADRA, Atxulo, ha estado en la URSS. Este individuo suele estar acompañado por JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BEIZTEGUI (según identificación fotográfica).

Logística acción

Existe un equipo formado por tres militantes:

- Miguel Goyenechea Fradua, Txo
- Gabino Echevarría Mendizábal
- Kepatxu de Ondárroa, posiblemente Pedro Badiola Aspiazu.

Conocidos como «escafandristas», posiblemente dedicados a las acciones que requieren un conocimiento especial para las actividades subacuáticas.

Cursillos

Se ha detectado la posibilidad de realizar un cursillo de dos años de duración, desconociéndose el lugar exacto. Apuntó la posibilidad de que se tratase de Nicaragua, conclusión a la que se llega con la aparición de Gregorio Jiménez Morales, Pistolas, en Costa Rica, y la coincidencia en fechas de la revolución popular de Nicaragua.

El militante encargado de logística-armamento, Garalde Bedialauneta, Mamarru, realizó en el año 1973 un cursillo monográfico sobre explosivos impartido por terroristas irlandeses.

Zonas de actuación. Liberados

Del comando Vizcaya, Bilbao, márgenes derecha e izquierda, Duranguesado, Llodio y zona de Lea-Artibai.

Del comando Éibar Urko, Elgoibar, Placencia de las Armas, Érmua, Vergara, Arechavaleta, Oñate, Villarreal de Urrechua, Mondragón y zona Cooperativas.

Del comando Costa, Andoain, Lasarte, Urnieta, Usúrbil, Zarauz. Zumaya, Deba, dolosa y excepcionalmente, y debido a las posibilidades de infraestructura que tienen algunos integrantes del comando, Leiza, Lecumberri y valle de Larraun.

Del comando Donosti, Irún, Oyarzun, Rentería, Hernani, San Sebastián.

Del comando Nafarroa, toda Navarra a excepción del valle de Larraun.

En Álava, parece ser que, desde la caída del comando de Pana, Aristimuño Mendizábal, no se ha conseguido introducir uno nuevo.

Militancia huida

Cuando militantes de esta banda se ven obligados a huir al sur de Francia, tienen que decidir sobre alguna de estas opciones, según su trayectoria

dentro de la organización:

— Pasar a la reserva en Bélgica, a la espera de tener un hueco en un comando de acción de los que pasan al interior.

— Permanecer en el sur de Francia, Pirineos Atlánticos, colaborando con la organización en labores de infraestructura, información, prensa, comité de refugiados y recientemente en el aparato de seguridad.

— Marchar a Sudamérica, desligándose totalmente de cualquier actividad que pueda tener incidencia sobre España.

Ambiente general

Se detecta una inquietud alarmante en los huidos que permanecen en el sur de Francia y pasan al interior (España), debido:

— A la actividad antiterrorista del GAL.

— A la política de deportaciones del Gobierno francés.

— Al aumento de la efectividad en los últimos tiempos de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Previamente a los pasos de los comandos al interior suelen reunirse con Txikierdi. Se detecta un continuo interés de algunos militantes por abandonar la lucha armada, eligiendo su marcha a Sudamérica, debido a que la organización a través de reuniones de tal.d.es ha hecho saber que no permitirá que nadie absolutamente regrese como «arrepentido» a España.

Se confirma la integración de los llamados «milikis» en la estructura de ETA-m. Ha existido paso de armas y munición (parte de ella del calibre 5,56 ocupada al comando Donosti).

El liberado Zabarte ha mantenido recientemente, por indicación de la organización, un contacto con un individuo «legal» de los «milikis».

Cuando cae un comando de liberados, existe un tiempo de al menos un año en tener otra posibilidad de actuación en la zona en que cayó.

Debido a las circunstancias actuales de la organización en Francia, prefieren los «liberados» pasar a España, por donde se mueven con más libertad (poteos, cenas, etc.).

No existen problemas en cuanto a la utilización de vehículos legales facilitados por la organización (matrículas y documentación falsa, correspondiente a vehículo similar).

Al no existir coordinación entre los comandos legales e ilegales y debido a los problemas de las ekintzas de éstos se produce cierta inseguridad. Se confirman las noticias que se tenían sobre la utilización del llamado laguntzaile.

Hablando con el enemigo

En enero de este año de 1984, una noche fría y húmeda, fui a inspeccionar los servicios que se prestaban en los puentes o pasos de frontera entre Francia y España en la localidad de Irún. Me acompañaba el capitán de esta unidad y, cercana la medianoche, entramos a tomar un café en un bar que hay a escasos metros del paso de Behobia. El bar en algunas de aquellas noches heladas y lluviosas tenía el gesto de invitar a los guardias a alguna bebida caliente. Se llamaba Faisán.

Dentro apenas había gente. Nos sirvieron y, al ir a pagar, el camarero me dijo que estábamos invitados por uno de los clientes. Me volví para agradecer con la mirada el detalle y tratar de corresponder y me encontré con un hombre alto, de facciones duras y gesto agradable, algo más joven que yo. La cara mostraba varias cicatrices. Avanzó unos pasos hacia nosotros y preguntó mientras sonreía:

—¿Acepta la invitación, comandante?

Asentí mientras con la mirada trataba de averiguar quién era aquella persona. Entonces extendió la mano y se presentó:

—Juanjo Echave.

Al estrecharle la mano debió de notar algún tipo de reacción en mí porque, a renglón seguido, añadió:

—Sí, Echave Orobengoa.

En ese momento empezaron a venirme recuerdos de la vida de aquel hombre que tenía frente a mí que acababa de invitarme a café, y que un día fue el jefe de una ETA muy distinta a la de ahora, llena de capacidad letal y muy ideologizada. Eran los tiempos del Consejo de Guerra de Burgos, en las Navidades de 1970. Yo era teniente de Tráfico también en San Sebastián.

Se trataba de Juan José Echave Orobengoa, alias Aundi (el Grande) y Urrutia, y un montón más de apodos. De cuarenta y cuatro años de edad, natural de Mondragón y nacionalista hasta el tuétano. Fue obrero técnico y más tarde viajante antes de pasar a ETA como liberado cuando, en enero de 1963, escapó de la policía que fue a detenerle a su domicilio huyó a Francia a través de la muga (frontera) monte arriba. En territorio galo desempeñó varios trabajos, además de estar disponible para la organización. Hizo contrabando, transportó armas para ETA y fue, prácticamente, el refugiado más expulsado del País Vasco francés al que siempre regresaba.

En 1966, tras la debacle y desunión que produjo la V Asamblea, con sonoros abandonos, como el de Alvarez Emparanza, Txillardegui, uno de los fundadores de ETA, nos encontramos ya a Echave como miembro de la Pequeña Asamblea o Biltzar Txipia, verdadero órgano ejecutivo con el comité entre una y otra asamblea general.

En 1968, tras una intensa etapa de actividad, se produce el primer asesinato reconocido (pues hubo otro anterior, una niña de dieciocho meses, que murió en la estación de Amara al colocar El A una bomba el 28 de junio de 1960; se llamaba María Begoña Urroz Ibarrola) en la persona del guardia Pardines, y a continuación muere, en un enfrentamiento con miembros del Cuerpo, su agresor, Echevarrieta Ortiz. Vino a continuación el desmantelamiento de toda la dirección de ETA, tras un nuevo asesinato que

en venganza por la muerte de este individuo ETA perpetró en la persona del subcomisario Melitón Manzanos.

Entonces surgen tres «ETAs» :

Una residual, de Echevarrieta Ortiz.

Otra, de las «márgenes del Nervión», marxista.

Y la tercera, de Echave Orobengoa, de línea nacionalista. El grupo «mili».

En el verano de 1970, con una ETA desconcertada, sin rumbo, Echave con su grupo exige el poder. Vino la VI Asamblea que, no sólo no arregló nada, sino que empeoró la situación. Y entonces, con motivo de la celebración del Consejo de Guerra de Burgos, Echave, con su ETA Mili, da un golpe espectacular y secuestra al cónsul honorario de Alemania en San Sebastián, Eugenio Beihl. La acción fue rechazada por los procesados y por las otras facciones de ETA, de la que acabaría siendo máximo y carismático jefe uno de los hombres de Echave, Eustaquio Mendizábal, Txikia. Echave, cansado, abandonó la militancia activa. Había sufrido varios atentados en Francia, cuyas secuelas eran bastante visibles en su rostro. En uno de ellos, murió su esposa. Después vino la Amnistía. Montó un restaurante en San Juan de Luz y ahora estaba allí. Con toda seguridad sabía que yo acababa de repasar mentalmente su expediente policial.

Agradecí la invitación y quedamos en que yo le debía una. El aceptó encantado. Me dio su teléfono y me dijo que me llamaría pronto pues iba a montar otro restaurante en la parte vieja de San Sebastián. Antes se interesó por el tiempo que llevaba en Donosti, si me iba bien... Yo le contesté que todo lo bien que me dejaban sus sucesores. Rió, sin cortedad, me ofreció de nuevo aquella manzana, en la que desaparecía la mía y, con la promesa de un nuevo encuentro, salió y se perdió en la niebla de la noche.

Me pareció irreal la escena que acababa de ocurrir, pero el capitán me dijo que era muy amable con nuestros guardias y que cruzaba la frontera diariamente en uno u otro sentido.

Antes de despedirme, yo le había comentado:

—Me gustaría que algún día habláramos de aquellos tiempos.

Él, pausadamente y con gesto agradable, contestó:

—Es posible que lo hagamos.

Regresé a Ínchaurreondo ya muy tarde y olvidé el tema. Varios días después recibí una llamada telefónica. Era Juanjo. Me invitaba a una copa, que acepté. La cita era en el hotel Costa Vasca, a media tarde un día de finales de enero. Nos sentamos en un rincón de luz tenue, donde no había un arpa, sino un piano rutilante que, aunque tampoco era poeta, como la guitarra, algunas veces dejaba escapar unas notas que descansaban el alma, tan falta de reposo.

Él fue al grano. Eran los tiempos de Domingo Iturbe Abasólo, Txomin. Para mí, ETA ha tenido ocho etapas en función de cómo ha sido dirigida:

1. La de la fundación. Propagandística y con ideas políticas sin sedimentar.
2. La de Etxebarrieta Ortiz. Muy clara de ideas, de izquierda comunista. Poco activa. Muy influenciada por el jefe.
3. La de Echave, que abandona las ideas marxistas. Impone su autoridad y su nacionalismo radical. De efímera duración.
4. La de Eustaquio Mendizábal, Txikia. Da comienzo una gran actividad, empiezan los secuestros, empieza a ser fuerte, pero con gran dependencia del jefe, con lo que, cuando éste muere, casi desaparece.
5. La de Txomin, la más poderosa y carismática.
6. La de Artapalo, la más sangrienta.
7. La de Antza. De media intensidad. Frágil.
8. La actual. Decadente. Ojalá siga el ejemplo irlandés y encuentre el camino del fin, cuyo principio se le ha ofrecido.

Echave me comentó que con Txomin, no sólo mantenía relaciones de amistad desde la infancia, además de haber estado juntos en los años setenta, sino también familiares. Iturbe observaba el comportamiento del nuevo Gobierno desde que ganaron las elecciones de 1982, así como las ofertas que se hicieron públicas por boca del ministro Barrionuevo y quería saber si el Ejecutivo estaría interesado en conocer los planteamientos de la

organización, como punto de partida de algo que pudiera ser sólido, esperanzados

Me quedé un poco sorprendido. Le dije que no sólo el Gobierno, sino todos, yo incluido, sabíamos los puntos de vista de ETA, ahí estaba la Alternativa KAS sin ir más lejos. Él, con un lenguaje escueto, tan vasco, me dijo que las cosas no eran sólo blancas o negras.

—¿También la Alternativa KAS?

—También.

Le dije que lo consultaría, sin comprometerme a nada, y que ya le llamaría. Después me contó, a instancias mías, mientras apurábamos la tarde, pequeños trozos de su infancia en Mondragón, de sus montes y de sus gentes. También yo recordé mi tierra y los caminos que me habían llevado a estar sentado frente a aquel vasco que me acababa de proponer entrar en un terreno que no era el mío.

Durante los meses siguientes tuvimos varias reuniones más del mismo corte. Yo, que desde el primer momento había puesto en conocimiento del gobernador y de la Dirección General estos contactos, que me animaron a proseguirlos, enviaba las proposiciones que Juanjo me traía y le daba las respuestas que recibía de Madrid.

Sus propuestas siempre eran durísimas, aunque dejaban un cabo suelto para que no se produjera el portazo nada más comenzar. El 30 de enero envié su primera proposición que decía así:

Premisas para el diálogo

- Retirada progresiva de las Fuerzas de Seguridad en función del despliegue de la Policía Autónoma.
- Reconocimiento del Derecho de Autodeterminación (como siempre).
- Madrid debía tener presente que el electorado de HB ha asumido la Alternativa KAS. Por lo que la bajada de presión de esta propuesta ha de hacerse a medida que se alcance algún progreso.

- Madrid debe saber que el alejamiento (o captura) de Txomin, poder moderado, podría producir un cambio de consecuencias imprevisibles, dado el carácter radical de Antxon, que quedaría en una situación muy ventajosa en ETA.
- Txomin, actualmente, tiene poder para parar E1A durante un periodo de tiempo, como gesto o primer paso, que habría de ser seguido por alguna medida aceptable del Gobierno.
- El techo electoral de HB únicamente lo sabríamos si participara en todas las instituciones.
- Txomin es partidario de modificar la tendencia de la lucha armada (los asesinatos, vamos) y seleccionar los objetivos. Le gustaría que éstos se centraran en los «jefes», aunque ello conlleve gran dificultad, pero no es imposible, como puede comprobarse en Madrid.
- Deberíamos de darnos cuenta de que las detenciones de madrugada e indiscriminadas son una cantera de reclutamiento entre la juventud.

Al margen de estas conversaciones, Juanjo me daba sus puntos de vista sobre muchos temas de actualidad relacionados con el País Vasco. Un día me comentó cómo él había participado en las conversaciones o negociaciones con UCD y en las posteriores en las que intervino el periodista Portel. Le pregunté con mucho interés por que había sido asesinado y no me contestó. Pero sí me dijo que él le había gritado a la organización que con semejantes atentados acabarían con la «libertad de expresión». Algún día —me dijo— te lo diré. Quizá fuera por el fracaso de aquella negociación. Por la necesidad de dar respuesta a aquel fracaso. Quizá porque Portel, que llegó a tener gran amistad con Txomin, tuviera la llave, o supiera la forma de llegar a él. Con lo que aquél quedaba en situación de debilidad y, por tanto de peligro, no sólo él, sino la dirección de ETA.

Su dimisión como jefe del «grupo mili» de ETA V fue, según me dijo, para evitar una escisión. No aceptaba de buen grado la Constitución pues había sido «rechazada», según él, en el País Vasco, pero era muy sensible al Estatuto y al autogobierno, más que a la autodeterminación.

Para él, la solución del «conflicto» estaba en:

- Un Estatuto muy desarrollado.

- Autogobierno, con todas las competencias recogidas en aquél.
- Policía Autónoma, Ertzaintza completa, con todas las competencias.
- HB participando en todas las instituciones (ahora está ilegalizada).
- Todo ello afectaría notablemente a ETA.

Quedamos citados para el 10 de febrero y siguieron periódicamente estos encuentros, en los que, con cierto trabajo, me pareció a mí que se avanzaba. En el mes de julio me anunció que se iban a iniciar conversaciones entre ETA y el PNV, e incluso me dio los nombres de los interlocutores de este partido y el deseo de ETA de que a esos contactos asistiera HB. Me insistía mucho en que para cualquier solución había que contar con el PNV y HB.

El 31 de julio fue detenido por la policía francesa en Anglet Eugenio Echeveste, Antxon, verdadero número dos de ETA y auténtico contrapoder de Txomin. Nosotros lo considerábamos el jefe del aparato político de la banda. Y ya se sabe la falta de entendimiento que ha habido siempre entre este aparato y el militar. Días más tarde era deportado a Santo Domingo. Supuse que Txomin, al sentirse más fuerte, arriesgaría más en sus propuestas y no me equivoqué mucho.

Pasado el verano, me comunicó que por orden de la dirección él ya no seguiría con nuestros contactos «oficiales» y que sería sustituido por otra persona que tendría una cierta capacidad de decisión. Dos semanas más tarde vino acompañado del nuevo interlocutor, nos presentó y se ausentó. A partir de entonces nuestros encuentros fueron más esporádicos. Un día, pasados unos años, leí en un periódico que aquella persona que tan inopinadamente entró en mi vida había fallecido. Recuerdo, como homenaje, sus primeras palabras en nuestra primera reunión «oficial» y para que las cosas quedaran claras desde el principio:

—Si usted cree que va conseguir alguna información mía, está muy equivocado, comandante —se refería a información operativa de la banda.

El nuevo contacto era un hombre mayor que yo, pequeño, de unos 60 años, inquieto y muy despierto. Quiso saber desde un principio mi identidad y grado y, logrado esto, me dijo:

—Estupendo, nos vamos a entender muy bien, porque yo también soy comandante. Comandante de Gudarís que combatió no muy lejos de aquí, desde Aralar a Bilbao, en el año 1936. Además, fumamos el mismo tabaco (Ducados).

Se trataba de Pello Ordoki, dirigente de ANV (Acción Nacionalista Vasca, Eusko Abertzale Ekintza), histórico partido político vasco escindido del PNV en 1930. Años antes, el PNV se había dividido, por disensiones internas, en dos tendencias llamadas Aberri y Comunión Nacionalista Vasca, y en 1930 decidieron volver a unirse. Se opuso un grupo de militantes que formó ANV. Su ideario era nacionalista moderado, aconfesional, socialdemócrata y republicano. Fue el primer partido nacionalista vasco de izquierdas. Durante la guerra civil formó varios batallones de voluntarios que combatieron en el bando republicano. Sufrieron una fuerte derrota en el frente del monte Albertia. Terminada la guerra, el partido había pasado a la clandestinidad donde se radicalizó su postura de izquierda moderada y se hizo independentista. En 1977 se registró como partido político con sede en Bermeo. En las primeras elecciones democráticas obtuvo un pésimo resultado en las dos circunscripciones por las que se presentó, Vizcaya y Guipúzcoa, y en 1978 se integró en la coalición HB. De modo que mi interlocutor había sido el jefe de aquellos batallones. En verdad, si hay algo que se recuerde, y mucho más que una victoria, es una derrota.

El viejo y locuaz gudari pasó al tema que le había traído a la reunión. Era 3 de septiembre. Hasta ese momento, gracias a las anteriores conversaciones, yo tenía ya un cierto grado de entendimiento con Echave, que en realidad era mutuo. Me sorprendió comprobar que continuaba con Ordoki con toda normalidad y naturalidad, lo que quería decir que había estado al tanto de los contactos. Empezó casi desde el punto al que había llegado con Juanjo.

— Un numeroso grupo de ETA, Txomin incluido, está de acuerdo en sentarse en una mesa con una comisión representativa del Gobierno.

— Cualquier acuerdo que se alcance no tendrá validez si no se cuenta con el PNV. Esta opinión es compartida prácticamente por toda la organización y por HB.

— La marginación que en este asunto hace el Gobierno Central al PNV tiene como finalidad quitarle protagonismo que podría reflejarse en las elecciones en beneficio del PSOE.

Según Txomin, las últimas declaraciones del ministro, en las que casi no dejaba salida posible, parecían pedir que «se bajaran los pantalones»; en definitiva, pedía una rendición que un sector de ETA empezaba a oponerse a ningún tipo de conversaciones.

— ETA se sentía muy sensibilizada por los ataques al PNV y, concretamente, por las acusaciones de insolidaridad que el vicepresidente Guerra les había dirigido. Con ello, el PSOE pretendía crear una corriente antivasca en el resto del país, como ya podía comprobarse en prensa, hoteles y zonas turísticas, donde ser vasco supone recibir un trato discriminatorio.

— ETA hacía llegar estos análisis al PNV con multitud de recortes de prensa.

— Si las transferencias no estuvieran estancadas, a lo que no se encuentra justificación, y se hubieran desarrollado normalmente, ETA no tendría justificación ante el pueblo vasco en un noventa por ciento de sus actuaciones.

Por mi parte, le advertí que si se producía algún atentado los contactos podían suspenderse de manera definitiva. Lo entendió y dijo que se lo haría saber a Txomin, aunque, me advirtió, siempre le dice que «un ejército inactivo es un ejército ineficaz» y que es necesario contar con una cierta posición de fuerza porque, si no, te «toman por el piro del sereno». Ordoki señaló que sería conveniente que la primera reunión con representantes del Gobierno se produjera rápidamente y, a partir de la misma, sí sería posible el cese de la actividad armada. Sería una reunión paritaria. Entre los temas que podrían ser tratados figurarían la conveniencia o no de la asistencia del PNV, la elaboración de un calendario de sucesivos encuentros, la definición del desarrollo del Estatuto y, al mismo tiempo, el cese de la violencia.

Terminada la parte que podíamos llamar oficial, pasamos a temas particulares y de actualidad. Recuerdo mis comentarios sobre el tema de los

atentados y que aquello que prometía llegar a algún buen puerto, pues no se hablaba de independencia, ni de expulsión del Ejército ni de las Fuerzas de Seguridad, se podía romper.

Un día le hice una petición insólita. El teléfono en Francia de Aya Zulaica, Trepa., histórico de ETA, o uno al que se le pudiera mandar un mensaje. Me costó convencerle que ya sabía que estaba fuera de la organización, dedicado a la pesca industrial, pero le insistí porque era para alguien que había estado en prisión en Soria con él, en la misma celda, y quería saludarle.

Hubo algunas entrevistas más, se avanzó hasta el punto en que se propuso por parte suya una reunión en San Juan de Luz, a la que asistiría el gobernador Elgorriaga y alguien de Madrid. Sería en casa de Juanjo y la seguridad la dejaban en nuestras manos como prueba de buena fe. Por parte de ellos iría con toda seguridad Txomin.

Pero ocurrió fatalmente lo que me temía, un atentado, más de uno. Y alguien dijo en Madrid aquello de «prefiero la guerra a la alternativa KAS» y en el ministerio asintieron. El contacto se cortó de forma fulminante. Pero no hablábamos va de la Alternativa KAS. Y era el año 1984.

Después todo volvió a aquella «normalidad» del norte, de nuevo no había otra opción que continuar el proceso imparable de obtener información que permitiera localizar a los grupos de pistoleros y detenerlos, y así una y otra vez. Mientras, ellos seguían con su rutina de la muerte. En las Navidades de 1985 me vi un par de veces con Pello en terreno «neutral». Fue en Andorra y con él estaba Txomin, que arriesgaba mucho al acudir al encuentro. Estaba dolorido por la ruptura a la que no encontraba justificación. Alegué los atentados y él dijo que no había ningún compromiso, ni ningún acuerdo aún. Nosotros habíamos detenido en junio a Zabarte en España y los franceses a Antxon en julio. La cosa ya no tenía remedio. Me agradeció los meses de contactos, casi un año. Yo le contesté que haría todo lo posible para conseguir su detención. El y Pello sonrieron.

Me dijo que no olvidáramos nunca que para llegar a un acuerdo con ETA (supongo que se refería a aquella ETA tan poderosa de los años setenta y ochenta) era necesario contar con el PNV y con HB y, sobre todo, que la

banda estaba maniatada si sus decisiones no tenían el beneplácito del colectivo de presos. Si fallaba esta premisa, ni siquiera a él le obedecerían. Estos contactos, cuya ruptura lamenté, me hicieron conocer mejor al enemigo, al que no dejé de combatir.

Al despedirnos comentó:

—¿Nos volveremos a ver?

—Seguro —contesté.

Pero me equivoqué. La próxima vez que nos vimos él estaba muerto. Falleció el 1 de marzo de 1987 de forma accidental. Estaba en un campo militar de Argelia, país al que había sido trasladado para abrir unas negociaciones con el Gobierno español. Cayó del tejado de un barracón en el que colocaba una antena de televisión. Las movilizaciones comenzaron de inmediato, sobre todo en la cuenca del Alto Deva, en Mondragón y, en realidad, en toda la Comunidad. La versión oficial de su fallecimiento es que se había producido en un accidente de coche. Incluso aparecieron unas fotografías trucadas de una Belén González con una especie de escayola en un brazo como si ella hubiera ido en el mismo vehículo. Las movilizaciones se extendieron al otro lado de la muga. Txomin era, sin duda, el jefe más carismático de la historia de ETA.

El 2 de marzo, el mismo en el que el hasta ahora delegado Ramón Jáuregui era designado para ocupar el puesto de vicelehendakari, Argelia confirmaba la noticia. Mondragón quiso nombrar al dirigente fallecido hijo predilecto, pero la oposición del PNV y del PSOE lo impidió. Tras cumplimentarse los trámites pertinentes, el cadáver de Txomin llegó vía aérea a Barcelona el 7 de marzo, sábado, de donde salió con destino a su pueblo natal en una caravana, con una fuerte escolta de la Guardia Civil al mando del comandante que durante los tres últimos años había sido mi segundo jefe y ahora estaba destinado en Bilbao, Rafael Conde.

A las cuatro de la madrugada del domingo, la caravana entraba en la provincia por la carretera C-6213, procedente de Vitoria. Yo les esperaba en el alto de Arlabán con el coronel Pérez Navas. Llovía con rabia y la niebla se había apoderado de aquel puerto montañoso. Saludamos al comandante y

miembros de la escolta, a los que relevamos y seguimos por dicha carretera. Pasamos por Escoriaza y Arechavaleta hasta alcanzar la localidad de Mondragón. Justo antes de la población, un nutrido comité de recepción, con la plana mayor de HB y algunos familiares, nos esperaban en una estación de servicio situada a la derecha de la carretera, según el sentido de nuestra marcha, a la entrada de la población.

Paramos y tomó la palabra el abogado Esnaola, quien me pidió que le entregara el furgón y que ellos se ocuparían del resto. Casi era una súplica. Le dije que tenía órdenes de impedir que el cadáver fuese de pueblo en pueblo, a modo de romería. El me dio la palabra de que eso no sucedería y me rogó que no montara servicio de custodia, pues podría provocarse un efecto que no sólo no deseaba y que sería difícil de controlar. Me pareció correcto su análisis. Acepté su palabra y le entregué el furgón. Nos retiramos al acuartelamiento de Arechavaleta, desde donde seguí los acontecimientos pues esta población se encuentra a unos cinco kilómetros de Mondragón.

Cumplieron su palabra, pero la capilla ardiente se instaló en el Ayuntamiento, gobernado por HB. Varios miles de personas abarrotaron la ciudad y desfilaron delante del féretro, que fue enterrado a la hora prevista. El gobernador civil puso en conocimiento del fiscal el homenaje de la corporación municipal pero no tuvo consecuencias prácticas. Y ésa fue la última vez que vi a Txomin.

Verano de 1984

El mismo día en que se desencadenó la operación de captura de Zabarte, en una nueva actuación atribuida al GAL dos refugiados sufrieron varias heridas al hacer explosión un artefacto colocado en una motocicleta cuando pasaban junto a ella al salir de un bar en Biarritz. El petardo fue accionado a distancia. Se trataba de Tomás Pérez Revilla, alias Tomás y Hueso, que murió más tarde en un hospital de Burdeos, y Román Orbe Echevarría. Al primero se le imputaba el haber participado en el secuestro y posterior desaparición de tres jóvenes gallegos que seguramente confundieron con policías en San Juan de Luz en el año 1973. Sus familias continúan haciendo infructuosas gestiones intentado recuperar sus cuerpos.

A raíz de la muerte de los miembros de ETA en el enfrentamiento de Hernani, Arregui Perurena y Lecuona, el sábado 16 el obispo Serien hizo pública una durísima carta pastoral en la que denunciaba la falta de garantía en la defensa de los derechos humanos de los detenidos. Había un montón de testigos de los esfuerzos que hicimos para intentar que se entregaran y salvaran la vida, incluido su jefe Zabarte. Monseñor no los tuvo en cuenta ni recordó al guardia civil herido en el mismo servicio ni al guardia asesinado el día anterior.

Se decretó una huelga general que fue regularmente seguida en Hernani, Lasarte, Usúrbil y algunas otras poblaciones. Tampoco se oyó la voz del obispo cuando el día 18 el secretario del Ayuntamiento de Ispaster, Manuel Vicente González, era asesinado y el alcalde herido. Fueron numerosas las protestas que se llevaron a cabo contra la citada pastoral y una nueva homilía pronunciada por el párroco de Busturia en el funeral de uno de los muertos. El senador de AP Añón pidió al Gobierno que tomara medidas legales mientras otros políticos las calificaban de lamentables. Los obispos de Bilbao mediaron en el tema de Hernani y, en una carta pastoral, denunciaban la violencia subversiva de ETA, pero también «los medios desproporcionados para defenderse de ella».

Las autoridades francesas continuaban con las detenciones y expulsiones de miembros de ETA a terceros países de América o África, si bien la batalla por las extradiciones directas aún tardaría en ganarse. Y no fue Francia, sino Bélgica, la que concedió las dos primeras en la persona de dos miembros de ETA político-militar en julio de 1984.

Éste era el ambiente en el que se desarrollaba nuestro trabajo, lleno de incomprensión además del elevado riesgo. Y así la alcaldía de la localidad navarra de Ansoain, animaba a ETA, en un pleno, a que no sólo matara a simples guardias, sino que tenía que ir a por los gordos. Mientras, monseñor Setién, el último día de junio, y en sus primeras declaraciones tras la polémica pastoral, se ratificaba en que la actuación de la Guardia Civil en Hernani había sido reprobable.

La desarticulación del comando legal Buruntza nos había permitido incautar una serie de cartas, cinco en total, que a un miembro de este comando le dirigía Francisco Múgica, Artapalo, que ya tenía una posición importante en

el aparato militar. En ellas se le hacía saber que la organización obligaba a los militantes a firmar un documento a modo de pacto antiarrepentimiento por el que se comprometían a no abandonar nunca la banda. En caso contrario, debían atenerse a las consecuencias. El senador Azcárraga salió rápidamente a desmentir la noticia, que era confirmada por el portavoz del Gobierno, Eduardo Sotillos.

El 11 de julio estalló un artefacto en el bar Consolation de San Juan de Luz, que produjo heridas a dos personas, a la vez que se incrementaba la campaña de sabotaje contra bienes y vehículos franceses en represalia por la política de este país. Numerosos camiones y coches con esta matrícula fueron volados o incendiados. Ésta sería otra nueva preocupación a partir de ahora, pues los vehículos franceses se hacían notar por su alumbrado amarillo y no había apenas un día que no se produjera un incidente, sobre todo por la noche. El 7 de agosto se reunieron los ministros de Interior de Francia y España para tratar el asunto y tomar medidas de protección adecuadas.

Comando Aizkora

Ese mismo día, una de las patrullas de servicio preventivo que cubría una zona semirrural a las espaldas de Oyarzun, denominada Castillo del Inglés, dio el alto a un vehículo que con dos individuos circulaba por una carretera de tercer orden. Eran las 10.15 horas. No obedecieron la orden y, al intentar la fuga, hicieron uso de una pistola. Se produjo un intercambio de disparos que originó la muerte de Eduardo Irizar Imaz. El otro individuo fue detenido y, más tarde, un tercero. Formaban el comando legal armado de ETA-m Aizkora. En esta acción habían resultado heridos el cabo primero Manuel Rumbo García y el guardia Ángel Martín Rodríguez.

Fueron esclarecidas las siguientes acciones, según sus declaraciones: ocho atentados contra distintas entidades bancadas mediante la colocación de artefactos explosivos; dos, por idéntico procedimiento, contra el bar Txiki de San Sebastián y el JJ de Rentería; el asesinato del civil Lorenzo Mendizábal Ituarte, en Irún; ametrallamiento de una caseta de la Benemérita en el puerto de Pasajes; y asesinato del guardia Ángel Zapatero Antolín, en San Sebastián. Era la célula que había acabado con la vida de

nuestro último guardia y el que nos había movido a llevar a cabo la operación que propició la captura de Zabarte

Gude Pego

Desde que se incrementaron los ataques contra vehículos franceses y bienes de intereses de esta nacionalidad, el Servicio de Información en pleno, si no tenía ningún objetivo que controlar se desplegaba para proteger concesionarios de vehículos de marca francesa y otros intereses similares. Variaba de población cada día y procuraba cubrir el máximo de zonas con el mínimo de hombres. El 13 de agosto, uno de estos grupos, que vigilaba el concesionario Citroën de Lasarte, observó cómo una pareja depositaba dos bolsas de plástico y emprendía a continuación una veloz carrera. Los guardias les dieron el alto al sospechar que aquellas bolsas pudieran contener un explosivo. Eran un hombre y una mujer. Aquél, cuando iba a ser identificado, esgrimió un arma y comenzó a disparar. La agresión fue repelida en un tenso intercambio de disparos en el que unos y otros se resguardaban tras los coches estacionados en la calle. Finalmente, el sospechoso cayó herido mientras la mujer huía y desaparecía en la noche. Al acercarse, se comprobó que había fallecido. En ese momento se producía la explosión de las bolsas depositadas junto al establecimiento que no había habido tiempo de sacar de allí. Se produjeron importantes daños materiales en la estructura del edificio.

El fallecido no era otro que Pablo Gude Pego, alias el Gafas, uno de los últimos miembros importantes de los Comandos Autónomos y el asesino material del senador Enrique Casas. En el lugar de los hechos se incautaron un revólver Ruger Speed de 38 mm y una pistola Colt 45 de 45 mm. La mujer fue capturada un año más tarde en 1985, como veremos, en lo que puede considerarse el fin de los Comandos Autónomos.

Ambos servicios, éste y el del comando Aizkora, fueron dirigidos por mi compañero y magnífico amigo el comandante Alejandro Maldonado. Le felicité mientras sentía alegría y orgullo por el trabajo de aquellos hombres a los que nunca vi quejarse. La promesa que habíamos hecho a la viuda del senador estaba casi cumplida. Sólo faltaba el jefe de los Autónomos, Txipi, José Luis Salegui Elorza. Tiempo después fue detenido por los franceses y

deportado a México, donde hice gestiones para que fuera controlado por la Policía de aquel país, que visité en viaje privado. Un buen día me llamaron para decirme que había sufrido un infarto agudo de miocardio mientras hacía footing, que le había producido la muerte fulminante. Yo esperaba que las relaciones entre los dos países, España y México, llegaran a un grado que permitiera la extradición de aquél por procedimientos normales y no esta noticia que me sorprendió. En cualquier caso, consideré que la promesa se había cumplido en su totalidad.

El comandante Alejandro marchó a otro destino y fue relevado por el de igual empleo Rafael Conde Salgado, otro esforzado guerrero, que casi siempre ha servido a su país en aquellas tierras difíciles. A San Sebastián le dio tres años; luego en Bilbao, cuatro, y, más tarde, Pamplona. Mantengo de él un recuerdo muy afectuoso y le tengo gran amistad.

El grupo de Información había ultimado una investigación sobre una serie de pistas relacionadas con las acciones de sabotaje contra intereses franceses. El 5 de septiembre se procedió a la detención de cinco individuos en las localidades de Rentería y Pasajes que formaban un comando de información y otro de propaganda. Se les incautó abundante material propagandístico, así como todo lo necesario para la confección de artefactos incendiarlos, con los que prendían fuego a coches, camiones y otros bienes de procedencia francesa.

El todavía lehendakari Garaicochea, en unas declaraciones hechas a un periódico francés, que ya no sorprendían más que a los que no le conocían, manifestó que tenía la convicción de pertenecer a la misma nación que ETA y afirmó que la banda debía tener el derecho de asilo en Francia, que no debía conceder deportaciones y mucho menos extradiciones. Estas circunstancias hacían que se enconaran más los actos de sabotaje, lo que hizo que cientos de camioneros galos bloquearan, el 25 de septiembre, los pasos fronterizos de Irún para exigir garantías en su paso por el País Vasco camino del resto de España.

Comando Zuhaitza

Una pareja de Información que cubría una zona próxima a Hernani observó en un camino que conducía a la cantera Santa Bárbara de la localidad un vehículo Peugeot 404 en cuyo interior se hallaron varias placas de matrícula en blanco, una máquina troqueladora y diverso material. Dada la novedad, se averiguó en primer lugar el propietario del mismo, pues no era robado ni la matrícula estaba doblada: se trataba de un vecino de esta población. También se llegó al conocimiento de que unos días antes se había producido el robo de una máquina troqueladora y otros materiales en el concesionario de Seat de Hernani. Por todo ello, se procedió a la detención de este individuo que confesó su pertenencia a un comando legal armado de ETA llamado Zuhaitza en unión de otros tres. Cuando se intentó su arresto habían huido.

Aquel año tuvimos algunos incidentes, muy aireados por la prensa, debido a que algunos miembros del Servicio de Información, que habían sido denunciados por miembros de ETA que les acusaba de malos tratos, fueron condecorados por importantes servicios prestados con anterioridad. El acto fue presidido por el entonces presidente del Congreso de los Diputados, Peces Barba. Ello originó que en lo sucesivo no se pudiera proponer a nadie que estuviera denunciado para una condecoración hasta que el proceso no acabase y le fuese favorable. No fue una buena medida. No tenía en cuenta la presunción de inocencia y, además, era totalmente injusto exigir a aquellos hombres el mismo esfuerzo que a los demás. Con esa servidumbre, era mejor apartarlos del servicio.

El acto de la Patrona era una preciosa ceremonia, con asistencia de numerosas autoridades y toda clase de gente. El presidente del Congreso recorrió el acuartelamiento y se sorprendió de la alegría y la moral de las familias. Ínchaurreondo ya era una magnífica realidad. Entre otros objetos, regaló a la Comandancia una Constitución de respetable tamaño con la firma de todos los diputados que la votaron en el Parlamento. Por la noche, seguía la fiesta con música y baile en una carpa que, en previsión de lluvia, se montaba frente a uno de los bloques de arriba. Y después, de nuevo al trabajo.

Cassinello había ascendido a general y la prensa publicó unas palabras suyas en las que decía: «Yo entierro a mis muertos y empleo mis armas. Si a

eso se llama guerra o no, me da igual.»

ETA-m le contestaba el día 17 y se mostraba de acuerdo en que «era una guerra». La banda asesinaba, como siempre por la espalda, a un modesto policía municipal de Rentería llamado Vicente Gajate Martín cuando se dirigía a su domicilio y le acusaba de confidente policial. Como podía haber dicho que era contrabandista, qué más daba.

El 9 de noviembre, Juan Sánchez Sierro, hijo de un antiguo secretario del Juzgado de Cestona, paseaba con su perro por los alrededores de esta población cuando fue asaltado por tres miembros de ETA que le causaron la muerte en el acto. Eran las primeras horas del día. Los asesinos dejaron una trampa explosiva que se accionaba al tirar de un sedal que estaba atado a uno de los casquillos de los proyectiles que habían causado la muerte del joven. Cuando yo llegué ya había sido desactivada la trampa. Me sorprendió ver al perro, de ninguna raza concreta y de pequeño tamaño, inmóvil, sentado sobre sus cuartos traseros junto a su dueño. Me acerqué y le hice unas pequeñas caricias. Él me ignoró con un gesto de profunda tristeza. Cuando me marché, le hablé de nuevo y el perro ni me miró. Siguió allí. Lloraba en su irracionalidad lo que habían hecho unos «racionales». Seguramente, sabía que lo había perdido todo y quería morir allí mismo.

Días antes, el PSOE había dado a conocer un posible atentado contra el concejal de su partido en Zumaya José Antonio Rodríguez. Había hecho explosión una carga pequeña de goma-2 junto a su domicilio. ETA reivindicó el atentado como si hubiera sido contra la escolta y afirmaba que «no atentaría nunca contra militantes de partidos políticos». Años más tarde vimos cómo cumplía su palabra.

El 23 de noviembre, era un policía nacional el que caía bajo las balas de ETA en Irún. Se llamaba Mohamed Ahmed Abderramán. Era ceutí y musulmán, con lo que el funeral, al no encontrar ningún imán o clérigo de esta religión, se tuvo que limitar a los honores fúnebres acompañado, como siempre, del llanto de sus familiares.

Comando Pepe Barros

Hacía varias semanas que una patrulla del GAR, al realizar el reconocimiento y limpieza de itinerarios para dar seguridad a los servicios regulares, sobre todo a los de escolta de explosivos, había descubierto un buzón de los utilizados por ETA. Se encontraba en la carretera de Oyarzun a Rentería a la altura de una curva muy pronunciada y junto a una caseta pequeña, oculto en la base de un pino.

El Servicio de Información montó una vigilancia perfectamente enmascarada en el terreno a la espera de que acudiera algún miembro de ETA. Era un trabajo penoso y arriesgado. Dentro del tarro de cristal se encontraba una carta firmada por un comando denominado Pepe Barros y dirigida a la dirección en la que se hacían responsables de varias acciones terroristas a la vez que remitían diversas informaciones para posteriores acciones criminales. Tras leer la carta y fotocopiarla, y haber extraído las huellas dactilares que había en la misma, se volvió al buzón y se dejó todo como estaba. Los días 4 y 28 de noviembre fueron detectados dos individuos, uno en una motocicleta Vespa, y otro con un vehículo R-5, que manipulaban el buzón. Ante la dificultad creciente de la vigilancia (en una ocasión, el teniente que la montaba había tenido que aplastarse materialmente contra el suelo para no ser descubierto por los faros del vehículo) se procedió a la detención de los dos individuos que reconocieron su pertenencia a ETA. Se les incautaron armas y reconocieron ser los autores del asesinato del policía municipal Vicente Gajate en Rentería.

Un autobús cae al mar

El 6 de diciembre se produjo un desgraciado accidente en el autobús que cubría la línea de Zumaya-Zarauz por la carretera de la costa. Es una vía de espectaculares vistas, pero muy peligrosa, sobre todo con viento o temporal, pues va pegada al mar sobre un acantilado. Por razones que se desconocen, el conductor perdió el control y el vehículo cayó al mar. Rápidamente, fuerzas del cuerpo de Zarauz acudieron al rescate y se emplearon a fondo con grave riesgo personal dado el oleaje existente. No pudieron evitar que entre los pasajeros se produjeran nueve muertos. Su comportamiento fue muy elogiado por cuantos vieron y colaboraron en el rescate, como por los supervivientes. Al día siguiente se celebraron los funerales, al atardecer, en la iglesia de Zumaya. El coronel Mecerreyes, mi jefe inmediato, me llamó y

me hizo ver la conveniencia de que asistiera con algo de personal. Y aun sabiendo lo que podía ocurrir, con mi capitán ayudante y dos miembros más del cuerpo, acudí a las honras fúnebres. La iglesia se encontraba en el lugar más alto de esta hermosa villa pesquera, a la que accedí por una empinada y estrechísima calle, que, como la iglesia y todos los alrededores, estaba abarrotada. Nada más comenzar la misa, notamos algo extraño. De pronto, el sacerdote que oficiaba paró la ceremonia y se dirigió a aquel pequeño grupo de guardias civiles que estábamos allí para honrar a los muertos y llevar nuestro pésame a los familiares. El párroco, con torpes palabras, me rogó que, en bien de la ceremonia, y por no ser grata nuestra presencia, abandonáramos el templo a la vez que me pedía disculpas. Sentí dolor y una gran tristeza, agaché la cabeza para santiguarme y, seguido de mis hombres y, en medio de un silencio agobiante, me retiré de la parroquia. Bajamos por aquella larga calle mientras miles de personas nos miraban con indiferencia.

A la salida del pueblo, entré en el batzoki, tal y como me habían rogado los del PNV, que me esperaban dentro con su máximo jefe a la cabeza, para agradecernos el rescate que habían hecho nuestros hombres el día anterior y disculparse por lo ocurrido hacía unos minutos. Cuando regresé a Ínchaurrondo, llamé a mi coronel para comentarle lo ocurrido, y también al gobernador civil. El coronel Mecerreyes, hombre de profundas creencias religiosas, sintió hondamente lo sucedido.

El año terminó también tristemente con el asesinato en Azkoitia, cuando salía de un bar, de José Larrañaga Arenas. Había sido jefe local del Movimiento en aquel pueblo que había abandonado para evitar atentados. En fiestas muy señaladas, venía a pasar unas horas con la familia y amigos. Como aquel 31 de diciembre, pero los pistoleros, que no olvidaban, seguían allí, como el dinosaurio, y lo mataron.

CAPÍTULO 6

1985. Secuestro de Ángel Urteaga

El año comenzó con el secuestro, el 17 de enero, del industrial Ángel Urteaga, gerente y propietario de una empresa de aceros, situada en las proximidades de Tolosa, cuando almorzaba con un grupo de amigos y familiares en una sociedad gastronómica de la pequeña localidad de Asteasu. El secuestro no fue de larga duración, pero hicimos un intenso esfuerzo, no sólo para conseguir su liberación sino para impedir el pago del rescate y, aunque se detectaron contactos en España y en Francia, nos fue imposible lograr ni lo uno ni lo otro. Parece ser que el rescate ascendió a una suma superior a los 220 millones de pesetas. Tanto en la rueda de prensa que dio como en sus conversaciones conmigo en el Gobierno Civil, se portó como el más vivo ejemplo de «síndrome de Estocolmo». Afirmaba que no sólo no había tenido miedo, sino que sus secuestradores se habían portado maravillosamente con él. E iba mucho más allá y comentaba que o nos sentábamos a una mesa a negociar con ETA o la cosa iría para largo.

Asesinato del superintendente de la Ertzaintza

Conocí al comandante Carlos Díaz Arcocha, superintendente de la Ertzaintza, con quien hice amistad. Charlábamos no con la frecuencia que nos hubiera gustado. Sabedor de que su petición de pase a la Policía Autónoma no había caído bien entre sus compañeros del regimiento, le preguntaba cuáles habían sido sus razones dado que conocía de sobra cómo estaba la situación. Desde el punto de vista técnico y profesional, su designación era de libro pues se trataba de un militar que había prestado servicio en las unidades más operativas del Ejército y en otras de Inteligencia. Los nombramientos habían sido hechos personalmente por el lehendakari y la hoja de servicio de Arcocha era impecable.

Una de aquellas tardes de 1981, próxima ya su marcha, me confesaba que él era vasco y amaba su tierra como amaba España. Creía que en esa nueva misión podría ayudar a resolver aquel problema. Y estaba lleno de ilusión, a pesar de las incomprendiones de unos y otros. Era sincero y, desde luego, le creí. Después nos vimos muy poco, en el funeral de algún asesinado por ETA, él ya con su vistoso uniforme de casaca roja.

El 7 de marzo, ETA, contra todo pronóstico, acabó con su vida. Nadie pensó nunca que el atentado pudiera llevarse a cabo. Tras repostar su vehículo en una gasolinera de Álava hizo explosión un artefacto que le ocasionó la muerte. Hubo una cierta conmoción en la clase política vasca y hasta confusión. Pero era un momento delicado en el nacimiento de la Policía Autónoma y el PNV salió al paso diciendo que no lo consideraba ni un ataque a la Ertzaintza ni al PNV. Redujo la acción criminal al ámbito castrense. En esa línea se consideraba de lo más natural que otro artefacto de similares características hiciera explosión el día 17 en la Yeguada Militar de Lore Toki, de San Sebastián, que sólo causó daños de escasa consideración.

El 30 era asesinado en San Juan de Luz el consejero delegado de Egin en el País Vasco francés, Javier Galdeano Arana. Se produjeron reacciones de muy alta intensidad ya que se daba a entender que se trataba de una personalidad importante del mundo abertzale. Incluso hubo un fortísimo incidente judicial protagonizado por el juez de San Sebastián Joaquín Delgado, que había sido senador del PSOE y también diputado, que quiso implicar al ministro en una nota en la que se vertía alguna información errónea acerca del fallecido. Las movilizaciones, cortes e intervenciones policiales, duraron bastantes días.

En abril, en uno de sus actos de sabotaje, ETA originaba daños muy elevados en la factoría de Koipe, S. A., de Martutene, y emitía un comunicado en el que anunciaba su intención de llevar a cabo una campaña de atentados en el litoral mediterráneo, lo que produjo gran alarma en los sectores turísticos. Desgraciadamente, aquella campaña coyuntural acabó en permanente. Y de nuevo corría la sangre cuando era abatido a tiros el policía nacional Máximo Antonio García Fraile al regresar a su domicilio en San Sebastián. Y, semanas después, a los agentes del mismo cuerpo

Francisco Rivas López y Máximo Díaz Valderas en un atentado perpetrado en el monte Ulía de la capital donostiarra.

El general Cassinello me comunicó que se iba a nombrar al teniente coronel Santos Ripa Fernández para el mando de la Comandancia. Me alegré y así se lo hice saber. Llevaba año y medio al mando de la unidad con carácter accidental y me encontraba muy cansado. Había ocasiones en las que, entre los problemas de la unidad, algunos ratinarlos, otros no, y los de Información y desarrollo de las operaciones, me faltaba materialmente tiempo. Con el nuevo jefe, pensé, podría dedicarme sólo al cometido de Información con lo que sería más llevadero el trabajo, nunca agradable por otra parte.

Felicitación

También recibí una felicitación de la Dirección General, que entendí resumía y premiaba un poco la labor de todos nosotros, aunque estuviese personalizada en mí, por el trabajo realizado durante aquel tiempo. Tenía fecha de 14 de mayo y decía:

«El comandante Enrique Rodríguez Galindo ha desempeñado el mando de la 513 Comandancia (Guipúzcoa), en plaza de superior categoría, durante cerca de año y medio, a plena satisfacción de sus mandos, destacando por su valor y entrega al servicio, dirigiendo y llevando a cabo acciones de gran trascendencia contra la banda armada ETA, siendo ejemplo a seguir por sus subordinados y un eficaz y abnegado cumplidor de las órdenes superiores.»

Luego seguía con la orden de que tal felicitación fuera anotada en mi hoja de servicios. Pero para mí era un orgullo considerarla como el reconocimiento del valor, abnegación y sacrificio de los hombres que conmigo trabajaban, vivían y sufrían.

Mantenia o procuraba mantener uno o dos contactos con Arantxa, y los mismos con Patxi y otro antiguo «poli-mili», que, retirado de toda actividad terrorista, mantenía los ojos bien abiertos. La bonanza política nos permitió empezar a mantener relaciones con los policías franceses y con la Gendarmería. La entonces llamada Policía de Aire y Fronteras (PAF)

encontró en nosotros un filón inagotable de información y lo mismo la Policía Judicial (PJ). Más del noventa por ciento de las detenciones y posterior deportación de miembros de ETA tenían su origen en los datos que les aportábamos. Esas relaciones, tímidas al principio, adquirieron cada vez más solidez.

Se celebraba, cada mes, una reunión de coordinación entre Guardia Civil y policía del País Vasco y Navarra, que solía presidir el secretario de Estado Rafael Vera, con asistencia de los gobernadores civiles. En esas sesiones, cada cuerpo medía mucho sus palabras, de forma que, sin mentir, no dijera más de lo necesario de las operaciones que traía entre manos. Servían para que nadie se durmiese en los laureles y se exponían todos los problemas que lastraban el trabajo. Tengo que reconocer que la mayoría se resolvían. También eran minuciosas y detallistas las que con los jefes de la Guardia Civil y con semejante periodicidad celebraba el general Cassínello, a quien exponíamos, uno por uno, cuanto contenía nuestro calcetín, del derecho y del revés. Cosa que igualmente llevábamos a cabo nosotros diariamente en nuestras unidades.

Comando Axio Zorrotza

El Servicio de Información tenía ultimada una operación, que se desarrolló el 21 de junio en las localidades de Ataun y Beasain. Unos meses antes, se había producido una explosión en un vagón de un tren cargado de vehículos Renault en la localidad guipuzcoana de Beasain. Se realizó una minuciosa inspección ocular que permitió el hallazgo de numerosos trozos del papel que había envuelto el artefacto. En uno de esos trozos figuraban varios números de teléfono. Uno era el de la madre del miembro huido de ETA, Francisco Javier Yoldi Mágica.

Se montó un dispositivo de vigilancia y control que permitió comprobar las actividades y contactos de un grupo de individuos entre los que se encontraba el hermano del etarra huido a Francia. Adquiridos los datos necesarios, se procedió a la detención de todos los objetivos, de los cuales, dos formaban parte de un comando de información y apoyo y otros tres constituían el comando legal armado de ETA-m llamado Axio Zorrotza.

En la intervención para desbaratar este último, cuando se procedía a la detención de Juan Carlos Yoldi Mágica, hermano de Francisco Javier, la madre asediaba al entonces teniente Gonzalo Pérez, mi inolvidable amigo muerto en combate en Iraq, con un sinfín de improperios entre los que no faltaba los de que nunca se olvidaría de él, dada su estatura, y otros de más gravedad. Gonzalo me miraba y con infinita paciencia seguía su cometido, hasta que llegó un momento en que tuve que decirle a la señora que, de seguir así, la detendría. Intervinieron otros hijos y ya se mantuvo en silencio. Aunque en un momento cogió el retrato del huido y me gritó: ¡a éste no puedes detenerlo! No le contesté, pero no mucho tiempo después, fue detenido por los franceses y, en vez de deportarlo, nos fue entregado en la frontera. Realmente la vida te da sorpresas.

Juan Carlos Yoldi produjo un curioso episodio tiempo después. Con motivo de unas elecciones autonómicas, HB, a pesar de estar en prisión, le presentó como cabeza de lista, por lo que la Guardia Civil le condujo a las sesiones de investiduras desde su prisión. En el Parlamento vasco se hizo cargo de él la Policía Autónoma. Llegado su turno, ocupó la tribuna y, tras decir su nombre, protestó porque «él, presunto lehendakari, había sido trasladado de forma indecorosa en un furgón celular de la Guardia Civil». Desde entonces fue para nosotros el «presunto lehendakari».

Equipo jurídico de defensa

Las detenciones producían una multitud de denuncias de malos tratos que empezaban a pasar factura, pues de ellas se derivaban numerosas citaciones que, a veces, se transformaban en ruedas de reconocimiento, no sólo en Guipúzcoa, no sólo en la Guardia Civil, sino también en las otras provincias vascas y en Navarra y en todos los cuerpos policiales. Los guardias y policías empezaban a verse indefensos. Madrid había afrontado el problema con parches y echaba mano de algún abogado de la zona que quisiera defendernos, lo que supuso un fracaso estrepitoso. Sólo encontramos a uno que se arriesgara a representarnos y que, pese a su buena voluntad, era arrollado por los letrados de HB. En otras ocasiones, enviaba a un abogado desde la capital que lo primero que pedía era una escolta desde Burgos en adelante y, lo segundo, era mirar el reloj para abandonar el País Vasco lo más rápido posible.

Empezaban a haber procesamientos, y, aunque a lo largo de estos 16 años sólo se produjeron cuatro condenas de penas leves, llegó un momento en que cada detención era un problema grave para la estabilidad y seguridad de los hombres que componían el Servicio de Información.

No había excepción. Todos los detenidos, tras ser llevados a Madrid, y puestos a disposición de la Audiencia Nacional, donde no denunciaban haber sufrido malos tratos, sí eran puestos en libertad a propuesta nuestra al no encontrar suficientes pruebas, o por decisión de los jueces, acudían de inmediato a la Audiencia Provincial donde, con el magnífico equipo de abogados de la coalición abertzale, presentaban las denuncias una y otra vez.

Fue en ese año cuando el Ministerio de Interior contrató los servicios del abogado Jorge Argote Alarcón que, de inmediato, se trasladó al País Vasco para conocer los problemas de unos y otros y también a la gente. No perdió el tiempo. Tras aceptar el reto, se puso a trabajar: creó en cada provincia un pequeño equipo de dos abogados, que se integraron perfectamente en el quehacer de cada uno de los Cuerpos de Seguridad. Asesoraban desde que se iniciaba una operación hasta que se terminaba. Pronto se notaron los resultados. Aquellos letrados fueron no sólo abogados, sino algo más, mucho más, para unos hombres faltos de afecto, que en un medio tan hostil llevaban a cabo el esfuerzo más difícil, la tarea más amarga, para el problema más formidable que España y los españoles tenían.

Nadie sabe cuántos servicios, cuántas operaciones antiterroristas se culminaron con éxito gracias a Jorge Argote y a sus hombres, pero fueron muchas. Esto es algo que nadie nunca le reconocerá, por eso quiero que quede este testimonio mío como homenaje a su trabajo y al de su gente. Sin duda fue uno de los grandes aciertos del Gobierno socialista, que, en la última etapa, prescindió de él de manera poco elegante.

Desde el principio sentí un fuerte afecto por Argote y por su familia. Recuerdo una mañana de verano en el Gobierno Civil, en aquel edificio situado en el corazón del barrio de Amara, relativamente alejado del mar. Jorge había venido con su mujer Gloria y sus tres hijos, uno de ellos ciego de nacimiento. Tras las presentaciones, éste me tomó la mano y me dijo que le llevara a la ventana, pues quería ver el mar. Desconcertado, le conduje

hasta ella y la abrí. Nos encontrábamos en un tercer piso. El muchacho, se quedó quieto y vi que su rostro poco a poco se relajaba con aquella brisa, tibia y húmeda. Entonces supe que había visto el mar, el Cantábrico, de manera distinta a como yo lo veía, pero con no menos hermosura.

Jorge y su equipo jurídico fueron el asesor para la práctica de todas las diligencias que las distintas operaciones policiales requerían; el abogado defensor en cuantas comparecencias llevaba a cabo cada uno de los guardias o policías imputados por asuntos del servicio; el defensor en los juicios que tuvieran lugar; el amigo, pero el auténtico amigo, para cualquier necesidad que alguien pudiera tener. Mucho lo quisieron aquellos hombres, entre los que yo era uno más. Y mucho, bien lo sé, a pesar de los años transcurridos, se le echó de menos cuando los avatares de la política acabaron con su inapreciable labor y la de aquellos jóvenes abogados, Miguel Ángel Piñeiro, Iñaki González, Humberto de la Torre; para los que, en un tiempo, Ínchaurrondo también fue su casa.

En julio sufrimos un nuevo golpe de ETA. Los guardias Antonio Jesús Trujillo Camino y Juan Merino Antúnez fueron asesinados mientras prestaban servicio en la Delegación de Hacienda de San Sebastián. Hasta que los cadáveres fueron levantados por orden del juez, aquellos cuerpos fríos, pálidos, rígidos, parecían mostrar incredulidad. Parecía que quisieran preguntar; ¿por qué? Pero no podía haber tiempo para la inactividad. Los grupos operativos del Servicio de Información continuaban su tarea y ese mismo día se llevaron a cabo actuaciones que permitieron desbaratar dos comandos legales de información, uno que había tenido contactos y ramificaciones en la provincia de Álava, y otro que recababa datos de personas civiles, militares y policiales, así como de vehículos, y la pasaba a la dirección de la organización en Francia. Los civiles, normalmente para exigirles el impuesto revolucionario y los restantes, como objetivos de futuros atentados. Esta célula realizaba su macabro cometido en Irán.

Al día siguiente tuvieron lugar los funerales por los guardias Trujillo y Merino, a los que, como siempre, asistió Barrionuevo. Las escenas de dolor de los familiares era algo tan angustioso que cuesta trabajo hasta narrarlas y, desde luego, nunca puede uno acostumbrarse a ellas. Cuando el muerto no es uno, son dos o más, parece que lo imposible se hace realidad y es que

aquel dolor tan sentido por todos se multiplique con las dos familias, rotas por el trance.

Rescate de Ángel Carasusan

Desde el día anterior, 9 de julio, faltaba de su domicilio en Azpeitia el industrial Ángel Carasusan. Había salido a dar un paseo, cosa que solía llevar a cabo con cierta regularidad, y no había vuelto a su casa. La familia, tras denunciar su ausencia, había llevado a cabo diversas gestiones con personas conocidas y lugares que solía frecuentar, pero nadie había aportado ninguna razón sobre su paradero. Sin pérdida de tiempo se pusieron en alerta todos los servicios, sin saber muy bien de qué se trataba, hasta que, dos días más tarde, se produjo una llamada telefónica a una emisora de radio de San Sebastián en la que, en nombre de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, se reivindicaba el secuestro de esta persona, «enemigo del pueblo trabajador vasco» y otras historias de semejante corte. Nos llevamos una gran sorpresa, pues dábamos prácticamente por inactiva a esta banda. Nos habíamos equivocado, pero el trabajo empezó sin pérdida de tiempo. Se inició una actividad frenética que duró apenas cinco días.

FJ gobernador se marchaba acompañando a Bárbara Durkop, la viuda del senador Casas, y sus hijos, a su país de origen, Suecia, donde la esperaba la familia tras el terrible suceso del asesinato de su marido. Sin duda, ella necesitaba este encuentro para hallar un poco de alivio y de paz.

Julen me pidió que le tuviese informado, y yo le prometí que lo estaría. Me dejó un teléfono con un montón de números, que correspondía al del domicilio en Suecia de Bárbara. Me deseó suerte al despedirnos y yo sabía que no se iba muy tranquilo. A mí tampoco me agradaba su ausencia en unos momentos en los que la acción se presentaba como muy probable.

Asumió el cargo de gobernador accidental el delegado de Trabajo, a quien yo conocía y al que brevemente puso en conocimiento de la situación. También mi nuevo jefe, el teniente coronel Ripa, se había incorporado, con lo que ya podía dedicarme al cien por cien al problema que el Grupo de Información acababa de enfrentar.

En la mañana del día 11 puse a trabajar a todas las fuentes informativas que poseíamos y así, a las pocas horas, y tras algunas gestiones con la policía francesa, empecé a recibir datos que me confirmaron no sólo la autoría de los CC. AA. sino que por parte de ETA-m no había habido la menor participación.

Como dato anecdótico que recoge la reacción social de la época, una manifestación que, en protesta por el secuestro de este empresario había sido convocada por familiares y amigos, no pudo celebrarse por inasistencia de gente.

A media tarde de ese mismo día me cité con Patxi. Disentimos, como en el tema de Bereciartúa, pero le hice ver el peligro que suponía que esta banda pudiera levantar de nuevo el vuelo tras tenerla prácticamente vencida. Un secuestro podía proporcionarle un oxígeno vital, que nos llevaría a situaciones peligrosas ya superadas. De la cita, salió con destino a Francia. Y yo, con la esperanza de que encontrase un hilo que fuera de alguna utilidad, pero también con la preocupación de que hasta que el no llamara, no podíamos volver a contactar, regresé al acuartelamiento para ver cómo seguía la investigación de los flecos de otras operaciones llevadas a cabo contra los autónomos.

A las dos de la madrugada, cuando apenas había empezado a conciliar el sueño, el teléfono de nuevo me llevó a la realidad. Era Patxi, teníamos que vernos de inmediato. No le pregunté si era muy importante el asunto, ni nada más, pues ya le conocía. Media hora más tarde, nos encontrábamos en una espaciosa área de servicio de la autopista Bilbao-Behobia situada en Arriceta, a medio camino entre San Sebastián y Zarauz.

Subió a mi coche mientras el conductor nos prestaba una pequeña protección a distancia. A aquellas horas del mes de julio había numerosos vehículos estacionados en el área, donde ya estaban cerrados los servicios. La temperatura era agradable y el silencio total.

Sin más preámbulos, Patxi me informó que, en la tarde del día siguiente, 12, y en el bar Barandiarán, en pleno Boulevar, un francés se entrevistaría con un miembro del comando secuestrador. El objeto era recoger material, posiblemente alguna carta manuscrita u otro detalle, como una fotografía,

que sirviera como prueba de vida ante los familiares para iniciar las negociaciones y hacerles saber el importe del rescate que se les exigía para la liberación. Él conocía al francés, pero no al miembro del comando.

Al día siguiente, a la hora convenida, en una mesa del interior de la cafetería, nos encontrábamos los dos tomando café. Él debidamente caracterizado. Yo creía que no podría ser reconocido por nadie, pues se le cambió el color del cabello y cejas, con gafas de varias dioptrías y con un pelo más bien largo, muy de la época. En la terraza exterior, tomaban unos refrescos tres jóvenes que eran del Servicio de Información. Había otro grupo que paseaba a pocos metros, por el Boulevar, y todos con los nervios tensos a la espera de una señal mía.

A las 18.15 Patxi me indicó con un codazo que nuestro hombre acababa de entrar. El francés era de mediana estatura, más bien bajo, de unos cuarenta años, con vestimenta de verano, pantalón corto y con una pequeña bolsa de mano, de tipo mariconera. Llevaba una camisa estridente. Ni por un momento dirigió la mirada hacia nuestro rincón.

Encendí un cigarro y me cercioré de que el grupo que dirigía uno de mis mejores cabos, Iñaki, se había dado cuenta. A partir de ese momento la responsabilidad era por entero de ellos. Y de los tres que paseaban a escasos metros y que también recibieron de los primeros la señal de alerta. Cada grupo tenía una misión muy distinta, ambas muy difíciles y con distinto grado de prioridad.

A los diez minutos entró una mujer en la cafetería que llevaba una revista Interviú doblada bajo el brazo. De unos treinta años, vestía pantalones vaqueros y un pañuelo negro anudado con poca gracia en el pelo. Se acercó a la barra y llamó al camarero. El francés que se hallaba a escasos metros se dirigió hacia ella, se saludaron efusivamente y se sentaron a una mesa que acababa de quedar vacía. Hablaban muy relajados, aunque no pude apreciar que se intercambiaran ningún objeto.

Quince minutos más tarde abandonaban el bar, en cuya puerta se despidieron. Sin ninguna prisa, él tomó dirección hacia el barrio de Gros, mientras ella se encaminaba hacia el pequeño puerto pesquero de San Sebastián. Pasó indiferente frente al centinela del Gobierno Militar, llegó a

las proximidades del Club Náutico y allí, apoyada en la barandilla del paseo de la Concha, fumó varios cigarrillos. No parecía tener ganas de marcharse. Finalmente, desanduvo el camino y tomó un autobús en una parada no muy lejana de la cafetería en que había tenido la cita. Le condujo a Lezo en cuya estación descendió y se dirigió a pie a un edificio de ocho alturas, donde entró, desapareciendo así de la vista del equipo, que la había seguido hasta allí, sin perderse ni uno solo de sus segundos desde que la tomó por objetivo.

El edificio era el número 6 de la calle Gorbea, del Grupo Ijurko. El piso y la letra teníamos que averiguarlo por otros medios, pero todo ello a la mayor velocidad. El otro equipo se encargó del seguimiento del francés y su misión estaba subordinada a que no se diera cuenta de que era vigilado. Era preferible perderle a que esto ocurriera. Y, en efecto, esto fue lo que sucedió. Demostró unas maneras de perro viejo excelentes, llevó a cabo contramarchas sucesivas y despistó a sus seguidores en la parte vieja, a la que regresó de nuevo. Esta zona, tan típica, tan agradable y tan atrayente de San Sebastián, con sus bares y tascas, pero que también puede convertirse en una trampa sin salida.

A las 21 horas nos encontramos en el acuartelamiento con excepción de un hombre al que se le mandó apoyo que había quedado en Lezo para vigilar el edificio por si la desconocida volvía a salir. Tras analizar todos los detalles que habían ocurrido en la cita, uno de los hombres afirmó con toda seguridad que la mujer era la acompañante de Gude Pego el día del tiroteo de Lasarte. Se le habían tomado algunas fotografías, no muy buenas, que todos observábamos. Podría ser, ya que se había dado a la fuga. Pero no sabíamos su nombre, ni el piso exacto de aquel gran edificio, que ahora vigilábamos casi con el cuidado que se le tiene a un bebé.

Había que averiguar ambas cosas y sólo había una manera de llevarlo a cabo. Mi jefe comunicó al Gobierno Civil y a Madrid los pormenores anteriores, así como mi convicción de que era posible resolver el secuestro. Para ello necesitaba consultar el fichero del DNI que custodiaba la policía y solicitaba urgente autorización para llevar a cabo dicha consulta. Se autorizó por la misma vía que se había solicitado y así, a las 12 de la noche, varios de mis hombres, con la ayuda de un inspector del Cuerpo Superior de

Policía, consultaban una a una las fichas de todas las personas que vivían en el edificio de Lezo. Identificada la etarra

Hasta que apareció la de la etarra. Era una foto de pésima calidad, como la mayoría de las del DNI, pero era ella y era reciente. Se llamaba María Victoria Arrizubieta Oscoz. Ya la teníamos y también el piso exacto de aquella mole, cuya vista me llenaba de preocupación, el 2.º C. Sacamos varias fotocopias, agradecimos la ayuda del inspector y de nuevo al cuartel, donde se esperaba con impaciencia el resultado de la búsqueda. Con la ficha en las manos comprobé que aquella cara desvaída era la de la mujer de la cafetería, la que, tras la cita, fumaba y fumaba mirando al mar, como si no quisiera volver a casa.

Desperté al teniente coronel, a quien puse en antecedentes. Teníamos a un miembro del comando identificado y teníamos su dirección exacta. En ella, probablemente, se encontraría el secuestrado. Por ello le dije que necesitábamos, también con urgencia, a la Unidad Especial de Intervención. Madrid se puso las pilas. A media mañana, los hombres de la UEI estaban en Inchaurrondo. El capitán Vaquero, mi jefe del Servicio de Información, les informaba de lo que sabíamos y, sin pérdida de tiempo, echaron un vistazo al edificio, cuya vigilancia había sido incrementada con la máxima discreción y sigilo, para lo que a veces había que hacer verdaderos prodigios.

Es Lezo un pequeño y hermoso pueblo situado casi al final del entrante natural que forma el puerto de Pasajes. Se encontraba antes de otra pequeña localidad, Pasajes de San Juan, y con una única entrada y salida de ambas poblaciones, visitadas con frecuencia no sólo por su tipismo sino por ser camino de paso obligado para llegar a la otra.

A partir de que Madrid tuvo noticias de este estado de cosas, se prodigaban las llamadas telefónicas no sólo de la Dirección General sino también del ministerio, preocupados ante la posibilidad de que por un fallo involuntario todo pudiera estropearse. Ansiosos y ávidos de que se interviniese lo antes posible. Yo procuraba serenar los ánimos de todos. Entendía temores e impacencias, pero les hacía ver que se había cornado todas las medidas y todas las precauciones por lo que podían estar tranquilos. Por otra parte, no se llevaría a cabo la intervención hasta que el jefe de la UEI no me

comunicara que estaba listo y preparado. A pesar de todo, aquel mismo día por la noche, se incorporó al Gobierno Civil de San Sebastián, para apoyar al gobernador accidental, el director general de Política Interior, Rafael de Francisco, enviado personalmente por Barrionuevo, que pensaba que así estaría más informado y podría seguir mejor los acontecimientos.

En la tarde del 13, el capitán de la UEI me hacía saber que necesitaba echar un vistazo a la puerta del piso donde vivía el objetivo. La razón era que, en función de cómo fuese la puerta, tendría que emplear un procedimiento u otro para franquearla. También me propuso un plan para llevarlo a cabo. Durante el resto del día y el siguiente, los mecánicos de la Comandancia pintaron la ambulancia oficial de tal manera que cuando terminaron nadie la podía distinguir de una de las de la Seguridad Social. A pesar de que en el corazón seguía llevando el verde que, después de cumplir su misión, recuperaría.

A primeras horas de la mañana del 14, dos enfermeros bajaban de una ambulancia estacionada frente al portal del edificio de Lezo. Habían sido alertados para prestar auxilio ante una urgencia sanitaria a una anciana que vivía en el último piso, de modo que accedieron al mismo a través de las escaleras pues la camilla no cabía en el ascensor. En el trayecto pudieron comprobar la consistencia y el tipo de puerta del piso objetivo. Los enfermeros no eran otros que dos expertos de la UEI. Las batas blancas las había proporcionado nuestro botiquín, como la camilla. Al final, tuvieron que ir a otro edificio pues «había habido un error». Y no se produjeron más percances. La vigilancia estática había detectado que durante la noche sólo se producía la llegada del camión de la basura, hecho que ocurría a las 2.30 horas. Teníamos cubiertas todas las necesidades de información, incluso el momento idóneo. Había llegado la hora de actuar

El resto del día, se dedicó a repasar hasta el último detalle. Se asignaron cometidos en previsión de cualquier eventualidad: que el secuestrado se encontrase allí o no, que hubiera necesidad de practicar más detenciones, como así sucedió, o practicar nuevos registros, etc., todo ello bajo la dirección y control del capitán Vaquero. Mientras, la UEI practicaba una y otra vez la entrada y resto de actuaciones para anular al comando en un

perímetro dibujado en el suelo de la galería de tiro y que representaba a tamaño real el plano del piso en que se iba a intervenir. Se había conseguido, en una exhaustiva gestión llevada a cabo en el Registro de la Propiedad y en la delegación provincial de la Vivienda. El día acababa y todos los mecanismos tenían que funcionar perfectamente engrasados.

El piso no era muy grande, unos 75 u 80 metros cuadrados, y disponía de cuatro estancias, un comedor y tres dormitorios, más una cocina y un cuarto de baño. La población de Lezo se encontraba a unos escasos 10 kilómetros de nuestro acuartelamiento.

A las 2.10 de la madrugada del 15 empezó la acción. Una caravana de vehículos se puso en marcha. La componían tres escalones con distintas misiones, uno con fuerzas del GAR que rodearía la casa y cubrirían todas las posibles vías de escape, a la vez que proporcionaba seguridad a los otros dos; la unidad UEI, cuya misión era la entrada en la vivienda, liberación de Carasusan de encontrarse en la misma y la anulación del comando secuestrador; y el tercero, del Servicio de Información, cuyo cometido era hacerse cargo de los miembros del comando y secuestrado, explotar el éxito de la operación y practicar todas las diligencias posteriores y judiciales que el caso requiriese.

Se montó un control en la vía de entrada y salida con la misión, si era necesario, que no lo fue, de retrasar unos minutos el acceso del camión de la basura. Llegaba a las 2.30 y llevaba a cabo su tarea en una pequeña plaza situada frente al domicilio en que se iba a intervenir, con los típicos ruidos de este servicio de recogida y limpieza.

A esa hora, un camión de medio tonelaje, el de la Comandancia, con la UEI a bordo, paraba junto al portal de la casa. En pocos segundos, descendieron del vehículo, tomaron las medidas oportunas para que ningún ruido se filtrase a las viviendas por el portero automático y, a través de la escalera, accedieron a la segunda planta. Tomaron posiciones frente a la puerta, 'lodo parecía haber ocurrido en un suspiro. El silencio era total. Parecía que el tiempo se había detenido.

Los hombres que iban a intervenir tensaron sus músculos, tomaron aire y esperaron la orden. A una señal del jefe, la puerta fue derribada

limpiamente con un certero golpe, dado con gran precisión e intensidad exacta, practicado mil veces. Uno tras otro fueron entrando los hombres, con una vestimenta que les hacía parecer de otro mundo y entonces nos llevamos la primera sorpresa. Frente a la puerta de entrada y en la habitación que constituía el comedor-salón, un pequeño perro miraba, entre asustado y atónito aquella visión de un hombre, con un formidable equipo de combate, casco y luz en el mismo, que en una fracción de segundo le enfocó a la vez que le apuntaba con su arma, un subfusil de gran precisión. El perro no ladró, lo que hubiera supuesto un peligro extra no previsto, y en una reacción casi humana, si es que el pánico es humano, giró sobre sí mismo, tomó carrera, en sentido opuesto a donde se encontraba el guardia, saltó y salvó el obstáculo de la barandilla del balcón del salón, sin proferir ni el más mínimo ruido y cayó a la calle.

Los guardias se olvidaron del animal y, siete segundos más tarde, me anunciaron que el piso estaba libre para entrar, limpio de peligro. En ese tiempo fueron anulados y esposados los tres miembros del comando, un matrimonio que dormía en uno de los dormitorios, y un tercero que lo hacía en la puerta de la habitación en la que se encontraba Carasusan.

Entré en la vivienda y observé a los detenidos. Se encontraban en distintas habitaciones a la espera de que, tras el registro y levantamiento del acta correspondiente, fuesen trasladados a las dependencias del acuartelamiento para el resto de diligencias. Allí teníamos a la mujer del bar Barandiarán, en el Bulevar donostiarra, que tal y como habían indicado algunos hombres del Servicio de Información era la mujer de Lasarte. La que acompañaba a Gude Pego. La miré y me pregunté en lo que pensaría, allí, en aquel momento, completamente vencida, desvalida, sin su arma, sin sus compañeros de comando, sin el anonimato que le permitía disparar a la nuca de otro ser humano. Me hubiera gustado decirle un par de cosas, pero no lo hice.

A menos de dos metros estaba la habitación donde había permanecido los últimos seis días Ángel Carasusan. Los nervios se le escapaban por cada milímetro de su piel. Abrazaba y besaba a todos los hombres que habían tomado posiciones en el interior de la vivienda. Traté de calmarle y me identifiqué. Recibí un abrazo y un beso muy efusivo y le dije:

—Es usted libre, señor Carasusan. Este hombre es el capitán Vaquero, de la Guardia Civil, y le va a llevar a Ínchaurrondo. Luego, tras avisar a sus familiares, le acompañaremos a casa. ¿Necesita algo de aquí?

Carasusan pidió orinar antes de emprender la marcha, debía ser la impresión de los acontecimientos que acababan de suceder. Le dije que pasara al cuarto de baño y él se negó, sólo accedió a realizarlo en una lata de unos cinco litros que para tal efecto tenía en su habitación. Esta fue la segunda sorpresa. Ello da idea de cómo en tan pocos días cala la terrible y despiadada disciplina que las bandas terroristas imponen a sus víctimas.

Su habitación tendría unos diez metros cuadrados, quizá menos, y se encontraba forrada por envases de huevos que constituyen un excelente material aislante. La persiana bajada y sin cinta de accionamiento y la ventana sellada con varias capas de material adhesivo. Disponía de una cama pequeña y una mesa plegable de playa.

Veinticuatro horas más tarde, y en la clásica rueda de prensa en acontecimientos de esta índole, Carasusan manifestaba que los secuestradores le habían tratado excelentemente. Vamos, que eran unas personas estupendas.

Me asomé al balcón y vi abajo en el suelo al perro. Estaba tendido y le pregunté a un guardia que se encontraba en sus proximidades si estaba vivo. La caída había sido importante. El guardia me contestó escuetamente:

—Respira.

Tiempo después, volví a mirar y ya no estaba allí. El mismo guardia me informó que con cierta dificultad se había levantado y había abandonado el lugar. Me pregunté a dónde iría aquel pobre animal, ahora que también lo había perdido todo, como aquel otro perro, aunque por causas distintas, que con mirada ausente y apagada velaba el cadáver de su dueño asesinado por ETA, el electricista Sánchez Sierra, aquella mañana del 8 de noviembre del 84 en las proximidades de Cestona.

Normalizada la situación, y dedicado cada hombre a su cometido específico, tras participar la novedad telefónicamente a mi jefe, efectué la

llamada prometida a Julen Elgorriaga, allá en la lejana Suecia. Su voz sonaba fuerte, casi como si estuviese en la casa de al lado. Le puse al tanto de todo lo ocurrido. Me felicitó con gran sinceridad. Luego me enteré de que llamó a Madrid, a Barrionuevo, cuando éste aún no sabía el resultado de la operación, pues Rafael de Francisco se retrasó un poco en comunicar la novedad. Me pareció chocante pero así sucedió en realidad. La del alba sería, cuando regresé al acuartelamiento, mientras se ultimaban los trabajos ratinarlos en la vivienda asaltada.

Hubo que proceder a la detención de un cuarto miembro que se hallaba implicado, operación que se realizó sin ninguna novedad y así pusimos a disposición de la Audiencia Nacional al último comando de los Autónomos, el que había llevado a cabo la última ekintza, el último atentado contra la libertad de una persona, la última acción. Lo constituían nuestra conocida mujer de la cita, su marido y otros dos colaboradores. Éstos eran sus nombres: María Victoria Arrizubieta Hoscos; Manuel González Fernández; Santiago Arruabarrena Odriozola y Agustín Aizcorreta Saizar. Los CC. AA habían dejado de existir y pasado a la historia aquella madrugada del 15 de julio, curiosamente el día que celebro mi onomástica.

Días más tarde leía en un medio de comunicación del País Vasco que la Ertzaintza había estado a punto de adelantársenos en este servicio. Ignoro qué tipo de información tendrían, pero sí sé que no era mejor que la nuestra y, desde luego, imposible de llevar a cabo la liberación en menos tiempo. Así que preferí olvidar aquellos seis días de infarto. El PNV felicitó públicamente a la Guardia Civil, fue la primera vez que lo hacía. Deseé que no fuese la última.

Gracias a Dios, aquel año tuvimos una Patrona tranquila. El trabajo realizado había sido duro pero los frutos también fueron notables. Al margen del aspecto oficial, hubo celebraciones con la participación de aquel ejército de chiquillos, y baile con orquesta y cantantes. Empezaba a ser, era ya, Ínchaurrondo una miniciudad pujante, alegre y orgullosa como nunca antes lo había sido. Quizá por ello un grupo de guardias de uniforme pasearon por la ciudad, y se sentaron en alguna cafetería. Cuántos años hacía que no se veía un uniforme de Guardia Civil por San Sebastián. Ni se sabe. Quizá también por eso, el periódico Egin publicaba al día siguiente

que guardias civiles crean problemas y provocan a la población en la parte vieja donostiarra mientras celebraban la Patrona de su Cuerpo. Yo más bien creo que a muchas personas la vista de unos guardias de uniforme les produjo una ilusionada esperanza, al creer que era posible el fin de aquella situación. Quién iba a pensar unos años antes que algunos agentes se sentaran en una terraza con su uniforme reglamentario. Nadie, ni los más optimistas. Por ello, mi jefe y yo mismo seguimos también su ejemplo. No fueron pocos los que nos felicitaron la Patrona de 1985.

«Yoyes»

El 17 de octubre se conoció el regreso a su pueblo natal de Villafranca de Ordicia de Dolores González Catarain, Yoyes. Había desempeñado importantes cometidos en ETA, de cuyo comité ejecutivo llegó a formar parte y había mantenido una magnífica relación de amistad con su máximo dirigente, Domingo Iturbe Abasólo. En 1980 y por diversos motivos, sin descartar como más notable el hecho de haber sido madre, se separó de la organización. Siendo difícil, por no decir imposible, el abandono de ETA, había una norma no escrita que todo militante cumplía a rajatabla al adoptar una decisión semejante y era la de apartarse, la de retirarse a un lugar seguro donde no tuviera contacto con ningún compañero ni fuese posible su captura durante un periodo mínimo de cinco años. Con ello, se consideraba que, caso de producirse el arresto, los conocimientos que mantenía de la organización terrorista no suponían ningún peligro para la banda ni para ninguno de sus militantes. Txomin la aconsejó que se marchara a México y, transcurridos cinco años, estableció de nuevo contacto con él y le anunció su deseo de regresar a Ordicia.

Iturbe Abasólo le contestó que debía tener presente que era una decisión delicada, y que muchos compañeros, y muchas personas de los medios abertzales de Euskadi no lo iban a entender, aunque él sí. En definitiva, venía a decirle que podía iniciar los trámites para su vuelta a casa pero que su seguridad sólo estaba garantizada, en lo que a ETA se refiere, mientras él fuese el jefe de la banda.

Yoyes debía tomar especiales precauciones y observar unas mínimas medidas de seguridad en el futuro. Ella asumió el riesgo e inició las

gestiones y contactos con el Ministerio de Interior, solicitó su regreso y se acogió a las medidas de reinserción que se reducían a expresar su rechazo y renuncia a la «lucha armada» y no tener pendientes cargos de importancia. En estos contactos participaron familiares muy allegados y, por parte del Gobierno, el director de la Seguridad, Julián Sancristóbal. El ministerio se dio cuenta que, desde el punto de vista propagandístico, era un buen tanto, y una magnífica baza para conseguir que otros siguieran su camino.

No ocurría en aquellos años como hoy, en que la Justicia ha procesado a importantes dirigentes de ETA gracias a las declaraciones efectuadas por miembros de comando detenidos, que detallaban quiénes les habían dado las órdenes para cometer atentados y les habían facilitado armas, infraestructura, etc. Gracias a ello ha sido posible procesar, pedir la extradición, y condenar a cabecillas como Eugenio Etxeveste, de la vieja dirección, o al colectivo Artapalo, constituido por Francisco Mágica Garmendia, Paquito', José Luis Álvarez Santacristina, Txelis, y José Aguirre Erostarbe, Fiti, detenidos en Bidart en marzo del 92.

En el caso de Yoyes, los trámites se agilizaron en los organismos oficiales, la Fiscalía del Estado comunicó que no se hallaban cargos que imposibilitaran su regreso y, cumplidos todos los requisitos, se producía el mismo y el de su hijo de corta edad.

Desde el primer momento se hizo patente el rechazo de tal medida, no sólo en los estamentos abertzales., como se recogía en la prensa de esa ideología, sino también en los medios políticos nacionalistas que, conocedores de la importancia que esta operación podía tener, la rechazaban porque no se había contado con su intervención.

Entre la militancia de ETA había verdadera irritación pues no habían sido preparados para una situación que les estalló de sorpresa. En las calles de Villafranca de Ordicia aparecieron numerosos letreros con frases como «Yoyes, chivata» o «Yoyes, asesina», una y otra vez. Se creó un ambiente de desasosiego, en el que, a pesar de querer llevar una vida normal, y de rechazar una discreta protección, que por orden del gobernador le ofrecimos, le asfixiaba. No era fácil para ella ni para su entorno la convivencia diaria. Los medios de comunicación la tenían sometida a un duro mareaje, en busca de la noticia, de unas declaraciones en las que

analizase su vida, las razones de su comportamiento, que nunca se producirían. Yoyes mantenía un férreo silencio. Se la veía en su pueblo en cometidos de la más rutinaria normalidad: en la compra, de paseo con su hijo y poco más. Tenía fe ciega en el viejo amigo, el todavía jefe de ETA. Apretaba los puños y silenciosamente ganaba día a día una nueva batalla contra la latente hostilidad que la rodeaba.

Por aquellas fechas, un nuevo pistolero al frente del comando Goyerri, que operaba en la zona de su nombre, que incluía el pueblo de Yoyes, se había hecho notar por los atentados que llevaba a cabo. Se llamaba José Antonio López Ruiz, Kubati.

El apodo no se debía a que fuese muy aficionado a los cubalibres sino al fútbol y a su admiración por Kubala, el mítico delantero blaugrana. Tenía una gran capacidad de movilidad, muy versátil, osado y en extremo audaz, lo que le llevaba a actuar unas veces en el seno del comando del que era jefe y otras en solitario.

El 27 de abril Domingo Iturbe Abasólo fue detenido en Francia. El ministro francés de Interior Pasqua telefoneó al español Barrionuevo para informarle. Era para la época un bombazo, una noticia de primera magnitud. Y además se producía en unos momentos de gran tensión y consternación nacional ya que, dos días antes, ETA había llevado a cabo un atentado contra un jeep de la Guardia Civil, en la calle Juan Bravo de Madrid, en el que resultaron muertos cinco guardias.

Acudió a Francia una comisión de las Fuerzas de Seguridad que incluso pudo ver a Txomin, aunque no interrogarle. Mostró su sorpresa al verles, pero sin perder su naturalidad. Le encontraron cansado, algo envejecido, con aspecto enfermizo, lo que no era muy de extrañar si se tiene en cuenta la nueva situación a que se enfrentaba en el «santuario francés».

Se acabó su seguridad

Yoyes supo que para ella se había acabado la seguridad. Aquella débil y sutil seguridad que sólo descansaba en la palabra del ahora detenido. No sabía con certeza quién accedería a la cúpula de ETA, pero lo presentía. No

podía ser otro que Artapalo, Paquito, Francisco Mágica Garmendia. Y también sabía que sentía una profunda aversión por ella y que no había olvidado ni perdonado su abandono de la organización ni, sobre todo, su regreso a casa.

El día 10 de septiembre, sin que hubiera transcurrido un año desde su regreso, era abordada por el pistolero Kubati cuando se hallaba con su hijo Akaitz en un pequeño lugar de esparcimiento de una calle de Ordicia. La calle se llamaba avenida del Soldado Vasco, curiosamente. López Ruiz esgrimió una pistola Browning calibre 9 mm Parabellum, le apuntó a la cabeza y le preguntó:

—¿Eres Yoyes, verdad?

Ella levantó la mirada para ver aquella cara que hacía tanto tiempo esperaba. Quizá la conocería. Sus ojos contestaron aquella pregunta. Kubati, sin importarle la presencia del pequeño, que miraba alarmado la escena sin comprender absolutamente nada, continuó:

—Soy de ETA y vengo a ejecutarte.

Y apretó el disparador. El viento del Goyerri se llevó el ruido de la detonación y la vida de Yoyes.

Con toda tranquilidad, Kubati y su acompañante abandonaron el lugar del crimen. Aún quedaba mucho tiempo para la cita que el destino le tenía reservado conmigo, con mis hombres, el 25 de noviembre de 1987.

Se habían producido varios casos en los que algunos simpatizantes de la ideología abertzale, o miembros de la coalición HB denunciaban haber sido agredidos, a la vez que enseñaban, como resultado de aquella agresión, las iniciales GAL grabadas, arañadas más bien, en su piel. En algunas ocasiones era de notoria evidencia que tales arañazos se los habían producido ellos mismos pues las letras estaban al revés, prueba de haber utilizado un espejo, pero nadie resaltaba o hacía ver esta contradicción. Todo valía contra los txakurras, contra los perros, contra nosotros.

En noviembre se adoptaba por el Gobierno una medida de nula eficacia, en esa eterna, obstinada y mal llevada batalla en contra de la descoordinación. Fue el nombramiento de mi gobernador, Julen Elgorriaga, como «coordinador de la lucha antiterrorista» en la Comunidad Autónoma Vasca. No supuso ningún perjuicio, pero tampoco ningún beneficio. Un poco de más estatus para el gobernador.

El capitán Ángel Vaquero marchó para un nuevo destino. Fue un momento triste ya que había sido mi más estrecho colaborador en los últimos cuatro años. Era inevitable. El trabajo quemaba muchísimo y además estaba la familia. Y los años de callado y sacrificado trabajo, no sólo en este destino sino también en Bilbao. Merecía un cambio, por no decir un descanso. Desde que le dimos la despedida en un restaurante de Usúrbil empecé a abrigar la idea de que mi hora también había llegado. Me prometí que cuando se presentara la ocasión lo plantearía. Ahora no era prudente pues con la marcha de Vaquero podría resentirse el servicio. Pero la idea empezaba a tomar consistencia.

También por aquella época conocí a un personaje de los más asombrosos que se cruzaron en mi camino. Un día recibí una llamada desde Barcelona, de un general del Cuerpo que me anunciaba que alguien que tendría gran importancia para mí, dado nuestro trabajo, deseaba verme. Accedí de inmediato a la entrevista y, unos días más tarde, de madrugada, lo recogía en la estación de ferrocarril de San Sebastián. Se llamaba Ángel Guerrero Lucas. Fue el hombre que nos abrió de par en par las puertas de Francia. Mis relaciones con los comisarios fronterizos mejoraron espectacularmente y también con París. Pasado un tiempo, me pidió que le presentara a mis jefes y ya pasó a trabajar con Vera. Pero siempre mantuvo conmigo un contacto personal y de afecto al que yo correspondí.

Fue el hombre clave de muchas operaciones de relaciones internacionales, y de los más serios intentos de negociación con ETA. Sus relaciones con las más altas autoridades francesas de la Justicia, la Fiscalía, Interior y el resto del Gobierno, eran de gran fluidez y de la máxima confianza. Alto grado de la masonería, recuerdo su acertado análisis del problema y la agudeza en buscar los caminos más adecuados, a la vez que siempre tenía preparado un consejo y una respuesta acerrada ante cualquier percance.

Zabalza

Tras unas semanas de tranquilidad, el 25 de noviembre se produjo un nuevo atentado en el puerto de Pasajes. Un comando ametralló una furgoneta de la Armada. En el atentado fallecieron el cabo Rafael Melchor García y el conductor José María Ibarzábal Duque. Ese mismo día y en el mismo puerto, fue tiroteada una patrulla de la Guardia Civil. Resultó muerto Isidoro Diez Ratón mientras que un compañero salvó la vida al arrojar al suelo e intentar repeler la agresión de aquellos secuaces que habían desaparecido rápidamente. Regresé muy tarde al acuartelamiento, donde se me comunicó que se habían practicado las detenciones de personas supuestamente relacionadas con ETA previamente ordenadas y que una de ellas había desaparecido al ser conducida a levantar un zulo en las proximidades de Endarlaza, en el límite con Navarra, junto al río Bidasoa. Al pasar por un angosto túnel, en el que había una especie de abertura que daba al río, se había lanzado por ella. Las gestiones para su búsqueda no habían dado resultado. Se adoptaron todas las medidas que el caso requería.

Al día siguiente no sólo tuvieron lugar los funerales por los asesinados sino también un nuevo atentado en Lasarte, que le costó la vida, esta vez sí, a un guardia retirado, José Herrero Quiles, que paseaba con un hijo de 19 años discapacitado psíquico. Este agente había sufrido año y medio antes otro atentado del que salió mal parado, pero salvó la vida. En menos de 48 horas habíamos sufrido cuatro asesinatos por parte de ETA y se había producido una fuga. Me encontraba agotado. No era posible ni siquiera un corto descanso.

El huido se llamaba Mikel Zabalza. Se comunicaron a la autoridad judicial todas las circunstancias pertinentes y se practicaron rastreos en el río y gestiones diversas sin que dieran resultado. Las movilizaciones, huelgas, manifestaciones y jornadas de lucha fueron en aumento conforme pasaban los días. Se decía que nuestra versión era falsa. Se desencadenó una feroz campaña en los medios de comunicación que aún no ha cesado. Hubo interpelaciones parlamentarias al ministro en el Congreso.

El 15 de diciembre, una patrulla de la Guardia Civil de Navarra encontró un cuerpo que flotaba en el río. Era Mikel Zabalza. En el Instituto Anatómico

Forense de Pamplona se le realizó la autopsia y el juez permitió la presencia de los abogados Jorge Argote e Iñigo Iruin. Como siempre, las diligencias fueron declaradas secretas. Al parecer quedó claro que Zabalza había muerto ahogado, que había permanecido en el agua muerto más de 15 días y que no presentaba ninguna señal de violencia. No obstante, se remitieron muestras de tejido al Instituto de Toxicología para que realizara un informe complementario.

El 21 de diciembre más de veinte mil personas se manifestaron en San Sebastián para protestar por estos hechos. Dos días más tarde. ETA asesinaba de un tiro en la nuca en Pamplona al general retirado de la Guardia Civil, Juan Atares Peña. No puedo olvidar la fotografía del cuerpo tendido en el suelo, en medio de un gran charco de sangre y su viuda que vivía, a poca distancia, arrodillada a su lado, «perdonando a los autores y pidiendo que fuese la última sangre». A su funeral no asistió ningún ministro, ningún político. Sólo el director general Santamaría. Tampoco hubo manifestaciones ni protestas.

El 27 de diciembre de aquellas tristes Navidades llegaba una información no muy precisa de que el resultado del análisis practicado en el Instituto Anatómico de Toxicología coincidía con los extremos ya conocidos. Los meses que siguieron fueron una auténtica pesadilla. Se producían acusaciones de todos los estamentos más o menos relacionados con la izquierda abertzale que no aceptaba la realidad de los hechos. Para ellos, Zabalza había muerto en el acuartelamiento.

Un periodista de TVE del programa «Informe Semanal» hizo un reportaje exhaustivo y de gran impacto sobre la huida, desaparición y muerte de Zabalza, con lo que todo el país pudo ver el terreno donde ocurrieron los hechos. Se llamaba Javier Basilio. El trabajo era una historia absolutamente accesible para todos y completa. Sin manipulaciones ni intermediarlos.

Recibimos la noticia de que el Juzgado iba a proceder a realizar una nueva autopsia a la que iba a asistir una médica danesa, especialista en torturas, propuesta por HB. Se llamaba Karin Helweg-Larsen. La prueba no modificó en nada los resultados y conclusiones de la primera. Este es un caso que se ha archivado y desarchivado varias veces, la última por temas relacionados con los papeles del CESID.

Diciembre fue un mes muy duro de vivir. El 6 era asesinado por ETA en Mondragón el guardia Mario Leal Vaquero, y, el día 30, acababa con la vida del guardia retirado Alejandro Sáenz Sánchez en Lasarte. Era el jefe de Seguridad de la empresa Michelin.

11. A su comando se le incautó el siguiente material: dos subfusiles Sien de 9 mm Parabellum, tres pistolas Firebird y dos Browning, del mismo calibre y siete granadas de mano tipo ETA.

CAPÍTULO 7

1986. El año de Sokoia

El comando de la autopista

Desde hacía más de un año, como se ha comentado, se producían una serie de acciones que perturbaban gravemente la relación comercial y, en definitiva, económica entre España y Francia: el ametrallamiento de vehículos franceses, casi siempre camiones, durante su paso por Guipúzcoa, al circular por la autopista Bilbao-Behobia en uno u otro sentido. Los turismos que venían a San Sebastián, en numerosas ocasiones eran incendiados.

Los atentados se llevaban a cabo preferentemente por la noche. Las luces amarillas de los faros permitían reconocer a los vehículos. Todo ello como complemento a las protestas que se desarrollaban contra Francia por su nueva política de detenciones, deportaciones, y, en algunos casos, extradiciones. No era sino una faceta distinta de su guerra.

Los daños ocasionados alcanzaban ya cifras importantes y hubo varias reuniones en el consulado francés y en el Gobierno Civil, entre responsables políticos, Fuerzas de Seguridad y afectados, no sólo para tomar medidas en aras a impedir tales hechos sino también para estudiar la cuantía de las indemnizaciones y la forma de hacerlas efectivas. Nosotros dedicábamos un gran esfuerzo para tratar de localizar a los autores de los atentados. Madrid no cesaba de presionarnos.

Hicimos en primer lugar un exhaustivo estudio de todos los ametrallamientos y los clasificamos en tres grandes grupos: por días, por horas y por puntos desde los que se producían. Cada nuevo atentado completaba la estadística, además de servir para que Madrid apretara las tuercas un poco más. Examinados los gráficos se veía qué días eran los más utilizados, cuál era la hora preferida y en qué punto kilométrico se habían

producido más agresiones. De modo que comenzamos un penoso y paciente trabajo de vigilancia y apostadero.

Los ametrallamientos se llevaban a cabo, salvo alguna rara excepción, en tres puntos de la autopista, dos situados entre la frontera y el acuartelamiento de Ínchaurrondo, a los que llamamos puntos A y B, con el kilómetro entre paréntesis. Y el tercero, el C, se encontraba pasado Lasarte, en la Nacional-I.

La hora de más atentados resultaba ser al anochecer, cuando ya era obligado el uso del alumbrado, concretamente a las nueve de la noche. Y el día de mayor incidencia, el miércoles. De modo que, atendiendo a los principios del cumplimiento de la misión y al de la economía de medios, empezamos con la vigilancia del punto más frecuente, a la hora más frecuente, del día más frecuente, durante una temporada considerable. Fracaso total. Ametrallaban otro día, o en otro punto o en otra hora. Parece como si nos vieran, aunque el servicio se montaba con el mayor sigilo.

Forzados por las circunstancias, modifiqué el servicio y con gran esfuerzo pasamos a vigilar los tres puntos a la hora más probable del día de más incidencia, sin que tampoco tuviésemos el menor resultado. La tercera fase consistió en aumentar la vigilancia de los tres puntos, todos los días, en la hora que más atentados se habían producido. Ello llevaba consigo un gasto enorme de personal, con lo que se resentían las restantes líneas de investigación. Tampoco conseguimos nada. Así que se tuvo que llevar a cabo un despliegue que casi no podíamos mantener. Es decir, se montó la vigilancia en los tres puntos, todos los días de la semana, a todas las horas de la horquilla en que se habían producido los ametrallamientos.

Dos meses más tarde, la fuerza que, convenientemente apostada, vigilaba el punto A, el primero, situado a escasos seis kilómetros de Ínchaurrondo, observó cómo al anochecer del 15 de enero se detenía un vehículo en una vía secundaria paralela a la autopista del que bajaron tres personas, dos hombres y una mujer. Eran las nueve de la noche y el tráfico intensísimo. Llovía mansamente.

Con gran rapidez treparon por un pequeño talud de unos seis metros, accedieron a la autopista, esgrimieron unas armas que llevaban bajo la ropa

y abrieron fuego contra un camión con luces amarillas que junto a otros muchos circulaba en ese momento. La fuerza de servicio, con gran decisión, les dio el alto y ellos contestaron con disparos contra los guardias. Se entabló un intenso tiroteo en el que resultaron muertos los tres agresores que componían aquel comando. Confiábamos en que se habrían acabado los atentados en la autopista, pero estábamos equivocados, aunque pronto se solucionaría el problema de manera definitiva.

Los muertos eran tres miembros legales de ETA: María Soledade Arzelus Arzelus; Alejandro Auzmendi Lizarbe y Luis María Zabaleta Mendía. Después del estudio balístico de las armas en el laboratorio llegamos al conocimiento de que con las mismas se habían llevado a cabo numerosos ametrallamientos de vehículos franceses, así como el asesinato del guardia Isidoro Diez Ratón. Aún recuerdo el gesto dolorido del padre de María Soledad, también llamada Bakartxo, al rechazar nuestra presencia mientras afirmaba que su hija no pertenecía a ETA. Estoy convencido de que se negaba a asumir aquella realidad. También se opuso a HB, cuando con motivo de los funerales éstos quisieron utilizarla.

ETA intentó devolver el golpe y atacó con fuego de lanzagranadas a una patrulla del GAR que circulaba entre Pasajes y Rentería. Aunque no logró sus propósitos, resultaron heridos por la metralla dos guardias que se repusieron con rapidez

Relaciones con la Justicia

En esos días la prensa resaltaba que un magistrado incómodo para el PSOE, Joaquín Jiménez, era el nuevo presidente de la Audiencia Provincial de San Sebastián. Resultaba extraño que, pese a pertenecer a la asociación de Jueces para la Democracia, de carácter progresista, se destacara que fuese incómodo para el partido que estaba en el Gobierno. Sin duda debía ser por roces habidos en Bilbao de cuya Audiencia procedía. Durante los 15 años largos que estuve en aquel destino conocí a otros dos presidentes.

El primero se llamaba Pablo Pérez Rubio y era un magistrado sencillo, humano, para mí un verdadero y admirable ejemplo del jurista íntegro hasta el límite. Su carácter y su comportamiento, extraordinariamente justo,

dejaban entrever cómo sentía el País Vasco y cómo el Tribunal que él presidía sentía España. Las relaciones que el magistrado Jiménez mantuvo con nosotros fueron siempre las estrictamente reglamentarias. Creo que sentía por nosotros un profundo desapego y le gustaba demostrarlo.

Recuerdo que en uno de los primeros juicios por malos tratos que se celebraron contra dos hombres, que además no eran de la Comandancia, sino de la Unidad de Servicios Especiales, asistimos entre el público, como muestra de solidaridad, mi nuevo coronel Félix Pérez Navas y yo. Y lo hicimos de uniforme. Creo que también había algunos guardias más. Unos de paisano y otros de uniforme. Esta circunstancia desagradó al señor presidente que se quejó al Consejo General de Poder Judicial que, en amparo, le envió un magistrado que ocupó una mesa en la esquina derecha de la presidencia del juicio desde donde siguió el desarrollo de las sesiones como nosotros desde el sitio reservado al público. Estos hechos fueron muy comentados por la prensa. Yo meditaba alarmado cómo era posible que un uniforme de la Guardia Civil o veinte Riesen motivo de pedir amparo al Consejo General. El gobernador asistió a otro juicio y lo que vio le llevó a publicar una carta en un periódico en la que subrayaba que, cuando hablaban los abogados de la defensa, el magistrado presidente bostezaba, no atendía, miraba para otro lado... y cuando lo hacían los de la acusación de ideología abertzale, prestaba atención, los miraba fijamente, asentía con la cabeza. Vamos, todo lo contrario.

Las cosas estaban muy tensas. Los oficiales se responsabilizaban en cada detención de cuanto pudiera ocurrirles a los detenidos y daban ejemplo a sus subordinados en el trabajo y en el trato con los arrestados, que siempre era exquisito dentro de la dureza, a veces violencia, que había que emplear en algunas detenciones en donde la misma vida podía verse en peligro.

Siempre tratamos al juez Jiménez con gran respeto, con el mismo que aceptamos y acatamos sus decisiones. No se entiende la existencia de la Guardia Civil sin ese respeto hacia la Justicia y sus miembros. Sin ese afecto lleno de lealtad.

El tercero Ríe Juan Bautista Cremades, excelente profesional que además hacía gala de un fino sentido del humor. Vino ya en mi etapa final y, al margen de otras consideraciones, tuvimos una especie de despedida a tres a

principios de 1995 poco antes de mi marcha. Quedamos en Ínchaurreondo él, el nuevo gobernador Juan María Jáuregui y yo. Comimos tarde pues el magistrado tenía un juicio y hubimos de esperar un poco. Jáuregui era bastante campechano y hablador y el rato de espera no se hizo aburrido. También era un poco una despedida para él. No le había salido bien su propósito de pasar destinado al Tribunal Superior de Justicia catalán y marchaba a otra audiencia del levante español. Durante la comida tuvo detalles de su gran ironía y sano humor al comentarnos alguna anécdota que había ocurrido en la vista, delante de todo el público. Al terminar la sesión y hacer al procesado la pregunta última, la «sacramental» de si tenía algo más que decir antes de que el tribunal se retirara a deliberar, soltó un exabrupto y se acordó de la madre de su señoría. Se produjo el natural revuelo y el ministerio fiscal pidió venia para poner los hechos en conocimiento del Juzgado de Guardia. Cremades lo denegó y puso calma porque, pensó, con la que le iba a caer a la vista de las peticiones de las acusaciones y las pruebas tenía derecho a decir lo que dijo. Levantó la sesión y no hubo más.

Fue un almuerzo agradable, entre amigos. Al menos eso creía yo. A mi gobernador le reiteré un consejo al que no siempre hacía caso y era que no prescindiera de la escolta en las visitas a su pueblo, Legorreta. A Cremades no volví a verle. Guardo de él un recuerdo afectuoso. Ejerció eficazmente su labor y estudió y sintió los problemas que tanto la Guardia Civil como la policía tenían allí.

Años más tarde, Joaquín Jiménez ascendió a magistrado del Supremo, fue el ponente en la vista de mi recurso a la sentencia pronunciada por el tribunal de la Audiencia Nacional que nos juzgó a mí y a mis hombres. La pena impuesta fue elevada en cuatro años.

El 14 de marzo se produjo un tiroteo entre un comando de ETA y una patrulla de la Policía Nacional cuyos integrantes trataban de identificar a los terroristas. Los hechos ocurrieron en el paseo de Miraconcha, en una zona llena de bares. Los pistoleros acabaron con la vida del agente José Antonio Álvarez Díez pero sus compañeros, al repeler la agresión, mataron al etarra Ángel María Galarraga Mendizábal, Pototo. El cadáver de este individuo contó con un recibimiento de primera en su pueblo de origen, Zaldivia,

totalmente plagado de crespones negros. Muchas veces me encontraba en mi soledad admirando a los miembros de la banda que sabían que tenían detrás a una masa enfervorizada que les apoyaba y que, aún hoy, contra viento y marea, les secunda. Pensaba que, en aquella ideología, con aquella gente tan numerosa, siempre detrás, con razón o sin ella, se podía luchar, se podía morir. Su cuerpo era después mostrado a todos, incluso a los niños, como un auténtico héroe, mientras la chalaparta sonaba triste, incansable bajo la lluvia menuda.

El día 20 era de nuevo un día más de sangre. Un camarero de Zumárraga llamado José Ignacio Aguirrezabalaga era asesinado al ser alcanzado por los disparos de tres terroristas cuando se encontraba en el bar Nicol. Se dijo que era cuñado de Cherid, famoso miembro del Batallón Vasco Español primero y luego del GAL, que acabó como sus víctimas.

Aunque no se produjeron daños personales, el día 25, ETA realizó un lanzamiento de granadas contra nuestro cuartel que sólo sirvió para que el Servicio de Seguridad pusiera en marcha las medidas de defensa, establecidas y ensayadas meticulosamente. Se localizó el punto de lanzamiento y los artefactos utilizados. Los valientes gudaris habían desaparecido.

Informe y análisis de la comisión de expertos

El Gobierno vasco, espoleado por el PNV, había encargado a una comisión de expertos extranjeros que llevasen a cabo un exhaustivo análisis sobre la situación en el País Vasco, con un concienzudo estudio sobre la violencia y sus causas, y como resultado de todo ello emitiesen un informe sobre cómo podía, a su juicio, ponerse fin a este estado de cosas. El PNV lo anunciaba como una idea genial, pero Arzallus, verdadero mentor de la decisión, quería ir más allá. Menospreciaba a los «expertos» españoles, que los había y los hay bastante mejores, o al menos tanto como los que recibieron el encargo. Arzallus, en cierta forma, quería internacionalizar a su manera el famoso conflicto. Los elegidos por los nacionalistas eran:

- Jacques Lontf, Profesor de Derecho Penal de París.
- Franco Ferracuti, Psiquiatra de Roma.

- Hans Horchem, Jefe del Servicio de Defensa de la Constitución de Hamburgo.
- Peter Janke, Profesor de Historia, de Inglaterra. Antiguo embajador inglés en la OTAN y que hizo de presidente del grupo.

El informe, a pesar del esfuerzo del PNV al presentarlo, era flojo, de poca calidad, y algo deficiente, según la prensa abertzale del 3 de abril. Venía a decir que «sólo los vascos pueden solucionar su problema». Y se quedaron tan panchos. No olvidaron en la última conclusión que nunca se cerrara la puerta a la negociación política. Cada partido político lo enjuició de una manera y, a excepción del anfitrión, todos fueron muy negativos.

Los gobernadores nos comentaban que era posible que en la próxima legislatura fuera derogada la legislación antiterrorista, lo que a mi juicio era un gran error pues era la mejor y única herramienta que teníamos en esta lucha. Sí era necesario, creía yo, para evitar susceptibilidades, aumentar las garantías del detenido, quitar o modificar lo del abogado de oficio, nombrar un fiscal y un juez de control de aplicación de la ley y de los detenidos, presentación diaria o cuando se pida de éstos ante una instancia judicial, visita o presencia permanente de forenses, etc.

Las fuentes informativas y las relaciones con los cuerpos franceses de policía, cada vez mejores, nos traían malas noticias. Al parecer se había celebrado una reunión del comité ejecutivo de ETA y se había acordado incrementar la lucha armada, especialmente en Madrid. Se ordenó que los Servicios de Información aumentaran la vigilancia. Pero ya lo hacíamos y prueba de ello fue la desarticulación de un grupo legal de apoyo que operaba en la zona de Irún y Oyarzun.

Comando Matalaz

Sin apenas tiempo que perder hubo que poner en marcha una nueva operación que se centraba en el valle del río Urola, entre las localidades de Cestona, Arrona, Azpeitia y Azcoitia. No era una zona fácil de vigilar. Cualquier persona ajena a la misma se hacía notar, llamaba la atención y más si se repetía su presencia por lo que empleábamos mucho la noche para, desde un punto oscuro y protegido de las vistas, vigilar un objetivo,

una ventana que se enciende o apaga, entradas o salidas de domicilios de determinadas personas, etc. Detalles que, una vez analizados y cotejados con otros datos de los que ya disponíamos, proporcionaba inteligencia suficiente para enfrentarse a un grupo terrorista con posibilidades de éxito.

Recuerdo cómo una vez, tiempo atrás, el gobernador me acompañó a inspeccionar los servicios montados en otro valle. Y la impresión que le produjo, en la oscura y húmeda noche, la aparición de dos o más hombres con el rostro completamente negro, embetunados y escondidos entre matas y hierbas de más de medio metro de altura. A una señal mía se incorporaron en la oscuridad de la zona fronteriza de la carretera. Eran Quique Dorado y Felipe Bayo que controlaban un caserío y aguantaban duras horas, llenas de frío y humedad para tratar de conseguir algún dato. Otros compañeros hacían lo mismo más adelante. El gobernador les saludó agradecido. Yo también con el cariño que sentía por ellos. El que sentirían todos si supieran de sus esfuerzos y de su entrega.

Se habían producido numerosas acciones criminales en el valle referido. Una de las mejores pistas sobre las que se había trabajado era un artefacto que habían colocado y que no hizo explosión. De él extrajeron los técnicos las huellas de un sospechoso. La operación se desarrolló de forma fulminante, con la precisión y velocidad acostumbrada. Todos los objetivos estaban identificados y sus domicilios fijados, con lo que se procedió a la detención de todos ellos. En total fueron siete. Pertenecían a un comando legal armado llamado Matalaz, de ETA-m.1'1

Fueron esclarecidas numerosas acciones de sabotaje en establecimientos hoteleros de Urrechu, de Iciar y en otros similares. Otra vez la zona, al menos por una temporada, tendría un poco de paz. Todos sabíamos que ésta no era la solución, la única solución, pero no podíamos hacer otra cosa.

Las relaciones con los franceses, por unas cosas y otras, empezaban a ser excelentes. Yo mantenía fluidos contactos con mis «colegas» del otro lado de la muga, en especial con Jól Catala, todopoderoso comisario de la Policía del Aire y Fronteras, la PAF, y también con la Gendarmería, que llevó a cabo algunas buenas operaciones, como la de Santi Potros. Con el tiempo fue apartada de la acción. Había como aquí ciertos celos profesionales entre unos y otros cuerpos que teníamos que aprovechar.

También empezábamos contactos con la tercera policía en discordia, los Renseignements Generaux y sobre todo con la Policía Judicial, que acabó llevando el peso de esta lucha en Francia. Les proporcionábamos abundante información, direcciones, etc., adquiridas durante los interrogatorios de los terroristas que eran detenidos, sobre todo los liberados, los ilegales. Eran la base de las detenciones en Francia. Las que ellos nos proporcionaban eran poco operativas. Se limitaban a dejarnos examinar los documentos encontrados cuando se producía una «caída». Y no siempre, pues había que contar con la autorización de París. Pero era algo, desde luego mejor que nada. Además, los éxitos que gracias a nuestras informaciones conseguían que se estableciera entre nosotros una aceptable y grata relación.

Al ver cómo progresaba la situación me propuse formar un grupo de hombres que, de forma voluntaria, con la cabeza despejada, con los ojos y los oídos bien abiertos, sin armas, dispuestos a asumir el riesgo que pudiera devenir, con un gran amor por España, pasaran a Francia. Se trataba de conseguir la información que era no sólo necesaria sino imprescindible para hacer frente en mejores condiciones a semejante enemigo

Comando Irintzi

Se produjo un nuevo ametrallamiento en la autopista A-8, la de siempre. Desde el enfrentamiento del 15 de enero, en el que habían resultado muertos los tres miembros de E I A, no había sufrido ninguna incidencia de este tipo. En el mismo sitio en que se había producido el atentado Rie hallada una bolsa de deporte que contenía diversas armas abandonadas por los agresores, que las habían ocultado tal vez alarmados al ver alguna circunstancia sospechosa. Se montó un discreto dispositivo de vigilancia pues parecía claro que, apenas se normalizase la zona, volverían a por la bolsa. Y así fue. A las pocas horas (hubiera sido igual que hubieran vuelto a los pocos días, pues de allí no se habría movido el servicio) apareció un vehículo con dos individuos. Era 17 de mayo. Del coche bajó uno de ellos y se dirigió directamente a la bolsa que recogió, momento en el que los hombres que montaban la vigilancia se pusieron en acción y detuvieron a ambos.

De sus declaraciones se vino a conocer que formaban parte, junto a otros dos individuos cuyas identidades y dirección proporcionaron, de un comando legal armado de ETA-m llamado Irintzi. De inmediato se procedió a detener a los otros dos componentes y así quedó completamente desbaratado este nuevo grupo. La acción que habían llevado a cabo era un homenaje a los compañeros fallecidos, aunque tenían varios atentados de corte similar. Era un comando fuertemente armado, cuya caída no sólo se notó de forma definitiva en la autopista y en los sufridos transportistas franceses, sino que trajo algo más de paz a su zona de actuación que era Oyarzun.

Campaña electoral e incremento de los atentados

El 2 de junio el Tribunal Supremo acordaba la inscripción de HB como partido político, en medio de explosiones en establecimientos hoteleros del Mediterráneo. En Bilbao comenzaban aquellas ruedas de reconocimiento de guardias civiles por la denuncia de malos tratos de Tomás Linaza, padre de un etarra de igual nombre, ante la jueza Isabel Huertas. Motivarían la intervención del presidente del Gobierno, sin ningún efecto práctico.

Había que tener los ojos muy abiertos: en el deporte, en el paseo y en el ocio. Y no ir nunca solo. Aun cuando uno pensara que no era conocido, como ocurrió a uno de nuestros hombres, el cabo Antonio Ramos Ramírez, que el 8 de junio fue literalmente cazado en el interior de su coche en Mondragón.

Días después, el 28, nos tendieron una trampa en Zarauz. Se recibió una llamada telefónica en la central de servicios de la Comandancia en la que se denunciaba la comisión de un atentado ocurrido en el alto de Meagas, en una carretera vecinal muy próxima a la citada localidad. Sin pérdida de tiempo y sin poder contrastar la llamada al colgar el teléfono, la persona que había dado el aviso —entonces no existían los teléfonos móviles ni este «prodigio» de que aparezca en el visor el número del teléfono que efectúa la llamada—, una patrulla del GAR salió con dirección al lugar del supuesto suceso. Cuando inspeccionaban el terreno, hizo explosión un artefacto accionado a distancia y alcanzó de lleno a uno de los vehículos. Resultó

muerto el guardia Francisco Muriel Muñoz y heridos otros seis agentes. El GAR empezaba a derramar su sangre.

Comando Bianditz

Las investigaciones realizadas tras la desarticulación del comando Irintzi nos permitieron la incautación de diversos documentos manuscritos con informaciones de miembros de la Guardia Civil y de la policía. Esta documentación se había remitido al Departamento de Grafística del Centro de Investigación y Criminalística del cuerpo para su estudio, tras lo cual se vino al conocimiento de que la letra ya había aparecido entre los papeles de otra célula, desarticulada en 1983 y cuyo nombre era Bianditz. Algunos de sus miembros, que no habían sido identificados, continuaban con sus labores y militancia en la organización. Se examinaron un montón de documentos, se trabajó una vez más en el DNI y se consiguió identificar a uno de los integrantes del nuevo comando, que era miembro de la Policía Autónoma vasca. Tras detenerlo, en su manifestación identificó a tres más que huyeron y a otros tres que constituían un grupo de información que fueron detenidos.

La operación se llevó a cabo el día 27 de junio y se declararon autores de:

- Un atentado frustrado mediante la colocación de varias ollas explosivas para hacerlas detonar al paso de una patrulla de la Guardia Civil. Fueron desactivadas.
- El robo a punta de pistola de un vehículo de la Policial Municipal y de sus uniformes que fueron utilizados para posterior atentado.
- Asesinato, utilizando los medios anteriores del policía nacional Eduardo Navarro Cañadas, ocurrido en San Sebastián el día 15 de diciembre de 1983.

Teniente Mateu, el amor a la responsabilidad

Unas semanas después de estos sucesos, uno de los oficiales del GAR, de los que más había destacado en toda clase de servicios y trabajos, ya veterano de esta formidable unidad, amigo entrañable de todos y verdadero ejemplo y compañero de sus hombres, que le adoraban, el teniente Ignacio

Mateu Isturiz, fue designado para realizar unos cursos de idiomas en Madrid. Tenían una duración de dos años y por tanto había de causar baja en el destino. Mateu era uno de esos hombres que, como decía la ordenanza, no sólo era querido sino deseado por sus jefes y por sus subordinados.

Recibí al teniente Mateu que venía para hacer la despedida oficial. No me corté en decirle cuánto sentía su marcha, pero al abrazarle le deseé mucha suerte y, como decíamos en la milicia, que acabase los cursos de idiomas con «aprovechamiento». El resto del día se dedicó a empaquetar sus escasos enseres de soltero y a estibar convenientemente una larga y estrecha canoa en el techo de su vehículo, un R-12 familiar. Era muy aficionado a remar por los numerosos parajes que para esta actividad ofrecían algunas zonas de los ríos Urumea, Bidasoa, Urola, Deva y Oria. Y también compartió las pocas horas que aún le quedaban, pues pensaba marchar a primera hora de la mañana siguiente, con los demás compañeros. Este oficial tenía una peculiaridad especial. Había ingresado en la Academia General de Zaragoza en 1977 y había solicitado el Ejército de Tierra. Pero ocurrió que el 16 de noviembre de 1978, cuando se encontraba en el segundo año de su carrera, el terrorismo llegaba a su vida por primera vez, y un comando asaltó a su padre, un prestigioso magistrado del Tribunal Supremo, Francisco Mateu Cánovas y acabó con su vida.

El entonces cadete Mateu solicitó gracia especial al Rey para su paso a la Guardia Civil, solicitud que le fue concedida, y llegada la hora, con otros compañeros de promoción, recibió el despacho de teniente de la Guardia Civil. Solicitó desde el primer momento pasar a una unidad en la que pudiera combatir a quienes, sin ninguna razón, no sólo destrozaron la vida de su familia, sino la de muchos otros. Y así vino al GAR. Hizo una campaña de tres años en los que no sólo brilló su preparación sino su humanidad y afabilidad con todos. Ahora había llegado la hora de la marcha.

Sentía una especie de tristeza al verle a distancia preparar y cargar sus bártulos en el coche. Siempre que alguien más o menos allegado se iba me pasaba algo parecido. Quizá pesaban demasiado aquellos seis años de permanencia en un trabajo, en una misión en la que muchas veces se pierde

la perspectiva, y las idas y venidas de unos y otros parece que te quitan el tan necesario punto de apoyo.

El cuartel de Villafranca de Ordicia, situado en un pequeño montículo entre esta localidad y la de Beasain, con difícil y peligroso acceso y aislado, había sufrido un ataque terrorista. Era el 26 de julio. No menos de cinco granadas de la clase Jotake habían impactado en la parte alta del segundo edificio, de los dos que lo componían. Se ignoraba desde dónde se había realizado el lanzamiento y los daños producidos, aunque no había víctimas.

Tras comunicar la novedad a la cadena de mando y disponer que el GAR saliera hacia aquel punto, hice lo propio y llegué a Villafranca sobre las cuatro de la madrugada. Allí me encontré con un montón de mujeres y niños alarmados. Las madres, temerosas de sus hijos, se habían reunido en el comedor de solteros. Era penosa la escena. Cuando llegó la sección del GAR, la tensión se rebajó, y todos se sintieron más seguros. Al frente de la unidad venía el teniente Mateu que, al enterarse del atentado, desembaló su uniforme, tomó de nuevo el mando y allí estaba acudiendo a la llamada que no podía ni quería desoír. Hice un comentario medio en broma, medio en serio, acerca de qué demonios hacía allí.

—He venido a ayudar en lo que pueda —me contestó—. No habría podido irme sabiendo lo que había pasado, mi comandante.

Sentí una gran alegría, orgullo y admiración, que procuré no fuese notado por nadie. A los pocos minutos, se presentó el coronel Pérez Navas, jefe del Tercio, procedente de Vitoria, que con su afabilidad hizo que de inmediato imperase el optimismo. El teniente Mateu situó a sus hombres en posiciones que garantizaban la seguridad del acuartelamiento y relevó de este cometido a los guardias allí destinados, que, al poder reunirse con sus familias, contribuyeron a que la normalidad se restableciese.

Pidió permiso para efectuar con una patrulla el reconocimiento del terreno que rodeaba el acuartelamiento, al objeto de descubrir el punto desde el que se había producido la agresión. Se trataba de facilitar la acción de los TEDAX y desactivar cualquier amenaza, como un segundo lanzamiento que se hubiera programado con retardo o alguna trampa explosiva. No se lo permití. Tras consultarlo con el coronel, preferimos esperar a que aclarase el

día con el fin de aminorar el riesgo. Era muy alto el peligro de efectuar un rastreo en plena oscuridad aun con los sistemas de iluminación de que se disponía.

El coronel solicitó a una de las señoras que nos hiciera café y nos hizo una olla de las grandes con gran contento de rodos. Y esperamos el amanecer. El teniente y sus hombres localizaron el punto desde el que se había realizado el lanzamiento, un coche con gran cantidad de explosivos y una trampa disimulada en la tierra. Ambos pudieron ser desactivados.

Con la situación normalizada, tras despedirnos de los guardias y sus familias y disponer que la sección del GAR permaneciese allí unas horas más, para que el puesto tuviera un poco más de tranquilidad, el coronel y yo salimos hacia nuestros respectivos destinos, él a Vitoria y yo a San Sebastián. A la altura de Tolosa, cuando apenas llevábamos recorridos veinte kilómetros, la radio del coche me comunicó que en el puesto de Arechavaleta se había producido otro atentado de similares características al de Villafranca. Sin pérdida de tiempo dimos media vuelta, desandamos el camino hecho y, a toda velocidad, dejamos atrás las localidades de Beasain, Ormaiztegui, Zumárraga, Urrechu, Bergara y Mondragón antes de llegar a Arechavaleta. Llegué tarde; fatídicamente, uno siempre llega tarde.

El teniente Mateu, nada más tener conocimiento de los hechos, había salido con su unidad hacia la nueva incidencia. Arechavaleta es una población que se estira varios kilómetros a lo largo de la carretera local C-6213, casi en el límite de provincia con Vitoria, de la que la separan unos treinta kilómetros. El cuartel era un edificio pequeño, de tres alturas, el primero del pueblo a la derecha y en la misma entrada. Había sufrido no pocos atentados y las relaciones de nuestros guardias con los vecinos eran prácticamente inexistentes. La agresión era del mismo tipo que la anterior. Desde un pequeño montículo, situado a unos cien metros detrás del cuartel, y en un lugar muy arbolado y lleno de matorral bajo, se habían instado unos tubos desde los que se produjo el ataque con varias granadas. No había habido víctimas. Algunos rasguños de poca importancia en los guardias que se hallaban de protección, que no requirieron cura hospitalaria.

Pero el teniente Mateu había llegado unos minutos antes que yo, unos minutos eternos. Con toda celeridad, desplegó a sus hombres y dio la

protección adecuada al acuartelamiento y a las familias. A continuación, con el arrojo que le caracterizaba y en compañía de un guardia de su confianza, aunque todos lo eran, llevó a cabo el reconocimiento en aquella zona semiboscosa y enmarañada. Muy cerca del suelo y escondida entre la maleza le esperaba una carga explosiva de gran potencia. No se dieron cuenta de que activaban el dispositivo asesino y una formidable explosión estremeció el montecillo. Los árboles próximos cedieron a la enorme onda que acabó instantáneamente con la vida del guardia primero Adrián González Revilla y mutilaba atrocemente al oficial, que moría poco después mientras era conducido en una ambulancia al hospital de Vitoria.

No llegué a tiempo. Me contó uno de los hombres de la sección del GAR, llorando, que las últimas palabras de aquel joven mando fueron para su madre. El día 12 de octubre siguiente, nuestra Patrona, tuve el honor de recibirla como invitada en nuestra festividad y de imponer en el pecho de aquella dama enlutada la condecoración que valerosamente había merecido su hijo, segundo miembro de la familia que le arrebató el terrorismo. Lo mismo se llevó a cabo y en otro momento con los familiares del guardia González, que no pudieron acudir a la festividad de la Patrona.

Dos vidas de valor inapreciable de dos hombres valerosos entregadas con generosidad. Cuántas veces me he preguntado qué habría pasado si hubiera llegado unos minutos antes. Nunca lo sabré. Pero en mis sueños, ellos y otros muchos compañeros caminan delante de mí apartando cualquier obstáculo que estorbe mi paso, mientras una sonrisa alegra sus caras. Y yo sólo puedo musitar una oración.

Tiempo después, el teniente fue ascendido a capitán por méritos y a título póstumo y su nombre figura al frente de un pabellón deportivo de la Academia Especial del Cuerpo. No pueden tener los alféreces cadetes, y cuántos alumnos allí siguen algún curso, mejor ejemplo que la sencilla entrega y espíritu de servicio y sacrificio de aquel oficial que con veintisiete años se fue a dar novedades al buen Dios.

Momentos más difíciles

Sin duda me encontraba ante uno de los momentos más difíciles desde el punto de vista anímico de todos los años que allí permanecí. Porque siendo un drama irreparable la muerte, el asesinato de cualquier guardia, de cualquier compañero, en esta ocasión me sentía atrapado, sin salida, como rezaba uno de los carteles de los pasillos de la prisión militar, supongo que para indicar que en caso de incendio no podía tomarse aquella dirección.

Ocurrió que unos meses antes, en la primavera, mis reservas habían tocado fondo, y además se iba a producir una vacante de mi empleo en Málaga, ciudad cuyo solo nombre alegra y estimula la ilusión de cualquier español, en verano y en invierno y en Semana Santa y más siendo andaluz. Ya era un comandante veterano, con seis años de antigüedad, muy quemado. Muchos compañeros y amigos habían venido y se habían ido. En fin, que con calma lo comentamos en familia, y un buen día, tomada serenamente la decisión, se lo comuniqué al gobernador Elgorriaga y al jefe de nuestro Estado Mayor, general Cassinello. Cada uno por su lado y a su manera trataron de disuadirme, pero estoy seguro que en el fondo de su corazón sabían que tenía razón.

Cassinello me llamó un par de veces a Madrid sin darse por vencido. Hombre de tesón difícilmente vulnerable, que sabía mandar en la más matemática acepción de la palabra, sin titubear y sin interrupciones, sabía siempre sacar todo lo que el que obedece llevaba dentro. Sin agradecimientos. Nadie es perfecto. Jefe con mayúsculas, su carrera se desarrolló en estas luchas y sus ramificaciones políticas. Se hacía querer. Cuando ascendió a divisionario, marchó de comandante general a Ceuta y no tuvo despedidas afectivas con nosotros. Como tampoco tuvo signos de alegría al reencontrarnos, cuando vino de capitán general a Burgos.

Asistí a la ceremonia acompañado de Julen Elgorriaga, pues a su toma de posesión acudieron todos los políticos de la región militar. Y me dolió la omisión de cualquier referencia en su discurso a la Guardia Civil, cuerpo en el que había estado destinado casi tanto tiempo o más que en su Infantería de procedencia. Le conocí de capitán, cuando, de profesor de la Academia de Toledo, dirigió una maniobra que mi promoción llevó a cabo previa a la graduación y entrega de despachos, en julio de 1964. El tema de que aquella

maniobra militar trataba curiosamente sobre terrorismo y antiterrorismo, o guerrilla y contraguerrilla.

De aquella toma de posesión salí muy dolido. Pensaba, sin iluda de forma equivocada, que el destino en la Guardia Civil le había catapultado a su puesto actual gracias al trabajo y excelentes resultados obtenidos, y no había tenido un recuerdo para nosotros. Ni para los vivos ni para los muertos. Después no tuve mucha relación con él. Pero siempre estuvo ahí. Y años más tarde, cuando se produjo nuestro procesamiento e ingreso en prisión, fue una de las pocas personas que día a día estuvo pendiente de nosotros, de nuestras necesidades, de buscar recursos. Durante los seis años que estuvimos en una u otra prisión, no hubo mes que no contáramos con su visita en las que, con el pragmatismo que le caracteriza, trataba algo para él muy difícil: traernos un poco de ilusión. No hubo puerta a la que no llamara en petición de ayuda. Muchas, muchísimas, no se le abrieron. Pero ya hablé antes de su tesón. Mejor, de su cabezonería. Las otras personas no eran otros que los ministros Barrionuevo y Corcuera y el secretario de Estado Rafael Vera. Visitas que la prensa y los demás medios aireaban como sorprendidos, ignorando que existe la amistad, el agradecimiento y la caridad.

Pues bien, en aquel par de viajes que hice a Madrid, el general Cassinello quemó sus últimas naves en su intento de impedir mi petición de destino a la Comandancia de Málaga. Vi al director general Santamaría, que me comprendía pero que también sabía que tenía un grave problema allá en el norte. Como colofón celebré un par de almuerzos con Cassinello y dos de los mejores amigos que he tenido en la Guardia Civil, los tenientes coroneles Jesús Vélez Artajo y Cándido Acedo Pérez. Vélez y Acedo entendían más que nadie mi postura. Así que Cassinello la aceptó, y tras la comida y despedidas llenas de afecto, marché por carretera, contento el corazón, con el deseo de llegar a casa para comentarlo con la familia que esperaban un poco impacientes.

No exagero al decir que hubo mucha alegría en casa. A todos les hacía mucha ilusión volver a Andalucía. El País Vasco es muy hermoso y, quizá, San Sebastián una de las ciudades más bellas de España, pero la sangre andaluza también tiene añoranza por su tierra. Y aquella jauría humana nos

había helado muchas veces el corazón. Al día siguiente, formalicé la petición de destino. Y viví unos días de contenida euforia. Sin abandonar en absoluto mis obligaciones, hacía planes para el futuro. Málaga empezaba a ser mi Tierra Prometida y también preparaba y buscaba soluciones para que las fuentes de información, los colaboradores que tanto esfuerzo habían costado adquirir, pero sobre todo mantener y hacer que «rindieran», no se perdieran ni hubiera el más mínimo perjuicio para el Servicio.

Se hallaba destinado en la Comandancia de Bilbao el comandante José Luis Muñoz Pérez, con el que había hecho una buena amistad al realizar, en compañía de nuestras esposas, un viaje a Italia invitados por los Carabinieri. Estuvimos en una residencia que el cuerpo hermano había inaugurado en la isla de Ischia, verdadero paraíso a muy corta distancia de Nápoles.

El comandante Muñoz también estaba interesado en la vacante de Málaga. Un día me llamó y me preguntó por el tema. Le puse en antecedentes y, además, en lenguaje desenfadado y coloquial, ya que era más antiguo que él, le dije que no se molestara en pedir la vacante pues ya lo había hecho yo. El, en el mismo tono, era un hombre encantador, muy agradable en el trato y de una excelente formación profesional, me comentó: «Bueno, bueno, como nunca se sabe, yo por si acaso también la voy a pedir.»

Uno de aquellos días, el secretario de Estado Vera nos convocó a una reunión de trabajo en Pamplona. Y allí, tras las exposiciones que cada uno hizo sobre las operaciones que llevaba en marcha, análisis de situación y previsiones de actuaciones terroristas, fui designado para acompañar al teniente coronel Acedo a un viaje a Santo Tomé y Príncipe, país que se había mostrado dispuesto a acoger a miembros de ETA que Francia estimase conveniente deportar. Nuestra misión era comprobar si aquel país reunía las condiciones exigidas para aceptar su oferta y tomar nota de sus peticiones y necesidades que nunca eran pocas y no todas asumibles por irrealizables.

Cuando estábamos allí, Acedo me comunicó que la Dirección General había tomado la decisión de trasladar a mi jefe, el teniente coronel Santos Ripa, a Canarias, de donde había venido, con lo que de nuevo me quedaba yo de jefe de la Comandancia. Aparte de que el viaje, vía Luanda, había sido una pequeña odisea, recibí la noticia como un golpe bajo. Le dije que si lo

hubiera sabido en España no habría hecho el viaje. Él sólo obedecía órdenes, me contestó. Los dos éramos muy amigos de Ripa. Con esta medida consideraban que yo no tendría fuerza moral para marcharme. El viaje de regreso fue triste y hablamos poco. Fue vía Lisboa donde, a la ida, habíamos perdido las maletas y, nada más llegar a Madrid, acudimos a ver a Cassinello a quien, además de informarle del resultado, le hice patente mi protesta y, además, el sentimiento de que pudiera dañar a aquel jefe que tanto quise, el teniente coronel Ripa.

Cassinello, en su estilo germánico de recibir informaciones y dar órdenes, me dijo que el expediente de Santos Ripa estaba immaculado (cómo no iba a estarlo si cuando la primera vez que se le llamó para preguntarle si era voluntario para pasar a San Sebastián, contestó: «Por el artículo 1, 10, 15... por el que sea»), y que la decisión tomada obedecía únicamente a las necesidades del servicio. De Madrid partí inmediatamente a San Sebastián, donde me esperaba Ripa para entregarme el mando. No hablamos mucho, nos abrazamos, y de nuevo me separé de aquella entrañable persona. Años más tarde pasó destinado a la zona de Logroño y pudimos reanudar nuestra amistad. Murió cuando estaba yo en prisión.

Mi familia se llevó un pequeño desengaño, quizá algo de frustración o, al menos, eso quise creer pues la verdad es que siempre encontré tanta ayuda en ellos que de otra manera no hubiera sido posible nada de lo que ocurría. El resultado de todos estos acontecimientos fue que el comandante José Luis Muñoz, con gran alegría por su parte, pasó destinado a Málaga, aquella ciudad que durante algunos meses había sido mi Tierra Prometida. Y aunque yo no era Moisés, sí me pasó lo mismo. No puse los pies en ella. Al menos de la forma que quería.

Viajes a París

En esa época mis viajes a París eran frecuentes y siempre por motivos profesionales. Ya de teniente coronel, tras un montón de servicios realizados por los franceses gracias a la información que mi servicio les proporcionaba, fui invitado junto a mi esposa a pasar un fin de semana por el director general de la Policía Judicial. Nos alojaron en un hotel digno, no de lujo, y nos agasajaron con la hospitalidad del buen anfitrión. Al contarle

al embajador de España las vicisitudes de la visita y el comportamiento de los franceses con aquel modesto guardia civil español le comenté que cuando regresara a mi destino e informara a mis superiores del viaje (habíamos tenido varias reuniones de trabajo con acuerdos que me parecían muy provechosos) estudiaría la forma de corresponder a la invitación.

El embajador, que me escuchaba en silencio, me contesto de inmediato:

—No hace falta que regrese usted a casa, pues aquí también está en ella. Comuníqueles que mañana están invitados por usted a un almuerzo en la embajada.

Así me honró el embajador y los franceses, encantados, tuvieron su recepción y su comida, en uno de aquellos salones, verdadera joya, que España tiene en el corazón de París. Le expresé mi profundo reconocimiento. Sé lo que vale un gesto así. Y sé también que algo tendría que ver en todo ello el comandante José Luis Muñoz, que nos acompañó con su mujer Cary a todos los actos, que por entonces se hallaba destinado en la embajada.

Al ascender Muñoz a teniente coronel, pasó, a petición propia, destinado como jefe de la Comandancia de Alicante. Corrían ya los años noventa. Un día asistió a una reunión oficial en la Dirección General. A su regreso a Alicante, observó que acababa de producirse un accidente de circulación. Sin pérdida de tiempo ordenó al conductor que detuviera el vehículo oficial para atender, para socorrer a las víctimas, para ayudar. En ese momento, fueron atropellados por un camión de gran tonelaje. Las condiciones meteorológicas no eran muy buenas, quizá las velocidades fueran excesivas. Sólo Dios lo sabe. El teniente coronel y el guardia conductor murieron allí.

Ésta era mi situación en julio de 1986. No sentía ningún deseo de continuar allí, pero comprendí que no podía marcharme. Ahora menos que nunca. Notaba un sentimiento de pesar en los oficiales y en los guardias. Y me dije que no podía ser. Que aquello no podía continuar. No estábamos allí para lamentarnos. De modo que me ocupé de que a nadie le faltara trabajo, de que nadie tuviese más descanso que el necesario. Había que superar aquel trauma. A Mateu y a Revilla los llevaríamos siempre en nuestro corazón, pero había que seguir adelante. Lo hicimos. No solicité vacaciones de

verano y me introduje, me sumergí en cada una de las operaciones que llevaban los diferentes grupos de Información. No eché de menos el descanso que se esperaba cada agosto. La familia como siempre lo entendió. Y buscamos, todos como un solo hombre, sin escatimar ni un solo minuto de trabajo, de esfuerzo, a los asesinos de nuestros compañeros.

Menudeaban las protestas en casi todos los municipios por las entregas o deportaciones de refugiados, acompañadas de artefactos a bienes franceses y el incendio intencionado de vehículos de esta nacionalidad. También esta violencia empezaba a tener respuesta, de vez en cuando, vehículos de militantes de HB eran incendiados.

En septiembre se produjo el asesinato ya narrado de Yoyes. Tras su muerte apareció entre sus papeles una carta que no sé si la enviaría a alguna parte. Decía así:

«París 8-10-85. A la opinión pública: Yo, María González Cararain, declaro haber sido amenazada por ETA al encerrarse ésta de mi intención de regresar del exilio para vivir en Euskadi sur, junto a mi familia. Tengo la firme convicción de que mi seguridad personal no peligra por el lado de las Fuerzas de Seguridad españolas que mantienen a este nivel una política de tolerancia bien conocida en los círculos políticos. Por lo tanto, afirmo que la responsabilidad de mi muerte corresponde a ETA. Conozco las consecuencias de esta afirmación, pero aún sin estar de acuerdo con la política del Gobierno español frente al problema vasco, es inaceptable que una organización que se dice revolucionaria utilice tácticas fascistas o estalinistas, como más guste, con los miembros que en algún tiempo (lejano en mi caso) formaron parte de ella. El silencio es cómplice.»

No sé si ETA tuvo conocimiento de esta carta, pero reivindicó el asesinato con toda indiferencia.

Infraestructura del comando Araba

El gran esfuerzo que todos habíamos llevado a cabo para tratar de localizar y detener a los autores del asesinato del teniente Mateu y el guardia Revilla, no dio todo el resultado que queríamos, que deseábamos, que

necesitábamos. Había sido el comando Araba, en una de sus correrías por la zona del alto Deva. De la manera más reservada posible y sin descanso, se habían investigado centenares de personas de la zona que por sus antecedentes estaban próximas o simpatizaban con la banda. Se centró un objetivo que residía en Aramayona, población de Álava, situada a escasos diez kilómetros de Arechavaleta y a otros tantos de Mondragón. Las tres poblaciones formaban un triángulo de considerable peligrosidad por las acciones terroristas que se habían llevado a cabo en el último año.

El individuo vivía en un solitario caserío, situado al fondo de uno de esos valles, verdes y hermosos, que sólo existen en aquella tierra. Con el corazón disparado, ansiando casi con desesperación que la operación fuera acertada, se montó el despliegue correspondiente, se cerraron todas las vías posibles de huida, y se llevó a cabo la entrada y detención de quien con numerosos elementos de prueba sospechábamos. La intervención, que tuvo lugar el 24 de septiembre, no fue del todo un fracaso, pero el comando no estaba allí. Había estado, pero se había marchado. Una espesa niebla desdibujaba las figuras de los guardias del CAR que nos daban seguridad y que, con los nervios a flor de piel, pedían noticias de cómo había ido el servicio. El arrestado formaba parte de la infraestructura del grupo asesino y fue puesto a disposición judicial tras hacerse responsable de haber participado en las siguientes acciones:

- Asesinato del guardia Mario Leal Vaquero, que perdió la vida abatido por los disparos de esta gente en Mondragón el 6 de diciembre de 1985.
- Colocación de un artefacto en el cuartel de Arechavaleta que explotó sin causar víctimas el 31 de mayo de 1986.
- Asesinato del guardia Antonio Ramos Ramírez, también en Mondragón, el 8 de junio de 1986.
- Igualmente había colaborado, tal como habíamos supuesto, en el lanzamiento de granadas contra nuestro acuartelamiento de Arechavaleta, y en la colocación de la trampa explosiva que había causado la muerte del teniente Mateu y del guardia Revilla.
- También colaboró con el comando en el atentado en el que resultó muerto a tiros el coronel de Artillería José María Picatoste, hecho ocurrido en Villarreal de Álava el 18 de agosto pasado.

Después de este servicio, llevado a cabo apenas dos meses después de aquel mazazo, los ánimos, más serenos, ayudaron a recuperar la moral que el asesinato de los compañeros había resquebrajado. Pero la asignatura pendiente era el comando Araba.

El caso Velázquez Soriano

El último día del mes de septiembre, uno de los guardias a los que yo tuve en gran estima en el Servicio de Información, José María Velázquez Soriano, que había pedido la baja en el Cuerpo alegando problemas familiares y por haber encontrado un empleo mejor remunerado, irrumpió en la escena nacional y se confesó miembro de un grupo que llevaba a cabo acciones no lícitas contra ETA, de las que él mismo se inculpaba. Me achacaba a mí ser el jefe de dicho grupo. Excepto de la muerte de Manolete, se hizo responsable de un sinfín de acciones subversivas contra el terrorismo, algunas verdaderamente imposibles de creer.

Las declaraciones las hizo a periodistas de la revista *Interviú*, pero también acudió a la radio y a cadenas de televisión del norte. Para el montaje de este sorprendente número, la revista alquiló, en una conocida tienda de Madrid, un uniforme del cuerpo, según se acreditó por la casa, que certificó que «en la segunda quincena del mes de julio de 1986 cedieron un uniforme de la Guardia Civil de los años 60 a César Peralta de la citada revista».

Tras este escabroso suceso se llevó a cabo una exhaustiva investigación en donde, además de lo anterior, se averiguó que este hombre tenía contraídas algunas deudas, que había visitado la Hemeroteca Nacional donde, apoyándose en la lectura del diario *Egin*, consiguió los datos para montar su historia a pesar de que la misma estaba llena de errores, algunos bastante importantes, como armas empleadas, que no lo habían sido, personas detenidas, que tampoco lo fueron, medios y formas, que en aquellas acciones habían sido completamente distintos. En la Audiencia Nacional declaré y aclaré todos estos errores y contradicciones, que demostraban palpablemente la imposibilidad de los hechos narrados por Soriano, circunstancias que fueron perfectamente estudiadas por la entonces fiscal del caso Vázquez de Prada, según se recoge en su informe correspondiente.

Fue detenido por fuerzas del Cuerpo y puesto a disposición judicial, donde se desdijo de todas las acusaciones hechas y añadió que todo lo había realizado por dinero, al encontrarse en una apurada situación económica. Según consta documentalmente, recibió de la citada revista, abonado por la oficina 1.102 de Caja de Madrid, un cheque a su nombre por un importe de 1.750.000 pesetas contra la cuenta de Ediciones Zeta, editora de *Interviú*. También explicó que los periodistas de aquella revista, con los que contactó, Manuel Cerdán y Antonio Rubio, le habían entregado 25.000 pesetas en metálico y un cheque por otras 250.000, al portador, que también hizo efectivo en Caja Madrid. Fue más tarde, en presencia de un abogado, cuando, tras firmar el relato en las dependencias de la revista, recibió el talón de 1.750.000 pesetas.

Desde la cárcel, este guardia escribió una carta al juez instructor de las diligencias que se abrieron, donde resumía todo lo ocurrido y en la que, además de negar todos los hechos, que por sí solos eran increíbles, pedía perdón a sus compañeros y a mí mismo. Decía que ante sus problemas económicos pensó que *Interviú*, a través de sus dos reporteros, Manuel Cerdán y Antonio Rubio, «se tragaría el anzuelo de aquella historia, de esta forma yo conseguiría dinero para vivir y comer y poder tener médicos, cosa que hasta entonces no tenía».

Años más tarde, durante mi segunda estancia en la prisión militar de Alcalá de Henares, con motivo de una querrela que mi abogado Argote había interpuesto en mi nombre contra este guardia por los hechos narrados, fui citado para ratificarme en el correspondiente Juzgado de la plaza de Castilla. Recuerdo que me condujo el general Gajate. Cuando caminábamos por el pasillo que nos llevaba al despacho del juez, oí una voz que me saludaba y me pedía perdón. Y lo hacía en voz alta y dolorida. Era él. Sentí la necesidad de acercarme a aquel hombre y saludarle y confortarle con el afecto que siempre le tuve. Y lo hice. Casi sin palabras. Una vez en presencia del magistrado, retiré la denuncia, ante la sorpresa de todos, incluidas las partes y su señoría. Yo no podía ir contra un hombre que había trabajado, luchado y sufrido conmigo, allí, en aquellas tierras del norte. Al contrario, deseaba que sus problemas se arreglasen y volviera a ser aquel que yo conocí y cuya marcha, como la de tantos otros, sentí. Le volví a ver en mi juicio donde, al margen de reconocimientos personales y amistosos

hacia los justiciables, también exhibió un poco de fantasía. Hoy no sé ya nada de él.

Un octubre de sangre y fuego

Era habitual que, con motivo de las numerosas manifestaciones, jornadas de lucha y protestas de todo tipo que se celebraban en el Bulevar, al amparo de la parte vieja, menudearan los incidentes de todo tipo contra el Gobierno Militar de San Sebastián, situado al comienzo de aquel paseo, frente al Ayuntamiento y junto al puerto pesquero. Un entorno único en una única ciudad. Hoy ya está destinado a otros menesteres al haber sido desafectado por el Ministerio de Defensa.

Los centinelas de guardia tenían serias dudas sobre cuál debería ser su comportamiento, lo cual no carecía de lógica, pues no se puede contestar con un fusil de guerra al lanzamiento de una piedra. No obstante, y al aumentar esta presión sobre el edificio, el gobernador militar, de forma valiente, hizo pública una nota en la que advertía que los centinelas harían uso de sus armas en casos de grave agresión. El revuelo entre los que se manifestaban y parte de la clase política, fue notable. El general Garrido, estaba sencillamente harto. Desde que llegó destinado a San Sebastián como jefe de la Brigada de Montaña y gobernador militar, habíamos sentido por él un profundo afecto pues siempre supo estar junto al que sufría para compartir el dolor y, cuando el servicio daba su fruto, nunca faltó su felicitación.

Lo recuerdo cómo hablaba de su profesión, que adoraba, militar de pura vocación, y también de sus hijos, uno de los cuales, alpinista afamado, se hallaba colgado en algún punto del Aconcagua, en los Andes, allá en América del Sur. José María García, aquel periodista único, consiguió una noche, en su programa de deportes, establecer comunicación radiotelefónica con él y al día siguiente el orgullo era patente en la cara del general, cuando lo celebrábamos en Ínchaurrondo.

Era extremadamente valiente en sus desplazamientos y en la normalidad de su vida, aunque en más de una ocasión le aconsejaba que tomase precauciones, pues ya nos habían asesinado a algún gobernador militar.

Ahora, tras sus declaraciones, debía extremarlas al haber sido muy contestadas.

Comando Oloki

Tras aquella operación que nos había absorbido por completo en Arechavaleta, buscando al comando Araba, de nuevo el trabajo se centraba en la zona de actuación de los grupos que operaban en nuestra provincia. No hacía mucho tiempo que en la pequeña localidad de Ibarra se había llevado a cabo el robo de un vehículo a punta de pistola. Tras ser abandonado y encontrado, se halló una huella en el cristal de la parte derecha delantera. Se remitió para su estudio al centro de Criminalística de Madrid y, tras un minucioso examen y cotejo con numerosos dactilogramas, coincidía en varios puntos esenciales con las de un individuo que fue sometido a vigilancia. Una vez acumulados una serie de datos, movimientos, contactos y otras evidencias, el 3 de octubre se procedía a la detención de esta persona y otras tres más, con las que habitualmente se reunía y realizaba numerosos desplazamientos por la zona de Villabona. El resultado fue que componían un comando legal armado de ETA-m, llamado Oloki, que, entre otros hechos, iba a realizar numerosos ametrallamientos a camiones franceses al circular por las carreteras vascas que, lógicamente, pudieron ser evitados.

Secuestro de Lucio Aguinagalde

El 15 de octubre ETA llevó a cabo otro de sus secuestros, pero muy significativo por tratarse de Lucio Aguinagalde, industrial de sesenta y nueve años, el militante más veterano del PNV en Álava, y miembro de la junta de gobierno de ese partido en aquella provincia. Nadie ni de su familia, ni mucho menos del PNV, creían que su desaparición se debiera a una acción de ETA. Pero lo era, como la banda acreditó al reivindicarlo al día siguiente. Incluso, hacía responsable del secuestro al PNV y a su política.

La familia, como siempre, decía que ETA se había equivocado, y el portavoz del PNV, Xavier Aguirre, salía al paso de las acusaciones de ETA y calificaba su comunicado de inadmisibles, injusto y rechazable. Desde ese momento, el PNV consideró como primordial liberar al secuestrado. De

entrada, convocó una manifestación de protesta a la que acudieron varios miles de personas. Mientras, su nueva Policía Autónoma, sus hombres de Información con Genaro García Andoain a la cabeza, iniciaban una desesperada búsqueda, no sólo de Aguinagalde sino de cualquier pista que pudiera conducir al mismo.

La policía y nosotros hacíamos exactamente igual dentro de una especie de protocolo que se ponía en marcha en estos casos. El secuestro duró diecisiete días. Durante ellos tuve alguna reunión con Genaro al que facilité lo poco que de información teníamos al respecto, así como algunas ideas de dónde y cómo podía estar este hombre privado a la fuerza de su libertad. Nuestra provincia fue minuciosamente rastreada, llegamos hasta donde podíamos con nuestros medios, pero era poco probable que Aguinagalde estuviera en ella. Y así se lo comenté a Genaro la última vez que le vi.

La Policía Autónoma se empleó a fondo. Los recursos de información social son muy estimables en el PNV, dada la imbricación del partido en la gente de todas las poblaciones, hasta en la más remota aldea donde muchos comentarios y rumores son recogidos en los batxokis o casas de reunión de los miembros de este partido. Movimientos de gentes, personas o jóvenes que llevan días sin que se les vea por sus zonas habituales, etc.

En la mañana del día 2 una patrulla de la Ertzaintza se disponía a inspeccionar una serie de cuevas que existían en el monte Gorbea, en una labor similar a la que nuestros servicios realizaban. Se tenían registrados cuantas simas, cuevas, escondrijos, cavidades que fueran aptas para albergar a personas había en las respectivas demarcaciones. Y cuando se descubría una nueva, automáticamente pasaba a engrosar el registro.

Pues bien, la citada patrulla, en su ascenso encontró a un individuo que manifestó se dedicaba a la búsqueda de setas, cosa nada extraña por el lugar, el día y la hora. Pero en un momento de descuido observaron que llevaba una pistola semiocultas en la cintura por lo que procedieron a detenerle. Fue conducido a la comisaría, donde se organizó un grupo, bajo las órdenes de Genaro García Andoain y con la información que ya poseían, salieron con rumbo al lugar exacto en el que se encontraba el secuestrado.

Muerte de Genaro García Andoain

A las tres de la tarde habían tomado posiciones frente a la entrada de una cueva, que se encontraba completamente tapiada con piedras. A una señal del director general de la Consejería de Interior, y a voces, se identificaron y ordenaron a los que se encontraban en el interior que salieran sin armamento. Dentro se oían ruidos, pero nadie respondió. Genaro ordenó a los ertzainas que empezaran a quitar las piedras. Genaro creía que ETA no se enfrentaría a la Policía Autónoma vasca, a «su policía». Genaro creía en una ilusión que no era más que una utopía. Y se equivocó. Por la abertura que ya se había practicado, uno de los secuestradores salió con gran rapidez, sorprendió a los de fuera y sin titubeo disparó y causó la muerte de aquel hombre, cuya mente estaba llena de ideas y su corazón de amor por aquella tierra, para la que quería un futuro muy distinto a aquél y aun al de hoy.

El agresor escapó corriendo por los campos del Gorbea. Los ertzainas abrieron fuego sin alcanzarle y se enfrentaron a tiros al segundo terrorista al que alcanzaron. Este recibió cinco impactos de bala, pero, tras su captura y hospitalización, se restableció. En el interior de aquel habitáculo inhóspito se encontraba el secuestrado Lucio Aguinagalde, cuya liberación había costado tan alto precio. Uno de los detenidos por la Ertzaintza en este servicio, Juan Mari Gabirondo, denunció, cómo no, que esta Policía Autónoma le había maltratado.

La muerte de Genaro García causó sensación en el PNV, fue un verdadero aldabonazo que les demostraba cómo era el enemigo que había enfrente y que no era sólo enemigo nuestro. También causó un fuerte impacto en la opinión pública. Yo lo sentí profundamente. Existía entre nosotros una franca complicidad, un desinteresado intercambio de información, la colaboración y ayuda mutuas, habían pasado a la historia. Tenía sesenta y cuatro años. La capilla ardiente se instaló en Arkaute, en la Academia de la Policía Autónoma de Álava, de la que había sido su alma y los funerales se celebraron en Bilbao, a los que, además de las autoridades vascas, asistieron los gobernadores y nuestro ministro.

El secuestrado, pasados estos días de luto, dio como siempre una rueda de prensa, en la que reiteró que el comando secuestrador había insistido en numerosas ocasiones que lo habían secuestrado sólo por ser empresario y no por ser miembro del PNV, ni muchísimo menos. Era un detalle, bastante significativo en el papel que cada cual jugaba en aquella partida política. ETA enfrentándose al PNV. Impensable. Durante los días que duró el secuestro, la familia recibió un sobre procedente de ETA, con una carta del secuestrado y una fotografía suya. Se comentó que habían exigido un rescate de 150 millones de pesetas.

El 17 de octubre cesaba el general Cassinello al frente del Estado Mayor de la Guardia Civil. Venía una época de cambios en el Cuerpo y nosotros seguíamos con nuestro trabajo e intentábamos mejorarlo con información más precisa y personal cada vez más idóneo, más preparado y más ilusionado. Circunstancias no siempre fáciles de conseguir.

Su cese ocurría el mismo día en que Barcelona obtenía la organización de los Juegos Olímpicos en el verano de 1992. Nuestro trabajo, el de los hombres de Ínchaurredo, sería esencial, casi providencial, para que estos eventos y otros que en ese mismo año tuvieron lugar en España, como la declaración de Capital Europea de la Cultura de Madrid, y la Exposición Universal de Sevilla pudieran celebrarse con toda normalidad, sin una sola acción de los terroristas.

Asesinato del general Garrido

Finalizaba octubre cuando el gobernador militar, general Rafael Garrido Gil, con su esposa Daniela Velasco Domínguez de Vidaurreta y el menor de sus hijos, Daniel Garrido Velasco, se disponían a trasladarse a Huesca, donde poseía una vivienda, para pasar unos días de descanso. Hechos los preparativos de rigor emprendieron la marcha en su vehículo oficial, un Peugeot 504, semiblindado. El vehículo avanzaba por el Bulevar para alcanzar el paseo que discurre junto al Urumea y, por el barrio de Amara, tomar la autopista y marchar a su punto de destino. Apenas son las diez de la mañana del 25 de octubre. Cuando estaba detenido en un semáforo en rojo, apareció una potente moto, uno de cuyos ocupantes colocó un bulto, un paquete de mediano tamaño, en el techo del coche oficial, que no cayó al

suelo gracias a unos imanes que le aferraron a la chapa. Sin esperar a que el semáforo se pusiera en verde, arrancó y, a gran velocidad, se perdió por las calles de San Sebastián. Todo había ocurrido en escasos segundos, tan pocos que nadie ha podido reaccionar ni dar una señal de alarma, nada.

En ese momento se produjo una atronadora explosión. El coche quedó literalmente planchado, laminado, destruido. El general, su esposa y el joven Daniel han muerto. Una docena de peatones que marchaban por la acera, resultaron heridos, uno de los cuales, una ciudadana portuguesa, María Josefa Teixeira Gonsalve, fallecía dos semanas más tarde.

Tan pronto me fue posible, una vez comunicadas cuantas circunstancias conocía del hecho a Madrid, me dirigí al lugar y me quedé sobrecogido. En medio que aquella oscura mancha negra de grasa, aceite y gasolina, no era poca la sangre que allí en el suelo gritaba su orgullo español en aquella tierra española. Aquella sangre de un muchacho y de sus padres, a los que un terrorismo despiadado rompió la ilusión mañanera de un corto viaje, de un reencuentro familiar, con los otros hijos. Les rompió todo.

El comando Goyerri podía grabarse otra muesca en la culata de sus armas. En su momento veremos que algunos de los asesinos del general Garrido no le sobrevivieron mucho tiempo. La bomba había sido preparada minuciosamente por Kubati, José Antonio López Ruiz, y colocada encima del coche oficial por Rafael Echebeste Garmendia. ETA no tardó ni 24 horas en hacerse responsable de la salvajada. Y el PNV culpó a la banda de cerrar las vías negociadoras en Euskadi.

Años más tarde, tras repostar mi vehículo en una gasolinera de Zaragoza, alguien me tocó en la espalda mientras me decía:

—Mi general...

Me volví y me encontré con un hombre de unos treinta y cinco años, más o menos, pelo corto, aseado que, en posición de firmes, continuó:

—Soy el hijo del general Garrido. Estoy destinado en esta guarnición de suboficial y quería saludarle, mi general.

Era uno de esos momentos en los que sobran las palabras. Bien sabía de mi profunda admiración y cariño hacia su padre. Ante la mirada, quizá sorprendida del gasolinero, nos abrazamos. Y ya nunca he vuelto a saber nada de ningún otro familiar de aquel gran hombre, mi buen amigo, mi general.

Luis Roldán. Primer director civil del Cuerpo

El Consejo de Ministros que se celebró el 24 de octubre había llevado a cabo el nombramiento de una serie de personas para los puestos más altos y sensibles del Ministerio de Interior. El más llamativo fue el de director de la Guardia Civil que había recaído en el hasta entonces delegado del Gobierno en Navarra, Luis Roldán Ibáñez. Era, en la historia del Cuerpo, el primer paisano que lo iba a dirigir. Y en la opinión pública hubo, como siempre, opiniones a favor y en contra. El tiempo pondría a cada uno en su sitio, como árbitro imparcial

Roldán había nacido en Zaragoza en 1943 donde había llegado a ser teniente de alcalde del Ayuntamiento por el PSOE.

El 29 de diciembre de 1982 fue nombrado delegado del Gobierno de Navarra. Cuando otros renunciaron a tal designación, y prácticamente no había nadie que fuese voluntario para tal cometido, él lo aceptó. No eran buenos tiempos en el campo terrorista, pero durante los cuatro años que estuvo en el cargo, las Fuerzas de Seguridad, tanto de la policía como de la Guardia Civil, lograron importantes éxitos en esta lucha.

En noviembre de 1993, cuando el entonces ministro José Luis Corcuera presentaba su dimisión por haberle modificado el Tribunal Constitucional una palabra de su Ley de Seguridad Ciudadana, la llamada de «la patada en la puerta», Diario 16 destapaba la noticia que acabaría con su carrera y con muchas otras cosas. Su patrimonio era, en opinión de este medio, excesivo. Cesó como director del cuerpo el 3 de diciembre de ese año y le sustituyó el gobernador civil de Barcelona, Ferran Cardenal Alemany. Como consecuencia de la situación que se había generado tras la información de Diario 16, el 21 de abril de 1994 el PSOE le cesó de militancia. El 29, antes de que se tomaran medidas judiciales contra él, desapareció, lo que provocó

la dimisión del nuevo ministro Antonio Asunción que había empeñado su palabra ante los medios de comunicación de que esta circunstancia no ocurriría. Un año más tarde, el TI de febrero de 1995, fue detenido en Bangkok y conducido a España en una rocambolesca acción político-policia aún no esclarecida del todo. Las circunstancias de su procesamiento, juicio y condena, y su internamiento en la prisión de Brieva, son de sobra conocidos. El 26 de febrero de 1998 fue condenado a veintiocho años de prisión por la Audiencia Provincial de Madrid, que además le impuso una multa de 1.600 millones de pesetas. Malversación, estafa, cohecho y contra la hacienda pública fueron los delitos. El 21 de diciembre de 1999 el Supremo aumentaba en tres años la pena. No puedo olvidar aquella escena en los pasillos de los Juzgados de la plaza de Castilla, en los que como en un circo en tiempos de los romanos, su esposa era literalmente arrastrada, al ser citada por el juez, mientras decenas de cámaras filmaban la secuencia e impedían que avanzase. Era un espectáculo que rayaba en la barbarie. Cómo era posible, me preguntaba, que esto ocurriera en nuestro país. En nuestro «estado de derecho». Cómo la justicia podía tolerar aquella salvajada en sede judicial. Creo que España entera se sobrecogió al contemplarlo. No había un átomo de caridad entre los presentes. Los guardias allí de servicio no hicieron nada. Bien sé que los procesos judiciales son públicos, pero también sé que existe la presunción de inocencia y que uno es dueño de su imagen. Cuando uno cae está perdido. Años más tarde, al comentar estos sucesos con el ex presidente González, me manifestó también su «contrariedad» y que había que hacer algo para evitar su repetición. Tras una dura lucha de solicitudes y recursos y aun cuando por el número de años que llevaba en prisión hacía tiempo que podría haber obtenido el tercer grado y la libertad condicional, hasta hace unos pocos meses, a mitad de mayo de 2005, no lo ha logrado y se encuentra en régimen abierto en un centro de Zaragoza. Declaró como testigo de cargo en mi juicio, atacó a sus compañeros políticos, pero también a mis guardias, y a mí, sus subordinados. Algo que aún no puedo entender. Como tampoco lo mucho que tuvo que ver en el lamentable desmantelamiento de la UCIFA que costó prisión y carrera a tres excelentes guardias civiles.

Asistí a su toma de posesión, donde derrochó ilusión en sus primeras palabras al Cuerpo. Se empeñó en modernizarlo y se avanzó mucho en esa

dirección. Ahí queda el completo desarrollo de la participación de la mujer, con los mismos derechos y obligaciones que los hombres, la creación del Servicio Marítimo y la edificación de numerosos cuarteles, que aun cuando fueron uno de los motivos, o quizá el único, de su problema, ahí están y cumplen su cometido.

En el tema antiterrorista, sólo hace falta recurrir a las hemerotecas o a las estadísticas. En marzo de 2002 recibí una tarjeta suya, que contesté, desde la cárcel de Brieva, en Ávila, donde se encontraba, a la prisión militar de Alcalá de Henares, donde me hallaba yo. Recordaba los diez años de aquel día de marzo de 1992 en que, a media tarde, desde mi despacho en San Sebastián, llamaba por teléfono a Corcuera y le decía:

—Ministro, bingo.

Acababan de ser detenidos en Bidart, Francia, en una operación increíble de la Comandancia de San Sebastián, Paquito, Txelis y Fiti, el colectivo Artapalo, cúpula absoluta de ETA.

Sokoa, la fe

La Comandancia estaba embarcada en una formidable operación en la que muy poca gente creía. Hacía más de dos meses que el entonces director de la Seguridad del Estado, Julián Sancristóbal, había ideado un plan que parecía descabellado, de una audacia inusitada y que desde el principio contó con la oposición de mi director general, Santamaría, y del jefe del Estado Mayor, Cassinello. Pero él siguió adelante. Fue uno de esos trabajos que unen a los cuerpos policiales, sin ninguna reserva. En su momento cada uno puso lo que pudo y tuvo. Pero el mérito no se le puede negar a su ideador.

Habíamos tenido la ocasión de contactar con las Fuerzas de Seguridad israelíes que habían visitado nuestro país y recorrido la muga, la zona fronteriza con Francia, en aquella parte en que era utilizada por los mugalaris de ETA para el paso de comandos. Se había visto la viabilidad de su control electrónico. Era factible, pero a un alto coste que en aquella época no era posible realizar. Nuestra gente había llevado a cabo cursos

especiales de seguridad en Israel, con lo que se establecieron lazos útiles en la adquisición de conocimientos de técnicas, armamentos y entrenamientos que llevaban a cabo las distintas organizaciones terroristas.

El plan de Sancristóbal consistía en poner en manos de ETA un instrumento, tipo arma, u otro material empleado por ella, que, convenientemente manipulado con anterioridad, permitiese su localización posterior al emitir una señal de radio desde un emisor introducido en su interior. Esta señal sería captada por un receptor que además indicaría con aceptable exactitud su situación. Hoy, con el sistema de posicionamiento global GPS no tendrían más dificultad que la inserción del emisor en el objeto en cuestión, pero hace veinte años la técnica no permitía tales alegrías.

De entrada, se presentaban unos problemas previos que parecían irresolubles:

- A. Contactar en el mercado utilizado por ETA con uno de sus suministradores.
- B. Averiguar qué material estaría interesada en adquirir.
- C. Prepararlo en las condiciones que ya se han descrito.
- D. Efectuar la venta y esperar.

En un titánico esfuerzo de información, en el que intervinieron numerosas personas y servicios, lo que hacía más vulnerable la operación, los dos primeros problemas encontraron solución. Intermediario

Se localizó un intermediario que proveía de armas a ETA. Se averiguó que esta organización terrorista estaba muy interesada en la adquisición de algunos misiles SAM-7 (Superficie Aire Misil) con la intención de derribar una aeronave de las que trasladan a altas jerarquías del Estado y miembros del Gobierno, que, desgraciadamente, tantas veces acudían al País Vasco para asistir a funerales. La resonancia propagandística sería tremenda.

El resto fue una carrera de obstáculos que hubo que vencer y una lucha contra el tiempo, pues Julián Sancristóbal ya había pedido al ministro que nombrase a un sustituto. No eran buenas sus relaciones con Vera y escasas

con la Guardia Civil. En el tiempo que desempeñó su cometido yo no tuve ni un solo despacho con él. Creo que nunca llegamos ni a hablar.

Por procedimientos extremadamente seguros y en el mercado de Oriente Próximo, se adquirieron dos ejemplares de este misil, de baja cota, ideal para abatir un avión o un helicóptero en el aterrizaje o en el despegue. En ese momento, intervino la Agencia Americana de Inteligencia para, con su más moderna tecnología, introducir en el pistolete o empuñadora del arma, un sofisticado emisor que permanecería inerte hasta que a distancia fuese activado para transmitir su señal codificada. Con ello se pretendía que, si el comprador sometía a un examen de barrido electrónico al artefacto, lo encontrase absolutamente normal, al menos en el momento de la transacción. Al mismo tiempo, su carga explosiva fue sustituida por otra simulada e inofensiva. La tercera fase acababa de ser resuelta.

Se inició la última y más delicada a mediados de septiembre de 1986: la entrega. El intermediario había señalado el punto exacto en el que una furgoneta, de unas características convenidas previamente, con los dos misiles, debería ser estacionada a una hora determinada en un punto concreto. Y, a continuación, abandonada por su único conductor que hora y media más tarde podría volver a recogerla al mismo sitio. Las armas estaban contenidas en unas cajas de madera como ataúdes pequeños, llenos de inscripciones en inglés y en ruso. Habían entrado por Lisboa. La hora de entrega convenida era las 11 de la mañana. El punto, a doscientos metros escasos del cuartel de la Policía Nacional en la cuesta de Aldapeta de San Sebastián. El conductor dejó la furgoneta con las llaves puestas y la preciada carga en la parte trasera de la misma y, cuando volvió hora y media más tarde, el vehículo se encontraba a menos de dos metros de donde lo había dejado, pero vacío. A la hora convenida se activó el emisor que fue captado en movimiento cerca del alto de Miracruz. Sin duda iba camino de Francia. Unos minutos más tarde se perdió la señal y aparecieron unos nervios que aumentaban a medida que pasaban las horas, sobre todo en Madrid.

Se montó en Inchaurrondo un completo puesto de mando, con miembros de la policía y del Cuerpo, dedicados exclusivamente a esta misión, así como dos agentes de la CLA, con los receptores adecuados en escucha

permanente, noche y día. Pasaron bastantes noches y bastantes días pues la técnica falló estrepitosamente. Al no captar señal y suponer que los artefactos estaban en Francia, los receptores se trasladaron a las dependencias fronterizas que teníamos en el puente de Santiago, donde empezamos a recibir un débil eco que parecía proceder de una pequeña isla, con una caseta y una huerta, situada en la desembocadura del Bidasoa.

Así estuvimos unos días, desesperantes, en los que los americanos se esforzaban en comprender nuestros juegos de entretenimiento y en participar como los demás en todos los menesteres del Servicio. Tiempo después y en una de las visitas que hice a su sede central en Langley, Lousiana y, tras el tercer grado a que solían someterme en temas de terrorismo, amistoso eso sí, les preguntaba qué recuerdos tenían de aquella estancia en Ínchaurrondo. Me contestaron con gran precisión: la paella, el vino de Rioja y haber aprendido a jugar al mus. En verdad creo que en lo último exageraron un poco.

La incertidumbre era insoportable y, a la hora de la verdad, nadie se fiaba mucho de que aquellos armatostes fuesen realmente inocuos. Así que una noche se decidió el reconocimiento de la isla que se hizo a las órdenes del capitán P de Especiales, uno de los más competentes que he conocido en el Servicio, de los más generosos y arriesgados, que efectuó la inspección de madrugada. Las malditas armas no estaban allí. Las prisas alcanzaron la histeria. Entonces se proveyó a este oficial de un receptor portátil y con otro hombre de su confianza pasaron a Francia y empezaron un recorrido a modo de escáner por las calles de la primera ciudad que linda con España al otro lado del Bidasoa, Hendaya, tras rastrear por todo el río en su desembocadura.

Dos días más tarde informaban que con una alta probabilidad los misiles estaban en un edificio pegado a la carretera a las afueras de Hendaya, entre los puentes de Santiago y Behobia, que albergaba la cooperativa Sokoa. Se dedicaban a fabricar muebles, entre otras cosas, claro.

Señal alta y clara

La señal que se recibía era alta y clara. Nos reunimos con los franceses a los que pusimos al tanto de todo. El comisario jefe Catala preparó la intervención, no sin intercambiar conmigo unas duras palabras por no haber sido informado con anterioridad. Al ser en francés la mayoría de ellas hicieron que no me diera por aludido. En las primeras horas del 5 de noviembre, al frente de un numerosísimo grupo de agentes, el comisario de la PAF empezaba el registro de la cooperativa en medio de las protestas de sus responsables, encargados y empleados que negaban, una y otra vez, tener más actividad que la que tenían declarada y lícitamente autorizada. Dos horas más tarde el registro terminó sin ningún resultado. Allí no había nada de lo que esperábamos. Al menos eso es lo que me dijo con pésimo humor el comisario francés que sentía que había hecho el ridículo.

Me hice firme en la información que le transmití y le rogué que practicara un segundo reconocimiento con un guardia que le envié provisto del detector portátil, a lo que accedió de mala gana. Media hora más tarde, nuestro hombre estaba en Sokoa, se presentaba al policía galo y se inició de inmediato una nueva exploración. En pocos minutos, y ante la incredulidad de los franceses, el guardia señaló una pared. Debían derribarla, les dijo. Los franceses titubean. Jól Cata- la pensó que no tenía nada más que perder. Al fin y al cabo, aún estábamos nosotros para responder ante París y Madrid.

Ordenó que se derribara el tabique y se llevó a cabo de inmediato. El tabique no era sino una pequeña tapadera de un habitáculo que había al otro lado, en cuyo suelo existía, bien disimulada, una trampilla que, al ser accionada, dejaba libre el paso a un zulo de formidable capacidad, más de cincuenta metros cuadrados de extensión y más de dos de altura. La trampilla, cuyo cierre se encontraba oculto tras una estantería, era un prodigio de ingenio. Al asomarse y ver lo que allí había, dispuso que el guardia civil desapareciera en seguida, que volviera urgentemente a España. A partir de aquel momento él era el dueño de la situación, de la información.

Sokoa era una empresa próspera, participada por otras de más importancia, que incluso vendían mobiliario de oficina a España. Ante los atónitos ojos del comisario fronterizo apareció un verdadero arsenal y numerosísimos

libros, documentos y material diverso, algo que iba a producir un serio quebranto a ETA. Allí estaban los dos misiles que habían robado la tranquilidad a muchas personas a este lado de la frontera, veintiuna pistolas, gran cantidad de goma², grilletes, uniformes de la Policía Vasca, munición en una cantidad desorbitada, chalecos antibalas, documentos de identidad en blanco, tampones con el sello de ETA, anagramas y medallas de la misma, pegatinas de HB y bonos con los que esta coalición recaudaba dinero en las campañas electorales, cerca de dos millones de francos franceses, que equivalían a cincuenta millones de pesetas y una enorme cantidad de documentación. En este punto es de justicia resaltar que en esta época se atribuyó al «diplomático» Francisco Paesa la intervención en el apartado de la intermediación y compra de los misiles, que habrían alcanzado la suma de setenta millones de pesetas que, según algunos medios informativos, no habría cobrado. Años más tarde, la entrega de Luis Roldán en Laos se debería a él, y en ese momento reclamaría al ministro Belloch aquella deuda más otros 230 millones por esta última gestión. En total, 300 millones que en esta ocasión sí habría percibido.

La documentación constaba de tres partes: una era eminentemente operativa, con muy precisas informaciones sobre numerosas personas no sólo de Euskadi sino de todo el país, horarios de trabajo, medios de desplazamiento, direcciones, costumbres, etc. Y no sólo de miembros de las Fuerzas de Seguridad y de los Ejércitos, sino también civiles, profesionales de todas las ramas, unos para ser objetivo de atentado y otros para serlo de la extorsión o el secuestro.

El segundo grupo de documentos lo constituían varios libros de contabilidad, donde, con fechas y nombres, figuraban una respetable cantidad de respetables personas que pagaban el impuesto revolucionario, las cantidades y las fechas en las que las habían hecho efectivas. Algunos, conocidísimos, de los que se escandalizaban cuando se acusaba a alguien de pagar el citado impuesto. Y otros, no pocos, lo sobrellevaban con cómodos plazos, que allí estaban matemáticamente reflejados, incluso la cantidad que les faltaba. Creo recordar que no devengaban intereses. Del País Vasco eran más de noventa los empresarios sometidos a chantaje.

El tercer grupo lo constituía una serie de documentos que justificaban el pago a abogados, a periodistas de la prensa abertzale, a comités de refugiados y similares dentro del complejo ETA.

En su día, esta documentación, por los cauces adecuados, llegó a la Audiencia Nacional. No hubo ninguna consecuencia ni para los que hacían efectivo el dinero que la banda les exigía, ni para los abogados, periodistas y demás receptores de cantidades abonadas por ETA. Otro curiosísimo aspecto que quedó claro entre los numerosísimos folios y legajos allí encontrados, fue la existencia de numerosos militantes del PNV, de clase acomodada, que estaban exentos de esta extorsión y por qué. Se supo que Arzallus se había reunido con José Luis Arriera Zubimendi, Azkoiti, importante dirigente etarra, a quien conocía muy bien no sólo por ser de Azpeitia, sino también por haber militado en EGI, organización juvenil vasca hasta que, tras el Consejo de Guerra de Burgos, se había pasado a ETA. El motivo era que varios miembros de su partido habían recibido la carta del chantaje. La cita se produjo en Bayona, en abril de 1983, y se llegó al acuerdo de que ETA no extorsionaría a los empresarios del PNV, a cambio de que éste hiciera todo lo posible en el futuro para impedir la extradición a España de cualquier miembro de la organización que fuera detenido o reclamado judicialmente. Así, en algunos libros de aquella contabilidad, al lado de sonados miembros de este partido o simpatizantes del mismo, en lugar de una cantidad de francos o pesetas, figuraba la frase «ha cumplido con el PNV». Había más de sesenta. Y tan panchos. Al resto de los mortales hasta el último céntimo y si les faltaba algo («quedan pendientes 4 k»), es decir le faltaban por liquidar todavía cuatro millones) pues ultimátum al canto.

Viendo aquella extensa lista de extorsionados, de chantajeados y de exentos de pago por su linaje nacionalista, comprendíamos mejor el enorme valor y ejemplo que había dado en reiteradas ocasiones el propietario de Koipe, Juan Alkorta Maíz, de los más trabajadores y emprendedores empresarios vascos. Había recibido la famosa carta del chantaje en 1980. Le exigían una importante cantidad para «contribuir a la causa del pueblo vasco». Se entrevistó con el presidente del Gobierno de la época, Adolfo Suárez, y también con el ministro de Interior, Rosón, donde encontró apoyo. Más tarde hizo lo mismo con los jeltkides, los jefes del PNV, donde halló

frialdad, por no decir rechazo. El 29 de abril hizo pública una carta abierta que reprodujo la prensa nacional donde anunciaba a ETA que jamás pagaría el impuesto revolucionario y que les esperaba donde quisieran. A la vez, aconsejaba a la clase empresarial que siguiera su ejemplo. Verdaderamente era un hombre inolvidable.

Detención de Azkoiti

En los primeros momentos de aquella magnífica operación se detuvo a once personas de la cooperativa, de las que siete eran españolas y cuatro francesas. Entre los primeros, todos miembros de ETA, se encontraba Arrieta Zubimendi, responsable de finanzas y verdadero tesorero de la banda.

Los demás eran menos conocidos: Sagarzazu, Urbistondo, José Luis Zabaleta Elosegui, hermano de Waldo, Zarrabe, Gogorza Zugarramurdi, José Antonio Lizarribar, fueron entregados a la policía española en la frontera que los puso a disposición judicial. Azkoiti quedó en Francia donde fue sometido a juicio y encarcelado. Más tarde sería el eje de un nuevo intento de negociación. Entre los arrestados franceses el más notable era el director de la cooperativa, François Patxi Noblia, de profesión médico, que también fue enviado a prisión. En más de una ocasión, esta persona había interpuesto demandas judiciales contra algunos medios que le acusaban de colaborar con ETA.

Todos estos arrestados fueron condenados a penas leves al asumir toda la responsabilidad Azkoiti. Aquéllos negaron todo conocimiento del asunto, que los refugiados españoles tenían su documentación en regla y autorización para trabajar allí y que el zulo debía haber sido construido durante las vacaciones de verano, «traicionando» la confianza que la dirección de la empresa les había concedido.

A medio plazo, también tuvo consecuencia, pues el 17 de abril de 2001, quince años después del hallazgo del zulo de Sokoa, la Audiencia Nacional condenó a Eugenio Echebeste, Antxon, y a Ignacio Aracama Mendia, Makario, a diez años y a siete respectivamente, mientras absolvía a Juan Manuel Soares Gamboa por los delitos de integración en banda armada,

como consecuencia de la documentación allí encontrada, donde se demostraba, además de su militancia, que la cooperativa creada en 1971 para el montaje y comercialización de muebles, se había convertido en 1977 en un centro de cobertura para ETA. José Antonio Urruticoechea Bengoechea, Josu Ternera, fue sometido igualmente a juicio y absuelto por el Tribunal Supremo al considerar que ya había sido juzgado en Francia por los mismos hechos.

Aquella operación también puso de manifiesto la economía de la organización, una gran desconocida hasta la fecha y nos acercó bastante a su presupuesto y al origen y cuantía de sus ingresos. En los últimos seis años, ETA había obtenido por el impuesto revolucionario 1.163 millones de pesetas. Por secuestros, cerca de 700 millones, en cantidades abonadas en concepto de rescate, no sólo al contado sino también a plazos, a veces, incluso después de que la víctima hubiera sido liberada. Y por atracos a entidades bancarias y algunos negocios tapadera, como la propia empresa Sokoa, que había declarado en 1983 unos beneficios de 30 millones de pesetas, alrededor de 600 millones. Los ingresos por secuestros, atracos y beneficios de negocios eran anuales, lo que daba un presupuesto de alrededor de 2.000 millones de pesetas por ejercicio fiscal.

Aquel golpe supuso un fuerte quebranto económico a la banda, que se notó en la dificultad para adquirir nuevas armas y municiones, el definitivo paso a la clandestinidad de todos los miembros de ETA en Francia y el fin de todos sus negocios tapadera, de los que no sólo obtenía beneficios, sino que también le servían para el blanqueo de respetables sumas de dinero. Y supuso, en fin, que ETA supiera que no era invulnerable fuera de España, donde tenía un serio enemigo del que habría de preocuparse en cualquier lugar del mundo en que se encontrara.

Tiempo más tarde, una vez que las armas surtieron su efecto en los procedimientos judiciales correspondientes, y se dispuso su pase al Ejército francés para ser destruidas, hubo que montar una arriesgada operación para recuperar los emisores o chips ocultos en el interior de los misiles. Era, según los norteamericanos, de ineludible necesidad, prioridad absoluta, la recuperación de aquellos artilugios electrónicos, que habían proporcionado tanta utilidad, cosa que realicé junto a dos oficiales, el capitán R.P. y el

teniente M., quienes con su entusiasmo habían mantenido la moral durante aquella dura etapa de silencio electrónico y desconcierto, y con su trabajo encontraron la ubicación de los mismos.

Comando de propaganda

Dos días después de la intervención en Francia, y sin haber digerido aún ni la euforia ni la importancia de la misma, se me informaba de que se habían ultimado todos los trabajos previos para poder actuar contra un posible grupo de ETA. Fueron detenidos dos individuos que formaban un comando legal de propaganda de la organización terrorista. Se les incauto numerosa documentación interna de ETA, así como tres vehículos, un Citroën Dyane 6, un Peugeot, y un Renault 5 adquiridos con dinero de la banda. Curiosamente, los tres franceses ahora se dedicaban prácticamente a incendiar los vehículos de esta procedencia, hasta el punto de que miembros de HB vendían sus automóviles franceses y compraban otros alemanes o ingleses, por el «qué dirán».

De ellos aprendimos no sólo el procedimiento del paso a Francia, que era normal al ser legales, sino cómo quedaban, cómo se ponían citas, adonde iban, quién les daba la propaganda y cómo era ocultada para su paso a España, escondida en los coches, todo ello para llenar ese saco sin fondo que es la información.

ETA se hizo notar ante tanto revuelo adverso y atentó el 9 contra un guardia destinado en Oñate, llamado Francisco Borjas Reinoso, cuando salía del santuario de Aránzazu. Le hirió de gravedad. Llevaba destinado en aquella población dieciséis años, y salvó la vida porque consiguió escapar del lugar en su coche al no perder el conocimiento. A menos de un kilómetro se desvaneció y fue auxiliado. Era lo que podíamos llamar un «guardia ejemplar». Con anterioridad había sufrido otros dos atentados en los que resultó ileso, aunque no así alguno de sus compañeros. Llevaba puesto el chaleco antibalas en cualquier servicio, aunque en esta ocasión iba de paisano y era un magnífico cumplidor de sus deberes en puntualidad, uniformidad y demás. Bastante conocido allí, no sólo por el tiempo de destino, sino porque un familiar de su esposa, concejal, pertenecía a la

izquierda abertzale. Hubo que cambiarle de destino, pues de seguir allí su vida habría corrido un serio peligro.

De nuevo cambiaba de segundo jefe, aunque en esta ocasión, al marchar el comandante Conde, vino a sustituirle un capitán, próximo al ascenso, llamado Antonio Calle, oficial de profunda formación, serio, y con un gracejo andaluz que, dentro de su austeridad, lograba siempre una sonrisa en aquellas tensiones que soportábamos. Sólo pude contar con su ayuda y con sus conocimientos algo más de un año, pues Málaga, su tierra, volvía a estar vacante y era muy tentadora. Yo bien lo sabía.

Secuestro de Jaime Caballero

ETA necesitaba urgentemente dinero tras el golpe de Sokoia y el 10 de diciembre secuestró, cuando salía de su domicilio en San Sebastián, al industrial de cuarenta y cuatro años Jaime Caballero Urdampilleta. Llevaba las riendas de una empresa saneada y sin problemas laborales, la Papelera de Oria, de la que era director general, simpatizante nacionalista y amigo de Xabier Arzallus. Era padre de dos hijos y la familia contó desde el principio con el apoyo del Partido Nacionalista Vasco. Curiosamente se produjo una contradicción al afirmar esta formación que el industrial secuestrado estaba sometido a la presión, al chantaje, del impuesto revolucionario, y desmentirlo días después la familia. El 7 de febrero del año siguiente fue liberado por la banda. Al parecer, la familia hizo efectiva una cantidad cercana a los 200 millones en concepto de rescate.

El viernes, cuarenta y ocho horas después del secuestro, se producía otro importunado suceso en Zarauz, cuando Leticia Iturain resultaba herida de gravedad, al recoger una bolsa que le hizo explosión en las manos y que ella creyó era de basura. Estaba junto a un concesionario de Renault. La banda, al asumir la autoría pedía «disculpas» a la vez que profería numerosas advertencias para casos similares. No hubo ninguna manifestación ni gesto notable de protestas.

Otra sorpresa de gran repercusión a ambos lados de la muga se producía a reglón seguido en Francia. Un comando de Iparretarrak, IK, «la ETA del norte», organización francesa que perseguía los mismos fines que la

nuestra, llevó a cabo una espectacular acción y liberó a dos de sus militantes, Gabi Mouesca y Maddi Heguy, que cumplían condena en la cárcel de Pau. Muy pocas veces nos pidieron ayuda los franceses, y ésta fue una de ellas. El comando asaltante de 1K estaba formado, según ellos, por Philippe Bidart, máximo dirigente de esta organización, y Joseph Etxebeste. Iparretarrak nunca fue un problema para Francia que, con una acertada política, lo solucionó en un breve espacio de tiempo, a pesar de algunos atentados más y algún asesinato. Nosotros hicimos cuanto pudimos y les facilitamos las informaciones que más podían interesarles, extraídas de la base de datos de paso de vehículos de Francia a España y viceversa, que ya empezaba a producir resultados de cierto interés.

Otra voluminosa investigación que avanzaba con lentitud tenía su origen en el asesinato de Yoyes. Se abrió una especie de legajo donde se incluyeron todos los vehículos que se hallaban aparcados en los alrededores de la zona en que fue asesinada o los que circulaban antes y después, que alguna fuente del lugar, tras mucha insistencia por nuestra parte, nos proporcionó, lo mismo que las personas que paseaban o se hallaban próximas. Aquello iba a durar mucho tiempo. Pero el tiempo en Información es, muchas veces, de lo único de que se dispone.

Este año de 1986, no pudimos celebrar la Nochebuena en paz. El guardia José Peña Medina, destinado en Oyarzun, se encontraba realizando las últimas compras de Navidad en el hipermercado situado en aquella localidad, cuando se recibió un aviso de que había sido colocada una bomba en el lugar. Era un hombre joven de 26 años y padre de dos hijos. Había realizado el curso de desactivación de explosivos, aunque no prestaba servicio en esta especialidad. Antes de que llegaran los TEDAX encontró, en un rápido reconocimiento, un paquete sospechoso, que creyó que podía examinar dado sus conocimientos, pero no fue así. Traicioneramente el paquete hizo explosión arrebatándole la vida, que entregó en aquella Noche de Paz.

Aquella noche no hubo fiesta en ningún hogar de la Comandancia, y en la misa del gallo una oración salió de cuantos hasta aquella fatídica tarde habíamos sido sus compañeros. El duelo familiar no puede ser descrito. La Asociación por la Paz, que había fundado Cristina Cuesta, hija de un

delegado de Telefónica asesinado por ETA, convocó una concentración en Oyarzun en protesta por la muerte del guardia. Con el tiempo estas concentraciones adquirieron notoriedad.

El año se acababa y teníamos un profundo pesar en el corazón. Estrujamos los últimos resquicios operativos del servicio. El día 26 me reuní con el grupo de Información y de nuevo repasamos, una a una, cada operación, en qué fase se encontraba, qué nuevos indicios habían aparecido. De las correspondientes a la base de datos de vehículos y al asesinato de Yoyes, aún había que esperar, todavía estaban verdes, pues eran decenas de personas y cerca de cien vehículos los que había que estudiar minuciosamente antes de decidir desecharlos o seguir con ellos.

Comando Haizea

El día 28 pusimos en marcha una nueva operación en una zona que comprendía las localidades de Lasarte, San Sebastián, Usurbil y Orío, que era la de actuación de cuatro individuos que detuvimos y que constituían un grupo legal llamado Haizea. Se declararon autores de un buen número de acciones contra bienes franceses, coches y camiones en aquella trepidante campaña contra las extradiciones, deportaciones y entregas de «refugiados». También de varios atentados contra fuerzas de policía y Guardia Civil bajo la modalidad de ametrallamientos, unas veces frustrados y otras no, pero admitieron ser los responsables del asesinato del guardia retirado José Herrero Quiles el 26 de noviembre del año anterior cuando paseaba con su hijo minusválido, aquel hombre que «mataron» dos veces cuya viuda casi pedía perdón por vivir, aterrorizada por estos salvajes. Las informaciones que tenían ultimadas eran muy numerosas, la mayoría sobre miembros del Cuerpo y de la policía y ya habían intentado acabar con la vida de un comandante del Ejército que vivía en la calle Sancho el Sabio de San Sebastián.

15. Se les incautó un subfusil Stein MK de 9 mm Parabellum, tres pistolas Browning — FN de 9 mm Parabellum, dos granadas de mano tipo ETA y aproximadamente 1 kg de goma-2. 16. Se le incautó dos subfusiles Mat-42 de 9 mm Parabellum, un subfusil Stein-Mk 9 mm Parabellum, tres pistolas Browning - Fn de 9 mm Parabellum, una pistola Star - Da - 28 de 9 mm

Parabellum, una pistola Firebird de 9 mm Parabellum, 5 granadas de mano tipo ETA, 30 kg de explosivo goma-2 y se levantó igualmente un zulo con abundante documentación. Se les incautó: 1 fusil de asalto Fal, calibre 308, belga, 1 subfusil Mat de 1949, 9 mm Parabellum, francés, 1 pistola Browning 9 mm Parabellum, belga, 3 pistolas Star Da 9 mm Parabellum, numerosos cargadores y munición, gran cantidad de explosivos tipo goma-2, TNT, y Exolita, detonadores, mechas, temporizadores y material complementario, varias granadas tipo ETA, trampas explosivas, documentación interna de ETA y material de caracterización, como pelucas, barbas, bigotes postizos, etc.

CAPÍTULO 8

1987. Captura del comando Madrid

No pudo empezar mejor el año 87. La policía desarticulaba el comando Madrid. Pero la banda no tardó en responder con varios atentados, uno de ellos el 30 de enero en Zaragoza contra un autobús que se dirigía a la Academia General Militar. Los terroristas hicieron explotar un coche bomba al paso del vehículo. El estruendo se oyó en toda la ciudad. Murió instantáneamente el comandante Manuel Rivera Sánchez, a quien conocía muy bien pues éramos de la misma promoción, y el conductor Ángel Ramos, civil. Otras 36 personas resultaron heridas, de las que 23 eran militares. Días después, la banda terrorista liberaba en las proximidades de Éibar a su último secuestrado, Jaime Caballero.

En uno de los servicios que se montaban para proteger las empresas de origen francés fue observada el día 10 de febrero la actividad de tres individuos que se dedicaban a la pega de carteles con motivos de ETA en las fachadas próximas a una calle de Astigarraga. Al darse cuenta de que eran vigilados emprendieron veloz huida. No fue fácil la persecución, pero se logró la detención de dos de ellos, mientras que el tercero logró escapar. Los carteles se imprimían en Francia, según supimos gracias a la investigación.

A primeros de marzo, Julen Elgorriaga nos citó a mí y al comandante Paulino en el Gobierno Civil para anunciarnos que dejaba el puesto, ya que le iban a nombrar delegado del Gobierno en Vitoria. Me sentó como una ducha de agua fría. Eran muy pocas las personas gracias a las cuales yo había podido aguantar aquellos siete años y él era una de ellas. Me dijo que debía seguir, que era necesario que continuase allí. Muchas veces me he preguntado si mereció la pena.

También me enteré de que se había barajado su nombre para director general de la Guardia Civil. Pero él no había aceptado ya que prefería seguir en la política de su tierra. Poco a poco, encajé la noticia y comprendí sus razones. El nuevo gobernador, según nos anunció, sería José Ramón Goñi. Me animó como sólo él sabía hacerlo y, tras repasar algunos asuntos de servicio y de perfilar algunos detalles, nos despedimos. Le deseé suerte. Volví triste al acuartelamiento. Sabía que le iba a echar de menos.

El día 11 de marzo, las autoridades francesas nos entregaron en la frontera por el procedimiento de urgencia absoluta al miembro de ETA Francisco Javier Joldi Mágica. Me acuerdo de aquella madrugada apenas un año antes en Ataun cuando procedimos a detener a su hermano Juan Carlos, componente del comando Aixó Zorrotza, y que la madre nos chillaba mientras esgrimía el retrato del huido: «A éste sí que no podréis detenerle». Frase a la que seguían insultos e imprecaciones. Sí que pudimos, sí.

Pues bien, el tal Yoldi no tuvo inconveniente en darnos los nombres de las personas que en su momento le proporcionaron ayuda e infraestructura. Fueron detenidos dos de ellos y huyó un tercero que, entre otros cometidos, transportaba en un camión las armas que se compraban en Bélgica hasta su entrega a la banda.

La clase militar dio un respingo cuando el Consejo de Ministros celebrado el 19 de ese mes aprobó un decreto que suponía la desaparición de los nombres del Generalísimo Franco y del almirante Carrero Blanco de los primeros puestos de los escalafones militares. Hubo, como es natural, comentarlos para todos los gustos, sin que la ejemplar disciplina de nuestros ejércitos se resintiera un ápice.

En estas fechas se terminaba el proyecto de autovía que uniría San Sebastián con Pamplona por el valle de Leizarán, lo que dio pie a una amplia campaña de los medios abertzales para variar el trazado de la misma por el valle adyacente. ETA no desaprovechó la ocasión, hizo suya la reivindicación y comenzó a cometer atentados contra las empresas adjudicatarias. Al final, la autovía fue desviada. Una segunda victoria de la banda. La primera había sido la paralización de la construcción de la central nuclear de Lemóniz tras la inversión de varios cientos de miles de millones de pesetas.

El mismo día en que Goñi era designado gobernador civil, el semanario portugués Expresso informaba que el comisario español José Amedo había reclutado a tres marcenarlos del GAL. Se iniciaba para este hombre un amargo camino judicial que años más tarde hube de recorrer yo mismo. Nunca le conocí. Pero en una ocasión en que estaba él ya en prisión en Logroño, aproveché una reunión de jefes de Comandancia en la zona para acercarme al centro penitenciario tal y como estaba, con el uniforme reglamentario. Intentaba visitarle y reiterarle la solidaridad que le expresé en un telegrama cuando fue encarcelado. Los funcionarios de la prisión me hicieron ver que no era posible la visita pues había que cubrir unos trámites reglamentarios previos. Lo comprendí y me marché con la tristeza que estos centros producen en el alma. En otra ocasión fue conducido a Bilbao para una diligencia judicial y, mientras esperaba en la Comandancia de esta provincia su traslado a la Audiencia, pude expresarle a través del teléfono mi reconocimiento y mi deseo de que aquella pesadilla que vivía terminase cuanto antes.

A principios de los años noventa, una cadena de televisión privada fue autorizada a realizar un reportaje en el acuartelamiento de Inchaurrondo. El motivo no era otro que los importantes servicios llevados a cabo por la unidad. Podían hacerme un par de preguntas rutinarias y se me había indicado que accediera a contestarlas, pues siempre fui reactivo a este tipo de actividades. Llegado el momento de la grabación, el periodista, sin un titubeo, me dijo:

—¿Qué piensa usted del comisario Amedo?

Nadie esperaba esta salida. Pero había que contestar y, con toda sinceridad, respondí:

—Creo que es un hombre que ha sufrido mucho, quizá demasiado, por este tema, por la lucha antiterrorista.

El jueves 9 de abril, los franceses ponían en la frontera al miembro histórico de ETA Xabier Aya Zulaika, alias Tropa, aquel cuyo teléfono me había pedido averiguar el director general de Política Interior, Rafael de Francisco, por haber coincidido ambos en la prisión de Soria años atrás, y que para mí había sido un encargo muy difícil de cumplir. El 22 de julio fue

sometido a juicio en la Audiencia Nacional, que le puso en libertad tres días más tarde absolviéndole al no encontrar cargos actuales contra el mismo. Y así, Xabier Aya Zulaika pudo regresar a su tierra en olor de multitud y recibir calurosos recibimientos en Derio y en Uribarri a finales de julio. Poco después volvió a Francia y continuó con sus actividades profesionales en el ramo de la pesca.

También en Vitoria se producían relevos al frente del Gobierno Civil, y así César Milano sustituía a una mujer con la que habíamos tenido mucha relación, ejemplo de entrega y tenacidad. Se llamaba Alicia Izaguirre. Nos quiso y la quisimos; y, cómo no, la echamos de menos.

En Navarra, nuestros compañeros nos daban una alegría que no puede decirse que fuera pequeña, dado lo escasos que siempre andábamos en este aspecto, y así el día 19 se procedía a la detención de los componentes de la célula Txalupa. Se les ocupó armamento, munición, granadas y explosivos, y material complementario para sus ekintzas.

Finalizaba el mes de abril cuando se produjo una acción salvaje contra la Casa del Pueblo de Portugalete. Unos encapuchados lanzaron contra la misma varios cócteles molotov que produjeron quemaduras gravísimas a varios militantes del PSOE de entre los que se encontraban en el interior. Esto ocurría el día 25, y más tarde fallecían como consecuencia de las mismas María Teresa Torrano Francia, el día 29, y Félix Peña Mazagato, el 6 de mayo. El lunes, una impresionante manifestación de protesta por el atentado recorrió las calles de Portugalete.

Días más tarde fueron detenidos sus autores, que constituían un grupo de apoyo a ETA llamado Mendeku, y de nuevo hubo protestas, pero esta vez en sentido contrario. De los detenidos, cinco ingresaron en prisión y otros seis fueron puestos en libertad. El clima social estaba muy caldeado y la tensión había subido varios grados. Por eso no era de extrañar que se produjeran comentarios sobre la actuación de los jueces en el País Vasco a cargo de líderes del PSOE, entre ellos García Damborenea. Se enrarecieron aún más las relaciones entre la Judicatura y las Fuerzas de Seguridad, que ya eran bastante tensas como consecuencia de las ruedas de reconocimiento a que eran sometidos los agentes ante quienes los habían denunciado por supuestas torturas.

ETA y su terror habían acabado destrozando la armonía del País Vasco, las buenas relaciones entre las instituciones e incluso entre las formaciones políticas, que en muchos casos elegían lo que más les favorecía electoralmente y no sólo lo que era más adecuado para solucionar la violencia. Los que la combatían, policía y Guardia Civil, nunca tuvieron la solidaridad ni el apoyo que merecían ni la comprensión que necesitaban. Era una guerra subversiva perfectamente preparada y dirigida. Cuando no nos presionaba la banda, lo hacía su aparato político. Con el terror habían aislado a las Fuerzas de Seguridad de toda la sociedad. Era correr un serio riesgo ser amigo de uno de estos servidores, la txakurrada. Ni siquiera en privado, pues podía trascender. Hasta entrar en un cuartel o comisaría era causa de quedar en entredicho. Y las instituciones, todas, eran excesivamente cuidadosas en el trato con estos Cuerpos, que siempre era frío y distante.

Esa era la soledad real en que vivían los guardias y policías, y por extensión sus familias. Bien podía decirse que casi lo hacían en clandestinidad, pues en sus relaciones fuera del servicio nadie decía que era policía o guardia civil, y procuraba que lo ignorase todo el vecindario. Los uniformes se lavaban y tendían en el interior de la vivienda.

Siento malestar al recordar aquellas vivencias, necesidades, apuros, persecuciones... Así no era de extrañar que aquella viuda, viejecita, de pelo blanco y ropa negra, a quien le habían matado el marido dos veces pidiera perdón por vivir. Y han pasado más de veinticinco años.

Pues bien, como decía, cuando no apretaba ETA lo hacían sus simpatizantes, y así el día 13 de mayo un concejal de Rentería llamado Agustín Celihueta denunciaba que había sido secuestrado y torturado por dos individuos que le dijeron ser de la Guardia Civil

.

Ni los agentes de la TIA Mortadelo y Filemón podían ser tan agudos. El gobernador Goñi contraatacó, haciendo patentes las contradicciones, pero todo esto contribuía a enturbiar y a enrarecer el ambiente más y más. Y cuando Francia entregaba a un militante de ETA, manifestaciones de

protesta. Y cuando era puesto en libertad un preso y regresaba a su pueblo, recibimientos masivos, si es que no era nombrado hijo predilecto o algo así.

Un joven guardia que sobrevivió a un atentado, una bomba colocada al borde de la carretera que estalló cuando pasaba su patrulla, me preguntó, todavía lleno de tierra rojiza lanzada por la explosión:

—¿Cuál es nuestro pueblo? ¿Quiénes son los nuestros, mi comandante?

No supe qué contestarle. Era difícil razonar con aquella presión. Ese campo lo había ocupado ETA. Porque, claro que teníamos pueblo y los nuestros eran muchos más y mejores. Pero esto sólo se percibía fuera del País Vasco. Hice que la patrulla fuese auxiliada y relevada. Al anochecer encontré en su acuartelamiento a aquel guardia de la pregunta, completamente relajado entre sus compañeros, y vi que ya teníamos a otro veterano. Pero la amarga realidad nos esperaba como siempre en cualquier esquina del calendario.

De entrada, ETA, queriendo dar a entender que ya había rehecho su potencia en Madrid tras la caída de enero, hacía detonar tres coches bomba el domingo 17 de mayo, sólo cuatro meses después desde las últimas detenciones, lo que a juicio de los analistas quería decir que su capacidad de reacción y «reconstrucción» eran notables. Esto era algo que nosotros ya sabíamos. Las explosiones se habían producido en la noche, junto a los cuarteles generales de la Armada, en Cibeles, del Aire, en Moncloa, y en la Dirección General de la Guardia Civil.

Las finanzas, algo resquebrajadas tras lo de Sokoa, había que sanearlas lo más rápido posible. Y así, tras aquella operación, la organización llevó a cabo su segundo secuestro. El día 19 de mayo, unos desconocidos accedieron al domicilio del empresario vizcaíno Andrés Gutiérrez Blanco, de sesenta y cinco años y delicado de salud. Vivía en el barrio de Neguri y desde allí, sin ninguna dificultad, fue trasladado por sus secuestradores a un lugar completamente desconocido y repulsivo, un zulo oscuro y lóbrego, aislado de todo y de todos. Su relación con los demás se limitaba al momento en el que unos encapuchados, sin dirigirle la palabra, le facilitaban las comidas que, según comentó tras la liberación, eran de pésima calidad. Recordaba también, a pesar de la oscuridad, por el tacto, que las paredes estaban forradas de plástico y que tuvo serlos problemas

debido a la falta de varias de las medicinas que necesitaba. Su cautiverio duró 45 días y no recordaba bien cómo se había producido la liberación, pues le administraron un fuerte narcótico que le produjo un estado de semiinconsciencia. Le introdujeron en el maletero de un coche. En un momento determinado, transcurrido un tiempo que no fue capaz de precisar, le abandonaron en un paraje. Se trataba del alto de Gordejuela, en Vizcaya, lugar en el que fue encontrado por la Policía Autónoma el 3 de julio.

El rescate pudo elevarse a la cantidad de 150 millones de pesetas, aunque los familiares negaron este extremo. Las gestiones para conseguir su liberación fueron las de siempre, y también, como en otras ocasiones, se topaba cualquier investigación con un absoluto muro de silencio. Se llevaron a cabo algunas detenciones en Getxo que no dieron ningún resultado.

Tras celebrarse las elecciones municipales, a Juntas Generales y al Parlamento Europeo, en las que HB consiguió un pequeño ascenso global (su candidato, Chema Montero, consiguió el acta de eurodiputado), al día siguiente, 11 de junio, ETA lo celebraba a su manera. Últimamente se había especializado en la preparación y colocación de coches bomba y colocó uno de estos artefactos en el barrio de Loyola de San Sebastián al paso de una patrulla de la policía compuesta por tres furgonetas. La explosión causó heridas leves a siete personas.

Era desesperante soportar una y otra vez la patada terrorista, pero no había más remedio que aguantar, saber encajar los golpes mientras se avanzaba en la investigación, articular unos servicios de cobertura y seguridad ciudadana que les pusieran cada vez más difíciles sus desplazamientos y que supieran que cada actuación les suponía un riesgo que debían evaluar.

Comando Udalaitz

El trabajo penoso y lento que se realizaba sobre una persona dentro de las investigaciones dirigidas a impedir los sabotajes contra empresas de capital francés había llegado a su fin. Se tenía conocimiento de cuanto era necesario, de los individuos con los que se relacionaba, domicilios y desplazamientos.

El 15 de junio se procedió a realizar la operación. Se practicaron cuatro detenciones en la zona de Zumaya y Cestona. Integraban un comando legal armado llamado Udalaiz. Habían llevado a cabo numerosas acciones contra camiones y demás vehículos de matrícula francesa y colocado varios artefactos en empresas, bancos y concesionarios de automóviles de capital de aquella nacionalidad, así como el intento de asesinato de un policía municipal de la población costera de Deva.

Diariamente nos reuníamos para hacer una especie de análisis y de autocrítica con el fin de mejorar lo que se había hecho. Se repasaba la marcha de las operaciones. Una de las investigaciones la habíamos comenzado el mismo día en que se produjo el lanzamiento de granadas al Gobierno Militar. Teníamos mucha ilusión y se estaba haciendo un gran esfuerzo.

Ocurrió un curioso incidente que, cuando menos, produjo sorpresa en la guarnición militar y en cuantos allí estábamos destinados. No hacía mucho tiempo que había sido nombrado como gobernador militar de Guipúzcoa y, por consiguiente, jefe de la brigada el general Ángel Díaz Losada. Parecía un hombre agradable y preocupado como todos por aquel tremendo problema. El día 16 de junio hizo unas extrañas declaraciones a la Gaceta acerca de la autodeterminación. Venía a decir que, si el Gobierno concedía o permitía la autodeterminación de una parte de España, el Ejército obedecería y acataría tal decisión.

No había que olvidar la continua referencia del PNV al artículo 8 de la Carta Magna que confía a las Fuerzas Armadas la defensa de la integridad territorial de España, y su constante petición de que fuera reformado. Las declaraciones originaron un cierto revuelo en este país que siempre está sacándole punta a los lápices y fue destituido de forma fulminante. (En la Pascua Militar de 2006 fue cesado el general Mena, jefe de la Fuerza Terrestre, por, ateniéndose a la ortodoxia, decir prácticamente lo contrario sin citar al Gobierno. Chocante.) El día en que ETA liberaba a su último secuestrado, el Gobierno nombraba para sustituirle al general Ramiro Guerra, que supongo pensaría en las ventajas del silencio.

Ínchaurrondo, una realidad

Solía recorrer a primeras horas de la mañana aquella pequeña ciudad en que se había convertido nuestro cuartel: el gimnasio, la guardería infantil, el economato tipo supermercado, las cafeterías, el club social. A aquellas horas, todo empezaba a despertarse, a hervir. Y cómo no, la capilla. Quizá allí más que en ningún otro sitio era necesario pedirle a la Patrona que nos echara una mano. Tenía en la mente la idea de arreglarla un poco, pero hasta pasado un año no se pudo llevar a cabo. Y nuestra capilla se convirtió en una preciosa casa del Señor.

Durante este paseo no eran pocos los problemas domésticos que podían solucionarse, aunque aquello funcionaba armónicamente como cualquier otra comunidad, con su reglamentación y sus decisiones por mayoría, excepto, claro, lo que afectaba a la seguridad.

Contemplaba la salida de los nueve autobuses que llevaban a nuestros hijos a distintos colegios y academias de la ciudad. Era un momento entrañable con las madres, los críos y esas despedidas diarias que, como en todas partes, parecen serlo para una temporada larguísima que a las pocas horas se compensa con la alegría del regreso.

No hacía mucho que habíamos tenido que montar una discreta escolta, pues una información capturada a un comando indicaba el deseo de ETA de llevar a cabo una acción contra estos vehículos, por lo demás muy visibles, pues en color y en «hechura» eran completamente distintos a los demás.

Aquellos chicos iban creciendo y ya algunos empezaban con la universidad, a la que fueron llegando uno tras otro, y en la que también hicieron piña, menos que en los colegios, con aquella instintiva habilidad de guardar el anonimato del trabajo o dedicación familiar que con naturalidad aprendían de sus padres.

No hace mucho tuve conocimiento de que un buen número de ellos, una de aquellas «promociones» a la que pertenecen varios de mis hijos, querían reunirse en una fiesta de hermandad. Los hay de todas las profesiones: médicos, cirujanos, del mundo del Derecho, militares, empresarios, directivos, guardias, trabajadores, etc. No sé dónde, en qué sitio ni cuándo llevarán a cabo ese encuentro. Pero siento una íntima alegría y un gran orgullo. Aquellos niños que crecieron y sufrieron la violencia que llenaba

de incertidumbre la vida de sus padres son hoy una realidad honesta y honrada que hace grande el recuerdo de nuestro acuartelamiento de Ínchaurrondo.

Alrededor de las ocho de la mañana llegaba al despacho, donde, como todos los días, quedaba una dura y larga jornada por delante. Empezaba a sentir la necesidad de evadirme, de desconectar un rato, y me aficioné los domingos por la mañana, pues siempre asistía a misa en la tarde del sábado, a salir con una motocicleta. El casco es el mejor sistema de camuflaje, y aprovechaba para visitar alguno de los centenares de sitios que Guipúzcoa tiene esperando que alguien vaya para que sus ojos se llenen de verde, respire el heno y la hierba mojada y huela aquel aire que sólo allí tiene ese aroma. Sentado a solas, pensaba y encontraba soluciones que no podía hallar en el despacho.

Comando Donosti-87

El 7 de julio se produjo un atentado contra el Gobierno Militar mediante el lanzamiento de granadas. Resultaron heridos cinco soldados. La acción criminal se produjo desde un coche estacionado junto al Ayuntamiento, que se encuentra enfrente. Con una lanzadera situada de manera disimulada en el vehículo Rieron disparadas, con un mando a distancia, cuatro granadas anticarro que produjeron desperfectos de consideración. Los terroristas esquivaron la vigilancia de los municipales y centinelas —pocos, la verdad—, para llevar a cabo el atentado. Aprovecharon la confusión para desaparecer. Alguien había visto el vehículo preparado con los lanzagranadas disimulados cuando circulaba por el paseo de Zubiaurre en el barrio de Ínchaurrondo. Y ese alguien era un guardia que regresaba por aquella vía al acuartelamiento, de paisano, y que casi tiene un accidente por culpa del conductor del coche en cuestión, con el que mantuvo un altercado. Por la noche, en una reunión con los mandos del Servicio de Información, se dispuso que, con las mayores precauciones, se investigasen los garajes y bajeras del lugar. No eran muchos. Y el citado paseo era un lugar tranquilo, y de no mucho tráfico. Si el coche había salido de alguno de ellos algo, quizá, podríamos encontrar.

El miércoles 8 era entregado por las autoridades francesas el «refugiado» Arnaldo Otegui Mondragón, que fue puesto a disposición de la Audiencia Nacional el lunes 13. Denunció, cómo no, haber sido sometido a malos tratos. Era el número setenta de los entregados. Y a pesar de que en alguna ocasión nos llevábamos un sobresalto, como al enterarnos de que el Gobierno de Cabo Verde confirmaba la desaparición, la fuga, el día 10, de los antiguos «poli-milis» allí deportados Elena Bárcena, Amaya Eguiguren e Iñaki Etxarte, la verdad es que al otro lado de la muga el cambio en la vida de los huidos, de los miembros de ETA de cualquier rango, había sido radical.

Nosotros nos encontrábamos felices con un montón de operaciones que progresaban muy positivamente y también porque desde la Nochebuena pasada no habíamos tenido ningún atentado. Parecía increíble y aquello se notaba exageradamente en la vida de las familias de los guardias y en la de éstos mismos.

Habían pasado siete meses. Hasta que el martes 14 hacía explosión un hornillo al paso de una patrulla del GAR en las proximidades de Oñate, causando la muerte al cabo de 1.ª Antonio López Martín Colmenero y al guardia Pedro Galnares Barreda, y heridas de gravedad a los guardias Andrés Castillejos Martín y Antonio Grande Lozano.

Un hondo pesar cayó sobre todos los componentes de la Comandancia, pues aquellos hombres no sólo eran admirados por sus compañeros de Guipúzcoa, sino también muy queridos. Los funerales se llevaron a cabo en Vitoria por pertenecer a la compañía que operaba en aquella provincia la patrulla que había sufrido el atentado.

Por aquellas fechas hubo un fuerte enfrentamiento entre el delegado del Gobierno, Elgorrlaga, y el consejero de Interior vasco, Retolaza, en relación a la adecuación de los efectivos de las Fuerzas de Seguridad en el País Vasco, conforme se llevaba a cabo el despliegue de la Policía Autónoma. No pasó mucho tiempo en producirse el cierre de más de veinte cuarteles de la Guardia Civil en las tres provincias, con lo que el Estado perdió presencia y, en aquella fase del terrorismo, información. «Ganamos» en aislamiento, cosa muy deseada por ETA.

Los equipos de investigación que trabajaban en el paseo de Zublaurre lograron localizar una bajera, situada en el número 39, que había sido alquilada con nombre falso a través de una agencia. Todas las noches se llevaba a cabo un trabajo ingrato pero necesario y casi imprescindible, la recogida de las bolsas de basura. En un lugar adecuado de la base se procedía a su examen.

Unos círculos de chapa

La noche del 15 al 16, en una de las bolsas depositadas en un contenedor se encontraron cuatro círculos de chapa de nueve centímetros de diámetro cada uno, unos restos de pegatinas y una especie de asas cuya utilidad ignorábamos. No se tardó mucho en comprobar que aquellos círculos de chapa correspondían a otros tantos orificios del coche estacionado frente al Gobierno Militar, un R-5, y que eran la salida de los tubos con los que se lanzaron las granadas. Los trozos de pegatina eran los sobrantes empleados en tapar aquellos agujeros.

En ese momento se cambió el esquema de servicio. Pensamos que teníamos una pista fiable para localizar al comando Donosti. La bajera sospechosa había sido alquilada, según se supo tras una ardua investigación, por José María Dorronsoro Malasechevarría, uno de los más peligrosos y activos laguntzailes de los miembros liberados de ETA que integraban esta célula criminal.

El día 20, al anochecer, el servicio de vigilancia detectó la llegada de dos vehículos, una furgoneta Mercedes Benz y un turismo R-1 8. En uno de ellos iba una pareja, hombre y mujer, y en el otro sólo un hombre. Media hora más tarde abandonaron la bajera, en la que dejaron la furgoneta. A bordo del Renault se dirigieron a Pasajes de San Pedro y aparcaron el coche en una calle al comienzo de esa populosa zona. Después, a pie, se dirigieron a la calle de Rentería y entraron en el edificio número 3.

Aquella noche, la actividad fue frenética en las dependencias del servicio, donde nunca se apagaban las luces, donde siempre había alguien trabajando y alguien esperando cualquier novedad.

En pocas horas se averiguó que la furgoneta Mercedes había sido robada a punta de pistola por la mañana en Éibar y su dueño había sido abandonado atado a un árbol en el monte. El otro coche, el Renault, llevaba una matrícula falsa. También había sido sustraído con anterioridad.

El día siguiente, mientras se trataba de averiguar el piso y la letra en donde aquel trío se había alojado, se empleó en preparar el posible asalto tomando todas las precauciones. La vigilancia se había extendido al piso de Pasajes de San Pedro y al Renault estacionado en la calle, además de la bajera. De nuevo nos encontrábamos ante un peligroso grupo de pistoleros que actuaban en la zona más emblemática para ETA, en Donosti. El hecho de que hubieran robado una furgoneta nos hacía temer que se propusieran llevar a cabo un atentado con explosivos de gran envergadura.

El día 22, a media tarde, se me comunicó que dos individuos procedentes del edificio que vigilábamos se dirigían en el Renault hacia el centro de la ciudad. Tras unas gestiones rutinarias echaron una carta en un buzón de correos y de nuevo se dirigieron hacia Pasajes. Ante el temor de un atentado y al no poder garantizar el control completo de este peligroso grupo, di a la UEI la orden de intervenir. Son muy cortas las distancias entre Gros, Pasajes, Trincherpe e Ínchaurreondo. La Unidad de Intervención, preparada, se puso en marcha de inmediato.

Cuando los etarras intentaban estacionar el coche en la misma zona en que lo habían dejado anteriormente fueron interceptados, detenidos y esposados en una acción fulminante. Iban armados; se les ocupó a cada uno una pistola FN Browning con la numeración borrada.

Al producirse los arrestos en plena calle cabía la posibilidad de que alguien pudiera avisar a los otros miembros del comando. Sin perder un segundo, los agentes se dirigieron al piso en el que se escondían estos individuos, en la calle de Rentería del barrio de Trincherpe de Pasajes de San Pedro.

Etarra muerta

Tras la entrada en el piso y al proceder a detener a las personas que allí había, dos mujeres y un hombre, una de ellas esgrimió una pistola. Se

produjo un intercambio de disparos y resultó muerta. También un guardia salvó la vida gracias al chaleco antibalas que llevaba puesto, aunque hubo de ser hospitalizado. La etarra fallecida se llamaba Lucía Urigoitla Ajurla y era el tercer miembro del comando Donosti-87. Los otros arrestados eran los miembros liberados de ETA Ignacio Erro Zazu, alias Pelos, y Estanislao Echaburu Solabarrieta, alias Iván e Ikusi. A esta célula también había pertenecido Ángel María Galárraga Mendizábal, alias Pototo, que murió en un enfrentamiento con la policía.

La muerte de la militante de ETA dio origen a un larguísimo proceso de actuaciones judiciales y situaciones que empañaron la operación y, sin duda, afectaron al servicio y a la moral de las fuerzas que habían intervenido y a las de los cuerpos implicados directamente en esta lucha.

Todo empezó con la inesperada visita del juez de guardia, al que acompañaban el fiscal y dos médicos forenses, para investigar la actuación de la unidad que había intervenido.

Ello provocó una dura reacción del gobernador Goñi, que consideró que se había entorpecido la acción policial haciendo perder un tiempo precioso para completar la operación que aún estaba en marcha. El CGPJ ordenó enviar a dos vocales a San Sebastián para informarse y el día 28 emitían un comunicado en el que calificaba la actuación del juez como impecable. La situación estaba realmente muy enrarecida y era muy desagradable pedir a aquellos hombres que componían el Servicio de Información que continuaran con el espíritu y ánimo con el que llevaban a cabo su arriesgado y duro trabajo.

La situación en la calle era casi explosiva. A esta operación la siguió en el tiempo el, al parecer, último atentado del GAL, perpetrado en Hendaya contra Juan Carlos García Goena, que residía allí desde hacía varios años.

Además, ETA colocaba una furgoneta cargada de explosivos junto al cuartel de Éibar que destruyó el ala destinada a dormitorio de solteros y causó heridas de poca consideración a ocho guardias. También provocó importantes daños en los edificios colindantes y heridas a trece vecinos. Me encontraba a media tarde allí, el atentado había sido alrededor de las tres de la tarde, tomando las primeras medidas para proporcionar acomodo a los

guardias que se habían quedado sin nada, cuando llegó el obispo señor Setién, pues uno de los edificios dañados era de una comunidad de religiosos. Mucho nos dolió que no se acercara a interesarse por nosotros; apenas le separaban del cuartel diez metros, pero no lo hizo.

Madrid se extrañaba de aquel atentado justo cuando se había producido la caída de un grupo tan importante como el Donosti. Preguntaba quiénes eran, de qué información disponíamos. Había días que lo único bueno que tenían era que amanecía. Se olvidaban que estábamos en Guipúzcoa y que, además del desarticulado, estaban el comando Éibar y el Goyerri.

Y a todos les estábamos haciendo frente como podíamos, como nos dejaban. Las cosas empeoraron cuando el sábado 25 el diario El País publicaba en la portada que la etarra había muerto de un tiro «en la nuca y a bocajarro». Parece ser que la información se la proporcionó una instancia próxima al Gobierno. Los guardias no se lo explicaban.

Ni en la nuca ni a bocajarro

Se reprodujeron las manifestaciones de protesta, cortes de carreteras y jornadas de lucha. Muchos hombres pidieron destino en esa época. El ambiente era casi irrespirable. Hubo reconstrucciones de los hechos, investigaciones oficiales y de los medios... El día 29 de julio, la autopsia hecha pública revelaba que la militante de ETA había muerto por un disparo hecho a corta distancia en la parte lateral del cuello. No en la nuca, no a bocajarro. Sin embargo, el daño ya estaba hecho y durante muchos años se siguió arrastrando.

Pero al margen de esta dura servidumbre que con tanto respeto acatábamos, siendo, como éramos, fieles servidores de la ley y exactos cumplidores de la misma, el servicio había salido bien y se había podido dejar la calle libre de unos peligrosísimos sujetos que ya no traerían más muerte ni más destrucción. Además de los miembros del comando, fueron detenidos otros ocho como colaboradores mientras cuatro se daban a la fuga, entre ellos el que había alquilado la bajera, el ya citado Dorronsoro.

Eran responsables de varios asesinatos, según sus propias declaraciones:

- El coronel Lorenzo Motos Rodríguez, en San Sebastián, el 13-10-80.
- El paisano Enrique Aguirre Pozo, en Rentería, el 31-10-80.
- El guardia Luis Miranda Blanco, en Lezo, el 5-7-81.
- El teniente de Infantería José Rodríguez Fernández, en San Sebastián, el 14-4-81.
- El coronel mutilado Luis de la Parra Urbaneja, en Irún, el 22-6-81.
- Los marinos José María Ibarzabal Duque y Rafael Melchor García, en el barrio de la Paz de San Sebastián, el 22-11-85.
- El policía José Antonio Álvarez Díez, en San Sebastián, el 14-3-86.

Y otras acciones de similar importancia contra patrullas de policía o de la Guardia Civil, así como contra miembros del Ejército que no habían conseguido producir la muerte de ninguno de ellos. Así como lanzamiento de granadas y colocación de explosivos en diversas instalaciones oficiales

Éstos fueron los hechos y hoy, con el paso del tiempo, me pregunto qué habrá sido de Echaburu Solabarrieta, Iván, y sobre todo del jefe del grupo, Ignacio Erro Zazu, Pelos. Éste había nacido en Pamplona el 31 de julio de 1960. Su padre, Celestino, era fontanero, pero no consiguió que el hijo siguiera sus pasos en esta o en otra profesión.

Era un tipo curioso aun dentro de la banda desde que en diciembre de 1979 se integró en un comando de propaganda de dicha organización en la zona de Pamplona y de la Rivera. Se lo había pedido un buen amigo que ya era militante, llamado Vicente Celaya, y los dos, más un tercero, Fermín Anzinzar, constituyeron aquel primer grupo de iniciación. Sus actividades se limitaban a recoger la propaganda con anagramas de ETA y posteriormente «regaban» su zona de acción con la misma.

No mucho tiempo después, el trío decidió «reconvertirse» en un comando legal armado. Y así, Celaya pasó a Francia aquellas Navidades del 79, previamente citado por la dirección de la banda, y realizó un cursillo sobre el manejo de armas y explosivos de una semana de duración.

A la vuelta les comunicó que su comando se llamaría Iruña-Zarra y que su responsable en Francia sería Domingo Iturbe, Txomin. Pronto recibirían las

armas y los explosivos. Durante el tiempo de espera se dedicaron a la construcción del zulo correspondiente. El material lo recibieron veinte días más tarde, en los alrededores del frontón Labrit de Pamplona, de manos de un desconocido y tras unas palabras acordadas como contraseña en una cita que había sido concertada durante el cursillo de Celaya.

Al ir a guardar las armas se dieron cuenta de que el zulo construido, cerca de la Universidad de Navarra, era un campo de tiro del Ejército, por lo que construyeron otro escondrijo en casa de Fermín, donde las guardaron, dándoles éste a cada uno una copla de las llaves de la casa, por si hubiera necesidad de tomar alguna arma y aquél no estuviera.

Las armas eran cuatro pistolas Browning, una metralleta Stein, tres granadas ETA y la «reglamentarla» munición. Celaya les enseñó cuanto él había aprendido en Francia sobre el manejo y empleo de las mismas con la ayuda de un cuaderno que se había traído consigo del curso.

Aquellos días sentía los nervios a flor de piel, pero también se sentía importante, eufórico, era alguien, nada más y nada menos que un miembro de ETA. Todos estaban deseando pasar a la acción. Estrenarse. Pensaban y creían que en Francia estaban pendientes de sus actuaciones, de sus «hazañas».

Celaya tenía una información que básicamente era la siguiente: un teniente coronel del Ejército llegaba todos los días vestido de paisano y en un Land Rover a la plaza de Recoletos sobre las ocho de la tarde. Allí se bajaba y, antes de marchar a su casa, solía tomarse unos «potes» por la zona.

Llevaron a cabo unas vigilancias y comprobaron que eran ciertos los datos que tenían, por lo que decidieron seguir adelante con su plan, que no era otro que «ejecutar» al teniente coronel.

El día 13 de febrero del 80 tomaron las pistolas, se las colocaron en el cinto, entre el pantalón y la camisa, bien ocultas. La cazadora de invierno no dejaba ver nada sospechoso. Eran las 18.30. Celaya y él se dirigieron al barrio de San Juan. Fermín, en un punto convenido en las proximidades de la plaza de Recoletos, les esperaba.

De pronto observaron cómo una persona se disponía a abrir su coche, un viejo Renault-6. Aprovecharon para clavarle las pistolas en el costado, le arrebataron las llaves del coche y lo introdujeron en los asientos de atrás. A su lado se sentó Erro Zazu.

Celaya tomó el volante, arrancó y se dirigieron a Zizur, donde ataron al dueño del coche a un árbol, en un paraje solitario, no sin antes arrebatarle el DNI y hacerle antes de marchar serlas advertencias de que no gritara ni hiciera nada para soltarse en el plazo de dos horas.

A continuación marcharon al punto en que los esperaba Fermín, y lo recogieron, dirigiéndose a la plaza de Recoletos. Ya se habían «repartido» los papeles y cada uno conocía perfectamente qué tenía que hacer.

Celaya se colocó al volante del coche estacionado en las proximidades de la plaza, con una amplia y cómoda vía de escape frente a él. Fermín se apoyaba en una barandilla de aquella mientras fumaba un cigarrillo. Erro Zazu se sentó en uno de los bancos. Hacía frío a aquella hora. Se subió el cuello del jersey y se puso unas gafas de sol, justo cuando observó la llegada del vehículo todoterreno, del que, como siempre, descendió el militar.

Erro Zazu comenzó a andar sin prisa, se colocó detrás del teniente coronel, que tampoco llevaba un paso rápido; todo parecía absolutamente normal. Pelos giró la cabeza y comprobó que Fermín también se había puesto en movimiento y se les acercaba lateralmente. En ese momento sacó la pistola que, desde que apareció el coche, empuñaba en su bolsillo y disparó cinco veces al militar cuya cara no veía. Este se tambaleó, parecía que iba a caer al suelo. Pero él no esperó más, salió corriendo hacia donde estaba estacionado el coche con Celaya al volante, y subió a él. Durante la carrera oyó unos disparos: Fermín también había hecho su parte, rematando al teniente coronel indefenso. Segundos más tarde accedía por la parte trasera también al vehículo, que ya con el motor en marcha salió velozmente de la zona mientras comenzaban a acercarse los primeros curiosos, algunos coches se detenían y alguien pedía que se llamara a una ambulancia y a la policía.

Al llegar al Casco Viejo de la ciudad, procurando sujetar los nervios, detuvieron el coche, bajaron y se alejaron, intentando aparentar absoluta normalidad. Ya era de noche y nadie se fijó en ellos.

Antes de abandonar el R-6 habían metido las pistolas en una bolsa de plástico que Celaya, el más sereno ya que no había tomado parte activa en el atentado, llevó a la casa de Fermín, donde las ocultó en el escondrijo preparado al efecto. Mientras los otros dos tomaban unos vinos en un bar de la zona, felicitándose por su mutua «hazaña» a la vez que el alcohol calmaba los nervios y apagaba el golpeteo de aquellos latidos del corazón.

Más tarde llamaron al diario Egin para informar dónde se encontraba maniatado el dueño del vehículo. Aunque ellos poseían un «correo» en la persona de un camarero de uno de aquellos bares, no lo comunicaron a la banda. Sin embargo, el atentado fue reivindicado por ETA.

Ése fue el primer hecho de sangre de aquel nuevo comando, el Iruña-Zarra, los nombres de guerra de sus componentes eran en aquella época: Vasco el de Fermín, Pelos era Erro Zazu y Celaya era Celaya. La víctima, teniente coronel efectivamente del Ejército, salvó la vida milagrosamente, aunque quedó malherido. Se llamaba Jesús Larrondo Falcón.

En la siguiente ekintza, el ametrallamiento de un supermercado al parecer propiedad de un militar, Fermín se hirió con uno de los cristales que saltaron en pedazos y pasó a Francia para curarse. A continuación, recibieron un aviso de su responsable a través de su correo-camarero en el que les advertía que no llevasen a cabo ninguna acción sin consultar antes con la dirección.

Los meses siguientes los dedicaron a completar y comprobar informaciones sobre guardias, policías, gente de Fuerza Nueva y servicios regulares que montaban las Fuerzas de Seguridad. En abril del 80 se incorporó una chica al comando, con lo que le dio no sólo más movilidad, sino también un poco de alegría, de «marcha».

El 1 de mayo, acababan con la vida de dos individuos que ellos creían chivatos. La acción la llevaron a cabo en un bar de la plaza del Castillo

donde aquéllos se encontraban, y esta vez estaban «autorizados» por la organización. Eran Jesús Vidaurre Ollita y Jesús Oyaga Marañón.

Pero tres días más tarde Celaya observó desde la ventana de su casa a unos amigos de los muertos que en la calle señalaban en su dirección, mientras hablaban con los ocupantes de un Seat-124 blanco. Celaya cerró rápidamente la ventana, pensó que los del coche eran policías y que había sido delatado. Abandonó con rapidez su domicilio, se reunió con los otros dos, a los que puso al tanto de lo sucedido. Decidieron sin pérdida de tiempo coger las pistolas y desaparecer.

La organización los puso en contacto con una persona en cuya casa pasaron veinticuatro días, al cabo de los cuales un coche conducido por un sujeto que no conocían los llevó hasta el monte Lahrun, en la misma muga, encima de Vera de Bidasoa, donde los esperaba otro individuo que luego supieron que se llamaba José J. Zabaleta Elósegui, alias Waldo, que, tras hacerse cargo de las armas, los trasladó a Bayona, pues era por entonces el responsable de los comandos legales armados.

Allí fueron distribuidos en varias viviendas. Erro Zazu y la chica fueron alojados en casa de José Antonio Gogorza Zugarramurdi, alias Kukuxo, miembro histórico de la banda, y una semana más tarde se reunieron con Txomin, su responsable particular, al que contaron lo que les había ocurrido. De nuevo fueron realojados, esta vez los cuatro juntos, en otra nueva casa.

Esperaron hasta que, pasados unos días, se presentaron en la vivienda Santiago Arrospide Sarasola, alias Santi Potros, y Juan Lorenzo Santiago Lasa Michelena, alias Txikierdi, miembros no sólo del comité ejecutivo, la verdadera dirección de ETA, sino también los jefes del aparato de comandos legales, quienes les preguntaron si deseaban seguir en la organización, en uno de esos grupos de liberados que vienen a ser la élite de la banda. Esta pregunta la formularon por separado a cada uno. Erro Zazu contestó que sí, ignorando lo que habían contestado los demás.

Dos días más tarde, de nuevo vinieron a buscarlo Txikierdi y Santi Potros y lo trasladaron a Saint Pee de Irube, donde lo alojaron en casa de Enrique Errasti Villar, otro histórico, y le presentaron a los que iban a ser sus

compañeros del nuevo comando, que eran dos veteranos militantes etarras llamados Agustín Arregui Perurena, alias Txurla, que moriría en el 84 al ser capturado Zabarte en Hernani, y Luis María Lizarralde Izaguirre, alias Beltxa. Pasarían pronto a España, pero en un poderoso comando ilegal de dos taldes, grupos de tres miembros cada uno, y ellos constituían el primero.

Desde allí fueron de nuevo conducidos a otra localidad. Se trataba de Sohuescun, donde conoció y se reunió con los otros tres componentes del segundo talde, Miguel Ángel Apala tegui Ayerbe, alias Apala, Ángel María Galarraba Mendizábal, alias Pototo, Félix Manzano Martínez, alias Rioja y Felipe de Miravalles, todos ellos nombres ilustres de ETA, casi la flor y nata de la época, no era para menos, pues el potente grupo compuesto por seis miembros no es otro que el comando Donosti de las primeras campañas de los años 80 y 81.

Siguiendo con el desarrollo de los acontecimientos, se les previno para que estuvieran dispuestos a pasar a España, «Hegoalde» en cualquier momento, aprovechando aquel tiempo para conocerse mejor y llevar a cabo alguna «práctica». Hasta que un día de nuevo hicieron acto de presencia Txikiardi y Santi Potros, los «jefazos».

Los recogieron a todos en dos vehículos y los llevaron a Sare (Francia), y allí, en una borda, les hacen entrega de las armas del comando: seis pistolas, seis metralletas, granadas, munición, documentación falsa, dinero y una serie de informaciones sobre los primeros atentados a realizar tras su paso a España. La infraestructura de pisos francos ya era conocida por los que habían estado en el «interior» con anterioridad.

Desde la borda, confortados con tan importante armamento, tras despedirse de sus «mandos» y recibir las últimas consignas y deseos de «éxito», tomaron una vereda y, andando en fila india, ascendieron monte arriba, hasta el col de San Ignacio; era noche cerrada y llevaban un mugalari francés a pesar de ser bien conocida aquella senda por Apala y Pototo. Nuestro hombre miró el reloj y comprobó que eran más de las dos de la madrugada. A aquella hora, un viento helado le hacía sentir escalofríos. Septiembre acababa y el otoño empezaba a enfriar los altos. Cruzaron a pie la muga por el sitio llamado El Pedregal, cerca de la carretera Lesaca-

Oyarzun, llegando a un punto, ya en España, donde les esperaban dos coches que los recogieron y los condujeron hasta una barriada de Rentería, llamada Zamalbide, donde Apala, Txurla y Erro Zazu descendieron del vehículo. Estaban a la entrada de la barriada y allí los esperaba una mujer, la Rubia, que tras unos saludos de rigor los condujo a su vivienda, situada en otro barrio también de Rentería llamado Beraun, donde se alojaron los tres. Estaban un poco cansados de tanto ajetreo; además, este último trayecto lo habían hecho a pie. Pelos y los demás desconocían dónde se alojaban los otros tres. Aunque el sistema de citas y comunicaciones urgentes había quedado establecido con anterioridad.

Aquéllos eran tiempos en los que ETA estaba fuerte y los taldes de reserva rebosantes, con las «plantillas» de todos los comandos cubiertas. De modo que las campañas, aun siendo intensas, eran también cortas

Ésta duró hasta enero del año siguiente, 1981. Uno de los pisos de infraestructura que utilizaron fue el de Pedro Miner, en la avenida de Navarra de Hernani, donde encontraron la muerte, tras un duro enfrentamiento con la Guardia Civil, Txurla y Katu, a la vez que su jefe, Zabarte, era apresado. Pero para eso habían de pasar todavía tres años.

Recuerdo una noticia de aquella época, que se extendió como un reguero de pólvora entre policías y guardias civiles: Apala circulaba en un coche, se decía, sin parabrisas trasero, listo para disparar al rebasar un objetivo. Produjo sin duda inquietud y alarma.

En esos meses llevaron a cabo varios atentados, en los que perdieron la vida algunos militares, guardias y policías, hasta que en enero recibieron orden de volver a Francia, regresando los seis por el mismo camino y con los mismos métodos que utilizaron para la entrada. Al otro lado de la muga, en Francia, los esperaba un encargado de paso de comandos, Pedro Murua Echave, alias Kung-Fu, que les recogió las armas y los llevó a un caserío donde les aguardaban Santi Potros y Txikierdi. Saludos, abrazos, comida, vino...

Al día siguiente, tarde, los condujeron a Bayona y allí cada uno fue alojado en un domicilio distinto.

Tres meses más tarde, reunido de nuevo el comando en el que se había producido la sustitución de Pototo por Zabarte, empezaba una nueva campaña que duró de abril del 81 a noviembre del mismo año.

Más atentados, más muertes. Al regresar a Francia, Erro Zazu se encontraba muy cansado, no podía quitarse de la cabeza los muertos que habían quedado atrás, la sangre que corrió junto a los cadáveres en la calle. Dormía poco y muy mal. Se entrevistó con Santi Potros y Txikierdi y les dijo que quería dejarlo por una temporada. Aquéllos accedieron, no sin antes darle unos cuantos consejos y unas normas que debería guardar a rajatabla. Razones de seguridad. En cualquier caso, lo mantendrían controlado. Encontró un trabajo que le «facilitó» la organización y empezó una nueva vida. Echaba de menos su tierra, su familia, pero el trabajo le ayudaba y la serenidad volvió a la rutina de su vida en unos tiempos en que la seguridad reinaba sin problemas en aquel santuario que para ETA era Francia.

Pasados tres años, una tarde le vino a ver Santi Potros. Se llevó una gran alegría, cenaron juntos y, con unas copas en la mano, en la sobremesa, aquél le preguntó si estaría dispuesto a volver de nuevo, él lo pensó y respondió afirmativamente. De modo que se produjo el regreso y en pocos días era alojado en una vivienda de Bayona, donde se reunía con otros inquilinos: Inés del Río, José Ignacio de Juana Chaos, Esteban Esteban Nieto, Carlos Almorza Arrieta, con los que constituyó un talde de reserva.

Nuevo comando Donosti

En septiembre del 85 Erro Zazu forma de nuevo parte del comando Donosti con Pototo y Estanislao Echaburu, alias Iván. Permanecen varios días juntos en un caserío francés y, tras recibir el armamento, documentación, dinero e informaciones, pasan la muga, atravesando el río Bidasoa en una lancha neumática manejada por un mugalari, en una noche de primeros de octubre del 85. Comienza una nueva campaña que dura hasta junio del 86. En ésta utilizaron por primera vez el piso de la calle de Rentería de Trincherpe, que se lo había facilitado el mismo Santi Potros, al que accedió poniéndose en

contacto telefónico con los dueños y dándoles una contraseña que el «jefe» también había proporcionado a éstos.

Nuevas citas con laguntzailles, nuevas verificaciones de informaciones, preparativos y nuevos atentados.

Uno se iba a realizar en la calle de Miraconcha de San Sebastián el día 14 de marzo del 86. Consistía en hacer detonar un coche bomba al paso de un patrulla Z de la policía. Para ello preparan un vehículo Citroën Visa con documentación y matrícula falsa que les ha proporcionado la organización. Lo cargan con dos artefactos compuestos por sendas ollas a presión rellenas de explosivo y dispuestas para ser accionadas a distancia. El explosivo se lo proporcionan los miembros del otro talde del comando, Manuel Urionabarrenechea Betanzos, alias Manu, y Juan María Oyarbide Aramburu, alias Txilibita, que fallecerían en un enfrentamiento armado con la Guardia Civil en la autopista Bilbao-Behobia en septiembre del 89, al producirse la captura de Paterra, Juan Carlos Arruti Azpitarte. Estos tres constituían en el año 89 el comando Araba.

Pero sin saber cómo, cuando tienen todo dispuesto, un Seat Ritmo ocupado por dos personas se detiene unos metros más adelante. Dan la vuelta y paran al llegar de nuevo a la altura en que se encuentran él y Pototo manipulando los detonadores dentro del coche, con Iván a poca distancia dando protección a los demás. Aquéllos descienden del vehículo, se identifican como policías y les piden la documentación. En ese momento, Erro Zazu saca la pistola, abre fuego contra los policías y emprende una veloz carrera. Atraviesa el paseo de la Concha, salta a la playa y se pierde tras llegar a la de Ondarreta. Un par de horas más tarde se cobija en un lugar solitario de Ayete, donde espera que amanezca. Ya de día, llama a una de sus laguntzailles, Maribel, quien le informa que Pototo y un policía han muerto, y que, como siempre, hay una gran movida en la ciudad. Iván también ha llamado para informarse.

Poco después se refugian los dos en casa de la mujer en Rentería, donde permanecen varios días sin salir a la calle. Más tarde estuvieron alternando esta vivienda con la de Trincherpe, hasta que en junio la organización les ordena volver a Francia, efectuando el regreso con las mismas formalidades que a la venida. Y así se reúnen en el frontón de Uranzu de Irún los cinco

supervivientes pasadas las doce de la noche. Allí son recogidos por un R-12 conducido por un desconocido que habla solamente español y que los deja en el monte de San Marcial, donde se hace cargo de ellos un mugalari que los lleva hasta el Bidasoa, y allí son pasados al otro lado del río con una Zedlac por el mismo que los había cruzado la vez anterior, Txo.

Una vez en Francia, éste los deja en una villa vacía de Hendaya, a unos trescientos metros de la frontera. Poco tiempo para descansar y el casero los lleva a Biarritz y los aloja en el domicilio de unos refugiados. Hasta que rinden un día cuentas de su actuación a Santi Potros y Txikierdi, y de nuevo cada uno marcha a su domicilio.

Erro Zazu pasa unos meses con su familia en un camping francés. Hasta que la organización le ordena dirigirse a un caserío de Larzabal, donde se encuentra con Iván y permanecen juntos varios días, hasta que aparece de nuevo Santi Potros. Lo acompaña Lucía Urigoitla Ajurla, Lutxi, y, tras la presentación y saludos, les dice que va a ser la tercera integrante del talde.

Conviven los tres en aquel caserío unos veinte días.

A continuación se los lleva en el mismo R-12 al caserío de Antxon cercano a Biarritz. Allí cambian de coche y, en un Land Rover, son conducidos hasta la iglesia de San Andrés. Nuevo cambio de vehículo y conductor, que, con un Peugeot 404, los transporta hasta una borda cercana al pueblo de Urapel, donde el jefe les proporciona tres pistolas, tres metralletas, munición, granadas, dinero, documentación falsa y la infraestructura que deben utilizar.

Tras recibir las últimas recomendaciones, un mugalari francés los guía y pasan la muga andando por Urqulaga-Quinto Real, hasta salir al lado del pantano de Eni, en Navarra.

En este punto los recoge un camión pequeño cargado de paja que los lleva por el túnel de Arríchulegui hasta Oyarzun, donde los espera su laguntzaile, Maribel, en la calle de Luis Marlano. Son las tres y media de la mañana y han tardado cuatro horas en efectuar el paso al interior. Después, en el piso de Rentería de Maribel, rendidos, se echan a dormir.

Esta campaña iba a ser más o menos como las anteriores, pues iba a durar hasta noviembre.

Una vez descansados, deciden llevar a cabo la primera acción. Será como un aldabonazo, un anuncio ruidoso de que ya están aquí. Han venido de nuevo. No es otra cosa que la explosión de un coche bomba al paso de una patrulla de la policía el día 11 de junio, con el que sólo consiguen herir a varias personas y causar numerosos desperfectos en las fachadas de los edificios próximos.

El resultado no es el esperado y acuerdan «esmerarse» más en el siguiente. Este será más espectacular, pues consistirá en un lanzamiento de granadas contra el Gobierno Militar. Las granadas se las ha hecho llegar la organización por los procedimientos habituales hace unos días.

De modo que se dirige con Iván y José María Dorronsoro, uno de sus laguntzailles, a Lasarte, donde, se hacen con un Renault-5 a punta de pistola, dejando a su propietario atado en la zona de Sasoeta, anunciándole que en un plazo no inferior a dos horas no dé gritos ni llame la atención de nadie. A continuación, marchan a la bajera del paseo de Zublaurre del barrio de Ínchaurre, donde dejan el coche robado. Durante los tres días siguientes, Erro Zazu lleva a cabo la «preparación» del coche: con un taladro adecuado practica cuatro orificios circulares de nueve centímetros exactos que dan salida a cuatro tubos lanzadores asegurados con yeso y abrazaderas a unos cubos de hacer masa.

El conjunto tiene gran solidez. Después, con unas pegatinas recortadas, tapa los orificios y, tras pintarlas, comprueba que nada causa sospecha en el vehículo. Es una «obra de arte».

El día 6 sacan el coche y lo llevan a un parking de Pasajes Ancho, donde lo dejan estacionado. A la salida casi tienen un roce con el conductor de otro vehículo, que les chilla furioso. Debía de tener prisa y ellos no deben ni siquiera aparentarla. Ignoran que ese roce es el principio de su fin. El día 7, Erro Zazu y Lucía, en el coche grande, el R-18, se van a la ciudad y, cuando encuentran un «buen» sitio frente al Gobierno Militar, lo estacionan. La zona es de las más hermosas de la ciudad; fingen pasear y llaman a Iván por teléfono. Este recoge el R-5 del aparcamiento de Pasajes y se dirige a San

Sebastián. Allí, en una hábil maniobra, fácil y rápida, un coche sustituye al otro. Iván conecta el temporizador y todos juntos regresan al piso de Trincherpe, donde se enteran por la radio del resultado del atentado que es reivindicado por ETA.

Contentos con el «éxito» obtenido, se preparan para llevar a cabo una acción similar, pero de más envergadura contra el Gobierno Civil o el Hospital Militar. Y para ello proceden a hacerse con una furgoneta por los procedimientos habituales, cosa que llevan a cabo en Libar. Este atentado no se puede efectuar pues son detenidos al atardecer del día 22 de julio. El comando Donosti-87 ha sido desarbolado.

Este relato describe, según sus propias palabras, la vida de un miembro tipo de ETA que ingresa en la banda a los diecinueve años, pasa por etapas de menos a más responsabilidad, recibe enseñanzas, malvive en sus épocas de descanso y mata en las de actividad. Con los procedimientos clásicos de paso de mugas en uno y otro sentido, desde sus primeros atentados hasta su detención, perdiendo en el camino, también, a más de un compañero. Lleva en prisión algo más de dieciocho años, casi tanto como su tiempo de libertad. Espero y deseo que a los dirigentes de la banda les cause la misma sensación que a mí saber que son los responsables de que tantos jóvenes envejezcan en las cárceles.

El número de informaciones completamente terminadas y listas para realizar atentados, bien contra personas o contra establecimientos públicos o privados, era innumerable. Todos ellos, en la medida que fue posible, fueron alertados para que los datos que las mismas contenían dejaran de ser operativos.

De nuevo ETA acababa con la tranquilidad que había supuesto la caída de uno de sus «acorazados» y empleaba para ello la táctica que últimamente les estaba dando tan buen resultado. El explosivo en cualquiera de sus variantes. Esta vez en forma de bomba que estalló el 6 de agosto en Armentla, Álava, al paso de un vehículo Z de la policía. El artefacto, escondido en el interior de un contenedor de basura, causó la muerte de los policías Antonio Ligero Heinz y Rafael Mucientes Sanz, que no tuvieron ninguna posibilidad de defenderse ni de reaccionar.

Al día siguiente, desde una furgoneta robada con anterioridad y estacionada a unos cincuenta metros del cuartel de Zarauz, siete granadas Jotake emprendían el vuelo desde otros tantos tubos lanzadores instalados en el interior de la misma, que habían sido accionados mediante temporizador. Las granadas alcanzaron el acuartelamiento. Eran algo más de las cuatro y media de la tarde. Dado el mes y la hora, los guardias libres de servicio y sus familias estaban descansando. El resultado fue menor del que sus autores, los miembros del comando Goyerri, al que nos estábamos acercando a marchas forzadas, deseaban. Resultaron con heridas de consideración dos guardias y cuatro familiares, y los desperfectos en el edificio fueron importantes.

Al comunicar la novedad me enteré de que en los funerales celebrados en Vitoria por los dos policías asesinados el día anterior había habido gritos e imprecaciones para las autoridades asistentes. Lo que motivó la apertura de expedientes a doce policías del SUP. No era muy agradable y poco comprendida la situación de los miembros de las Fuerzas de Seguridad, sometidos a la presión judicial, con las ruedas de reconocimiento, y a la de ETA, ciertamente insoportable.

El lunes siguiente, 10, la banda intentó golpear a una patrulla de la Guardia Civil en Éibar, pero sólo consiguió provocar heridas leves a trece vecinos de la población. La frustrada operación fue asumida, con disculpas incluidas, por sus autores.

Explosión y muerte en las fiestas

El sábado 15, en plena jornada festiva en San Sebastián, dos etarras se hallaban en el interior de un coche en el paseo de Urumea. Estaban montando un potente explosivo que sería utilizado para hacerlo estallar al paso de un vehículo de la policía. De pronto, un error, un cable mal conectado, hizo que se produjera una formidable explosión que acabó con la vida de la pareja en cuestión. Se trataba de Rafael Echebeste y María Teresa Pérez Server, que, junto con José Antonio López Ruiz, Kubati, constituían el actual comando Goyerri.

Ese día, y llevando a cabo un gran esfuerzo, fueron colocadas las banderas en el Ayuntamiento de San Sebastián. Los enfrentamientos resultaron durísimos y aquéllas permanecieron en sus mástiles mientras las Fuerzas de Seguridad estuvieron allí custodiándolas. Más tarde, la Corporación pedía la inmediata sustitución de la policía española y la dimisión del gobernador.

El entierro de uno de los terroristas muertos, Rafael Echebeste, en Rentería también fue motivo de ser los problemas con los medios de comunicación. Se temían graves incidentes en esa población. Se montó un fuerte despliegue en el interior y férreos controles en las entradas y salidas, para que los no residentes no pudieran acceder a aquella ciudad, de por sí muy propensa a los disturbios. Los periodistas que no lograron acceder a la localidad presentaron una denuncia contra el gobernador. Años más tarde le acompañé a la vista del juicio. El abogado defensor, Iñaki González, en una hábil intervención, alegó prescripción. La jueza que presidía se retiró unos minutos para estudiar aquella petición y la aceptó.

Pero ni había lugar para las lamentaciones ni se podía bajar la guardia pues el sábado el grupo que nos traía en jaque, u otro que estaría operando por la zona de Éibar y Deva, efectuó otro lanzamiento de granadas contra el acuartelamiento de esta última población, una altísima torre de doce plantas pegada al río de su mismo nombre y a la carretera que por la costa une San Sebastián con Bilbao. El fallo fue estrepitoso gracias a Dios. Este tipo de artefactos, ideados por ETA y denominados «Jotake», aparte de poner de manifiesto el gran ingenio de sus inventores, eran bastante rudimentarios y el tanto por ciento de errores y lanzamientos fallidos era elevado. En el rastreo que se hizo con posterioridad se encontraron varios tubos con la granada dentro, sin salir, porque había fallado el dispositivo de ignición.

Nuevo colaborador

A través de un intermediario de Irún, recibí un mensaje de un antiguo «poli-mili», que, tras haber participado en el asalto al cuartel del Ejército en Berga y la posterior disolución de su grupo, había quedado descolgado en Francia, sin poder regresar a España. Me pedía una entrevista en terreno «neutral». Aunque no parecía que fuera importante lo que pudiera aportar, pensé que no podíamos desechar nada sin comprobado antes, y menos yo.

Así que acepté las duras condiciones para el contacto. A las once de la noche llegaba con mi conductor a la estación de servicio que hay a la entrada de Irún, donde me esperaba un coche Citroën BX que me condujo a la muga en Ventas de Vera del Bidasoa. Noche cerrada y lluviosa, y allí, en la oscuridad y dentro del vehículo, se produjo la cita. Me expuso su situación, sus necesidades y sus posibilidades. Llegamos a un acuerdo que, entre otras cosas, comprendía estudiar la fórmula para que en un futuro pudiera regresar a su tierra. Establecimos un sistema de avisos en los dos sentidos y la forma más segura de entrevistarnos para los intercambios correspondientes de información. Después me trasladaron a la gasolinera, donde me esperaba mi conductor. Sé que en la oscuridad me dieron protección el teniente Davó y el jefe de la UEI, capitán S. La relación duró bastantes años, aportó algunos datos operativos y propició varias operaciones en Francia. Fue muy útil, pues siempre tuvimos un conocimiento bastante preciso de la moral y pensamiento de los militantes de base.

Por otro lado, de la maraña de vehículos y personas que habían sido vistas antes, durante o después del asesinato de Yoyes, cruzándolas con sospechosos por su ideología en aquella zona de Villafranca, de Beasain y Urretxu, se habían seleccionado media docena que estaban siendo sometidos a una vigilancia discreta. Pero los grupos que llevaban el control de estas personas tenían una gran ilusión. Localizar a Kubati, el sanguinario y frío pistolero que actuaba por allí y se había encaramado al primer puesto de los más temidos. Madrid presionaba cada vez más y nosotros, como siempre, hacíamos algo más de lo que podíamos.

A Madrid había llegado el rumor de que este individuo se proponía atentar contra un político conocido y, viendo cómo se producían los atentados que llevaban su marca, no podían por menos que sentir un ligero escalofrío.

También ésta era la época de los contactos con ETA, los viajes y las conversaciones en Argel.

Concejal protegido

Hacía tiempo que un concejal de HB en el Ayuntamiento de Fuenterrabía denunciaba amenazas, agresiones, etc., por parte de desconocidos que él no dudaba en relacionar con las Fuerzas de Seguridad. Se llamaba Fermín Urtizberea y era un verdadero engorro leer un día sí y otro también sus acusaciones y declaraciones en los medios de comunicación afines.

El día 25 de agosto había aparecido un artefacto debajo de su coche, que además presentaba pintadas con la palabra «GANE», una especie de grupo antiterrorista del mismo corte que el Batallón Vasco Español. El Ayuntamiento, a cuya corporación pertenecía, presionó al gobernador para que investigara dicho «atentado». Este no se contentó con investigar la autoría de aquella acción, que se hizo. Ordenó también que se le protegiese permanentemente. Y así se le montó una escolta formada por un oficial y dos guardias que durante casi dos días acompañaron al concejal en todos sus desplazamientos. Además, para que no hubiera susceptibilidades y quedara constancia de tal servicio, los agentes iban de uniforme.

El teniente jefe de la escolta, mi añorado Gonzalo Pérez, y los dos guardias llevaron a cabo un difícil trabajo, con gran pulcritud, procurando que la seguridad que proporcionaban a aquel concejal amenazado de HB no perjudicara la suya ni embarazara su libertad de acción.

Pero si entraba en un bar, la escolta entraba con él y tomaba posiciones. O si lo hacía en un comercio. Y si era en un lugar privado, su domicilio o el de algún amigo, con grave riesgo y gran paciencia le esperaban fuera.

Al segundo día, el concejal se dirigió al oficial, que casi le doblaba en estatura, y le dijo que renunciaba a la protección. Que se hacía único responsable si le ocurría algo. Naturalmente, el teniente le pidió que tales extremos se los pusiera por escrito y los firmara debidamente. Así lo hizo.

La escolta le fue retirada y, curiosamente, en lo sucesivo no hubo más denuncias de amenazas. Puse al gobernador al tanto de esta novedad y continuamos con el trabajo de todos los días.

A mediados de ese mes de septiembre me entrevisté con el comisario francés Catala, que quería darme una muy buena noticia. Ésta no era otra que la decisión del Gobierno francés, tras una propuesta legislativa, de

considerar a ETA «banda de malhechores». Esto significaba apretar una vuelta más la tuerca que dificultaba la estancia y los movimientos de los terroristas en Francia. Y de aumentar las penas a las que podían ser condenados, que hasta ahora se limitaban a las correspondientes a la tenencia de armas si las portaban en el momento de su detención. Esta medida se estrenó el día 23 con dos refugiados, a los que el fiscal pidió siete años de prisión sólo por este concepto.

En San Sebastián, los de Herri Batasuna celebraron el domingo 27 el Gudari Eguna, el día del soldado vasco. En previsión de incidentes, la policía había llevado a cabo un gran despliegue. En uno de los desplazamientos de una patrulla por la ciudad fue alcanzada por el estallido de un coche bomba. Su conductor, Wenceslao Maya Vázquez, resultó muerto, y seriamente heridos cuatro de sus compañeros.

Caída de Santi Potros

El último día de septiembre era detenido en Francia el dirigente etarra Santiago Arrospide Sarasola, alias Santi Potros. De su caída también puede decirse que marca un antes y un después en la organización terrorista. Su arresto se produjo en la localidad francesa de Anglet. También fue herido y detenido en Sempere, en su domicilio, que era en realidad el archivo de la oficina política de ETA, Iñaki Picabea, que había logrado evadirse de la cárcel de Martutene en julio de 1985, en el interior de unos grandes altavoces.

La captura de Santi Potros supuso, gracias a la colaboración francesa, que por primera vez tuviéramos acceso al grueso de toda la documentación de ETA. Desde el primer momento se pusieron en alerta los servicios de información y las unidades operativas de la policía y la Guardia Civil. Se suponía, se esperaba por el fenomenal volumen de documentos que se había intervenido, que el número de detenciones iba a ser elevado.

La operación la llevó a cabo la Gendarmería francesa, que durante un tiempo reclamó y tuvo un puesto de vanguardia en la lucha antiterrorista. Potros era miembro del comité ejecutivo y responsable de los comandos ilegales. Los agentes franceses venían siguiendo una pista que a primeras

horas de la mañana del día 30 los llevó al domicilio de Xavier Guimon, situado en el centro de Anglet, en cuyo interior se encontraba Porros. A continuación, se detuvo a otro miembro de la ejecutiva etarra, Iñaki Pujana Alberdi, y se incautó aquella descomunal cantidad de documentos, en donde figuraba casi todo lo que queríamos saber sobre miembros de ETA, no sólo en Francia, sino también en España.

En territorio galo fueron arrestados más de cien individuos. De ellos, y por el procedimiento de urgencia absoluta, 55 fueron conducidos a la frontera y entregados a las Fuerzas de Seguridad españolas, y quince fueron deportados.

También en España las cifras eran espectaculares. Se llevó a cabo la detención de más de cien supuestos miembros de la organización. Se descubrieron catorce pisos de infraestructura o «pisos francos», una cárcel del pueblo en Villabona, donde, entre otros, habían estado secuestrados los industriales Ángel Urteaga y Jaime Caballero, además de varios e importantes depósitos de armas y explosivos.

Fueron unos días de una actividad febril, con incesantes idas y venidas a Bayona, en donde se había centralizado todo el material y la información que se venía obteniendo.

Gran redada

La gran redada en Francia se produjo el día 3 de octubre, autorizada por el juez Michel Legrand, y se llevó a cabo en Bayona, Ciboure, Biarritz, Hendaya, San Juan de Luz y Saint-Pied Sur Nivelle. Bastante tiempo después aún se descubrían pistas que propiciaban la detención de alguna persona, pues el fichero personal de colaboradores que Potros tenía en su poder superaba los 150 nombres, con sus direcciones y todo tipo de detalles personales.

Verdaderamente, ETA sintió miedo, como se publicó en la prensa española, y muchos de sus miembros renegaron de la «afición» a la escritura de Santi Potros. Sin embargo, otro destacado militante de la ETA actual, Ibón

Fernández, Susper, volvió a incurrir de forma inexplicable en el mismo error...

El diario El País, en su edición del 9 de octubre, destacaba ese miedo, resaltando que la política de entregas, la acción del GAL y la actuación de la policía francesa habían llenado de inseguridad a la banda. ETA, durante mucho tiempo, tendrá la duda en cada detención si es debida a aquella documentación.

Y aún no se habían extinguido los fastos de la operación Potros cuando nuestro ministro y nuestro secretario de Estado, Rafael Vera, se reunieron con sus colegas franceses, Pascua y Pandraud, en París. Hubo lógicos agradecimientos por parte española y, a la terminación, un Barrionuevo eufórico cifraba la desaparición de ETA para el año 92. Increíblemente, esto pudo ocurrir, pues fue el año del mayor descalabro de la banda terrorista, que quedó completamente descabezada, en una España pujante que se disponía a celebrar los Juegos Olímpicos y la Exposición Universal en Barcelona y en Sevilla, respectivamente. Pero la Política, con mayúsculas, no supo estar a la altura de las circunstancias y dejó escapar aquella ocasión de oro, única tal vez, para dar la solución a aquel gran problema que todo el país estaba esperando.

Noviembre nos traía un nuevo atentado contra un miembro del Cuerpo. Quizá la tranquilidad del golpe a ETA hizo que el cabo Antonio Mateo Melero estuviera pasando un rato en un bar de Villafranca de Ordicia, pero por ese territorio campaba por sus respetos el sanguinario Kubati, que sin sus dos compañeros de comando, que habían volado al detonar la bomba que manipulaban, y sin casi comunicación con la dirección de la banda, hacía lo que mejor sabía: matar. Y así entraba en aquel bar tras haber sido detectado el guardia civil y, por la espalda, acababa a tiros con su vida, marchándose a continuación con total frialdad.

Tras los funerales, que se celebraron al día siguiente, lunes 2, tuve una reunión con los responsables de los equipos de Información, donde repasamos con todo detalle cómo iban las pesquisas sobre aquellos individuos de la comarca del Goyerri que estaban siendo investigados. Había muchos datos, eran menos de media docena los objetivos, pero no

había todavía ninguna evidencia que nos permitiera intervenir, aunque la gente estaba nerviosa y optimista. No había más remedio que esperar.

El jueves 5, todas las fuerzas políticas suscribían en Madrid un nuevo pacto de Estado contra el terrorismo, entre ellas las formaciones vascas del PNV y EE. Fue muy destacado en las portadas de todos los medios de comunicación. Hoy, con la perspectiva de casi veinte años, tengo que reconocer con toda tristeza que sólo sirvió para que ETA lo considerara un «nuevo desafío», a pesar del reciente quebranto que había sufrido. Este pacto fue solemnemente ratificado el martes siguiente. EA, partido de Garaicoechea, no lo suscribió, ni el 5 ni el 10 de noviembre; según ellos, por «cuestiones de fondo». A pesar de la solemnidad que se le quiso dar a este último acto, no asistieron los máximos dirigentes del PNV, CDS y AP

Kubati, misión imposible

El día 18 de ese mes de noviembre saltó de nuevo la esperanza. Ardanza, en unas declaraciones que asombraron a los miembros de su propio partido, afirmaba que «el independentismo no tiene sentido en Europa». Pero eso era política y nuestro trabajo iba por otros derroteros. A las dos de la tarde recibo una urgente llamada de uno de los oficiales que están trabajando por la zona del Goyerri. Se ha registrado una conversación telefónica de uno de los objetivos que tengo que oír inmediatamente. Conociéndole, y tras la reunión que habíamos mantenido el día 2, sabía que el tema era importante.

Tan importante que aquel pistolero que llevábamos tanto tiempo buscando bien podía decirse que había cometido su último atentado.

Esto no podía saberlo, ni siquiera imaginarlo, el miembro liberado de ETA Kubati el pasado día 1 de noviembre, cuando dejaba muerto de tres disparos en el suelo de un bar a nuestro cabo Mateo Melero, ni el laguntzaile que le acompañaba.

Nos reunimos de inmediato en mi despacho. El oficial traía un magnetófono con una cinta de casete en su interior. Contenía una conversación telefónica mantenida entre uno de los objetivos que hacía tiempo venía siendo

sometido a vigilancia e investigación y una persona que aquella mañana le había llamado.

Desde la reunión que mantuve con los responsables de los grupos de Información se había aumentado la intensidad de los controles en todos los sentidos. Uno de los objetivos controlados, el que recibía la llamada, parece que se había dado cuenta de que estaba siendo vigilado. Se encontraba muy asustado y absolutamente deprimido. Había forzado que su interlocutor le llamara. Quería huir, escapar cuanto antes. En la conversación que mantuvieron, y que se transcribe a continuación, se han suprimido infinidad de blasfemias; para no quitar sentido a las frases, van con puntos suspensivos. La persona sospechosa, sometida a investigación, se llamaba Ramón Ángel Hernández Gabiola, vivía en el 5º B del número 2 de la plaza de Inchausti de Villafranca de Ordicia. Y ésta fue la conversación que mantuvieron aquel miércoles 18 de noviembre de 1987:

Suena el timbre de un teléfono.

DESCONOCIDO: —Hola, soy yo.

RAMÓN: —Oye, no he encontrado nada. De tres, Kale... —Está muy nervioso, jadea y respira con dificultad. Se ve que estaba esperando la llamada con ansiedad.

—Para qué. ¿Para estar? —Entiende que ha buscado alguien que quiera esconderle. Ha llamado a tres personas y las tres le han dicho que no.

—Sí.

—Joder, alguien tiene que tener, la hostia.

—Sí, me cago en D... Como no sea mi madre. Yo ya no quiero mirar más. A ver si voy a tener que poner un anuncio... e... el periódico.

—Sí, ¿eh?

—Jo... Cago en D... Como no lo soluciones tú... Estoy quemado... vamos. Tengo una mala hostia de miedo.

—Sí, lo tienes claro, joder. —Se oyen ruidos y voces de otra conversación—. Hay una interferencia, ¿no?

—Sí.

—Tienes que encontrar a alguien. La hostia —insiste el desconocido.

—¿Sabes qué voy a hacer? Lo otro. O todo o nada.

—El qué. ¿Ir allí?

—No. Aquí.

—¿Quedarte? No. No te quedes. —Sabe que está siendo vigilado.

—Yo no doy un paso más. —Ramón está completamente desmoralizado.

—No te quedes porque algún día te van a ir.

—Bueno, pues qué le vamos a hacer. Si hace falta hago la consulta a uno de esos gordos y fuera. Y que me diga.

—Pero ¿tú estás decidido a quedarte? No me jodas, Ramón, que no puedes encontrar una persona que te tenga en casa.

—Me cago en D... No sabes tú bien...

—Pues un amigo o tu cuñado.

—Adonde, la Virgen, voy a ir.

—Yo en este problema no te puedo ayudar.

—Bueno. Pues tomaré la otra postura.

—¿De quedarte?

—Sí, y hablar con alguno de los que entienden algo. Un abogado. O algo.

—Como quieras, como quieras. —Se nota que está pensando, mientras gana tiempo. Necesita encontrar una solución.

—Ya no busco más. Ya me conoces y tengo mi orgullo también. Me cago en D...

—Bueno, yo te pego un telefonazo la semana que viene o así. —No quiere comprometerse, pero le asusta dejar la situación del otro en esta coyuntura.

—No sé. Estoy desecho con las tres negativas de hoy. ¿Qué te parece lo del abogado?

—Tú verás. A mí me parece una chorrada de la hostia.

—¿Qué otra salida tengo, tú?

—No me digas, Ramón, que no tienes capacidad para encontrar una persona. La hostia.

—Oye tú, mierda. Ponme tú la solución. Me estoy quedando colgado, la hostia. Cago en D..., ¡échame una mano!

—Yo ¿qué quieres que te haga, Ramón?

—¿Sabes qué te digo? Qué tú sigas con lo tuyo, yo me quedo, y si caigo, como si cae María Santísima. —Hay como una amenaza.

—Espera un poco.

—No, no. Ya está.

—Ésa no es la solución.

—Joder, no.

—Tú entiende, Ramón, que yo no te puedo dar a ti un piso. —Se sobreentiende que esa medida conllevaría un alto riesgo.

—Bueno. Pues yo no te exijo. Ya veo que por ese lado no... Pues bueno, me voy al cemento. Lo que me ha pasado hoy no lo repito.

—Espera un poco, que esto se corta... —se oye un pitido y se interrumpe la conversación.

Suena de nuevo el timbre y Ramón descuelga el auricular.

DESCONOCIDO: —Oye, estáte tranquilo.

RAMÓN: —Mira, yo a ti no te voy a joder.

—No, si a mí no me puedes joder.

—Yo me voy al agujero y que le den por culo... Si vienen, que vengan.

—Esta postura parece su mejor arma.

al otro. este nombre, Joseba, es un importantísimo dato.

—Mira una cosa... ¿Tú quieres ir allí realmente? —Se refiere a que si está decidido a huir a Francia, para evitar que le detengan.

—Cago en D..., cago en la H...

—Ya te arreglaré yo cómo ir.

—No puedo esperar más... otra semana... me habré muerto, no puedo.

—Está verdaderamente desesperado. Se ha dado cuenta de que el otro le va a solucionar su problema.

—Tú sigue buscando...

—No busco más.

—Espera un poco. Yo te llamo el miércoles.

—¿Dónde?

—Al teléfono del vecino.

—Pero allí no podemos hablar como aquí.

—Pues entonces te llamo ahí. Este teléfono es difícil que esté controlado. Te llamo el miércoles a la una del mediodía, ¿vale?

—¿Y qué?

—Tú, el miércoles estáte ahí. —Joseba ya ha tomado la decisión. Buscará una vía de escape a Ramón.

—¿A la una?

—Sí. Y sigue buscando. —Insiste en lo de que busque a alguien que quiera ayudarle. Siempre será útil. Si no ahora, para otra ocasión.

—Sí, sí...

—Yo voy a hacer por mi parte todo lo que pueda.

—Bueno... Adiós... —Ramón quiere cortar la comunicación—. Ten cuidado aquí, esto como está...

—El miércoles a la una. Recuerdos.

Sin pérdida de tiempo convoqué una reunión general para tomar las primeras medidas y hacer un análisis provisional.

de ETA en nuestra área de actuación a quien SUS amigos o familiares llamaran Joseba, y éste no era otro que José Antonio López Ruiz, cuyo nombre de guerra era el tristemente famoso Kubati. Y si había otro, todos nos hicimos a la idea de que era él. Y el trabajo y cuantas iniciativas se tomaron iban precedidas de ese aliciente. Era mucho el daño que había hecho. Eran muchas las ganas que teníamos de apresarle.

La segunda fue que hasta el miércoles siguiente no era necesario vigilar a Ramón. Estaba tan asustado que no saldría de su domicilio. No conocía la otra infraestructura de Kubati, lo cual era completamente normal.

La tercera era que disponíamos exactamente de siete días, ni uno más, para intentar detener a Kubati. Y entonces nos dimos cuenta de la magnitud del desafío.

Pendientes de una llamada

Sólo sabíamos que el próximo miércoles, a la una del mediodía, según sus palabras, llamaría al teléfono de Ramón (Ángel Hernández Gabiola) en Villafranca de Ordicia. Pero ¿desde dónde? Era tan desmoralizadora la respuesta, por el número de teléfonos que había en Guipúzcoa o fuera de allí, que sólo se esbozó, dejando la respuesta en el aire.

Como primera medida, las cuatro fotografías distintas que teníamos de Kubati se reprodujeron y se confeccionaron varios centenares de juegos.

Pedí que me transcribieran la conversación. Llamé al gobernador y, a media tarde, me encontraba en su despacho. Durante el trayecto me preguntaba dónde estaría ahora el etarra. Sabiendo su estilo, en un piso de máxima seguridad, sólo conocido por él. No podía correr el riesgo de que alguna parte de su infraestructura hubiera caído en manos de la policía o de la Guardia Civil tras la detención de Santi Potros. También, conforme pasaba el tiempo y cesaban los efectos de la descarga de adrenalina que nos había producido la «proximidad» de Kubati y oír su voz, la ilusión, la euforia, el entusiasmo del principio daban paso a una visión más realista de la situación, que llevaba a la conclusión de que era realmente una misión imposible lograr la captura de aquél.

Kubati estaba a punto de cumplir treinta y cuatro años, pues había nacido el 28 de noviembre del 53 en Durango (Vizcaya), donde aprendió el oficio de ajustador. Vivió en Elorrio, Viviendas IRE 1, hasta que fue captado para militar en ETA. Su oficio le vino muy bien para llevar a cabo aquellos montajes explosivos de letales resultados. Pero esto es otra historia que veremos más adelante.

Ya con Goñi, le puse rápidamente en antecedentes de todo. Le facilité una copia de la transcripción de la conversación telefónica y, en un magnetofón, la oímos varias veces.

Siempre se capta mejor el matiz, la idea de lo que están tratando, oyendo la llamada que leyendo el texto de la misma. Se quedó muy sorprendido. Al poco preguntó:

—¿Hay posibilidades?

—Muy pocas. Pero haremos lo que podamos.

Y

entonces surgió aquel hombre que derrochaba entusiasmo.

—Que no, Enrique. Que esto es estupendo. Que lo vas a coger.

Y luego, inquieto, yendo de un lugar a otro, seguía:

—Bueno, hay que organizarse. Cuenta conmigo para todo. A ver, ¿cómo vas a empezar? ¿Qué necesidades tienes en principio?

Yo procuraba bajarlo de las nubes

.

—Necesito el apoyo de Telefónica. Más adelante precisaré que me envíen un número de hombres que aún no he calculado. Ahora tengo que volver al acuartelamiento a poner en marcha las primeras medidas. También tengo que hacer unas gestiones urgentes...

—¿Qué gestiones? —Los nervios se le notaban desbocados. Yo los tenía igual—. ¿Puedo ayudarte?

—No. Lo primero es comprobar lo de Joseba. Después quiero conocer «algo» de sus costumbres. Aunque sea muy poco. Tengo que hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Y luego hablar con mi dirección. Hay muy poco tiempo.

—De acuerdo. Yo me pongo también en marcha con lo de la Telefónica y lo demás. Nos llamamos. ¡Enrique, esto va a salir bien! No tengas ninguna duda.

Él no la tenía en absoluto. Yo, sí. Y sobre todo temía que aquello pudiera acabar, como ya había sucedido en otras ocasiones, en una desilusión general. Pero me negaba a seguir pensando en ese sentido. El trabajo me devolvía a la normalidad, a la vez que me daba tranquilidad y serenidad.

Movilicé cuantas personas y fuentes de información pudieran darme algún dato que me fuera de alguna utilidad. Ya bien entrada la noche, recibía las respuestas, que confirmaban, primero, que Joseba era sin duda Kubati; había otros Yosebas en la banda, pero no actuaban en Guipúzcoa. Y, segundo, y para mí lo más importante, en un elevadísimo porcentaje de posibilidades, cuando Kubati llamase por teléfono lo haría desde una cabina pública. Descartaban completamente que lo hiciera desde un teléfono particular. Nunca. Por convicción, por principios, por experiencias de la banda. Nunca. Y desde un bar era posible, pero con grandes reservas, salvo que lo hiciese desde una herriko taberna, a la que no se le ocurriría entrar —prácticamente prohibidas para cualquier miembro liberado—, por el riesgo de que la misma estuviese vigilada por la policía y su teléfono intervenido.

En los demás bares corría el riesgo de que alguien oyera algo. O se fijaran en él o... mil circunstancias que de seguro evitaría. Además, en un bar normal, o cafetería, mientras llamaba por teléfono, tendría muy disminuida su capacidad de defensa y de respuesta o reacción ante la amenaza que podría suponer la entrada de algún cliente que le conociese, de algún policía que le sonase su cara... Completamente descartado. Ésta era la opinión, el análisis de media docena de fuentes que a uno y otro lado de la muga fueron consultadas.

Tanto en Francia como en España, la cabina era la utilizada prácticamente en el ciento por ciento de los casos.

Bueno, pues lo anterior era algo que en un principio me daba un respiro. Y así se lo comuniqué al Servicio de Información para que fueran haciéndose a la idea de lo que nos esperaba.

A continuación llamé al director, tras poner en antecedentes a mi coronel, Pérez Navas, que sin duda vendría al día siguiente. Hombre de grata compañía. Primero amigo y luego jefe, siempre dispuesto a echar una mano, y cuando no se podía, pues no se podía. Pero contábamos con él y con su consejo.

Era ya pasada la medianoche cuando terminaba de hablar con Roldán. Me deseó suerte, aunque también comprendió la magnitud de las dificultades. Goñi, antes de acostarme, me llamó para decirme que me esperaba a primera hora de la mañana en su despacho con el delegado de Telefónica. Estaba como una moto.

Después supe que tanto el ministro como el secretario de Estado se habían contagiado de aquel entusiasmo. Y en sendas llamadas me hicieron saber que estaban seguros de que saldría bien una operación que aún no estaba ni siquiera esbozada. Confiaban en mí. Y desde luego se me proporcionaría todo lo que necesitara.

En realidad, aquellas llamadas, y una cierta euforia que iba notando, me producían una honda preocupación.

Aunque por otro lado también comprendía que me estaban dando lo único que en aquel momento podían darme: ánimo.

A las nueve de la mañana del jueves me encontraba de nuevo en el despacho del gobernador, en el que ya estaba el delegado provincial de Telefónica. Un poco preocupado, pues aún no sabía nada, por la cita urgente que había recibido.

Tras las presentaciones, nos trajeron unos cafés, y el gobernador empezó diciendo que nos había surgido una situación de extraordinaria importancia, para la que era imprescindible su colaboración y su ayuda. Y para ello le cedería la palabra al comandante de la Guardia Civil, que le iba a poner al tanto de todo.

Aquello no acabó de tranquilizar al invitado. Sobre todo, si tenemos en cuenta que con anterioridad ETA ya había asesinado a dos delegados provinciales de la Compañía Telefónica. Y un asunto en el Gobierno Civil y

con el comandante de la Guardia Civil sólo podía referirse a ETA. Los motivos alegados por la banda para asesinar a sus predecesores no eran otros que los derivados de la «colaboración» en intervenciones telefónicas.

Previamente, se le hizo saber lo extremadamente reservado de lo que se le iba a comentar y, a continuación y muy someramente, le expuse la necesidad que tenía de controlar a una persona que iba a hacer una llamada telefónica desde una cabina. Y así le hice la primera pregunta, que me traía en vilo desde hacía casi veinticuatro horas.

984 cabinas

—¿Cuántas cabinas hay en la provincia?

—Novecientas ochenta y cuatro.

Aquello fue casi un mazazo para mí. Supongo que cualquier cifra que me hubiera dicho. Goñi escuchaba atentamente.

—¿Funcionan todas?

—Bueno, siempre hay un porcentaje de averiadas o rotas adrede que vamos reparando periódicamente. Y otro porcentaje cuyos componentes vamos renovando. Estas son tareas continuas que se llevan a cabo casi todas las semanas por el personal técnico de mantenimiento.

—¿Puede usted decirme exactamente cuántas están ahora fuera de servicio por una u otra causa?

Necesitaba esos datos con total precisión.

—Tendría que ir a mi despacho. A la central... Pero sí podría decírselo con total exactitud.

—¿Cuándo? —Preguntaba ahora el gobernador, que cada vez estaba más interesado.

—Esta misma mañana —contestó—, en un par de horas.

Yo volví a la carga, pensando en mis problemas:

—¿Tiene usted un mapa, un plano de la provincia en donde estén situadas todas las cabinas?

—Sí.

—¿Podrían figurar en él las que no funcionan y su ubicación?

—Desde luego.

Se oyó un suspiro. Era Goñi, que veía con optimismo cómo discurrían las posibilidades reales. Yo creo que también sentí alivio conforme se desarrollaba nuestra entrevista.

—Una última pregunta —dije—. ¿Podría retrasar la reparación y el mantenimiento rutinario unos días?

—Si no son muchos, sí. Es perfectamente normal que estas operaciones se demoren de ocho a diez días.

Era suficiente, y en aquel momento no era necesario comentar nada más. De modo que, tras agradecer su ayuda y pedirle que aquella misma mañana remitiera los planos con las 984 cabinas de la provincia, y las que no funcionaban bien por haber sido dañadas voluntariamente o por avería normal, nos despedimos.

Poco más tarde me reuní con los mandos de Información, a los que puse al corriente del resultado de mi entrevista con el delegado de Telefónica. La magia de los números fue haciendo que el problema tomara forma, se pudiera dimensionar y, al menos en teoría, que se pudiese plantear. Y así, un problema bien planteado podía tener solución. Los dejé con aquel número rebotándoles en el aire, 984.

Dos horas más tarde llegaba el gobernador con los planos del total de cabinas; también las que estaban averiadas por cualquier circunstancia y las que habían de ser revisadas por su defectuoso funcionamiento.

Estaban perfectamente definidas y ubicadas en el plano provincial. Cerca de un cincuenta por ciento en la capital, y luego había unas cantidades significativas en las grandes poblaciones como Irán, Tolosa o Éibar, lo cual era perfectamente normal.

El número de las que en aquel momento estaban fuera de servicio era de algo más de trescientas. Con gran rapidez comenzó a hacerse fotocopias de aquéllos, y mientras esto se llevaba a cabo nuestro plan empezaba a rodar. Se formaron veinte equipos de cuatro hombres cada uno, a los que se les proporcionó un juego de planos. El número total de cabinas distribuido entre ellos arrojaba una cifra de unas cincuenta por equipo. Tenían la responsabilidad cada uno de reconocer e identificar perfectamente las cincuenta cabinas de su área de acción. Comprobar las que no funcionaban. Levantar un croquis que recogiera a mayor escala y con toda exactitud dichas cabinas, indicando con distinto color las útiles y las averiadas. Y más tarde, cuando llegara la hora del servicio, constituirse en guía de los hombres que habían de montarlo y en distribuidores de los mismos, además de participar activamente en la operación.

Tras explicar convenientemente todo lo anterior y aclarar alguna duda, los veinte equipos, aquellos ochenta primeros hombres, pioneros en una misión que nos tenía enganchados, se reunieron en una sala para coordinarse, repartirse las cabinas, y darse cuenta, todos juntos, de que aquello parecía que era posible.

Yo, mientras tanto, llevaba a cabo en mi despacho cuentas y más cuentas, una detrás de otra. Pero todas arrojaban más o menos el mismo resultado.

La vigilancia tendría que llevarse a cabo aproximadamente sobre seiscientas cabinas. En un principio, sin considerar el factor peligrosidad ni el de la probabilidad, que modificaba los resultados, necesitaba 1.800 hombres para cubrir cada una de ellas al menos con tres guardias.

Encargué al segundo jefe, ayudado por dos oficiales, que con la mayor rapidez posible, pero con rigurosa exactitud me indicara el número total de hombres que la Comandancia tendría disponibles el miércoles siguiente, teniendo en cuenta los servicios fijos que no podían ser suspendidos, como

la seguridad de acuartelamientos, puertos, aeropuertos, protección de explosivos, edificios públicos, etc.

Y al gobernador le pedí que lograra que el servicio de mantenimiento de Telefónica no llevara a cabo la reparación de ninguna cabina hasta pasadas las cuatro de la tarde del miércoles siguiente. Estábamos en jueves, casi anochece. La petición de refuerzo de personal sólo iba a ser para dos horas, transcurridas las cuales podrían volver a sus unidades.

El plan, a medida que recibíamos datos o informaciones, iba tomando cuerpo. Iría siendo retocado con arreglo a los problemas que fueran surgiendo, pero la idea central estaba más o menos definida.

De madrugada fueron regresando los veinte equipos con sus anotaciones. Habían hecho un buen trabajo que sería perfeccionado los días siguientes. Se había recorrido toda la geografía telefónica de la provincia. Desde Fuenterrabía e Irún hasta Éibar. Desde San Sebastián hasta Echegarate. Desde Escorlaza-Arechavaleta hasta Berastegui y Lizarza.

Observé los croquis, repetimos cuál y cuán importante era su misión. Se solucionaron algunos pequeños problemas y se fijó la hora de salida del siguiente día para llevar a cabo una segunda inspección y un nuevo reconocimiento de cada objetivo.

Amaneció un viernes lluvioso y frío que hacía más agradable el trabajo de despacho. Había que concentrarse mucho para que aquellos números no nos desbordaran. Así que, con los primeros planos y los croquis iniciales de los equipos de reconocimiento, convoqué la primera reunión operativa. No sólo estaba el personal de mi Servicio de Información, sino también los oficiales responsables del GAR, del UEI y de la Unidad de Especiales de Madrid.

Mi idea, a la que no sólo podían, sino que debían encontrar y exponer sus defectos, era la siguiente:

Teníamos que vigilar seiscientas cabinas telefónicas. Dada la peligrosidad del etarra en cuestión, consideraba que el mínimo número de hombres por cabina había de ser de tres, y cada uno de ellos muy preparado para este

tipo de intervención. Este problema quedaba en sus manos. La elección y composición de los grupos y la forma de actuar de cada uno de ellos.

En segundo lugar consideraba, tras desechar bares y teléfonos particulares, que por lo demás era una dificultad insalvable, que la zona más probable desde la que se podía producir la llamada en cuestión era la de la comarca del Goyerri, más o menos ampollada, en la que incluía las poblaciones de Andoain, Villabona, Tolosa, Alegría, Legorreta, Itsasonso, Villafranca y Beasain, más sus áreas de influencia, y la más peligrosa, toda la anterior más la zona de Regil, Azpeitla y Azcoitla, y la costa desde Zarauz hasta Deba. Debían relacionar el número de cabinas del área más probable y de la más peligrosa.

Tras su evaluación numérica quería que me elaboraran un croquis para cada una de ellas, con la ubicación de sus cabinas. La reunión acabó en este punto. Y ellos empezaron una frenética actividad mientras sus caras reflejaban cada vez más ilusión y alegría.

Aquello había empezado a dejar de ser una utopía. Nos volveríamos a encontrar a las cinco de la tarde. El tiempo volaba y todavía estaba casi todo por hacer.

Contacté con mi coronel, así como con los jefes de las comandancias limítrofes y con el director, para hacerles saber que seguramente necesitaría alrededor de mil hombres de apoyo durante dos horas el próximo miércoles 25, para que fueran previendo de dónde los podían sacar. Todos andábamos siempre escasos de personal. También les comenté que me estaba ocupando para que su misión fuese lo más ratinarla posible, prácticamente sin riesgo. Además, el servicio sería de paisano.

En las próximas horas les precisaría el número exacto de hombres que necesitaba. Después me reuní con los veinte equipos que habían regresado de su segundo reconocimiento e inspección. Los veía felices porque ya se sentían perfectamente conocedores de sus aproximadamente cincuenta cabinas: cuáles eran de aquella maraña y los itinerarios precisos para llegar a las mismas.

Les di un par de horas de descanso y los envié de nuevo a un tercer reconocimiento en el que quería que eligiesen el sitio y la forma en que mejor y más disimuladamente se podía vigilar cada una, al margen de que un hombre pudiera simular que estaba esperando para hacer una llamada. Aún tendrían que repetir estos recorridos. No podía haber ni un solo fallo. Ellos serían además los guías de los diferentes grupos operativos que vigilarían las cabinas de su área.

A media tarde, de nuevo con los oficiales, las cosas empezaban a tener claridad y definición. De las 984 cabinas había que someter a vigilancia seiscientas. Las otras estaban fuera de servicio.

El gobernador nos había anunciado que la reparación y el mantenimiento de las averiadas se llevaría a cabo en la tarde del miércoles 25, pasadas las 16 horas.

La denominada zona más probable constaba de 180 cabinas.

La más peligrosa, esas 180 cabinas más otras 105.

Éstas eran las premisas para la primera idea del servicio que empezaría a tomar cuerpo a continuación.

Entre mi Servicio de Información, el personal de la Unidad de Servicios Especiales, el GAR y el UEI sumaban un total de unos 500 hombres.

La Comandancia podía aportar durante aquellas dos horas, que siempre, entre desplazamientos y otros imprevistos, serían cuatro, unos 660 hombres.

El servicio se realizaría de la siguiente manera:

— Las cabinas de la zona más probable serían cubiertas por el núcleo formado por Información, GAR, UEI y especiales, a tres hombres por cada una.

— Las de la zona más peligrosa, en el sentido de que dedicándoles menos vigilancia cualificada podían ser utilizadas, lo serían por personal seleccionado, y con un hombre del núcleo primero en cada equipo de tres.

— El resto de las cabinas, 315, serían cubiertas por dos hombres cada una, uno de la Comandancia y otro de los agregados, que estarían «utilizándola», llamando, impidiendo así que un tercero pudiera usarlas, de 12.30 a 13.30, o hasta que se ordenase.

— Al menos uno de los tres hombres de cada equipo conocería perfectamente la cabina encomendada, su ubicación, alrededores e itinerario de llegada. El plan de intervención corría a cargo de sus oficiales.

— La misión: detener a todos los que estuvieran llamando a las 13 horas del miércoles 25. Sólo se descartaban niños y muchachos que no aparentasen tener más de dieciocho años. Las mujeres podían realizar la llamada en nombre de la persona que buscábamos.

Haciendo cuentas, teníamos 285 cabinas que había que vigilar con tres hombres, lo que arrojaba un total de 855; unas 315 con dos suponían otros 630 hombres. Entre la Comandancia y el núcleo especial sumaban 1.200; me faltaban 280 para alcanzar los 1.480 necesarios.

Los dejé en la sala de operaciones desglosando todos los datos para elaborar la orden definitiva, distribuir grupos y misiones, repartir los juegos de fotografías y los planos que cada hombre tenía que llevar para su información, practicar lo necesario en la galería de tiro y efectuar varias idas y reconocimiento a cada cabina.

A partir de ese punto prácticamente no hubo un momento de inacción en el acuartelamiento. Los oficiales crearon los 285 equipos para las dos primeras zonas, se les puso en antecedentes de cuál era su misión y se les proporcionó toda la documentación necesaria, sobre todo las cuatro fotografías del objetivo que obraban en nuestro poder. Se estudió la ubicación de cada cabina y, en función de ello, se elaboró un plan de intervención para anular y detener a un sospechoso que estuviese efectuando una llamada, sin olvidar su peligrosidad. El domingo y el lunes se ensayó esta acción decenas de veces.

De las comandancias limítrofes llegaron unos oficiales de enlace a los que se les hizo saber cuál sería la misión de sus hombres y se los responsabilizó de su capacitación. Se tuvo en cuenta la posibilidad de que mientras ellos

«llamaban» alguien que les pareciera sospechoso esperara con alguna impaciencia que quedara libre la cabina, en cuyo caso debían avisar a un determinado acuartelamiento, ya fijado, donde habría dos retenes de tres hombres listos para, en un plazo inferior a veinte minutos, acudir a identificar al desconocido, absteniéndose ellos de actuar.

Sin duda, a la hora de la verdad las cosas serían mucho más sencillas si salía todo bien, pero había que prever cualquier circunstancia.

El martes a mediodía estaba todo listo para llevar a cabo la operación. Los mecánicos prepararon y repostaron todos los vehículos, y se dio un descanso general a la gente —bien ganado, por cierto— hasta las 11 horas del día siguiente, miércoles.

Cuestión de tiempo

Almorzamos juntos. Todos estaban convencidos de que la captura de Kubati era sólo un problema de tiempo que en unas horas estaría resuelto. Por la tarde, de nuevo con todos los responsables, me hicieron saber que alrededor de una docena de cabinas no se iban a cubrir; primero, porque se nos había acabado el personal y, segundo, era prácticamente imposible que desde ellas se realizase la llamada.

No me gustó, y pedí que me las marcaran en el plano. Realmente, eran descartables, pues se encontraban en los límites provinciales con Navarra y Vizcaya, muy alejadas de la «zona de actuación» de nuestro hombre. Pero... quedó en el aire aquel gesto de desagrado. En ese momento recibí un mensaje del gobernador. A las 20 horas reunión en el Gobierno Civil con el secretario de Estado y mi director, de modo que cogí toda la documentación y, a la hora prevista, nos hallábamos en el despacho de Goñi.

Estaban presentes mi coronel y el comisario provincial de policía, Julio Hierro. Expuse el plan con todo lujo de detalles y, cuando terminé, el secretario me hizo una sola pregunta:

—¿Tiene cubiertas todas las cabinas?

No tuve más remedio que decirle que no y cuáles eran las razones. Él se dirigió entonces al comisario de policía:

—Mañana se va usted a desayunar con el comandante y, tras informarse, cubra con sus hombres las cabinas que faltan.

A ninguno de los dos nos gustó la solución. Pero era perfectamente lógica y comprensible. Cenamos juntos en un restaurante situado en el pueblo de Usurbii, y a las doce de la noche me reunía por enésima vez con los oficiales, a quienes expuse la orden del secretario de Estado. Además, les hice saber que yo estaba de acuerdo con ella. Podíamos haber solicitado algunos hombres más, de manera que no hubiera quedado ninguna cabina sin vigilancia. Me pidieron un par de horas, al cabo de las cuales me comunicaron que ya estaban todas cubiertas, no siendo necesario por tanto el apoyo de la policía. Así se lo hice saber al comisario cuando a las ocho de la mañana, tras aquella noche eterna en la que casi nadie se acostó, se presentaba en mi despacho. No les pregunté cómo lograron completar aquella docena de cabinas. Al fin y al cabo, veinticuatro hombres no son difíciles de reunir sacrificando algún servicio de menor importancia...

A las once de la mañana del miércoles se iniciaba el movimiento, las distancias en Guipúzcoa no son muy grandes. Monté un pequeño puesto de mando en Villafranca, el centro del Goyerri, y con el coronel Pérez Navas nos instalamos, con una derivación del teléfono intervenido que el equipo técnico había montado al objeto de escuchar si se llevaba a cabo o no la llamada a la hora prevista. A las 12 horas se había recibido la novedad de que todos los equipos estaban en posición, sin ninguna incidencia. Habíamos hecho nuestro trabajo. Ahora sólo había que esperar que todo sucediera conforme se esperaba

Y empezó una tensa espera en la que, a medida que pasaban los minutos, aumentaban la angustia y la desazón. Aunque procurábamos disimular tomando un café tras otro, no podíamos evitar tener los ojos casi siempre clavados en las agujas de un viejo reloj colgado en la pared de aquella habitación.

A la una en punto de la tarde sonó una llamada en el teléfono intervenido. Alguien descolgó el auricular y en ese momento, después de oírse unos ruidos, se cortó la comunicación. Era frecuente que algún empleado de la empresa dificultara la perfecta recepción de los teléfonos intervenidos por ser miembros o simpatizantes de HB o de sus sindicatos. Poco después se restablecía de nuevo, y oímos:

Se produce la llamada

RAMÓN: —Ya sabes cómo andamos aquí a fin de mes. —Se notaba que estaba muy relajado. El otro debía de haberle comunicado que su pase a Francia había sido aceptado y cómo, cuándo y por dónde debía llevarlo a cabo. Así como adonde ir una vez allí. Ramón debía de estar pidiéndole dinero.

Joseba: —¿Qué pasa, no tienes pasta?

—Lo justo.

—Ya arreglarás allí.

- ¿Sí?

—Ya te pondrán allí un contacto... Bueno, ya te dirán lo que tienes que hacer. Y después tú ya podrás llamar a la familia para que te traiga la ropa y todo eso. Debe de haberle dicho que se vaya inmediatamente y con lo puesto, sin maletas ni nada

.

—Sí. Oye, otra cosa. Y si puedo pasar por ahí, tan tranquilo, cómo es que me...

—¿Cómo es que si vas a pasar tan tranquilo?

—¿Puedo pasar la frontera tan tranquilo?

—Sí, yo creo que sí.

—Y cómo es que... me extraña, ¿no?

—No. Tranquilo, tranquilo.

Unos ruidos impiden oír nada más.

—Entonces... —Ramón sigue hablando.

Lejana, se oye una voz que grita:

—¡Al suelo, no se mueva!

—A las doce del mediodía, en la catedral de Bayona... —continúa Ramón.

De nuevo se oye la voz anterior, al otro lado de la llamada, ahora con mucha claridad, que ordena:

—¡Quieto, abra las piernas!

Ramón lo ha oído. El otro hace rato que no contesta. Con desesperación, pregunta:

—¿Eh? Oye...

Nada, sólo un silencio frío procedente del auricular que utilizaba Joseba y que ahora pendía, oscilante, en alguna cabina telefónica de Guipúzcoa.

Ramón colgó el teléfono. Pensó en lo peor mientras sentía que el pánico se apoderaba de nuevo de él. Como la semana anterior. Sólo podía hacer una cosa y tenía que hacerla ahora. Ahora mismo. Salió a toda prisa de su casa y desapareció definitivamente de aquella calle, de aquel barrio. De aquella ciudad. Casi no podía creérselo cuando tras unas horas, tras una noche infernal, sospechando de todo y de todos, se encontró en la catedral de Bayona, a la que había llegado en ferrocarril a las doce horas del día siguiente, jueves, esperando que viniera el contacto que le proporcionaría alojamiento en una vida que iba a ser completamente distinta.

Nosotros sabíamos que Kubati había sido capturado. Sólo teníamos que esperar que nos indicaran dónde estaba y que no hubiera habido ninguna incidencia. El abrazo de mi coronel y su enhorabuena traían la serenidad al final de aquella mañana de nervios a flor de piel.

Quince minutos después recibimos la novedad de que José Antonio López Ruiz, alias Joseba y Kubati, se encontraba detenido en el acuartelamiento de Tolosa, a la espera de que el Servicio de Información se hiciera cargo de él y de todas las demás circunstancias judiciales.

Media hora más tarde estábamos en el cuartel de Tolosa, en donde se procedía a trasladar a San Sebastián, en un furgón adecuado, a aquel individuo que nos miraba en silencio con los ojos muy abiertos. Aún no comprendía lo que había pasado.

Felicité al grupo que lo había apresado. El hecho había tenido lugar en una cabina telefónica situada en el centro de Tolosa. Como anécdota, todos me comentaron que, a pesar de las cuatro fotografías que tenían de él, si se les hubiera aproximado en la calle para preguntarles algo no le habrían reconocido.

Se dio la orden de que los demás detenidos —había varios—, tras extender la correspondiente diligencia para comunicarlo a la autoridad judicial, fueran puestos en libertad con nuestras disculpas.

El servicio se dio por concluido, regresando cada hombre a su unidad de procedencia. Los días siguientes me centré en lo que había sido la vida de aquel personaje que afortunadamente no iba a cumplir sus primeros treinta y cuatro años en libertad. Kubati militaba en ETA desde noviembre de 1979, cuando un conocido suyo, llamado Diez Pascual, le había propuesto en Elorrio (Vizcaya) entrar a formar parte de un comando del que ya eran componentes otros dos miembros de la organización que adquirirían notoriedad: José Félix Zabarte Jainaga y Juan Ángel Cenitagoya Urien.

Posteriormente, acuden los cuatro a la localidad francesa de Ciboure, donde Diez tenía una cita en el bar Garra con Txomin Iturbe. Este les enseña cómo y dónde deben construir los zulos para guardar las armas y el material, y dónde se encuentra en Francia un buzón en el que pueden comunicarse en

casos de urgencia con la organización. Les pide una fotocopia del DN1 de cada uno, así como dos fotografías.

A su regreso a España llevan a cabo lo ordenado. Uno de los zulos lo construyen en un molino viejo en la carretera de Elorrio a Mondragón y el otro en la carretera que lleva a Durango, a la salida de Elorrio. También se preparan un buzón en las proximidades de uno de los zulos. Levantan un croquis bastante preciso con la situación de éste y, días más tarde, lo depositan en el que les habían indicado en Francia, que se encuentra en Hendaya, para que llegue a conocimiento de la dirección.

Seis meses más tarde reciben una carta para que uno de ellos se presente en el bar de la cita anterior con el fin de realizar un cursillo. Acuerdan que sea Zabarte Jainaga. Éste, tras realizarlo, regresa a España e instruye a los demás sobre todo lo que ha aprendido del manejo de armas y explosivos.

Bautizan a su comando con el nombre de Erdella, y un sábado por la mañana, en la plaza de Berriz (Vizcaya), un individuo desconocido les entrega una bolsa de viaje en cuyo interior hay una metralleta Stein, cuatro pistolas Browning, cargadores y munición correspondiente, y una granada de entrenamiento. Así como el cuaderno del cursillo que había realizado Zabarte Jainaga. Parte de las armas las ocultan en un zulo y parte en el otro.

Poco a poco, la personalidad de López Ruiz se va imponiendo, hasta que deciden por «unanimidad» que sea él el líder del comando. En esos tiempos llevan a cabo numerosos entrenamientos con las armas, hasta que consideran que «ya están preparados». Para estos ejercicios buscan sitios idóneos, lugares solitarios en los montes, en los alrededores de Elorrio.

Y siguiendo las directrices de la dirección de la banda, empiezan a cometer sus primeros atentados: incendio de las oficinas de Iberduero en Éibar y de un camión de esta misma empresa en Durango, previo robo a punta de pistola de sendos coches, a cuyos propietarios dejan atados en árboles en lugares aislados. Esto ocurre en agosto de 1980.

A finales de año, el atraco al jefe de tienda de un supermercado de Elorrio les proporciona seiscientas mil pesetas, de las que remiten a la banda trescientas mil y ellos se quedan con el resto para gastos.

En enero de 1981, la policía lleva a cabo una redada en Elorrio en la que es detenido Zabarte Jainaga, que, aunque es puesto cuatro días más tarde en libertad, al sentirse vigilado decide huir a Francia, siguiéndole los demás tras consultar con Txomin.

Así que en apenas un año nuestro hombre se convierte en un huido. En Francia sigue un proceso clásico en la banda. Es alojado en casa de otro refugiado en Hendaya, donde está cinco o seis meses. En ese tiempo, en una entrevista con Txomin, les pregunta si quieren seguir en la banda o prefieren marchar a México. Zabarte Jainaga y él ni lo dudan. Seguirán en ETA. Más tarde conocerán al responsable de los comandos ilegales, Juan Lorenzo Santiago Lasa Michelena, Txikiardi. Ya recibirán noticias suyas. Mientras tanto trabaja en el puerto de Hendaya, y cuando tiene necesidades económicas Txomin le remite 500 francos (unas 12.500 pesetas).

Era aquella una época dorada para ETA, sus comandos tenían las plantillas cubiertas y los «aspirantes» tenían que esperar, algunas veces bastante tiempo, hasta integrarse en alguno de ellos. Kubati conoce a una chica francesa y, tras salir juntos varias veces, se va a vivir con ella a Bayona, comunicándolo previamente a Txikiardi.

Un día, ya en junio de 1984, éste le llama. Es recogido por Santiago Arróspide Sarasola, Santi Potros, que lo lleva a una villa de Anglet donde le esperan Txikiardi y los cinco refugiados, a los que se une como nuevo componente del comando Goyerri-Costa que, como los de aquella época, se articula en dos taldes o grupos.

El primero lo forman: José Antonio Olaizola Achúcarro, alias Antxon, Pedro María Picabea Ugalde, Kepa, y José Miguel Bustinza Yurrebaso, Iván.

Y el segundo, el suyo, está formado por él y por Ignacio Bilbao Beascoechca, Iñaki, y Miguel Ángel Gil Cervera, Kurika.

Txikiardi les informa que su paso a España se va a realizar en los próximos días, por lo que les pide unas fotografías para confeccionarles documentación falsa.

A finales de septiembre, los seis miembros del comando se reúnen en Biarritz, donde son recogidos y llevados en dos coches a las proximidades de Sare. Ya habían recibido con anterioridad la documentación falsa y una cantidad de dinero para los primeros gastos. En Sare los espera Txiki y les hace entrega de seis metralletas, seis pistolas y tres granadas de mano. Por la noche, un mugalari los conduce monte arriba hasta pasar la línea fronteriza, dejándolos en las proximidades de Lesaca (Navarra), donde los espera un camión cargado de paja. Su conductor acciona una trampilla lateral y se introducen los seis en un habitáculo disimulado en el interior de la carga, emprendiendo el camión la marcha. En un punto del trayecto se detiene el camión, del que desciende el primer talde, que rápidamente les desea suerte, emprendiendo de nuevo la marcha.

En la siguiente «parada» se bajan ellos, tras abrir el camionero la trampilla. Se hallan en el alto de Mandubia, próximo a Beasain, donde, tras ser recogidos por un laguntzaile y conducidos a un piso franco de Ordicia, empieza la carrera de pistolero profesional de José Antonio, Joseba. Su zona de actuación es la comarca del Goyerri y la costa guipuzcoana. Desde el primer momento conoce al hombre que, además de colaborar con él y de alojarle, ocasionará su detención por mor de una llamada telefónica que tres años más tarde le hará desde una cabina de Tolosa. Y también desde el principio conoce a otro laguntzaile, colaborador y más tarde liberado legal, que volaría solo, llamado Fermín, José Miguel Latasa Guetarla, labrándose un «famoso» historlal.

Primeros atentados

Las primeras acciones fueron el ametrallamiento de un camión francés en Olaberriá (Guipúzcoa) y el lanzamiento de granadas seguido de ametrallamiento contra el cuartel de la Guardia Civil de Araya (Álava), hechos llevados a cabo respectivamente en octubre y noviembre del 84 y tras robar a punta de pistola, por los procedimientos habituales, dos vehículos.

Estos atentados les proporcionan confianza y seguridad, y así se proponen su primera acción de sangre, que llevan a cabo contra una persona de Cestona apodada Maixu Txiki, al que consideraban confidente de la policía.

Una mañana, tras vigilarle y conocer casi con exactitud sus costumbres, lo esperan a la salida de su domicilio en Cestona, a las 7.15 de la mañana. Lo asaltan con sus armas y lo introducen en un coche que acababan de robar a punta de pistola y lo llevan a una cantera próxima, en Aizarna, donde Iñaki dispara sobre Maixu Txiki, Juan Sánchez Sierro, causándole la muerte.

Luego preparan una trampa explosiva, bien disimulada, que se activa mediante un sedal cuyo extremo está atado a un casquillo de pistola; al ser recogido éste por los guardias o policías para su estudio, hará explosión. En aquel recorrido los ha seguido un perro callejero, seguramente propiedad del asesinado. Llegó jadeante a la cantera cuando su dueño ya no vivía. El trío asesino trata de ahuyentarlo tirando piedras que el pobre animal esquiva yendo y viniendo. Al final se marchan, y así, más tarde, lo encontramos sentado junto a su amo, con la mirada apagada y sin interés por nada de lo que le rodea.

Más tarde van completando su currículum con un atentado en noviembre con fuego ametrallador y granadas contra una patrulla de la policía en el peaje de la autopista en Irún, en el que resulta muerto un agente, y el último día del año acaban con la vida de una persona en Azcoitla, José Larrañaga, que había abandonado el pueblo por haber sufrido otros atentados. Esta vez no escapa, le disparan mientras tomaba unas copas en un bar. Hacía poco que había regresado a la localidad para celebrar la Nochevieja en familia, como hemos visto anteriormente.

Días después, y siguiendo instrucciones de la organización, regresan a Sare de noche, empleando el mismo procedimiento que a la venida. Pero sólo pasa a Francia un talde. El otro permanece en Guipúzcoa para llevar a cabo, según se supo después, el secuestro del industrial del acero Ángel Urteaga Izurzun.

Una vez en la villa de Sare, entregan las armas y demás material y una nota de actividades, y cada uno se dirige a su respectivo domicilio. Ya no tiene que buscarse un medio de trabajo. Sólo esperar instrucciones de sus jefes, de los que recibe mensualmente 1.000 francos (25.000 pesetas). A finales de febrero del 85, la policía francesa detiene a Txikierdi, por lo que pasa a ser su responsable Santi Potros que, un año más tarde, en marzo del 86, le dice que se prepare pues va a pasar nuevamente al «interior».

En esta ocasión, su talde o grupo lo constituyen dos militantes que él no conocía y que le acompañarán en sus fechorías: Rafael Echeveste Garmendia, Juanma, y José Ignacio Urdiain Ciriza, Navarro. Además, pasarán ellos tres solos, pues hay problemas de infraestructura para el otro talde.

A finales de abril son recogidos, previa cita, en el frontón de Biarritz y llevados junto a Santi Potros, que les proporciona las documentaciones falsas, dinero y las últimas instrucciones. En dos vehículos llegan a Sare, y allí, tras recoger las armas, efectúan el paso de frontera como en otras ocasiones, con dos mugalaris que los llevan de noche hasta una explanada próxima a Oyarzun, donde un camión similar al de la vez anterior con un conductor distinto, tras ocultarlos en la caja, los traslada al barrio de Santucho, en Tolosa. Allí se despiden, tras lo cual Kubati llama por teléfono a uno de sus laguntzailles que, sin más tardanza, viene con su coche y los lleva a Azpeitla, donde se alojan en uno de los pisos francos de la anterior campaña. Para ésta, cuentan con todos los colaboradores que ya tenían más algunos del otro talde, como Fermín. También disponen de varios pisos francos: el actual, uno en Tolosa, el de Villafranca, uno en Zarauz, otro en Usúrbil y un último en San Sebastián.

Iras descansar unos días, y previa petición, en una cita reciben 120 kilos de amonal, temporizadores, detonadores y mandos a distancia. El material lo ocultan, parte en una bajera de Beasain y parte en un garaje de Villabona, y se cambian al piso de Zarauz, donde piensan realizar su primer atentado.

Preparan con gran esmero un artefacto con ocho kilos de amonal y tornillería y otro con dieciséis kilos del mismo y veinte o treinta kilos de tornillos, y un tercero más pequeño que sólo contiene medio kilo de explosivo.

En la madrugada del 28 de junio del 86 colocan el primero en un punto ya elegido de la carretera N-634 que une, por la costa, San Sebastián y Bilbao. El segundo, y más potente, en una caseta junto a la carretera en el alto de Meagas, cerca de Zarauz, y en las proximidades de éste, enterrado, colocan el tercero, el de medio kilo.

Kubati deja a dos de los colaboradores que le habían ayudado junto a la primera carga, con un mando a distancia para que la accionen al paso de la primera patrulla de la Guardia Civil que por allí circule. El lugar se encuentra muy próximo a Orio. A las siete de la mañana, dos coches del Cuerpo en servicio ordinario circulan por el punto cuando se produce la fuerte explosión, que sólo ocasiona daños en los vehículos. Se rastrea la zona sin encontrar nada sospechoso. Los agresores habían huido. La Comandancia envía a los equipos TEDAX y monta un despliegue de reconocimiento en la zona con la compañía del GAR, una de cuyas unidades, alrededor de las 8.15 de la mañana, al inspeccionar el área del alto de Meagas sufre una segunda y más potente explosión, en la que resulta muerto el guardia Francisco Muriel y heridos otros seis más. Cuando la patrulla se reorganiza para reaccionar hace explosión el tercer artefacto, que los mantiene prácticamente anclados al terreno hasta que fue reconocido por perros detectores y artificieros que declararon la zona libre de más artefactos. Es una acción «brillante» de aquel «cerebro» que con justicia ejercía el liderato del comando Goyerri.

Aquel atentado se estudió una y mil veces dentro del área de responsabilidad de cada especialidad y de su análisis se tomaron medidas para casos futuros al objeto de minimizar el riesgo posterior a una explosión, tanto por los que la han sufrido como por los que acuden en socorro y apoyo de los anteriores.

De nuevo cambian de domicilio y se trasladan al piso de Villafranca. Allí planean una acción contra el cuartel de aquel pueblo

.

Kubati encarga a uno de sus colaboradores que adquiriera varios tubos de 80 mm de diámetro, usados en construcción, y los prepara con minuciosidad. Los trocea en secciones de 1,20 de largo y coloca tres tubos en cada una de las cuatro plataformas de hierro y madera que, a modo de bastidor, ha realizado con anterioridad. En el interior de los tubos encajan perfectamente una serie de granadas anticarro que habían recibido con los explosivos.

Simulan paseos por la zona de campo que rodea el cuartel, un edificio solitario sobre una colina próximo a la N-I. Eligen un sitio que les parece

ideal. Está muy oculto a las vistas, rodeado de maleza y no dista más de 200 metros del cuartel, con lo que la distancia de tiro es perfecta.

A las cinco de la tarde del día 25 de julio roban a punta de pistola un Ford Fiesta en Beasain y dejan a su propietario atado en un monte cercano. Colocan en el interior del vehículo un potente explosivo que detonará por control remoto y lo estacionan en la carretera de Villafranca de Ordicia a Lazcano, no lejos de donde se prepara la acción principal.

A las 11.30 de la noche de ese día llevan las plataformas con los tubos, en cuyo interior han sido introducidas las granadas, al sitio elegido, donde las emplazan, ajustan la dirección de tiro tomando el cuartel como objetivo, que se ve nítidamente recortado en negro sobre un cielo lleno de estrellas, a poca distancia sobre el pequeño montículo.

Arma las granadas, lleva a cabo las conexiones necesarias y deja el mecanismo de disparo conectado a un temporizador que cerrará el circuito a las tres de la madrugada próxima. Ellos no esperan, regresan al piso de Zarauz. Pero sí lo hará Fermín Latasa Guetarla, cuya militancia en ETA no es conocida, con un mando a distancia listo para activar la carga del Ford Fiesta en cuanto observe una patrulla en sus proximidades. Esta acción les resulta fallida pues el coche es hallado por la esposa de su propietario, que lo estaba buscando al igual que su marido desde que éste había conseguido librarse de sus ataduras.

Aquel atentado, otra exhibición de Kubati, afortunadamente no tendría consecuencias. Allí estuvimos después, hasta que amaneció. Allí estuvo el teniente Mateu con sus hombres. Horas más tarde, otro comando, en una fatídica coincidencia, llevaba a cabo un atentado similar contra el acuartelamiento de Arechavaleta, donde Mateu y el guardia González Revilla perdieron la vida cuando acudieron a prestar su ayuda.

Kubati estaba eufórico, notaba la admiración que los demás miembros del grupo y el resto de los ayudantes sentían hacia él por la maestría en la preparación de los petardos y de las trampas explosivas, y en su inteligencia en la planificación de atentados. Tenía suficiente material y se propuso tensar aún más la cuerda. Sí, daría un golpe que resonaría fuera del Goyerri. Y se dispuso a prepararlo con los cinco sentidos.

Pensó que también allí podría emplearse un procedimiento similar al de la «Operación Ogro» en Madrid, en la que voló por los aires el coche del presidente del Gobierno con él dentro, sin necesidad de excavar un túnel subterráneo. Así que eligió un punto situado bajo un puente de la autopista Bilbao-Behobia y preparó un artefacto de más de sesenta kilos de amonal introducidos dentro de un bidón aserrado por la mitad.

Realmente fue un arduo trabajo que le llevó cerca de quince noches, y eso que contó con la ayuda de Rafael Echeveste y Urdían.

El petardo fue colocado bajo el voladizo elegido y tendió un cable de más de cien metros de longitud para detonarlo a distancia. La idea era utilizarlo contra alguna autoridad o político importante cuando circulara por allí. El artefacto y el cable estaban perfectamente disimulados y ocultos.

Estuvieron haciendo guardia varios días, turnándose, en el extremo del cable. Pero el objetivo deseado no pasaba. Un día creyeron que un casero que deambulaba por aquella zona había descubierto el cable, por lo que decidieron no esperar más y activaron el explosivo con la primera patrulla de la Guardia Civil que pasó por allí. Esta circunstancia se produjo a las 13 horas del día 27 de agosto. La tremenda explosión lanzó el coche a más de cien metros de distancia fuera de la autopista y abrió en ésta un socavón que comprendía más de un carril en el sentido de la marcha hacia Bilbao. En el coche iban un teniente y un guardia, que nunca comprenderán cómo salvaron la vida. Quizá porque el oficial iba a tener un hijo, y de hecho fue hospitalizado junto a su esposa, como vimos con anterioridad. Los niños, que vienen con un pan...

Bueno, no había estado mal el experimento. Aunque no habían cazado a un pez gordo, había funcionado.

Se aproximaban las fiestas euskeras en Villafranca y él tenía un encargo de Santi Potros que llevar a cabo en ese pueblo, en esas fiestas. El «encargo» no era otro que María Dolores González Catarain, alias Yoyes. Así que de nuevo se trasladó junto a los otros dos miembros del comando al piso de Villafranca.

El día 10 de septiembre, uno de sus laguntzailes, amigo de la familia, la localizó y se lo comunicó. Robaron un coche R-5 a punta de pistola y, con el conductor dentro, se dirigieron al encuentro de la mujer. Dos tiros en el pecho y uno en la cabeza acabaron con su vida. Antes le había preguntado si era Yoyes. Él era de ETA y venla a ejecutarla. No le importó la presencia del hijo de la antigua militante de la organización.

Atentado contra el general Garrido

Fermín Latasa, el activo colaborador, pasa a Francia, se entrevista con Santi Potros y le comunica que ha localizado al gobernador militar de San Sebastián y el coche que utiliza. Santi Potros se entusiasma con la idea, le da autorización, dinero y documentación falsa, con los que se desplaza a Barcelona y adquiere una potente motocicleta que estaciona a su regreso en el parking de la Concha en San Sebastián.

Después, Kubati, con la eficiencia acostumbrada, en una olla adecuada coloca una cantidad de explosivo plástico, con una espoleta de las usadas en las granadas de mano para dar fuego a la carga anterior, así como un potente imán.

Convenientemente preparado, se lo da a su compañero de comando Rafael Echeveste.

Durante varios días, con la motocicleta pilotada por Fermín y Rafael detrás con el artefacto, pasean delante del Gobierno Militar, pero el general no sale, no aparece. Por fin, el día 25 de octubre observan que éste sale con su coche en dirección al Bulevar. Acompañan al general su esposa y su hijo pequeño, además del conductor. Son observados por los terroristas, que deciden que ha llegado el momento. Se colocan detrás del automóvil y, al parar en el primer semáforo, colocan la bolsa con la olla-bomba en el techo del coche y huyen velozmente hacia el barrio de Gros. El general no lleva escolta. La explosión estremece casi toda la ciudad. Mueren el gobernador militar, general Garrido, su esposa y su hijo. También una señora portuguesa que andaba próxima es alcanzada, resultando herida de gravedad. Fallecerá diez días más tarde.

El conductor, en medio de aquel amasijo de hierros retorcidos y de humo, salva la vida

Echeveste y Fermín dejan la motocicleta en un parking del barrio de Gros, en la plaza de Cataluña, y se ocultan en un piso alquilado previamente en la misma zona, en la calle de San Francisco. Hay que esperar que se calme un poco el alboroto.

Más tarde vendrá una etapa de colocación de explosivos a empresas de capital francés. Sin mucho riesgo. Y luego un descanso, hasta que la dirección de la banda les comunica que ya está bien, que hay que ponerse las pilas. El nuevo cometido consiste en el secuestro del industrial Jaime Caballero Urdampilleta. Es una acción que tiene su «miga» pues van a actuar en las inmediaciones de la Comandancia de la Guardia Civil de la avenida de Zumalacárregui.

Pero ellos pueden con eso y con más. Sólo hay que hacer las cosas bien. Y las harán. Ya tienen toda la información necesaria.

El 10 de diciembre, bien vestidos los tres componentes del comando, cogen un coche R-12 que tenían escondido en una bajera a la entrada de Villabona y se dirigen a Do nos ti. Paran en el hotel San Sebastián, donde se les suma Fermín, que en esta ocasión también se ha puesto de tiros largos. Frente a este hotel, situado en plena avenida de Zumalacárregui, vive el industrial, que todas las mañanas desayuna en la cafetería del mismo.

En el momento en que Jaime Caballero está cruzando la calle lo abordan, aplastan la boca de sus pistolas en sus costados, le dicen que son de ETA, que no grite o morirá. Lo introducen en el R-12 sin ofrecer resistencia, momento en el que le dan dos píldoras de Roihmol, que le obligan a tomar, y se dirigen a Villabona. Entran en la bajera, que está prácticamente en la primera casa junto al río Orla. Cierran la puerta y sacan al secuestrado. A continuación, abren una trampilla junto al suelo al fondo de la bajera, y casi a rastras introducen a la víctima en la «cárcel del pueblo» allí construida, un antro infernal sin ventilación en donde apenas cabe un hombre sentado. Hay un camastro que casi ocupa todo el espacio disponible. Los secuestradores

permanecen de custodia, encapuchándose cuando tienen que hablar con el secuestrado. Los laguntzailes les traen regularmente comida, periódicos, etc. 59 días más tarde reciben la orden de la banda de que procedan a liberarlo. Así que piden un coche a uno de los colaboradores y, el día 7 de febrero, proporcionan otras dos píldoras del mismo somnífero al industrial. Son las cinco de la tarde, lo introducen en el maletero de un Ford Escort y, precedidos por otro vehículo de un laguntzaile que les abre camino por si hubiera algún control, se dirigen a Zarauz y de allí a Éibar, y en un monte cercano a esta ciudad lo sacan del maletero y lo atan a un árbol, dejándolo de esta guisa.

Ellos regresan a la casa de Zarauz a celebrar el éxito de la operación y resarcirse de los casi dos meses de «cautividad». Uno de los compañeros de comando le pregunta a Kubati:

—Joseba, ¿cuánto crees que habrán pagado?

Kubati, sin titubear, contesta:

—Trescientos millones.

Tras otras acciones de menor importancia, la campaña va tocando a su fin. Y a finales de marzo de 1987, después de guardar todo el «material» y despedirse de los laguntzailes, son recogidos por el mismo camión en el barrio de Santuchu de Tolosa, que los lleva hasta Oyarzun; allí se hace cargo de ellos un mugalari que los conduce hasta la misma frontera, en que los espera Antxon Echeveste, que los aloja en su caserío, donde dejan las armas y la documentación falsa. Después, cada uno marcha a su domicilio.

Se toman un descanso de dos meses que aprovechan para instruirse en el montaje y manejo de la nueva arma de ETA, los cañones Jotake. Hacen de maestros Santi Potros y Josu Arcauz Arana, alias Josu de Mondragón. Durante este tiempo, uno de los miembros del comando, Iñaki Urdiain, es sustituido por una mujer, María Teresa Pérez Server, alias Cristina y Kiskitza.

El día previsto en junio del 87, con las formalidades de siempre, efectúan el paso los tres nuevos miembros del segundo talde del comando Goyerri,

único componente del mismo en aquel momento, en lo que sería la tercera campaña desde su composición.

La primera, de septiembre del 84 a enero del 85, la llevaron a cabo los dos taldes.

La segunda, de abril del 86 a marzo del 87, el segundo talde.

La tercera, la actual, también el segundo talde, en el que una mujer había sustituido a un hombre

Realizado el paso de la muga, se alojan en el piso de Azpeitla. Al despedirse, Santi Potros ha acordado con ellos unas citas, que se llevarán a cabo en un lugar determinado en la zona rural de Zizurquil, y en las que un «correo» les hace entrega de 38 cañones Jotake que ocultan convenientemente en la bajera de la cercana Villabona.

Los estrenan con una preparación muy de la técnica de Kubati. Roban una furgoneta y «fabrican» una plataforma con cinco cañones que introducen en su interior, trasladan la furgoneta a un lugar conocido de Zarauz, en la barriada de San Pelayo. Al estacionarla, la giran convenientemente de manera que la trayectoria de las granadas de los cañones incida directamente en un edificio situado a unos ochenta metros. Es el cuartel de la Guardia Civil.

Colocan un temporizador y lo accionan, abandonando con toda tranquilidad el lugar en otro coche, un R-9 robado, cómo no, a punta de pistola. Mientras se alejan oyen el ruido de las explosiones de las granadas que han alcanzado su objetivo. Afortunadamente, sólo se producen daños materiales. Es la hora de la siesta en aquella jornada de verano. Abandonan el coche robado y se instalan en el piso de aquella población.

Se encuentran seguros en Zarauz. El clima de verano los tienta a descansar y a pasarlo bien en aquella hermosa villa llena de veraneantes que les da esa sensación de pasar inadvertidos.

Pero también hay que atender al trabajo y la «agenda» que traen de Francia está muy sobrecargada. Poseen una información muy precisa de una patrulla de la Policía Nacional que con bastante regularidad transita a unas determinadas horas por el paseo del Urumea en San Sebastián.

El atentado lo llevan a cabo Rafael Echeveste y María Teresa Pérez Server, la nueva. Con el explosivo y un telemando fabrican el artefacto, que es de fuerte consistencia y de quince a veinte kilos de peso. El día 15 de agosto es el elegido para el atentado. Desde una bajera que Fermín había alquilado en Miraconcha se dirigen a un punto del paseo del Urumea. Con algo de nervios, se disponen a conectar el último circuito que recibirá la señal del mando a distancia para explotar. En ese momento y por causas que nunca se sabrán, deflagra. La onda sonora se extiende a lo largo del río. Los dos terroristas resultan instantáneamente muertos, destrozados.

Kubatí, que se hallaba en Azpeitla, oye la noticia por las emisoras de radio. Esa noche la pasa meditando qué hacer, mientras los boletines de información van ampliando poco a poco las circunstancias de la explosión y de las dos muertes.

Se queda en España

Al amanecer ha tomado una decisión. Tiene una buena red de pisos francos. Un magnífico y numeroso equipo de laguntzaites, colaboradores, algunos tan eficaces o más que los miembros del comando que han fallecido. Y suficiente cantidad de explosivos, cañones y granadas. Seguirá con la campaña. No regresará. Se lo comunicará a Potros.

Y así lleva a cabo un nuevo atentado con cañones Jotake contra el cuartel de Villafranca el 10 de septiembre y otro mediante un coche bomba cargado con doce kilos de amonal, medio kilo de goma-2 y veinte kilos de tornillos, que explota en la avenida de la República Argentina, cerca del hotel María Cristina de San Sebastián, al paso de un vehículo de la policía, ocasionando un muerto y varios heridos. Aunque recuerda que esta acción la llevó Fermín en solitario.

Algunos colaboradores, asustados por la muerte de los otros dos miembros de ETA, dicen que quieren dejar «el trabajo». Kubati les da largas y les contesta que dentro de unos días tratarán el tema.

Él tiene ahora algo más importante y más urgente que hacer: el laguntzaile de Villafranca le ha marcado a un guardia civil que está casado con una chica del pueblo. Acababan de detener en Francia a Santi Potros y había bastante revuelo. Cree que este atentado levantará la moral en Francia y aquí.

Así que, acompañado por aquél, salen a la zona donde suele potear el guardia. Lo encuentran en un bar. El laguntzaile se lo marca. Es él sin ninguna duda. Kubati entra en el bar. Con toda decisión, se dirige a donde se encuentra el guardia civil, que está de espaldas, apoyado en la barra. En el corto trayecto empuña un revólver del 38 que lleva oculto en la cintura y, en un segundo, le dispara tres tiros, uno a la cabeza, y abandona el bar a toda prisa, huyendo con su colaborador a Beasain y más tarde a la casa de éste en Villafranca, donde se aloja. La víctima era el cabo Mateo Melero y ése fue el último atentado de Joseba, de Kubati, que al día siguiente abandona por seguridad Villafranca, refugiándose unos días en Usúrbil. Después se marcha a Tolosa, donde por los procedimientos de seguridad habituales recibe un mensaje urgente del de Villafranca. Necesita hablar con él. El miércoles 18 le llama por teléfono y lo encuentra muy asustado. Se siente vigilado y cree que lo van a detener. Quiere huir a Francia y no encuentra ayuda, por lo que tiene que pedirle calma y queda con él en que lo arreglará todo. Y le llamará el miércoles siguiente a la una de la tarde. El día 25 de noviembre. El último de su libertad.

De esto, de su vida, y de otras muchas cosas hablamos durante su detención. A punto de ser puesto a disposición judicial le pregunté:

—¿Por qué estás en ETA?

Con absoluta convicción y seguridad dijo:

—Para liberar a mi pueblo de la represión que sufre.

—¿Has visto hoy, ayer, alguno de estos días, algún tipo de represión?

No contestó.

Así terminó aquella operación que aún hoy me sigue pareciendo imposible. Pero lo cierto es que salió bien. Durante mucho tiempo se habló de ella, y años después era como una leyenda para los que venían destinados a la Comandancia por primera vez. Yo no olvidaré nunca los centenares de coches, unos de propiedad particular y otros oficiales con matrícula reservada, saliendo de Ínchaurreondo en aquella mañana de noviembre con destino a una cabina telefónica.

Zaragoza. El llanto de la Guardia Civil

Volvimos otra vez a la realidad y tuvimos la alegría de asistir a un homenaje que el diario ABC ofreció a la Unidad Especial de Intervención en Madrid el día 7 de diciembre, que ya no sólo era conocida por el resto del Cuerpo sino también deseada y querida. Pero, apenas sin solución de continuidad, la Guardia Civil era salvajemente golpeada de una manera que estremeció a todo el país.

Había en Zaragoza un viejo cuartel, en el 78 de la avenida de Cataluña. Durante mis años mozos, junto a otros compañeros, nos refugiábamos allí cuando acudíamos a enfrentarnos con la oposición de acceso a la Academia General Militar. Aquel cuartel nos daba comida y cama. También tenía una pequeña residencia en el último piso del bloque trasero, para que pudieran alojarse en ella los hijos del Cuerpo que quisieran realizar su preparación para aquella oposición en alguna de las numerosas academias que a tal efecto existían en Zaragoza. Eran las mejores de la época. También se alojaban en él numerosas familias de los guardias allí destinados.

A las seis de la mañana del día 11 de diciembre, una potentísima explosión lo hacía volar literalmente por los aires. Las imágenes que la televisión llevó hasta el último rincón de España eran sobrecogedoras. Tierra, ladrillos, una inmensa escombrera era lo que quedaba de aquel edificio, de entre cuyas ruinas y cascotes iban saliendo supervivientes. Rápidamente, de la zona que había sufrido menos daños surgió la primera ayuda; todos, guardias y familiares, se lanzaron a los escombros intentando ayudar, buscar a alguien con vida. De entre los mismos surgían con el rostro

desfigurado por el dolor y por el horror, llevando en sus brazos los cuerpos de los niños que habían perecido mientras dormían. Sus pequeñas manos, sus piernas colgaban, como verdaderos muñecos de trapo, rotos. Las lágrimas de aquella gente, compañeros, vecinos, amigos, se abrían paso entre la capa de polvo y tierra pegada a sus caras. Poco a poco, en un tiempo que pareció eterno, empezó a llegar ayuda, que no mitigó la desesperación. Bomberos, todos los servicios públicos de la ciudad, fueron acudiendo, y la luz del día permitió ver la dimensión de la tragedia, que arrojó un dramático balance: once muertos y más de cuarenta heridos. Parecía imposible viendo aquel impresionante destrozo que sólo se hubiera producido ese número de víctimas.

Tres de los fallecidos eran guardias civiles: Emilio Capilla Tocado, José Pino Arriero y José Bailarín Cazaña. Todos los demás eran familiares de los guardias que allí vivían: Ángel Alcaraz Marros, Dolores Franco Muñoz y Carmen Fernández Muñoz, y cinco niñas cuyas edades estaban entre los tres y los doce años: Rocío Capilla Franco, Silvia Bailarín Gay, Silvia Pino Fernández, Julia Barrera Alcaraz y Esther Barrera Alcaraz.

Pero ¿qué había pasado? ETA había dejado estacionado un coche con una carga de no menos de cincuenta kilos de explosivo junto a una de las paredes de aquel edificio. Uno de los guardias de servicio se dio cuenta y, viendo que del mismo salían dos personas que desaparecían a la carrera, quiso avisar de aquel peligro inminente a todas luces. Pero no hubo tiempo de nada. La explosión, fortísima, derribaba parte del edificio y una nube de humo y polvo lo envolvió todo.

Los individuos que habían huido a la carrera tomaron pocos metros después un coche R-5, matrícula M-1345-GK, que había sido robado, y abandonaron la zona. Horas más tarde fue localizado en el Camino del Vado, no muy lejos del edificio que habían prácticamente destruido. El automóvil empleado en el atentado había sido un R-18, matrícula SS-8009-U, también robado el día 23 de agosto en San Sebastián. Hoy no existe el cuartel. En su lugar, una pequeña plaza y un monumento quieren que no se borre de la memoria el recuerdo de aquellos niños, de aquellos inocentes. No sé si una y otro, son alegres. No lo sé.

Sólo he podido ir allí una vez.

Ocurrió lo de siempre. Acudieron miembros del Gobierno. El Rey en un avión, con el que, tras los pésames oficiales, regresó una hora más tarde a Madrid. Recorrido por los hospitales para visitar a los heridos e interesarse por su estado. La prensa, unánime en la condena, procurando mantener la serenidad, y días más tarde comparecencia del ministro de Interior en el Congreso de los Diputados, donde esta vez recibió el apoyo de todos los grupos políticos.

Los funerales se celebraron al día siguiente en la basílica del Pilar, cómo no, y nadie, si estuvo allí, podrá olvidar una dolorosa angustia apretándole el corazón cuando los cinco ataúdes blancos fueron depositados frente al altar. Una espesa emoción se apoderó de todos los asistentes, que a duras penas, llenos de desasosiego, pudieron seguir la santa misa.

Y es que ese mismo día se había hecho pública una pastoral de los tres obispos vascos en la que ciertamente condenaban el atentado y a los terroristas que lo habían cometido, además de tomar posiciones en el tema de las conversaciones-negociaciones de Argel. Pero la condena a ETA, al terrorismo, era tibia, por decirlo de alguna manera. Lo cierto es que se produjo un fenomenal escándalo, hasta el punto que unos días después la propia Conferencia Episcopal tenía que intervenir, distanciándose de aquella pastoral y, en cierta medida, desautorizando a los obispos de las Vascongadas. Seguramente, lo que produjo más rechazo en la carta fue la inclusión en la misma de testimonios como «autodeterminación» y «negociación». El lunes 14 más de doscientas mil personas se manifestaban por las calles de Zaragoza.

Suspenden los contactos de Argel

Los contactos con Argel se suspendieron. El ministro Solana dijo aquello de que «con asesinatos no hay contactos». Tiempo después, todo volvería a restablecerse.

Pero ¿quién había llevado a cabo aquella acción? No encontrábamos casi nada que nos condujera a algún grupo de ETA. Había algo que no acabábamos de comprender. No era normal que el comando de Barcelona, aunque hubiera uno nuevo, o el de Madrid en las mismas condiciones, o el

de cualquier otro sitio, se hubiera desplazado a la capital del Ebro para realizarlo.

En realidad, algo totalmente desconocido nos había atacado, nos había golpeado salvajemente en un reto terrible y macabro. La Guardia Civil recogió el guante y supo aguantar y sufrir, hasta que el día 2 de abril de 1990 respondió en Santi Ponce (Sevilla) en una acción que pudo aclarar numerosas circunstancias para las que no hallábamos respuesta. Sí, realmente era un arma desconocida de efectos absolutamente letales.

Pero aquel 11 de diciembre trajo también más dolor a otros lugares del país. En Basauri (Vizcaya), un policía nacional, Rafael Ribas, regresaba a su domicilio en compañía de su esposa. Del buzón de la portería recogió una carta que hizo explosión al abrirla, amputándole varios dedos, aunque salvó la vida. Era el primer atentado de estas características.

No le ocurrió lo mismo al sargento José Gómez Solís, interventor de armas del puesto de Elgoibar de la Guardia Civil, cuando, también acompañado por su mujer, al ir a coger su coche, estacionado en una calle de Plasencia de las Armas, fue asaltado por un grupo etarra que le disparó más de diez veces.

El año acababa con avances en la coordinación con los franceses: un oficial del Cuerpo se instalaría en Pau, y otro de nacionalidad gala en Vitoria, con objeto de favorecer la cooperación.

El Servicio de Información había crecido en cantidad y calidad. Disponíamos de algunas bases de datos de bastante importancia que empezaban a ser de gran utilidad, como la de vehículos. El personal había llevado a cabo una instrucción exhaustiva sobre ETA basada en el estudio de todas las diligencias y en los interrogatorios a sus miembros, legales y liberados. Conocía minuciosamente la vida de cada uno de ellos desde que había sido captado, desde que había empezado a militar en la organización, cómo se había producido esto, qué atentados había llevado a cabo y cómo los había realizado. Dónde vivían y cómo, en Francia y en España, cómo pasaban la muga., por dónde y con quién. Cuáles eran sus zonas de actuación y su infraestructura en la misma, etc.

Me gustaba ver el grado de conocimiento que había adquirido. Nombres, caras, alias, estilos; todo era absolutamente conocido, dominado por aquellos hombres generosos, valientes, que no sólo hacían frente a ETA y soportaban sus ataques, sino que también soportaban mucha incompreensión. Cometido un atentado, era raro que fallaran qué banda era la autora, a estas alturas ya sólo quedaba una y coletazos esporádicos de otras organizaciones minoritarias y del GRAPO, y qué tolde de qué comando lo había llevado a cabo.

Pero lo de Zaragoza no tenía una respuesta lógica. Entonces fue cuando empezamos a pasar a Francia, como cualquier ciudadano en su tiempo libre, con aquella idea de hacía algún tiempo. A pasear y a tener los ojos muy abiertos. Conocíamos lugares de citas. Puntos de paso. Bares conocidísimos frecuentados por militantes de ETA. Y coches con matrícula francesa o española que frecuentaban esos lugares o contactaban con alguien empezaron a engrosar nuestra base de datos, y sus propietarios eran investigados. El tiempo diría sí aquel esfuerzo extraordinario, pues no se podía abandonar el trabajo en «casa», iba a ser de utilidad o no. Aunque también produjo numerosos roces y quejas con los franceses. El resolverlos y hacer frente a las mismas era tarea mía. El día 24, el ministro, el secretario de Estado, el director y otros mandos almorzamos con los guardias y sus familias en el cuartel de Zarauz.

CAPÍTULO 9

1988. Ofrecimiento de tregua

El nuevo año nos trajo un acuerdo que suscribieron todas las formaciones políticas el 12 de enero y en el que asumían mantener un compromiso político en la lucha contra los terroristas. Venía gestándose desde el atentado de Hipercor. Las conversaciones que desde hacía más de un año se venían desarrollando en Argel hicieron que los partidos políticos vascos no quisieran quedar descolgados en un previsible final de ETA.

Aquel primer acuerdo de Ajurla Enea fue ratificado después por el Parlamento vasco. Hoy, diecisiete años después, la banda terrorista persiste y aquellos puntos del acuerdo, sobre todo los que se refieren a la Constitución y al Estatuto de Autonomía como único campo de acción política legítima, empiezan a ser cuestionados por alguno de los firmantes.

ETA hizo público un extenso comunicado el 28 de enero en el que ofrecía una tregua si el Gobierno español se sentaba a negociar. Comunicado que el día 30 era sostenido por HB. Afirmaba que la negociación política era ya un hecho irreversible. El alto el fuego no sería superior a sesenta días, plazo que ETA consideraba óptimo para establecer las bases de una «mesa negociadora». Durante el mismo cesarían las «ejecuciones» y hostilidades policiales. Aceptaban el papel fiscalizador político del Gobierno argelino y dejaban claro que «el único acuerdo posible para el armisticio» era la firma de la Alternativa KAS. Seguía con una redacción paranoica en la que venía a decir que ETA contribuiría a crear un clima propicio al diálogo para encontrar una solución política negociada del contencioso. Si todo iba bien entre la banda y el opresor Estado español en este primer contacto, aquéllos darían los pasos necesarios para organizar una mesa negociadora en toda regla. ¡Era verdaderamente demencia!

El día 20, los franceses llevaron a cabo lo que para ellos fue la más importante intervención contra su terrorismo particular, contra Iparretarrak,

con la detención en la localidad de Bocale de Philippe Bidart, máximo dirigente de esta organización, y de otros cuatro miembros más de la misma. Fue un gran éxito que todos celebramos, aunque, al estilo de las malas del terror, IK (Iparretarrak) advirtió el día 22 al Gobierno francés que aún no había sido desarticulada. Lo cierto es que prácticamente nunca volvieron a ser una amenaza.

Secuestro de Revilla

El 24 de febrero fue secuestrado en Madrid el industrial Emiliano Revilla, lo que produjo una respuesta instantánea del Gobierno que, en boca de su ministro Solana, anunciaba la suspensión, otra vez, de los contactos con ETA en Argel. Revilla fue liberado el 30 de octubre prácticamente a las puertas de su casa, impecablemente vestido y llevando en una mano la carpeta que contenía los dibujos que había realizado durante los ocho meses que había permanecido privado de libertad y, en la otra, una tarta que le habían regalado sus secuestradores. Al parecer, la banda obtuvo 1.500 millones de pesetas como rescate.

En febrero ascendí a teniente coronel. Acababa de cumplir cuarenta y siete años, de modo que no se podía decir que llevara una carrera brillante, pero, año más o año menos, así se producían los ascensos, que siempre eran por rigurosa antigüedad. Sin solución de continuidad, fui confirmado en el mismo destino que venía desempeñando.

Estábamos en plena polémica por unas declaraciones de Felipe González el 20 de abril en Noruega, diciendo que los letrados de terroristas «son correos de ETA», con la petición expresa de los colegios de abogados del País Vasco de retirarlas, cuando se produjo el nombramiento del general Cassinello como jefe de la Región Militar de Burgos, la antigua Capitanía General, que fue muy contestado por el mundo de HB. El País Vasco estaba incluido en la demarcación de aquella Región Militar.

El día 23 de abril, fuerzas de la Comandancia llevaron a cabo un importantísimo servicio en Fuenterrabía en el que se intervinieron cerca de 1.200 kilos de hachís y se procedió a la detención de varias personas, entre las que se encontraba algún simpatizante de HB, como el máximo

responsable de este alijo, Bonifacio Sagarzazu, persona que tiempo después hizo graves acusaciones contra la Guardia Civil, contra mí, contra la policía y contra la Ertzaintza, en el sentido de estar implicados en el tráfico de drogas. Ello dio origen al famoso «Informe Navajas».

Otra explotación de los datos operativos que se habían extraído de la documentación de Francia nos permitía proceder a la detención el 25 de abril en Guipúzcoa de ocho personas que venían realizando labores de correo e infraestructura de la banda.

Ya he comentado que aquella formidable base de datos que contenía una enorme cantidad de matrículas de vehículos que pasaban de Francia a España y viceversa había empezado a dar sus frutos. Desde hacía un par de meses se habían seleccionado aquellos que efectuaban el paso con una periodicidad mensual. Y si a la selección se le añadía que volvía a su procedencia en el mismo día, el resultado no era numeroso. Así que se empezaron los seguimientos en los días en que se producía el paso y, poco a poco, se descartaron los que no ofrecían sospechas en sus actividades. Desde los primeros momentos llamó la atención uno que, conducido por una mujer, realizaba unos recorridos muy extraños antes de volver a cruzar la frontera de regreso. Así que se intensificó el servicio de seguimiento.

En algunas ocasiones se perdía, pero, tras un buen trabajo, se supo que era un correo de ETA que periódicamente entraba en España y recorría, en un itinerario que se repetía mes tras mes, una serie de «buzones» en los que dejaba las correspondientes cartas de los responsables de comandos legales, a la vez que recogía los que éstos dejaban para la dirección de ETA. Conseguimos descubrir buzones en caminos de monte próximos a Irún, Hernialde y Tolosa, Andoain, Villafranca, Rentería e, incluso, en la zona de Oñate-Mondragón, en un parque infantil.

El procedimiento a seguir era bastante arduo y no exento de riesgo. Se montaba una vigilancia en cada buzón, se fotocopiaban las cartas que dejaba ETA con instrucciones y las que los miembros del comando les remitían, lo que nos proporcionaba información precisa de sus actividades. Cuando los etarras de los comandos acudían al buzón se los seguía y, una vez identificados, se procedía a su detención.

Comando Haritza

Fue desarticulado el día 3 de mayo. Estaba constituido por un hombre y una mujer que operaban en la zona de Anoeta y Tolosa. Llevaban a cabo acciones de sabotaje contra intereses franceses y numerosas informaciones sobre trenes que transportaban vehículos franceses, patrullas de la Guardia Civil, miembros reinsertados de la banda, hipermercados, etc. Se les ocupó gran cantidad de explosivo, municiones, armamento y material complementario para la elaboración y detonación de artefactos diversos. El buzón consistía en una fiambrrera de plástico azul enterrada en un agujero junto a un árbol en la carretera que iba de Anoeta a Alquiza. El zulo para el armamento y material lo tenían en un pinar cercano a la población de Hernialde.

Comando Adarra

Este grupo fue identificado tras la vigilancia del buzón situado en la carretera de Alzo de Arriba, que consistía en un bote de cristal envuelto en una bolsa de plástico de color verde. Era un comando muy fuerte de información que estaba compuesto por cinco individuos, que fueron detenidos en sus respectivos domicilios el día 17 de mayo. Al ser de información no tenían zulo construido y operaban en la zona de Andoain y habían enviado numerosa documentación a su responsable en Francia sobre los guardias que estaban destinados en el puesto de Andoain, la matrícula de todos los vehículos particulares que estaban aparcados en las inmediaciones, los horarios de servicio y hasta costumbres cotidianas de algunos de ellos. Asimismo, datos sobre empresarios de la zona, personas sospechosas de dedicarse al tráfico de drogas y sobre un industrial al que seguramente la banda se proponía secuestrar. Todos ellos fueron advertidos al objeto de que modificasen sus costumbres rutinarias.

El 25 de mayo, sendas leyes orgánicas modificaban la hasta entonces vigente legislación antiterrorista, la única herramienta que se tenía para combatir a una ETA pujante. Se redujeron los plazos de detención e incomunicación, la forma de llevar a cabo intervenciones telefónicas y otras medidas similares. Fue un cambio que no favoreció en absoluto la actuación de la policía o la Guardia Civil, cuyos integrantes, si estaban en la lucha

antiterrorista, no era por gusto sino por disciplina y por solidaridad con las víctimas.

Comandos Txarito y Herri Behera

En Navarra, la vigilancia de buzones había permitido la detención de los componentes de un comando legal armado llamado Herri Behera. Se trataba de tres personas, dos hombres y una mujer. El buzón lo tenían junto a la talla del cementerio de Burlada.

Los integrantes del comando Txarito habían escondido el bote de cristal al pie de un árbol con una gran piedra encima que lo mantenía completamente oculto en un camino de monte que arrancaba desde un punto de la carretera Villafranca-Zaldivia, al extremo sur de Guipúzcoa. Eran tres individuos que se dedicaban básicamente a realizar acciones de sabotaje contra intereses franceses en la zona de Alsasua, Echarri, Aranaz y Arbizu, la mayor parte en la provincia de Navarra.

La investigación fue de gran dificultad, pues en estas localidades es francamente complicado someter a alguien a vigilancia sin ser detectado. Uno de estos individuos se relacionaba con gente del mundo de la droga, siendo él mismo consumidor ocasional.

A estas alturas, la dirección de la banda había advertido que tres de sus comandos legales, enlazados por un mismo correo, habían sido detenidos.

Debieron de pensar en que ése era el único nexo de unión de todos ellos y, no sólo cambiaron de «itinerario» a la correo, sino que llamaron por teléfono al domicilio de uno de los miembros de un comando aún sin desarticular. Se puso la madre del etarra y le dijeron que avisara a su hijo que no debía ir al buzón. Esta, que no entendió muy bien aquello, le comunicó que un amigo le había telefonado y había indicado que no debía acudir a «correos». Llegado el momento, fue al buzón y nosotros pudimos seguirle, identificarle y, finalmente, el día 31 de mayo, proceder a su detención y a la de otro de sus compañeros. Un tercero consiguió huir. Se les ocupó el armamento y el explosivo correspondiente a la célula y fueron esclarecidos una docena de sabotajes.

La mujer correo dejó de practicar aquel recorrido mensual. Incluso dejó de entrar en España con aquella periodicidad. Pero meses más tarde volvió a hacerlo, con otra apariencia y otro vehículo que afortunadamente pudimos detectar. Í con un recorrido totalmente distinto al anterior, pues pasó una tarde en San Sebastián y contactó con unas personas, con las que estuvo en varios bares. Aquellos individuos fueron el principio de una larga operación que en su momento dio excelentes resultados.

Pero también perdimos un comando legal que actuaba en la zona de Lasarte y de Usúrbil, Descubrimos su buzón, supimos su nombre, Kiruli, pero, aunque lo vigilamos durante mucho tiempo, ninguno de los componentes de este grupo entró a recoger las instrucciones que allí le había dejado la banda. Quizá aquí sí funcionó la llamada telefónica que les hicieron desde la dirección.

Comando Bikote

El día 29 de junio se dio luz verde para proceder contra los responsables del quinto buzón sometido a vigilancia en la zona de Rentería, que, según nuestras informaciones, pertenecía al comando Bikote. Cuando se procedía a la detención de uno de ellos, llamado Miguel Antonio Arrastia Aguirre, huyó de su piso en el número 38 de la calle de Gure Echea de Rentería, refugiándose en otro de unos vecinos. Se encaramó a la ventana, los guardias le siguieron velozmente y, cuando éstos entraban para arrestarlo, se lanzó al vacío. Falleció.

Comando Berrla

El comando Berrla fue el que más esfuerzo nos supuso, ya que disponía de tres buzones que usaba alternativamente, según una pauta que lógicamente conocía la dirección de ETA. Uno de ellos estaba en la carretera que va a un basurero desde Ventas de Irún, el otro en las proximidades del campo de golf de Fuenterrabía y el tercero en las cercanías del monte San Marclal en Irún. El 3 de julio se procedió a la detención de sus integrantes, cuyas últimas acciones habían sido realizadas contra empresas y bienes de capital francés.

Sin decir adiós

Barrionuevo, que fue sustituido por José Luis Corcuera, se marchó sin decir adiós. A su llegada tuvo el gesto de visitar de inmediato Ínchaurreondo, cosa que prácticamente han llevado a cabo todos los cargos que han ido pasando por el ministerio, no en vano era el acuartelamiento más castigado y sufrido, el más atacado, el más eficaz y el más emblemático. Había compartido muchos años, casi siete, un montón de alegrías y de dramas, con nosotros. En verdad se llevaba todo nuestro afecto, recuerdo y amistad, pues fue una persona muy querida en el Cuerpo, aunque en sus relaciones mantuviese siempre una distancia que en la milicia llamaríamos sostenida y decente. Nunca la acortó, nunca llegó al cuerpo a cuerpo de la amistad. Siempre tuvimos en él, además del máximo responsable político, un valedor que amparaba y apoyaba nuestras justas reivindicaciones.

No tardé mucho en conocer a su sucesor, que desde el primer momento demostró que iba a entregarse al problema que seguía siendo el terrorismo. Venía lleno de empuje. En realidad creo que nunca lo perdió, con un amor propio excesivo que le hizo dimitir por una palabra más o menos, una sola, modificada por el Tribunal Constitucional de su Ley de Seguridad Ciudadana, también llamada Ley Corcuera o «Ley de la patada en la puerta», en una acepción totalmente alejada de la realidad. Había empeñado su palabra y así lo hizo, aunque esto fue varios años después. Sin doblez, su franqueza sólo era comparable a su sinceridad.

El 2 de septiembre, un dirigente de los socialistas vascos, Jesús Eguiguren, declaraba a la prensa que se estaba viviendo el fin de ETA. La verdad es que yo contemplaba el asombro de mi gente, que casi no tomaba descanso para respirar en aquel trabajo, y compartía con ellos la extrañeza de algunas manifestaciones que no se correspondían con la realidad,

Nueva capilla

Aquel año, la festividad de nuestra Patrona tuvo importantes novedades. La primera fue la terminación de la nueva capilla, que ya funcionaba como una auténtica parroquia gracias a la dedicación del nuevo páter, José Ramón Serrano, capitán capellán que además formaba parte de la plantilla de la

Comandancia. Recién estrenada, nos visitó la primera autoridad eclesiástica del Cuerpo, que quedó encantado, y más adelante el arzobispo militar castrense, responsable pastoral en todo el ámbito militar, monseñor Estepa, que aprovechó para confirmar a un montón de chicos en un día de auténtica alegría para el acuartelamiento. Los muchachos le hicieron muchos obsequios que ellos mismos habían confeccionado, a modo de recuerdo, y el páter un retrato de monseñor hecho por él, pues era un excelente pintor.

La segunda razón era más humana. En todo lo que llevábamos de año, la Comandancia no había sufrido ninguna baja. Le pedimos a nuestra Patrona, con el natural egoísmo de los hombres, que nos ayudara en lo que quedaba hasta diciembre y que aquel año ningún guardia civil de Guipúzcoa fuera asesinado. Era la primera vez desde que había llegado a San Sebastián. La alegría en la festividad se veía en las caras de los hombres, y más aún en la de las mujeres y los niños.

Durante el mes de noviembre empezó a propagarse la especie de que era posible la apertura de un nuevo proceso de negociaciones o conversaciones, y todo ello en base al desenlace feliz del secuestro de Emiliano Revilla. Teniendo en cuenta que ETA había ignorado olímpicamente las palabras del nuevo ministro, en el sentido de que la liberación de aquél podría propiciar esta situación, parecía incomprensible que todo el mundo, medios de comunicación incluidos, tomaran en consideración esa posibilidad.

Para reforzarla, los presos llevaron a cabo una serie de plantes y acciones de protesta en demanda de derechos que, según ellos, no se les respetaban, y ETA hacía de nuevo una oferta pública de tregua para abrir el proceso de negociación con el «Estado opresor» español. Lo que no fue óbice para que con su inmensa desfachatez hiciese estallar un coche bomba junto a la Dirección General de la Guardia Civil de Madrid el 22 de ese mes, causando, además de muy importantes y cuantiosos daños en la estructura de los edificios, la muerte de Jaime Bilbao Iglesias y del niño de dos años Luis Delgado Villalonga. También resultaron heridas más de 45 personas, de ellas diez guardias civiles.

Por aquellos tiempos tuvimos una visita de cortesía de miembros de la policía de Israel que, aunque ya conocían nuestro problema, aquí pudieron, con los datos que se les proporcionaron, efectuar una evaluación más

precisa del mismo. Emitieron sus opiniones con una óptica completamente distinta desde todos los puntos de vista: el político, el judicial, el legislativo y el social. Pero su estudio y algunas de las soluciones operativas eran muy de tener en cuenta. Efectuaron un recorrido por la frontera, el río Bidasoa y algunos puntos de la costa, tras conocer la forma en que los distintos comandos habían venido realizando su paso al interior de España procedentes de sus bases en el sur francés. Y desde el primer momento apuntaron la posibilidad, perfectamente realizable, de blindar electrónicamente aquellos puntos con una serie de cámaras disimuladas, repetidores y un centro de observación. Ello permitiría poner en marcha una reacción adecuada en caso de detectarse algún movimiento sospechoso.

El coste de aquella operación quizá fuese excesivamente elevado. Seguramente lo más complejo era la ubicación de las cámaras y el número de los centros de reacción. Era algo parecido al sistema actual de radares instalado en las costas andaluzas, el SIVE (Servicio Integral de Vigilancia del Estrecho), para el control de las pateras. No se llevó a efecto. A pesar de todo, algunos de nuestros hombres viajaron a Israel, donde realizaron un cursillo sobre técnicas avanzadas de seguridad como gesto amistoso de correspondencia.

Una roca con cámara

Meses más tarde, el gobernador, a quien le había parecido excelente aquella posibilidad, llevó a cabo un experimento que consistió en fabricar una roca hueca de mediano tamaño. Aquello llevó un tiempo hasta que se consiguió que su aspecto exterior no desentonara de las demás en el entorno en que iba a ser colocada. Se le practicó un orificio, por el que apenas asomaba el objetivo de una cámara de vídeo que se puso en su interior, y una minibatería.

La piedra fue situada al borde de uno de los caminos usados por los mugaris junto al monte Larum, encima de la Venta Palomeras, en pleno Pirineo navarro. En las inmediaciones se instaló un repetidor disimulado entre la vegetación de la zona y, en el monte Jaizquibel, otro que enlazaba con aquél. En ínchaurrondo, en la sala de operaciones y junto a uno de los monitores del COS, se instaló el aparato receptor, y, cuando todo estuvo

conectado, vimos perfectamente el camino que tantas veces habían utilizado los terroristas a pesar de la intensa niebla. Fue el único ensayo que se hizo al respecto.

La Comandancia celebró aquellas Navidades como nunca. Abierto el corazón, todos dimos gracias a Dios en la misa del gallo junto a nuestras familias. El de 1988 había sido un año en el que no habíamos sufrido ninguna baja, ningún asesinato. Era el primero desde que el terrorismo despalado había desatado su furia. Fue para mí, lo confieso, motivo de una muy íntima satisfacción.

CAPÍTULO 10

1989. Duelo en la Audiencia Nacional

Entrevista con Iñaki

Nada más terminar las fiestas de fin de año acudí a San Juan de Luz, donde me esperaba impaciente aquel hombre con el que me entrevisté una noche de finales de agosto del 87, en la misma muga, junto al monte Larum, que había quedado descolocado tras el asalto de los «poli-milis» al cuartel de Berga. Aquel que ofrecía colaboración modesta a cambio de arreglar su situación. Su nombre clave desde aquella noche era «Iñaki».

Yo le había indicado que una de las formas en que podía conseguir datos que tuvieran un cierto interés, dado que no estaba para otros «trotos», era ofrecerse a la «Empresa» —nombre con el que se referían a ETA los refugiados— como infraestructura; es decir, poner su casa a disposición de la banda para alojamiento de cualquiera que lo necesitase, pues viviendas particulares seguras era algo de lo que siempre estaba necesitada la organización.

Le pareció bien y, por medio de un miliki —antiguo «poli-mili» pasado a ETA militar—, amigo y compañero suyo, hizo la gestión. No tardaron mucho en concederle una cita. Se entrevistó con Potros y también con Waldo, que aceptaron. Recibiría de la banda una pequeña cantidad de dinero mensual, que podía subir hasta los 1.200 francos (30.000 pesetas) si tenía alojado a alguien.

Nos veíamos con regularidad y me había proporcionado informaciones, como direcciones de algunas personas y día y hora en que esperaba la visita de algún militante, sobre todo si era de cierta importancia. Así llevábamos varios meses siguiendo a Waldo, que se nos escurría una y otra vez.

Pudimos controlar alguno de sus contactos, pero nada más, pues a las dificultades lógicas de este tipo de operaciones había que añadir la de encontrarnos en territorio francés. Las autoridades galas, a las que les encantaba recibir nuestras informaciones, no querían saber cómo las conseguíamos y mucho menos descubrirnos mientras estábamos realizando algún seguimiento.

El resultado del trabajo de Iñaki durante este tiempo había servido para que la policía francesa llevase a cabo numerosas detenciones, que poco a poco habían provocado una creciente inseguridad entre los terroristas que se habían visto obligados a cambiar su forma de vida.

Me dio una pista sobre un piso en Bayona que pertenecía a una mujer joven de veintisiete años que utilizaba un Peugeot 205 de color claro cuyo padre había fallecido en Pamplona en accidente de circulación el día de San Fermín. En este domicilio, del que no había más información, pasaba una o dos noches por semana Waldo. La fiabilidad era total, pues lo había oído personalmente al interesado mientras hablaba con otro refugiado.

De modo que tuvimos que empezar por los accidentes de los últimos Sanfermines. De entre ellos seleccionamos aquellos en que se habían producido muertes, y, de estos últimos, los que fueran de franceses.

No llevó mucho tiempo ni fueron muchos, pues sólo había dos, uno de ellos con dos personas fallecidas y otro con uno. El resto del trabajo, más penoso y delicado, había que llevarlo a cabo en Francia. La información precisa, que no necesitaba ser contrastada, se la facilité a la policía gala.

Tregua del 89. La primera

En el País Vasco, el nuevo año 89 había empezado no sólo con nuevas disensiones por el tema de la autovía de Leizarán, sino también con los mismos rumores con los que acabó el 88. El 6 de enero, una delegación española se reunía en secreto con Antxon y demás miembros de la organización allí confinados con él. Se alcanzó un acuerdo de principios y el domingo 8 ETA hacía público un comunicado en el que declaraba una tregua «unilateral» de quince días «como prueba de buena voluntad a fin de

materializar la única salida al contencioso que enfrenta a nuestro pueblo con el Estado opresor español». A la vez emplazaba al Gobierno para que atendiera su propuesta de negociación política.

Detención de Josu Ternera

Fue en ese contexto cuando la policía francesa llevó a cabo una nueva operación el día 11 de enero y detuvo a varias personas, militantes de la organización, en Poitiers, Benloc y Bayona, donde fue arrestado José Antonio Urruticoechea Bengoechea, Josu Ternera, que en esos momentos, según la documentación de Sokoia, era miembro del comité ejecutivo y del aparato político internacional; vamos, una prenda. Se le arrestó cuando salía del domicilio en que era vigilado por la Gendarmería, a bordo una motocicleta de gran potencia que pilotaba una joven francesa llamada Agnes Serlot. Esgrimió una pistola y hasta una granada, que no le sirvieron para nada, en un intento vano de impedir la detención. La casa era propiedad de un tal Battiste Larzábal y la compartía con una dirigente de una formación política semejante a la Batasuna española.

A más de uno se le arrugó el ombligo con esta detención llevada a cabo a los tres días de la tregua que ETA acababa de anunciar, y una gran cautela y expectación se extendió entre las formaciones políticas y medios de comunicación.

La operación propició la incautación de abundante e importante documentación, no tanta como en la de Potros. Supimos que Urruticoechea dirigía la economía de la banda, el desacuerdo de algunas organizaciones abertzales por los elevados emolumentos que percibían los abogados afines y, sobre todo, unas informaciones bastante elaboradas sobre Mario Conde y los Albertos, contra los que, con toda certeza, llevarían a cabo alguna actuación que afortunadamente pudo ser evitada. Había sido una jugada maestra de táctica de gran oportunidad en el tiempo. ETA encajó el golpe y no respondió.

El día 14 de enero, el secretario de Estado, Rafael Vera, y el delegado del Gobierno en Murcia, Juan Manuel Eguiagaray, se reunieron en Argel con la delegación de ETA. De nuevo se alcanzó un acuerdo, no habría agenda

previa. Ellos querían discutir sobre la Alternativa KAS. Serían «conversaciones», no negociaciones, y se ampliaría la tregua.

Este encuentro se mantuvo en secreto hasta el 24 de enero y, conforme avanzaban los días y se aproximaba el fin de la tregua, la desinformación hacía que las especulaciones diesen paso a un cierto temor y desesperanza. La gente acudió en masa a la manifestación del día 21 en Bilbao que había convocado HB en apoyo de la propuesta etarra. Fue una de las más numerosas allí celebradas. Vera manifestaba públicamente estar dispuesto a desplazarse a Argel si ETA ampliaba el alto el fuego, palabras a las que la organización contestaba con un extenso comunicado veinticuatro horas más tarde. Constaba de nueve puntos que, según afirmaba, habían sido acordados previamente entre Vera y Antxon. Parecía una representación teatral con algunos fallos de interpretación de los actores.

En el primer punto se acordaba la formación de una mesa de conversaciones políticas. Ésta se constituiría en una fecha ya determinada y se elaboraría en la misma un calendario de trabajo, aunque hacía saber que ETA ya había entregado un programa político de debate.

En el punto cuatro se acordaba la existencia no sólo de interlocutores sino también de asesores en función de la importancia de los temas a tratar. Naturalmente, el lugar de encuentro y diálogo sería Argel, a cuyo Gobierno se le pedía ejerciese el papel de mediador y moderador tanto de las conversaciones como de los compromisos que de las mismas se derivasen.

Periódicamente, decía el punto siete, se informaría del desarrollo de las conversaciones, según el interés, importancia y progreso de las mismas.

Y en el punto ocho se ampliaba la tregua. Decía así: «Se acuerda la creación de un periodo de distensión en el enfrentamiento que propicie el marco de diálogo asumido por ambas partes. En este sentido, ETA se compromete a respetar una tregua de la acción armada en todo el territorio del Estado español durante el periodo comprendido entre el día de hoy 23 de enero de 1989 hasta las veinticuatro horas de la jornada del Aberri Eguna, día 26 de marzo de 1989, fecha de conmemoración histórica y de lucha por las reivindicaciones nacionales vascas. Este compromiso de tregua no comprende el caso del recurso a la contestación armada fruto de

enfrentamientos fortuitos o provocados. De igual manera, este compromiso de tregua queda sujeto a los acuerdos especificados en el conjunto de la decisión.» Era la retórica de siempre, infumable, indigerible. Pero era así.

El comunicado terminaba con otra parrafada del más rancio nacionalismo etarra, tan vacío: «Confiamos en que a partir de ahora, y al menos durante el periodo de tregua acordado, se puedan escuchar otros sonidos más acordes a las aspiraciones democráticas y soberanas de nuestro pueblo vasco. Ahora que cada cual asuma sus responsabilidades, y en especial el Estado de la monarquía. ¡Viva Euskadi Libre!» Vamos, como De Gaulle en Canadá con Quebec. Si estuviésemos en un teatro, éste sería el momento en que bajaría el telón y se oírían aplausos o gritos. Yo bien me imagino qué se hubiera oído.

Al día siguiente, 24 de enero, el Ministerio de Interior daba cuenta del inicio oficial de las conversaciones de Argel, anuncio que fue contestado por HB, que avisó que la negociación no sería a la baja. El Gobierno vasco las apoyaba en un principio y le parecían viables los extremos conocidos. EE pedía la disolución de ETA y Gesto por la Paz convocaba una manifestación. A todos procuraba complacer el PSOE-PSE reiterando que no había negociación política. Qué cosas... El ministro se reunió con Ardanza y con los representantes de los demás partidos. Se abrió un periodo de gran expectativa, de gran esperanza. Una cosa sí era cierta: los próximos dos meses la «paz» de ETA dejaría tranquilos a los mortales del País Vasco y resto de España.

Eduardo, una quinta columna demoledora

El día 9 de este mes tan lleno de acontecimientos me encontraba reunido con los responsables de Información y dos nuevos comandantes que habían llegado destinados a la Comandancia, Miguel Tugores y Máximo Blanco. Examinábamos la marcha de los distintos servicios y los problemas y necesidades de la unidad. Inevitablemente, continuaba el ir y venir de personas en los distintos empleos, y no sólo de la Comandancia.

Me avisaron de la llegada del gobernador. Me contó que había recibido la llamada de un desconocido que se había ofrecido a cambio de dinero a

proporcionar información suficiente para detener a uno de los comandos más activos del momento. A continuación, la comunicación se había interrumpido. Procuré calmarlo y hacerle ver que no parecía tratarse de una broma y, por lo tanto, volvería a llamar. Se instaló una grabadora en la que pudiera registrarse cuanto le comentara, caso de producirse un nuevo contacto.

Dos días más tarde, el desconocido volvió a llamar y se inició así una serie de conversaciones y de grabaciones, que luego oíamos en mi despacho, que se prolongaron durante cerca de tres semanas. En la mayoría de ellas, el gobernador le «arrollaba» literalmente, casi sin dejar expresarse al otro, por lo que le hice ver este problema y lo conveniente que era que fuese el desconocido quien más hablase. Él lo comprendía y me decía que procuraría evitarlo.

Fueron una serie de llamadas telefónicas que se prolongaron hasta final de mes. En ellas, el desconocido manifestó tener información bastante para detener a los componentes del comando Éibar. Eran tres y muy peligrosos, según él. Habían llevado a cabo multitud de atentados y quería a cambio treinta millones de pesetas. Las réplicas y contrarréplicas del gobernador eran a veces subidas de tono. Discutían con vehemencia por la cantidad, que a éste le parecía abusiva. Otros informadores pedían bastante menos. El otro le decía que su «mercancía» era de primera clase. Discutían y numerosas veces alguno cortaba y colgaba el teléfono. Casi siempre el desconocido. Tampoco llegaban a ningún acuerdo sobre cómo y cuándo se recibiría la información necesaria, cuándo se llevaría a cabo la detención, que aquél quería que fuese en un momento elegido por él, ni tampoco en la forma de pago ni en el adelanto de alguna cantidad previa. Yo estudiaba las conversaciones grabadas y le pedía que no perdiese la calma. Me parecía muy importante el tema y no podíamos arriesgarnos a que se echase a perder.

Por fin llegaron a un primer acuerdo. Se le dejaría una cantidad inicial de un millón de pesetas en un punto elegido lógicamente por él. Era la ocasión que esperábamos para proceder a su identificación. El lugar era una escombrera situada en una carretera vecinal que subía de la población de Plasencia a la barriada de Sagar Erreka, a unos seis kilómetros por un

camino vecinal en magnífico estado que serpenteaba en una prolongada subida. Se abría en una amplia explanada casi circular a la izquierda con un diámetro de más de doscientos metros.

No tenía pérdida. Había que colocar el dinero bajo unas ramas de pino que se encontraban bastante diferenciadas de los demás materiales allí depositados, nada más acceder a la misma y en la parte frontal.

Me acompañó el comandante tercer jefe y el conductor y dejamos el dinero en un sobre blanco dentro de una funda de plástico para protegerlo de la lluvia que no dejaba de caer. Atardecía aquel 16 de enero. Con bastante antelación había ordenado un servicio con instrucciones concretas, tendentes no sólo a la seguridad sino también a lograr la identidad del anónimo comunicante. De regreso a Ínchaurrondo bromeábamos acerca de la desazón que nos había producido dejar aquel millón de pesetas en semejante paraje.

Nadie recoge el millón

Nada más amanecer y acompañado otra vez por el comandante me dirigí a la escombrera. Por el servicio de vigilancia supe que nadie se había acercado a recoger el sobre. Pero sí había sido detectada una persona, una sola, por los alrededores que, pasado un tiempo, había abandonado el lugar en un automóvil. Teníamos la matrícula y, por lo tanto, el nombre y la dirección de su titular. Si tenía o no antecedentes, era algo que no se tardaría en saber.

El sospechoso debía de haber detectado el despliegue montado y no se había atrevido a entrar. Había sido muy taxativo en ello. Nadie más que el que llevara el dinero. Pero yo ya estaba harto de sus condiciones y de sus negativas a todo.

Llegué a la escombrera de mal humor por la noche que habían pasado los componentes del servicio, seguramente calados hasta los huesos por aquel pertinaz «calabobos» que no había parado en todo el tiempo. Y por si el individuo en cuestión me estaba observando, recogí el sobre, no sin soltar alguna imprecación, y subimos al coche para regresar a la base. Cuando

llevamos recorridos unos veinte kilómetros, el comandante me convenció para que regresáramos y, ya más calmado, volví a dejar el paquete en el mismo sitio.

Cuando regresé al acuartelamiento se me comunicó que el individuo había aparecido y recogido el sobre, y que era el que con anterioridad había sido visto e identificado. Teníamos, sin ninguna duda, al anónimo colaborador. Veríamos muy pronto si era un estafador o era algo de verdadera importancia. Con el dinero ya en su poder, su resistencia se ablandó y no fue difícil forzar una entrevista, en la que se le obligó a presentar alguna prueba sobre la veracidad de lo que afirmaba, a la vez que tendría que empezar a desempeñar su cometido.

También hubo problemas en el lugar de este primer encuentro. Quizá la forma de uno y otro de hablar propiciara que se fuese en las dos primeras ocasiones a sitios distintos. Nuestro hombre hablaba en las grabaciones con miedo, casi pánico, que se traducían en una especie de tartamudeo, lo cual era perfectamente comprensible. Había dado un paso que no tenía retorno. Y su futuro iría por unos caminos que ya no podría controlar.

Finalmente, el 3 de febrero, en mi coche oficial, el gobernador y yo nos dirigimos hacia el área de servicio de la autopista A-8, Bilbao-Behobia, situada en el alto de Iciar. Alrededor de las tres de la tarde divisamos a nuestro contacto, que simulaba pasar el rato a la espera de alguien, así que se bajó mi conductor y yo le hice subir con un gesto al vehículo. Tenía su fotografía a la vista y todo cuanto necesitaba saber de él.

Como quiera que comenzara insistiendo en mantener su anonimato, le dije de sopetón su nombre y su dirección, y que no podíamos perder más tiempo. El gobernador, sentado a su lado, le comunicó que en adelante se entendería conmigo. Entonces, él abandonó su falsa postura de resistencia y, con un más que perceptible temblor que le recorría todo el cuerpo —estaba en verdad aterrorizado—, sacó del interior de su camisa una bolsa de plástico negra, de un kilo de peso, muy conocida por nosotros. Su contenido era amosal.

La cogí, traté de calmarle diciéndole que estaba seguro y, con la esquina de una tarjeta de embarque de un vuelo San Sebastián-Madrid, le practiqué un

pequeño orificio por donde extraje una cantidad que me pareció suficiente para analizarla posteriormente. No podía quedarme la bolsa pues con toda seguridad sería notada su falta al formar parte de un lote de veinticinco que el comando escondía en su domicilio. Luego le enseñé un álbum de fotografías de miembros de ETA huidos que con gran paciencia habíamos ido completando el Servicio de Información y yo mismo durante los últimos ocho años. De pronto se le había pasado el miedo y las prisas. Tenía que hacer un trabajo y tenía que hacerlo bien. Su vista se detenía una y otra vez en cada fotografía. A veces volvía las hojas para atrás. Finalmente, identificó a dos de ellos como integrantes del comando con el que colaboraba. Cuando le pregunté dónde estaban en aquel momento, contestó:

—En mi casa.

No tenía que decirme nada más. Le di el nuevo teléfono y quedamos en la forma de establecer los contactos en el futuro. En aquel momento iniciábamos una etapa que, ambos lo ignorábamos, iba a durar ocho años y cuyos resultados ninguno podíamos imaginar. Aquel desconocido, en adelante, tendría para mí el nombre clave de «Eduardo».

Ruptura de la tregua

Febrero se había estrenado con unas declaraciones de la ministra Rosa Conde que no habían sentado muy bien a los Cuerpos de Seguridad. Afirmaba que las vías policiales no habían sido efectivas contra ETA. Era mucho el tiempo y el esfuerzo hecho en ese cometido. De ahí que nos sintiéramos dolorosamente aludidos. Pero, en medio de estas y otras declaraciones, nosotros empezábamos a desarrollar una operación en toda regla que nos iba a permitir el desmantelamiento del comando Éibar y de toda su infraestructura.

El 10 de febrero, el ministro Corcuera convocó en Vitoria una reunión con todos los gobernadores y delegados del País Vasco, así como los mandos de la Guardia Civil y de la policía, en la que nos puso al tanto, de primera mano, de lo que estaba en todas las tertulias de comentaristas políticos. Parecía que esta vez sí «iba de verdad». No se le veía muy convencido, muy feliz.

A margen de las expectativas de los contactos con E I' A, el hecho político que más nos afectó fue el acuerdo alcanzado entre Corcuera y el consejero vasco de Interior, Juan Lasa, el día 13, en el que, tras más de seis horas de reunión, se fijaron las competencias y el despliegue de la Ertzaintza, a la que se le reconocía el carácter de policía integral. Su número se fijó en 8.500 efectivos, la fecha final de despliegue se establecía en 1993 y la formación de cada policía autónomo pasaba a ser de nueve meses de academia en lugar de seis.

ETA hizo público otro comunicado en el que anunciaba una nueva fase de conversaciones políticas, de superior nivel, a la que se incorporarían Josu Ternera, Txikiierdi y Mamurru (tres miembros de primera fila de la organización que habían sido máximos dirigentes, y que se encontraban encarcelados en Francia). Creaba una mesa «complementarla» de debate y diálogo compuesta por representantes del PSOE y de HB, a la vez que prorrogaba la «mutua disensión» (o sea, la tregua bilateral) hasta el 24 de junio. Volvía a pedir lo imposible, lo irrazonable, volvía a ser ETA.

El 28, el Gobierno respondió con un breve comunicado que no satisfizo a la banda. La organización terrorista se había excedido en el suyo. Lejos de rectificar, contestaron el mismo día acusando a Madrid de incumplir los acuerdos alcanzados, a la vez que lo emplazaba a rectificar su declaración o considerarían roto el acuerdo. Era realmente una amenaza llena de chulería y matonismo y falta de la más mínima lógica política.

El 31 de marzo, ETA, en un último gesto de insolencia e intransigencia, dio tres días más al Gobierno para ratificar el «acuerdo» que, según ellos, se había alcanzado. El Ejecutivo, dignamente, ni contestó.

A punto de cumplirse los tres días del «ultimátum», Vera se trasladó a Argel el 3 de abril en un intento de que las autoridades del Gobierno argelino mediaran y se recondujera la situación hacia la reanudación del diálogo, cosa que no logró. El 4, ETA declaraba abiertos todos los frentes de lucha y, con gran descaro, anunciaba que retomaría las conversaciones si el Gobierno respetaba los acuerdos de Argel. Pocos días después haría realidad esta amenaza con su primer atentado, que llevó a cabo con una serie de envíos de cartas bomba, una de las cuales le llegó al delegado

Elgorrlaga, el 10, que pudo ser desactivada. La del día 7 fue para un profesor de Irún, vecino de un policía, que resultó herido de gravedad.

También llevó a cabo la colocación de numerosos artefactos explosivos en distintos trazados ferroviarios. Unos estallaron causando pocos daños y otros fueron desactivados a medida que se localizaban. El olor de la pólvora volvía. La máquina de macar estaba viva y activa. El 10, el Gobierno español daba por rotas las conversaciones.

Nosotros preparábamos la respuesta, pero mientras tanto tanteábamos con la detención, el día 11, de dos personas que habían quedado descolgadas del comando Bikote. El 12, ETA pisaba el acelerador y asesinaba al sargento de la Guardia Civil José Calvo de la Hoz cuando se hallaba en el interior de su coche para pasar el puente colgante de Portugalete, en las Arenas. Dos días más tarde colocaron un coche bomba en el interior del puerto de Pasajes que detonaron al paso de un vehículo de servicio del Cuerpo y provocó dos heridos de consideración.

Era una ofensiva en toda regla en la que la banda había puesto toda la carne en el asador. Nosotros teníamos que contestarles y devolverles el golpe, cuanto antes mejor.

Por aquellas fechas, los equipos de desactivación de explosivos, los TEDAX de la policía y de la Guardia Civil, en estrecha colaboración, habían ideado, y más tarde elaborado, un artefacto cuya misión era interferir la onda-radio con la que ETA hacía estallar con un mando a distancia algunas de sus trampas explosivas. Fue una idea brillante y no muy difícil de llevar a la práctica. Conocíamos, por la documentación encontrada en distintas operaciones en Francia, las frecuencias que usaban los pistoleros, y nuestros aparatos o inhibidores eran capaces de anularlas. Poco a poco se fueron instalando en los diferentes vehículos de servicio y acuartelamientos, aunque, en ocasiones, algunos no llegaron a tiempo.

El 16 de abril, ETA anunciaba la colocación de una segunda oleada de cargas explosivas en las vías férreas como respuesta a las manifestaciones hechas el día anterior por el ministro de Justicia en las que exponía que se iba a proceder a la dispersión en las distintas cárceles de España de la población reclusa de ETA. También aquel día 16 se producía una

circunstancia triste para mí: mi amigo el gobernador Pedro Manuel de Arístegui, embajador de España en Líbano, había fallecido en este país mientras almorzaba con su familia, al entrar en la sala un obús, un proyectil disparado por quién sabe quién, y que fatídicamente hizo explosión.

Ya no recibiría, de tiempo en tiempo, aquellas agradables visitas, cuando venía a ver a su madre que residía en Irún. Nunca olvidaré su conversación, erudita y amena, sobre temas de Nicaragua, de donde fue embajador antes de aceptar el cargo de gobernador de Guipúzcoa. Eran auténticas lecciones de historia moderna, actual, recién salida del horno, pero desde una óptica por completo distinta a la de un texto de enseñanza. Pero aquel 16 de abril también ocurrieron otras cosas.

Comando Éibar

Habíamos dejado al nuevo colaborador, el pasado día 3 de febrero, en una zona de la autopista en el alto de Iciar. Nos había identificado a dos de los tres miembros del comando Éibar que tenía alojado en su casa. Del tercero no teníamos su fotografía. No íbamos a tardar mucho en subsanar esa falta. Con extraordinarias precauciones, temblando y mirando para todos lados, se bajó de nuestro coche y, subiéndose al suyo, desapareció. Hacía tiempo que su vivienda estaba sometida a vigilancia.

De vuelta a San Sebastián reuní a los responsables de información y trazamos un primer plan de actuación. Procuramos olvidar aquella extraña situación de tregua y de la «bilateralidad». Se pidió el apoyo de una unidad especializada en seguimientos de los Servicios Especiales de Madrid y del UEI.

En una concienzuda operación llevada a cabo a lo largo del mes de febrero tenía casi todo lo que necesitaba para actuar contra el grupo de pistoleros. En algunas ocasiones los había tenido perdidos; sentía entonces una gran desesperanza que procuraba no trascendiera a los demás. Esto se producía cuando, inesperadamente, le pedían a Eduardo que los trasladara a otra población, donde los dejaba y regresaba solo a su casa, hasta que al cabo de unos días recibía de nuevo aviso, no siempre telefónico (a veces era por

carta que depositaban en su buzón), para que los recogiera en otro punto determinado.

Por razones de seguridad, las vigilancias y seguimientos no podían ser permanentes, sino que se complementaban con las informaciones que proporcionaba Eduardo, con quien me veía regularmente en un punto de seguridad cercano a Durango. Había llevado a los pistoleros a Vergara, Oikina (Deva), Ondarroa, Motrico, Éibar, Elgoibar y a algún otro sitio a divertirse, pues estaban en tregua.

Los desplazamientos siempre se sujetaban a una norma estricta de seguridad. Primero, el laguntzaile hacía el recorrido solo, y si no observaba nada sospechoso regresaba y los transportaba al sitio asignado, donde los dejaba sin ver, ni por tanto conocer, al nuevo colaborador que los recogía y los llevaba a otra vivienda. En muchas de estas ocasiones, cuando la información se disponía con tiempo suficiente, vigilábamos la zona de recogida y, mediante el seguimiento adecuado, en el que era prioritaria la circunstancia de que no advirtieran en absoluto el control al que estaban sometidos, íbamos conociendo nuevos colaboradores y nuevos pisos francos o de seguridad.

Al finalizar la primera semana de marzo tenía en mi carpeta todo cuanto necesitaba para actuar. Por Eduardo sabía que eran los autores del asesinato del sargento interventor de armas de Elgoibar, G. Solís, al que mataron en presencia de su esposa. Era el único atentado que conocía con precisión, aunque sabía que habían cometido muchos más, pues llevaban bastante tiempo en el interior.

Tenía sus nombres, sus fotografías; incluso durante sus paseos habían sido «captados», por una cámara con teleobjetivo. Pisos francos en Plasencia, Vergara, Éibar, Motrico, Deva y Ondarroa, y colaboradores o laguntzailes en todas estas poblaciones. Esperar más no producía ninguna utilidad, sino al contrario. De modo que puse a todo el mundo en alerta y, tras informar de esta circunstancia al gobernador, lo comuniqué a Madrid.

Se me hizo saber sutilmente, pero sin que cupiera ninguna duda, que debía prolongar en el tiempo la investigación para no interferir las conversaciones de Argel. Se estaba jugando en esa ciudad una importante partida, cuyo

resultado podía influir en el futuro de nuestro país. Debería controlar al comando, obtener el máximo de información y seguirle al fin del mundo... pero nada más.

De nuevo convoqué una reunión general y procuré suavizar la situación; las caras largas de aquellos hombres que durante tantos días y noches habían llevado a cabo un penoso y arriesgado trabajo. La reunión se tornó otra vez alegre y animosa cuando les di mi palabra de que pasara lo que pasara «No SE ESCAPARÍAN». Era algo que le debíamos, no sólo al sargento Gómez Solís.

Eduardo, con todo este estado de cosas, andaba un poco preocupado y expectante. Ya se le habían ido de la cabeza aquellas ideas peregrinas de actuar contra el comando en un momento en el que estuvieran reunidos fuera de su casa; vamos, como si no fueran a delatarle. Tales fantasías se las quité de la cabeza. Sabía que la intervención se llevaría a cabo ni cinco minutos antes ni cinco minutos después. Me preguntaba qué pasaría con lo de la negociación y yo le contestaba que no se preocupara, que observara y prestara atención a lo que los liberados hacían y decían. También estaba inquieto porque barruntaba, conforme se acercaba el momento en que tendríamos que actuar, que todo cambiaría en su vida. Quería saber cómo iba a ser su futuro. Yo le contestaba, honestamente, que en aquel momento no podíamos preocuparnos por eso. Pero debía confiar, pues sería mejor que el actual.

Algunos de los hombres que estaban llevando a cabo aquel servicio se preguntaban por qué aquel colaborador de ETA se comportaba así. No creían en absoluto que fuera por dinero. En alguna ocasión, durante el mes largo que llevaban con las vigilancias y seguimientos, habían podido observar algunas actitudes de los miembros del comando con su esposa que, al menos, parecían equívocas o sospechosas. Yo nunca lo creí así. Y andando el tiempo tuve mi propia teoría, como veremos más adelante.

Pues bien, después de la indicación del ministro que, por cierto, todos los políticos dieron por buena y que yo mismo acabé por entender, entramos en una fase extraña en la que hubo que rebajar la presión de los controles. Pasaron semanas enteras sin saber dónde, en qué casa, en qué población se encontraban. Todo o casi todo lo fiábamos en Eduardo.

Muchas tardes, en cuanto acababa la rutina del despacho y de atender a las numerosas llamadas, me marchaba a comprobar el desarrollo del trabajo de control, seguimiento y maniobras de aproximación, contacto y ruptura, que se llevaban a cabo para el conocimiento exacto de los movimientos de los miembros del comando. En uno de aquellos anocheceres vi cómo casi llegaban al cuerpo a cuerpo con ellos por las calles de Motrico y de Ondarroa, y no era raro que se encontraran en una barra abarrotada a menos de medio metro del comando, con una copa en la mano y los oídos y los ojos bien abiertos. Imposible pensar en aquel torbellino de gente que fueran guardias y que realizaban un trabajo tan delicado.

Relajados

A los etarras, con aquello de la tregua, se los veía excesivamente relajados. Una y otra noche salían a tomar sus potes en un recorrido que casi siempre era similar, variando sólo la población y con escasas medidas de seguridad. Regresaban a la casa en la que estuvieran alojados más o menos alrededor de las diez de la noche. En realidad, salvo los sábados, a partir de esa hora los pueblos se quedaban prácticamente vacíos.

Uno de aquellos sábados me encontraba en Ondarroa. Caminaba por una calle paralela al mar que lleva a una preciosa plaza central de no mucho tamaño y me acompañaba, además del comandante, el oficial que dirigía el servicio de seguridad y control, capitán A. E., un hombre veterano, conocedor de aquella guerra y fiable en sus decisiones. Me venía explicando el despliegue que tenía, la casa en la que se alojaban en aquel momento y las pequeñas peculiaridades de aquella zona cuando de pronto me comentó:

—Al doblar la esquina nos encontraremos con un hombre y una mujer nuestros. Tres metros después viene el comando.

Y así fue exactamente. Estaba puntualmente informado, retiraba de escena a los que consideraba que habían sido «vistos» más de una vez y hacía aparecer nuevo personal. Realmente, era un trabajo delicado. Al cruzarnos con nuestros objetivos no pude por menos que mirar sus cinturas. El capitán, que se dio cuenta, comentó:

—En una de las fotos que les hemos hecho esta tarde, bajando por la calle de la iglesia, a uno de ellos se le ve la empuñadura de la pistola.

Nos hallábamos tomando un café en el bar de la plaza, abarrotado como los demás, cuando me comunicaron que el general jefe de la zona de Logroño, el general Albiñana, se encontraba en nuestra demarcación.

Inmediatamente me dirigí a su encuentro, en el punto en que por vía radio me habían dicho que se encontraba. Le saludé y con las novedades le puse al tanto de cómo estaba la situación. Al abrazarme noté como un suspiro de alivio en aquel hombre, en aquel caballero, que yo tenía la suerte de tener como jefe. Me extrañaba verlo por allí a aquella hora.

Mientras cenábamos me explicó que el ministro, intranquilo por la marcha de la operación, pues ya habíamos tentado a ETA con la detención en Francia de Josu Ternera, había llamado a Ínchaurreondo, donde le informaron que yo no estaba allí, que había salido y que me encontraba en la línea de servicio.

Bajo ningún concepto quería que las conversaciones se fueran al traste. A continuación, llamó al general y le pidió que diera una vuelta por la zona y, tras contactar conmigo, informara de cómo iban los acontecimientos.

Entonces lo comprendí todo aunque me doliese la posible falta de confianza de mi comportamiento. Aniana, quitando hierro al asunto, me comentó sonriendo:

—Vamos, que si era necesario, tenía que detenerte.

Ya más tranquilo, me preguntó:

—¿Cómo están las cosas?

Le informé, aunque él ya conocía el asunto, pues asistía a todas las reuniones de la Mesa Antiterrorista.

Antes de marcharse quiso saber:

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, mi general, de verdad que no lo sé.

También le hice saber la palabra que había empeñado ante los hombres del Servicio de Información.

El general, que mientras me escuchaba, miraba pensativo el fondo de su vaso, dijo muy serio:

—Cuenta conmigo.

No hacía falta que dijera más y yo no podía esperar otra cosa de aquel hombre. Nos despedimos, me deseó suerte. Supongo que más tarde llamaría a Corcuera y le diría que todo estaba bajo control.

De pronto, la situación sufrió un súbito e inesperado cambio. Eduardo, por los procedimientos acordados, me pidió una cita urgente. Era el día 16 de marzo, jueves, cuando se rumoreaba que la prolongación de la tregua dependía de un acuerdo que no acababa de alcanzarse.

Orden de pasar a Francia

Acudí de inmediato al lugar y encontré a un hombre completamente alterado, pues sus planes se le venían abajo. Apenas sin tiempo de saludos, me soltó de sopetón:

—Éstos han recibido orden de regresar a Francia. Llevan aquí mucho tiempo en esta campaña y están muy quemados.

Eduardo pensaba que su trabajo no iba a servir para nada. Ponía tanto énfasis en la captura del comando que no sabía si lo hacía por odio a la organización o por cobrar la recompensa, de la que sólo había recibido un pequeño anticipo. Tiempo vendría en que comprendería y vería con más claridad todo esto.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Más de dos años.

Se le notaban los nervios. Había perdido aquella apariencia de miedo casi insuperable y en sus reuniones conmigo había adquirido un cierto grado de confianza y sobre todo de seguridad. Comprendía que sólo me tenía a mí. Y que su futuro podía ser todo lo negro que yo quisiera. Luego llegaría el tiempo del afecto. El síndrome tiene largos los tentáculos.

Realmente, era mucho tiempo de campaña seguida para un solo comando. En la época dorada, y aquélla aún no había dejado de serlo completamente, un comando permanecía en el interior seis meses y volvía a Francia para descansar durante dos años. Ahora se habían invertido los términos.

—; Cuándo se van? —insistí.

—Este sábado. Sé que será por la noche, bastante avanzada la hora. Los recogerán en el mismo sitio en que me dejaste el dinero. Quizá sobre las doce.

—¿Tienes algún detalle más que pueda servirme?

—Ninguno. No cenarán en casa. En estas ocasiones se van a celebrar su salida juntos en algún restaurante. Se despiden de los caseros antes y ya no vuelven a verlos.

Calmé a Eduardo, lo mandé a su domicilio y lo tranquilicé diciéndole que nada de lo que a él le afectaba había cambiado. Lo vi más tranquilo al despedirse y tomar aquel ya desvencijado coche de fabricación nacional. Seguiríamos en contacto.

Antes de que se marchara le hice una última pregunta:

—Habrás cita de seguridad, ¿no?

—Claro. Una semana más tarde, en el mismo sitio y a la misma hora.

No necesitaba saber más y no tenía mucho tiempo para reaccionar. De modo que retiré por la radio del coche todos los servicios. Y de nuevo, un par de horas más tarde, me reunía en la sala de operaciones con todos los que tenían algo de responsabilidad en el tema, incluyendo al jefe del UEI.

De entrada sabía dónde se encontraban los pistoleros y que la recogida sería en la famosa escombrera de Placencia de las Armas. Estábamos a jueves y el tiempo apremiaba.

De modo que lo comuniqué a la escala de mando y a Madrid. El ministro, ese hombre en cuyos ojos, años más tarde —estaba yo en prisión— observaba cuando venía a visitarme el afecto como en ningún otro, no se inmutó. La situación no sufría variación. Si era necesario se le seguía a Francia, lo que era un imposible, una utopía.

Cuando informé de la respuesta a mis mandos, respuesta por lo demás esperada, vi la tensión en sus rostros y en su silencio. ¿Qué íbamos a hacer? Me tomé unos minutos para pensar. No se oía una mosca. Todos esperaban y todos tenían confianza en que haría algo. No iba a dejar que se fueran. Pero todos sabían también que la orden sería cumplida a rajatabla.

De todos estos pormenores tenía perfectamente informado al gobernador, que me animaba, aunque la responsabilidad era sólo nuestra. Hacía ya tiempo que observaba la falta de armonía entre éste y Julen Elgorrlaga con Corcuera y, sobre todo, con Vera. Tampoco mi director, que iba un poco por libre, comulgaba mucho con el ministro y el secretario de Estado. Pero éstas eran circunstancias ajenas en absoluto a nuestro trabajo. A nuestro cometido.

Tras estudiar los pros y los contras, consideré que lo principal en aquellos momentos era ganar tiempo. Así que tomé una primera decisión.

—Conocemos dónde están ahora. Sabemos adónde irán el sábado y más o menos lo que harán. De modo que:

«Primero, el UE1 cubrirá, con el apoyo que precise y por si todo saliera mal, la escombrera. Bien entendido que no habrá ningún tipo de intervención sin que yo lo ordene. En realidad, no puede haber ninguna intervención. La misión principal y prácticamente única es averiguar la matrícula del vehículo o vehículos que vayan a recoger al comando. Si van. Tenéis material adecuado para este cometido. ¿Alguna pregunta?

Silencio. Pero un silencio, que era una prueba de satisfacción.

—Segundo, el Servicio de Información, con el apoyo de Especiales sobre el terreno y de cualquier unidad de la Comandancia a media distancia, se responsabilizará de lo siguiente:

«Vigilancia de Placencia que permita detectar al comando.

«Control del mismo durante la fiesta o actividades que hagan en su despedida de campaña.

«Iniciado el movimiento de los miembros de éste para dirigirse a la zona de recogida, establecer en puntos previamente estudiados y elegidos con capacidad para ser varados instantáneamente, controles de identidad que no sólo dificulten, sino que impidan su llegada a la escombrera hasta una hora en la que no sea posible su traslado. Se comunicará por radio esta circunstancia. En una palabra, sin levantar más sospechas que las necesarias, el comando no debe, no puede llegar a la escombrera de ninguna manera. Hoy mismo, y para llamar menos la atención el sábado, se realizarán algunos controles ratinarlos por las calles de Placencia.

¿Preguntas?

Ninguna. Con alivio, todos estaban ansiosos por empezar a preparar sus distintas misiones. Y yo tenía en ellos plena confianza. No sabía cómo iban a producirse los acontecimientos, pero eso era algo que en aquel momento no me importaba.

—¡A trabajar!

La reunión terminó y de nuevo empezó aquella febril actividad que tanto conocía.

Y así se hizo. Aun cuando se conocían a la perfección, aquella tarde se recorrieron y estudiaron decenas de veces las calles de Placencia de las Armas, sobre todo cuantas podían servir como itinerario para llegar a la subida del barrio de Sagar Erreka, aquel camino vecinal que moría al pie del monte Azconobieta, de 724 metros de altitud, y a cuyo comienzo, cuando apenas ha transcurrido su primer kilómetro, da entrada y salida a la amplia escombrera que entonces constituía de nuevo nuestro objetivo.

El sábado 18, en Placencia, como en la mayoría de las poblaciones vascas, el bullicio se adueñaba de calles y bares. Las gentes tenían ganas de divertirse y la alegría y la vida se apoderaba de todo.

Al anochecer, el trío asesino se despidió de sus caseros y, nada más pisar el primer centímetro de calle de la población, ya había sido detectado por los hombres y mujeres de Información, que se mezclaban con unos y otros. La noche era como la de otros sábados. Todos los que la vivían querían aprovecharla, incluso los del comando. Además, tenían algo especial que celebrar: el fin de una campaña, y esto en ETA era algo muy especial. Desde hacía más de un mes la organización les había comunicado que no realizaran acciones, aunque no debían abandonar las naturales precauciones.

Realmente, conocían y habían oído hablar de situaciones similares a la actual. Encontraban inquietante la misma. Si todo salía bien, y no lo dudaban conociendo a los jefes de Francia y a los que se encontraban en Argel, ¿cómo sería su nueva vida?, ¿de qué se ocuparía cada uno de ellos? Desde luego, todos reconocerían su sacrificio y valor, y serían tratados como auténticos héroes, sobre todo al recibir a los «presos políticos». Ese sí que sería un día grande. Pero en silencio también pensaban que llegaría un día en el que tendrían que tomar el camino de la realidad, no había puestos directivos para todos ni siquiera en segundos y terceros escalones. Pero esto no lo comentaban, la meta inmediata la situaban muy cercana en el tiempo. También los había más pesimistas y más exaltados. Euskadi no terminaba en los límites actuales, había mucho que hablar de Cantabria, Castilla, Navarra y hasta Aragón... Sí, todo no quedaría en aquellas conversaciones de Argel.

También era motivo de alegría pensar en el regreso a casa, al pueblo, ser recibido y vitoreado frente al Ayuntamiento, y aun en este mismo, junto a la familia, a los amigos... Siempre ha sido fácil soñar. Pero ahí estaba el acuerdo con los «poli-milis», aunque no hubiera demasiada jarana. Pero ahí estaba. No eran tiempos para pensamientos amargos ni para buscarle tres pies al gato.

Unos días más tarde recibieron la orden de regresar. El procedimiento, el habitual, y los días, el sábado 18 a las doce de la noche, en el lugar

convenido, y si algo fallaba, una semana más tarde en el mismo lugar y hora.

De modo que aquel día, víspera de fiesta, aunque con anterioridad solían salir a potear casi todas las noches —algunos con cana al aire incluida—, cambiando, eso sí, de población, se mezclaron los hombres que llevaban dos años poniendo en jaque a los Cuerpos de Seguridad, administrando a tiros la vida de unos y otros, y sus propiedades con explosivo va, explosivo viene, los hombres que constituían el comando Éibar con la gente normal. Y con los componentes del Servicio de Información.

En esta ocasión se sentían muy relajados, una sensación agradable de euforia les recorría el cuerpo. Quizá nacía de las pistolas que, ocultas en la cintura, les proporcionaban no sólo seguridad sino también un sentimiento de superioridad sobre el río de gente que los rodeaba. Dentro de pocas horas estarían a más de cien kilómetros de allí. Se olvidarían de los riesgos y las ekintzas que habían tenido que cometer.

La preocupación de algunos cuando empezaban una campaña de atentados la compensaban con el odio que sentían hacia aquel desconocido a quien mataban. A veces se preguntaban por qué odiaban a aquellas personas, a aquellos muertos. ¿Por ser guardias, policías, chivatos, traficantes? Nunca encontraban respuestas, aunque lo negaban. Siempre con desesperación, buscaban algo distinto en que pensar... ¿El amor a Euskadi? Tampoco esto llevaba la calma a su espíritu ni disminuía el miedo a ser detenidos.

Pero, aunque no supieran expresarlo, ni entenderlo, había más de doscientos mil que sí sabían, que sí lo harían, que, caso de caer en manos policiales o muertos, llenarían el País Vasco con sus nombres, agasajarían y honrarían a su familia y a su memoria en unos funerales populares. Cuantos los conocían, amigos y demás, se sentirían orgullosos de ellos. Y no una vez, sino otra y otra, cada año, todos los años. Y si iban a la cárcel, formarían parte de otro grupo, seguramente el más mimado de todos, y tendrían muchos compañeros; en fin, tenían que pensar en esto, sólo en esto, en la suerte de ser miembros de ETA. Y aquella noche era una noche grande de fiesta. No, no pensaban en la poca o mucha suerte de los jefes que los habían enviado a pegar tiros, a colocar bombas, a realizar secuestros, a matar a inocentes, mientras ellos se encontraban protegidos y bien seguros

en viviendas que nadie conocía, en un país, como Francia, que hasta ahora no les había ocasionado ningún riesgo.

No dudaban que los jefes tenían su vida resuelta con la política. Y bien resuelta. Pero ¿ellos? Más de uno, cuando pensaba, lo veía todo negro. Quizá HB los dejara afiliarse, pero...

Nada más pisar la calle estiraron los brazos, esbozaron una sonrisa y respiraron profundamente. Querían llevarse en los pulmones aquel aire del alto Deva, aquel olor, a pesar de que el río tenía que lavar las muchas miserias de la industria. No llevaban mucho equipaje. Las armas, los explosivos y el resto del material los habían escondido en sendos zulos que ya conocíamos. Para otra ocasión. En una pequeña bolsa de mano, cada uno había introducido alguna camisa y ropa interior. Lo demás lo llevaban puesto. Vestían ropa de entretiempo, barata y práctica, zapatillas y téjanos, con camisas de franela oscuras. Eso sí, sendas pistolas ocultas en el interior del pantalón, sujetas por el cinturón. Habían dejado un poco de dinero para los caseros. No sabían que entre tanta gente decenas de ojos estaban pendientes de todos sus movimientos.

De manera que entraron en un bar a tomar unos potes, y luego otro y otro. A medida que paseaban y tomaban, el índice de precaución bajaba y el de la euforia subía.

Sin que ellos se dieran cuenta, un oculto director de escena quitaba a unos y otros de aquellos transeúntes que también vivían la «fiebre del sábado noche», siempre que consideraba que podían haber sido «vistos» excesivamente por los etarras. Y los sustituía por otros que retomaban su trabajo, el ir y venir, charlar y beber, sin llamar en absoluto la atención y sin perder ni un segundo de la actividad de los terroristas.

Todo marchaba bien, y cuando las cosas se hacen bien, inevitablemente acaban bien. Es lo que nosotros llamábamos la antiley de Murphy. Así que alrededor de las diez y media de la noche accedieron a un bar restaurante donde ocuparon una mesa y se dispusieron a tomar la que suponían iba a ser su última cena, por ahora, en tierras de España.

Desde ese momento se activó una segunda fase de la operación que para aquella noche se tenía diseñada. No tardó mucho tiempo en que dos nuevas parejas entraron casi al mismo tiempo y solicitaron una mesa, que sólo fue posible proporcionarle a una de ellas. Así que la otra tuvo que abandonar el local. Las dos eran componentes del Cuerpo.

Aquéllos empezaron a cenar, mientras hablaban sin ninguna reserva en cuanto al tono de sus palabras. Primero, un poco de jamón y marisco, y más tarde un espléndido chuletón. Sí, comieron copiosamente y bebieron con no mucha precaución, algo que procuraban hacer los demás clientes, incluidos los agentes de Información. La frase que habían podido captar era relativa a la «paliza del viaje», pero nada más.

Conforme desaparecía la comida de los platos y la bebida de las botellas, aumentaba en idéntica proporción el buen humor. En el fondo pensaban que también la Guardia Civil estaba en tregua. A las once y media de la noche pagaron, se tomaron un licor que regalaba la casa y, sin mucha prisa, se marcharon.

Controles de la Guardia Civil

Observaron al salir algunas protestas y comentarlos entre los viandantes a los que no dieron importancia. Tomaron la calle en dirección al norte, a San Sebastián, por la que accederían al camino vecinal y, al final de ella, a unos ochocientos metros, divisaron un control de la Guardia Civil que no tenía montado mucho «cacao». Pero estaba allí. Y algunas veces pedían documentación a los coches y les hacían las pruebas de alcoholemia. En otras era identificado un peatón. Entonces comprendieron los comentarlos anteriores. No podían seguir por allí. El centro del pueblo, en cambio, se encontraba muy tranquilo... ya se sabe. Estos picoletos siempre jodiendo... Algún día los echaremos de aquí, si queda alguno vivo...

Retrocedieron y anduvieron otro par de kilómetros en el otro sentido. Las calles de Placencia se alargan y corren paralelas a ese joven Deva, con quien pelean en busca de tierras propias. Estaban acabando su recorrido cuando se encontraron en una situación similar a la anterior. El reloj pasaba ya de la media noche y a esa hora ya debían encontrarse en el punto de

espera y recogida. Por cualquier dirección que tomaban chocaban con un control.

Yo ya había recibido por radio la comunicación de que un camión, cuyos datos habían sido tomados, había aparecido por la escombrera, y su conductor fumaba y fumaba mientras miraba el reloj, las estrellas, y de vez en cuando soltaba algún juramento.

Aquéllos no cejaban en su intento de acudir a la cita y yo empezaba a preocuparme. Para un buen montañero, no digamos para un guerrillero que se precie, el campo a través no tiene ningún secreto, y yo no tenía muchos recursos para hacer frente a esa decisión.

En ese momento, sobre las 2.30 de la mañana, me comunicaron que el camionero había subido a la cabina, había dado un fuerte portazo y se había marchado.

Inmediatamente, ordené la retirada de todos los controles y de toda la gente de servicio. Uno tras otro, recogieron el material de barreamiento y abandonaron la zona. También la gente de paisano de las calles que los vigilaba. No sé qué pensarían de mí ante aquella orden. Pero quería que los de ETA se encontraran completamente seguros.

Los pistoleros vieron cómo, uno a uno, iban desapareciendo los molestos controles, los mandaron a voces a tomar por saco, con algún corte de mangas y algún tambaleo que otro, se acordaron también de la madre de algún guardia y, ni cortos ni perezosos, con paso no muy claro se dirigieron a la escombrera, adonde llegaban algo antes de las tres de la madrugada. No había nadie.

Se sentaron sobre unas piedras, hicieron algunos chistes malos mientras fumaban y dijeron que mejor, que tenían otra semana de vacaciones pagadas. Que hasta el sábado siguiente. Quien no se consuela es porque no quiere.

Clareaba ya cuando, trastabillando y con alguna cancioncilla popular —no sólo vasca—, regresaron a la casa de sus caseros, de los que se habían despedido y a los que con pocas palabras pusieron en antecedentes de lo

que había ocurrido. Nosotros también regresamos a nuestras bases tras dejar una mínima vigilancia. Aquella noche habían intervenido muchos hombres y mujeres y era el momento de descansar.

Los mandos de cada servicio aún estuvieron conmigo un buen rato. Analizamos pormenorizadamente todo lo ocurrido y, en principio, apenas se observó algún fallo. La misión de evitar la marcha a Francia de aquel comando se había conseguido. A partir de entonces, en aquel juego casi macabro variarían las formas y hasta los jugadores. Teníamos que llevar bien la partida, sin descartar que la Patrona nos echara una mano y, como siempre, sin cometer un solo error por nuestra parte. Había que matizar mucho el procedimiento, aquilatarlo en el tiempo y en el lugar con exactitud, y, dentro del poco del que casi siempre disponíamos, ensayarlo las veces que fuera posible. Hicimos un repaso de los elementos que iban a intervenir en la próxima jugada, que no eran otros que el camión y su conductor, la escombrera de marras y los distintos itinerarios que conducían a ella. Bastante avanzada la noche, con una idea muy aproximada a lo que me proponía llevar a cabo, nos marchamos a casa.

Al día siguiente, la sala de operaciones estaba repleta. Todos estaban expectantes por la segunda fase de aquella extraña partida que estábamos jugando al margen de la política, pero sin desvelarnos un milímetro de la obediencia debida. Más o menos suponían lo que se iba a hacer.

Teníamos un camión, el que había ido a recoger al comando y cuyo viaje había sido nulo. No había aparecido en toda la noche otro vehículo. El camionero esperó y fumó desesperadamente mientras miraba el reloj. Finalmente, pasadas más de dos horas, había abandonado el lugar de mala manera con un fuerte portazo.

Más tarde apareció el comando en el mismo lugar, que esperó un tiempo antes de dirigirse a la casa de seguridad. Por lo tanto no había ninguna duda. El camión era el encargado de transportar al grupo etarra.

Era un vehículo de gran tonelaje, tipo tráiler, marca DAF, matrícula M-0618-HP. Sobre la mesa tenía los datos de la empresa propietaria, Transportes Vega Irún, y el nombre de su conductor en aquel momento lo ignorábamos, pues cualquier gestión que se llevara a cabo podría levantar

sospechas. Además, no íbamos a tardar mucho en averiguarlo. Al margen de ello, eran datos de poca utilidad. De modo que les expliqué cuál era mi idea del servicio para la operación que se pondría en marcha dentro de una semana.

—Todo el mundo debe tener un mapa de la provincia. Este mapa. — Levanté mi mano para que todos vieran el modelo, que era por otro lado el más usual allí. Uno editado por la Diputación Forestal de Guipúzcoa del año 1982. En el mío se resaltaban claramente los siete sectores en que habíamos dividido la provincia para los rastreos en caso de secuestro—. Igualmente, todos deben conocer a la perfección el camión objetivo central y único del servicio. —Observé algún gesto de extrañeza al oír lo de «único».

Tuve que explicarles que era conveniente que durante toda la semana le diéramos «descanso» al comando y a la zona por donde se movía, que había estado últimamente sometida a demasiada presión. Confiaríamos en Eduardo. Además, había tregua y no «podían irse».

—El camión se encuentra estacionado en su base cuando no está trabajando. Y su base es Pasajes. Algunas veces se lo puede ver en Irún, pero es en función del trabajo a realizar. Repito que su base es Pasajes.

Era lo poco que en aquellas horas se había podido averiguar.

—Pues bien, el sábado próximo, a las doce de la noche, acudirá puntual, en su segunda cita, a recoger al comando. Nosotros impediremos que llegue a tiempo. Si estudian el plano, verán que hay dos itinerarios posibles, y algún otro descartable por rebuscado.

«Primero: Pasajes, autopista A-8 hasta la salida de Elgoibar, N-634, cruce de Malzaga, C-6.213, Placencia de las Armas, camino a la escombrera, escombrera.

«Segundo: Pasajes, N-1 hasta Beasain, C-6.322, Ormaiztegui, Zumárraga, Bergara, C-6.313, Los Mártires, Placencia de las Armas, camino, escombrera.

«Cabe una variante, que iría desde Tolosa hasta Elgoibar, pasando por Bidegoyan-Regil o Goyaz-Azpeitla-Azcoitla y Elgoibar por el alto de Azcárate, que a todas luces parece desechable, para desde allí ir al cruce de Malzaga y desde éste alcanzar Placencia. Y no se puede descartar que tome la carretera de la costa, N-634.

» La más rápida, la más segura, la más corta y la de mejor carretera es la primera, la de la autopista. Sin embargo, los dos hombres que lo siguieron la pasada noche al regresar desde Placencia vieron que utilizó la segunda.

«Esta es la idea de servicio: se montarán controles, que estarán preparados desde el momento en que el camión se ponga en movimiento en el punto en que se bifurcan la autopista y la carretera de la costa con la N-I. Ahí tenemos todo el flujo que viene de Francia y de la zona de la base del vehículo.

«Se tendrán controles preparados en los dos itinerarios principales, y también se preverá la necesidad de montar alguno con tiempo suficiente en cualquiera de las variantes expuestas, u otra que pudiera surgir sobre la marcha, que serán ordenadas con antelación.

«A partir de ese primer control general, si toma el itinerario primero se montará un segundo control a la altura del peaje de Iciar. Y un segundo en el peaje de Elgoibar, o siguiente si saliese en Durango. Si las cosas se hacen tal como las estoy exponiendo, este último no hará falta.

«Si toma el segundo itinerario, que es el que creo que hará pues es donde el camionero se siente más seguro y conoce mejor, el control se montará en los accesos a Andoain. Y el tercero, si hace falta, en Ormaiztegui, o sitio de similar distancia, caso de que tome otro desvío. SÍ toma la de la costa, los controles serán en Guetarla, alto de Iciar y Deva.

«El camión debe estar vigilado continuamente y yo informado al momento de cuanto ocurra y de cómo vaya el control. Igualmente, se vigilará con exquisito cuidado la salida del comando a la calle y la llegada a la escombrera, sin llevar a cabo ninguna acción sospechosa.

«También los controles serán muy metódicos con cada vehículo. Como una huelga de celo. No debe quedar nada sin examinar. Y debe llevarse a cabo exactamente igual con cada coche. No se puede levantar ninguna sospecha. Si hiciera falta un control más, por la hora de posible llegada del camión, lo ordenaré desde aquí, pues hay preparados en reserva uno en Éibar y otro en Oñate.

Me callé y les dejé unos minutos de discusión e intercambio de ideas. No había prisa aquel domingo. Yo quería oír misa a las 13 horas y sólo eran las 11.

Cuando las conversaciones cesaron dije, como siempre:

—¿Alguna pregunta?

Alguna hubo, pero de detalles circunstanciales y de formas de comunicar las novedades vía radio.

Se levantó la reunión y cada uno se puso a preparar su dispositivo. Durante los dos días siguientes tenían que comunicarme que todo funcionaba bien. Al minuto. Que el camión estaba en su base o realizando un porte a Gacilla o a Valencia.

Y del comando nada. Sabía por Eduardo que hacían vida normal. Salían todos los días a tomar potes y, algunas noches, a cenar. Más de una vez habían regresado alegres y con dificultades de expresión. Por ese lado teníamos que estar tranquilos. Mi preocupación, que me era imposible circunscribir al sábado 25, era siempre la misma. Después, si todo salía bien, que saldría, después ¿qué? Casi no me dejaba dormir esa pregunta. ¿Qué haría después? Me decía una y otra vez que a lo largo de la semana encontraría respuesta, si bien cada día al amanecer, al levantarme, el espejo del baño parecía decirme que no, que no la había.

Las órdenes se cumplieron con precisión y cada hombre, dentro de su responsabilidad, ensayó una y otra vez su cometido. Se recorrieron los distintos itinerarios, incluso los más inverosímiles, se examinaron los puntos más idóneos para el establecimiento de controles y otros para casos

alternativos o imprevistos, y se esperó, como siempre con impaciencia, la llegada del próximo sábado.

Y todo ello sin olvidar la frontera, los pasos de los filtros de la aduana donde también podían aparecer una de las cinco personas que actualmente estábamos sometiendo a vigilancia ante la posibilidad de que fueran correos de ETA, como ya había ocurrido con la que nos había proporcionado la serie de comandos legales.

Nos quedó un comando por detener, el Bellocha. No había nada importante, parecía un grupo simpatizante a largo plazo con su buzón en Oñate-Mondragón. En un parque infantil. Cada vez que pasábamos por sus inmediaciones no podíamos evitar una mirada en su dirección y sentir un cosquilleo, como cuando un niño conoce la existencia de un nido y pasa cerca de él sin que los demás lo sepan y guarda celosamente su secreto.

Mientras llevábamos a cabo los apostaderos y vigilancias sobre el buzón de este grupo, en un monte cercano a dicha localidad vimos a un hombre joven que, tras mirar desconfiado a todas partes, desenterró una especie de nevera portátil —de las que se usan para las excursiones en el campo— y, abandonando toda preocupación, se puso, entre otras cosas, a admirar con los cinco sentidos su contenido. Estaba extasiado. Esperamos a que desapareciera, pensando que allí teníamos un segundo buzón o zulo y un posible grupo legal de ETA.

Pero estábamos muy equivocados. Cuando aquel personaje se fue y localizamos y examinamos el material que había en el interior de aquel escondite rural, no era otro que un montón de revistas pornográficas que nuestro hombre guardaba como un tesoro al que visitaba de vez en cuando.

El camión se pone en marcha

Por fin llegó el día. Sobre las nueve de la noche se me comunicó que el camión se ponía en marcha. Era un sábado alegre de abril, sin lluvia. El día había sido soleado y la noche se presentaba movida. A los quince minutos se enfrentó a su primer control. Periódicamente, se me indicaba el número que iba haciendo en la cola de vehículos.

Alrededor de las 10.15 lo superó, y en la encrucijada que se le ofrecía, ir por la autopista o por la N-I, optó, como esperábamos, por esta última. Los miembros de ETA tienen una especie de pánico psicológico a ser trasladados en sus entradas y salidas de España a través de una autopista. En ella se encuentran como encajonados, no pueden maniobrar, el vehículo sólo puede circular en una dirección. Caso de ser localizados, se hallan como en una encerrona.

No eran las once de la noche cuando allá, no muy lejos, las luces de los vehículos que le precedían le anunciaban que había otro parón. Quizá fuese un accidente. Era noche de mucha circulación. Los sábados ya se sabe. Pero no. Era otro control montado por la Sección de Reserva de la Comandancia en las proximidades de Andoain. Una magnífica unidad que, bien preparada, quería honradamente rivalizar con el GAR. Su cometido dentro de la provincia era acudir a todos los desórdenes que pudieran producirse y también a prestar algún tipo de apoyo. Estaba al mando el teniente P., un joven oficial que, como sus hombres, estaba sólo para el servicio. En realidad, ése era el espíritu de Inchaurrondo. Nos sentíamos muy orgullosos de aquella sección.

No habrían pasado cuarenta y cinco minutos cuando recibí una llamada del teniente en la que me comunicaba que el camión estaba a punto de pasar a ser controlado, por lo que se pondría de nuevo en marcha en no menos de diez minutos.

La respuesta que le di fue muy clara. No se podía mover antes de las 1.30 horas. El teniente carraspeó un poco. Fue todo lo que dijo. Y el camión iniciaba de nuevo su viaje pasada con creces la hora indicada.

A estas alturas, ya casi de madrugada, la cola de vehículos que se había formado llegaba de sobras hasta San Sebastián, ya que Andoain dista unos veinte kilómetros de la capital. Las protestas, oficiales y particulares, duraron varios días. Y no hubo más remedio que sacar el paraguas y, hasta en algunos casos, poner la otra mejilla. Pero la operación siguió adelante.

Posteriormente, me contaron que la cara del camionero era todo un poema cuando abandonaba la zona de control. No se le escuchaba lo que mascullaba, pero era comprensible y disculpable. De modo que nuestro

camión circulaba otra vez libremente por la carretera N-I. No eran las dos de la madrugada y, con un poco de suerte —la circulación era ya escasa—, en una hora o antes podía estar en el punto de recogida. Los otros, tal vez por ser la segunda cita, la de seguridad, esperarían algo más de tiempo. Iba el camión a la máxima velocidad que podía. Sobrepassó Tolosa por la variante y en pocos minutos tomó la carretera C-6.322, que en un cuarto de hora quizá le llevaría a Placencia.

Habría recorrido unos cuatro kilómetros cuando al salir de una amplia curva en cuyo final se encontraba el pueblo de Ormaiztegui, una docena larga de vehículos detenidos con su alumbrado convenientemente encendido le hicieron ponerse en lo peor. Además, delante de ellos veía aquellos destellos que tanto conocía. Perteneían, cómo no, a un nuevo maldito control que habían montado otra vez los malditos txakurras.

Cuando le tocó el turno de mostrar su documentación y contestar a las preguntas de los guardias, de malos modos les dijo que sólo quería volver a su casa, que dónde podía dar la vuelta. Los guardias, amables como siempre, no sólo le informaron y atendieron, sino que le ayudaron a realizar la maniobra. Echando humo, regresaba a Pasajes al filo de las cinco de la madrugada. Esta vez no encontró ningún control.

En la escombrera, mientras tanto, donde también había dejado una vigilancia muy discreta, prácticamente había ocurrido como la semana anterior. El comando había acudido puntualmente a la cita. Había salido más o menos a la misma hora que el sábado anterior, había paseado, bebido y cenado alegremente y, completamente despreocupados y a la hora que estimaron apropiada, olvidado ya lo de la semana pasada, se dirigieron andando a la escombrera. No había ningún control y aún era muy numerosa la gente que andaba de aquí para allá por las calles de Placencia. Los picoletos, ya se sabe, siempre andan enredando. Gracias a Dios debían dar, que si no fuera por la tregua...

Uno de ellos estaba más enfadado que los demás, que debían encontrarse aquí más cómodos que en Francia. Y, a la espera de recibir nuevas instrucciones de ETA no antes de quince o veinte días, regresaron a su alojamiento. Habíamos ganado una semana más y yo me preguntaba qué podíamos hacer en adelante.

Y entonces ocurrió que se rompieron las conversaciones de Argel. No podía creérmelo.

Tras la ruptura de la tregua, el ministro me llamó y me preguntó si el comando Éibar seguía por aquí. Tomé aire antes de responder y procuré aparentar serenidad:

—Está por aquí —le contesté— señor ministro.

—Tiene usted vía libre —dijo con aquella voz rotunda que casi no admitía réplica. Colgué el teléfono casi feliz. Había llegado nuestra hora.

Los preparativos para la intervención se iniciaron con celeridad. Habíamos impedido que el comando pasara a Francia. Habíamos descubierto el camión que había de transportarlos. Pero no podíamos pasarnos todo el tiempo en una carrera de obstáculos. Además, en cualquier momento el grupo podía cambiar de estrategia, bien a iniciativa propia o por órdenes de la dirección, e incluso, si se encontraba en alguna infraestructura de la que no tuviéramos información, pasar la frontera y enterarnos una vez que estuvieran allí, o tal vez ni eso.

De modo que era lógica la alegría que se notaba en la unidad. El UEI ensayó una vez más la entrada en un lugar cerrado y ocupado por terroristas. De alguno de los pisos francos habíamos conseguido planos, que ayudaban mucho al respecto. El Servicio de Información, con el apoyo de la Unidad de Especiales, repasó y preparó la documentación de todos y cada uno de los atentados que se habían cometido en su zona de acción y en la adyacente y que estaban por esclarecer, así como las actuaciones de ETA en que, aun constando su autoría, se desconocía el grupo de pistoleros que las había llevado a cabo, como el coche bomba contra el cuartel de Zaragoza. Todo era necesario para los interrogatorios a fin de llevar un orden lógico en su progresión.

Finalmente, se reestructuraron los servicios rurales regulares, por si fuera necesario tener fuerza a distancia en el punto de intervención, que pudiera llevar a cabo el cierre selectivo o total de una vía en caso de fuga o escape de alguno de los objetivos.

En ésas estábamos cuando Eduardo me comunicó, con voz excesivamente nerviosa, que se habían ido. Que ya no estaban con él. Esto había ocurrido en otras ocasiones, pero nunca cuando se estaban ultimando los preparativos para detenerlos.

—Después de comer me han dicho que, por precaución, iban a cambiar de aires. Y que tenía que llevarlos a otro sitio. —Había palabras que apenas le entendía.

—Y ¿adónde los has llevado? —El tiempo que siempre nos faltaba y el disgusto hacían que casi le gritase.

—Los he dejado en Alzóla, junto a la estación del FEVE (Ferrocarril de Vía Estrecha). He hecho primero un viaje de reconocimiento y luego con ellos.

—Y ¿cómo no nos has llamado antes, en el primer viaje?

—No he encontrado ningún teléfono. Y tenía miedo de que pudieran notarlo. —Realmente, estaba excesivamente asustado.

Alzóla es una pequeña villa, casi una aldea, que tuvo en su tiempo baños de cierta fama y ahora venida a menos, situada a unos tres kilómetros de Elgoibar en dirección a San Sebastián, con un apeadero de tren, y la posibilidad de marchar desde allí a cualquier parte.

—¿Te han dicho que volverán?

—Yo creo que ya no van a volver. Por la forma que me han dicho adiós. Además, me han dado veinte mil pesetas, las gracias por lo que hemos hecho por ellos y se han llevado todo el material.

Se refería a la bolsa con los veinticinco kilos de amonal. El armamento ligero lo llevaban siempre con ellos y las armas largas, cañones Jotake, granadas y ametralladoras, lo guardaban en los zulos correspondientes. Estaba claro que se habían marchado de manera definitiva. Al menos por esta campaña que nosotros queríamos que fuera la última. Los nervios y el malestar no me dejaban pensar ni responder adecuadamente. Además, Eduardo ya no podía decirme nada más de interés. Nada había oído en su

casa. Nada en el viaje hasta Alzola, y no había visto nada significativo en esa aldea, alguien con un coche en actitud de espera o similar. Nada. Le despedí y llamé a la gente. El comando podía haber contactado desde aquel punto con otro laguntzaile, tomar uno de los numerosos autobuses que lo llevarían a cualquier pueblo de los alrededores o a la misma capital, e incluso subir al tren y bajarse en cualquier estación del recorrido entre Bilbao e Irún. O también pasar a Francia en el ferrocarril, aunque esto parecía una temeridad. Teníamos un problema. A las seis y media de la tarde del lunes 10 de abril de 1989 teníamos un grave problema.

Se suspendieron todos los preparativos y, media hora más tarde, toda la plantilla de Información, más los apoyos de Madrid y algún que otro voluntario de los servicios operativos se desperdigaron por las zonas de copas de todas las poblaciones en las que a lo largo de estos tres meses los habíamos visto y descubierto que tenían un colaborador y alojamiento en alguna casa.

Sólo cabía esperar y rezar. Muy de madrugada de aquel lunes regresaron las distintas unidades sin haber logrado nada positivo. Yo mismo estuve unas horas en las zonas de Mendaro, Garagarza y Azpilgoeta. No tenía muchas esperanzas pues estas dos últimas aldeas son demasiado pequeñas para que un comando se esconda sin llamar la atención. Animé a todos a el trabajo al día siguiente y les recomendé que descansaran.

En la zona de Deva

A las ocho y media de la tarde del martes 11, uno de los grupos que simulaba tomar copas y pasear por Deva descubrió a uno de los etarras. Iba con otra persona que no pertenecía al comando. Reorienté algunos de los servicios hacia la zona para que el grupo que los había encontrado contara en caso necesario con un apoyo a media distancia. Hacia las doce de la noche, el pistolero y su acompañante subieron a un coche y por la carretera C-6.212, que va pegada literalmente a la línea de la costa, se dirigieron hacia Motrico; lo rebasaron, abandonaron Guipúzcoa y, al llegar a Ondarroa, ya en Vizcaya, tras aparcar el vehículo en la calle, en una zona tranquila, entraron en el número 7 de la calle de Ibaiondo.

Con suma discreción, se tomaron posiciones, y puntos de observación alrededor de la casa. Más tarde, nuestro hombre se asomaba a una especie de ventana-balcón, y allí, sin prisas, de forma relajada, fumaba un par de cigarrillos. Observaba cómo subía y desaparecía el humo en el aire salado de aquella villa pesquera vizcaína. Era Jesús María Ciganda Sarratea, Eneko, uno de los componentes del comando Éibar, quizá su jefe. En diciembre cumpliría veintinueve años y era muy posible que no los cumpliera en libertad, matando. Los otros dos terroristas aún tardaron algo más de tres horas en regresar. Se ve que tenían ganas de marcha. A pesar de que todos los «frentes» estaban abiertos. Casi amanecía cuando se apagaron todas las luces de la vivienda.

El vehículo y la casa figuraban a nombre de la misma persona. El matrimonio que ahora les daba cobijo. Se llamaban Pedro Zubicaray Badiola e Ignacia Goñi Eceiza. Comunicué al jefe de la Comandancia de Vizcaya, teniente coronel Muñoz, que estábamos en su demarcación para ultimar una operación. Se ofreció a prestarnos cuanta ayuda necesitáramos.

De nuevo se modificaron los preparativos sobre la marcha. En poco tiempo se consiguió el plano del piso y cuanto era necesario para asegurar el mínimo riesgo durante la entrada. Pudimos observar varias noches las costumbres de nuestros objetivos, que llegaban bastante tarde a la vivienda ya que se marchaban de diversión a poblaciones como Zumaya, Elgoibar y la misma Deva.

También llegamos al conocimiento de que la mujer era maestra en un colegio público de Ondarroa, llamado Celedonio Arrióla, y que tenían un hijo de corta edad en el domicilio, lo que había que tener muy en cuenta durante el asalto. La profesionalidad y el oficio de los que iban a intervenir causaba tranquilidad.

La base de operaciones, una vez ultimados todos los preparativos y cubiertas cuantas necesidades de información se precisaban, se estableció en el cuartel de Deva, una enorme torre de doce plantas aislada de la ciudad, junto a la carretera general N-634 y al río que da nombre a la población. Al no tener acuartelamiento en Motrico, que distaba unos cuatro kilómetros de Ondarroa, no hubo más remedio que ocupar el de Deva, que al fin y al cabo sólo estaba a nueve. Al atardecer del día 16, domingo, y de

una manera escalonada para no llamar en exceso la atención, las distintas unidades llegaron al acuartelamiento de Deva: el GAR, el Servicio de Información y, finalmente, la UE1.

Aquel cuartel carecía de espacio para acoger tal avalancha de personal y material, así que los vehículos, en una larga hilera, fueron estacionados a lo largo de la carretera nacional. La gente se desperdigó por la planta baja de aquella torre que ya había sufrido varios atentados. Todo lo que era habitable se abarrotó. Un pequeño bar, un comedor y una salita de televisión. La alegría que traían contagió rápidamente a los allí destinados. En poco tiempo acabaron con cuanto de comer había en las despensas, y también dieron buena cuenta de los refrescos, que en condiciones normales serían suficientes para un mes. Confiábamos en que la gran cantidad de vehículos y de personal no llamara demasiado la atención y la alarma llegara a Ondarroa. Y esperamos pacientemente. Veníamos esperando desde hacía tres meses. Los objetivos estaban vigilados y aceptablemente controlados.

En realidad no había sido un servicio particularmente duro. La peligrosidad, que existía, había sido mediana, ya que la información necesaria nos la había proporcionado Eduardo y, gracias a la tregua y las escasas medidas de seguridad que los etarras habían adoptado, no nos fue difícil su seguimiento y control. Además, al tratarse de «liberados» era mucho más fácil de «alternar» con ellos en la calle. Acuden a divertirse a sitios en los que son desconocidos o en los que pueden pasar inadvertidos. No pueden correr el riesgo de que alguien, aunque sea amigo, los reconozca. Son normas elementales de seguridad. De modo que desde esa óptica estábamos en igualdad de condiciones.

No ocurre lo mismo con los «legales», que durante sus actividades lúdicas están rodeados de amigos y cualquier desconocido que se aproxime un poco es objeto de recelo, de comentarlos que de inmediato ponen sobre aviso al vigilado. Menos peligrosos que los «liberados», entre otras cosas porque no llevan armas consigo excepto cuando van a cometer alguna ekintza.

La intervención se llevaría a cabo simultáneamente en Éibar, Placencia de las Armas, Motrico, Deva y Ondarroa. Era posible que, con posterioridad,

hubiera que actuar en otras poblaciones, pero ya dependería de la marcha de los acontecimientos.

A las once de la noche, las unidades de seguridad habían tomado posiciones y completado su despliegue a media distancia. Lo mismo los miembros de Información que tenían que vigilar disimuladamente cada domicilio y comunicar la entrada y permanencia en el mismo de cada objetivo. La situación discurría con normalidad, de tal manera que a las dos de la mañana del 17 todos los objetivos estaban en sus domicilios, menos uno.

A Ciganda le seguía gustando trasnochar. Así que no hubo más remedio que esperar. Alrededor de las cinco de la madrugada llegaba por fin al número 7 de la calle de Ibaiondo. Como en días anteriores, pocos minutos después se asomaba a la ventana y empezaba a fumar con una lentitud que hacía saltar los nervios.

No faltaba mucho para que empezara a clarear y no se me ocultaba el problema de intervenir de día, con la gente en la calle. Así que llamé al jefe de la Unidad de Intervención y le pregunté:

—¿Es muy alto el riesgo de actuar con uno despierto?

Contestó sin titubear:

—Es perfectamente asumible.

—En marcha —le ordené.

No íbamos a esperar más. Sólo hubo un cambio en función de la hora y del lugar. La UEI ocupó para su traslado a la vivienda que iba a asaltar el pequeño y desvencijado camión de la Comandancia. Con su pesado y sofisticado equipo, tomaron posiciones en la caja del mismo, que llamaba menos la atención que el formidable furgón, dotado de cuanto necesitaba una fuerza de esas características, en el que se trasladaban habitualmente. Además, tenía unas dimensiones que le hacían difícil maniobrar e incluso tomar alguna de las curvas de aquella retorcida carretera.

Durante el tiempo en que realizamos el trayecto Deva-Ondarroa me comunicaron que el fumador había terminado el cigarrillo y que hacía un minuto que se habían apagado las luces. Difícil sería que en tan poco tiempo se hubiera dormido.

A las cinco y media, todo el mundo estaba en su sitio en cada una de las localidades citadas. Se dio la orden y todo se desarrolló con absoluta normalidad. En pocos segundos se había penetrado en la vivienda, detenido al matrimonio y neutralizado al comando. Parece imposible ejecutar una acción poco tiempo. Yo mismo lo pude comprobar en la esfera de mi reloj.

Cada miembro de ETA se despertaba y encontraba una pistola que le apuntaba directamente a la cabeza, empuñada por un hombre decidido y equipado de tal manera que su visión le dejaba paralizado. Y el pulso de aquella mano no temblaba en absoluto. Dos metros más lejos, otro le daba cobertura con arma larga y con un aspecto nada tranquilizador. De modo que en unos instantes se encontraban esposados y desde luego más relajados. Uno de ellos intentó coger su pistola, que reposaba en la mesita de noche. Era Eneko, que aún no se había dormido y a quien la rapidez de la operación apenas le había dado tiempo a preguntarse qué pasaba. Cuando quiso empuñar el arma, una Browning de 9 milímetros Parabellum con un cargador repleto de proyectiles —la numeración borrada y lista para disparar—, oyó una voz helada que con sequedad le dijo:

—Yo no lo haría.

Miró espantado. Un subfusil HK del mismo calibre le apuntaba directamente, empuñado por alguien que no acertaba a divisar con claridad, pero cuya visión era completamente perturbadora. Un potente foco de luz, procedente de su cabeza, le deslumbraba por completo. Sin que nadie le tuviera que decir nada más, levantó los brazos y poco después alguien le ponía unas esposas. Empezaba a comprender que todo había terminado.

De pronto, en la habitación de al lado sonó un disparo y su ruido, multiplicado por el silencio, se metió en el último rincón del edificio, lo que propició que algunas personas alarmadas se asomaran a las ventanas y otras incluso bajaron a la calle, donde hubo que informarlas y calmarlas.

Al despertar, otro de los miembros del comando había usado su pistola instintivamente y disparó en dirección al guardia que le conminaba con un subfusil y que con gran sangre fría lo fijó de un disparo en la almohada a escasos milímetros de su cabeza. El terrorista soltó instantáneamente el arma y levantó los brazos. El miembro de ETA había salvado la vida gracias a la generosidad de un anónimo guardia civil componente de la UEI que, pese a recibir fuego enemigo, no disparó a matar en una muestra impresionante de valor, humanidad y profesionalidad.

El resto del servicio se desarrolló con absoluta normalidad. El personal de Información se ocupó de los trámites policiales y judiciales. Sentían la satisfacción de haber impedido que aquel grupo de asesinos hubiera huido a Francia por mor de las conversaciones de unos y otros, sin que tampoco las negociaciones resultaran perjudicadas. De manera que la satisfacción era doble.

El comando estaba compuesto en esta campaña por Jesús María Ciganda Sarretea, alias Eneko\ Fermín Urdlain Ciriza, Xabin, y Juan Carlos Balerdi Iturralde, Juanear.

Se precintaron cinco pisos francos en las referidas poblaciones y fueron detenidos siete laguntzailles. A pesar de la diligencia empleada, huyeron otros ocho, de ellos cuatro mujeres. La zona donde llevaban a cabo sus atentados era bastante extensa y comprendía las demarcaciones de Éibar, Mondragón, Zarauz, Deva, Elgoibar, Zumaya, Placencia, Vergara, Legazpia, Iciar, Motrico, San Sebastián, Amorebieta, Ermua, Ondarroa y Guernica. Se extendía por parte de las provincias de Guipúzcoa y de Vizcaya. Así que nos habíamos quitado un buen enemigo de encima. Poseían tres zulos, lo que daba idea de su envergadura: uno en Placencia, otro en Motrico y el tercero en la bajera de un colaborador en Iciar.

Y su buzón de comunicaciones con la dirección de ETA lo tenían construido entre dos pinos característicos, de una manera un tanto «artística», en la variante de Vergara, dirección a Placencia de las Armas.

Se incautaron toda clase de pistolas, revólveres, subfusiles, detonadores, granadas de varios tipos, amonal, trilita, mechas lentas y rápidas, fulminantes, chalecos antibalas, placas de matrículas, documentaciones

falsas y carnets de policía con los datos de los detenidos, además de numerosa información para cometer nuevos atentados.

El comando Éibar se había constituido en octubre de 1984 y había llevado a cabo tres campañas en estos últimos cinco años. La primera duró desde octubre del 1984 hasta enero del 1985 y la llevaron a cabo:

— Miguel Ángel Gracla Pingarron, alias Iñaki de Rentería.

— Jesús María Ciganda Sarretea, alias Eneko.

La segunda empezó un año más tarde, en enero de 1986, y duró hasta agosto del mismo año. En ella, el comando estaba compuesto por:

— Iñigo Akaiturri Irazábal, alias Kepa.

— Jesús María Ciganda Sarratea, alias Eneko.

— Fermín Urdlain Ciriza, alias Xabin.

Y la tercera, que era la actual, abarcaba desde febrero de 1987 hasta el momento de la detención. Y ya sabemos quiénes formaban el grupo de asesinos, al que en un principio también perteneció Iñigo Acaiturri Irazábal, que fue sustituido en mayo del 87 por Juan Carlos Balerdi al creer Akaiturri que había sido identificado.

Desde primeros de enero, según comentaba Fermín Urdlain, habían recibido instrucciones de la organización de no realizar más acciones, por lo que se dedicaban a vivir lo mejor posible, cambiando de vez en cuando de domicilio, aunque la mayor parte del tiempo lo habían pasado en Placencia. Finalizada la tregua, la última comunicación de ETA que habían recibido era una carta bastante reciente que decía:

Euskadi 1989ko Aprilia.

Kaixo:

Os mando estas líneas para deciros que no habéis venido a las citas del paso de la muga. No sé qué ha pasado, pero casi mejor, pues la muga está

intocable y habrá que esperar un tiempo prudente antes de hacer el paso. Lo que podéis hacer ahora es terminar lo que tenéis entre manos y más adelante ya os mandaremos más material. No os hago ningún comentario sobre lo de la tregua, pues os mando el trabajo que ha preparado la organización. Esto lo leéis bien y luego se lo dais a los laguntzailes para que lo lean. También os mando dinero para que andéis holgados con lo que tenéis entre manos y podamos de paso aguantar allí un par de meses. A ver si hay suerte y podéis pegar alguna buena aunque, eso sí, sin prisas y tranquilos, que tenemos todo el tiempo por delante. Ojo en estos meses con ekintzas que puedan levantar polémica, y sobre todo no hay que hacer víctimas inocentes, y sobre todo no meter la pata, pues junio está a la vuelta de la esquina y las [elecciones] europeas nos interesan. Si tenéis algún industrial controlado con información, etc., le cogéis, le dais una vuelta en el coche y le decís que se ponga en contacto con la Organización para pagar el impuesto revolucionario. Pedidle cien kilos [cien millones de pesetas] y le amenazáis diciéndole que si no paga, a la siguiente le vamos a matar. Esto os digo para que se sientan inseguros, pues últimamente no hacen caso de las cartas del impuesto y, una vez hecho esto, ya lo arreglaremos nosotros. Bueno, por lo demás, todos los frentes siguen abiertos y eso supone que otra vez hay que dar el callo a tope; que se han acabado las vacaciones.

JOTAKEIRABAZI ARTE [Pegar duro hasta vencer].

Lo que se traían entre manos no era otra cosa que localizar un nuevo buzón cuyo plano les había pasado ETA con anterioridad, así como la construcción de un zulo en un hueco existente en el piso de un laguntzaile de Oikina (Deva) y la adquisición de una bajera en Vergara para un colaborador de allí, con dinero de la organización, naturalmente. Montaría en ella un negocio que ya tenía pensado y ellos la utilizarían para guardar coches robados y prepararlos adecuadamente.

El insomne Ciganda era todo un veterano que había participado en las tres campañas. Sus contactos orgánicos, cómo no, Santi Potros, hasta su detención, y luego Waldo, José Javier Zabaleta Elosegui. Esperaba con cierta impaciencia la historia que contaría. De seguro que sería larga, aunque su interés fuera sin duda repugnante. La vida de estos gudarís no es

muy diferente a la de otros, llena de un inconformismo que pretenden enmascarar de nacionalismo radical.

Balerdi Iturralde había nacido en San Sebastián el 18 de diciembre de 1961. Vivió en Lasarte, en la calle de Juan de la Cosa. Casado y delineante, podía en un principio mirar la vida con un cierto optimismo, hasta que unos amigos y el ímpetu de la juventud de querer llegar antes a todo lo atrajeron y empezó, tras una época de simpatizante, a militar en un comando legal armado en septiembre del 85. «Paquito» se llamaba aquel primer grupo al que perteneció y en el que empezó a labrarse un porvenir. Al principio fueron pequeñas ekintzas, pero poco a poco cobraron mayor importancia. Su célula estaba constituida por cinco personas, una de ellas mujer. Llegó un momento en que se dedicaron a golpear todo lo que fuera francés, sobre todo ametrallar camiones que circulaban por la autopista al anochecer y que eran fácilmente distinguibles por sus focos amarillos.

El día 15 de enero, él y otro miembro del grupo descansaron mientras los otros tres salían a dispararle a un vehículo francés cerca de Pasajes. Por la radio y por la prensa del día siguiente se enteraron de su enfrentamiento con la Guardia Civil y de su muerte. Entonces huyó a Francia con el otro compañero.

Allí, con la rutina de otras ocasiones, le dieron alojamiento, y en junio de 1987 Santi Potros le propuso integrarlo en un comando de liberados, el Éibar, lo que aceptó. Dos semanas más tarde ya estaba en el interior, para sustituir a Akaiturri. Ciganda difería del anterior en su radicalidad, era más «antiguo» en ETA y desde un principio, tras unas ligeras escaramuzas con su cuadrilla, que también lo apodaban Cigala, había pasado la frontera y se había enrolado directamente en la organización en 1984.

Había nacido en San Sebastián el 16 de diciembre de 1960 y residido en Rentería, en la casa Karobitxo del barrio Castaño, donde se curtió en carreras delante y detrás de la policía y en todo tipo de manifestaciones de protesta. Trabajó como dependiente, hasta que a los veinticuatro años dijo basta, se marchó al otro lado de la muga y ese mismo año, en octubre, pasó al interior, a Guipúzcoa, como miembro liberado del comando Éibar. En el camino, un reguero de crímenes, robos de vehículos, colocación de artefactos explosivos, atentados contra patrullas de policía y Guardia Civil,

explosivos contra edificios, tiros en la nuca, coches bomba, lanzamiento de granadas y Jotakes. Verdaderamente, un interminable rosario de ekintzas, como las llamaban ellos, a las que tendría que hacer frente en una peregrinación judicial que quizá hoy aún no ha terminado.

El 5 de septiembre de 1990, la Audiencia Nacional le condenó a 29 años de reclusión por el asesinato del sargento Gómez Solís. El 11 de octubre, a 29 años por el asesinato de José Ignacio Aguirre. El 20 del mismo mes, a 30 años por el asesinato de Engraclano González Macho. El 20 de diciembre, a 60 años por el atentado con explosivo contra una patrulla de la Policía Nacional en Éibar en el que resultó muerto el cabo José Antonio Barrado. El 19 de febrero de 1991, a 30 años por el asesinato de Francisco Zabaleta. El 20 de abril, a 49 años por el atentado con explosivo contra una patrulla de la Guardia Civil en Placencia de Armas. El 24 de mayo, a 30 años por el asesinato de Sebastián Azpiri. El 10 de junio, a 25 años por el lanzamiento de granadas contra el cuartel de Deva. El 8 de octubre, a 18 años y 3 meses como autor de los delitos de estragos, lesiones y robo al atentar contra una patrulla de la Guardia Civil en Éibar. El 24 de febrero de 1992, a 30 años por un montón de otros delitos.

Recientemente, ha sido ordenada su comparecencia para asistir a otros dos juicios. Pero lo anterior da idea del trabajo realizado por uno de los pistoleros a sueldo de la organización que desde el año 1958 impone el terror en nuestra geografía. A lo anterior habría que añadir la responsabilidad civil, las indemnizaciones a las víctimas, a sus herederos, pero eso es algo que jamás se ha conseguido que se lleve a efecto.

La historia de Urdlain difiere un poco en lo esencial de las anteriores. También conocido como Txiki, había nacido el 11 de marzo de 1964 en Pamplona, donde vivió en el paseo de San Gregorio. Se hizo electricista y no le iban mal las cosas. Cuando apenas tenía dieciocho años ya se había distinguido por ser amigo de las manijas (manifestaciones) y otras «diversiones» los fines de semana. Un día, un amigo suyo les propuso a él, a su hermano y a un tercero formar un comando legal, y aceptaron. «Mendaur» se llamaba éste su primer grupo de «acción». Después pasaron a Francia, realizaron un cursillo de armas y preparación de explosivos y, hala, a trabajar. Construyeron un zulo en la carretera de Cizur Mayor para

ocultar las pistolas y la metralleta (la guitarra) cuando no las usaban, y a empezar a ascender en el escalafón. Actuaban contra bancos, el aeropuerto de Pamplona, policías, guardias, etc. En 1984 fueron detenidos dos de ellos mientras preparaban un atentado contra una patrulla de la Policía Nacional. Urdlain pasó a Francia, hasta que, en noviembre de 1985, Santi Potros le propuso integrarse en el comando de liberados Éibar, a lo que accedió.

Pocos días después, con la entrega de los detenidos y todas las pruebas de convicción —armas, explosivos, etc., materiales y documentales— en la Audiencia Nacional terminaba aquel servicio que tan cuesta arriba se nos había puesto. De nuevo, tras un corto descanso, teníamos que volver a la rutina, a las fuentes, al trabajo diario. A mí aún me quedaba una difícil papeleta que resolver que se llamaba Eduardo.

Eduardo huye a Francia

Cuando el grupo operativo encargado de su detención llamaba a su domicilio, a primeras horas del día 17 de abril, nadie contestó. Había huido y se encontraba en paradero desconocido. Ningún vecino pudo dar noticias fiables de donde pudiera encontrarse, cosa por otra parte de lo más normal. Durante la gestación de la operación, él me había manifestado una y mil veces que hiciera lo posible para que no tuviera que irse o, en el peor de los casos, que su estancia en prisión no fuera muy prolongada. Le hice ver que ambas opciones eran imposibles. Sin ninguna duda sería delatado por los miembros del comando y si se hacía con él alguna excepción, desde el punto de vista de la cooperación, su vida valdría bien poco. Ahora no tenía más remedio que huir a Francia por los procedimientos habituales y después le orientaría en sus nuevos cometidos, aunque ya se encontraba muy enfermo. Así lo hizo, creo que al final con una cierta alegría. Se marchaba a otro país, pero con apoyo económico. Además, esperaba que lo recibieran bien ya que había tenido que abandonarlo todo por ETA.

Su huida tampoco estuvo exenta de alguna dificultad. Primero se refugió en el domicilio de unos amigos simpatizantes de HB, y allí esperó la llegada de un matrimonio de San Sebastián que vivía cerca del cuartel de Ínchaurreondo, quienes se lo llevaron con ellos. Este matrimonio recibía con cierta frecuencia la visita de una francesa llamada Karmele, circunstancia

que no llamaba en absoluto la atención por dedicarse el matrimonio a la copistería y la ciudadana gala a ocupaciones similares en Francia.

Prepararon una nota y se la dieron a Karmele para que a su regreso la entregara en una determinada dirección en Anglet. Una semana más tarde, un hombre que hablaba español con un fuerte acento francés dejó una nota en la copistería, en la que daba las instrucciones necesarias para el paso de la muga. Tenía que desplazarse a Elizondo (Navarra) y allí debía entrar en un bar que se hallaba en la travesía, a la salida de la ciudad, a la derecha, con una barra pequeña. Debía ir vestido con pantalón vaquero, botas de monte, camisa, resto de ropa oscura y un pañuelo rojo al cuello. Y esperar.

Al poco fue recogido por dos individuos que, con un Opel Corsa rojo, matrícula de Navarra, lo llevaron hasta un camino en cuyas proximidades había un restaurante al lado derecho en dirección a Francia. No eran muy habladores ni tampoco simpáticos, y sólo deseaba perderlos de vista cuanto antes. Entraron en el restaurante y tomaron un café rápido, tras lo cual uno de los individuos lo acompañó a pie hasta la cima de un monte donde los esperaban dos mugalaris franceses. Lo llevaron a un caserío ya en territorio galo. En todo este episodio habían transcurrido más de cuatro horas.

Serían las once y media de la mañana y casi sin apenas descansar, lo trasladaron a Bayona. Allí se entrevistó con Jesús Arcauz, Josu de Mondragón. Al cabo de dos semanas lo cambiaron de domicilio. Dos meses más tarde estaba alojado con un personaje que nos proporcionó mucho trabajo al tener que montar una operación de seguimiento en toda regla, pero también mucha información, y que propició la detención de bastantes militantes de ETA. Su cometido era repartir una vez al mes la «ayuda» o «sueldo» de mil francos a una lista de refugiados. Se llamaba José María Zabala Muguira, Esmeril.

Todo el aparato de mugas que había utilizado Eduardo para su complicado paso a Francia fue sometido a vigilancia y algunos servicios que en diferentes provincias se realizaron con éxito allí tuvieron su origen.

Esperaba mi primer contacto físico en Francia con Eduardo, del que sólo recibía pequeñas noticias siempre desde cabinas telefónicas, en las que me

comunicaba las direcciones sucesivas en que lo alojaban, por si ocurriera algo imprevisto, como una redada de la policía francesa.

En el grupo de Información de Guipúzcoa, terminados ya los trabajos del comando Éibar, se trabajaba en un nuevo plan. Desde el primer momento, sin límite de tiempo, el camión DAF tráiler, matrícula M-0618-HR con base indistintamente en Pasajes o en el puente de Santiago de Irún, era vigilado las veinticuatro horas del día de cada uno de los que cuenta un año. Y se lo acompañaba en todos los desplazamientos, fuera donde fuera. Era posible que algún día volviera a recoger a otro comando para llevarlo a cualquier sitio de España o al revés. Ninguno de los detenidos le había «cantado» porque nadie lo conocía. Ignoraban hasta la marca del camión. Así que a esperar. No perdíamos nada. Se pidieron aparatos emisores, «canarios», para ponerlos en el camión y facilitar su seguimiento, y los correspondientes receptores. Empezamos aquella nueva misión.

Pasado un tiempo me vi con Eduardo, el 27 de agosto, en un aparcamiento al aire libre junto a un mercado de Bayona. Tenía necesidad de ayuda, que le proporcioné. Me facilitó todas las viviendas en que había estado. Lo ayudaban con setecientos francos al mes. También me informó sobre los etarras que lo habían visitado y la importancia que, según él, tenían. En las entrevistas que mantuvo propuso alojar en su casa a miembros de la banda y, ante la sorpresa de los que le escuchaban, anunció que estaba en condiciones de comprarse esa vivienda gracias a un dinero que le iba a mandar su madre. La idea fue bien acogida.

De modo que, con una pequeña cantidad, se compró un coche de segunda mano, mejor que el que tenía en España, y empezó a buscar una casa, que encontró en Luz Saint Sauver dos meses después. Raro era el día que no tenía algún inquilino de ETA.

Las informaciones que me facilitaba Eduardo no tardaron en dar resultados. Una de las primeras casas en las que estuvo escondido tras huir a Francia era la residencia Delta, en la calle de Alouttes de Anglet. El 1 de diciembre, la Policía Judicial asaltaba el domicilio y se incautaba un importante depósito de armas y explosivos, y documentación del «aparato de mugas». Pero lo más importante fue la detención del responsable de dicho «aparato», Miguel Ángel Zarrabe Elcoroiribe, alias Zarrabey Migueltxo. Asimismo

fueron arrestados Jesús María Aldaya Irlarte, Michel Aitor Iturrino, Odile Hirlart y otras tres personas más relacionadas con las anteriores.

Tras aquella primera cita en mi coche, nos alejamos a toda velocidad de la zona y, ya fuera del País Vasco francés, de Iparralde, paré en un mesón que me pareció discreto. Allí, junto a un fogón apagado, en un oscuro rincón, almorzamos sin preocupaciones ni medidas de seguridad. Quizá el vino francés, excelente, animó la pálida piel de Eduardo, al que por primera vez vi feliz. Le expliqué los planes que quería que llevara a cabo y los memorizó junto con un par de números de teléfono que nunca debía olvidar ni usar más que en un caso extremo. Decía, gritaba, que ya no era miembro de ETA, aquella organización ajena a toda razón y ética. Ahora trabajaba con más riesgo que antes por una idea más hermosa, más humana, llena de dignidad y grandeza. Trabajaba para un gran país que era el suyo, España, y por sus gentes. Esto era algo importante. Todo eso y más me pareció ver en sus ojillos, menos apagados que de costumbre, y en sus escasas palabras que, muy entrecortadas, denotaban nervios pero no miedo.

Tras despedirnos, lo dejé dos horas más tarde justo donde había aparcado su utilitario. Estaba feliz. Algo que no había sido en los últimos cinco años.

Me preguntó por su familia y le dije que aún no había dado señales de vida. Insistió en si podía aparecer sin que su mujer fuera detenida, y yo le dije que sí, que me ocuparía del asunto. Sería interrogada. Ella debía decir la verdad, que no sabía nada de los amigos de su marido y que, al desaparecer, se había ido unos días con unos conocidos de otra población.

Así se le arregló otro pequeño problema. A partir de entonces podría empezar a recibir visitas de su mujer y, con las visitas, paquetes de comida, de ropa y otros encargos, y no sólo suyos o para él, circunstancia ésta que a mí me interesaba sobremanera.

Gracias a las informaciones de Iñaki, Arancha y ahora las de Eduardo, conseguimos saber dónde vivían el setenta por ciento de los refugiados que no empleaba ETA en sus comandos. De alguna manera facilitaba las investigaciones sobre los pistoleros más activos, ya que sabíamos en qué sitios no teníamos que buscarlos. Era una etapa prometedora.

Los hombres del servicio habían adquirido plena confianza en sí mismos en sus despliegues y correrías por Franca. Conocían la mayor parte de las zonas de residencia frecuentadas de forma habitual por los refugiados y miembros de ETA. Sobre todo se sentían seguros, ya que conocían itinerarios, carreteras de primero y segundo orden, y se entendían con los naturales de la zona. Chapurreaban un francés que cada vez chirriaba menos.

Se llevaban a cabo numerosas vigilancias, comprobaciones de domicilios, de vehículos y, en cuanto una información estaba completada, se la pasábamos a alguno de los cuerpos policiales con los que trabajábamos.

Algunos de estos seguimientos se continuaban en España y, a pesar del dolor de los atentados y de la frustración de no poder reaccionar con inmediatez, se progresaba milímetro a milímetro.

Comando Araba

Como todas las cosas, al principio la vigilancia del camión DAF que había ido a recoger al comando Éibar se había tomado con mucho interés. Se le había instalado un diminuto emisor que ayudaba sobremanera a su localización y a los seguimientos a media distancia.

Durante aquellos cinco meses habíamos recorrido con el camión más de media España y un buen pedazo de Europa. Sus cargamentos eran bastante variables. Cumplidos los trámites reglamentarlos, enganchaba un remolque contenedor en la zona franca del puente de Santiago en Irún y a la carretera.

Poco a poco, la presión había bajado, aunque no el control. En aquel mes de septiembre, ambas cosas estaban encomendadas a los Servicios Especiales de Madrid, que tenían más facilidad para moverse por cualquier lugar a donde fuera el camión. Los hombres de Información de San Sebastián se dedicaban al trabajo sobre el terreno. Siempre que aquel vehículo se ponía en movimiento se me avisaba y luego, periódicamente, de una forma casi rutinaria, horas, a veces días más tarde, se me comunicaba el regreso a su base.

El sábado 16 de septiembre, pasadas las tres de la tarde, me comunicaron que el camión se había puesto en marcha. Me sorprendió precisamente por eso, por ser sábado. No solía ser día de inicio de un transporte, sino de regreso, pero tampoco le di excesiva importancia. Ni tan siquiera me apercibí que habían pasado exactamente cinco meses desde la operación de Ondarroa, con la caída del comando Éibar.

El camión había salido de Pasajes y se dirigía por la N-I en dirección a Franca. Iba sólo la cabeza tractora y yo lo encontraba todo normal. Incluso cuando se me hizo saber que en la zona franca aduanera había enganchado un remolque cargado con no menos de cuarenta mil kilos de madera serrada, perfectamente estibada, en forma de tablas de regular tamaño, y toda la carga cubierta por un toldo ajustado, bien atado y de color azul.

Alrededor de las cinco de la tarde me comunicaron que por la misma carretera nacional se dirigía hacia Vitoria. Pregunté quién se estaba encargando de la vigilancia y me contestaron que los de Servicios Especiales. Al ser fin de semana la realizaba un equipo de tres hombres y una mujer en un solo coche. No tenían ningún problema gracias al emisor, que funcionaba a las mil maravillas, por lo que no era necesario acercarse demasiado con el riesgo de que el camionero advirtiera el seguimiento.

A las siete de la tarde, como todos los sábados, me fui a misa a la capilla de Ínchaurreondo. De esta manera, durante la mañana del domingo podría salir con la motocicleta a dar un paseo. Me obligaba a estar pendiente de ella. No es un vehículo que tolere muchos fallos. Como un velero. Cuando uno está solo a bordo de un barco de siete u ocho metros de eslora con la caña del timón en la izquierda y la escota de la mayor en la derecha, o al revés, según la amura por la que se esté ciñendo y pendiente del foque o génova, según como tenga arbolado su barco, con viento de quince nudos o más y la escora aumentando mientras flojean los obenques de sotavento y se tensan los opuestos, uno sólo puede pensar en aquello en lo que está haciendo y no en otra cosa.

A veces necesitaba olvidarme un rato aquel trabajo. Olvidar no era posible, pero la motocicleta me obligaba a estar pendiente sólo de ella, como una novela celosa, que eso es en realidad. Luego, la alegría de parar en un alto solitario, estirar la pata de cabra de la «burra» y respirar un poco, alargando

la vista un mucho... No había terminado la misa cuando el comandante me pidió que saliera un momento pues había alguna novedad.

El camión, tras llegar a Vitoria con las cuarenta toneladas de tablas de madera, en vez de seguir rumbo a Madrid, que parecía lo más lógico con semejante cargamento, había girado a la derecha y tomado una carretera comarcal, la N-240, que, tras pasar entre los embalses de Ulibarri y Albins y superar el puerto de Barazar con enrevesadas curvas y fuerte ascensión y bajada, llegaba a las proximidades de Durango.

Aquello sí era bastante extraño. No había ninguna lógica, ni siquiera aunque la carga fuera destinada a cualquiera de aquellas poblaciones próximas a la nueva ruta que había emprendido. Ni por tiempo de viaje, ni por costes, ni por nada. Lo lógico, lo natural, lo que todo el mundo hubiera hecho habría sido ir desde San Sebastián por la autopista A-8. Le dije al comandante, como primera medida, que localizara de inmediato a los hombres de la UEI y pedí a Dios que se encontraran a mano. Estaban en el acuartelamiento, pero sólo eran tres hombres. El resto de la célula había bajado a Madrid para un pequeño descanso y los que tenían que relevarlos no habían llegado.

Les expliqué muy por encima lo que sucedía; les ordené que prepararan un vehículo camuflado de Información con conductor y que estuvieran listos por si en cualquier instante fuera necesaria su intervención. No podía perder uno de ellos en la conducción. Si llegaba el caso, deberían pensar cómo asaltar un camión. El cuándo era mi responsabilidad. Movilicé al Servicio de Información al completo y dispuse que se mantuviera línea abierta con los que controlaban el camión, que había empezado la ascensión del duro puerto de Barazar.

Tenía que medir mucho las decisiones. El camión era un buen objetivo. De los mejores que en el tema de ETA podían tenerse. Llevábamos cinco meses vigilándolo y no podíamos estropearlo todo, perderlo, si no estábamos completamente seguros, con una intervención fallida. Quería sacar conclusiones, pero me faltaban datos. La alarma estaba más que fundada, ¿a quién se le ocurre sacar a pasear un camión con más de cuarenta toneladas de carga un sábado por la tarde? Lo veía todo como en un claroscuro.

Ordené que, por si acaso y con las precauciones debidas para no alarmar al camionero, dos equipos de Información en otros tantos coches salieran por el camino más corto a su encuentro para reforzar a los de Especiales. Sentía que me latía el corazón tan fuerte que temía que lo oyeran los demás. Tenía que tener despejada la mente mientras el segundero galopaba. En cualquier momento, me decía, recibiría la noticia de que todo era una falsa alarma y volvería a la normalidad. Pero todo tenía que estar preparado para cualquier imprevisto.

Bajé con el comandante al COS (Centro Operativo de Servicios) y hablé por radioteléfono con el equipo bajo cuya responsabilidad se encontraba ahora toda la operación. Estaban coronando el puerto. Miré el reloj: las siete y cuarenta y cinco de la tarde. Aún era de día. Los puse en antecedentes de que les había enviado dos vehículos de refuerzo.

Unos minutos más tarde me llamaban para anunciarme que en una estación de servicio que había en el alto, con servicio de cafetería, se había detenido el camión. Ellos iban a llevar a cabo una operación de aproximación, imprescindible para el curso que tomarían los acontecimientos después.

Entraron en la estación de servicio y pararon en uno de los postes de repostaje. El camión era visible en su mayor parte, pero no todo el remolque. La joven guardia se dirigió a los servicios, dos hombres entraron en el bar y el tercero comenzó a llenar el depósito de combustible. El camión se encontraba estacionado en esas grandes explanadas habilitadas para ellos.

En el COS, aquel silencio mientras duró la maniobra fue eterno y los numerosos clics y ruidos electrónicos de los aparatos de transmisión y escucha allí ubicados sólo conseguían tensar más el ambiente. Finalmente, saltó al aire la voz del cabo jefe de aquel pequeño equipo. Había ocurrido algo. Habían visto algo, pero no era fácil explicarlo por radioteléfono. En una palabra, intentaban decirme lo que cada uno había visto en distintos momentos que, aislados, no tenían sentido, pero juntos podían cambiar y permitir deducir una consecuencia.

—¿Dónde están ahora? —pregunté

—Nos estamos incorporando a la autopista por el acceso de Durango. Dirección San Sebastián.

—¿Han llegado los refuerzos?

—Afirmativo. Circulan detrás. Estamos enlazados vía radio, frecuencia de seguridad.

Afortunadamente, ya no estaban solos para el control de aquella situación. Pero todavía no había nada tangible, real, y era necesario conocer personalmente lo que habían visto.

—Dejen el control a los que han llegado y diríjanse a la base a toda velocidad. Utilicen, cuando estén fuera de las vistas y oídos del camión, las sirenas, los prioritarios, lo que sea. Vengan en seguida. Los espero.

—Recibido.

Los hombres que habían llegado con posterioridad se dieron por enterados y se hicieron cargo de su nuevo cometido. Debían, además, comunicarme la situación exacta del camión en cada momento y cuándo rebasaba las distintas localidades de Éibar, Elgoibar, Deva, Iciar, Zarauz... y ya casi no quería pensar en la siguiente salida, que era San Sebastián.

El equipo de Especiales llegó a Inchaurredo al filo de las 20.30 horas. Habían recorrido los setenta kilómetros que los separaban del acuartelamiento en un tiempo que no quería ni pensar. Un riesgo más de aquella gente, asumido en silencio, aceptado. Acababan de decirme que el camión había entrado en la provincia. Apenas nos separaban de él cincuenta kilómetros.

—No hay mucho tiempo. Hablen.

Empezaron a hablar primero los hombres que se habían dirigido al bar. Mientras les servían el café habían observado cómo dos individuos se dirigían hacia la parte trasera de la gasolinera, donde estaba el camión estacionado. Había más gente por allí, dada la hora y el día. Pero aquellos dos parecían bajar del monte. No habían visto al camionero. Después de

pagar se dirigieron al coche, subieron y no observaron nada más que les llamara la atención. Tampoco a los que vieron dirigirse hacia el camión.

La chica, al salir del aseo y dirigirse a nuestro coche se había cruzado con una persona que caminaba hacia la parte trasera de la gasolinera. Creía que había salido de la cafetería. Y no estaba segura de dónde habría ido, pues en aquella zona estaba el camión y varios coches más.

—¡El camión ha rebasado Elgoibar! —chilló el sargento del COS.

—¿Algo más?

La chica, aquella guardia de hermosos ojos, me miraba, sopesando lo que quería decirme, lo que tenía que decirme.

—Sí, mi teniente coronel. Aquel hombre era muy parecido a Paterra. A la fotografía que tenemos de él.

Su voz no había vacilado ni una sola vez. Tan firme como su mirada. Aquella joven, con la belleza y el empuje de los veinte y pocos años, había hecho bien su trabajo. Para eso la habían entrenado. Ella lo sabía y quería que los demás lo supieran.

—¡El camión ha rebasado el alto de Iciar!

Miraba fijamente a aquella mujer, seguramente quería que me dijera que era Paterra, no que se parecía a él. Pero comprendí, mientras me sonaba lejana la voz que gritaba que el camión lo tenía a menos de veinte minutos, que no podía transmitirme otra cosa.

Agradecí con una sonrisa aquella información que a la postre sería la que más influyera en la decisión que habría de tomar dentro de muy poco tiempo.

—¡El camión en Zarauz!

«Dios mío —pensé—, ayúdame.» Los miré para despedirlos cuando el cabo añadió a todo lo anterior:

—Tras pagar el combustible, yo fui el último en subir al coche. Y de regreso eché un vistazo al camión, tenía el motor arrancado y el camionero estaba tensando los vientos del toldo. Después salimos de allí.

Sin pérdida de tiempo, tomaron su coche para incorporarse a la pequeña caravana que seguía a aquel maldito transporte. Ordené a la célula de la UEI que se uniera a ellos mientras no tenía las ideas muy claras. Repasaba a gran velocidad, hasta la última palabra, lo que habían visto los guardias y me habían contado.

—¡El camión en San Sebastián! —Fue la última vez que oí el punto por donde circulaba.

De repente empecé a ver las cosas con tanta claridad como cercano el tráiler, apenas a seis kilómetros. En unos segundos pasaría a escasos metros delante de donde me hallaba. No podía perder ni un segundo.

Miré a mi conductor, Rodríguez Cuadrado. No hacía mucho que había sustituido al que tuve los años anteriores, el bueno de Luis. Sin decirle nada, tenía el coche funcionando y las puertas abiertas. A pocos metros esperaba un joven teniente que en aquel momento era el responsable de Información. Era como veinte centímetros más alto y como veinte años más joven y estaba expectante. Le hice una seña, nos subimos al vehículo oficial tras dejar al comandante a cargo de la unidad. Sabía que no le dejarían tranquilo con mil y una llamadas telefónicas, y pasamos nuestro Rubicón. Si la cosa salía mal, habríamos perdido el trabajo de cinco meses.

El grueso del Servicio de Información se había ido incorporando a los primitivos vehículos y yo me uní a ellos a su paso por Ínchaurreondo.

Tenía enlace directo con los respectivos mandos, así que indiqué, vía radioteléfono, al jefe de la UEI y a los demás que íbamos a intervenir. No había decidido el punto. Tenía una duda terrible dado el poco tiempo y espacio disponible.

De siempre sabíamos lo poco que a los miembros de ETA les gusta desplazarse por la autopista. De modo que pensaba que saldrían por el peaje de Oyarzun para, desde un lugar apropiado, si el comando iba a bordo,

mediante el aparato de mugas pasar al otro lado, a Franca. También podían hacerlo tras atravesar el peaje de Irún y tomar la carretera C-133 que discurre pegada al río Bidasoa, y por ella llegar a algún punto de Laseca o Vera de Bidasoa, para terminar la operación de paso de frontera con los mismos procedimientos.

Y para tomar la decisión de en qué peaje intervenir sólo disponía de apenas un minuto y medio. Un error en las comunicaciones hizo que la segunda parte de la ya respetable caravana de seguimiento tomara equivocadamente la salida de Oyarzun. Entre éstos se encontraba mi coche. Bloqueamos el peaje y, como pudimos, salimos de nuevo a la autopista principal.

En el peaje de Irún

Entonces di la orden que tanto esperaba la célula de la UEI y todos los demás.

—Intervención en el peaje de Irún.

Lo repetí sin esperar respuestas. No había tiempo.

El coche de la UEI adelantó al camión, seguido de otro de Información, con el tiempo justo de relevar a los pianistas y dejar libre sólo uno de los cuatro pasos habilitados, bloqueando los otros tres. Después todo ocurrió muy rápido. El camionero fue sacado de la cabina tras entrar el camión en el peaje y registrada ésta milímetro a milímetro. No había nada. No había nadie. Ni el más mínimo indicio de que pudiera existir un escondrijo, un zulo.

Esta operación se había llevado a cabo mientras los de Información agilizaban la salida de los vehículos en dirección a Franca y cortaban el tráfico cien metros antes del peaje. A la vez intentaban hacer lo mismo con los que circulaban en sentido contrario, Irún-San Sebastián, aunque con éstos fue mucho más difícil. Algún tiempo después llegó una patrulla de la Policía Autónoma que, situada discretamente al otro lado de las cabinas, en el tramo de Irún, ayudó bastante dado que centenares, miles de vehículos, intentaban acceder a las cabinas de peaje. Eran las 22.15, seguramente la hora de más intensidad de circulación.

Los miembros de la UEI hicieron un buen trabajo y bastante rápido. Tras el completo registro de la cabina, uno trepó al remolque y, situado en el centro de la parte trasera del mismo, empuñando su arma, indicó a sus dos compañeros que podían iniciar el registro y el examen de aquella mole que constituía el cargamento.

Antes, con voz potente, conminaron, si es que había alguien escondido en su interior, a que saliera en nombre de la Guardia Civil. El camionero estaba custodiado por un agente de Información junto a la cabina. No había dicho más que allí no había nadie. Que él sólo era un profesional. Un honrado camionero que se ganaba la vida. Actuaciones como la nuestra se lo impedían.

A todo esto, la otra zona del área, la explanada que se abría tras abonar el importe del peaje y que se estrechaba hasta los dos carriles que conducían a San Sebastián, estaba completamente atascada. Nadie avanzaba un metro. Al contrario, los conductores y los acompañantes habían parado los motores y miraban como hipnotizados aquello que ocurría delante de sus narices. Parecía mentira aquel silencio espeso en el que resaltaban las voces de los guardias que actuaban. Aquellas personas iban a presenciar algo que nunca olvidarían y que sin duda superaba el realismo que pudiera conseguir el mejor maestro de efectos especiales de la mejor película de acción. El drama de la vida y de la muerte que aquella organización llamada ETA venía provocando desde hacía más de cuarenta años estaba a punto de levantar el telón.

Los dos guardias de la UEI, protegidos por el compañero encaramado en lo alto del remolque, comenzaron el examen de éste. Palmo a palmo. Tocaban la madera. De vez en cuando levantaban unos centímetros el toldo para ver qué había dentro. Miraban los bajos, entre las ruedas, en todas partes. Era un reconocimiento que parecía no acabar nunca. Los veía hacer a pocos metros. Me encontraba un par de pasos detrás del transporte con los puños apretados.

Cuando los guardias terminaron, el que estaba arriba enfundó su pistola y, protegido por los otros dos, realizó el mismo reconocimiento en la superficie superior del remolque. Poco después, uno de ellos se me acercó y me dijo:

—No hay nadie.

Lo decía con una cierta tristeza. Veía el enorme caos circulatorio que se había formado allí y los miles de ojos que nos observaban. También conocía de sobra el esfuerzo que aquel camión nos había exigido los últimos meses y que con aquella intervención se había perdido la posibilidad que tanto habíamos esperado de neutralizar el comando que lo utilizase.

—¿Estás completamente seguro? —pregunté, sabiendo la respuesta. Además, cuando tomé la decisión, ésta era una de las posibilidades, y la había asumido. Pero me costaba aceptarlo.

—Completamente.

Entonces, seguido por el teniente C., aquel que tenía veinte centímetros más y veinte años menos, que no se había perdido ni una letra tras haber efectuado un magnífico despliegue de sus hombres, me dirigí hacia donde estaba el camionero, al lado de la cabina. Era un poco más bajo de estatura que yo, de 1,65 más o menos, regordete, camisa oscura de franela y un pantalón tejano. Sudaba y los nervios se le hacían visibles con un temblor que no podía ocultar ni disimular.

—Así que no hay nadie escondido en el camión —le dije con voz bastante alta.

—Nadie, absolutamente. Esto es un cargamento de madera y llevo toda la documentación en regla, la del camión y la de la carga.

Hablaba entrecortadamente, intranquilo.

Claro que la situación no era precisamente un calmante. Pero a mí de pronto se me había parado el reloj. Dejé de preocuparme el atasco, las enormes colas de vehículos que se habían formado en los dos sentidos de la circulación. Dejé de preocuparme todo lo que era ajeno al hecho por el que estaban allí cerca de veinte hombres de Información, de la UEI y de Especiales. Y aquel oficial. Y yo mismo.

Y en vez de preguntarle cuál era la razón por la que había dado un paseo de cerca de trescientos kilómetros a más de cuarenta toneladas de madera, desde Irún hasta Vitoria, luego a Durango y finalmente, tras pasar por San Sebastián, alcanzar el lugar en el que nos encontrábamos, muy cerca del punto de partida, aquella tarde de aquel maldito sábado, le dije:

—Pues muy bien. Vamos a descargar la madera.

Asombrado y sobre todo sorprendido, me contestó:

—¿Adonde?

—Aquí. Aquí y ahora mismo. Empiece.

Se había quedado como petrificado. Miraba el tremendo volumen de la mercancía transportada y quién sabe qué otra cosa. También nos miraba a nosotros. Los guardias le devolvieron la mirada como si fueran de piedra.

Le hice un gesto señalándole el toldo, cuyo primer viento, la primera cuerda que lo afirmaba a la superficie de carga, estaba a pocos centímetros, a un par de palmos de donde terminaba la cabina.

—Quite el toldo.

Resignado y con bastante parsimonia, empezó a deshacer el primer nudo de aquel inmenso toldo, de aquella lona que cubría por completo tantos kilos de aglomerado. Fue entonces, justo entonces, cuando se desató la furia del infierno.

Por el hueco que existía entre cabina y carga, un objeto voló procedente de ésta. Casi ninguno de los que allí estábamos pudimos apercibirnos de lo que se trataba, pero al instante una formidable explosión casi nos derriba e hizo que retrocediéramos para ponernos a cubierto. Siguieron varias explosiones más.

El conductor del camión, en un salto impropio de sus condiciones físicas, había desaparecido en el interior de los separadores que existían entre un peaje y otro.

Con un megáfono advertí y aconsejé como pude a los centenares de usuarios que contemplaban atónitos lo que estaba sucediendo que cerraran los cristales y se echaran al suelo de los automóviles. No obedeció ninguno. Con los ojos enormemente abiertos y casi petrificados, observaron cómo los guardias, tras tomar posiciones, devolvían el fuego que recibían del interior de aquel remolque. Las explosiones habían sido debidas al lanzamiento de granadas de mano de los que estaban en el interior con el fin de sorprendernos e iniciar la huida. No lo lograron.

El guardia de la UEI que se hallaba arriba y atrás de la carga se echó sobre la misma y con el certero fuego de su pistola impedía cualquier posibilidad de huida por la parte superior. Los otros dos, desde el suelo, a izquierda y derecha, en un ángulo de unos treinta grados, también desde una posición retrasada, cubrían eficazmente los laterales del vehículo.

El resto de la fuerza, con su armamento reglamentario y con la prevención de no alcanzar a los compañeros que ocupaban aquella posición de vanguardia, devolvieron la agresión desde posiciones más perpendiculares al camión. Centenares, miles de proyectiles, en rapidísimas y precisas trayectorias que confluían en el punto desde el que se lanzaron las granadas, iluminaban la noche con luces fulgurantes. Algunos proyectiles alcanzaban los letreros luminosos y de neón que proporcionaban informaciones sobre el importe y forma de efectuar los pagos. De ellos se desprendían y saltaban centenares de chispas, que como fuegos artificiales caían crepitando sobre el asfalto en un chisporroteo espectacular.

Temeroso de que pudiera haber daños entre aquella masa de gente, hoy se los llamaría colaterales, quise reiterar la advertencia, pero desistí de inmediato. Sus caras embelesadas, quietas, sin pestañear, no podían sino observar aquella escena increíble.

Mandé el alto el fuego a la unidad de Información al comprobar el perfecto control que aquellos tres hombres de la unidad de Intervención ejercían sobre los que dentro del remolque seguían disparando. El tableteo de las ráfagas de los subfusiles se sucedía en series regulares. La precisión de aquéllos impedía la de los desconocidos.

Me proponía improvisar un plan de asalto al camión aunque el mejor aliado, aun desconociendo el número de aquéllos, sin duda miembros de ETA, así como las armas y municiones de que disponían, era el tiempo. Y más si, como ocurría, seguían disparando. Pero era preciso dar salida a aquella enorme cantidad de vehículos que habían soportado un elevado riesgo a escasa distancia.

Ya me había apercibido de la situación de la patrulla de la Policía Autónoma al otro lado de la línea de peajes y les iba a enviar una petición para que iniciaran la evacuación de los coches que teníamos a pocos metros, justo a nuestra izquierda, cuando, tras algunos disparos y una o dos explosiones, se hizo el silencio y a través de una grieta del toldo, en la parte superior, aparecieron unas manos temblorosas. Una empuñaba una pistola y la otra aparecía completamente abierta. Nuestro guardia, desde aquella posición trasera y arriba del remolque, lo controlaba perfectamente.

El desconocido, quería cuartel, que, lógicamente, se le concedió.

—¡Tira el arma! —se le ordenó.

Lanzó la pistola, que cayó a pocos metros del camión. Después, lentamente, su figura comenzó a aparecer a través de aquella grieta. Se le ordenó que bajase del camión y se lanzó como a una piscina. Fue reducido y esposado mientras otras manos, esta vez desarmadas, aparecían de nuevo, y tras ellas otra persona que siguió las mismas vicisitudes del primero. Las armas habían dejado de disparar. Llevamos a los dos detenidos a una posición de seguridad y les pregunté por sus nombres.

—Me llamo Azpitarte, Arruti Azpitarte.

—¿Pattera? —Estaba algo sorprendido, por su identidad. —Sí.

—¿Cuántos quedan en el interior del camión?

—Dos. Quedan otros dos.

Jadeaba un poco por el golpe que se había dado al lanzarse desde lo alto del remolque.

—¿Quiénes son?

—Son Txirilita y Manu.

Txirilita, Juan Oyarbide Aramburu, y Manu, Manuel Urionabarrenechea Betanzos, habían formado uno de los táleles más sanguinarios del más peligroso comando de la década de los ochenta junto con Zabarte Arregui, el Donosti de 1984. Ahora los teníamos allí, atrapados, al cabo de cinco años y como integrantes de otro comando.

El etarra González

Pregunté quién era al otro, el acompañante de Paterra, y me contestó que se llamaba Manolo González. No había oído nunca semejante nombre, pero pensé que sería un legal y que más tarde lo aclararíamos.

Miré el reloj. Hacía un rato que no se oía un disparo. Apenas habían pasado unos minutos en los que la pólvora había llenado el aire de un humo pesado y de un olor acre. Pregunté por los guardias y el teniente, tras una rápida gestión, me informó que teníamos a tres agentes con heridas de diversa consideración, por lo que dispuse fueran evacuados y atendidos. Uno quedó hospitalizado, pero todos se recuperaron.

Con el megáfono se dieron nuevas órdenes a los que permanecían en el interior del vehículo asaltado, pero no hubo ninguna respuesta. Con las debidas precauciones, poco después se pudo comprobar que ambos terroristas estaban muertos, uno de ellos alcanzado por las balas que se cruzaron en aquella corta e intensa refriega y el otro al hacerle explosión una granada de mano que sin duda pretendía lanzarnos. Comunicé una primera novedad a Madrid sobre el resultado del enfrentamiento e identidades de detenidos y fallecidos.

Esperé un buen rato junto al teniente hasta que, llegado el juez de guardia, ordenó el levantamiento de los cadáveres. Después felicité a nuestros agentes, a los de Especiales, a la joven, por su fe y su juicio claro. A los del UEI, a todos. Al abrazar al teniente C. y felicitarle por su actuación y la de sus hombres, le dije:

—Sigue con el resto del servicio. Es todo tuyo.

Vi que aquello era para él el mejor premio. Le quedaban un sinfín de gestiones y trabajos que realizar, transmisión de novedades, traslado de los detenidos, actuaciones de la Policía Judicial y Científica, alerta a las unidades para la explotación de las informaciones que proporcionaran en sus declaraciones, etc. Para todo teníamos instrumentos y personal. Había que saber usarlos y él acababa de convertirse aquella noche en un maestro.

Eran cerca de las doce cuando, al ir a subir al vehículo oficial, me acordé del camionero. Seguía acurrucado en el separador y fue conducido con los otros miembros de ETA capturados.

La noticia saltó a los boletines informativos de las emisoras de radio y televisión a la velocidad que en el País Vasco tenían estos acontecimientos. Empezaron, casi sin solución de continuidad, las manifestaciones de protesta. A las pocas horas, varios autobuses eran cruzados en la N-I a su paso por Rentería; otros, incendiados, así como ataques a las Casas del Pueblo y otros establecimientos a lo largo de la geografía vasca.

El alcalde de Hernani, Agustín Esponza, de HB, en un pleno extraordinario propuso nombrar hijo predilecto a Juan Oyarbide. La moción fue rechazada por los demás partidos. Las Gestoras pro Amnistía convocaron una huelga general y muchos desmanes se cometieron en las estaciones de ferrocarril, bares y comercios de numerosas localidades. Era admirable la cohesión de ETA con las formaciones políticas afines, y su resistencia, siempre dispuesta.

La extensa declaración del etarra Arruti Azpitarte permitió no sólo el completo conocimiento de la estructura y composición del comando Araba, sino llevar a cabo una profunda limpieza de todos los apoyos e infraestructura en su zona de actuación. Se extendía por Álava, el Duranguesado y la Zona de Cooperativas, con las poblaciones del alto Deva, como Oñate, Vergara, Arechavaleta, Mondragón, etc. Se levantaron nada menos que nueve zulos, que se encontraban en distintos sitios de difícil acceso en Aracaldo, Zoilo, Julen, Vitoria, Lendoño, Vergara, Ubidea, Urquiola y Aramayona. Igualmente, se descubrieron y precintaron dos cárceles del pueblo, verdaderos habitáculos infrahumanos situados en un

caserío de Amurrio y en una cueva llamada Eguzkio-Ola, en el monte Gorbea. Los buzones, que también eran dos, los habían construido en un pinar de Zoilo y en el alto de Urquiola.

Se ocuparon 32 pisos francos ubicados en distintas localidades de las tres provincias vascas y fueron detenidos como colaboradores o laguntzailen en algún grado 42 personas. Once pudieron huir al saltar rápidamente la noticia a las emisoras de radio, lo que hizo que Roldán, el entonces director general, comentara que comprendíamos y asumíamos la servidumbre que a veces ocasionaba en la lucha antiterrorista el derecho de información.

Entre las detenciones más sorprendentes se encontraban las de un sargento y tres miembros de la Policía Autónoma. El material, entre fusiles, subfusiles, pistolas y otras armas cortas, granadas de mano y de otros tipos, cañones Jotake, todo lo necesario para montar artefactos, trampas explosivas y coches bomba, manuales de empleo de explosivos, documentaciones falsas, informaciones, era de una magnitud sorprendente. Sólo de amonal, disponían de más de trescientos kilos.

Las informaciones sobre personas, la mayoría miembros de las Fuerzas de Seguridad y de los Ejércitos, ultimadas y listas para ser llevadas a cabo, ocupaban varios folios. Esta operación permitió el desmantelamiento de dos comandos legales, que actuaban bajo su mandato:

Comando Aizorotz

Este grupo constituía un comando legal armado que operaba en el área de las poblaciones de Mondragón, Vergara, Oñate y Escorlaza. Lo componían cuatro individuos, de los que tres fueron detenidos. Se les ocupó todo el material y fueron esclarecidas las ekintzas que habían llevado a cabo.

Comando Laudio

Era otro grupo armado de apoyo al de liberados. Su responsable era precisamente el segundo hombre que se entregó en el enfrentamiento del peaje de Irún, gracias a lo cual había salvado la vida junto a Paterra, y que se había identificado como Manolo. Se llamaba Manuel González

Rodríguez, alias Manolo, y el resto de miembros del grupo fueron detenidos, desmantelada su infraestructura y puestos a disposición judicial. Fueron esclarecidas las acciones que habían realizado desde que se había constituido en 1987.

El trabajo rutinario, día y noche durante cinco meses, de vigilancia, seguimiento y control del camión de Transportes Vega de Irún había rendido ciento por uno. Muchos de aquellos jóvenes guardias que empezaban a curtirse en la dura brega del Servicio de Información comprendieron la importancia de la paciencia, de la perseverancia, del tesón.

El comando Araba se había formado a principios del año 1984 y, hasta su enfrentamiento con nosotros, había llevado a cabo seis campañas, con diferentes componentes o miembros liberados, pero en todas ellas había participado Juan Carlos Arruti Azpitarte, alias Pattera, Patarra, Patarras, Andrés, Fermín y Pater.

Pattera

Este veterano miembro de ETA, a quien bien se le podría llamar «biterrorista» por haber militado con anterioridad en los Comandos Autónomos Anticapitalistas, había nacido en Azpeitla (Guipúzcoa) el 27 de agosto de 1959. Aprendió el oficio de mecánico ajustador, que muy pronto abandonó para pasar a los Comandos Autónomos, atraído por uno de sus componentes apodado el Cabra y casi de sus mismos apellidos, según manifestó él mismo al desgranar su historia personal, cuya última parte es prácticamente la historia del comando Araba que durante varios años llevó la muerte, la extorsión y el terror a esta provincia y zonas limítrofes con ella.

Con diecinueve años, en 1978, se integró en un grupo legal de los CC. AA. y, tras huir a Franca al producirse algunas detenciones que podían afectarle, en octubre de ese mismo año regresó formando parte de un grupo de liberados, empezando una carrera de asesinatos, extorsiones, atracos y terror que acabó en el peaje de Irún de la autopista A-8.

Son frecuentes en aquella época sus pasos a Franca, hasta que, al ser detenido un miembro del comando, el 30 de junio de 1980, tuvo que refugiarse en casa de un amigo de Vitoria y huir dos semanas más tarde a Franca, de donde regresó con un nuevo talde. A primeros de diciembre volvía a pasar al país vecino y el día 14 de febrero del siguiente año era detenido en Ciboure por la policía francesa.

El tiempo de prisión hizo que, junto a otras desavenencias, se distanciara de la organización a la que hasta ese momento pertenecía. Y así, en el verano del 82, tras entrevistarse con un miembro de ETA llamado Tomás Linaza en un bar de Bayona, aceptó la propuesta de éste y se integró en esta última organización, viéndose días más tarde con Pakito, que lo destinó a los «tádeles de reserva», a la espera de «vacantes» para pasar a los grupos operativos ilegales.

En el mes de enero del 84 lo citan en una casa de Biarritz donde le presentan a otros dos activistas de ETA, que con él forman el nuevo comando Araba y, ya sin abandonar esta vivienda, reciben un cursillo sobre armamento, hasta que un día son llevados a la zona fronteriza en coche, hasta un punto en que un mugalari se hace cargo de ellos y, andando, los conduce hasta España por la zona de Bidarray, en las afueras de Narvarte (Navarra), donde, en un pequeño camión cargado con cajas de cartón — entre las que se esconden—, los trasladan hasta Vitoria. Allí, un laguntzaile los recoge y los lleva a su casa particular, en la plaza de la Fuente de los Patos de esta capital, iniciándose así su primera campaña, hasta que en julio dieron por finalizada la misma y se prepararon para el paso de la muga.. A primeros de este mes fueron recogidos por un camión tráiler en el barrio de Arana de Vitoria y trasladados al polígono industrial de Pamplona, donde un camión más pequeño los llevó hasta los montes de Irati. Allí los esperaban dos mugalaris que, a pie, los guiaron por unos senderos hasta la misma línea fronteriza. En este punto los aguardaban dos refugiados, que los llevaron a una casa aislada donde, relajados, se ducharon y celebraron los «éxitos» logrados, marchando más tarde a Biarritz, donde informaron detalladamente a Txikiardi, empezando a continuación un descanso de más de seis meses en un domicilio de Bayona.

Después vinieron nuevos cambios de responsable, según los antiguos eran detenidos por la policía francesa. Así, Santi Potros sustituye a Txikiardi, Waldo a Potros, y nuevos compañeros de comando para las cuatro siguientes campañas.

Cuando fue detenido Santi Potros, se traslada por precaución con su comando desde Vergara, donde se encontraban alojados en casa de un laguntzaile, hasta Durango, y más tarde a otra vivienda de Malkuartu, en la que permanecen unas semanas siguiendo por la radio el rosario de detenciones que tanto en Franca como en España se estaban llevando a cabo.

En febrero de 1989, tras una reunión de día y medio con Zabaleta Elósegui, alias Waldo, y por el procedimiento había empezaba la que sería su sexta y última campaña formando comando con otros dos expertos pistoleros y veteranos terroristas: Juan María Oyarbide Aramburu, alias Txilibita, y Manuel Urionabarrenechea Betanzos, alias Manu.

No empezó muy bien porque, una vez en España, el camión que tenía que recogerlos en Elizondo no acudió a la cita y tuvieron que pasar una noche en casa de un mugalari español, que al día siguiente los llevó hasta Alsasua, donde un laguntzaile los condujo a su domicilio en Vitoria.

Para esta campaña tenían una orden prioritaria de su responsable francés: el cuartel de Llodio. No importaban en absoluto las mujeres y los niños que allí tenían su hogar. Atentado que llevaron a cabo en junio del 89, empleando, según la propia versión de Pattera, la pavorosa cantidad de quinientos kilos de amonal.

Compraron con documentación falsa una furgoneta Mercedes en Bilbao, a la que practicaron un orificio en la parte izquierda del piso de sesenta por cuarenta centímetros, y en ella transportaron los explosivos para introducirlos en la alcantarilla próxima al cuartel a través de dicho agujero una vez estacionada ésta encima.

Después, un temporizador de doce horas y el resultado conocido. La ciudad entera de Llodio tembló.

Tras otras ekintzas, un día, estando Manu y Paterra con un laguntzaile en el café Menta de Vitoria, llamaron la atención de tres personas que se acercaron y, tras identificarse como guardias civiles, les pidieron la documentación, momento en el que se inició un intenso tiroteo. Salieron huyendo cada uno en distinta dirección.

Manu, a punta de pistola, entró en un coche y desapareció de la zona. Paterra, también a punta de pistola, se refugió en un piso de la avenida de Gasteiz, donde permaneció hasta la media noche, en que, recogido por un matrimonio de colaboradores previa llamada telefónica, lo llevaron a su domicilio. Esto ocurría el 21 de agosto. Uno de los guardias civiles resultó herido, pero el que peor librado salió fue el laguntzaile, que tuvo que ser ingresado en la UVI, alcanzado por varios disparos.

Una vez en sus lugares de seguridad, temieron, y con razón, que al ser interrogado el herido, tan pronto lo permitieran los médicos, diría prácticamente cuanto sabía, como así sucedió. Por lo que decidieron poner en marcha el dispositivo de paso de la muga con urgencia, ya que había serlas posibilidades de que fueran detenidos. Paterra y Txirilita permanecieron escondidos en el monte Udala, y Manu en otro escondrijo sólo conocido por él.

El sábado 16 se reunieron los tres en un piso de seguridad previamente convenido y de allí fueron recogidos por el miembro legal de apoyo Manolo González, que los condujo al alto de Barazar, donde a las siete de la tarde tenían una cita con un camión que los conduciría a la tranquilidad del otro lado de la frontera. Se introdujeron en un habitáculo preparado entre la carga de madera y conglomerado en la gabarra de un tráiler que los esperaba, y tres horas más tarde terminaba el viaje con un segundo y definitivo enfrentamiento con la Guardia Civil en aquel peaje tan cercano a Franca.

Los numerosos detenidos tuvieron que hacer frente a la peripecia judicial. La de Juan Carlos Arruti Azpitarte, Paterra, es por sí sola la mejor descripción de la vida de un terrorista de importancia y de letal eficacia.

No puedo olvidar la llamada telefónica que me hacía un juez de la Audiencia Nacional el domingo siguiente a su detención, en la que,

expectante, me preguntaba si era el asesino de la fiscal Tagle. Ante mi contestación negativa, insistió:

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

Era muy alta la tensión generada en aquella época por la actividad terrorista.

Hasta el año 92, la Audiencia Nacional, en las correspondientes sentencias, lo había condenado a:

— El 5-3-90 a 28 años por atentado al cuartel de Orozco el día 23-7-89.

— El 20-4-90 a 81 años por los asesinatos de Justino Pintos López, guardia retirado, y Heli López y Julio Muñoz Grau.

— El 15-6-90 a 30 años por asesinato, a 20 años por asesinato frustrado y a 11 años por un delito con daños.

— El 6-7-90 a 26 años por el asesinato del paisano Germán González López, militante del PSOE, el día 27-10-79.

— El 12-11-90 a 39 años por el asesinato del general Azcárraga el día 27-3-88.

— El 21-11-90 a 25 años por el atentado contra el cuartel de Llodio en junio del 89.

— El 28-1-91 a 5 años por atentado frustrado contra el cuartel de Orozco el día 1-3-87.

— El 18-2-91 a 11 años por un atentado contra instalaciones de CAMPSA en Rivabellosa (Álava) el 10-7-87.

— El 27-3-91 a 53 años por asesinato frustrado y lesiones al atentar contra una patrulla de la Guardia Civil en Baracaldo (Vizcaya) el día 19-8-88.

— El 3-6-91 a 66 años de prisión por el asesinato de los inspectores de policía Martín Martínez Velasco y Pedro Antonio Fonte Salido en Izurza (Vizcaya) el 10-9-88.

— El 10-6-91 a 18 años como autor de un asesinato frustrado de un policía nacional en Vitoria el 19-4-89.

— El 24-9-91 a 51 años de prisión por el asesinato de Juan Luis Aguirreurreta Arzamendi en Mondragón el 16-11-79.

— El 3-10-91 a 47 años por los delitos de atentado, asesinato frustrado y lesiones contra una patrulla de la Guardia Civil en Orozco el 23-12-88.

— El 24-3-92 a 72 años por los delitos de asesinato, estragos y atentado al colocar un artefacto explosivo en el polideportivo de Mendizorroza en Vitoria.

— El 22-4-92 a 68 años por los delitos de atentado, asesinato frustrado, lesiones y utilización ilegítima de vehículo de motor al atacar a una patrulla del Cuerpo Nacional de Policía en el campo de deportes de Mendizorroza en Vitoria el 10-3-85.

Éste es hasta el momento el impresionante activo de este pistolero que no dudó en entregarse aquella noche en la que murieron sus otros dos compañeros.

Días más tarde, una vez hubo acabado todo el ajetreo y trámites que este tipo de operaciones conlleva, pasé a Franca para ver a Eduardo, que me necesitaba. Seguramente encontró en mí en esta nueva situación la tranquilidad que la incertidumbre de servir y alojar a un grupo de etarras no le proporcionaba. Me contaba que en España tenía los nervios destrozados porque cada ruido que oía durante la noche pensaba que era la policía o nosotros que íbamos a detenerlos.

En esta ocasión me felicitó muy sinceramente por el servicio de la autopista. No tenía la más remota idea de cómo habíamos llegado a conseguir la pista del camión y a capturar al comando.

Eduardo nunca supo nada

En realidad, Eduardo, salvo cuando delató al comando Éibar, nunca supo el rendimiento que proporcionaban sus informaciones. Nunca. Ni nunca, por supuesto, tuvo ningún cargo ni puesto de importancia dentro de la banda.

Su gran desventaja, la enfermedad, hicimos que se convirtiera en útil para nosotros al comprarle la modesta casa donde se alojaba en ocasiones algún refugiado y a la que miembros de ETA acudían para entregarle la ayuda económica. La vigilancia y el seguimiento de unos y otros nos llevó a escalones más altos.

Su actividad más provechosa era servir de intermediario en la recepción de paquetes familiares de ropa o comida que iban de España a Franca y que él entregaba a Esmeril, su «pagador» oficial, que le llevaba de vez en cuando algún inquilino. Eduardo era el confidente perfecto. Gris. No se relacionaba con nadie importante. No conocía a nadie importante y él mismo no era notable en ningún aspecto. Contaba lo que oía, lo que veía, lo que le contaban a él, cuándo tenía huéspedes, cuándo y dónde le pagaban, cuándo recibía un paquete, etc.

El confidente que ocupa un puesto alto y desde él vende o proporciona información llega un momento en que, apoyado en su rango y en la importancia de los datos que proporciona, pasa a controlar a aquel a quien facilita su material. Y entonces se pueden crear situaciones peligrosas de descontrol, agentes dobles y contraprestaciones que no siempre se pueden atender.

Eduardo nunca supo qué operaciones realizamos gracias a sus informaciones. Por eso era un colaborador perfecto. Arreglé sus pequeños problemas, pues le tenía tanto respeto a los suyos como a la policía francesa.

La contrapartida de aquella situación era también perfecta. Nadie de la banda, ni mucho menos de la dirección, llegó nunca a sospechar de él. De aquel hombre cuyo nombre conocían muy pocos y que sólo se relacionaba con otras personas que se veían obligadas a vivir huidas de España por haber colaborado con la organización.

No hacía mucho tiempo que en España le habían diagnosticado una grave dolencia. La cita que habíamos tenido era para comunicarme que iba a someterse a una operación y para decirme lo que necesitaba, que le proporcioné de inmediato, además de estar muy pendiente del resultado de su intervención y del postoperatorio. Todo fue bien y, en menos de un mes, pudo volver a su domicilio, aunque periódicamente tenía que seguir revisiones médicas en las que se comprobaba la evolución de su estado.

Cese de Julen Elgorrlaga

El día 29 se celebraban otra vez elecciones generales, con una alta participación en el País Vasco. Elecciones que, entre otras cosas, supondrían el cese del delegado del Gobierno. En la firme postura que Julen Elgorrlaga había mantenido siempre contra el terrorismo, en estas elecciones adoptó una extrema que fue la de no permitir el acceso a los periodistas de Egin a la Delegación del Gobierno, donde se centralizaron los datos que se recibían de los resultados parciales. Protestó la Junta Electora y el asunto llegó al ministerio.

Corcuera llamó por teléfono al delegado para que corrigiera la decisión, a lo que Elgorrlaga se negó. Y lo cesó en ese mismo momento, al tiempo que le ordenaba que entregase todas sus responsabilidades al gobernador de Vitoria, César Milano. Julen, de carácter aún más fuerte si cabe, le contestó que a él le había nombrado un Consejo de Ministros que era el que tenía que cesarle. Cuentan testigos presenciales que aquellos teléfonos echaban más que humo. Y cuentan también que cuando Milano se presentó con el fin de asumir las competencias de delegado del Gobierno, Elgorrlaga le dio un plazo brevísimo para abandonar el edificio so pena de ordenar su detención a la Guardia Civil. Lo prudente era el regreso al Gobierno Civil, y así lo hizo, desde donde, ya más calmadas las aguas, pudo comunicar a toda la prensa los resultados que se iban conociendo. Días más tarde, el BOE publicaba el Real Decreto del cese, agradeciéndole los servicios prestados que, al margen de la retórica oficial, fueron muchos e importantes.

El 22 de diciembre era nombrado nuevo delegado Juan Manuel Egulagaray, quien en su toma de posesión rechazaba la negociación con ETA. Nosotros nos preparábamos a celebrar la Navidad y el Año Nuevo con nuestras

familias en aquella colmena de hogar que era Ínchaurrondo. La unidad en conjunto llevaba a cabo un trabajo espléndido que era reconocido por todos. La infraestructura funcionaba bien, así como los autobuses escolares, no había problemas con ninguno de los colegios a los que mandábamos a más de quinientos muchachos, nuestros hijos, pero, además de todo ello, era el segundo año que no habíamos sufrido ningún asesinato. Dos años seguidos. La esperanza y la alegría llenaban el corazón de todos y dábamos gracias al cielo. ¡Dios mío!, qué orgullo sentíamos. Qué orgullo sentía.

CAPÍTULO 11

1990. Parot

En febrero fue cesado como gobernador Goñi Tirapu. Para sustituirle fue nombrado un hombre que, como diría Machado, era en el buen sentido de la palabra bueno: José María Gurruchaga, sufrido alcalde de Rentería. Una de las personas más acosadas y perseguidas de esta localidad por hacer frente a la violencia que con tanta frecuencia se enseñoreaba de sus calles. En su toma de posesión, el ministro reivindicó la figura del gobernador civil, tan cuestionada.

Marzo nos sorprendía con el ruido de los disparos que frente al número 5 de la calle de Julio Urquijo de San Sebastián recibía el teniente retirado de la Armada Aurelio Rodríguez Arenas. Los impactos alcanzaron la cabeza de aquel hombre indefenso y en absoluta desventaja ante sus agresores, pero no murió. Fue ingresado en un hospital de la capital, donde luchó por su vida hasta que falleció tres meses después, el 31 de mayo. Semanas más tarde, la víctima era un funcionario de prisiones, Ángel Mota Iglesias, que estaba destinado en la cárcel de Martutene. Las protestas de sus compañeros, que fueron secundadas en otros lugares, provocaron situaciones no sólo de tensión sino ciertamente preocupantes en algunos establecimientos penitenciarios. También se habían extendido las protestas entre el personal de Correos ante el riesgo que originaban las cartas explosivas, lo que motivó que se arbitrasen medidas adecuadas.

Henri Parot

Hacía mucho tiempo, muchos años, que algunos atentados destacaban por su precisión, contundencia y crueldad, y se diferenciaban del «estilo» de los demás. Habían sido perpetrados en Barcelona, Madrid, Andalucía, Zaragoza y en otros sitios de España. Cuando eran capturados los comandos que operaban en esas demarcaciones, al ser interrogados reconocían sin

ningún problema todos los atentados en que habían participado, excepto esos que en su momento habían llamado la atención. Y ahí quedaban un montón de acciones sin aclarar y sin saber la génesis, el hilo conductor de las mismas, lo que creaba una cierta inseguridad en las investigaciones y a la hora de confeccionar los organigramas que nos daban una cierta visión sobre la estructura de ETA y su fortaleza.

La Guardia Civil tenía clavado en lo más profundo del corazón la imagen de aquellas niñas rotas al amanecer del 11 de diciembre de 1987. Y la de sus padres. Y la del cuartel destrozado.

El 2 de abril de 1990, una patrulla del Cuerpo montó un control rutinario a pocos kilómetros de Sevilla. En Santi Ponce. Ni siquiera era una carretera principal y todo transcurría con normalidad. El servicio estaba montado en el cruce de carreteras situado entre esta última población y la Algaba. Era de carácter preventivo y buscaba alguna pista relacionada con los GRAPO. No faltaba ya mucho para que los agentes regresaran al cuartel.

Tampoco el grupo de guardias que montaba el control era tan numeroso como los que se instalaban en el País Vasco pues nuestras plantillas siempre han pecado de escasez antes que de abundancia. Pero el espíritu era idéntico.

Alrededor de las 12.50 horas, el conductor de un vehículo Renault-14 matrícula M-1075-FF, intentó rebasar el control. No lo consiguió debido al material de barreamiento. Al pasar sobre los pinchos, los cuatro neumáticos quedaron destrozados. El conductor salió del coche disparando con una pistola y alcanzó a algunos agentes. Pero no logró huir y fue detenido.

Terminada la refriega, pudo prestarse auxilio al cabo José Infante Borrero, de treinta y dos años, casado y con dos hijos, que resultó herido en ambos brazos, y al guardia Adolfo López Núñez, también alcanzado pero de menor importancia.

El cabo Infante, comandante del puesto de las Pajanosas, a pesar de sus heridas, derribó al agresor de un formidable puntapié. A continuación, con gran arrojo, se lanzó sobre él y lo mantuvo inmovilizado hasta que con ayuda del guardia López Núñez lograron reducirlo. Este último, de

cincuenta años, natural de Lora del Río (Sevilla), casado y padre de tres hijos, estaba destinado en el puesto de La Algaba. El cabo había nacido en Santa Bárbara de Casa (Huelva).

Restablecida la normalidad, se comprobaron de inmediato las siguientes circunstancias:

— El coche había sido robado a punta de pistola el 16 de diciembre del año anterior en San Sebastián y circulaba con matrícula falsa, que correspondía a un Ford Escort. La suya verdadera era SS-3390-N.

— El vehículo en sí mismo era una bomba rodante, equipado con un artefacto compuesto por 310 kilogramos de amonal, al que sólo le faltaba el mecanismo de ignición para que detonase. Más adelante se averiguaría que se había montado en Franca y que estaba destinado a hacer volar, desde un aparcamiento subterráneo, la Jefatura Superior de Policía de Sevilla, en cuyas inmediaciones se encontraban unos grandes almacenes.

— El individuo detenido, de complexión robusta y nacionalidad francesa, al ser interrogado sobre su identidad aportó sucesivamente una serie de nombres, como el de Jean Dominique Perón y Enríe Burrog.

El espíritu de Ahumada

Aquellos guardias por cuyas venas corría el espíritu de la España de siempre y, por qué no decirlo, del mismo Ahumada habían llevado a cabo la desarticulación del arma secreta y más mortífera en toda la historia de la banda de asesinos. El detenido se llamaba Henri Parot y era el jefe de un grupo absolutamente desconocido incluso para los militantes de ETA, con excepción del máximo dirigente, que unos titularon «comando de los franceses», otros «itinerante», los más entendidos «Argala», aunque la mayoría los llamaba «la madre que los parió». Era sin duda la célula más sanguinaria de la organización, integrada en aquel momento por tres ciudadanos galos.

Bien podría decirse de ellos, dada su peligrosidad, su eficacia —es decir, el volumen de muertes causadas y los años que, con absoluto desconocimiento

de todos, llevaban actuando (desde 1978)—, que constituían la «madre» de todos los comandos, por recordar la retórica iraquí

Tras conocer su identidad, lo siguiente que se averiguó fue la existencia de otros dos vehículos en Sevilla que, sin pérdida de tiempo, fueron localizados e intervenidos. Uno se encontraba en Tablada, junto a la base aérea, y el otro, propiedad del detenido, en el centro de la ciudad.

El comando estaba compuesto por el detenido Parot, Frederic Haramboure, Txistor, y Jacques Esnal, Jakes. Estos últimos desaparecieron de inmediato y fueron detenidos dos días más tarde en Bayona por la Policía Judicial francesa, en el piso de Esnal.

La historia del comando databa del año 1978, año en el que el ambiente de los refugiados se desarrollaba en la calle, libre de presión policial, del GAL y de otros grupos similares. En ese contexto acudió Parot a una cita con Domingo Iturbe, uno de los máximos dirigentes de la banda terrorista, en una casa próxima a la vieja estación de ferrocarril de Biarritz, a la que también asistieron Argala y Peixoto, otros dos miembros de la dirección. Poco después se incorporaron su hermano, Jean Haramboure, Jean Pierre Erremendegui y Philippe Sáez. Todos amigos y compañeros de cuadrilla.

Charlaron y los de ETA, tras conocer su ideología política y su manera de pensar, les propusieron formar parte de un comando cuya actuación sería en principio sólo en Madrid. Aceptaron. Las motivaciones se basaban en que estaban de acuerdo con la lucha armada para conseguir, antes la independencia y ahora la autodeterminación, siempre que España se constituyera en un Estado federal. Sin duda, el impacto de la liberación e independencia de Argelia le hizo ver en ETA una especie de ejército de liberación, tan de moda en los procesos revolucionarlos.

Así nació el grupo cuya seguridad siempre fue del máximo grado, pues su existencia sólo era conocida al principio por los tres dirigentes que los citaron y más tarde por el o los máximos jefes de ETA. La existencia de este comando, al ser conocida por los otros miembros de la banda, produjo un

fuerte malestar que tuvo que ser cortado de raíz por Francisco Múgica, Pakito, del colectivo Artapalo.

Parot, que acababa de finalizar los estudios, se encontraba sin trabajo e ¡turbe le proporcionaba 800 francos mensuales, cantidad que se mantuvo durante dos o tres años. En el momento de su detención, el «sueldo» era de unos 5.000 francos (unas 125.000 pesetas), cuando los pistoleros liberados percibían entre 1.000 y 1.200 francos.

El detenido, cuyo nombre completo era Henri Parot Navarro, alias Unai, había nacido en Argel el 6 de enero de 1958. Hijo de un antiguo pied noir, residía en Bayona desde su infancia. Su profesión era la de representante. Había aprendido el euskera en la asociación Mende Berri (Siglo Nuevo) y se había acercado ideológicamente a un grupo socialista y autogestionario llamado Nueva Izquierda, en vasco Ezker Berri. Más tarde pasó a ser un ferviente defensor de las ikastolas, así como de la no obligatoriedad de la enseñanza de la religión en las mismas.

Otro de sus hermanos, Jean, que también perteneció a este grupo, lo había dejado para dedicarse a la «política» en la ejecutiva de Euskal Batasuna, que no era más que la Batasuna francesa.

Jacques Esnal había nacido en San Juan de Luz el 18 de diciembre de 1950 y había aprendido el oficio de fontanero. Era el más arrojado de los tres y siempre participaba con Parot en las acciones más arriesgadas. Había trabajado en Sokoa hasta el descubrimiento del zulo de dicha cooperativa. Recibía cuatro mil francos mensuales de ETA. Fue condenado a cadena perpetua en Franca. Haramboure había nacido en Biarritz el 29 de marzo de 1954 y era agente comercial, lo que le obligaba a realizar frecuentes viajes que en ocasiones le impedían acompañar a los otros en los atentados. Fue condenado a cadena perpetua. Este era el trío que en 1990 formaban el terrorífico y letal comando Argala.

Resto de componentes del comando Argala

— Philippe Sáez, Txistu, vivía con sus padres en Villafranca y trabajaba en una bisutería de Bayona cuando le captaron. Había nacido el 15 de octubre

de 1956 en esta última localidad francesa. En 1979 decidió, tras hablar con Iturbe y con Lasa Michelena, Txikierdi, abandonar el comando. Fue detenido el 5 de abril en la abadía benedictina de Belloc de Urt (Franca), de la que era clérigo. Ni Parot ni los demás componentes del comando habían comprendido la decisión de ingresar en este convento. Desde que abandonó la actividad terrorista y hasta aquel momento se había dedicado a dar clases de txistu, instrumento musical del que tenía fama de ser uno de sus mejores intérpretes y que le había proporcionado el alias. Según declaró Parot, había intervenido directamente en el asesinato de siete personas. Fue condenado a diez años de cárcel.

— Jean Erremendegui, Pampi, otro de los fundadores, había nacido en Saint-Pée-Sur Nivelles el 21 de enero de 1955 y residía en Bayona. Abandonó el comando tras la campaña de 1978, pues siempre ponía muchas excusas en la realización de los atentados. Los demás componentes de la célula pensaban que tenía miedo. Fue condenado a seis años de prisión.

— Jean Parot, Jon, hermano de Henri, había nacido también en Argel y vivía en Bayona. Tenía un negocio propio de importación-exportación. Había permanecido nueve años en el comando, que abandonó en 1987 provocando el enfado de Mágica Garmendia y del resto de sus compañeros. Fue condenado a cadena perpetua.

— Jean Vicente García, Bixente. Estuvo un año en el grupo, que abandonó, según Parot, por motivos familiares, pero sobre todo por el miedo que sentía al llevar a cabo los atentados. Tras su detención en Franca fue condenado a diez años de prisión.

Cursos realizados

Después de aquella primera cita de captación en el mes de agosto del mismo año, 1978, Txomin los condujo al último piso de una casa situada en la calle de España de Bayona, donde durante tres días, sin salir para nada a la calle, recibieron un curso intensivo de manejo de armas y explosivos por parte de Isidro Garalde Bedialauneta, otro histórico miembro de la organización, alias Mamurru. Con posterioridad, en un bosque de Zuberoa llevaron a cabo prácticas de tiro y lanzamiento de granadas, que repitieron

en Saint Pee días más tarde. A partir de entonces, Mamurru los tuvo al día de los distintos sistemas de fuego que iba adquiriendo ETA, como lanzagranadas, lanzarroquetas soviético RPG-7, minas de carga hueca para colocar en el techo de los vehículos, etc.

Más tarde también tuvieron como instructor a José Arregui Erostarbe, alias Fiti, que formaría parte de la troika Artapalo. Les enseñó el funcionamiento de la nueva arma Jotake; la técnica de rayos infrarrojos que producen la explosión al ser interceptados; nuevos temporizadores que aceptaban retardos de nueve mil novecientos noventa y nueve horas (9.999), y la técnica de utilización de un coche con carga explosiva y teledirigido, llamado por ellos «kamikace».

Realmente, tenían una formación muy superior a la del resto de componentes de comandos que se correspondía con la terrible eficacia que habían demostrado.

Sus sucesivos responsables orgánicos fueron:

- 1978-1981, Domingo Iturbe Abasólo, Txomin.
- 1981-1985, Juan Lorenzo Lasa Michelena, Txikiardi.
- 1985-1986, José Luis Arrieta Zubimendi, Azkoiti.
- 1986-1990, Francisco Mágica Garmendia, Pakito.

Tenían un procedimiento rutinario para contactar con ellos y otro para casos de urgencia a través de un cartero de San Juan de Luz a quien conocían como Pantxo.

Igualmente, para su actividad disponían de un zulo en Urrugne (Franca); otro en Zaragoza, consistente en unos bidones escondidos en una arboleda junto a un río, y un tercero en Montjuïc, Barcelona, consistente en un agujero disimulado con hierbas y maleza en el que recibieron los RPG-7 utilizados en el atentado contra un autobús militar.

La declaración efectuada por Parot es el ejemplo descarnado del más despiadado y cruel estadio a que puede llegar un terrorista. Lo contó todo con una frialdad absoluta, desprovista de pasión, y con una memoria prodigiosa. Pero todo quedaba empequeñecido ante el asombro del relato

pormenorizado de los atentados que durante ese periodo, con unos u otros compañeros de grupo, había llevado a cabo, y que fueron los siguientes:

— 2-11-78. Asesinato de José Legasa Ubiria en Irán. El motivo, según Txomin, era que este industrial de Irún, que había sido citado en un restaurante de Bayona para pagar el impuesto revolucionario, se había presentado con la Gendarmería, lo que había provocado la detención de un militante apodado Trepa. En esta acción, la víctima se encontraba acompañada por un hermano y por el jefe de la obra que estaban realizando. Tras dispararle y rematarle, el hermano se abalanzó sobre ellos y tuvieron que herirle en una pierna y salir huyendo a la carrera.

— 16-11-78. Asesinato del magistrado José Francisco Mateu Cánovas en Madrid. En esta ocasión, la razón que les dio Txomin era que había sido juez del Tribunal de Orden Público franquista.

— 3-1-79. Asesinato del general Constantino Ortín Gilen en Madrid. Según Txomin, había que golpear al Ejército español.

— 2-5-79. Asesinato del teniente general Luis Gómez Hortigüela, de los coroneles Agustín Laso del Corral y Jesús Ávalos Jiménez, así como el conductor del vehículo Lorenzo Gómez Borrero, en Madrid. Disfrazados de obreros de una obra, les dispararon tres cargadores de veinticinco cartuchos de subfusil y a continuación les introdujeron una granada de mano en el interior del vehículo en que circulaban.

— 18-3-80. Atentado contra el general Fernando Escrivias Franco en Madrid, en que resultó muerto José Luis Ramírez Villar. El artefacto, colocado en una motocicleta robada, alcanzó al soldado conductor y no al general.

— 7-5-81. Atentado contra el teniente general Joaquín Valenzuela y Alcívar Jáuregui en Madrid, en que resultó él herido y muertos el teniente coronel Guillermo Tevar Saco, el suboficial Antonio Nogueira García y el soldado conductor Manuel Rodríguez Taboada. La orden la dio a en esta ocasión Txikierdi. Lo realizaron desde una motocicleta, colocando un artefacto explosivo en el techo del vehículo de las víctimas, tras ensayar esta acción en Franca. La bomba la había preparado Mamarru. En la huida pinchó la

motocicleta y escaparon por una boca de metro hasta llegar a la plaza de Colón, donde tenían un Renault-6 en un parking subterráneo, con el que regresaron a Franca.

— 4-11-82. Asesinato del general Víctor Lago Román en Madrid. Resultó herido su conductor, el soldado Juan Carlos Villalba González. La orden se la dio el responsable actual, junto con una precisa y exacta información del domicilio, itinerario, croquis incluido, y vehículo utilizado. Como en las ocasiones anteriores, el atentado lo llevaron a cabo ametrallando el vehículo del general con una UZI (metralleta) desde una motocicleta que abandonaron después en la calle de los Vascos.

— 16-4-82. Atentado con lanzagranadas contra un autobús militar en Barcelona. Ante las medidas de seguridad que Madrid venía adoptando, proponen a Txikiendi variar de ciudad, y éste aceptó. Poco después los citó y les proporcionó la información detallada con el itinerario y horario del autobús en una nota escrita a máquina. Para llevar a cabo la acción, Mamurru les enseña el funcionamiento de un tubo lanzagranadas y de la granada roqueta soviética RPG-7. Desde un puente hicieron el lanzamiento, que resultó fallido, pues afortunadamente se olvidaron de quitarle el capuchón de seguridad a la granada al dispararla, acabando ésta en unas viviendas próximas sin consecuencias.

— 29-1-84. Atentado contra el teniente general Guillermo Quintana Lacacci, en que resultó muerto y heridos su esposa, Margarita Ramos Gutiérrez, y el coronel Ángel Francisco Gil Pachón. El comando bien desplegado, le asaltó a la salida de misa cuando se dirigía a su domicilio en compañía de su esposa. Lo cogieron entre dos fuegos. El general trató de sacar algo del bolsillo, cayó herido de muerte y fue rematado en el suelo. Su mujer se abalanzó sobre Parot e intentó golpearle con el bolso, y éste le disparó en una pierna. El coronel resultó herido accidentalmente, pues venía varios pasos detrás del matrimonio. Después, la huida a Franca.

— 21-11-84. Atentado contra el general Luis Rosón Pérez en Madrid, que resultó herido, al igual que el soldado Juan José Núñez Esquivias. Esta acción, les comentó Txikiendi, era una respuesta de ETA. La acción resultó fallida. Los terroristas adelantaron al coche del general y después disminuyeron la marcha, abriendo fuego mientras eran rebasados por éste.

El conductor aceleró y paró junto a un quiosco, ya lejos de los pistoleros. La respuesta, la justificación de ETA para este atentado, no era otra que ser la víctima hermano del que fuera ministro de Interior hasta el año 1982.

— 16-8-85. Atentado contra el súbdito francés Clement Perret Beniaín en Castellón, en que resultó muerto y herido Miguel Palomeque Sanahuja. Al ser detenido Txikiendi en enero del 85 pasó a ser nuevo responsable Azkoiti, quien en la primera reunión les habló de la gran importancia que el grupo tenía en la organización. Capital. Les instó a que extremasen las medidas de seguridad y el anonimato. Y les proporcionó la información de un individuo del que decía que pertenecía al GAL.

La había llevado a cabo tras unos informes periodísticos sobre el mismo.

La información precisaba que los hermanos Clement Perret y Giber tenían, el primero, un restaurante tipo barbacoa-grill en Castellón y, el segundo, una pastelería en Benicasim. Fueron al restaurante y pidieron una mesa. Vieron a Clement y abrieron fuego contra él, que cayó al suelo malherido. Para huir hubieron de amenazar a una persona que se les echaba encima y disparar contra un camarero. De allí a Madrid, Burgos y Franca.

— 6-2-86. Atentado contra el almirante Cristóbal Colón de Carvajal en Madrid, en que resultó muerto, y heridos el comandante Antonio Rodríguez Toube y el conductor Manuel Trillo Muñoz. Cuando el vehículo oficial circulaba por la calle de Tambre, el comando, que había pasado la noche en el hotel Foxa, abrió fuego contra el mismo con armas cortas y una metralleta UZI, y remató la acción con una granada de mano. En el lugar del crimen, Parot dejó abandonado un cargador de pistola.

Emprendieron la huida con un Volkswagen Passat, giraron en la plaza de los Delfines y tomaron dirección a la plaza de las Ventas. Antes de llegar abandonaron el vehículo y cogieron el metro, bajándose en la plaza de toros, desde donde, en un coche de seguridad, regresaron a Franca dos de ellos. El tercero lo hizo en tren.

— 13-9-86. Atentado contra un microbús de la Guardia Civil en Barcelona, en el que resultaron heridos varios guardias. El responsable les proporcionó los datos precisos para una nueva misión, un vehículo de la Guardia Civil

que realizaba el relevo de la prisión. Les comentó que los comandos de información que tenían en Madrid y Barcelona eran magníficos. Estudiado el tema, decidieron hacerlo mediante una mina al paso, utilizando una motocicleta, pero desistieron pues en el comando robacoches no había nadie que supiera conducir motos. Optaron entonces por un coche bomba. Fueron instruidos por Arregui Erostarbe, alias Fiti. Calcularon mal la distancia al accionar el mando a distancia y no lograron plenamente su objetivo.

— 17-5-87. Atentado mediante la colocación de coches bomba contra la Dirección General de la Guardia Civil, el cuartel general del Ejército y el cuartel general del Aire en Madrid. Tras la detención de Azkoiti en Sokoia, pasó a ser el nuevo responsable Francisco Múgica Garmendia, alias Pakito. Éste se estrenó haciéndoles llegar tres coches a un estacionamiento cercano al canal de Isabel II con unos ochenta kilos de amonal. Cuando el comando fue a recogerlos observó que a uno de ellos le habían robado la radio tras romper el cristal. Pero todo lo demás estaba allí. Los llevaron a un lugar tranquilo de la zona universitaria, por ser sábado, y los prepararon. Al anochecer fueron estacionados en las proximidades de sus objetivos. Los cerraron y tiraron las llaves a un desagüe. Regresaron a Franca, donde se enteraron del resultado de su «trabajo», pues los temporizadores los habían regulado para que hicieran explosión doce horas después de las siete de la tarde.

— 30-1-87. Atentado contra un autobús militar en Zaragoza, en que resultaron muertos el comandante Manuel Rivera Sánchez y el conductor Ángel Ramos Saavedra y heridos veintitrés militares y trece civiles. En esta acción, el informante facilitó hasta el punto en el que podía llevarse a cabo mediante coche-bomba, un mercado que hay junto a la plaza del Pilar, pues los itinerarios y los horarios eran siempre los mismos, pero se varió unos metros del lugar indicado por el gran movimiento de gente que solía haber a la hora elegida. Emplearon una furgoneta Ebro blanca, cargada con más de cincuenta kilos de explosivo amonal y abundante tornillería a modo de metralla. El paquete explosivo fue colocado sobre unos maderos para elevarlo y así poder alcanzar directamente a los ocupantes del autobús, según les había aconsejado Paco, tras introducirlo en unos cubos de plásticos comprados en Alcampo. Colocaron la furgoneta pegada a la pared de una iglesia existente en la zona. Al paso del autobús, con el mando a

distancia provocaron la explosión, que hizo temblar toda la zona. La huida la tenían prevista por la autopista hacia Navarra. Aunque en un principio y por seguridad marcharon en sentido contrario hasta Lérida.

— 11-12-87. Atentado contra la casa-cuartel de la Guardia Civil en Zaragoza, en que resultaron muertos cinco niñas, dos mujeres, un joven y tres guardias civiles. Durante los días que habían estado en Zaragoza preparando el atentado anterior ya habían observado este acuartelamiento, su situación y las medidas de seguridad que adoptaba. Esta acción, ordenada por Paco, tenía que salir «bien», pues quería que fuese como una demostración de fuerza. El sitio que eligieron para colocar el coche bomba lo fue por creer que allí daban las habitaciones de los guardias solteros, aunque para Paco la existencia de mujeres y niños en el edificio, que le constaba, no era ningún impedimento, pues ya había avisado varias veces que las familias debían estar fuera de los cuarteles. Recogen en la zona industrial próxima dos vehículos que previamente ha depositado allí la organización. Un R-18 y un Peugeot 205. El explosivo lo recogen en unos bidones enterrados en una arboleda junto a un río, siguiendo las indicaciones de un croquis realizado con toda precisión que les ha entregado ETA. Allí preparan la carga utilizando tres botellas seccionadas de acero, de las usadas para nitrógeno. En cada una van metiendo cordón detonante, amonal y reforzadores. Unen y conectan las tres botellas. El explosivo queda preparado en el interior del R-18. Una botella en el maletero y las otras dos en el asiento posterior. La explosión se llevará a cabo mediante tres detonadores pirotécnicos con sus respectivas mechas lentas. Estas confluyen en un dispositivo llamado encendedor, similar a la espoleta de una granada de mano. Al tirar de una anilla se acciona una aguja percutora que pica un fulminante, y éste enciende simultáneamente las tres mechas lentas. El día elegido se quedan dormitando en la zona de los zulos hasta la hora fijada. Los coches para la huida están situados en los lugares adecuados. Llegado el momento, se acercan con los dos coches, el R-18 y el 205, a la Comandancia. Este último queda con el motor en marcha a pocos metros. Parot y Jacques entran con decisión en el callejón hasta el lugar elegido. Arriman el R-18 materialmente a la pared del acuartelamiento. Accionan el disparador de la carga explosiva y salen corriendo, pues sólo tienen un retardo de seguridad de un minuto y quince segundos. Suben al Peugeot 205 y desaparecen de aquella zona, que setenta y cinco segundos

más tarde no será más que un infierno de humo, polvo, escombros y muerte. Parot escapa por la autopista hacia Barcelona, y posteriormente a Franca. Los otros dos miembros del comando han utilizado el tren y más tarde otro de los vehículos de seguridad estacionado junto a la estación. Franca los esperaba y en ella Arrápalo, Paco, Francisco Mágica Garmendia, con los brazos abiertos.

— 12-9-89. Asesinato de la fiscal Carmen Tagle, de la Audiencia Nacional, en Madrid. A finales del verano de este año, y en una nueva llamada de Paco, éste les proporciona para la siguiente operación un documento escrito a mano por él mismo donde figuran los siguientes datos:

- El nombre de la fiscal Carmen Tagle.
- Su vehículo particular, un R-12, con su matrícula.
- Hora de salida de la Audiencia Nacional.
- Dirección que toma cuando sale de ella.
- Su edad y descripción física.
- Lugar en el que aparca el vehículo habitual mente.
- Una foto de la fiscal tomada de un periódico.

Los motiva comentándoles que es la que lleva los asuntos de los militantes de ETA, y que solicita siempre penas muy duras. Es de las que piden que se amplíe el tiempo de estancia en prisión para los terroristas y que ha acudido incluso a París para interrogar a Josu Ternera. Es necesario dar un escarmiento. Las esperas las realizan en la cafetería Río Frío, desde donde la siguen para comprobar la información. El 12 de septiembre estacionan en doble fila cerca de la Audiencia Nacional, a la espera del R-12 de la fiscal. Tras una hora de espera pasa la víctima, a la que siguen hasta su domicilio. Cuando ésta abre su bolso buscando la llave del garaje, en esos precisos segundos los dos terroristas bajan de su coche y abren fuego contra ella, que recibe a corta distancia varios disparos mortales de necesidad. Parot y Jacques suben de nuevo a su coche y se amparan en el tráfico de la zona. Este vehículo es abandonado en las proximidades de una boca del metro. Bajan a él y se dirigen a Chamartín, donde tienen aparcado el vehículo legal. A las siete y media de la tarde inician el regreso a Franca por Cuenca, Teruel y Zaragoza.

— 22-11-88. Atentado contra la Dirección General de la Guardia Civil, en que resultan muertos Jaime Bilbao Iglesias y el niño Luís Delgado Villalonga, y cuarenta y cinco personas heridas, de ellas diez guardias civiles. Desde el anterior atentado realizado en el 87, en el que habían dejado el coche bomba en la acera de enfrente, siempre habían pensado, observando las medidas de seguridad que dicho recinto utilizaba, que era perfectamente posible llevarlo a cabo colocando el explosivo en la misma acera, con lo que los daños serían exponencialmente mayores.

Es elegida esta fecha para presionar al Gobierno por estar en periodo de oferta de conversaciones. Recogen en Burgos una furgoneta Ebro y un coche Seat Ritmo que les había dejado allí la organización. En la furgoneta van quinientos kilos de amonal. Se dirigen a Madrid por carretera. Ya en la capital, dejan la furgoneta en la plaza de Castilla, aparcada en un callejón, y se marchan a dormir a dos hoteles distintos. Parot al Foxa, con documentación falsa, claro está. Al día siguiente, y por la carretera de Colmenar Viejo, se llevan la furgoneta hasta un descampado, donde preparan la carga explosiva. Son cuatro botellas de acero, de las utilizadas para el propano, llenas de amonal y conectadas entre sí con cordón detonante, con un sistema de ignición de mecha lenta, similar al empleado en el cuartel de Zaragoza. Retacan todo el artefacto con bolsas de arena y el amonal que no cabe en las botellas lo colocan delante de la carga.

A continuación aparcan los vehículos legales en los que huirán junto al Templo de Debod. Hacen un poco de tiempo tomando unos vinos y unas tapas.

Al anochecer emprenden la marcha con la furgoneta y el Seat Ritmo. A las 23.45 suben la furgoneta encima de la acera, la adosan a la pared de la Dirección General de la Guardia Civil, accionan el disparador que les proporcionará un tiempo de retardo de cuarenta y cinco segundos y saltan del vehículo para huir en el Seat que los espera a menos de dos metros. En ese momento se dan cuenta que la furgoneta retrocede, se mueve por la inercia de la pequeña pendiente, por lo que Parot vuelve a la carrera y acciona el freno de mano. A gran velocidad huyen hacia la zona del templo egipcio. Allí se dividen en dos grupos, uno toma la dirección de Talavera y

regresa a Franca por esa zona. Parot lo hace por donde siempre, Cuenca, Teruel, Zaragoza y, después, su tierra.

— 8-5-89. Atentado contra un funcionario de prisiones de Alcalá-Meco y posterior uso de coche bomba, en que resultan muertos los policías Antonio Montes Gila y Juan Antonio García Andrés, y varios heridos. La información recibida por su responsable se centra esta vez en un microbús que sale de la cárcel de Alcalá-Meco todos los días transportando a funcionarios de prisiones. Indica los horarios y las direcciones que sigue con gran precisión, pero no aciertan a controlar el autobús, por lo que deciden variar la forma de cometer el atentado. Abren fuego sobre un vehículo de un funcionario, que resulta herido. Este, tras los disparos, abandona el coche y huye a la carrera. Entonces introducen en su interior un potente artefacto. El explosivo, que se halla dentro de una bolsa de viaje, está compuesto por unos ocho kilos de amonal y dos de TNT. El mecanismo de iniciación está activado y tiene un tiempo de retraso de veinticinco minutos. El funcionario herido avisa a la policía. Cuando ésta hace acto de presencia e inspecciona el vehículo, el explosivo detona, matando a dos de ellos e hiriendo a otros tres. La huida desde Torrejón la emprenden por la N-II: Guadalajara, Zaragoza y Franca.

— 19-7-89. Atentado contra el coronel José María Martín Posadillos Muñiz en Madrid, en el que resulta muerto, al igual que el comandante Ignacio Julio Barangua Arbués, y herido el cabo de 1.ª conductor Fernando Vilches Herranz. En esta acción no les proporcionan información. Vienen a la capital de España y realizan varios recorridos por el barrio de Salamanca y la zona del cuartel general del Ejército, hasta que descubren un vehículo oficial ocupado por militares de alta graduación. Lo siguen y, sin bajarse del coche en el que circulan y utilizando un fusil Kalashnikov y una pistola Sig Sauer —la misma que utilizaron contra la fiscal—, abren fuego sobre el coche oficial en la avenida de la Ciudad de Barcelona. Huyen hasta el parque del Retiro, donde abandonan el vehículo robado que llevaban, y desde allí, en metro, se desplazan hasta Chamartín, en cuyas inmediaciones tienen el coche propio, con el que huyen al país vecino alrededor de las siete y media de la tarde.

— 17-11-89. Asesinato del teniente coronel José Martínez Moreno en Madrid, en el que resulta herido el soldado conductor Alfonso de los Reyes Cobertira Zurita. Vienen, como en el caso anterior, en busca de objetivos, sin información, con los vehículos que les proporciona ETA, procedentes del comando robacoches. Hacen recorridos por La Vaguada, por el centro de Madrid. Algunos militares que localizan circulando los pierden en la Puerta del Sol, al estar prohibido el paso de vehículos particulares por la misma. Localizan y pierden a un general por la Castellana. Toman en un bar algo de comida y unos vinos antes de seguir aquella cacería humana. Cuando van a abandonar por aquel día, los adelanta un coche del Ejército, un Opel Corsa, ET-81707-0, a la altura del palacio de las Cortes. Deciden seguirlo. Al llegar a la rotonda de Atocha se detiene ante un semáforo. El coche de los pistoleros se pone a su altura y desde él abren fuego ametrallador y de arma corta. Huyen inmediatamente después por el parque del Retiro, donde se pierden y abandonan el vehículo tras incendiarlo con un artificio de napalm en la confluencia de la calle de los Hermanos García Noblejas con la de Alcalá: no pueden dejar huellas. Entran en una boca del metro, que los lleva hasta La Vaguada, donde los espera el coche con el que abandonan una vez más nuestro país.

En diferentes fechas de los años 88 y 89 enviaron a la sede del CSIF en Madrid y a dos funcionarios de Prisiones de Murcia otros tantos paquetes explosivos que les había entregado Paco.

Igualmente, colocan sendos artefactos explosivos en las líneas de ferrocarril de Burgos, Sevilla y Barcelona, de cara a preparar la campaña del año 1992, en la que, con motivo de las Olimpiadas de Barcelona y la Exposición de Sevilla, pretendían paralizar los transportes por ferrocarril y crear el caos en los demás desplazamientos. En los años 78 y 79 llevaron a cabo una intensa campaña contra intereses franceses en Madrid.

— Atentado frustrado contra la Jefatura Superior de Policía de Sevilla en abril de 1990. Paco les ordenó esta acción, que consistía en la colocación de un potente coche bomba en la Jefatura de Policía de Sevilla. La finalidad no era otra que demostrar al Gobierno que, si esto era posible, también lo sería cualquier acción durante la Expo-92. Con ello esperaban que la comunidad internacional presionara al Estado español para que negociase con ETA. En

un viaje previo, en el que se alojaron en un hotel de la avenida de los Reyes Católicos de la capital andaluza, vieron que el atentado era posible, por lo que se dispusieron a prepararlo todo para llevarlo a cabo.

La organización les pone en Sevilla un R-14 rojo y un R-11 negro, cargando entre los dos unos trescientos kilos de amonal. Se desplazan con ellos a un lugar solitario situado a unos cuarenta kilómetros de Sevilla, donde llevan a cabo la preparación de la carga explosiva e inician el regreso a la capital andaluza debidamente separados. Parot conduce el vehículo con la mortífera carga preparada a falca del mecanismo de ignición cuando encuentra un control de la Guardia Civil entre Santi Ponce y La Algaba.

Dos hombres lo detienen contra viento y marea, a pesar de intentar huir destrozando el coche frente a las cadenas de clavos que le cortan el paso. A pesar de abrir fuego contra los guardias civiles. Su billete se había terminado. Y aquellos dos modestos servidores del Estado, aun heridos, no lo dejaron seguir el viaje.

Aquel hombre cuya fotografía dio la vuelta al mundo cuando se tuvo conocimiento de las actividades que de manera tan atroz había venido desarrollando en los últimos doce años, tras terminar el relato espeluznante de las mismas, como queda reflejado, iba a hacer frente a cada una de las responsabilidades derivadas de ellas ante nuestra justicia.

Y empezó para él una catarata de procesamientos y más tarde de juicios, en los que nunca se mostró pesaroso, sino agresivo, ausente, arrogante, un verdadero insulto para las víctimas que presenciaban alguna de las vistas. Provocó en muchas ocasiones su expulsión y, enfrentándose en otras abiertamente al tribunal, a cuyos miembros llegó a acusar de ser iguales que Carmen Tagle. Empleaba el francés, el español o euskera según le convenía.

En el primer interrogatorio judicial, realizado el 7 de abril en el Juzgado Central n.º 4 de la Audiencia Nacional ante su titular, Carlos Divar, ratificó haber cometido más de veinte atentados, con treinta y tres muertos en su haber, entre otros el haber disparado y rematado a la fiscal, y la colocación de los coches bomba en el cuartel de Zaragoza y en la Dirección General de la Guardia Civil. La declaración, que duró más de seis horas, la hizo en un perfecto castellano.

Después, los sumarlos se fueron instruyendo, dando paso a su terminación a los correspondientes juicios orales y éstos a una interminable relación de condenas:

- 30 años por el asesinato de la fiscal Carmen Tagle.
- 149 años por los asesinatos del magistrado José Mateu, el general Hortigüela y otras tres personas más.
- 99 años por el atentado contra un furgón de la Guardia Civil en Barcelona.
- 32 años por el asesinato de José Legasa.
- 1.802 años por el atentado contra el cuartel de Zaragoza.
- 1.170 años por el atentado contra la Dirección General, en el que murieron un técnico de televisión y un niño de dos años, y resultaron heridas 87 personas.
- 30 años por el asesinato del general Quintana Lacacci.

Hasta la fecha se han dictado contra Henri Parot un total de veintiséis sentencias, que totalizan un total de 4.799 años de prisión, por los asesinatos cometidos entre 1978 y 1990. Este pistolero solicitó de la Audiencia Nacional la refundición de todas ellas en una única de 30 años, que denegó la petición al entender que no cumplía los requisitos establecidos por el Tribunal Supremo, entre los que se encuentran los de «conexidad cronológica», es decir, que, atendiendo al momento de su comisión, hubieran podido enjuiciarse en un único proceso. Otros factores serían los principios de «humanización de las penas» y de «reintegración social» del condenado. Circunstancias no posibles en el etarra por su «imparable carrera criminal», que se produce en dos bloques temporales separados: el primero entre 1978 y 1982, y el segundo entre 1984 y 1990. De prosperar esta tesis de la Audiencia Nacional, Henri Parot tendría que cumplir dos penas íntegras de 30 años consecutivamente. El 20 de febrero de 2006, el Tribunal Supremo accedió a refundir las condenas, pero decretó que las redenciones se aplicaran a todas, con lo que habrá de permanecer en prisión treinta años reales.

Nosotros, mientras tanto, agradecidos a aquellos dos hombres del Cuerpo de la Comandancia de Sevilla, seguíamos con nuestro trabajo, nunca escaso, a uno y otro lado de la muga. El 4, apenas cuarenta y ocho horas después de

la detención de Parot y cuando se encontraba en las proximidades de su domicilio en Pasajes Ancho, era asesinado de varios disparos por la espalda el guardia Benjamín Quintano Carrera. Se nos había acabado aquel lapso de tiempo sin funerales: más de dos años seguidos. Para ETA sólo era una ekintza. Para nosotros, un tremendo dolor.

Dos días después, la banda acababa en la parte vieja de San Sebastián con las vidas del matrimonio formado por Miguel Paredes García y Elena Moreno Jiménez, a los que, con el sadismo habitual, acusó de tener relación con el mundo de la droga.

Detención de Mamarru

Tras los hechos de Sevilla proporcionamos a los franceses cuantos datos teníamos sobre las personas relacionadas con ellos. El 12 era detenido Isidro Garalde, Mamarru. Un histórico de bastante importancia.

En agosto, por fin, la Junta de Seguridad alcanzaba el acuerdo policial sobre el despliegue de la Ertzaintza y de la adecuación de las Fuerzas de Seguridad. Quizá para celebrarlo (como es lógico se opuso HB, que consideró el hecho como triste para los amantes de la autonomía y soberanía del pueblo vasco), ETA envió un paquete con un explosivo de gran potencia a mi domicilio al día siguiente, 30 de agosto. Venía dirigido desde Madrid y consistía en una caja de cartón que contenía libros. Una de sus esquinas estaba convenientemente deteriorada para permitir que se pudieran introducir dos o tres dedos y tocar físicamente el primero de los volúmenes.

No me encontraba en el cuartel en ese momento. El paquete lo llevaron a mi pabellón a media mañana, hora en que se efectuaba el reparto del correo. En casa se encontraban mi esposa y mi hija pequeña. Se extrañó del envío pues no recordaba que esperásemos ninguno, y milagrosamente no lo abrió. Llamó al cuerpo de guardia, que lo retiró. Al ser examinado por los artificieros se comprobó que contenía una enorme cantidad de explosivo.

Waldo

Con los datos proporcionados por Iñaki sobre la identidad de aquella joven francesa en cuya casa solía pasar José Javier Zabaleta, Waldo, alguna noche, encontramos su domicilio en Franca. En más de una ocasión lo habíamos localizado y también lo habíamos perdido. Su vigilancia nos había permitido controlarlo varias veces junto a otro hombre importante de ETA: Jesús Arcauz Arana, Josu de Mondragón.

La última semana de agosto habíamos controlado a Josu y a Waldo juntos. No en balde compartían responsabilidades en el aparato militar. No fue posible continuar el control sobre ellos, pero el día 22 de septiembre localizamos de nuevo a Zabaleta. Se dirigía a un domicilio de Biarritz que ya conocíamos. Se me comunicaron todas las circunstancias y su desplazamiento y entrada en aquel edificio. Deduje que se proponía pasar la noche allí, por lo que, sin pérdida de tiempo, se puso en marcha la operación que conduciría a su detención. A pesar de que el día se acababa, había tiempo de movilizar a la policía francesa, acostumbrada ya a estas llamadas de urgencia.

Durante las horas que siguieron se estudiaron conjuntamente con los agentes galos el edificio (en cuya octava planta se escondía Zabaleta), las vías de escape, carreteras y calles que habría que cubrir y hora de la intervención. Se decidió intervenir, de acuerdo con la legislación del vecino país, a las seis de la mañana. La Policía Judicial, con un grupo operativo de intervención, el Raid, había tomado posiciones. Nuestros hombres se encontraban integrados en el dispositivo como observadores.

Waldo era un hueso duro de roer. Algo debió de observar o algo llamó su atención, pues, antes de que amaneciese, salió del piso en el que había pernoctado sin encender ni una sola luz, ni siquiera la de la escalera. Bajó por ella silenciosamente, sin utilizar el ascensor, hasta acceder al portal y, pegado a la fachada y aprovechando las zonas de sombras que las escasas farolas dejaban, subió a un vehículo que estaba estacionado a pocos metros. Lo puso en marcha sin que nadie se apercibiera de ello. Faltaban escasos minutos para las seis de la mañana. El coche era un Renault-5 de color negro, muy conocido por los hombres de la Guardia Civil que allí se encontraban, ya que en más de una ocasión lo habían seguido durante centenares de kilómetros.

Uno de ellos lo observó de manera totalmente fortuita. Sin pérdida de tiempo, avisó a los de la Policía Judicial, que intentaron detenerlo sin éxito. Se inició entonces una frenética y corta persecución que terminó cuando el fugitivo perdió el control de su vehículo y se estrelló contra un árbol y, posteriormente, contra un semáforo. En muy pocos segundos, los agentes del Raid lo habían sacado del coche, un poco aturdido por el golpe. Portaba una pistola Browning de 9 milímetros Parabellum. Acababa de producirse la captura de uno de los hombres más importantes de ETA.

Casi tanto como Domingo Iturbe o Eugenio Echeveste y bastante más que Potros o Ternera. Las caras de los franceses y los españoles mostraban un júbilo que no podían disimular. Abrazos y felicitaciones salpicaban la escena en cuyo centro se hallaba aquel individuo, imposibilitado de huir ni de dar cursillos de armas o explosivos ni más órdenes a los comandos antes de pasar a España.

Zabaleta, alias Baldo o Waldo, que de las dos maneras escribía su nombre de guerra, había nacido en Hernani (Guipúzcoa) el 5 de diciembre de 1950. En sus años de adolescencia también era conocido por Apata Monasterio, Ongi y Onyi. Había aprendido el oficio de ajustador, pero, apenas sin tiempo de ejercerlo, casi sin haber alcanzado la mayoría de edad ya había ingresado en ETA. En 1967 fue detenido en Pamplona cuando apenas contaba dieciocho años.

En 1976 pasó a la clandestinidad y huyó a Franca, donde solicitó asilo político, que le fue concedido y que mantuvo hasta poco después de su detención. Recibió instrucción militar en Argelia y más tarde en Franca. Fue uno de los beneficiados de la amnistía de 1977, pero continuó con las actividades terroristas. Se había integrado en ETA-m con el grueso de los bereciak, comandos especiales de ETA-pm.

Llevó a cabo varias campañas en España y después escaló puestos en el organigrama de ETA. Primero en el aparato de comandos legales, tras la detención de Txikiendi. Más tarde en el de los ilegales, tras la caída de Iñaki de Rentería. Ocupó el lugar de Santi Potros tras su arresto. Su sucesor sería Francisco Múgica, Paquito.

En uno de los domicilios que se registraron con posterioridad, en Anglet, se encontró un ordenador personal portátil marca Psion Organiser II que costó Dios y ayuda descifrar para poder acceder a la información de gran interés que contenía, con datos sobre posibles atentados y colaboradores y miembros de la banda.

El 5 de marzo de 1999 fue entregado a España y ya se han dictado contra él varias condenas. Fue un gran servicio. Felicité al comisario francés Passoti.

Días más tarde, este agente y su personal más allegado nos ofrecieron una cena en San Juan de Luz, en la que nos enteramos que había sido destinado como jefe de policía de Marsella. De nuevo le felicité por aquel ascenso. Marsella es la segunda ciudad de Franca.

No tardó mucho en llamarme el subprefecto para asuntos policiales, o lucha antiterrorista, Pierre Bosle. Estaba entusiasmado por la detención del dirigente etarra. Le recordé lo que habíamos hablado en el consulado de Hendaya unos meses antes sobre la cooperación y la colaboración entre las fuerzas de policía de los dos países.

Regresamos a nuestro cuartel tarde, alegres, pero sin olvidar que aún nos quedaba mucho por hacer. Teníamos que intentar parar a ETA antes de 1992. O al menos limitar su capacidad de intervención en ese año tan significativo.

Aquel año, en la Patrona, aprovechamos para condecorar a los policías franceses que más se habían distinguido no sólo en la detención de Waldo sino en la lucha antiterrorista en general

CAPÍTULO 12

1991. Vic. La masacre. La reacción.

Continuaba con los contactos en Franca. Eduardo me había proporcionado en una ocasión una nota que, tras fotocopiar, le devolví para que siguiera su curso. Era una cita a una chica de la zona de Placencia puesta por alguien desconocido. Debía acudir un sábado a Anglet, en Franca. Llegado el día, se trasladó en autobús a San Sebastián. Allí, con un taxi se dirigió a Irún, donde, tras unas maniobras de observación para comprobar si era seguida, tomó otro autobús que la llevó a la ciudad francesa. Seguimos a la mujer hasta un centro comercial y apareció un individuo. Nada más y nada menos que Josu de Mondragón, al que hacía días que habíamos perdido.

Más adelante nos enteramos que era una cita de captación que la joven no aceptó. El posterior seguimiento de Josu Arcauz nos proporcionó un nuevo domicilio de este personaje cuya importancia en el organigrama de ETA era cada vez mayor. En ese encuentro con Eduardo, aparte de algunas necesidades personales, que solucioné, me comunicó que su familia ya había vuelto al domicilio de Placencia de las Armas, cosa que yo ya sabía, pero lo importante era que uno de sus hijos había visto en el autobús de la zona a Iñigo Akaiturri, alias Kepa. Se trataba de la línea semiurbana que une Éibar con las poblaciones de la zona de Cooperativas: Placencia, Vergara, Mondragón, Oñate, etc. Akaiturri había formado parte, como ya vimos, del comando Éibar y también había estado alojado en casa de Eduardo. De modo que la fiabilidad de la información era muy alta. ETA había rehecho el comando y había que intentar desarticularlo.

—¿Estás seguro? —Quise que precisara algo más.

—Dice que sí. Y le conoce bastante bien, pues jugaban mucho juntos cuando estaban en casa.

—Pero ¿le saludó? ¿Hablaron?

—Nada, el autobús iba lleno y cuando quiso acercarse Kepa se bajó en la parada de Soraluze (Placencia). Así que ni se dio cuenta.

Regresé a la base y, en una reunión de urgencia, expuse lo que había. Se prepararon fotografías del individuo en cuestión y un par de horas más tarde cada uno de los autobuses que desde Éibar iban hacia Oñate, y viceversa, contaba con dos nuevos ocupantes que, convenientemente separados, observaban con gran discreción al resto del pasaje. Era un trabajo duro. Pero no había otra posibilidad de acercarnos a los nuevos pistoleros de la comarca de Cooperativas. Aquel año, ETA necesitaba tener el mayor número de comandos operativos. Y el siguiente. Días más tarde, Kepa era localizado. Se suspendieron los viajes en autobús y se centró todo el dispositivo en el seguimiento y control de este individuo.

Cuando la noticia llegó a la Secretaría de Estado, mientras se efectuaban los trabajos necesarios para llevar a cabo el desmantelamiento del nuevo grupo, nos llevamos la sorpresa al ser informados de que también la policía controlaba a este comando. Podía ser, pero nosotros no habíamos detectado a ningún miembro de este cuerpo cerca de nuestro objetivo. Como no nos poníamos de acuerdo y al comprobar que los controles policiales se incrementaban en la zona, los datos de uno y otro Cuerpo fueron puestos a disposición del Juzgado de la Audiencia Nacional que llevaba el asunto. Se trataba de investigaciones diferentes. Un malentendido que traté de solucionar lo antes posible para evitar roces siempre desagradables.

A las dos y media de la tarde del 16 de febrero me comunicaron que Kepa se encontraba con una mujer en un bar de Éibar. No eran el sitio ni la hora idóneos. La UEI estaba preparada y cubiertas por fuerzas de Información todas las calles que pudieran servir de vía de escape de los etarras. Se intervino con la rapidez y eficacia acostumbradas y, pocos instantes después, la pareja era conducida esposada a las dependencias oficiales.

En el momento de la detención se les ocuparon las armas individuales que cada uno portaba, pistolas marca Browning de 9 milímetros Parabellum, y documentaciones personales que resultaron ser falsas. Los detenidos no eran otros que el ya conocido Akaiturri y María Eugenia Gracla Campillo.

Iñigo Akaiturri, alias Kepa y Antxon, había nacido en Amorebieta (Vizcaya) el 5 de mayo de 1963 y se había integrado en ETA cuando contaba veinte años en un comando legal llamado «Aralar». Al ser detenido uno de sus componentes, huyó a Franca y se convirtió en ilegal. Había pasado a España a primeros de año en unión de Gracla Campillo. Traía una relación de posibles laguntzailles y colaboradores de Vergara, Éibar, Durango y Lequeitio, con los que se iba entrevistando para su integración en la infraestructura de la célula. En ésas estaba en el momento de ser arrestado.

Gracla Campillo, alias Maritxu, era natural de Castro Urdiales (Cantabria), donde había nacido el 5 de octubre de 1954. Ingresó en la banda en 1985. Tras la detención de Paterra huyó a Franca y ahora formaba con Kepa el nuevo comando Éibar.

Nunca se imaginaron cuál era la causa de su caída, de su detención. El servicio se completó con la incautación de abundante material complementario y documentación con informaciones orientadas a futuras actuaciones. También fueron detenidos seis colaboradores, mientras que otros cuatro lograron huir. Un individuo que había formado parte con Akaiturri del comando Aralar fue arrestado y se le ocupó una granada de mano y cincuenta kilos de explosivo nagolita.

El 16 de marzo, el luto y el dolor se apoderarían de la gran familia que éramos la plantilla del Cuerpo en Guipúzcoa. Un comando había preparado un potente explosivo que introdujo dentro de una nevera tipo camping y que adosó con una cadena a una farola del alumbrado en la calle de Ametzagaña del barrio de Egla, junto a Ínchaurrondo. El artefacto, accionado por mando a distancia, hizo explosión al paso del vehículo en el que viajaban el cabo Luis Aragón Guillen, que murió, y los guardias Pedro Samuel Martín García, Carlos Casilla Hernández y Miguel Ángel García Morilla, que resultaron heridos. Dentro de nuestras posibilidades, se habían dado instrucciones para montar servicios de seguridad sobre itinerarios de uso frecuente, pero no era mucho lo que se podía avanzar en este campo.

Detención de Josu de Mondragón

Durante todo el mes de febrero mantuvimos un aceptable control sobre Josu de Mondragón. En ocasiones lo perdíamos, pero teníamos información y capacidad suficiente para recuperarlo en menos de veinticuatro horas. Cierta día observamos que un servicio de un cuerpo policial francés, Renseignements Generaux (RG), llevaba a cabo una discreta vigilancia sobre el objetivo. Sin pérdida de tiempo, me puse en contacto con el jefe de la Policía Judicial (PJ) en Bayona. También en Franca los problemas de coordinación internos, de celos profesionales, no eran pequeños ni infrecuentes. Y había al menos cuatro cuerpos policiales: la Gendarmería, con una estructura y funcionamiento muy similar al nuestro; la Policía del Aire y Fronteras (PAF), que al principio llevó el protagonismo de todas las intervenciones, dirigida por su jefe, el comisario Jól Catala, tenía la mejor información de los refugiados, sobre los que ejercía un control casi completo; los de RG, policía prácticamente informativa, no de intervención, pero que poco a poco fue imponiendo la calidad de sus trabajos, y la PJ, cuerpo que por indicación de los jueces realizaba todas las operaciones antiterroristas, fuese cual fuese el que las hubiera iniciado, también con una gran profesionalidad. Nosotros habíamos trabajado con todos ellos, lo que no era fácil, pues había que sortear numerosos obstáculos y tener una gran habilidad y tacto en el trato.

La mayoría de nuestras informaciones finalizaban en sus manos. Así que, en previsión de posibles problemas, ya que el nuevo subprefecto, Roger Bosle, era contrario a nuestra presencia operativa en Franca, puse al corriente de lo que ocurría al comisario jefe, a quien hice ver que prefería que no fuera detenido en ese momento el objetivo. Esperaba que me condujera a algún escalafón superior, como había ocurrido en el caso de Waldo.

En general estábamos de acuerdo en todo. Estudió cómo estaban las cosas con RG y, dos días más tarde, me comentaba que no encontraba muy receptivos a sus colegas y que podía malograrse la operación. No hubo más remedio que precipitarla, y el 18 de marzo se procedía a la detención de Arcauz Arana en Biarritz. Otros quince individuos, entre españoles y franceses, fueron también arrestados, ya que eran colaboradores suyos.

Jesús Arcauz, alias Josu de Mondragón, Josu Arrásate, Gazte de Bayona y Potxo, había nacido en Mondragón el 28 de junio de 1957 y empezó en la organización como miembro de un comando de propaganda. Huyó a Franca para evitar ser detenido en 1983. En la banda escaló posiciones, hasta alcanzar el comité ejecutivo, y en tiempos de Waldo tuvo gran importancia en el aparato militar y, dentro de éste, en los comandos ilegales, junto a Carmen Guisasola Solozábal. En el momento de su detención se le ocupó una pistola Browning de 9 milímetros Parabellum, así como un DNI y un permiso de conducir falsos. En otro domicilio se localizó una bolsa suya que contenía planos de Irún, Fuenterrabía y San Sebastián, agendas y otros documentos.

Seis años más tarde, al acabar la condena impuesta en Franca por asociación de malhechores y tenencia ilícita de armas, lo entregaron en la frontera a la Guardia Civil, y aquella documentación fue vital para los interrogatorios, que permitieron desmenuzar y aclarar las responsabilidades que tenía que afrontar en España.

En sus declaraciones no dejó un rincón oscuro sobre su actividad en ETA desde que fue captado hasta su detención seis años antes. Algo curiosa fue la descripción del funcionamiento del comité ejecutivo, máximo órgano de dirección de la banda compuesto por ocho o diez responsables. De lunes a viernes, cada uno de ellos efectuaba su trabajo peculiar: adquisición de armamento o de cualquier material necesario, edición de libros, impresos, viajes para contactos internacionales, preparación de cursos, etc.

Los sábados se reunían con los colaboradores que cada uno de ellos tenía y necesitaba para comunicarse con el resto de su aparato o para cubrir necesidades propias. Estos podían ser españoles o franceses, y era ese día por ser el de más movimiento en la frontera, con lo que se llamaba mucho menos la atención. Los encuentros se efectuaban en lugares previamente acordados. Y los domingos se reunían todos o una parte en comité para exponer problemas, logros, necesidades, propuestas de futuro, etc. En estas reuniones se tomaban las decisiones, se resolvían los problemas que tenían solución y se atendían las necesidades de funcionamiento.

Hoy se encuentra en una prisión española para cumplir una condena de más de ochenta años impuesta por la Audiencia Nacional al considerarle

responsable de varios delitos de atentado, estragos, asesinatos frustrados y otros.

En marzo, el presidente González llevó a cabo una remodelación e incorporó al Gobierno al que hasta entonces había sido nuestro delegado, Juan Manuel Egulagaray. Como sustituto fue designado José Antonio Aguiriano. Egulagaray demostró, además del conocimiento del problema — no en vano aquella era su tierra de procedencia—, una gran preocupación por las condiciones de vida, problemas y necesidades de las Fuerzas de Seguridad. No olvidaríamos su corrección, sus buenas maneras y el afecto que nos demostró. Y nos dio el ánimo necesario cuando fue preciso.

«Informe Navajas»

Es llegado el momento de escribir sobre algo muy doloroso para mí. Tanto, que aún siento un daño profundo, íntimo, al recordarlo. El 23 de abril de 1988, fuerzas de la Comandancia llevaron a cabo un magnífico servicio fiscal. Antes casi habían batido todos los récords al intervenir en Orio un buque, el Wind, cargado con más de siete camiones de tabaco rubio de contrabando. En esta ocasión fue en Fuenterrabía y la operación consistió en la incautación de un barco con 1.188 kilos de hachís en sus bodegas. Fueron detenidas catorce personas que más tarde fueron enjuiciadas y condenadas por la Audiencia de San Sebastián.

Cuatro de ellos, entre los que se encontraba Bonifacio Sagarzazu, eran simpatizantes de HB. Uno había sido interventor en unas elecciones por esta coalición. Un oficial de la Unidad de Servicios Especiales, con la misión de captar colaboradores en la lucha antiterrorista, contactó privadamente con este individuo, que se encontraba en prisión preventiva en la cárcel de Marturene. El oficial creyó que reunía las condiciones necesarias: próximo a HB y contrabandista. Era sabido que la mayoría de los mugalaris se dedicaban a estas actividades, de modo que le hizo una oferta que aquél aceptó. A cambio pidió apoyo en la Audiencia y en la Delegación de Hacienda para mitigar o aliviar las responsabilidades que pudieran sobrevenirle.

Empezó a proporcionar informaciones, pero de temas de contrabando, de redes de esta actividad de las que tenía conocimiento por oírlo a terceros o por rumores. Por esas fechas, mayo del 88, algunos guardias de los Servicios Fiscales del puerto de Pasajes fueron «tentados» por terceros o representantes de conocidos contrabandistas. Trataban de sobornarlos, circunstancia que de inmediato fue puesta en conocimiento de la autoridad judicial, que abrió una operación reservada contra los autores.

El encarcelado, Bonifacio, dijo al oficial de Madrid que en dichas redes estarían implicados miembros de la Guardia Civil, de la policía e incluso de la Policía Autónoma. Todo esto fue puesto en conocimiento del fiscal jefe de la Audiencia, Luis Navajas. Los conjuntos de estos datos sirvieron de base para la apertura de las diligencias 1/89, más conocidas como «Informe Navajas», en el que figuraba yo con datos tan sorprendentes como que poseía una gran fortuna, más de once pisos, y que no realizaba la declaración de la renta. Decenas de nombres figuraban en una especie de organigrama que constituían las redes con las que yo estaría conectado. El informe fue elevado al fiscal general.

El 14 de noviembre de 1990 apareció en la portada de un diario nacional un artículo basado en el anterior documento que, lógicamente, había sido filtrado al periódico. Desde entonces comenzó una pesadilla atroz que ya no terminaría nunca. Contra aquel cúmulo de mentiras en letras mayúsculas no había mucho que hacer. Yo empleé las únicas armas que estaban a mi alcance: las de las querellas, las demandas, que son, bien lo sé, insuficientes y desproporcionadas con el daño recibido, aunque se ganen.

Aquello parecía una auténtica tortura. No conocía a ninguna de aquellas personas, entre las que destacaban tres: un tal Santamaría, que había sido jugador de fútbol; otro apodado Plomos, y un tercero, Chofó. Mi vida entera puesta al servicio de la ley. Cumpliendo la máxima de odiar el delito y compadecer al delincuente. Y allí estaba mi nombre, junto a todos aquellos desconocidos. ¿Cómo era posible, Dios mío?

Verlos medios de comunicación se hicieron eco del citado artículo. Egin y otros periódicos entraron a saco en mi vida. A base de mentiras, me desnudaron y me pusieron en medio de la calle. No hubo delito, prácticamente, del que no me acusaran.

A pesar de aquel terrible sufrimiento que me tenía inmovilizado, había que hacer algo. Cuando se está al frente de una Comandancia como aquella, con dos mil hombres y sus familias, y con la alta responsabilidad que teníamos encomendada, era necesario reaccionar. Tras comunicárselo a mis superiores, a la mañana siguiente, en un acto que pocas veces —salvo en una situación de emergencia— se ha llevado a cabo en el Cuerpo, reuní a toda la plantilla libre de servicio. Tenían que oír a su jefe, que acababa de ser acusado a nivel nacional de contrabandista, narcotraficante, proxeneta...

A aquella reunión extraordinaria me acompañaba el coronel del Tercio, Vila; el gobernador militar, el civil e, incluso, el general de la zona. Hacía unos días que había pasado a la reserva; sacó el uniforme del baúl en que lo había empaquetado y allí estaba dándome su aliento, como tantas veces, el general Francisco Albiñana Llorens. La noticia se había extendido como un reguero de pólvora. El teléfono sonaba una y otra vez, con llamadas de gentes, de compañeros o conocidos que trataban de confortar, de alentar.

Desde la ventana de mi despacho veía las caras de los guardias y de las familias. Las veía lejanas pero tristes. Esa mañana no había alegría en Ínchaurrondo. O al menos eso era lo que a mí me parecía. Esperaba la hora que había señalado para el acto y, mientras llegaban los que iban a asistir, fui a casa. Sabía cómo estaban allí las cosas; traté de consolarlos y, como siempre, recibí más de lo que di.

A las diez de la mañana de aquel 16 de noviembre, reunidos en el comedor de tropa —el local más grande de que disponíamos— y en medio de un impresionante silencio, tomé, con algo de inseguridad, un micrófono.

Sentía disparado el corazón y la emoción casi me asfixiaba. Y entonces, mirando a los cientos de ojos fijos en mí, sintiendo que eran mi gente, recuperada la serenidad, les dije:

—Ante las noticias aparecidas recientemente en la prensa, en las que se me implica en una serie de delitos tales como contrabando, prevaricación, cohecho, tráfico de drogas, a vosotros, mis subordinados, mis compañeros, y por considerar que es bueno para el servicio, os hago saber: mi honor está tan limpio y puro como el día en que lo recibí al jurar y besar la bandera de

España, el 15 de diciembre de 1958, con este uniforme con el que me enterrarán.

» Si algún día lo perdiera, es tal el concepto que de él tengo que vería lícito que, según vuestra conciencia, usarais las armas que la patria os ha confiado contra mí, pues no sería ni español ni guardia civil.

«Ostento la Cruz de Oro del Cuerpo, que custodio con orgullo pues la ganaron los hombres de esta Comandancia, vivos y muertos, y no mis méritos. Si considerara no merecer tal honor, aquí se quedaría, pues es vuestra, para que siga siendo testigo de vuestro inapreciable servicio.

«Para terminar, os confieso y juro que no conozco a ninguna persona implicada en semejantes delitos, salvo las que nuestra unidad ha puesto a disposición judicial. ¡A ninguna!

«Que no tengo por amigo a ningún delincuente. ¡A ninguno!

«A veces pienso que no tengo amigos.

El estruendo del apoyo de aquellos que me oían me impidió seguir. En realidad no tenía mucho más que decir. Vi lágrimas y vi cariño y quizá, por primera vez en esos días, mis nervios se destensaron. Como en una bruma, recuerdo las palabras del gobernador Gurruchaga, a quien tantas situaciones de extrema gravedad había visto soportar. —Hoy, yo también soy guardia civil —dijo.

Horas después, al quedarme solo, empezaba para mí un largo calvario. La prensa, mes tras mes, día tras día, con más o menos altibajos, en investigaciones propias, rivalizaba con sus titulares, con sus artículos. Cada uno buscando ser más escandaloso que los demás. Titulares que causaban más daño que un tiro en la nuca aparecieron día sí, día también:

«La Fiscalía del Estado frena una investigación a guardias civiles sospechosos de narcotráfico» {Diario 16, 14-11-90).

«La Guardia Civil sabotó la investigación del fiscal Navajas sobre corrupción en Ínchaurreondo» {El País, 28-4-95)

Me sorprendía la ferocidad de algunos periodistas a los que conocía por cubrir los atentados y servicios contra ETA. Me decía que ellos también me conocían a mí y no me parecía posible que pensarán aquellas barbaridades. Los de Egin se superaban y sacaban a los demás varios palmos. Aunque esto entraba dentro de la normalidad.

Mientras, sin mi conocimiento, el oficial de la USE seguía con sus investigaciones sobre mi persona: las declaraciones a Hacienda, mi patrimonio, que había sido mezclado con el de otras personas con mi mismo nombre y apellidos. Y la imposible relación con aquellas redes que desconocía por completo, así como a sus integrantes. Quería acudir al juzgado para exponer esas circunstancias, enseñar mi patrimonio, mis obligaciones con Hacienda, para acreditar mi inocencia, cuya presunción nunca tuve. Un interventor colegiado de cuentas llevó a cabo un estudio de mi situación económica, desde mi primer sueldo, por otra parte, con muy pocas dificultades.

El diario Egin llevaba a la vez otra feroz campaña contra otras tres personas citadas en el informe. El señor Santamaría se presentó en la Fiscalía para defender su inocencia y para hacer ver el riesgo que para su vida representaban las noticias que se publicaban. A continuación dio una rueda de prensa en la que reiteró lo anterior. Afirmó de forma taxativa que ni me conocía ni había tenido jamás relación ni contacto conmigo. Me impresionó la lectura de aquella comparecencia en la prensa del día siguiente. Aquel hombre, para mí desconocido, luchaba por su vida descarnadamente. Contra un enemigo frente al que se encontraba completamente indefenso. Fue asesinado por ETA el 19 de enero de 1993.

Tres días antes, el periódico Egin había publicado un amplio artículo titulado «El Informe Navajas recobra actualidad», en el que se incluía una fotografía de la víctima y del bar que regentaba. Un desconocido le disparó en la nuca cuando cenaba en la Sociedad Gastronómica Gaztelubide.

Otra persona que compartía con el anterior los mismos ataques, el apodado Plomos, José Manuel Olarte Urresti, siguió su misma suerte. El 26 de julio de 1994, mientras jugaba una partida de cartas en la Sociedad Unión Artesana de San Sebastián, un individuo corpulento entró y de un tiro en la

nuca acabó con su vida. Con pesar, miro para atrás en el tiempo y pienso que no fue sólo ETA la autora de estos asesinatos.

El tercero, Txofo Migueliz, tras sufrir idéntico acoso por el mismo periódico, andando el tiempo fue uno de los testigos de cargo en mi juicio. Quién sabe si con ello consiguió un seguro de vida. Escritas están varias entrevistas que tuvo con un periodista del diario abertzale.

Aún recuerdo cómo contó, en una entrevista emitida por una televisión, que había recibido siete millones de la policía por testificar, circunstancia que posteriormente negó. Así como una reunión con nuestro abogado en la que proponía desmontar su testimonio a cambio de dinero y que fue puesta en conocimiento del juez sin ningún resultado. La única vez que le vi en persona, y de espaldas, fue durante el juicio.

Recibí apoyos institucionales, pero hubiera agradecido más «calor». El mejor el de mi dirección, que me llamó para ofrecerme un pequeño homenaje en el despacho del director. Empecé a interponer una y otra demanda. Todas se fueron ganando. Pero en todas perdí. Una de aquéllas, que también se ganaron, fue contra un grupo de rock vasco por una canción llena de injurias que me afectaba. Curiosamente, el Tribunal Supremo estimó el recurso que elevaron por ser anónimo el autor de la letra.

Era curioso observar cómo el letrado Miguel Castells, que representaba a aquel periodista tan agresivo de Egin, en su escrito de defensa ante el juzgado en donde habíamos presentado la demanda decía: «El periodista Pepe Rey ha cuidado precisamente de no implicar en sus crónicas a don Enrique Rodríguez Galindo.» Más que otra cosa, parecía un sarcasmo. En una de las sentencias por las que se condenaba a este individuo se decía que con sus informaciones se había entrometido ilegítimamente en mi honor y que las mismas eran constitutivas de difamación. Con tristeza la leí y no encontré reparación para mi espíritu.

A finales de febrero de 1994, cuatro años después y sin haber sido llamado a declarar ni una sola vez, el juez titular del Juzgado de Instrucción n.º 1 de San Sebastián decretaba el archivo y sobreseimiento de las diligencias derivadas del «Informe Navajas».

Más tarde, una asociación del entramado abertzale, Adore, y en su nombre un individuo llamado Jesús María Congil, que fue concejal de HB en el Ayuntamiento de San Sebastián, tomó el relevo. Con motivo de cualquier declaración de algún testigo de los que acudieron a mi juicio, o por los llamados papeles del Cesid, presentó una querrela contra mí. Solicitaba una interminable lista de comparecencias de nuevos testigos, así como la práctica de numerosas gestiones. Ocho o nueve años más sufriendo las declaraciones de ese personaje cada vez que se realizaba alguna diligencia.

El día 3 de octubre de 2003, cuando me hallaba en la prisión de Ocaña-2, la Sección Primera de la Audiencia de San Sebastián decretaba confirmación del sobreseimiento acordado por el Juzgado de Instrucción n.º 1 el 24 de enero anterior. Imponía el pago de las costas a Congil. La decisión se materializaba en un auto, el 61/03 de la fecha señalada. Con esa falta de prisa, en aquel lugar donde el tiempo no corre, en la soledad de mi celda, me puse a leer. Algunas líneas que reflejaban actuaciones parecían resaltar sobre otras, como si estuviesen iluminadas:

«Sin que diese resultado alguno tras una enorme labor investigadora llevada a cabo en el patrimonio del Sr. Rodríguez Galindo y su familia.»

«De una instrucción que cuenta con cerca de 2.900 folios no se ha derivado la existencia de indicios de la comisión de alguno de los múltiples delitos objeto de la causa.»

«A pesar de los doce años transcurridos.» Más tres de investigaciones reservadas anteriores.

«Derivándose en ocasiones de sus declaraciones (las de algunos testigos) la posible existencia de un ánimo espurio contra las personas objeto de la incriminación.»

«La documental remitida por diferentes entidades financieras, Registro Mercantil y Registro de la Propiedad, sobre la situación económica de los imputados y su patrimonio no revela... desequilibrio en su estatus económico.»

«Las numerosas declaraciones testimoniales de Pedro Luis Migueliz... se revelan de escasa solidez y credibilidad... y pone de manifiesto en varios momentos de sus declaraciones un ánimo resentido contra la Guardia Civil y determinados miembros del Poder Judicial.»

Tardé mucho en leerlo, pues aun cuando el auto en sí sólo constaba de seis folios, cada palabra me traía el recuerdo y el dolor propio y de mi familia sufridos en silencio a lo largo de cada uno de aquellos quince años. Me preguntaba si en ese momento podría yo interponer una demanda contra Congil por la serie de acusaciones y denuncias que en este tiempo había vertido sobre mí. Estaba y están en las hemerotecas. Me aconsejaron que lo hiciera. Juristas allegados también me animaron a presentarla. No lo hice. Aún no lo he hecho. Sigo pensando lo mismo que en las anteriores... aun ganándolas. Pero no está escrito el mañana.

Al señor de la demanda, al de HB, le conocí hace muchos años, en 1970, cuando yo me encontraba destinado en la Agrupación de Tráfico en San Sebastián. Nuestras dependencias se encontraban en un ruinoso edificio situado en el paseo de Heriz del barrio del Antiguo. Era una empinada rampa que subía desde la Cruz Roja, ya junto a Ondarreta.

Congil bajaba aquella cuesta todas las mañanas con su padre, un subteniente retirado de la Guardia Civil que había sido interventor de armas, muy querido por sus compañeros y el público que venía a realizar los trámites correspondientes. Y todas las mañanas entraban a desayunar al bar del mismo edificio. En más de una ocasión, el joven Congil profería denuedos y fuertes expresiones que rayaban en el insulto contra la Guardia Civil, y las decía lo suficientemente altas para que fueran oídas, con el consiguiente disgusto para el padre.

Todo esto era conocido por el jefe de la Comandancia, que por el afecto que sentía por el padre, como el resto de nosotros, dejaba pasar, hasta que un día las palabras subidas de tono superaron el límite de lo tolerable. A partir de ese momento se les prohibió la entrada en el recinto. Ya no volvieron más. Cuentan algunos testigos que aquel honrado subteniente lloraba mientras abandonaba el viejo cuartel junto a su hijo, al que no dirigía la palabra.

Quince años después seguía preguntándome el porqué de aquella ferocidad, tanta insidia, en atacar a un hombre que servía a los demás como mejor podía y sabía en la lucha contra ETA. Siempre había temido más a Dios que a los hombres. Quizá en aquellos quince años había invertido la prelación. Hace tiempo que he dejado todo en sus manos. Gritaba en mi interior lo mismo que les dije a los guardias formados aquella mañana en el comedor de Ínchaurreondo, que no conocía ni había tenido tratos jamás con ninguna de aquellas personas, con ningún delincuente, en toda mi vida. Y que aquel acuartelamiento por el que había desfilado a lo largo de aquellos quince años casi la mitad de la Guardia Civil, era verdaderamente ejemplar y modelo de honestidad en su comportamiento y de una abnegación sorprendente en el cumplimiento del deber.

Recordaba en aquella celda, leyendo el auto 61/03 de 3 de octubre, cómo me sentía destruido en 1991, pero no de dónde pudieron venir las fuerzas para continuar y hacer frente a la amenaza del año siguiente. Arrastraba en mi alma el quebranto del que nunca pude recuperarme, de aquellas terribles acusaciones. No lo sabía entonces, quedaban otras de tanta o mayor intensidad.

ABC de Oro

En medio de la feroz campaña difamatoria y en un mes de particular dureza en la actividad terrorista, el 11 de abril recibí un homenaje en la Casa de la Prensa Española que me otorgó el ABC de Oro, como rezaba el titular de la página 15 del diario del 15 de abril, junto a una fotografía en la que mi esposa me hacía entrega del mismo: Enrique Rodríguez Galindo, ABC de Oro. El galardón se me había concedido por las redacciones de ABC y Blanco y Negro al elegirme figura del mes, sin duda compadecidos por los insufribles y calumniosos ataques que padecía como consecuencia de mi labor contra la delincuencia, especialmente la de ETA.

Esta muestra de apoyo se extendía a mi mujer y a mis cinco hijos por el daño moral que habían recibido. Lo sentí como una impagable muestra de caridad.

El acto fue para mí, ajeno al mundo de las letras y del periodismo, un agradable descubrimiento al ver la riqueza intelectual que bulle en los entresijos de un periódico. Sobre todo cuando asistí absorto al desarrollo de aquel Café de Redacción, un tanto anómalo, dirigido por Luis María Anson.

La asistencia fue numerosísima. No faltaron ninguno de los ministros que había tenido ni los gobernadores, así como abogados, médicos, políticos de distinto signo, víctimas del terrorismo y compañeros; de éstos todos, o quizá todos los que pudieron estar. Veo con la distancia del tiempo las fotografías que me remitió el periódico como recuerdo, con todos los asistentes, y en muchos casos siento una profunda alegría, en otros agradecimiento y, en otros, verdadera sorpresa.

Bajo la presidencia del hombre de la casa, el entrañable Guillermo Lúea de Tena, tomaron la palabra algunos de los asistentes, de los que quiero recordar algunas de sus palabras:

SÁENZ DE SANTAMARÍA: «Dada la importancia de Rodríguez Galindo, hubo que modificar el organigrama de la Benemérita para que de comandante pudiera desempeñar un mando reservado a los tenientes coroneles. Su eficacia demostrada me obligó a tomar tal decisión.»

JOSÉ BARRIONUEVO: «Conocí a Rodríguez Galindo con motivo del asesinato de dos guardias y desde aquel momento la sintonía entre ambos ha sido absoluta. Usted y su familia tienen el reconocimiento de la inmensa mayoría del pueblo español.»

JOSÉ MARÍA GURRUCHAGA, gobernador civil: «Le conocí antes como vasco y como alcalde de Rentería. Ahora le considero un amigo. He vivido con dolor la dura campaña que ETA y sus portavoces han llevado contra él; con dolor, con pena y también con orgullo. No van a conseguir sus fines. Galindo no es sólo un magnífico profesional que trabaja contra la intolerancia, el fanatismo y la miseria de los asesinos de ETA, es también un hombre de bien, una maravillosa persona. Esta persona es mi amigo y quiero darle las gracias en nombre de todos los guipuzcoanos, de todos los vascos y de todos los españoles, y a ti, María Fernanda, por el ejemplo de tenacidad que nos das al lado de Enrique.»

JOSÉ LUIS CORCUERA: Lamentó la ausencia de Luis Roldán, de viaje en América del Sur, y entre otras cosas dijo: «Estoy seguro de que Galindo extenderá este homenaje a todos sus compañeros. El teniente coronel Galindo y todos los jefes y miembros de la Guardia Civil pueden tener la seguridad de que cuentan con el apoyo de sus mandos, del ministro de Interior y del Gobierno. Galindo, no se puede contar con más apoyo, si incluimos al de la inmensa mayoría de ciudadanos de este país. No hay un bien nacido que pueda desprestigiar una vida profesional como la suya.»

El momento quizá más emotivo para mí fue cuando el anfitrión, Guillermo Lúea de Tena, tomaba la palabra y destacaba «el altísimo honor que para nosotros representa la presencia del teniente coronel Rodríguez Galindo en esta casa».

Se refirió a una portada del periódico de hacía sesenta años, «que era una viejecita sentada en la puerta cuyo hijo había sido asesinado» como consecuencia de los incidentes políticos habidos en 1931. En el pie de la portada se decía: «Los guardias civiles también tienen madre.»

«Por último, me congratulo, señor ministro, de haber oído a los oradores precedentes que esto no va a ocurrir más en la vida de España. Hoy, esa portada ya no es necesaria porque, gracias a la providencia y a la suprema magistratura que tenemos en España, hemos conseguido que haya unidad entre todos los españoles. Quiero brindar por el teniente coronel Galindo y por cada uno de los miembros de la Guardia Civil.» Fueron unas hermosas palabras que yo agradecí emocionado.

En el diario en que se daba cuenta del acto se publicaba también un pequeño editorial, sin duda de su director, Luis María Anson, que quiero recoger íntegramente, desde su título hasta el punto final.

SANGRE DE ESPAÑA

En nuestras páginas gráficas queda el testimonio del homenaje rendido por las redacciones de ABC y Blanco y Negro al teniente coronel Enrique Rodríguez Galindo, jefe de la Comandancia de la Guardia Civil en

Guipúzcoa, sobre cuyos hombres recaen responsabilidades principalísimas en la lucha antiterrorista.

Es una lucha que hay que librar en todos los frentes: el político, el cultural, el de la información y la opinión, el judicial y el penitenciario. Pero es innegable que el riesgo se concentra, preferentemente, en el frente de las Fuerzas del Orden. Y, dentro de él, le ha tocado a la Guardia Civil asumir los mayores sacrificios y fatigas, junto a la policía y a ese soberbio Cuerpo especializado de los «geos». Por ello, el homenaje cobró una dimensión institucional. En Rodríguez Galindo se personalizó el reconocimiento a la Guardia Civil —siempre el Cuerpo más aplaudido por el pueblo en los desfiles militares— y el recuerdo a las más de trescientas víctimas que ETA le ha infligido. Esa sangre vertida por la Guardia Civil es la sangre misma de España.

El 4 de abril, ETA había reiterado su «voluntad negociadora» mediante un comunicado y el 6 de mayo asesinaba en el puerto de Pasajes al guardia Francisco Robles Fuentes y hería de gravedad a su compañero David Nández Mingúela. Miembros de la banda habían colocado una trampa explosiva que hicieron estallar al paso de la pareja.

Tres días más tarde, la banda volvía a la carga, esta vez en Ortuella, y asesinaba también con una bomba al guardia Francisco Álvarez Gómez.

Después de los funerales, prácticamente seguidos, el ministro, muy preocupado, preguntaba cómo llevábamos las operaciones tanto la policía como la Guardia Civil, pero ninguno de los dos cuerpos tenía ninguna lista ultimada. Era desesperante. Pero era así.

Y los objetivos que los pistoleros tenían a su libre elección en cualquiera de las provincias eran innumerables. Gente que vivía en la calle, que iba o venía de recoger o llevar niños al colegio. De nuevo había que exigir que se extremaran las medidas de seguridad.

Vic. Matar a toda costa

Otra vez el espanto y la incredulidad se apoderaron de los componentes del Cuerpo y sus familias. De nuevo las imágenes monstruosas que

transmitieron los diferentes medios de comunicación del atentado que sufrió la casa cuartel de la Guardia Civil de Vic, Barcelona, enmudecieron a todo el país. Era 29 de mayo, miércoles.

El procedimiento empleado fue el conocido como «coche kamikace», que consistía en dejar deslizar un automóvil con o sin el motor encendido, con o sin mando a distancia. Los terroristas bloqueaban la dirección hacia un objetivo. La carga explosiva estaba lista para detonar, bien por medio de radiocontrol o simplemente al producirse el choque del vehículo contra una pared o algún objeto contundente.

Me siento impotente para escribir sobre lo que pasó, sobre lo que vi. Quizá la forma más leal y objetiva sea transcribir lo que leí en un artículo de prensa acerca de uno de los atentados más atroces, repulsivos y desestabilizadores:

La diana eran los niños. Por eso, Juan Carlos Monteagudo y José Félix Erezuma pasaron hasta tres veces con su automóvil cargado con más de doscientos kilos de explosivos por la puerta lateral de la casa cuartel, que estaba abierta, y comprobaron que un grupo de chiquillos, hijos de guardias civiles unos, vecinos de Vic otros, jugaban en el interior del patio, al que se accedía bajando una ligera pendiente.

Sólo entonces, los terroristas se apearon del vehículo y lo empujaron suavemente hacia la rampa. Los niños, sorprendidos, apenas tuvieron tiempo de observar cómo el R-4 atravesaba el patio de un extremo a otro y chocaba frontalmente contra una pared. La terrible explosión mató a cuatro de ellos (todos niños), provocó gravísimas heridas y amputaciones a otros dos y segó la vida de un policía municipal, un guardia civil y tres familiares de otros tantos agentes.

Mientras una espesa humareda se elevaba hacia el cielo de Vic y una montaña de escombros caía sobre los cuerpos de las víctimas, Monteagudo y Erezuma corrían ya hacia su guarida, un chalet del municipio vecino de Llicà d'Amunt, a bordo del R-11 de una amiga. Ese error los delató. Pero no fue el único.

La propietaria y titular del vehículo, colaboradora del comando Barcelona, también facilitó su verdadera identidad cuando alquiló el chalet en el que luego se refugiaron los asesinos. Allí fueron sorprendidos un día más tarde por la Guardia Civil, casi a la misma hora a la que se celebraba el funeral en Vic por las nueve víctimas.

Monteagudo y Erezuma se enfrentaron a tiros con los agentes, pero ambos cayeron heridos de muerte. Y su compañero, Juan José Zubieta, que los había ayudado a atiborrar el coche bomba de carga mortal, se entregó sin oponer resistencia. En 1993, la Audiencia Nacional condenó a este último a 1.311 años como cooperador necesario.

Hasta aquí el relato. Las cosas no debieron pasar de forma muy diferente.

Efectivamente, había sido el comando Barcelona y la masacre que había causado nueve muertos y diecinueve heridos, más la ruina del cuartel, tuvo lugar a las siete y media de la tarde.

Éstas fueron las víctimas:

- - Juan Salas Piris Guardia 1ª
- - Juan Chancoa Alex Guardia 2ª
- - Nurla Ribo Parera esposa del anterior
- - Madulia Duque Madre política del guardia Salas
- - Mª Cristina Rosa Muñoz 14 años
- - Mª Dolores Quesada Araque 9 años
- - Ana Cristina Porras López 10 años
- - Francisco Díaz Sánchez 17 años
- - Vanesa Ruiz Lara 16 años

Pero alguien vio una furgoneta junto a un automóvil; un coche saliendo de estampida y entrando en un chalet de los alrededores de Lliçà d'Amunt. La Guardia Civil, dolorida, que tenía más abiertos que nunca los ojos y los oídos, al día siguiente, 30, jueves, caía sobre ellos como un felino y de un formidable zarpazo desbarataba aquel grupo asesino.

Lo componían los miembros liberados de ETA Juan Carlos Monteagudo, antiguo militante de Terra Lliure, y Juan Félix Erezuma Uriarte, que

resultaron muertos en el enfrentamiento, y Juan José Zubietta Zubeldia, alias Ángel y Orzanzulo, nacido el 1 de agosto de 1965 en Pamplona, que se entregó a la unidad de intervención.

Éste, al prestar la correspondiente declaración en la forma prevista por la ley, manifestó, entre otras muchas cosas, que había recibido instrucciones de su responsable en Franca y que se había trasladado a Barcelona para apoyar al comando que ETA tenía entonces en esta capital.

Al llegar se había alojado en el hostel Triunfo con documentación falsa. A finales de febrero acudió a una cita con los del comando y no se presentó nadie. Más tarde, a primeros de marzo, intentó otro contacto junto al estadio de Sarria, donde fue identificado por la policía de manera rutinaria, por lo que, asustado, regresó a San Sebastián.

Allí volvió a contactar con la dirección de ETA, de la que recibió una carta escrita con nuevas instrucciones y se trasladó de nuevo a Barcelona, donde le esperaba una colaboradora en el Estadio Olímpico que lo llevó con los liberados. Todos juntos se dirigieron al chalet torre de Liará d'Amunt el 18 de mayo.

Pocos días después acompañaba a Monteagudo en la furgoneta propiedad de la laguntzaile, a un lugar descampado cerca de Muntanyola, donde escondían un Renault blanco preparado como coche bomba. Fue informado de los propósitos de los pistoleros. Querían atacar contra el cuartel del Cuerpo en Vic. En la torre había observado, además del armamento, una importante cantidad de explosivo, no menos de doscientos kilos de amonal.

Tiempo más tarde, en una situación política diferente, el 17 de febrero de 2004 ETA anunciaba en un comunicado una tregua para Cataluña, en vigor cuando se escriben estas líneas, en que recordaba con vivas a Jon Félix y Joan Caries, sin hacer alusión a sus apellidos, a sus dos militantes fallecidos trece años antes. Como un homenaje. Después colocaba sus dos sellos y terminaba con un habitual «Gora Euskadi askatuta» y un inesperado «Visca Catalunya lliure».

Todo ocurrió demasiado rápido, tanto que apenas nos había dado tiempo a rezar por aquellos niños, por aquellos inocentes.

Hubo fuertes movilizaciones de protesta como consecuencia de la intervención en la torre de Lliçá d'Amunt y la organización intentó una venganza instantánea hiriendo con un artefacto a un policía en Basauri el mismo día 30 de mayo. El primero de junio fueron homenajeados en Guernica los dos muertos de ETA.

Detención de Gabiola

A mediados de julio acudí a reunirme con Eduardo y me interesé por su estado. Aproveché para comentarme dónde se alojaba un refugiado del que sólo sabía el nombre, Antonio Gabiola Goyogana, alias Kasquillos. Ignoraba su grado de militancia. Se trataba de uno de los miembros del comando Madrid, bastante peligroso y requisitoriado en España, por lo que, terminado mi encuentro, me dirigí a la comisaría de Bayona y fue detenido en la localidad francesa de Luz Saint Sauver. Pasó un tiempo y, al no haberse presentado cargos contra él, pues no llevaba armas en el momento del arresto, ni recibirse solicitud española de extradición, fue puesto en libertad. Más tarde fue definitivamente capturado.

Comando Donosti-91. Comando Ipar Haizea

Los Reyes tenían anunciada una visita oficial, la segunda al País Vasco, para el día 30 de julio. Los de ETA se sumaron a las protestas de los abertzales con una serie de explosiones en el cuartel de Irún el día 25, al que causó serlos daños pero no víctimas. El procedimiento empleado fue el mismo que en Vic, un coche «kamikace» cargado de explosivos en una calle estrecha que en pendiente desciende hasta el cuartel. Ocurrió al amanecer y parecía un verdadero milagro que no hubiera pasado una nueva tragedia pues toda la fachada del primer bloque se desplomó por efecto de la tremenda explosión. Resultaron heridos leves un par de hombres.

La Comandancia tenía avanzada una investigación cuyo origen era la mujer correo, sus numerosos viajes, contactos y vehículos de la base de datos. Las pistas provenían también de otras operaciones. Habíamos localizado unos grupos que parecían haber modificado sus hábitos de vida e incluso sus actividades ordinarias durante ciertos periodos de tiempo que unas veces coincidían con atentados y otras no.

Lo cierto es que en aquellos días estaban llevando a cabo una gran actividad. En ocasiones se reunían con personas que no éramos capaces de identificar, ni siquiera de seguir, pues estaban muy arropadas por los demás. Aún no teníamos confirmado completamente si eran dos o tres grupos distintos ni los domicilios exactos de cada uno de ellos, así como lugares de trabajo y viviendas de familiares o amigos que visitaban con alguna frecuencia y que podían ser susceptibles de servirles de refugio. No teníamos dudas respecto a su pertenencia a la organización por trozos de conversaciones, comportamiento y escuchas telefónicas. Ni tampoco acerca de un individuo que parecía ejercer el liderazgo y control de los otros miembros. No contábamos todavía con elementos suficientes para proceder a su detención. A nadie se le escapaba que aquél no era un servicio más o menos rutinario contra un comando de ETA y todos eran conscientes de la importancia que podía tener.

Comuniqué a Madrid los datos que manejábamos y la respuesta no fue otra que responsabilizarme para que diera garantías suficientes de que durante la visita real «no ocurriría nada»; es decir, que las personas que ya tenemos semicontroladas no llevarían a cabo ningún atentado.

Como siempre, me reuní con el grueso del servicio y expuse las condiciones de Madrid. La visita estaba a punto de producirse y ya había sido «saludada» con algunos artefactos en Bilbao y en San Sebastián, aparte de otras protestas. Sabía que ninguno quería precipitar las detenciones, pero cuando pregunté si era completamente descartable que alguna de aquellas explosiones no tuviera su origen en los que vigilábamos no hubo respuesta. Finalmente, decidí que seguiríamos con el servicio.

El 30 de julio, los Reyes iniciaron su nueva visita, que afortunadamente discurrió sin más problemas que los habituales que creaba el mundo de HB. De nuevo estuvieron en Guernica, en San Sebastián, en Ataun y en Loyola, con motivo del V Centenario de san Ignacio. El Rey nos recibió a los gobernadores, delegado del Gobierno y jefes de policía y Guardia Civil en el hotel María Cristina, donde, a modo de despedida, nos agradeció el trabajo que llevábamos a cabo. Recuerdo con gratitud las muestras cariñosas de apoyo que tuvo conmigo. Aunque los trabajos se habían intensificado y había participado el grueso de la plantilla de la

Comandancia, todos respiramos cuando el avión de los Reyes despegaba y tomaba rumbo a Madrid.

A pesar de que se nos echaba encima la Semana Grande, la Aste Nagusla, tuvimos que llevar a cabo la operación al sospechar que podían realizar un atentado inminente, pues la noche anterior observamos un intercambio de bolsas de deporte en una zona solitaria cercana al complejo deportivo de Anoeta. Estábamos seguros de que dentro de ellas no iban raquetas de tenis ni balones. En torno a las cuatro de la madrugada se inició la intervención de forma simultánea en Irún, Rentería, San Sebastián y en la zona de Usúrbil y Aguinaga. Se trataba de algo importante, era como una mini El A, dependiente, eso sí, de aquélla, pero con una capacidad verdaderamente inusitada.

Este complejo terrorista estaba compuesto por tres comandos legales, dos de ellos armados y otro de información. El conjunto se denominaba «Hipar Haizea» (viento del norte) y, además de actuar por su cuenta, eran también colaboradores directos del comando de liberados Donosti.

Quince detenidos

Fueron detenidas más de quince personas entre los componentes de los tres comandos legales y colaboradores. Quedaron esclarecidos todos los atentados cometidos en los últimos meses. Y el volumen y número de armas, de material explosivo y complementario, así como documentación e informaciones, era impresionante.

El trabajo se completaba cuando, pasadas las ocho de la mañana, se procedía al registro del último domicilio, situado en el número 53 de la calle de Morlans, en una casa de tres plantas conocida como «Tolaretxe». La fuerza que al mando del capitán Diego Bravo Aragón iba a practicarlo fue recibida a tiros. Se inició así un intercambio feroz de disparos. Mientras los guardias buscaban un lugar adecuado para cubrirse y responder al fuego que recibían, fueron alcanzados el capitán y el cabo José Luis Resco Prieto, a quien, a pesar de llevar su chaleco antibalas, un desgraciado proyectil le entró por el borde escotado del cuello y, rebotando extrañamente en el interior del mismo, le alcanzó la médula. El joven cabo apenas había

cumplido los veintiún años y se desplomó como Eliminado. El capitán sufrió la amputación de un dedo de la mano con la que empuñaba su arma reglamentaria. Tan pronto fue posible se los evacuó hacia la zona de hospitales, donde recibieron los auxilios pertinentes.

Más tarde fue trasladado el cabo Prieto al hospital de Toledo, especializado en este tipo de lesiones. Había quedado tetraplégico. Este joven miembro del GAR, con gran valentía, había dado lo mejor de sí mismo. El director general, Roldán, había venido la tarde anterior y se encontraba en mi despacho durante la preparación y el inicio de la operación. Quería seguirla de cerca, enterado por mí de la importancia que podía tener.

Cuando se inició el tiroteo en Morlans se trasladó a la zona junto al gobernador Gurruchaga. Era como una vaguada con una pendiente muy prolongada. La casa se encontraba solitaria a la izquierda, muy descubierta para resguardarse del fuego que desde la misma se realizaba. Había bastantes viviendas relativamente cerca. Sus dueños, ajenos al peligro que podía suponer un disparo perdido y a pesar de haber sido advertidos para que se protegieran en el interior, observaban desde sus balcones lo que estaba ocurriendo a escasos metros. Los periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión se habían concentrado en la cresta de una de las laderas que formaban la vaguada, de tal manera que con sus teleobjetivos observaban la resistencia que nos hacían.

En un momento determinado, unas voces hicieron callar el fuego. Se oyó a una mujer que quería salir de la vivienda, cosa que hizo aterrorizada. Fue inmediatamente protegida por dos hombres del servicio, que la introdujeron en un coche y la sacaron rápidamente de aquel pequeño infierno. Se trataba de la dueña de la casa, María Eugenia Muñagorri Azurmendi, que había proporcionado alojamiento al grupo de liberados que se hallaban dentro.

A continuación, un grito potente retumbó en el valle y fue recogido con letras mayúsculas por los titulares de los periódicos del día siguiente. Procedía del interior del edificio:

—¡Venid a por nosotros, cabrones!

Sobre la una de la tarde autoricé al oficial de la UE1 para que efectuara la penetración en la casa que terminó con la resistencia que habíamos encontrado. Antes de llevar a cabo ninguna otra gestión, fue necesario el concurso de los TEDAX para desactivar una de las granadas que habían lanzado los miembros de ETA y que no había explotado.

Se trataba del comando de liberados Donosti del año 91, y sus tres componentes habían resultado muertos. Éstos eran:

— Francisco Iciar Aguirre, alias Jon, Viejo y Fernando.

— José Joaquín Leunda Mendizábal, alias Jon, Perurena y Mikel.

— José Ignacio Ormaechea Antepara, alias Jon, Muecas, Joven y Martin.

En algunos periódicos de los siguientes días leía con sorpresa cómo referían despectivamente que al acabar la operación los guardias se abrazaban, felicitándose. Recordé la pregunta del guardia que acababa de sufrir su primer atentado: «¿Quiénes son, dónde están los nuestros?» Sin duda, aquellos periodistas deberían haberse felicitado a sí mismos y después haberlo hecho a los guardias, que no querían estar allí ni hacer aquel trabajo. Pero lo hacían. Entre otras cosas por ellos, para que pudieran escribir tan despectivamente. Corriendo un riesgo muy elevado.

Manifestaciones y huelgas fueron puntualmente convocadas en señal de protesta y se produjeron fuertes enfrentamientos, que se recrudecieron cuando el día 22 hubo que proceder a detener a otras cuatro personas en San Sebastián y Rentería, implicadas por los del Hipar Haizea en la comisión de varios sabotajes. Poco a poco, todo se fue normalizando.

Las protestas por la dispersión de los presos de ETA eran a estas alturas absolutamente continuas con cualquier excusa, pero los pactos políticos entre PNV y PSOE hacían decir al lehendakari Ardanza que «lo más adecuado es que los presos etarras sigan como están».

Pudimos celebrar un año más en paz y con alegría nuestra Patrona, a pesar de una muy numerosa manifestación que, convocada por HB, se celebró en Bilbao para pedir la independencia.

En medio de estos avatares, con el alma dolorida, oíamos la voz de nuestros obispos que pedían formalmente al Santo Padre la creación de una diócesis vasca, e individualmente el obispo Cirarda, también en ese mes de octubre, nos informaba de que la Iglesia tenía que usar métodos democráticos, pero nunca sería democrática porque la autoridad viene de arriba abajo. Nosotros sólo entendíamos la necesidad que teníamos de ella.

El día 7 un suceso en Erandio produjo una fuerte conmoción y rechazo en la opinión pública. Cuando el guardia civil Antonio Moreno Chica circulaba en su automóvil junto a sus dos hijos gemelos de dos años hizo explosión un artefacto colocado en los bajos del coche, en la zona del copiloto, que produjo la muerte del pequeño Fabio Moreno Asla y heridas a su padre y a su hermano Alejandro. Valientemente, con un admirable coraje, la esposa del guardia y madre de los gemelos expresó ante los medios de comunicación la sinrazón de aquella salvajada, a la vez que exponía una visión realista y estremecedora de la vida allí, de la suya, de la de su familia. Que no era otra que un poco la de «casi» todos.

Y así terminó aquel año. El obispo Setién, tras oír el discurso del Rey en la Nochebuena, dijo temer que el Monarca estuviese «desinformado» y consideró «grave» la interpretación y el fondo del mismo. Nuestro Rey, como no, en sus palabras había aludido a los problemas de España, entre ellos al del terrorismo.

Nosotros no quisimos finalizar el año sin contribuir un poco a aumentar la paz y sobre todo la seguridad de todos. El 22, el GAR llevaba a cabo una operación en la que detenía a los componentes de un comando legal de apoyo, a quien le incautó, entre otros efectos, una nota en la que figuraban datos de los coches particulares de los ertzainas de Rentería, a los que informamos para que tomaran sus medidas.

CAPÍTULO 13

1992. Bidart

Empezábamos un año, sin saber que sería emblemático, mientras recordaba los once transcurridos. Analizaba la formidable evolución de la sociedad civil que poco a poco alcanzaba su personalidad de forma paralela al descenso de la presión de ETA. La banda, a pesar de que seguía ahí, mantenía una actividad que se había reducido, y no porque los pistoleros no lo intentaran. El número de asesinatos, el de atentados, había descendido. A pesar de algunos muy duros de soportar, como los de Zaragoza y Barcelona. Suponía un cierto respiro, ya que el problema de una organización terrorista no es su existencia sino los resultados de su actividad criminal. Era, sobre todo, el año de los Juegos Olímpicos de Barcelona, de la Expo de Sevilla, y también de Madrid, que había conseguido unirse a estos fastos al ser distinguida con el nombramiento de Capital Europea de la Cultura. La clase política cruzaba los dedos ante la amenaza directa de ETA. Estaba por ver si podría cumplirla.

Comenzó con una durísima escalada de atentados en varios puntos del país, aunque nosotros lo empezamos, gracias a una sección del CAR, con la desarticulación del comando Lakio el mismo día de Reyes. Esta célula había tenido relación con el Hipar Haizea. Sus componentes, en lugar de huir a Franca, se habían escondido en domicilios clandestinos.

En un control de esta unidad, los agentes encontraron en el maletero del vehículo varios cartuchos de 9 milímetros Parabellum. Al preguntar a su conductor, acabó declarando que pertenecían a su cuñado, al que tenía alojado en su casa desde primeros del mes de agosto.

Fueron detenidas siete personas entre militantes del comando y colaboradores que ya actuaban como ilegales tras haberlo consultado con la dirección de la banda. Se intervino asimismo armamento y explosivos, y fueron esclarecidos los atentados cometidos, entre ellos un asesinato.

En febrero se producía una circunstancia personal de honda importancia para mí: mi ascenso al empleo de coronel, empleo que desde siempre se ha considerado el remate normal de la vida militar. Habían pasado treinta y cuatro años desde que mi padre me envió a la Academia de Guardias del Cuerpo y no podía sino recordarlo con mucho orgullo. En ese mes también cumplía cincuenta y tres años de edad. Pero febrero también nos traería dolor.

Nada más empezar a rodar el mes, casi coinciden el vicario de San Sebastián, José Antonio Pagóla, y ETA. El primero en advertirnos que el diálogo era el único camino para la paz y los segundos reiterando una vez más que continuarían con su actividad armada.

Nuestro país había realizado un gran esfuerzo, sobre todo en el aspecto de las infraestructuras, de cara a los acontecimientos internacionales de ese año. Se había completado una buena red de autovías, se habían mejorado algunos aeropuertos, pero sobre todo había empezado a funcionar el tren de alta velocidad entre Madrid y Sevilla, el AVE (Alta Velocidad Española), que unía las dos ciudades en poco más de dos horas y media. Unidades del Ejército empezaron en marzo a patrullar y proteger los distintos tramos, en un esfuerzo que nosotros veíamos más disuasorio que efectivo, aunque necesario.

Con Portugal se acordaba la posibilidad de la «persecución en caliente»; es decir, cualquiera de los cuerpos policiales de ambos países que estuvieran efectuando un seguimiento a un sospechoso podían continuarlo si penetraban en el otro país y avisaran a las autoridades cuando fuera posible. Era una aspiración largamente deseada en la zona fronteriza con Franca, pero que no se alcanzaba.

Sin temor a error se puede afirmar que el sueño, la mayor ilusión de cuantos formaban parte de las plantillas de la policía y de la Guardia Civil destinados en el País Vasco era el fin de ETA. Lo mismo podía considerarse del resto de la sociedad vasca y, por extensión, de toda España. Yo llevaba doce años trabajando en ello. No deseábamos inmiscuirnos en aquellos debates y diatribas de los que eran partidarios de un final político dialogado, los más, a los que preferían un final policial, los menos. Justo lo contrario que en la actualidad, en 2005. Pero todos queríamos el final.

El terrorismo había limitado en cierta medida el crecimiento económico y el desarrollo de aquella región al provocar la huida de numerosos empresarios y frenar la inversión. Otro sector de la población, del que formábamos parte, vivía en unas condiciones ambientales y de tensión difícilmente soportables, y eso que aún no se había generalizado la «caza del concejal».

Así que no era arriesgado pensar que el final de ETA era un sueño acariciado por todos, o casi todos. Si había algo en lo que todo el mundo coincidía, era que el principio de ese fin pasaba por la captura de aquella troika feroz y de ideología pétrea, ajena al diálogo y a la razón, que constituía la dirección de ETA. Nosotros nos habíamos acercado mucho al comité ejecutivo anterior con la detención de los más importantes: Ternera, Potros, Zarrabe... antes Txomin, Antxon, ahora Baldo, Josu de Mondragón. Pero no era, no había sido suficiente.

Hacía falta un golpe definitivo que debería propiciar una solución a lo «poli-mili», al verse la banda casi sin posibilidades de actuar. No era posible pensar en el ejemplo de los Comandos Autónomos, dada la gran masa social que apoyaba a ETA, política e ideológicamente. Más o menos un diecisiete por ciento del electorado. Y con su propio aparato mediático.

Eduardo llevaba en Franca algo más de tres años. Había recorrido varias localidades antes de instalarse definitivamente en Luz Saint Sauveur, una preciosa población, pequeña y con el aire seco de la vertiente norte de los Pirineos. En un valle desde el que parece tocarse con la mano el monte Perdido y a unos treinta kilómetros al sur de Lourdes.

Recuerdo las primeras citas, temblorosas, en Biarritz o Bayona. Después, más relajado, en una playa en continuo movimiento, pues no es otra cosa que una formidable duna, cada día un poco distinta del anterior, la de Hossegor, a la que se accede tras atravesar un extenso y cuidado bosque de álamos. Allí se sentía mucho más tranquilo. Solíamos sentarnos en una terracita frente al mar. Yo le dejaba hablar una vez que habíamos terminado los temas profesionales. Le gustaba pensar en voz alta, quizá lo que no había hecho durante mucho tiempo.

—¿Cómo están las cosas por allí? —me preguntaba.

—Pues como siempre. Además, cualquier cosa que ocurra igual te enteras tú antes que yo.

—Ya. Pero no es igual.

—¿Qué no es igual?

—Pues leerlo en un periódico, o escucharlo por la radio, a que todo te lo cuenten. —Calló un rato—. Mañana me viene a ver la familia.

—¿Todos?

—Mi mujer y mi hijo. Los echo mucho de menos. Echo de menos aquello, la comida, los bares... Aunque esto es también muy bonito. Llueve menos, pero nieva más.

Volvió a callar y siguió sin interés el vuelo de una gaviota. El día fresco pero apacible invitaba a contemplar aquellos espacios abiertos y a pensar. Allí se estaba bien. Y los problemas que a unas decenas de kilómetros más hacia el sur nos agobiaban a los dos parecían no existir.

—¿Qué piensan de nosotros en el pueblo?

—¿De vosotros? —Pareció sorprenderse. Pensó un poco y luego dijo con toda tranquilidad—: Pues piensan que sois extraños, como extranjeros. No os quieren. No os han tratado nunca porque «éstos» —se refería a los de ETA— no los han dejado, ni los dejan. No sois su policía, ni lo seréis nunca...

—Ya. Txakurras. Eso es lo que somos para ellos, ¿no?

—Pues aquí sí. Pero si van al resto de España, allí os miran con normalidad. Allí sois la policía de los españoles. Pero aquí no.

—¿Por qué? ¿Todos piensan igual?

—No. Los viejos piensan de otra manera. Porque os han tratado antes. Pero ya nadie quiere hablar de vosotros. «Éstos» vieron que algunos políticos y

la policía erais la punta de lanza de los «españoles» y además los que les hacíais frente, los que los deteníais.

Tomó un poco de café y me miró para ver qué reacción me producían sus palabras.

—Así que —yo seguía con la mirada fija en algún sitio del horizonte— aislaron a los primeros, les hicieron la vida imposible, hasta que casi todos se fueron, y luego os enfrentaron a vosotros con la gente. Erais el enemigo y el que se relacionaba con vosotros también lo era. Alguna muerte ha habido por eso.

—Y ¿tu familia?...

—Pues igual. Todo el mundo con el que se relacionan, los amigos, la cuadrilla, la gente del taller, los colegios, todos piensan igual. Allí sólo hay dos clases de gente. Los que tienen pasta y los que no. Los que tienen son del PNV, y éstos tampoco os quieren. Es decir, os quieren menos que los otros, aunque no os matan. Y luego estamos todos los demás, y el que viene de fuera a trabajar, pues en seguida se vuelven como los demás o les hacen el vacío. Y se quedan solos.

—¿Tú crees que eso ocurre en todas partes?

—En casi todas. Además, los del PNV, para evitar que si el día de mañana se llega a un acuerdo y «éstos» lo dejaran no volvierais vosotros, pues, hala, la Ertzaintza... De verdad, vosotros no seréis nunca más su «policía».

—Y si llega ese día... Vamos, si hay acuerdo y «éstos» dejan la lucha armada, ¿tú crees que los partidos no nacionalistas, el PSOE y el PP, no harán algo para que nosotros y la policía podamos...

—¿Volver a los pueblos? Nunca. Además, éstos no dicen jamás lo que piensan sino lo que les manda el partido. Vosotros también sois un problema para ellos, porque les quitáis votos. Y lo único que quieren los políticos son votos.

—¿HB también?

—También... Pero de una gente determinada, distinta a vosotros. Y de esos no quieren perder ninguno. Pero votos vuestros tampoco quieren.

Se notaba la influencia de su mujer, votante de HB, y hasta de sus hijos. Y de las largas y numerosas conversaciones que, una y otra vez, habría oído a los miembros del comando que alojaba en su casa. Lo imaginaba escuchando, pensando en otra forma de vivir, de hacer política. El que no era político. Que no era casi nada. Les miraba a los ojos sin hablar y veía lo necesitado que estaba aquel hombre de olvidar. Y de recibir ayuda. Pero era muy sincero, como quizá no lo había sido antes, o no había podido serlo. Y eso le producía bienestar.

—¿Y tú que piensas de todo esto?

lardó bastante en contestar. Quería decirme, supongo, muchas cosas, todas muy complicadas. Y también, como en otras ocasiones, un montón de ideas y proyectos que tenía en la cabeza y quería realizar. Tanto él como yo sabíamos que el tiempo era algo que no le sobraba, aunque de este tema no solíamos hablar.

—Pues no sé. Me gustaría que mi familia fuera menos política. Porque es que hasta los chicos están cada día más metidos en la movida... pero para eso esto tiene que cambiar mucho y tiene que cambiar de manera que les guste a todos, o que nadie se sienta como que ha perdido. El orgullo, ya sabes... Quizá tú puedas lograr algo...

—Qué cosas dices...

Me dejó un poco confuso aquel hombre huido, separado de su familia, con la vida hecha pedazos. Tenía que pensar en aquello que con tanta atención le había escuchado. Esperaba intrigado la nueva cita, dos días después, en la que haría entrega de la bolsa que le iba a llevar su familia.

La bolsa de Eduardo

Conforme pasaba y empeoraba su estado físico, concertábamos las citas en puntos más cercanos a su residencia, para que sus desplazamientos fuesen más cortos. Así pasamos a Peyreherade, una aldea donde a la tercera

ocasión nos saludaban la mayoría de los vecinos, hasta que definitivamente fijamos como punto de encuentro una plaza junto al mercado de Lourdes. Me gustaba llegar con tiempo para bajar a la basílica, que parece flotar y subir hasta las cimas del Vignemale, y rezar sin prisa en la gruta.

Me agradaba aquella ciudad. A pesar de que se había puesto el milagro por montera y lo había comercializado hasta la exageración. Pero uno se podía encontrar a solas con la Virgen. Y la cara de aquellas interminables filas de enfermos de todas las edades, en silla de ruedas, en camillas, con muletas, desde las decenas de hoteles que rodean el templo. Impresionaban. Eran el retrato vivo de la fe. La prueba, los miles de exvotos, de otros tantos milagros que allí ocurrieron, que salpican las paredes de aquella impresionante iglesia, de que sí, de que mueve montañas.

Dos días más tarde estábamos sentados en la parte trasera de mi coche. Los cristales oscuros impedían que nos viera la gente que a cierta distancia paseaba despreocupada. Mi conductor vigilaba desde un bar cercano sin perder detalle de cuanto se movía. Su familia le había traído una bolsa de deporte que debía pasar a otra persona y me la entregó. Estaba repleta de ropa y otros enseres similares. Hasta un envoltorio de papel con un kilo de nueces. A simple vista no había nada interesante. Me contó que había salido de la prisión de Ocaña-1. Pertenece a Juan Carlos Balerdi Iturralde, uno de los miembros del comando Éibar que nosotros habíamos detenido. No había nada anormal en que, aprovechando una de las visitas a los reclusos, sus familiares recogiesen ropa usada o vieja para arreglar o lavar.

Pero lo raro era que la bolsa había llegado a la mujer de Eduardo con el encargo de que en el plazo más breve posible se la llevara a Franca. El la guardaría hasta que alguien viniera a recogerla. Suponía que, como era habitual, ese alguien sería Zabala Mugirá, Esmeril. Éste, a su vez, la haría llegar hasta otra persona, y así hasta su destinatario final. Y esto era lo que no parecía nada lógico.

La bolsa, salvo las nueces, no contenía otra cosa que ropa usada y vieja. En un descampado fuera de la ciudad me esperaba un equipo operativo con el que en ocasiones similares habíamos examinado otros «envíos». Tenían tal maestría que, a pesar de deshacer cualquier paquete, después quedaba como si nadie lo hubiera tocado. Habían alquilado el día anterior una furgoneta

francesa, sin cristales en la parte trasera, que era donde trabajaban, para llamar menos la atención.

Les llevé la bolsa y dos horas más tarde me anunciaban que no habían encontrado nada. Todo había sido revisado, costuras, dobladillos... hasta las nueces las fueron abriendo una a una, y nada. Sólo quedaban por mirar las asas de la bolsa. Eran casi rectangulares, esquinas redondeadas y gruesas, de uno o dos centímetros de diámetro, con la consistencia del plástico.

Así que mientras uno de ellos se marchaba al mercado a buscar un puesto de nueces para reponer las que venían en la bolsa, los demás estudiaron cómo atacar aquellas asas de forma que luego quedaran igual, o al menos que no llamaran la atención del receptor.

No tenía lógica envlar a alguien de ETA unos calzoncillos y dos pares de calcetines usados aunque le gustaran mucho las nueces. Por fin, una hora y media más tarde, y con una tremenda cara de satisfacción y orgullo, el jefe de aquellos hombres me enseñaba lo que parecían ser unos folios enrollados como un cigarro que, efectivamente, estaban ocultos en el interior del asa. Eran tres, de un papel finísimo y escritos a máquina.

Y allí, en aquellos tres folios, estaba la posibilidad de que el sueño imposible dejara de serlo. Junto a la Virgen de Lourdes había empezado la cuenta atrás de la operación que propició el golpe más importante jamás sufrido por ETA. Claro que ninguno de nosotros podía imaginárselo en aquel momento.

Sin pérdida de tiempo, en la misma furgoneta se hizo una fotocopia con una pequeña máquina que teníamos para estos menesteres. Milagrosamente, encontraron nueces en Lourdes, lo que, en principio, parecía muy difícil en día festivo. Se preparó todo tal y como estaba al principio y se lo devolví a Eduardo, que me esperaba en un lugar ya convenido.

Con escaso interés, me preguntó si habíamos encontrado algo.

—Nada importante. Pero todo ayuda. ¿Necesitas algo?

—Nada. Nos llamamos. ¿Vale?

Pocos minutos después, tras despedirme de la Virgen, me dirigía con mi conductor hacia Pau. Allí tomaríamos la autopista A-67 hasta Bayona, donde enlazaríamos con la E-5 que me llevaría al puente de Biriattou, a España. Nos quedaba un largo camino de regreso, unos cuatrocientos kilómetros, en los que fui leyendo una y otra vez aquellos tres folios. El equipo de la furgoneta alquilada la devolvería y, horas más tarde, sin prisas, regresarían al acuartelamiento. Paramos a tomar unos bocadillos en una área de servicio mientras a toda máquina mi mente trazaba planes una y otra vez. Pero había tiempo. Mucho tiempo...

Al día siguiente convoqué una reunión con todos los responsables del servicio. Les hice entrega de un juego de folios a cada uno, tras haber llevado a cabo las correspondientes fotocopias e informarles muy someramente del origen y destino de los mismo, así como la forma en que habían llegado a Eduardo. Interrumpí durante dos horas aquella pequeña sesión para que leyeran con calma el contenido.

A la hora prevista, todos los mandos ocupaban de nuevo su sitio en nuestra pequeña sala de juntas. Traían caras alegres. Habían examinado los documentos y empezaron a exponer sus opiniones.

El primero contenía un informe bastante preciso, con el nombre y la dirección de un sargento de la Guardia Civil de Tarragona, que incluía también su automóvil, aunque no su matrícula, y una pequeña descripción física del mismo. Supusimos que no sería para mandarle un regalo de Navidad, así que tomamos las medidas necesarias para que la amenaza fuera anulada.

Más abajo venía un rudimentario croquis del centro de Tarragona, rodeado por la avenida de Tarraco, con la entrada a la ciudad. En él se destacaban los edificios de la comisaría de policía, un estacionamiento reservado del mismo, y el de la Guardia Civil con otro parking junto a él. Los dos siguientes folios, a modo de carta, decían lo siguiente:

Kaixo, Lagunak:

Desde la cárcel de Ocaña-I os planteamos una idea para que nos digáis hasta dónde podéis ayudarnos. Lógicamente, se trata de una fuga y

pensamos que el método del helicóptero es el mejor y más fácil, entre otras cosas porque todavía no está realmente quemado y hay que usarlo antes que los traficantes. La experiencia del helicóptero que se paseó por esta cárcel durante diez minutos (intento fallido y con nosotros en el patio) nos demuestra que hay un amplio margen de maniobra para la retirada, que se puede posar en el patio, ya que se mantuvo a menos de cuatro metros y se elevó sin problemas a pesar de ser un patio cerrado, y que toda la operación se realiza a cubierto de las garitas, pasando sobre ellas lógicamente al entrar y salir, pero sin dar tiempo material ni posibilidad de reacción a los txakurras y la total seguridad de que no nos tirarán por no saber quiénes somos y por estar en zona de casas del pueblo.

Pensamos que se puede alquilar el helicóptero con documentación de geólogo, geógrafo e incluso fotógrafo, o de ambos, para darles una cobertura profesional por cuenta de alguna universidad... etc. Sería conveniente hacer un vuelo de tanteo previo para comprobar las medidas de seguridad que pueden tomar, contactos por radio del piloto con la base... etc. En este vuelo se dirigirán a la zona sur de Madrid con la excusa de un estudio geológico o geográfico de los lindes de terrenos de la unión del río Jarama con el Tajo (que se unen en Aranjuez, a 15 km de Ocaña). De esta forma, el día de la fuga se va sobre seguro, se incomunica al piloto y se entra a Ocaña. La retirada se haría hasta Euskadi, a una zona que controlemos, aunque dependería en la medida de vuestra capacidad de respuesta.

Para este trabajo tenemos a dos personas animadas y con ganas de trabajar que están dispuestas a ayudarnos y a integrarse en la organización, por lo que les hemos puesto una serie de citas en Iparralde para que estén con vosotros. La primera cita sería el 28 de diciembre, y las siguientes el primer y tercer sábado de cada mes. Hora, LAS CUATRO DE LA TARDE Y DE SEGURIDAD UNA HORA DESPUÉS. Lugar, LA IGLESIA-CEMENTERIO DE GuÉTHARY. Contraseña: VOSOTROS PREGUNTAR: ¿TÚ ERES JESÚS? ÉL CONTESTARÁ: No, SOY JUAN. También llevará UN FOULARD-PAÑUELO NEGRO AL CUELLO.

Queremos hacerlo pronto, ya que empezamos otra vez con juicios y eso supondría retrasarlo sin saber hasta cuándo. Para ello es imprescindible que

se haga alguna de las dos primeras citas. Los legales llevarán fotos para la documentación y un plano donde recibir todo el material que necesitamos. Lo necesario sería la documentación de los legales, tres pipas para nosotros y dinero. Los pasos serán los siguientes: cita, el 28 de diciembre o el 4 de enero (sábados); recepción de material, la segunda semana de enero; primer vuelo, la tercera semana de enero, y la fuga, la cuarta semana de enero, sobre el día 22. Sabemos que es muy poco tiempo y complicado, pero nos parece importante. En el caso de que no pueda ser ahora habría que esperar como mínimo a marzo, sin contar con que surjan más juicios. Los legales estarán al tanto de todos estos detalles y estaremos en contacto contigo y con ellos así le transmitís lo que creáis conveniente, vuestras impresiones, información que nos pueda ser de interés y utilidad en este trabajo, aparte de las orientaciones y preparación que podáis dar a los legales.

En esto estamos los tres mismos de la vez anterior, aunque, según como esté la cosa, en el último momento podemos llevar a dos o tres compañeros más. Si nos hemos decantado por este método no es por comodidad, sino porque ya hemos tenido que abandonar otros proyectos ante los continuos cambios de patio y traslados.

Todavía sería posible un intento a través de las alcantarillas, pero requiere más trabajo, sobre todo exterior, más tiempo, es más peligroso y tiene menos posibilidades de éxito. Quedamos a la espera de noticias. Un abrazo.

Era una extensa carta en la que nuestro viejo conocido Juan Carlos Balerdi proponía a la dirección de ETA una fuga. En helicóptero. Y eran tres que ya lo habían intentado antes. De modo que lo primero fue averiguar quiénes eran los otros dos compañeros de aventura, de lo que se encargó uno de los oficiales.

Para la huida proponían el empleo de un helicóptero y contaban para ello con varios individuos desconocidos que los ayudarían en el arriesgado plan. Y concertaban una serie de citas entre el desconocido destinatario de la carta y éstos.

Teníamos el lugar, el día o días y las horas. También una contraseña que no podíamos oír y una señal que sí sería visible, un pañuelo negro atado al

cuello. La primera cita podría realizarse el 28 de diciembre, sábado, el día de los Santos Inocentes. Y también el de las inocentadas.

Así que lo primero que teníamos que realizar era un minucioso examen y reconocimiento del terreno. Aún faltaban tres meses para la fecha en cuestión. Poco después me traían la información que había solicitado. Efectivamente, casi dos años antes, el 29 de enero de 1990, cuando llevaban escasamente seis meses en prisión, Balerdi, «el remitente» de la carta, junto a Jesús María Echevarría y José Miguel Latasa, alias Fermín, habían protagonizado un intento de fuga que fue frustrado al ser sorprendidos. Habían serrado unos barrotes de la ventana de la celda e intentaban acceder a un patio interior que se encontraba en obras y desde el que todavía tenían bastante difícil la huida.

A Echevarría nos lo habían entregado los franceses en octubre de 1987 y de Latasa ya vimos su trayectoria como laguntzaile de Kubati, y, posteriormente, como miembro del comando ilegal Donosti, hasta que fue detenido. De modo que en Ocaña-1 habían coincidido los tres y se proponían volver a intentar la huida. Era un plan técnicamente difícil de realizar y económicamente muy costoso. Por ello precisaba de todo el apoyo de la dirección de ETA. Tenía muchos riesgos. Pero había algo importante en él. Era posible.

Y, cómo no, a pesar de las urgencias a que hacía alusión, temerosos de nuevas campañas de juicios con los consiguientes traslados de prisión, tenían su plan B. A través de los alcantarillados, aun cuando le veían más dificultades y menos posibilidades de éxito.

Once años después me hallaba yo en aquella prisión, es decir, en Ocaña-2, que está adyacente a la 1. Y casi no podía soportar el estridente sonido que una pequeña herramienta de hierro producía al frotarla contra los barrotes de cada una de las ventanas de las celdas con una periodicidad imposible de prever. ¿Finalidad? Comprobar la integridad de los barrotes. ¿Sería por aquel intento de fuga?

Aquel ruido me recordaba a otro más acompasado cuando de niño viajaba en tren con mi familia. Al llegar a una estación, un empleado de los ferrocarriles venía de cabeza a cola del mismo golpeando con un martillo

las ruedas de hierro de los vagones. Mi padre me decía muy serio que en la fábrica de los trenes habían puesto por error una rueda de madera y, claro, ahora la estaban buscando...

Tras preparar el reconocimiento de la zona y quiénes lo llevarían a cabo, y remitir a la Comandancia de Tarragona la información que le afectaba, levantamos la reunión. De todo ello se dio cuenta a la Dirección General.

A media tarde llegaba el gobernador Gurruchaga que, tras leer la carta, me preguntó qué pensaba. Casi estuve por devolverle la pregunta. Le comenté que, en principio, era un trabajo más al que veía tantas dificultades que me parecía irrealizable. Me refería a la fuga, que era lo que le preocupaba. Teníamos, en cualquier caso, la posibilidad de identificar a los miembros de ETA que iban a organizar la fuga desde el exterior de la cárcel. Y, si todo salía bien, al que acudiese a la cita que se había establecido en Franca y que, dada la magnitud del plan, podía ser un miembro destacado de la banda. Estábamos de acuerdo en que, en principio, no había mucho más y en la importancia de que nadie se pusiera nervioso ni echara las campanas al vuelo ni, por supuesto, se produjera ninguna filtración.

A solas, más tarde, le daba vueltas a aquel plan audaz del helicóptero. No era la primera vez que algo así había ocurrido, ni mucho menos. En Franca, sin ir más lejos y en algún país sudamericano. Primero, un vuelo de reconocimiento, completamente normal, con todo legal. Después, el piloto es aislado del enlace-radio con su base. Intimidado con una pistola, se le obliga a tomar tierra a una hora prefijada en el patio que se le indique en la prisión. Las edificaciones son bajas, hay varios patios y alguno muy amplio, más que un campo de fútbol. La rapidez y la sorpresa impiden reaccionar a los funcionarios, pocos en relación al número de internos. En escasos segundos, el aparato estaría otra vez en el aire con los fugados. Después se dirigirían hacia un punto elegido y preparado, donde esperarían los coches con los medios adecuados y necesarios para completar la huida. Pensarían con detenimiento los itinerarios y los sitios en donde refugiarse los primeros días. En eso, la organización era maestra. El helicóptero sería inutilizado de alguna manera rudimentaria y al piloto se le abandonaría convenientemente atado. Desde luego, era posible.

La aproximación y el alejamiento del aparato no causaría extrañeza a nadie de fuera, pues en las inmediaciones de la prisión hay un aeródromo, un campo donde se dan clases de vuelo y el tráfico aéreo es frecuente.

Con todo preparado, se visitó la zona de la cita para echar un primer vistazo, que no gustó nada. Dispuse que se repitiera el sábado siguiente a las cuatro de la tarde, para hacernos una idea aproximada del ambiente y del movimiento habitual a esa hora, aunque más adelante y con condiciones climáticas ya de invierno volveríamos a realizarlo. No podíamos permitirnos ninguna sorpresa ni dejar nada a la improvisación.

Cita en Franca

Guéthary es una pequeña villa francesa situada a unos doce kilómetros de Hendaya, primer pueblo francés al cruzar la frontera, en la carretera costera que la une con San Juan de Luz, Biarritz y más tarde con Bayona. La carretera tenía sólo tráfico local, pues la autopista E-5 la había descongestionado bastante. Aun así, la circulación estaba animada hasta primeras horas de la noche.

Las pocas casas del pueblo se arraciman alrededor de la carretera, la RN-10, que en realidad constituye su calle principal. Nada más entrar en el pueblo una estrecha calle, de suelo oscuro, conduce a una pequeña plaza donde se encuentra la iglesia-cementerio. Allí era imposible poner un hombre para vigilar, por mucho que disimulara. Hasta un gorrión llamaría la atención. Los que accedían a ella era para realizar alguna gestión en el templo. Se tomó nota de los alrededores y de los puntos de entrada y salida, así como de los dominantes situados a cierta distancia. Y se regresó a la base.

La zona era en general bastante solitaria. Pero, aunque tenía todas esas servidumbres, también tenía algo bueno. Sólo había una entrada y una salida. La calle estrecha y en pendiente.

Durante todo este tiempo, y además de los servicios de investigación en marcha, se realizaron varios ensayos, hasta elegir un despliegue con un par de observatorios a distancia, gente fuera de zona enlazada para las misiones que se les iban a encomendar, y un punto en el que se podía estacionar un

vehículo con una cámara de vídeo que, orientada hacia la calle de acceso a la plaza, grabaría el movimiento de personas que pudiera producirse.

Nuestros medios técnicos no eran nada sofisticados. Cámaras de vídeo normales que, con mucha imaginación, un equipo técnico introducía en los lugares más inverosímiles, como por ejemplo el interior del faro de un coche estacionado. Su puesta en marcha y parada, con un sencillo mando a distancia. Gemelos de uso ordinario, pequeñas grabadoras de casete de venta en el mercado. Radioteléfonos personales. Es cierto que empezábamos a solicitar material más especializado y que éste se iba adquiriendo. Pero lo que sí teníamos de gran calidad era el material humano. Nunca nadie se quejó ni de frío, calor, horario ni cansancio. Eran admirables.

La idea del servicio parecía en principio sencilla, al margen de la dificultad del punto de cita. Los capitanes Diego Bravo y J. C. configurarían dos equipos que tendrían la misión de controlar la cita, si se producía, y en su caso realizar el seguimiento del francés los unos y del español los otros. Tratarían de conseguir una dirección o lugar donde se pudiera iniciar un trabajo de identificación y localización una vez terminado el encuentro.

Y llegó el 28 de diciembre, sábado. Cada hombre estaba en su sitio y la cámara de vídeo preparada, con su objetivo cubriendo el final de aquella calle que conducía al lugar de la cita. Poco antes de las cuatro de la tarde llegó un ciclista que, sudoroso, se bajó de su vehículo y con una cadena de seguridad la afianzó al poste que soportaba una señal de tráfico. Llevaba una mochila y se dirigió hacia la placeta. Los hombres que vigilaban se pasaron una señal de alerta y la cámara empezó a grabar.

Pasó cerca de una hora sin que nadie más apareciera por el lugar cuando nuestro hombre soltó el cierre de la cadena, tomó su bicicleta, anduvo con ella unos metros, mirando en uno y otro sentido de la carretera, y, finalmente, pedaleó sin mucho entusiasmo hacia Hendaya.

No había pasado nada, ni siquiera sabíamos si aquel hombre venía de España o no. Así que se le siguió discretamente a la escasa velocidad de la bicicleta. Tampoco podía nadie dar fe de que se hubiera puesto o no un pañuelo negro al cuello. Pero todo eso era secundario, pues no se había

producido la reunión. Ahora lo importante era tratar de adivinar la identidad del ciclista. Era español y, al efectuar su entrada a Irún, entregó en el puesto de control su DNI. Hoy no hubiera sido tan sencillo al haber desaparecido los filtros fronterizos de paso de coches y peatones.

En Irún se reunió con otras dos personas que le esperaban y, tras dar unas vueltas por los bares, tomaron un automóvil Volkswagen Golf, en el que cargaron la bicicleta y emprendieron la marcha hacia San Sebastián.

A los pocos kilómetros tomaban la desviación de Rentería y se internaban en esta población donde, de nuevo, se dedicaron a recorrer unos bares mientras cambiaban impresiones animadamente. Terminado el día y el servicio, examinamos lo que teníamos. La identidad de un individuo en el paso fronterizo y la matrícula del coche en el que le esperaban dos personas desconocidas para nosotros. No estaba mal. Se llamaba Francisco José Rollán Rodríguez. Había nacido en San Sebastián el 22 de mayo de 1965. Así que tenía veintisiete años y residía en Rentería, por lo que no era extraño que se dirigiera a esta población, de la que teníamos también su domicilio. Aun cuando no estábamos completamente seguros de que se tratara de un miembro legal de ETA, aquello tenía buena pinta.

Los hombres del servicio habían hecho un gran trabajo, como siempre, aunque al objeto de ver algo mejor, aun a distancia, lo que pasaba en la plaza se varió algún punto de observación. La cámara de vídeo nos había filmado con gran nitidez la imagen del ciclista. En general, todo había salido bien.

Alguien dijo, entre las risas de los demás compañeros, que al tal Rollan, dado el día, le habían gastado una broma. Y desde ese momento aquella operación empezó a denominarse así, «Broma». Más tarde y al desarrollarse en su inicio en el país de los quesos y tener dos objetivos se la implemento con la definitiva «Operación Broma-Queso».

Había que descansar y tenerlo todo preparado para el primer y tercer sábados de mes. Es decir, para el sábado 4 de enero. Pasó la Nochevieja, el Año Nuevo, y llegó el día. Si tampoco ocurría nada, habría que esperar al tercer sábado. Para esta operación teníamos todo el tiempo del mundo.

«Operación Broma-Queso»

Ya habíamos identificado a un montón de amigos de Rollán y gente de su cuadrilla. Los que le esperaban en Irún eran su hermano Juan Víctor, un año más joven que él, y un amigo de ambos, Anselmo Olano Arbeláiz. El Golf pertenecía a otra mujer del grupo que lo tenía en trámites de transferencia. La casa de Rollán en Rentería era vigilada desde el sábado anterior.

A mediodía, todos los servicios se pusieron en marcha y cada hombre ocupó su posición en España y en Franca. Se habían incrementado los puntos de vigilancia en Guéthary, así como los equipos de seguimiento situados en todas las vías de salida de dicha población.

A las dos menos cuarto, los dos hermanos Rollán se pusieron de nuevo en marcha en Rentería, esta vez con una furgoneta, en cuyo interior llevaban la bicicleta de la semana anterior. El vehículo, un Citroën C-15 rojo, matrícula de San Sebastián, pertenecía a una empresa cárnica en la que trabajaba otro de sus amigos.

Al llegar a Irún estacionaron la furgoneta, de la que sacaron la bicicleta. Francisco José volvió a pedalear hasta el destino que ya conocíamos. Con anterioridad hicieron un par de maniobras para detectar una posible vigilancia. Uno minutos antes de las cuatro se encontraba en la calle estrecha. Ataba su vehículo al mismo poste y, con total tranquilidad, sacaba de su mochila un pañuelo negro y se lo anudaba al cuello. Ya no había ninguna duda. Era el hombre de la carta. Aquel que con los suyos debía facilitar o posibilitar la huida de los de Ocaña-1 empleando un helicóptero.

Los equipos de vigilancia, control y seguimiento se pusieron en alerta máxima y ojos ocultos y a distancia empezaron a observar todo lo que ocurría. Minutos más tarde llegó un coche con matrícula francesa 1753-TG-64. Era un Renault-19 de color blanco, que se detuvo. De él bajaron dos individuos, uno bastante más alto que el otro, que empezaron a caminar en dirección a la plaza.

Apenas sin un titubeo, no había nadie más en ese momento, saludaron a Rollán, tras de lo cual el alto regresó al automóvil y salió con él en dirección norte, hacia Bayona. A poca distancia de allí, uno de nuestros

coches, que se encontraba a la espera, fuera de las vistas y de la zona, inició su seguimiento.

En Guéthary, mientras tanto, Rollán y el desconocido, que portaba una bolsa de mano tipo mariconera, paseaban y charlaban animadamente hacia el centro del pueblo. Luego se dirigieron a la playa y, tres horas más tarde, regresaron al lugar de partida, donde se despidieron. Rollán, con su bicicleta, inició el retorno a Irún. El de la mariconera se dirigió hacia una urbanización, en la que entró ya anochecido. Se trataba de la Residencia Elizaldia, de Guéthary. Eran varias viviendas de tres plantas, en una de las cuales, poco después de que nuestro objetivo desapareciera en el porral, se encendía una luz en el segundo piso. No tardamos muchos días en averiguar que aquella vivienda, la A-3, pertenecía a Dolores Barriotet, nacida en la provincia de Badajoz, en el pueblo Granja de Torre Hermosa, con un hijo pequeño a su cargo.

La cámara de vídeo había funcionado a la perfección y otras fotográficas que también habían podido ser instaladas a lo largo del recorrido de aquella calleja. Para días sucesivos te oíamos ya otros itinerarios que controlar, como el que conducía a la playa. Ya en Ínchaurreondo, examinamos una y otra vez la película y las fotografías y las cotejamos con las que había en la sección de análisis de los numerosos miembros huidos de ETA. Esas imágenes fueron las que el ministerio cedió a las cadenas de televisión cuando todo hubo acabado.

Había disparidad de criterios entre los del servicio. Unos pensaban que se trataba de José Arregui Erostarbe, alias Fiti, a quien nosotros ubicábamos, según el último organigrama que habíamos elaborado en 1987 tras la operación de Sokoia, en el aparato político-internacional y en logística. Otros creían que se trataba de José Luis Alvarez Santacristina, Txelis, máximo dirigente del aparato político de la banda y miembro de su comité ejecutivo. No tardó mucho tiempo en que la duda quedara resuelta al conseguir de la policía francesa una fotografía bastante reciente de este último. Se trataba con toda seguridad de Txelis. Del que ahora teníamos un domicilio y un vehículo que, con otro desconocido, lo transportaba. Todo había ido demasiado bien. Como deseábamos explotar al máximo esta

operación para evitar presiones, decidí no comunicar su identidad a nadie, por el momento.

Txelis fue bautizado como Casco, ya que se le observaron varios desplazamientos en un pequeño scooter, lo que le obligaba a utilizar esa prenda de seguridad.

Plan de fuga

En aquella primera cita, Rollán le comentó a Txelis lo que tenía pensado sobre el plan de fuga, a la vez que le hacía entrega de las fotografías para la confección de documentaciones falsas. Le hizo saber que el mes pasado había recibido una carta de Echevarría desde la prisión de Ocaña-1. En junio de 1991 lo había visitado en la de Martutene, en San Sebastián, y le había preguntado si estaría dispuesto a ayudarlo a escapar de la cárcel. Contestó afirmativamente. En esta carta que le enviaba ahora le daba instrucciones para las citas en Franca y alguna idea para el plan de huida. De todo esto hablaron en aquellas tres horas de charla del primer sábado de enero. Francisco Rollan propuso a su hermano y a otro amigo la Formación de un comando legal para llevar a cabo el plan de fuga, a lo que accedieron.

Las respuestas a los internos en Ocaña-1 se las enviaban a través de un miembro del sindicato LAB llamado Juan José Latasa, que iba a visitar a su hermano Fermín. En esta ocasión les hacía saber que ya había mantenido la primera cita con Txelis y que las cosas empezaban a rodar.

El sábado 18 se entrevistaron de nuevo en el mismo lugar Txelis y el ciclista. El dirigente etarra le entregó a Rollán un millón de pesetas para la compra de diverso material que necesitaba, como planos y cuerdas, así como para gastos de viaje. Francisco Rollán, a quien llamaremos Patxi a partir de ahora, se puso en contacto con su hermano y con Anselmo Olano. Decidieron que tenían que hacer un primer viaje a Madrid para tomar contacto con lo que podía esperarles. Las vigilancias en Franca y en España se desarrollaban con normalidad.

Llevó algún esfuerzo y tiempo averiguar la identidad del hombre que al volante del R-19 blanco había llevado a Txelis a la cita de Guéthary. Se le

controló conduciendo otros coches de una empresa dedicada a la construcción, hasta que de nuevo fue visto al volante de un Citroën-BX con matrícula 1918-SP-64. Era de color azul y figuraba a nombre de Suzanne Lassalle Asris, una señora de ochenta y cinco años de edad que residía en Pau. El objetivo no era otro que su hijo Philippe, apodado Tintín, que había sido detenido varias veces por la policía francesa por temas relacionados con el mundo de ETA y los «refugiados». Los hombres encargados de su vigilancia le habían bautizado con el nombre de Taxi.

Se mantenía un delicado control sobre ambos, y así pudo observarse cómo el día 25 de enero Txelis se entrevistaba en Bidart, pueblecito situado a escasos tres kilómetros de Guéthary, en una tienda de herramientas llamada Bricobidart, con Juan José Latasa, que hacía de intermediario entre Rollan y los que esperaban fugarse, uno de los cuáles era su hermano.

Las vigilancias sobre Txelis eran absolutamente prioritarias, como sus seguimientos, y ello nos llevaba un elevado esfuerzo en número de hombres. Observamos la frecuencia con la que acudía al hotel Pyrennées, situado en la RN-10.

Mientras tanto en España, el 28, al atardecer y tras tomar un montón de precauciones para tratar de detectar si eran seguidos, Patxi y Olano se dirigieron a la estación de ferrocarril de Irún, donde subieron al expreso que tenía su salida a las once de la noche. Nueve horas y media más tarde llegaron a la estación de Chamartín, en Madrid. Fueron los últimos en bajar del tren, ya que mantenían las medidas de seguridad.

Desayunaron en la cafetería de la estación y, tras dejar en consigna una bolsa de viaje, tomaron el metro y anduvieron de un lugar a otro de Madrid sin sujetarse a orden ni método. Primero estuvieron en la Ciudad Universitaria, más tarde en la Casa de Campo, después caminaron por el barrio de Salamanca, donde visitaron varios bares, para regresar hacia las seis de la tarde a la estación de Chamartín. Recogieron la bolsa de consigna y se interesaron por los horarios de trenes con destino a Valladolid, así como las tarifas de los coches de alquiler sin conductor. Emplearon la tarde en realizar distintos recorridos en el metro hasta que, pasada la medianoche, se alojaron en un hostel de la calle del Arenal.

El día siguiente fue una repetición del anterior. Recorridos en metro, paseos por la Castellana e incluso un viaje, al que no se le encontraba explicación, a Alcalá de Henares. Luego se supo que había sido una equivocación pues a donde querían ir era, lógicamente, a Ocaña. Por la noche regresaron en el expreso nocturno a Irún y cada uno se fue a su domicilio, donde estuvieron un día entero sin salir.

El 1 de febrero, y en la forma acostumbrada, Patxi se entrevistó de nuevo con Txelis, a quien le hizo entrega de las fotografías de su hermano y del otro voluntario para formar el comando de fugas al objeto de que les preparase las documentaciones falsas. Txelis le entregó un paquete que contenía dos pistolas, cuatro cargadores y dos cajas de munición. Una vez en Rentería guardó las armas, primero en un taller y después en una bajera del padre de Olano.

A lo largo de febrero, y por indicación de Txelis, Patxi hizo varios viajes a Bilbao para hacer las primeras gestiones sobre el alquiler de una furgoneta, necesaria para poder llevar a cabo el plan. Su hermano y Anselmo se dedicaron a anotar matrículas de furgonetas iguales a la que pensaban utilizar con el fin de «doblar» las placas; es decir, colocarle unas falsas correspondientes a un vehículo del mismo modelo y color.

Patxi hizo también gestiones con un conocido, amigo de la causa, a quien preguntó si estaría dispuesto a alojar por unos días a los tres reclusos de ETA tras la fuga. Este individuo, vecino del barrio de Ínchaurreondo, le contestó que sí. No era la primera vez que colaboraba con la banda. Y sus simpatías estaban muy claras.

A continuación, Patxi redactó una nota que entregó a Juan José Latasa para que la hiciera llegar a los de Ocaña-1, en la que les informaba de que la operación se llevaría a cabo el primer miércoles de marzo. La máquina se había puesto en marcha y empezaba a alcanzar alta velocidad. El 15 se volvió a entrevistar con Txelis, quien ponía en muy serlas dificultades a los hombres que intentaban vigilarle y seguirle. Era una misión de extremada dificultad, en la que ocurría lo mismo que con Waldo, que se le perdía en numerosas ocasiones. Pero no se tardaba mucho en «recuperarle» en la urbanización conocida de Guéthary.

En esta nueva entrevista, Patxi hizo entrega a Txelis de la relación de matrículas que correspondían a determinados modelos de furgonetas, al objeto de que éste elaborara las placas con las que podían «doblar» vehículos robados o alquilados.

Txelis, por su parte, le dio las documentaciones falsas. Más tarde, y a través de quien le había prometido alojar a los huidos, recibió las matrículas falsas para los primeros pasos de la operación. También recogió un juego de tarjetas de la ITV, así como permisos de circulación e impresos para el alquiler de vehículos de la empresa Hertz.

Con todos estos detalles amarrados, la primera fase estaba terminada. Pero no había tiempo que perder, pues esperaba la gestión más importante y delicada, la del alquiler del helicóptero. El 27 de febrero se dirigió con su hermano a Bilbao para recoger la furgoneta. Fue entonces cuando se dio cuenta de que eran seguidos. Ordenó a su hermano que diera la vuelta para regresar de nuevo a Rentería. Después se trasladaron al domicilio de Anselmo Olano. Y a partir de ese momento desaparecieron, dejamos de verlos y de controlarlos.

Empezaba otra fase de trabajo para el equipo de hombres que estaba encargado de este cometido. Consistió, tras la elaboración de una completísima lista de nombres y domicilios de sus amigos y conocidos por una u otra circunstancia, en la vigilancia, lo más discreta posible, de todos y cada uno de ellos, hasta que encontráramos una evidencia de dónde podían encontrarse los tres desaparecidos. Así se conseguía superar el disgusto por el fracaso que habíamos tenido.

Mientras tanto, la misión en Franca continuaba su curso más o menos desigual. Habían recibido la noticia de la desaparición, para nosotros inexplicable entonces, de los de Rentería. Y estaban prevenidos por si aparecían por allí.

Era admirable la astucia que aquellos hombres ponían en práctica para conseguir los datos policiales que necesitábamos, como domicilios o titulares de vehículos de nuestros colegas franceses, sin que aquellos sospecharan que llevábamos en su demarcación una de nuestras operaciones. Se pedían en días distintos, por distintas personas y en

distintas comisarías, y se justificaban en investigaciones que seguíamos en España. Las relaciones eran en aquella fechas inmejorables. Y además, a la hora de la verdad, sabían que la intervención, las detenciones y el mérito del servicio eran inexorablemente para ellos.

Yo tenía cada vez más problemas con Roger Boslé, el subprefecto para la policía de la zona. Presumía de colaborar al máximo, pero con la condición de que bajo ningún concepto podían los guardias actuar en territorio francés.

Como es lógico, yo le decía que de acuerdo, y además le expresaba mi agradecimiento. Pero era muy difícil que entre sesenta y cien hombres del Servicio de Información de San Sebastián pasaran completamente desapercibidos. Había semanas en las que las llamadas telefónicas de protesta eran casi diarias. Yo salía del paso como podía. Que habían ido al cine. Que estaban de compras en sus grandes almacenes... Creo que no me creía en absoluto. Pero él tenía un deber y yo tenía otro.

Una de estas llamadas fue especialmente desagradable y a punto estuvo de provocar un incidente diplomático. Aún hoy no me explico cómo conseguí que aquellas palabras sólo quedaran en eso. Porque además fue un caso de verdadera heroicidad a la española, llevada a cabo por mujeres de Ínchaurrondo con sus hijos.

Las entrevistas de Txelis y Patxi habíamos observado que siempre se encaminaban a la playa de Gethary, donde cambiaban impresiones mientras caminaban de un extremo al otro. Saber lo que decían era para mí de vital importancia. Ya habíamos comprobado cómo se había producido la entrega de paquetes, que más tarde sabríamos que eran dinero y armas. Y por las escuchas telefónicas y vigilancias en San Sebastián no avanzábamos gran cosa.

Entonces se nos ocurrió una idea. La playa de referencia no era muy extensa. Tendría unos setenta metros. Algo más de la mitad era arena normal y el resto piedras y chinas de cierto tamaño. Con gran valor y una generosidad difícilmente evaluable, cuatro esposas de otros tantos guardias aceptaron pasar unas horas con sus hijos en la zona buena de la playa. Los niños jugaban, corrían por el tramo arenoso mientras gritaban y cantaban.

Se les explicó a las madres su cometido, quién iría allí y lo que harían. Y que nosotros, a muy escasos metros, ocultos entre unos árboles y matorrales que llegaban hasta muy cerca de la playa, estaríamos preparados para asegurar que no pasara nada. Ni un titubeo. Iban a estar a escasos metros del máximo dirigente de ETA y la respuesta de todas fue Sí. Bien orgullosos podían estar sus maridos, que montarían el servicio de protección. Yo también lo estaba.

Preparamos unos radioteléfonos con la tecla de transmisión pulsada, fijada con un papel celo. Con otro radioteléfono se podía escuchar, en su misma frecuencia y dentro de su radio de acción, a quien hablara a no mucha distancia. Se enterraron y disimularon en sitios estratégicos de la zona de piedras. Y esperamos la cita del 15 de febrero. Queríamos obligar a Txelis y Patxi a dirigirse a la zona donde estaban ocultos los aparatos al llegar a la playa y encontrarla ocupada por mujeres y niños. Y así ocurrió. Al principio hicieron un gesto de contrariedad, pero debieron de pensar que así estaban más a salvo de miradas y de escuchas impertinentes. Se marcharon a donde queríamos y hablaron, y en voz algo más alta por los gritos de los chicos y sus carreras. Yo oí lo que quería saber, o casi todo.

Cuando acabó la entrevista, los servicios siguieron como de costumbre. Tres hombres acompañaron a aquellas extraordinarias mujeres y sus hijos a casa. Antes recogieron los radioteléfonos, pero uno no lo encontraron o se les olvidó el sitio donde estaba colocado. Y allí quedó. Días más tarde, otros niños, esta vez franceses de un colegio cercano, bajaron a jugar a la playa y encontraron el aparato. Uno de ellos era hijo de un gendarme. El radioteléfono, con las baterías agotadas y el papel celo oprimiendo el pulsador de transmisión, acabó en las manos de Boslé. Una parte de mi trabajo fue soportar aquellas quejas, esta vez de extraordinaria dureza.

En cuanto tuve tiempo envié un ramo de flores con unas frases de agradecimiento a aquellas mujeres que nos dieron una hermosa lección. Aquellas damas que nos enseñaron cómo sentían, cómo amaban a España.

Desaparecidos Patxi y su cuadrilla, era sólo la línea de investigación francesa la que nos proporcionaba de vez en cuando alguna información, algún dato nuevo, que nos permitía mantener la esperanza de alcanzar un buen resultado.

En Franca, uno de los puntos que habíamos observado que frecuentaba Txelis era el hotel Pyrenées, en el que incluso guardaba su pequeña motocicleta. Reunía serlas dificultades para su vigilancia, sobre todo cuando aquél se citaba con alguien o pernoctaba en su interior. Por ello decidí que con cierta periodicidad se alojara en el establecimiento una pareja del Cuerpo, simulando ser un matrimonio de turismo, lo que no era demasiado extraño. Desde hacía tiempo sospechábamos, por las declaraciones de hombres importantes de la banda, que algunos de los jefes de ETA se reunían con ellos en un hotel cercano a Bayona. Quizá fuera éste.

En no mucho tiempo se llegó al conocimiento de que Txelis tenía siempre reservada una habitación, la 10. Por eso no avisaba de su llegada y en numerosas ocasiones pasaba allí la noche. Tampoco, en estas circunstancias, bajaba nunca al comedor, sino que pedía a la cocina lo que necesitaba, tanto de comida como de bebida. El 22 de febrero pasaba por el hotel Lassalle, que en esta ocasión conducía un R-5 y permaneció conversando con el jefe etarra unos quince minutos. Después marchó a San Juan de Luz. Solía hacer casi siempre un montón de maniobras encaminadas a detectar si era vigilado. En esta población aparcó su coche sin descender de él. Pocos minutos después, alrededor de las doce y media de la mañana, pasaba por allí Juan Cruz Idígoras, conocido miembro de HB. Al verle, Lassalle descendió del vehículo y se dirigió hacia él. Se saludaron muy efusivamente y hablaron durante unos treinta minutos. Se despidieron y Lassalle se dirigió a su domicilio en Ascain, que ya conocíamos.

El día anterior había llevado al hotel a la pareja de periodistas de Egin Javier María Salutregui Menchaca y Teresa Toda. Estuvieron en la habitación de Txelis, la número 10, desde las 13 horas del 21 hasta las cinco de la tarde del domingo 23. No conseguimos datos de aquella reunión, aunque pocos días después los periodistas eran ascendidos a director y subdirectora, respectivamente, del desaparecido diario.

Otro de los lugares que con cierta periodicidad había visitado Txelis era un caserío situado en el pequeño pueblo de Arcangues, muy cercano al de Guéthary. Se llamaba «Txantxangorrla». El 15 de febrero había permanecido veinticuatro horas seguidas en esa casa. También su forma y construcción nos recordaba descripciones hechas por etarras detenidos.

Conocíamos toda el área en la que se movía Álvarez Santacristina y la identidad de alguno de sus ayudantes. No debería pasar mucho tiempo antes de que se reuniera con el resto de los que formaban la cúpula de la organización. La troika directiva, que era el colectivo Artapalo, formado por él mismo, Francisco Mágica Garmendia, Paco, y Arregui Erostarbe, Fiti. Así que pensé que había llegado el momento de tener una primera conversación con Regis Abrivat, comisario jefe de la Policía Judicial de Bayona.

Fue entonces cuando recibí una llamada urgente para que me presentara en el ministerio al objeto de informar al ministro. Veinticuatro horas más tarde me encontraba en su despacho, en el paseo de la Castellana de Madrid, visionando el vídeo de las entrevistas en Gethary ya comentadas. Previamente, le había puesto al tanto de cómo estaban las cosas y de que había pensado tener una primera reunión con el comisario francés. El ministro asentía mientras oía mis explicaciones y planes. De pronto preguntó:

—¿Estás seguro de que es Txelis?

—Completamente.

—En ese caso, yo también hablaré con el ministro francés. Suerte.

Regresé a Ínchaurreondo tras poner al director al tanto de la entrevista con Corcuera. Roldán me avisó de que estaría conmigo el día de la intervención. Todo esto ocurría el 4 de marzo.

Repasé con los capitanes Bravo y J. C. todos los datos que teníamos. El domicilio de Txelis, el de Lassalle, incluido el de su madre en Pau, por si fuera necesario su registro. El caserío Txantxangorrla en Arcangues, y un piso en otra urbanización de Bayona, llamada «Les Pastorelles», que, junto al hotel, eran los lugares más frecuentados por Txelis. Más tarde comprobaríamos que este piso venía a ser una especie de oficina o lugar de trabajo del miembro de ETA

Mientras el capitán J. C. permanecía sobre el terreno al frente de todos los servicios de control y seguimiento, envié a Bravo a entrevistarse con el comisario francés, Regis Abrivat, con instrucciones muy precisas sobre lo que debía y podía informarle.

Txantxangorrla

Le podía decir que teníamos conocimiento de que la dirección de ETA iba a reunirse en un caserío de su demarcación. Este caserío podría ser Txantxangorrla. Pero desconocíamos el día, que nos sería comunicado de forma confidencial. Necesitábamos que estudiase sus alrededores y sus características sin aparecer por allí para no levantar sospechas. Y que tuviese preparado un dispositivo para intervenir en el plazo más breve posible de tiempo desde que se comunicara que se estaba celebrando la misma. Ni siquiera sabíamos si en aquel caserío se celebraría alguna reunión. Pero así teníamos alertada y preparada a la policía francesa y no era del todo mentira. El comisario tragó saliva. Toda la dirección de ETA. Nosotros jugábamos un farol para presionarle. Pero merecía la pena.

Se comprometió con lo que mi capitán le había solicitado y varios días después me envió un espléndido juego de fotografías aéreas del caserío que había realizado a gran altura un avión del Ejército del Aire francés. Convenientemente apiladas, se observaban todos los caminos y vías de acceso, así como los detalles de su interior. También me comunicaba que sus superiores estaban al tanto de la operación y que contábamos con todo el apoyo necesario. Ya tenía preparado un plan de intervención tan pronto le avisase

Nos entendíamos estupendamente. Regís era un magnífico policía y también un excelente amigo. Nuestra situación había mejorado, habían cesado las quejas casi diarias del subprefecto y podíamos movernos con la seguridad de que los policías franceses no aparecerían, pues al desconocer personas, itinerarios, vehículos y costumbres, podrían poner en peligro la operación.

De pronto, el 15 de marzo parecieron precipitarse los acontecimientos. Lassalle había realizado el día anterior un viaje de ida y vuelta a París que no habíamos podido controlar. A media mañana se dirigió al hotel, donde recogió a Txelis, y juntos se dirigieron al caserío de Arcangues, al que llegaron alrededor de la una de la tarde. Media hora después lo abandonaba el francés. En el interior, además de varios automóviles no vistos antes, se observaba una actividad inusual. Los oficiales me comunicaron telefónicamente la situación con todo lujo de detalles. Aquellos vehículos tenían matrículas que no eran de aquel distrito, el 64. Por el timbre de voz sabía lo que deseaban que yo les dijera. Y así lo hice.

Deberían ponerse inmediatamente en contacto con el comisario francés, a quien yo iba a llamar a continuación para pedirle la intervención inmediata. La operación quedó fijada para las seis de la tarde. Avisé al gobernador, que lo comunicó al ministerio, y llamé a Roldan, que se encontraba en Navarra. A la hora prevista y con la mayor discreción y celeridad posibles, el dispositivo previsto por el francés se puso en marcha con una operación previa de cerco al caserío que no llegó a completarse pues, poco antes de las siete de la tarde, abandonaban la casa a gran velocidad dos de los vehículos desconocidos que habían llamado nuestra atención. Informado como estaba al segundo, ordené al capitán que pidiera al comisario la urgente suspensión de la acción. Se llevó a cabo de una manera un tanto irregular, como había sido también el inicio. Algunos policías se habían cruzado en su aproximación con los vehículos que habían abandonado el caserío.

Quizá había faltado un poco de corazón por parte francesa. Pensé que había que dar otro paso más y así lo hicimos. Mis dos capitanes volvieron a entrevistarse con Regis, pero esta vez llevaban toda la documentación y toda la información que habíamos acumulado durante aquellos tres últimos meses. El comisario agradeció nuestro gesto y prometió que lo ocurrido el día 15 no volvería a pasar. Se le veía sin ningún tipo de recelo. Aceptó sin reservas que fuese yo quien tomara la decisión de la intervención, dado que tenía más elementos de juicio. Como siempre, el mérito sería para él y sus hombres, cosa que jamás le discutimos. Después se reunió conmigo y todo quedó claro y con pleno acuerdo.

El sábado 28 observamos movimientos que nos pusieron en alerta. Sobre las doce de la mañana salía de su domicilio Lassalle y se dirigía a Bayona, a Les Pascorelles, donde permaneció pocos minutos. Desde allí se trasladó a Gethary, a la vivienda de Txelis en Elizaldia, de donde salieron juntos sobre la una y tomaron la dirección de Bidart, Lassalle en su coche y detrás Txelis en su moto. Durante el recorrido hicieron las consabidas y extrañas maniobras de seguridad y luego se separaron, seguramente al comprobar que no eran seguidos. El francés desapareció mientras que el etarra se dirigía hacia un caserío cercano a la tienda de Bricobidart al que se accedía por un camino llamado «Ene Mañea». En este lugar permaneció hasta las cinco y media de la tarde, hora en que lo abandonó en un coche Peugeot 205 blanco, conducido por una mujer. Se dirigieron al piso de Les Pastorelles, quizá a recoger algún documento, y después, por itinerarios absurdos pero que ya no nos extrañaban, regresaron al caserío, donde pasaron la noche.

El caserío era para nosotros desconocido. No tardamos en averiguar que se llamaba «Xilocan» y que su propietario era un veterano nacionalista vascofrancés llamado Mathieu Tuya, así como que la mujer que había acompañado a Txelis en su desplazamiento de la tarde era su hija Gaxuxa.

Era imposible adentrarse por el camino sin ser detectados, sobre todo desde los almacenes de Bricobidart, tan visitados por Txelis. A la vista de la situación y para que no ocurriera como en la anterior ocasión, pusimos también en alerta a los franceses. Contaban ya con su unidad operativa, el RAID, similar a nuestra LJE1.

El domingo 29, la actividad comenzó muy pronto. A primera hora de la mañana, Lassalle, conduciendo un Peugeot 309, salía de su domicilio y se dirigía hacia la localidad de Anglet, donde no se detuvo. Hizo unos recorridos y cambios de dirección absurdos, tomó la carretera RN-10 y estacionó el coche en un pequeño ensanche de terreno junto a la carretera que une Hendaya con Anglet y Bayona. Pocos minutos después llegaban dos coches, un Opel Corsa y un Ford Escort, ocupados por dos personas cada uno. Descendieron del coche y se saludaron entre sí; cambiaron impresiones durante un corto espacio de tiempo, tras lo cual el pasajero del

Opel se subió en el coche de Lassalle y los tres vehículos se pusieron en marcha en dirección a Bidart, a escasos diez kilómetros de allí.

Al llegar a la altura de los almacenes Bricobidart, Lassalle, con su desconocido pasajero, paró en el aparcamiento mientras los otros dos coches entraban en el caserío. Descendió uno de los dos individuos que iban en el Ford, que pasó al interior, mientras que los otros dos vehículos abandonaban la casa en distintas direcciones. A continuación hacía lo mismo Lassalle, tras aquella maniobra claramente de protección. Llevó a su pasajero a la puerta del caserío Xilocan y después se marchaba en dirección a Bayona.

Eran las dos de la tarde y a esa hora teníamos en aquel caserío a Txelis, que había pasado allí la noche, y a dos individuos que habían venido de lugares desconocidos con vehículos y conductores anónimos y guiados por Lassalle, lo que quería decir que desconocían la zona. A las cuatro de la tarde, el capitán J. C., que se encontraba junto al caserío, me comunicó todos estos detalles.

En aquel momento vi la situación clara. Cristalina. Y di la orden de intervenir. El comisario francés preguntó a mi capitán si estaba seguro de la identidad de los allí reunidos. Al noventa por ciento, le contestó. A mí me había dicho al ochenta. Pero además, durante el tiempo en que Lassalle había estado detenido en el aparcamiento de los almacenes para dar protección a los otros coches en su entrada al caserío, uno de nuestros hombres había observado que el pasajero que había subido a su vehículo en el punto de cita de la RN-10 le estaba echando una bronca monumental. Y este individuo se parecía bastante a Pakito.

Comuniqué todas estas noticias al gobernador y a mi director que, como en la ocasión anterior, se encontraba en Pamplona. Me dijo que se ponía en marcha en ese momento y cuarenta minutos después entraba en mi despacho, desde donde seguimos, junto al gobernador, el desarrollo de los acontecimientos al segundo.

A las seis y media de la tarde de aquel 29 de marzo de 1992, la caravana policial francesa, con la sección del RAID y seguida por los hombres del Servicio de Información de San Sebastián, llegaba a Bidart. Al punto de

intervención. En escasos segundos, el caserío Xilocan estaba rodeado por los hombres de la unidad de intervención mientras los demás tomaban posiciones a poca distancia.

Con un megáfono se ordenó la salida al exterior de cuantos se hallasen dentro del caserío, así como su entrega a la policía. No hubo ninguna respuesta, por lo que se llevó a cabo el asalto y penetración en el interior. A los pocos minutos sacaban detenido al matrimonio Tuya, propietarios de la casa, mientras la mujer gritaba desaforadamente. En ese momento y en medio de la pequeña confusión que las voces de la mujer habían creado, un hombre de mediana edad, canoso y con bigote, salía a la carrera repitiendo en voz alta «Pólice, pólice», a la vez que mostraba en la mano una placa que luego se vio que era falsificada. Un agente del RAID le cortó el camino. Le propinó un culatazo con su arma, que lo derribó al suelo. Sangraba y hubo de ser asistido allí mismo. Se trataba de José Arregui Erostarbe, Fiti, responsable de los comandos y una de las tres patas de aquella operación. Los hombres de Información, con sus dos capitanes, no perdían ni un detalle y observaban el desarrollo de la intervención. Tuvieron que exigir un registro completo del caserío cuando a los pocos minutos un agente francés salía de la casa y decía que no quedaba nadie más. Los agentes del RAID penetraron de nuevo en la vivienda. Esta vez los seguían mis dos capitanes, y en la planta superior, en una habitación, descubrieron semiescondidos a otros dos individuos que rasgaban desesperadamente unos papeles y a continuación los arrojaban a un retrete.

Sin pérdida de tiempo fueron inmovilizados y maniatados por los franceses, mientras el capitán Bravo se arrojaba sobre el wáter. Y, sin pensarlo un momento, introducía la mano impetuosamente en el mismo y lograba rescatar bastantes de aquellos tozos de papel escrito antes de que la vorágine del agua los arrastrase. Más tarde fue levantada la taza y se hallaron algunos trozos más. Pero los rescatados por mi capitán eran muy importantes. Ya en comisaría, uno de aquellos policías franceses le comentaba admirado a Bravo:

—Yo no hubiera sido capaz.

Y fue entonces cuando aquel oficial, que ya había perdido un dedo de un balazo en la detención del comando Donosti en Morlans unos meses antes,

el 17 de agosto del año anterior, con voz grave y serena le contestó:

—Es que estos papeles pueden salvar alguna vida en mi país.

Él perdía la suya en un estúpido y maldito accidente de circulación el año 2004, cuando yo estaba preso en Ocaña-2. Sólo pude escribirle una carta a su esposa, Eva, para que supieran sus hijos lo que pensaba de su padre. Lo que había sido su padre.

También lo hice así con la del comandante Gonzalo Pérez, mi antiguo teniente. No me dejaron ir a sus funerales, y eran para mí tan queridos como mis hijos. Éste había muerto días después de mantener un duro enfrentamiento a tiros con un grupo terrorista en Iraq.

Los dos últimos detenidos no eran otros que Francisco Música Garmendia, alias Paquito, y nuestro ya viejo conocido José Luis Álvarez Santacristina, alias Txelis. Tenían el rostro desencajado por la ira, la rabia y la incredulidad de haber sido detenidos los tres. Toda la dirección había sido apresada. ETA acababa de ser decapitada. Arrápalo había desaparecido. Una vez abajo, los detenidos fueron introducidos en sendos vehículos y conducidos a la comisaría de Bayona. El capitán Bravo me llamó y me comunicó todos los pormenores de la operación hasta ese momento. Aún quedaba mucho por hacer.

Escuchaba en silencio, con la máxima atención, mientras notaba clavadas en mí, con ansiedad, las miradas de Roldán y Gurruchaga. Colgué el auricular y miré a mi director.

—Director, Paquito, Fiti y Txelis han sido capturados, la operación aún no ha acabado.

Sin decir una palabra y con los ojos muy abiertos tomó el teléfono de seguridad y marcó un número. Cuando le descolgaron dijo:

—Ministro, bingo. Paco, Txelis y Fiti, detenidos.

Después me abrazó. Nos abrazamos los tres. Eran las siete menos diez minutos de aquella tarde en la que un sueño, el mío, el de mis hombres,

seguramente el de todos los españoles de buena fe, se había realizado. Recordé entonces en silencio una reunión general de Información, de la mesa antiterrorista, como se llamaba entonces. Acudían todos los políticos. Vera, delegado y gobernadores y directores generales, más los responsables de la policía y Guardia Civil. Fue antes de las Navidades, a finales de diciembre y en Bilbao. Cada uno expuso las operaciones que llevaba en marcha y luego un análisis de cómo veía la situación. Todos escuchaban las exposiciones en silencio y tomaban notas. Después, en una segunda ronda, se hacían preguntas sobre cualquier duda que se tuviera.

A punto de acabar la reunión, Vera nos informó que una agencia suiza había ofrecido la localización de Paquito para su detención. Pedía dos mil millones de pesetas que no se harían efectivos hasta que el jefe etarra no estuviera en poder de las autoridades competentes. Quería saber nuestra opinión. Supuse que detrás de aquella agencia de detectives o lo que fuera estaría Ángel Guerrero, un hombre práctico y útil, de una gran eficacia.

Todos dijimos que sí. Era mucho dinero, pero Francisco Mágica también tenía su miga, y además no había en principio nada que perder, pues se pagaría después de detenido. En la operación de Bidart no cayó Paco solo, sino los tres jefes, y no costó ni un céntimo. Ni siquiera los ramos de flores, que nunca han sido tan merecidos.

En Bidart continuaban los acontecimientos. A las siete y cinco, el coche de Fiti, el Ford Escort, apareció para recoger a su importante pasajero y los que montaban guardia en el dispositivo exterior de seguridad lo dejaron pasar. Ya no pudo escapar. Fue detenido en la puerta del caserío. Diez minutos después ocurría lo mismo con el Opel Corsa de Pakito y su conductor, un tal Peio Langou.

Lassalle-Astis salió de su domicilio en Ascain muy nervioso ya que había oído en la radio que se habían producido las detenciones en Bidart. En seguida se dio cuenta de que era vigilado y aceleró su coche, el Peugeot 309, para escapar. Uno de los automóviles de los hombres de Información le embistió y facilitó así su captura por parte de la policía francesa.

En la comisaría de Bayona se había organizado una distribución de trabajo para el estudio y rápida explotación de la documentación que se había

incautado no sólo en Xilocan sino en las otras direcciones controladas: en la habitación del hotel, en las residencias Pastorelles y Elizaldia y en la casa de Lassalle. También había que echar un vistazo en Bricobidart y en el caserío Txantxangorrla. Alguien empezó a ocuparse de un ordenador que pertenecía a Txelis. La información operativa se fue explotando en Franca en el transcurso de los meses siguientes.

La documentación determinaba con precisión los planes que ETA tenía prácticamente ultimados para llenar de sangre los dos importantísimos acontecimientos que se iban a celebrar aquel año en nuestro país, en Barcelona y en Sevilla, sin olvidar Madrid. Más o menos se resumía en una feroz campaña de atentados indiscriminados y convertir las cárceles en un auténtico polvorín con motines perfectamente sincronizados con toma de rehenes.

También se supo que para los más importantes miembros de la banda el obispo Setién era la persona adecuada para, en su representación, dirigirse al Gobierno al objeto de conseguir una nueva mesa de negociación.

Asimismo figuraban abundantes nombres. Unos eran simpatizantes que iban a ser captados; otros formaban parte de los extorsionados con el impuesto revolucionario, y los últimos como objetivos de atentados. Un documento hizo que los guardias civiles se miraran con un gesto de complicidad, sin hacer ningún tipo de comentarlos. No era otro que la carta fotocopiada el mes de septiembre que iba oculta en aquella bolsa de ropa usada que había salido de Ocaña-1.

Sobre las ocho de la noche, la noticia estaba en las emisoras de radio y televisión. Se montaron ruedas de prensa precipitadas en España y en Franca que llenaron de estupor y de desagradable sorpresa a los hombres, franceses y españoles, que habían hecho posible aquel servicio. Los galos se adelantaron y presentaron el asunto como una extraordinaria operación planificada y llevada a cabo por Roger Boslé, el de las quejas. Y el ministro francés de Interior cuadró el círculo al afirmar que las detenciones se habían realizado al entrar en Franca los cabecillas etarras procedentes de España.

En nuestro país, al día siguiente, no se quedaban muy atrás al afirmar nuestro ministro que las pistas para la detención del grupo Artapalo se

habían obtenido de una agenda perdida por el etarra José Luis Urrusolo en una cabina telefónica de Cataluña. Fue algo muy doloroso para nosotros, pues jamás comprendimos la falta de sensibilidad de Corcuera. También para mí, que nunca quise preguntarle el porqué. Mucha gente pensó en pedir destino y marcharse fuera de allí. Tal era su indignación, pues no habían tenido en cuenta ni siquiera el riesgo voluntario de aquellas mujeres y sus hijos.

En su momento se me hizo llegar la explicación de que era para enemistar a Urrusolo con los jefes de ETA. ¿Con qué jefes? Ya no había jefes. Parecía dolerles reconocer públicamente el esfuerzo y el sacrificio de la Guardia Civil.

Una periodista de un importante diario español, que siempre había sido bien recibida en Ínchaurreondo y tratada con suma cortesía, como los demás, nos correspondió días después con un trabajo en la contraportada de su periódico en el que, junto a una fotografía del subprefecto Roger Boslé, figuraba un gran titular que decía: EL HOMBRE QUE CAPTURÓ A ARTAPALO. Algunos de los guardias lo consideraron una verdadera bofetada. Boslé fue quizá el único policía francés que nunca supo nada de la operación hasta cinco minutos antes de las detenciones.

Tras realizar una infinidad de llamadas telefónicas, el director y yo salimos hacia Bayona, donde nos esperaba el comisario Abrivat, su jefe, Montoux, y Roger Boslé. Nos felicitamos y el subprefecto nos invitó a una copa de champagne en un hotel cercano a comisaría. Brindamos y, con gran desparpajo, me dijo:

—Porque continúe nuestra colaboración.

No me sorprendió, pues ya le conocía. Pedí ver a Múgica Garmendia y, acompañado por el comandante Q., destinado allí como coordinador, me llevaron a donde se encontraba. Era una pequeña habitación y estaba sentado en una silla en uno de los rincones. Lo vigilaban una pareja de policías. Tenía aspecto infantil, empequeñecido y asustado. Se descompuso un poco al mirarme, quizá pensó que nos lo íbamos a llevar a Ínchaurreondo. En ese momento, mientras recordaba innumerables escenas de dolor y muerte, el comandante Q. le dijo:

—Ya no vas a matar más niños en nuestros cuarteles.

El, con visible temor, bajó la cabeza, intentando cubrirsela con las manos esposadas, a la vez que decía:

—Yo no sé nada de eso... No sé nada.

La pareja de policías franceses no debieron de entender aquel corto diálogo en español, pero se inquietaron al ver la reacción del detenido. Años más tarde tendría que hacer frente en España a todas sus responsabilidades. A pesar de la fama de Paquito entre los liberados, aquella documentación demostraba que el verdadero número uno, por su capacidad de influencia, era Txelis.

Mientras se recomponían los trozos rotos que habían intentado hacer desaparecer en el caserío Paco y Txelis, se iniciaban los registros y detenciones en diferentes puntos. En las primeras horas se entró en once domicilios y fueron apresadas diecinueve personas, de las que diez ingresaron en prisión. Luego se produjeron una serie de detenciones que completaron aquella caída de Bidart. El 28 de abril era arrestado en el aeropuerto de París Roissy, cuando pretendía huir a México, el tesorero de la banda, Sabino Euba, alias Pelo Pintxo. El 4 de mayo, otro histórico militante, José Luis Ansola Larrañaga, alias Pello el Viejo, y otros cinco etarras fueron arrestados en la Bretaña francesa. El 31 de mayo les tocaba el turno a Iñaki Bilbao Beascochea, alias Iñaki Lemona, y Rosario Picabea Ugalde, alias Errota, en Bayona, cuando intentaban rehacer la dirección de ETA. El 6 de junio caía en París Miguel Gil Cervera, alias Kurica, y Luis Iruretagoyena junto a un taller electrónico encargado de la fabricación de detonadores y espoletas. El rosario de detenciones se prolongó durante todo el año siguiente, en el que también se descubrió un formidable depósito-fábrica de armas.

Cuando regresamos a Inchaurreondo me avisaron que el ministro Corcuera estaba de camino y que llegaría a media mañana. Tras saludarme calurosamente me dijo:

—Vamos a hacerte general inmediatamente.

Aunque agradecí sus deseos, le expliqué que no era posible, que hacía falta reunir unas condiciones, como la de llevar dos años de coronel —y yo apenas llevaba dos meses—, además de superar un curso, estar en el primer tercio de la escala de los de este empleo y tener las condiciones de mando cumplidas. Eso, además de no existir circunstancias negativas, como arrestos o similares. Aunque con cincuenta y tres años tenía todavía tiempo. Él insistió.

—¡Pero cómo! ¿Que no podemos ascenderte a general? No es posible.

Después felicitó a los componentes del Servicio de Información y comió con todos nosotros. De mirada franca y gesto enérgico, en el trato privado se convertía en un hombre llano y entrañable, como dice nuestro reglamento, en un político sin bajeza. No estuvo muchas veces Corcuera en nuestro acuartelamiento, pero ésta, que todos recordaron, dejó un buen sabor de boca, pues saludó a cuantos guardias había y a sus familias.

Una semana después de aquel 29 de marzo, el secretario de Estado invitó a todos los mandos franceses a una reunión en Madrid, a la que fui citado junto a otros miembros de la Guardia Civil y de la policía. Consistió en una retahíla de agradecimientos a nuestros vecinos. No hubo una sola referencia al Servicio de Información de San Sebastián. En silencio y con amargura, lo acepté pensando que era el peaje que había que pagar para que su celo y colaboración no disminuyeran.

Durante el almuerzo continuaron las alabanzas en un tono que me hizo imposible continuar ni un minuto más allá, quizá por un exagerado y equivocado sentido de la dignidad y amor propio. Así que me levanté, puse como excusa que mi avión no me permitía disponer de más tiempo y con un gesto me despedí del secretario de Estado, de Boslé y de mis amigos franceses. Entonces, y aun cuando no habíamos terminado el primer plato, Vera pidió una botella de champagne, me rogó que esperara un minuto más y brindó por el Servicio de Información de Ínchaurrondo. Tras el brindis, todos los franceses, como un solo hombre, se levantaron y con emoción despidieron mi salida con un cerrado aplauso, que llevé a los que seguían trabajando en el norte, a cuatrocientos sesenta y cuatro kilómetros.

Cuarenta días después de Bidart, Eugenio Echebeste, Antxon, deportado en Santo Domingo tras el fracaso de las conversaciones de Argel, afirmaba: «Bidart ha puesto definitivamente al descubierto la recta final de este laberinto y la firme resolución alcanzada por el concierto internacional. Es la penúltima vuelta al torniquete del garrote vil aplicado contra ETA.» Él y la mayoría de los históricos y los militantes ahora desperdigados consideraron que aquella acción supuso el final, la derrota de la banda. También lo creímos mis hombres y yo mismo. Lo que siguió fue «otra cosa». Otra «ETA» que nunca alcanzó la técnica, la organización, la seguridad ni la capacidad de la otra. Con orgullo y con razón se decía que habíamos acabado con ella.

La política, los políticos, tuvieron ante sí una ocasión de oro; sí, jamás habrá otra como aquélla para haber puesto el broche final. No supieron o no pudieron hacerlo. Pero ése no era mi problema, aunque cuando se me pidió hice saber mi pensamiento, que no fue tenido en cuenta. Entre los ríos de tinta que se escribieron en diarios y revistas con motivo de la desarticulación del colectivo Artapalo, así como un sinfín de comentarlos y opiniones, quizá alguna excesivamente optimista, el entonces consejero de Interior, Atutxa, consideraba que «había que ser prudente y seguir trabajando en la misma línea». El presidente González, de quien no recibimos unas palabras de felicitación, opinaba por su parte que era «una actuación de gran trascendencia, pero no el fin de ETA». En Ínchaurreondo y en otros muchos sitios se pensaba que sí debía haberlo sido. HB afirmaba que «mientras las aspiraciones de este pueblo no sean satisfechas, habrá nuevos Artapalos».

El mes que finalizaba había dejado una gran y esperada noticia: la seguridad de que las Olimpiadas y la Exposición de Sevilla podrían celebrarse sin ningún problema, sin ninguna novedad, como así ocurrió.

Fue un momento en que pensé de nuevo en mi marcha de Ínchaurreondo. Llevaba allí doce años y creía que aquel prurito de la promesa estaba cumplido. Estaba cansado de despedir y dar la bienvenida a tanta gente.

Por la zona habían pasado nuevos mandos. Al general Albiñana le sucedió Antonio Sánchez Hernández, a quien había tenido de profesor en la Academia de Madrid y como jefe en Bilbao cuando llegué a San Sebastián

en 1980. Después vino Pascual Navarro Cano, que en pocos meses fue reclamado por Madrid y acabó al frente del Servicio de Información, en el que hizo un magnífico trabajo. Y a él le sucedió mi buen amigo Primitivo Seivane, que tampoco duró mucho, pues sus conocimientos de economía eran muy necesarios para la Subdirección de Apoyo.

En el Tercio había ocurrido más o menos lo mismo. Al coronel Pérez Navas le siguió el hasta entonces jefe de la Comandancia de Bilbao, Lull Catalá, y a éste José Pantojo Romero, que más tarde, al ascender a general, también ocuparía la jefatura de la zona de Logroño. Cuántos ratos amargos han venido a compartir conmigo.

Yo ya me consideraba como un trasto de la Comandancia, casi inservible, siempre dispuesto a recibir y a parar los golpes, tan numerosos como injustos, dirigidos a la unidad. Respecto a mis oficiales, y no digamos los suboficiales y guardias, es imposible precisar cuántos habían ido y venido en aquellos años. Era muy agradable recibir llamadas o noticias de cualquiera de ellos. Como también el saludo cariñoso, fuera de Guipúzcoa, de algún miembro del Cuerpo, que se me acercaba y con gran alegría me decía: «Estuve con usted de tal a tal año.» Yo, en más de una ocasión, les mentía al contestar: «Ya te recuerdo», pero era completamente sincero al abrazarlos.

Comando Askatu

Aún buscábamos a Rollán y compañía, que habían desaparecido tras aquel viaje de Rentería a Bilbao, donde tenían previsto recoger una furgoneta de alquiler. En aquellas fechas tuvo lugar un acontecimiento que nos hizo temer por el resultado de toda la operación, tanto en su parte española como en la francesa. Fue la filtración a la prensa por parte de algún escalón desconocido del ministerio que se preparaba un comando en Guipúzcoa con la intención de liberar a un grupo de presos de ETA internos en la prisión de Ocaña. La lectura de la noticia debió de confirmar a Patxi y los suyos la sospecha de que eran vigilados y no se los veía por ningún lado, hasta el punto de que empezamos a pensar que habían conseguido huir a Franca para, ya convertidos en liberados, volver a España en cualquier momento formando parte de un comando.

Nunca supimos quién fue el responsable de que esta información viese la luz en un periódico ni con qué finalidad. Pero ninguno de nosotros dudó de que lo que perseguía era innoble.

Manteníamos en cualquier caso la vigilancia día y noche en los domicilios de todos aquellos que habían mantenido una relación con los desaparecidos, a la vez que intentábamos captar alguna información en el entorno familiar y de trabajo.

Abril nos sorprendía con la noticia de que Franca iba a extraditar a Juan Lasa Michelena, Txikierdi, el histórico jefe del aparato militar y de los comandos en la época de Txomin. No era más que un gesto de los franceses, quizá estimulados por lo ocurrido en Bidart. Esta era, a gran escala, una de las medidas que yo había aconsejado. Otra se refería a los presos.

HB salió de inmediato a los medios y calificó la extradición como un atentado al camino del diálogo. Camino que ellos no hacían más que dinamitar una y otra vez. El 7 de abril, ETA, o lo que quedaba de ella, reafirmaba en un extraño e impropio comunicado su «inalterable determinación para la lucha». De todas maneras, aquella extradición, la primera importante, se produjo y Lasa Michelena ingresaba en una prisión española el 10 de abril.

Una extraña circunstancia muy comentada en aquel mes de abril, dada la situación creada con la captura de la dirección de ETA, fue un escrito de Jonan Fernández, portavoz de la Coordinadora Lurralde que había conseguido el cambio de trazado de la autovía con Pamplona. Era un militante destacado del nacionalismo abertzale en una línea de cierta moderación. Aún hoy, trece años después, ese escrito merece al menos que lo recuerde. Y que cada uno deduzca su propio juicio u opinión. Dice así en alguno de sus párrafos:

«El Gobierno y ETA deben sentarse a dialogar. ¿Por qué se deben sentar a dialogar? Porque con el sólo hecho de sentarse a dialogar se abren posibilidades imposibles de imaginar en la incomunicación. ¿Para qué? Para hablar. ¿Para hablar de qué? Para hablar de todo, para hablar del pasado, del presente y del futuro, que hagan propuestas y contrapropuestas,

y contrapropuestas a las propuestas contrapuestas, que las maticen después, que las afinen, que discutan el contenido, la forma, el estilo, el conducto... y que lleguen a un acuerdo. Que lo propongan después a los partidos, a las instituciones, a los agentes sociales, y sobre todo que lo propongan a la sociedad y a los ciudadanos y ciudadanas de este pueblo.»

Es un texto curioso, interesante y digno de ser tenido en consideración, pero, como hace trece años, me gustaría saber qué opina ETA del mismo.

HB procuraba mantener y levantar el ánimo de sus gentes y, así, la nueva Mesa Nacional renovaba el 2 de mayo, fecha por lo demás emblemática, su «compromiso de seguir luchando por la independencia», mientras en Franca se llevaba a cabo una redada en la que fueron detenidos 42 refugiados.

Y por fin llegó la pista que nos llevó hasta Rollán. El día 7, jueves, el equipo que vigilaba el domicilio de uno de los contactos de Patxi en la calle de Juan Carlos Guerra del barrio de Bidebieta de la capital donostiarra comunicó que hacía días que observaba una excesiva cantidad de basura que provenía de aquel domicilio en donde teóricamente vivía una sola persona. Aquella noche, las bolsas fueron examinadas en el acuartelamiento y llegamos a la inequívoca conclusión de que en el piso había más de una persona, y más de dos.

No podíamos perder más tiempo. En la madrugada del sábado 9 se procedía a la entrada en la vivienda, en la que se encontraban Rollán, su hermano, Anselmo, y dos colaboradores más, uno de ellos el titular de la casa. Se les incautó el armamento, la munición y las documentaciones falsas que les había proporcionado Txelis. Ahora sí podíamos dar por concluido el trabajo que se inició aquel día de septiembre del año pasado cuando fotocopiábamos una carta, unos folios que iban dirigidos a alguien de ETA. Rollán y compañía formaban el comando Askatu (Libertad). Fueron arrestados quince laguntzailles, mientras que otros cuatro se daban a la fuga.

Sus declaraciones nos permitieron conocer su historia, así como lo tratado en los contactos de Patxi con Txelis. Perteneían a ETA desde 1988, en que, tras ser captados, fueron conducidos con los ojos vendados a un domicilio de Franca donde se entrevistaron con Waldo. No les vio mucha «capacidad operativa» y sólo les encargó que llevasen a cabo labores de información

que durante algún tiempo realizaron sobre el cuartel de Fuenterrabía y sus miembros.

Más tarde se convirtieron en el comando Askatu tras la visita de Rollán a Echevarría, uno de los tres que querían fugarse de Ocaña, cuando estaba en la cárcel de Martutene y los contactos con Txelis en Franca. Las sospechas de que podían estar vigilados no les hizo abandonar el plan para sacar a los tres etarras de la prisión toledana. Se escondieron en el domicilio de un colaborador en San Sebastián al que encargaron que comprara un serie de componentes con los que iban a elaborar un artefacto simulado con el que intimidarían al piloto del helicóptero.

Rollán redactó una nota que Juan José Latasa entregó a Txelis. Le informaba de todo lo ocurrido, así como de su firme intención de continuar con el plan de Ocaña. Pocos días después recibió contestación del dirigente etarra. Estaba de acuerdo.

Fue en ese momento cuando los periódicos publicaron la filtración de que un comando de ETA procedente de Guipúzcoa realizaba los preparativos necesarios para conseguir la fuga de algunos miembros de la organización presos en la cárcel de Ocaña. Se alarmaron sobremanera y se dieron cuenta de que ya no era posible seguir adelante pues la txakurrada los seguía de cerca. El plan había fracasado. No podían encontrar explicación a lo que leían en el periódico. ¿Y a Franca? ¿Los habrían seguido hasta Gethary? Se pusieron nuevamente en contacto con Txelis y le pidieron el paso a Franca. Ya no tenían nada que hacer aquí en aquellos momentos. Cimblaron de domicilio y fueron trasladados al piso de Bidebieta en San Sebastián, donde esperarían el paso de la muga.

El día anterior al contacto con los mugalaris se produjo su detención.

Años más tarde tuvimos conocimiento de las hipótesis elaboradas tanto por Patxi Rollán como por el mismo Álvarez Santacristina, Txelis, para explicarse lo ocurrido aquella tarde de marzo en el caserío Xilocan de Bidart. Rollán, en su análisis, en el que vierte varias mentiras, en lo único que acierta es en el día en que le fotografiamos y le hicimos aquella pequeña película con el etarra, y lo hace por el detalle de la bicicleta. Efectivamente, la usada en la cita del día 4 era distinta a la del 18, de

carreras en un caso y de montaña en el otro. Estaba muy preocupado porque en el primer encuentro había observado junto a un hotel cercano a la calle por la que se accedía a la iglesia cementerio a una mujer. Hacía crucigramas. Txelis le había calmado al respecto. Pensó entonces que podía tratarse de una mujer de ETA que daba protección a su jefe. Yo lo voy a dejar con la duda.

Rollán estaba convencido de que Txelis estaba sometido a vigilancia cuando tuvieron lugar las citas y que por eso fue seguido y vigilado él junto a su grupo.

También Txelis mandó varias notas a la nueva dirección de la organización en las que exponía sus opiniones acerca de cómo había ocurrido aquello. Iba por un camino totalmente distinto al de Rollán. Pensaba que Philippe Lassalle era vigilado y por eso llegamos hasta él. Sabía que la Guardia Civil estaba desarrollando un gran esfuerzo en territorio francés, pero eso no le extrañaba. Ésta era una de sus hipótesis. También pensaba que los que habían propiciado las detenciones habían sido un francés que fue enlace de comandos en España, sobre todo del de Madrid, o un traficante de armas de Luxemburgo.

El enlace creía lo contrario y su hipótesis se parecía a la de Rollán: el que estaba controlado era Txelis, y cuando se entrevistaron en Franca lo siguieron a él, y así pudo ser desarticulado el comando Mugarri el 18 de marzo de 1992 por la Guardia Civil de Bilbao, comando que operaba por las zonas de Cantabria y Asturias.

Todas estas hipótesis tuvieron además varias ramificaciones en función de los contactos o entrevistas que cada uno de estos personajes, en prisión todos ellos en Franca, habían tenido. Pero tanto Txelis como Fiti o Pakito coincidieron siempre en creer que todo había sucedido porque Lassalle-Astis había estado sometido a vigilancia. Aunque Santacristina no descartase nunca la versión que todos los medios daban: que se había llegado a ellos por el seguimiento de los hermanos Rollán.

Para acabar de enmarañar aquella cascada de análisis, en diciembre de aquel año un medio de comunicación publicaba que las pistas de Bidart se

habían obtenido de las escuchas telefónicas realizadas a los presos de ETA por los equipos OH de la policía española encargados de este menester.

Comisión rogatoria

Una vez inventariada y clasificada la documentación incautada al colectivo Artapalo, fue objeto de una comisión rogatoria internacional que fue cumplimentada por el Servicio de Información de nuestra unidad en colaboración con los franceses.

Ello permitió nuevas detenciones de personas liberadas o relacionadas con la banda. En octubre, Begoña Bernaola Ereño, que había sido correo de los comandos Madrid y Mugarri. Alberto Aldana Barrena, Melenas, miembro del aparato militar y responsable de información. Y François Wolf, correo bajo las órdenes directas de Txelis.

En noviembre, Iciar Imaz Elguezábal, esposa de José Luis Arriera, Azkoiti, del comité de refugiados. Una nota hallada en el registro efectuado en su domicilio con una cita en Toulouse permitió la captura de Rafael Caride Simón, peligroso miembro del comando Barcelona.

En febrero de 1993, Pedro María Gorospe Lerchundi, del aparato de logística y responsable de la fabricación de armas y explosivos.

En abril, Juan Vicente Jaureguizurúa, Juanvi, responsable del aparato de refugiados. Viejo conocido nuestro.

El árbol de las nueces

El día 12 de mayo, siguiendo órdenes del juez de la Audiencia Nacional, se procedió a registrar la sede del sindicato LAB y el domicilio particular de Rafael Diez Usabiaga, secretario general del mismo. Fue hallado un documento que dio lugar a ríos de tinta en los medios de comunicación e incluso a un libro con título similar al de estos párrafos.

El documento, que puede examinarse en el apéndice correspondiente, trataba de una entrevista mantenida seguramente en 1990 por Javier

Arzallus y Gorca Aguirre, en nombre del PNV, con una representación de HB encabezada por José Luis El coro.

El presidente del EBB (Euskadi Buró Batzar) comentaba a los dirigentes batasunos su teoría de la complementariedad del PNV y ETA, de la que afirmaba su creencia de que no sería bueno para Euskal Herria que la misma fuese derrotada. También dejaba bien claro que el PNV iría hasta el final en el tema de la autodeterminación.

En el asunto de la complementariedad manifestaba no conocer ningún pueblo que haya alcanzado su liberación sin que unos arreen y otros discutan, es decir, que «unos sacuden al árbol para que caigan las nueces y otros las recogen para repartirlas».

Por tanto era falso que «estemos impulsando a la Ertzaintza contra ETA. Más bien lo contrario, la estamos frenando. Posiblemente, la Ertzaintza tenga datos sobre más de un comando y no ha procedido. Lo que ocurre es que a veces no les queda más remedio». Por entonces no veían viable un nuevo Estatuto; más adelante, sí. Aunque el problema no estaba en hacerlo sino en cómo conseguirlo.

Referente a la soberanía, comentaba que tenían un plan, al que le habían puesto fechas. Conseguirla, al estilo de Lituania, entre 1998 y 2002. Para ello «había que buscar acuerdos, pues tendremos que gobernar con vosotros».

Negaba que la Policía Autónoma hubiera proporcionado nunca ningún dato a la española, que «no es cierto el alineamiento de la Ertzaintza con la policía y la Guardia Civil. La Ertzaintza no ha detenido más comandos por prudencia». No era reacio a la famosa negociación. Al contrario, pensaba que, si se conseguían avances, ellos también se beneficiarían.

En resumen, se trataba de un documento importantísimo que retrataba con gran fidelidad una época del País Vasco y la forma en que unas personas de muy alta responsabilidad hacían política.

Aznar en Ínchaurreondo

El día 23, el presidente del PP, José María Aznar, visitó Ínchaurreondo. Lo acompañaba Mayor Oreja, antiguo delegado del Gobierno y presidente del partido allí. Hacía bastantes días que su secretaria me había comunicado el deseo de Aznar de visitar nuestro cuartel, saludarme y saludar a sus gentes.

Accedí encantado y lo comuniqué al gobernador civil, a la dirección y escalones intermedios. En Madrid debieron de pensar que no era bueno que estuviera a solas con nosotros y lo recibimos el director, Roldán, el gobernador, Gurruchaga, el coronel Pantojo y yo.

Salí a recibirle mientras los demás esperaban en el despacho y me saludó, rodeado de numerosos fotógrafos y periodistas que habían acudido, con gran cordialidad mientras me decía:

—Tenía muchas ganas de conocerlo, coronel.

Agradecido, lo conduje hasta donde lo esperaban los demás. Luego nos dirigimos a una estancia donde se dio acceso a la prensa y fotógrafos, y Aznar quedó con ellos para más tarde.

Una vez solos, conversamos sobre la situación del terrorismo, poco boyante en aquellos momentos.

Se interesó por la reciente operación de Bidart y sus detalles más humanos, que escuchó en silencio y con profundo interés. Me miraba fijamente, con una mirada fría y penetrante que se humanizó al oír la participación que algunas mujeres y niños, esposas e hijos de los guardias, habían llevado a cabo de forma tan valerosa.

Aquel hombre de mirada de hielo también expresaba transparencia y sinceridad. Me dije que creía y que se podía creer lo que decía. Cuando sonreía, ese rictus a modo de barrera entre él y el resto del mundo desaparecía. Pensé que debería reír más.

Preguntó entonces si era posible saludar a algunos guardias y familias a pesar de la hora que era (ya había anochecido) y, tras comentarle cómo estaba constituido el acuartelamiento, sus costumbres y su población, más de dos mil personas entre hombres, mujeres y niños, nos pusimos en

marcha hacia el único lugar en el que a aquella hora habría gente, el bar cafetería, que estaba muy animado.

Nada más entrar en el local, cuando se dieron cuenta de quién estaba allí, todos fueron a saludarle. El bar se fue llenando de más personas. Muchas mujeres querían saludarle. El atendió a todos. El gesto duro que caracteriza su semblante había desaparecido y tuvo tiempo y palabras para aquella gente que, como el resto de los españoles, sabían que era uno de los pilares del país, no sólo una esperanza.

Hablaba distendido, firmaba autógrafos y escuchaba atento las mil historias de aquellas personas que, procedentes de toda España, le ofrecieron su afecto, su agradecimiento y su verdad.

Procuré no perderme nada de lo que ocurría. Era la primera vez que lo veía y supe que mi país tenía en Aznar a un dirigente cuando hiciera falta, cuando fuese necesario.

Después regresamos al punto de partida, al bloque donde estaba mi despacho. Alguien, no sé si por error, había dicho a los periodistas que Aznar se había marchado, y éstos, lógicamente, desaparecieron. No le dio importancia pues tenía convocada una rueda de prensa, y tras las despedidas usuales, mientras estrechaba mi mano, me dijo:

—Coronel, me voy muy impresionado por lo que he visto y oído. —Sabía que era sincero—. Me gustaría volver a reunirme con usted en otra ocasión.

—Estaré encantado —contesté.

—Pues le avisaré.

Aquellos días vivíamos casi en una nube de alegría, de ilusión, también de orgullo. El gobernador me vio hablar con varias mujeres y guardias. Me preguntó con curiosidad qué me decían.

—Me preguntaban si iba a venir el presidente González.

El gobernador guardó silencio. Y el director. González nunca visitó aquel cuartel.

Durante el mes de junio se iniciaron unas conversaciones entre el PNV y HB que fueron saludadas por ETA, necesitada con urgencia de oxígeno, como muy convenientes y necesarias para favorecer la salida negociada. Aquella época, que habría requerido decisiones firmes, quizá audaces y osadas, estuvo llena de titubeos que a la larga propiciaron que la banda alcanzara un nivel, no como el anterior, pero suficiente, circunstancia que nunca debió ocurrir.

El 17, el presidente González declaraba que «no tiene propósito negociar con ETA» y el 22 le contestaba el ministro Corcuera, que decía que «no renuncio a contactar con ETA, sin negociar». Parecía el juego de los despropósitos, mientras seguían las conversaciones HB-PNV y Egibar aseguraba que su partido era favorable a que «el Gobierno central mantenga contactos con ETA». Y así, poco a poco, el agua que necesitaba volvió al cauce de aquella organización de pistoleros que estuvo completamente batida.

Las autoridades francesas excarcelaron a Azkoiti en un intento de reavivar una posible negociación. HB guardó silencio mientras el PNV afirmaba que un periodo de distensión requería un primer paso de la organización. Unos días más tarde se conocía un comunicado de ETA en el que ofrecía la posibilidad de «conceder» dos meses de tregua. Los que conocíamos un poco sus entresijos sabíamos que aquello era puro protagonismo y una excusa para ganar un tiempo que le era muy necesario en aquella desesperada reorganización que llevaba a cabo a marchas forzadas.

Esta oferta, a la que no se contestó de forma oficial, fue considerada positiva por la mayoría de los partidos políticos vascos. Arzallus reclamó a Madrid que la contestara mientras HB mostraba su «preocupación» por el inmovilismo del Gobierno, que jugaba sus cartas en una partida en la que el contrario era un verdadero maestro. De «valiente y madura» calificó HB la oferta de ETA. Azkoiti pidió al Ejecutivo que contactara con ETA en Santo Domingo. Es decir, el aparato de interlocución era el mismo, aunque la cabeza decisoria había cambiado radicalmente.

A primeros de agosto fue detenido por la policía francesa otro importante miembro de la banda que llevaba bajo su dirección el comité de refugiados y el aparato de acogida y seguridad. Se trataba de Francisco Villanueva Herrera (Faustino Estanislao Villanueva Herrera), Txapu, lo que provocó que KAS y demás organismos del entorno de HB pusieran el grito en el cielo y que incluso antes de su traslado a París un miembro de EA, actual consejero de Justicia del Gobierno vasco, lo considerase un «jarro de agua fría». Yo me trasladé a la comisaría francesa para intentar conseguir de primera mano alguna información sobre la situación de ETA tres meses después de lo de Bidart y, entre unos documentos y algunos comentarlos, llegué a la conclusión que temíamos: el oxígeno y el agua estaban llegando en su ayuda. No tardaría mucho otra dirección, más frágil, en tomar el mando. De hecho, ya empezaba a funcionar una especie de comité ejecutivo precario.

Al atardecer me desplazé desde Bayona hasta Lourdes, donde había quedado con Eduardo. No le veía desde antes de la operación de Bidart, aunque habíamos hablado varias veces por teléfono. Le encontré dentro de su estado, no sólo contento, sino eufórico. Vamos, que la captura del grupo Arrápalo le había entusiasmado. No tenía idea de cómo lo habíamos conseguido, pero había leído varios periódicos y revistas y había visto en alguno de ellos mi fotografía. Sabía que habíamos sido nosotros.

—¡Vaya golpe! Enhorabuena. —Hablabas casi a voces—. ¿Cómo lo habéis logrado?

—Bueno, bueno... Pues siguiendo a unos y a otros. Ya sabes.

—Aquí ha habido de todo. Unos lo han sentido y otros no. Además, la cosa todavía no está nada clara. Hemos dejado de cobrar y nadie sabe qué hacer.

Me describió, más o menos, una situación que yo ya suponía pero que me interesaba confirmar. La ayuda que la dirección entregaba a los refugiados había cesado. Y los que eran jefes o tenían alguna responsabilidad, o estaban escondidos o se habían marchado a América. Pero había otros que intentaban poner un poco de orden. Quizá los políticos. Y con ayudas del otro lado...

—¿Quieres volver?

Se lo dije casi sin pensarlo. Su conversación cesó bruscamente. Le veía con ilusión pensando en los suyos. ’

—Puedo buscarte un abogado. Iríamos al juez y yo testificaría a tú favor. Creo que...

Me interrumpió con un visible temblor en la voz.

—No. Todavía no. Aún quedan muchos armados. Tú ya has hecho bastante y decías que no podías... A ver si el Gobierno hace ahora su parte con éstos y llega a un arreglo. Tengo que esperar.

Sabía que llevaba razón. Su vida todavía no valía nada en España si su actuación fuese conocida. Después sí, volvería feliz con los suyos, a su pueblo, y ya no le importaría el pensamiento político de su mujer ni de sus hijos. Nada en absoluto. Pero sin tiros, sin bombas, sin muertes. Eso pensaba. Eso esperaba... Lo malo era que el tiempo no era algo de lo que estuviera sobrado.

Así estuvimos un buen rato en un lugar en el que creía encontrarme seguro. Aunque ya había empezado a ser un peligro para cualquiera que estuviese conmigo.

Me sorprendía hablar de la banda con ese hombre de ojos sinceros, ahora llenos de alegría, de la «empresa», como decía él, con toda naturalidad, como si yo fuese uno más de sus componentes. Y así, en un momento dado, me decía que tal o cual militante de la misma estaba con gripe, según había oído. Sin pensarlo dos veces, yo le contestaba:

—Pues que tenga cuidado; este año, según dicen, es bastante jodida.

Al darme cuenta, o soleaba una carcajada, a la que Eduardo se sumaba, o pensaba «¡Pero, bueno! ¡Si lo que quiero es que se muera!» ... Pero no. No deseaba su muerte. Lo único que quería era que no matara más. Ni a los guardias ni a nadie. Me hice, entre unos y otros, una idea de la situación y, tras algunos encargos recíprocos, regresé a San Sebastián.

El domingo 9 de agosto, los Juegos Olímpicos acababan con una ceremonia de clausura llena de brillantez y añoranza. No se habían producido atentados. Ninguna novedad, ningún incidente había perturbado su desarrollo. A muchos kilómetros de allí, en el Servicio de Información de Ínchaurreondo, muchos hombres se felicitaban mientras continuaban con su trabajo.

El lunes 17, ETA se hacía notar de nuevo. Los guardias José Manuel Fernández Lozano y Juan Martínez Gil fueron ametrallados en el interior de su vehículo, un Renault-19, matrícula de Granada, en el aparcamiento del hipermercado Mamut. Perdieron la vida en el acto. Cuando acudimos al lugar, muy próximo al acuartelamiento de Ínchaurreondo, supimos que había llegado la hora de olvidar lo ocurrido en Bidart. Había que empezar de nuevo, había que seguir. Al día siguiente, al reivindicar el atentado, ETA reiteraba su ofrecimiento de tregua, sin especificar, como en el anterior, ninguna premisa. Apretamos los puños en silencio.

En septiembre se iban a confirmar las pesimistas impresiones que traje de Franca. El día 2, en Salamanca, el coronel de Caballería Antonio Heredero Gil, destinado en el Patronato de Huérfanos del Gobierno Militar, era asesinado con un artefacto colocado en los bajos del vehículo. El 14, la víctima era el policía Ricardo González Colino, en San Sebastián. Y el 29, en Rentería, el empleado de Telefónica José Luis Luengo. Fue una sangrienta demostración, en medio de la cual oímos la voz de nuestro obispo, que abogaba en Aránzazu por una paz que eliminara las cárceles. Sólo Dios sabe que nosotros deseábamos la paz tanto o más que él.

El día de la Patrona fue para nosotros doblemente festivo porque en esa jornada también se clausuró la Exposición de Sevilla. Sentimos que habíamos cumplido con eficacia aquella misión, aquel trabajo. Aprovechamos para condecorar a varios de nuestros amigos franceses, incluido Roger Boslé, a quién se le impuso la Cruz de Plata del Cuerpo.

En noviembre, el diario Egin publicó una extensa entrevista realizada a Txelis que leímos con atención, pues en aquella operación sólo tuvimos la frustración de no haber podido interrogar a los detenidos ni asistir a los interrogatorios. Casi ocho meses después ya estaba en condiciones de hacer

un no muy acertado análisis de la realidad política con la afirmación añadida de que ETA no se acababa.

Una compleja investigación, una de cuyas pistas fue obtenida en un comunicado de la sección Mércate Txikia de Egin, que firmaba un denominado comando Txantxi de Oñate, permitió la localización de un grupo legal de apoyo a ETA dedicado a la comisión de sabotajes de tipo social y económico, así como a labores de información. Fueron detenidos siete de sus componentes en los municipios de Oñate, Lasarte, Elgoibar y San Sebastián, y se localizó un zulo en el monte Urgull.

Sus declaraciones permitieron identificar y localizar a otros siete componentes de otro grupo de apoyo, a los que se intervino diferente material. Entre otras acciones, era el autor de la explosión de un artefacto colocado en una embarcación del Gobierno vasco llevada a cabo en San Sebastián el 29 de noviembre anterior.

Aquel final de año nos trajo también una gran e inesperada tristeza. La intervención judicial de la Unidad Antidroga de la Guardia Civil, alguno de cuyos componentes denunciaron que se pagaba con droga a los confidentes. Conocía a algunos de ellos, pero sobre todo a sus oficiales, por quienes sentíamos en el Cuerpo un gran respeto, y yo algo más que eso. El coronel de Información que llevaba la investigación del caso recurrió, según me confesaron en la dirección, a maniobras inconfesables para que uno de los mandos, el comandante Pindado, se autoinculpara, cosa que no logró, y además provocó un profundo rechazo en los jefes y oficiales de Madrid.

Hablé con su esposa y luego con la Secretaría de Estado, con todo el que quiso escucharme, buscando ayuda. El comandante siempre proclamó su inocencia, en la que siempre creí. No podía olvidar el esfuerzo que anteriormente había llevado a cabo y el riesgo que sufrió codo con codo con sus compañeros de las comandancias del norte, sobre todo San Sebastián, en la lucha antiterrorista, de la que fue uno de los hombres más sacrificados y brillantes.

Bajé un día para visitarle en la prisión militar de Alcalá de Henares y sufrí una profunda impresión al comprobar la ejemplar resignación con la que sobrellevaba aquella situación. Cuatro años después se invirtieron los

términos: yo me encontraba en aquel módulo y él me devolvía ciento por uno, generosamente, como siempre, las visitas.

Fue juzgado con los demás y cumplió su condena sin dejar de reiterar su inocencia. Apretó los puños y se preparó para el día después. Hoy es un excelente abogado que también en esa calidad me ha asistido más de una vez. Siempre que hablo de él tengo que recordar aquellas palabras que en más de una ocasión me dijo el último ministro que tuve, Belloch: una sentencia firme no acredita la culpabilidad o la inocencia de nadie, sino que aquélla era la última palabra en la dilucidación de una u otra.

CAPÍTULO 14

1993. ETA se rehace

En Franca, donde uno de nuestros equipos trabajaba junto a los policías de allí para explotar los datos aportados por el correo personal de Txelis, François Wolf, se averiguó que en una de aquellas idas y venidas había trasladado al dirigente etarra a un domicilio del barrio Bagnolais de París. La VI División de la Policía Judicial detuvo el 9 de febrero a seis personas, a las que se les incautó abundante material y documentación, sobre todo del aparato político de la banda, que permitió determinar que pertenecía a Ignacio Gracla Arregui, Iñaki de Rentería, y que la vivienda era en la actualidad la oficina clandestina del aparato internacional.

Sin embargo, ETA se recuperaba poco a poco del golpe recibido. Y buscaba venganza contra la Guardia Civil. Dos miembros del comando Donosti atentaron el 18 de abril contra dos agentes de Ínchaurreondo en la avenida de Ategorrieta. Emilio Castillo López de la Franca, de treinta y un años, murió en el acto. Su compañero, Victoriano Álvarez Álvarez, de veintidós, resultó gravemente herido. Algunos de los testigos que acudieron a auxiliarlos contaron cómo este joven guardia gritaba: «¡Sáquenme, sáquenme de aquí antes de que muera!», mientras se agitaba en un charco de sangre. El funeral se celebró al día siguiente en el Gobierno Civil. Aquella dramática ceremonia, otra vez, con el dolor de la familia, estremecía el corazón.

La banda estaba necesitada de dinero y el 5 de julio secuestró en San Sebastián al industrial Julio Iglesias Zamora. Era ingeniero de la empresa Ikusi Ángel Iglesias, S. A. Un comando le abordó cuando se dirigía a su domicilio, donde era esperado para celebrar el cumpleaños de uno de sus tres hijos. Hacía casi cuatro años que ETA no llevaba a cabo un secuestro. La banda tardó casi un mes en asumir la autoría, pero nadie dudó en todo este tiempo que había sido la organización armada la responsable de la desaparición. Cada cuerpo puso en marcha su plan para casos de este tipo y de nuevo comenzaron los rastreos y demás trabajos en las respectivas

demarcaciones. Se desencadenaron operaciones contra el entramado de ETA que nos hicieron pensar que podíamos localizar el sitio en que el industrial estaba retenido.

El Adarra es un monte emblemático, flanqueado por el Andatza y el Adura. Cruza San Sebastián por el sur. Aunque no es de mucha altura, 817 metros, es el más imponente vigilante permanente de la N-I y el ferrocarril con Madrid, así como custodio de esa difícil comarca de Andoain, Hernani, Astigarraga, Ereñozu, etc.

Pensamos, por los indicios que habíamos encontrado, que el comando y el secuestrado podían estar allí. Y se diseñó concienzudamente una operación de rastreo para peinar cada centímetro del monte. En esta operación contamos con la colaboración de un avión del Ejército del Aire provisto de unas cámaras especiales con las que se cuadrículó y fotografió el terreno. Intentábamos descubrir cavidades subterráneas que pudieran albergar una o más personas. Empleamos todos los medios que teníamos a nuestro alcance sin resultado. Y no quedó un palmo de aquel monte que no fuera examinado.

Como en casos anteriores, se filtró a la prensa que un avión militar había colaborado en esta búsqueda y ETA no perdió ocasión de tomarse cumplida venganza. A las ocho y media del 19 de octubre asesinó en Madrid al general director de Sanidad del Ejército del Aire, Dionisio Herrero Albiñana, cuando salía de su domicilio en la calle de Herosilla de Madrid y se dirigía hacia su vehículo oficial. Tres pistoleros le interceptaron el paso y abrieron fuego contra él. Uno de ellos lo remató en el suelo. Cuando el soldado conductor Alberto Pasamontes, de veintitrés años, quiso auxiliar a su general, los agresores abrieron fuego contra él y le alcanzaron en diversas partes de! cuerpo, aunque pudo salvar la vida.

Al oír los disparos, la esposa del general, Isabel Moya López, preguntaba desde la ventana de su domicilio:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Desapareció sollozando cuando un testigo le dijo que habían matado a un hombre.

Los rastreos y controles continuaron con intensidad para localizar al secuestrado, ahora centrados más en la zona de Hernani. Se practicaron más detenciones que permitieron dismantelar otros dos comandos logísticos de la banda. Julio Iglesias fue liberado por ETA en los alrededores de Éibar, en Arrate, después de 117 días que Rieron agotadores.

Al día siguiente daba una multitudinaria rueda de prensa en la que afirmaba haber estado en una especie de «ataúd blanco», pero que su mente siempre había estado lejos de allí. Que había cumplido un plan para mantenerse más o menos en forma durante los casi cuatro meses de cautividad. Calificó su secuestro como de tortura inhumana, añadiendo el símil de un crucificado al que quisieran aliviar su sufrimiento con cremas y pomadas, en alusión al comportamiento que habían tenido con él. El rescate que obtuvo la organización superó al parecer los quinientos millones de pesetas, en aquellas circunstancias algo más que agua y oxígeno. Otros empresarios, como Juan Antonio Arruabarrena, agobiados por el impuesto revolucionario, habían optado por abandonar el País Vasco y trasladar su empresa a Zaragoza. No era el primero. HB contraatacó y lo descalificó con razones como que ya había anunciado sus intenciones de marcharse y otras de índole personal.

Un nuevo atentado llenó de dolor a la Guardia Civil y a toda España. Una explosión en los bajos de su vehículo acababa con la vida de Juvenal Villafrañe García, de setenta y ocho años, subteniente de la Guardia Civil y vecino de Andoain. Hombre apacible y de buen carácter, llevaba más de treinta años viviendo en aquella población. Gestionaba a los demás documentos de caza y de armas. Era conocido popularmente como sargento.

Comando Donosti-93

Desde hacía tiempo seguíamos una línea de investigación, completada con datos obtenidos confidencialmente, que nos había proporcionado la certeza de que un nuevo comando Donosti había plantado sus reales en nuestra provincia, en la que además había montado una amplia infraestructura.

Era un grupo con bastante fuerza que no sólo estaba capacitado para mantener a una persona secuestrada, con lo que ello conlleva de vigilancia,

relevos, seguridad, comidas, basuras, comunicaciones, etc., sino también de atentar de forma simultánea.

Se tomó la decisión de intervenir, ilusionados con resolver, entre otros muchos atentados, aquel secuestro que nos había obligado a rastrear día a día el terreno de la provincia. El 19 de septiembre se procedía a la detención de tres grupos de infraestructura e información del anterior y del actual comando Donosti. Ello nos permitió saber que los liberados que lo constituían ahora eran Juan María Incausto Múgica, Karpov, y Pedro Picabea Ugalde, Kepa. Fueron descubiertos dos zulos importantes, uno en la falda del monte Onyi, con restos de comida en su interior, que era o había sido utilizado como despensa por el comando, y otro en Andoain, en la ladera del monte Usadelartza, en la ascensión al Adarra, donde se encontró un detonador.

Trasladados a Madrid los detenidos, se produjo pocos días después, el 24, el fallecimiento de Gurutze Yanci, una de las arrestadas, con lo que la reacción fue de primera magnitud. Al parecer, la muerte se había debido a una parada cardiaca por causas naturales.

Atentado contra la Ertzaintza

El lunes 22 de noviembre, a las ocho y cuarto de la mañana, el sargento mayor de la Ertzaintza José Antonio Goicoechea fue asesinado por ETA en Bilbao. La banda reivindicó el atentado en un comunicado en el que denunciaba la actitud de la Policía Autónoma, convertida según ellos en un instrumento para «controlar y reprimir a los ciudadanos». Añadía que no haría distinciones entre los torturadores, fueran españoles o vascos, a la vez que solicitaba la mediación internacional. El mismo día del funeral se creaba la plataforma «Hemen Gaude» (Aquí estamos), cuyo principal acto fue la instalación de un pebetero en las comisarías de la policía vasca y, junto a él, un libro para la recogida de firmas con el lema «Ni a nosotros ni a nadie». El sargento asesinado, que había sido condenado por las escuchas telefónicas a Garaicoechea, fue indultado por el Gobierno y estaba muy apegado al PNV

Como consecuencia de esta acción criminal se desató una fuerte campaña contra el diario Egin. Aparecieron las calles empapeladas con octavillas que decían: «Egin apunta, HB-KAS carga, ETA ejecuta.» El lehendakari y el ministro de Interior pidieron el cierre del periódico, que había sometido a la víctima a una intensa campaña de acusaciones falsas. Atutxa pedía a los ciudadanos que se unieran a la misma hasta conseguir ahogar económicamente al periódico. Pero los días pasaron y aquello sólo quedó en la protesta.

Antes se había producido un hecho insólito e inesperado. El Tribunal Constitucional declaró no ajustado a la Constitución un artículo, una palabra, de la Ley de Seguridad Ciudadana, de la ley mal llamada de la «patada en la puerta» o Ley Corcuera, y éste, que había empeñado su palabra y a pesar de que tanto el Gobierno como la oposición apostaron por su continuidad, presentó su dimisión. También en este caso, y por la situación que cada día se tornaba más bronca, sentimos su marcha. Para sustituirle fue nombrado el hasta entonces director de Instituciones Penitenciarias, Antonio Asunción.

Nada más tomar posesión, el 25 de noviembre, el nuevo ministro se encontraba con la dimisión del director de la Guardia Civil y con el anuncio del secretario de Estado, Rafael Vera, de que su deseo era salir cuanto antes.

En su discurso inicial, Asunción aseguró que seguiría la brillante línea política de Corcuera y que se modificaría el artículo 21.2 de la Ley de Seguridad para ajustarla a la decisión del Tribunal Constitucional. Fue rotundo al manifestar que la negociación con ETA era inviable y que la reinserción de los presos de la organización no era sino una más de un conjunto de medidas encaminadas a acabar con el terrorismo. Fue nombrado nuevo director general de la Guardia Civil Ferran Cardenal, gobernador civil de Barcelona.

Pronto tuvimos la primera visita del nuevo ministro, que se interesó por la situación, que conocía bastante bien, y nos hizo saber cuáles eran las ideas principales de su programa, que para nosotros siempre eran las mismas. La lucha antiterrorista no podía decaer a pesar de aquel ambiente social cada vez más crispado. Más tarde se reunió con Ardanza antes de regresar a Madrid.

Mobutu

Precisamente, unos días antes de que empezara el éxodo de las vacaciones invernales, viajé a Pau, donde, en uno de los barrios del extrarradio, me esperaba Iñaki. Después de la operación de Bidart habíamos tenido un par de reuniones en las que, al ver mi entusiasmo ante la posibilidad de un final del terrorismo, él me había hecho ver la realidad de otra forma.

En su opinión, el Gobierno y las formaciones políticas no estaban en aquel momento en la mejor situación para resolver políticamente el problema. Y al final tuvo razón.

Realizábamos en Franca una operación en la que seguíamos a una persona para nosotros desconocida. Siempre pasaba más tiempo desaparecido que controlado. Sobre todo después de lo que había ocurrido en Bidart y de las muy numerosas detenciones que se hicieron con posterioridad.

Habíamos llegado, gracias al responsable de Iñaki, a Jaureguizuría Uría, Juanvi. Tanto los seguimientos de este individuo como los del «encargado» de Eduardo, el apodado Esmeril, Zabala Mugirá, nos habían proporcionado una especie de geografía de direcciones y zonas de residencia que les pasábamos a los franceses con resultados notables.

Juanvi se había entrevistado en varias ocasiones con el desconocido, al que finalmente decidimos prestarle la máxima atención por la forma en que se desenvolvía. Parecía importante, no un simple refugiado que esperaba que le trajeran los setecientos francos al mes.

En seguida nos dimos cuenta de que no tenía un domicilio fijo; iba y venía. Algunos días lo controlábamos reunido con alguna persona de España. Habíamos conseguido fotografiarle a distancia. No era una buena toma, pero se apreciaban sus rasgos. Yo había quedado con Iñaki para que la viera y me dijera si le conocía, para continuar o no con el esfuerzo dedicado a aquel hombre.

Nada más observar la fotografía me dijo:

—No es buena, pero se trata de Mobutu, o se le parece mucho.

Mobutu era el nombre de guerra de un liberado llamado Félix Alberto López de la Calle Gauna. Había pertenecido a los comandos Araba y Donosti. Después se hizo cargo de los talde.s de reserva y del aparato de falsificación. En la actualidad formaba parte del nuevo comité ejecutivo.

—¿Estás seguro?

—Seguro, seguro no, pero se parece bastante. Además, está ahora con los jefes. Será difícil que lo podáis encontrar.

Eso, pensé, era problema nuestro. Y él no tenía que saber nada más del caso. Así que cambié de conversación.

—Bueno, y tú ¿cuándo piensas volver a tu pueblo?

Desde que le conocí, empecé las gestiones para ver cómo estaba su situación jurídica, que era lo que él me había pedido, y me llevé la sorpresa de que estaba absolutamente limpio. Tras el acuerdo alcanzado en tiempos del ministro Rosón con los «poli-milis», no existía ningún cargo contra él. De modo que en la primera ocasión se lo hice saber y me sorprendió la flema con la que se tomó la noticia.

—Bueno. Estupendo. Pero ahora estoy bien aquí y quiero ayudarte un poco... para corresponder.

Esto último lo dijo mientras sonreía. Yo creí entenderle. Allí iba y venía libremente. De vez en cuando alojaba a algún refugiado, casi siempre desconocido para él, y recibía pequeñas ayudas económicas. No tenía problemas con la policía francesa y, si surgía alguno, me tenía a mí, y sobre todo hacía poco tiempo que vivía con una francesa con la que se «compenetraba» muy bien. También tenía cierta habilidad para hacer cuatro chapuzas con las que sacaba sus francos. Y miraba a España sin problemas, sin agobios.

—Más adelante. Lo pensaré más adelante.

—Y tu familia, ¿qué dice?

—Vienen a verme de vez en cuando. Y aún no les he dicho que puedo volver. Bueno, ya ves que yo llevaba razón.

—¿En qué? —Sabía a lo que se refería.

—Pues en lo de éstos y en lo de los políticos de allí. Ya se han rehecho. Les está costando porque hay muchas caídas, pero ya están otra vez con la empresa andando.

—Lo sé.

—No sé si lo sabes. Pero siempre ganan los fuertes de aquí —se tocaba la cabeza— y de aquí —simulaba accionar el disparador de un arma—. Cuando en 1973 se cargaron a Carrero, los del frente obrero, que no eran nadie ni se habían enterado, se fueron un poco humillados y fundaron LALA, y de aquí los Comandos Autónomos, que han dado guerra diez años y después nada. Se acabaron. No tenían auténtica fortaleza.

—Bueno, bueno... Ha costado mucho tiempo, trabajo y, sobre todo, mucha sangre ese nada, ese «se acabaron».

—Sí, pero sólo eso, tiempo. Lo otro es distinto. Y tienes que entenderlo. En 1974, cuando la bomba de la cafetería de la calle del Correo, los políticos, que eran los más fuertes y que no habían sido consultados, se marcharon también tirándoles los trastos a la cabeza a los militares. Y ya tuvimos dos ETAS: nosotros, los político-militares, los más fuertes y los más inteligentes y técnicos, y los otros, los «milis», unos salvajes que no sé lo que hubieran durado solos.

—¿Por qué?

—Porque sí. Lo que pasa es que vinieron las elecciones de 1977, las primeras, y no nos opusimos abiertamente a ellas, aunque un grupo, que tenía las armas y al que no se le dio importancia, sí era contrario a la participación. Te hablo de los berezi —comandos especiales que más tarde serían los más famosos pistoleros, como Apala, Múgica Garmendia—. Los «milis», en cambio, absolutamente en contra.

—Pero no pasó nada.

—En esta ocasión no. Pero cuando se aprobó el Estatuto de Guernica en 1979 pasó igual. Exactamente igual, y los jefes en el limbo, y entonces los bereztrak en bloque se pasaron a los «milis». En ese momento, ETA-m se convirtió en una fuerza infinitamente superior a los «polis-milis». Estos no tenían mucho futuro. Se habían quedado sin «músculo». Siendo como eran más políticos que militares...

—Pistoleros, diría yo.

—Lo que quieras, pero así es como eran y por eso fue la división. Las «acciones» armadas tenían que someterse a decisiones políticas...

—Ya. ¿Y así ocurría en ETA-pm?

—Completamente. Yo era uno de ellos... Bueno, pues viendo que habían perdido la fuerza, pero no la inteligencia, comprendieron que no tenían mucho futuro. Los «milis» ocuparían todo el espacio de la organización. Había que volver y preparar el campo.

—¿Cómo?

—Pues con una serie de «ekintzas decididas políticamente». Primero secuestraron e hirieron a Gabriel Cisneros. No sé cómo no lo mataron. Luego pasó lo mismo con José Larrañaga Arenas en Azcoitla.

Yo le escuchaba en silencio, sabía dónde iba a parar y, con pesar, comprendía que tenía su razón.

—Después se cargaron a Ramón Baglieto Martínez, también en Azcoitla. Apretaron una vuelta de rosca matando en Vitoria a José Ignacio Ustarán Ramírez. Y por último, en San Sebastián, liquidaron a Juan de Dios Doval Mateo. Iodos de UCD. Después, la negociación para la vuelta era cosa hecha, a pesar del numérico de los cónsules.

Se calló mientras sacaba un cigarrillo que me ofreció. Luego hizo él lo propio. Le di mi mechero. Y permanecimos un buen rato en silencio, viendo

cómo el humo subía y desaparecía en el aire frío de aquel mesón.

—¿Qué me has querido decir? —En realidad hubiera querido preguntarle otra cosa: ¿por qué no se había acabado todo con Bidart?, ¿qué había que hacer para que todo acabara?, ¿qué habíamos hecho mal?

—Pues te he expuesto mi punto de vista. Cuando hay un problema entre dos y el otro está muy fuerte es difícil llegar a un acuerdo. Muy difícil. Pide la luna y tú no se la puedes dar porque no la tienes. Pero cuando no están tan fuertes, entonces es posible llegar a un acuerdo. Pero es peligroso despreciarlos, porque puede ocurrir lo que te he contado —se refería a los asesinatos anteriores— y además tú ya lo sabías.

—Pero están las leyes...

—Ya, ya... Con ellas volvieron los «poli-milis». Y el mismo acuerdo se podía haber alcanzado sin muertos.

—No estoy de acuerdo. En absoluto. Además, ése no es mi problema.

—Mejor. Pero piensa lo que te he comentado. Es más, aquí todos opinamos exactamente igual. Aquello fue necesario porque Madrid no paraba de decir no, no...

—¿Te refieres a los asesinatos de los políticos?

—Pues claro.

—La verdad es que todo esto me parece una barbaridad.

—Sí, pero llevan doce años en casa...

—Ya... me cuesta pensar estas cosas... Además, no se puede ceder ante esto, ni ante ningún chantaje. Sería ilegal. Y estaríamos siempre en la situación de negociar, de hablar, o de ceder ante cualquiera que lleve a cabo una serie de atentados.

—Cualquiera que tenga detrás un partido político, unas características de vida y de lengua distintas, cuente con doscientos mil votos y esté, y con

razón, descontento con la forma en que se le ha tratado.

—¿Pero no te das cuenta de que el Estado no puede ceder ante ningún chantaje?

—Yo no hablo de chantaje. Si acaso te lo comparo con una huelga de sindicatos o general, un poco distinta, eso sí, pero...

—Esto que has dicho es una estupidez. ¿Y las víctimas?

—¡Ah! Las víctimas. No quiero hablar de ese tema porque te cabrearías. Eso es problema importante para el Gobierno. Si quieres te hablo de las futuras víctimas...

—No, no quiero que me hables del futuro. Y además nosotros haremos lo posible para impedirlo. Y tú tienes un razonamiento diabólico.

Me vio serio y trató de quitar hierro a la situación.

—Veras, yo...

No le dejé seguir.

—Es que me parece un insulto a los muertos, a nuestro trabajo, a nuestro país. Una canallada. No se puede ceder bajo ningún concepto, sino atacarlos, y cada vez con gente más preparada y más numerosa, y no dejarlos en paz ni aquí ni allí... Y acomodar las leyes y pedir colaboración a otros países... hasta anularlos.

—Perdona. A lo mejor llevas razón. Yo sólo te he dicho lo que piensan por aquí. Para que lo sepas y comprendas mejor a esta gente. —De pronto le veía preocupado por mi reacción—. Te pido otra vez perdón...

—Verdaderamente eres un poco cabroncete.

Sonrió.

—Además, yo tengo otro trabajo —le dije más calmado

—Cierto. El que tenga que arreglar esto tiene que ser un político, sí. Pero tendrá que meditar mucho. Y no es fácil. Unos lo apoyarán y otros se le pondrán de uñas. Tendrá que saber cuántos hay de los unos y los otros. Y saber hasta dónde puede llegar y en qué momento. Pero yo sólo puedo hablarte de los «míos», de los «poli-milis», porque lo he vivido y al final hasta con suspense. Tú también me asombras un poco. Esto va para largo y quizá deberías ir dejándolo poco a poco. Sí, ya has hecho bastante, demasiado. Yo lo sentiré, lo sabes. Pero aquí... no tienes ya mucho que ganar.

—Anda, anda... Aquí tengo el mismo trabajo que ayer y que el mes pasado, y ganas de hacerlo. —Sentía que podía llevar razón. Pero no quería demostrárselo. Nos deseamos buena entrada y salida de año.

CAPÍTULO 15

1994. Jueces al frente de Interior

La perspectiva de la distancia no permitía acertar en lo que podían suponer tantas bajas, tantos cambios en tan poco tiempo en el ministerio. Vera intentó que cristalizara una vía de aproximación a ETA, ayudado por otro compañero veterano de partido, pero el ambiente en los medios no era favorable y en cuanto Asunción se enteró lo cesó, aunque se tratase de disimular su baja como el resultado lógico de la petición que había hecho para dejar el cargo. Para nosotros fue el hombre clave.

Observábamos los acontecimientos con verdadera preocupación. Bien podía decirse que la marcha de Vera dejaba todo en el aire. El ministro llevaba mucho tiempo lidiando el tema de los presos de ETA, pero lo referente a los que estaban en libertad y mataban era materia distinta. Para los hombres que desempeñábamos la lucha antiterrorista fue una marcha muy sentida. Había sido el que más había arriesgado en conseguir su final. Desde el punto de vista humano no conocí a nadie que se preocupara de las víctimas y de sus familias como él. Un auténtico experto, cuyo consejo y opinión eran muy de tener en cuenta.

La designación de Garzón como delegado del Plan Nacional sobre Drogas había creado otro problema. Corcuera se había negado en redondo a que se incluyera en Interior y pasó a depender del Ministerio de Asuntos Sociales, lo que, según algunos medios, lo había convertido en un general sin tropa. Con la salida de Vera, esta Delegación pasó al Ministerio de Interior. Al no producirse un nuevo nombramiento para sustituirle y asumir las competencias de la Secretaría de Estado el propio Asunción, Garzón se convirtió de hecho en el número dos del ministerio.

Estábamos expectantes sobre cómo se articularía la coordinación antiterrorista, pues no parecía posible que descansara en el ministro, dadas las otras responsabilidades que tenía. Lo que se notó al principio de su

mandato fueron unos ciertos movimientos de aproximación al mundo de HB, que motivaron que esta coalición anunciara que no suplantaría a ETA en una negociación con el Estado. También aprovechó HB para destacar que la «interlocución» era EFA y estaba «secuestrada» en Santo Domingo. El ministro, tras la declaración institucional de su toma de posición, entraba al trapo con un cierto titubeo y declaraba que para que los presos de la organización fueran trasladados al País Vasco debían pedir una tregua a ETA. A casi todos nos pareció una salida inadecuada, desde una posición de debilidad y un chantaje de poca consistencia al frente de las cárceles.

La banda tenía que aportar su grano de arena a la nueva situación y cometía varios atentados, entre ellos el asesinato en Barcelona del coronel del Ejército de Tierra Leopoldo García Campos.

Marzo trajo unos primeros rifirrafes en el tema de los fondos reservados cuando Garzón y Pérez Marino, ambos diputados del PSOE, pidieron que se depuraran responsabilidades en este asunto. Belloch, a la sazón ministro de Justicia, se mostró partidario de la creación de un subcomité parlamentario de control de los mismos. Y Asunción, después de rechazar acusaciones de tráfico de influencias en adjudicaciones de obras en la cárcel de Valencia, tuvo que negar irregularidades en su uso.

En este clima, que por días era absolutamente asfixiante, el PSOE celebraba el día 18 su XXXIII Congreso, del que González salió nuevamente elegido, aunque la crisis seguía sin solucionarse.

Roldán continuaba con su particular vía crucis de comparecencias en la comisión de investigación y en el juzgado, hasta que un día dejó de hacerlo y desapareció. Fue dictada orden de detención contra él. El ministro Asunción, veinticuatro horas más tarde, tras confirmarse que el ex director general de la Guardia Civil se encontraba en paradero desconocido, presentaba la dimisión con carácter irrevocable.

Habían sido cinco meses de mandato en los que la intranquilidad y la intransigencia habían campado libremente. Quizá por las circunstancias expuestas, el ministro había propiciado la marcha de Vera y, de forma inexplicable, había asumido sus cometidos, con lo importante y necesaria que era esa figura para imponer orden y coordinación entre los diferentes

servicios, e incluso impulsarlos. Y esto no podía hacerlo el ministro, cuya principal decisión fue la decapitación de todas las vías de contacto con ETA y, por ende, con HB. Puso en marcha una operación que consistía en elaborar una lista de presos de ETA que estuvieran en contra de la lucha armada. Se la conoció como «la lista de los cien» y no fue más que un completo fracaso.

También aquellos cinco meses fueron aprovechados por el mundo de ETA, que supo sacar con excepcional maestría todo el jugo posible al tema de la corrupción y utilizarlo en beneficio propio.

Nuestro país, que todos los días enseña al Santo Padre de Roma cómo se ha de rezar, en esta ocasión, como en otras tantas, se lo había puesto en bandeja. Y aunque ETA no había alcanzado el nivel operativo que tuvo en 1992, en realidad ya nunca lo alcanzaría, se aprovechó de la crispación, la refriega y el insulto entre los grandes partidos mientras en el País Vasco se armaban políticamente para aprovechar aquella situación cuyo final y consecuencias empezaban a ser predecibles.

El 2 de mayo, el diario El Mundo publicaba una entrevista hecha a Luis Roldán en París en la que afirmaba no tener más alternativa que suicidarse o tirar de la manta. En realidad, a partir de ese momento algunos medios de comunicación, algunos periodistas, convirtieron la vida nacional, la política, la económica, en un continuo sobresalto con los casos GAL, Conde, Rubio, De la Concha, Fondos Reservados, papeles del Cesid, PSV, FILESA, que no pararon hasta la derrota del Partido Socialista en 1996.

Una entrevista hecha en la revista Tiempo al director del ABC, Luis María Anson, fue bastante esclarecedora al respecto. Subrayaba que hasta el escalafón más alto del Estado se había puesto en peligro en aras de desbancar a Felipe González de la Presidencia del Gobierno. Y a nosotros una ola gigantesca, un tsunami surgido de aquella fiereza soterrada, nos barrió.

El presidente ofreció el puesto de Interior al titular de la cartera de Justicia, Juan Alberto Belloch, quien esgrimió que trabajaba en esos momentos en importantes proyectos legislativos, como la Ley del Jurado, la reforma del Código Penal y la ampliación de la Ley de Interrupción Voluntaria del

Embarazo. Felipe González resolvió el problema y fusionó los dos ministerios en uno solo, a cuyo frente puso, lógicamente, a Belloch. Con este nombramiento también, ahora sí, empezaba mi última etapa en la lucha contraterrorista y, en realidad, en mi profesión.

Tan pronto fue conocida la designación del nuevo ministro, recibió la visita del secretario de Estado del Plan Nacional para la Droga. Todos suponíamos que en aquella coyuntura el nombramiento de Garzón como nuevo secretario J de Estado de Interior era un hecho. Pero no sucedieron las cosas así. En la primera rueda de prensa, al ser preguntado al respecto, no sólo precisó que Garzón no ocuparía ese cargo sino que añadió que si le presentaba la dimisión se la aceptaría. En menos de una hora, las agencias de prensa anunciaban su renuncia, y volvió a su juzgado, desde donde reactivó las diligencias del GAL.

El 16 de mayo tomaban posesión las dos nuevas secretarías de Estado que había elegido el nuevo ministro: Margarita Robles, para Interior, y Teresa Fernández de la Vega, para Justicia. Ambas procedían de la Judicatura.

ETA saludó estos nombramientos, como era habitual en ella, con el asesinato de un teniente del Ejército en Madrid una semana más tarde, el 23. El 26, la nueva secretaria de Estado convocó a los gobernadores y delegados en Madrid. Gurruchaga me había comentado que había bastante malestar en el partido como consecuencia de la política de nombramientos en Interior. Muchos se preguntaban si es que no había socialistas capacitados para desempeñar el elevado número de cargos que habían recaído en independientes.

La reunión debió de ser bastante tensa, con fuertes discrepancias. Regresaron a sus lugares de destino inquietos, temerosos del giro que podía sufrir la política del ministerio con el nuevo equipo. Una vez en San Sebastián, Gurruchaga me confesó que él había sido muy duro y muy claro. No en vano, durante muchos años había sufrido en sus propias carnes, como alcalde de Rentería, el resultado de políticas débiles o cuando menos erráticas. Temía que podía ser cesado en cuanto se presentara la menor ocasión. Aquellas palabras, confirmadas poco después por el delegado del Gobierno, trajeron una preocupación más a nosotros como a la policía.

Belloch se encontraba en París, donde se había reunido por primera vez con el homólogo francés de Interior, Charles Pascua, cuando recibió la noticia del asesinato en Madrid del general Hernández Rovira. El ministro se veía obligado en aquel brusco aterrizaje a manifestar que al problema vasco sólo le veía solución policial.

El 6 de junio, presidida por la señora Robles, se celebró en Vitoria una reunión de los responsables de la lucha antiterrorista. Asistieron los delegados de Navarra y el País Vasco y los cuatro gobernadores civiles, además de los mandos de la policía y la Guardia Civil. Las caras de los políticos, después de la celebrada en Madrid, se veían sombrías. Las nuestras, preocupadas.

Algunos sentíamos también, al margen de la curiosidad, una tranquilidad basada en que podía haber llegado el momento de decir adiós a todo aquello y reanudar una vida más familiar, más normal en cualquier otro lugar de España. No eran pocos los que esperaban la menor oportunidad para poner punto final a la estancia en aquellas unidades. Les daba igual que fuera de forma voluntaria o forzosa.

Sin embargo, la reunión siguió unos derroteros normales al margen de los propósitos políticos del nuevo equipo. La secretaria se presentó y luego hicimos lo propio todos los demás. A continuación se hizo un somero repaso a la situación y las distintas expectativas que cada unidad tenía en proyecto. Nosotros habíamos desencadenado una operación ese mismo día que aún no había concluido.

Nos pidió en una exposición hecha sin ningún tipo de frialdad, más bien al contrario, distendida y afable, que hiciéramos un esfuerzo en la lucha contra ETA. Prometió visitarnos con frecuencia y nos hizo saber que su despacho y su teléfono estaban siempre a nuestra disposición. A todos nos pareció muy normal aquella primera toma de contacto.

Comando Kiruli

Nuestra operación se desarrolló en las localidades de Usúrbil y Orio y se completó en Lasarte y Oyarzun. Fueron detenidas trece personas, de las que

seis ingresaron en prisión Fue desarticulado un comando legal armado de apoyo a liberados que en aquel momento estaba en Franca.

Se les incautó un fusil, varias pistolas, otros efectos y más de cuarenta kilos de explosivo amonal. También fue descubierta una cárcel del pueblo en Usúrbil. Según declararon los detenidos, estaba destinada para el industrial y directivo de la Real Sociedad Joaquín Aperibay, que no pudo ser secuestrado al confundirlo el comando con su conductor, que fue asesinado. El comando legal se denominaba «Kiruli».

Como siempre, hubo numerosas demostraciones de protesta en las poblaciones en que se practicaron las detenciones y algunos de los que fueron puestos en libertad manifestaron que presentarían denuncia por los malos tratos recibidos durante su permanencia en Madrid.

Los documentos encontrados en la cárcel de pueblo permitieron identificar a los componentes del reconstruido comando Donosti, uno de los cuales era Pedro Picabea Ugalde, Kepa, uno de los más peligrosos pistoleros de ETA, al que se le atribuían más de veinte asesinatos y el secuestro de Julio Iglesias Zamora. Afortunadamente, la policía francesa pudo detenerlo cuando se disponía a subir a un automóvil estacionado junto a la estación de ferrocarril de Bayona.

Su hermano Rosario, otro destacado activista, también fue detenido en Franca cuando, en unión de otro miembro de ETA, Iñaki Bilbao, intentaban la reconstrucción de la dirección de la banda. En la misma operación se produjeron otros veintiséis arrestos, entre ellos el de Daniel Derguy, presunto responsable de los atentados cometidos en las playas de España el verano anterior.

Pronto se conocieron los proyectos del nuevo equipo ministerial que no eran otros que el cese de casi todos los responsables policiales y muchos políticos de la anterior etapa. Primero fue la del subdirector de la policía, Agustín Linares. Más tarde la de Martínez Torres, comisario general de Información, y hasta la del mismo Ballesteros. Esta medida afectó a más de cuarenta comisarios, algunos de los cuales yo conocía y eran, desde luego, unos excelentes profesionales.

Hasta el mismo equipo jurídico de Jorge Argote y demás abogados que atendían nuestros problemas con la justicia, derivados de actos del servicio, fueron cesados. Todo ello produjo un profundo malestar, tanto en la policía como en la Guardia Civil.

El procedimiento era de lo más sencillo: los interesados eran llamados por la secretaría de Interior, que les comunicaba que no contaba con ellos para la tarea que quería llevar adelante y que serían sustituidos por otros. Así que cuando, unos días después, recibí la orden de presentarme veinticuatro horas más tarde en la Secretaría, a las nueve de la mañana, supe que el turno me había llegado. Lancé un suspiro de alivio, terminé lo que estaba haciendo y decidí que ese día, salvo que ocurriera alguna novedad, iba a pasarlo con la familia.

Se lo comuniqué al gobernador Gurruchaga, que se encontraba en Vitoria junto al delegado José Antonio Aguiriano. Lo encontré bastante contrariado con lo que ocurría en Madrid y quedamos en vernos a mi regreso.

Fue el 20 de junio, lunes. A la hora prevista me encontraba en el antedespacho de Margarita Robles, que poco después apareció y me saludó afectuosamente. Me pidió que pasara a su despacho, donde, en contra de lo que esperaba, me agradeció el duro trabajo que llevábamos a cabo, a la vez que me hacía saber que tanto el ministro, al que debía ver más tarde, como ella estaban muy contentos con la labor que realizábamos.

El tono era amable y el trato muy cordial. Me felicitó por los últimos servicios y me pidió que le hiciese saber cuántas necesidades tuviéramos, pues ella procuraría solucionar las que estuvieran a su alcance. Sentados en aquel despacho, que tan bien conocía, la veía completamente distinta a los comentarlos que unos y otros me habían hecho de ella. Y sin prisas le referí con bastante detalle los servicios e investigaciones que desarrollaba la Comandancia de Guipúzcoa y también los problemas de sus hombres y, cómo no, los míos. Escuchó con gran atención. A veces asentía y siempre dejaba ver un gesto de comprensión. Me animó, me expresó que contaba con todo su apoyo y que no pensara en abandonar de ninguna manera. Quería que continuase en mi puesto y me anunció una próxima visita al acuartelamiento de Inchaurrondo.

Agradecí sorprendido su muestra de afecto y de consideración y le planteé la situación en Franca, las personas de las que recibíamos información, nuestras relaciones con los franceses, así como las operaciones que se llevaban a cabo en suelo galo. La reunión acabó con la misma afabilidad con que había empezado.

En el trayecto a la calle San Bernardo para ver al ministro, meditaba una y otra vez sobre aquella entrevista. Con el tiempo, las reuniones se repitieron, unas veces por incidencias de servicio y otras, las más, por problemas míos o de los demás. En muchas ocasiones continuaban con un almuerzo sosegado al que casi siempre asistía su secretaria y el jefe de Prensa. Quiero recordar que en las últimas visitas que le hice, a punto de perder el poder el PSOE y próximo mi encarcelamiento, vi en ella algo que nunca había observado con anterioridad: un poco de ternura.

La reunión con el ministro fue del mismo corte. Ya conocía el País Vasco en su faceta de juez y nosotros también le conocíamos a él.

Tras poner en antecedentes de todo lo anterior a mi director, por quien no me habían preguntado ni Belloch ni Margarita Robles (Cardenal me confesó que sus relaciones con ellos eran casi nulas), volví con cierta preocupación y desconcierto a San Sebastián, donde me esperaban con impaciencia y expectación por el posible cese.

Tres días más tarde, el 23, me llevaba la sorpresa por el contenido de una nota del Ministerio de Justicia e Interior en la que se anunciaba que la secretaria de Estado había abierto una investigación para esclarecer lo ocurrido tras las detenciones realizadas en la operación de Usúrbil. Algunos de los detenidos habían denunciado haber sufrido malos tratos. Nadie esperaba tal medida, toda vez que ya intervenía un juez, ni la forma de anunciarla. El gobernador tampoco le encontraba explicación. Me dijo que en breve iría a Madrid con el delegado y se entrevistarían con gente del partido y luego con Margarita Robles.

No pasó absolutamente nada ni con la investigación ni con la intervención judicial, que demostró, como en otras muchas ocasiones, la falsedad de las denuncias. De hecho, está publicado en el diario ABC del 12 de mayo del 94, en el País Vasco no había habido ningún procesamiento o condena de

miembros de las Fuerzas de Seguridad por denuncias de malos tratos en relación con hechos ocurridos después de 1983, prácticamente desde que yo me había hecho cargo del Servicio de Información. El periódico continuaba: «Y eso que a partir de esaño es cuando se ha intensificado la lucha antiterrorista, especialmente en Guipúzcoa, y cuyo peso lo ha venido llevando la propia Benemérita.»»

De todas maneras y a pesar del interés que sin duda pusieron los nuevos responsables del ministerio, la lucha antiterrorista nunca alcanzó las cotas anteriores. Demasiadas sustituciones y desconfianzas, un director general bloqueado que esperaba el cese en cualquier momento. Había desaparecido algo que siempre nos sobró en esos catorce años tanto a la policía como a la Guardia Civil: el entusiasmo.

El viaje a Madrid que me había anunciado Gurruchaga y que realizó él solo tampoco contribuyó a aclarar nada. A la vuelta nos comentó al comisario de policía y a mí que el malestar había trascendido no sólo al Gobierno sino también al partido, donde empezaba a haber verdadera preocupación. El seguía sin tenerlas todas consigo. Esperaba el cese en cualquier momento. Me costaba entender todo aquello. Quizá por no ser político. Pero no acertaba a ver una sola razón por la que aquel magnífico gobernador tenía que ser relevado.

Gurruchaga me contó que había tenido un fuerte encontronazo con Margarita Robles por el tema de la investigación abierta. Yo me imaginé la escena. Pero seguía sin comprender esta reacción tras la entrevista que días antes había mantenido con ella. En cualquier caso, todos veían muy extraño que hubieran cesado a más de cuarenta comisarios y a todos los responsables de la lucha antiterrorista y a mí no. Yo también empezaba a verlo raro.

A primeros de julio me desplazé de nuevo a Franca. Eduardo me había informado que tenía otra bolsa de viaje de la misma procedencia que la de dos años antes y que alguien, a no mucho tardar, vendría a recogerla. Su contenido era variado, como en la anterior ocasión, aunque sin nueces. Con anterioridad se había puesto en marcha el equipo operativo que me auxiliaba en estos menesteres y me esperó en un punto determinado para revisar el paquete milímetro a milímetro.

A las diez de la mañana del lunes 4 de julio nos encontrábamos en el aparcamiento del mercado de Lourdes. Eduardo perdía vigor y energía mes a mes, pero no aquella ilusión, como fuerza interior, que le hacía esperar el regreso a su pueblo algún día. Todo esto y alguna preocupación más me comentó mientras me entregaba la bolsa de viaje. Las asas, esta vez, eran de paño grueso.

Nuevo intento de fuga

Procedía del mismo lugar, la prisión de Ocaña-1, y de la misma persona, Juan Carlos Balerdi. Un familiar, en una visita bis a bis, le había llevado la bolsa con ropa y objetos permitidos y la había recogido con otros usados con los preceptivos reconocimientos de los celadores. Luego, esa bolsa se la entregaron a la mujer de Eduardo para que se la entregara en Franca.

Había algo que estaba claro. La operación de Bidart no había despertado la más mínima sospecha a ninguno de los que de una u otra manera fueron sus responsables. En esta ocasión eran cinco finísimos folios y una octavilla del mismo material, escondidos de nuevo en el interior de las asas, que después fueron pacientemente recosidas.

La octavilla tenía dos anotaciones. La primera era para una captación de una persona de treinta y cuatro años, delgada, 1,80 de estatura, pelo corto, sociólogo que vivía en la parte vieja de Bilbao. Daba su nombre y su dirección. Me recordó la cita de la iglesia cementerio de Gethary. Pero no, esta vez el contacto tenía que hacerse por carta, a una dirección que proporcionaba y en la que debía figurar la contraseña: «De parte de Lizartza.»

La segunda anotación contenía los datos actualizados, nombre, coche, dirección, etc., de un coronel de la Guardia Civil de Madrid para atentar contra él. La información la había conseguido de un amigo del hijo del coronel, que ahora se encontraba interno en la misma prisión. El coronel fue informado y se tomaron las medidas necesarias para evitar cualquier riesgo.

La carta constaba de dos folios e iba acompañada por un croquis de la prisión de Ocaña-1 y otro de la de Valdemoro, así como de las carreteras de

acceso a la misma y detalle de las viviendas de los funcionarios, con datos de vehículos y autobuses oficiales.

Se hacía especial hincapié en la casa de los jefes y en una persona que salía a las seis y media de la mañana hacia el exterior en un Seat Ritmo blanco. Era información de primera mano para atentar contra la prisión y su personal de servicio. No era difícil de obtener, pues hay épocas a lo largo del año en las que internos de Ocaña van a Valdemoro, y viceversa, para pernoctar camino de otro destino donde tienen que asistir a un juicio. Son esos momentos de cortos contactos y conversaciones efímeras en los que los unos dan a los otros cuantos datos han conseguido que puedan ser de interés para la banda. Aunque sólo sea el nombre del director.

La carta decía así:

APARATO DE FUGAS: OCAÑA-1

Os mando los datos disponibles de esta cárcel para que os hagáis una composición de lugar y me digáis si hay posibilidades de ayuda. Como os decíamos para el intento anterior (frustrado), la forma más fácil y segura es la del helicóptero. Nuestra situación en el plano es la misma, por lo que sigue habiendo posibilidades. Como se indica, las medidas de nuestro patio son 35×45 m y una altura de 15 m. En sitios cerrados se produce un efecto de absorción que imposibilita el despegue de un helicóptero (como ya sabréis), pero en este patio tenemos la experiencia de un helicóptero relativamente grande que bajó a una altura de cuatro o cinco metros y no tuvo el menor problema de movimiento, incluso para moverse de un lado a otro. Si controláis el tema, sabréis las medidas mínimas necesarias. Nosotros salimos todos juntos al patio por las mañanas de las nueve hasta las once; este horario es el seguro, pero normalmente salimos de ocho a dos. Este patio, por sus características, es el que consideran más seguro, así que a los peligrosos nos mantienen aquí. De hecho, la posibilidad de acceder al tejado desde el patio es prácticamente imposible. Cabría alguna posibilidad desde el interior de la celda, pero si se está en el último piso, y para ello habría que romper un primer techo de hormigón armado, un segundo de loseta y finalmente la uralita del tejado. En cualquier caso de noche, y no para estas posibilidades del helicóptero. Hay que decir que toda la operación se realizaría sin posibilidad alguna de que los picólos pudieran

hacer nada, ya que sus garitas quedan muy por debajo del tejado, es decir, que sólo verían el helicóptero al entrar y al salir de la cárcel durante pocos segundos, y por tanto sin tiempo material de actuar.

Otra posibilidad sería a través del alcantarillado. Para ello, en el plano están marcadas con puntos azules algunas de las arquetas de entrada a ese alcantarillado. Es seguro, porque se ha visto, que a lo largo del recinto (espacio entre el edificio de la cárcel y el muro exterior) hay una canalización grande: entra una persona.

Lo interesante sería ver qué accesos hay desde esa canalización hasta el interior de la cárcel. Sabemos que hay accesos pequeños para las salidas de desagüe de las celdas, pero es fácil que a la cocina, que está en línea con las duchas, la entrada sea lo suficientemente grande. De ser así se podría abrir un agujero hacia arriba en las duchas o donde mejor se vea, por supuesto con todas las medidas de seguridad para no ser descubiertos, detalles que se tendrán que concretar más adelante. Lo importante es ver cómo está la cosa y qué se puede hacer, ya que también se podría hacer el agujero desde el desagüe exterior a los wáteres. Soy consciente de los problemas que todo esto entraña, pero nunca va a ser una labor fácil y hay que aprovechar lo que se tiene. La cuestión es encontrar la línea de desagüe que conecta con la de la cárcel, el depósito de agua puede ser una pista, pero también es posible que desde la calle, como se indica en el plano, haya una entrada; arquetas de entrada si hay, por lo menos.

Otra posibilidad, una vez llegados al tejado, cosa realmente complicada, sería la de deslizarse por un cable al exterior, ya que como también se ve en el plano la calle transversal a la cárcel queda fuera del campo visual del picolo de la garita.

Lógicamente, el planteamiento es que el apoyo exterior se sitúe en la calle y sea el que proporcione el cable que recogerá el del tejado a través de un hilo que lanzará previamente. Tendrá que tensar el cable y recoger a la gente.

De momento es todo, sólo recordaros que sigo esperando la respuesta a la carta que mandé al aparato de makos. Un abrazo y ánimo.

JUANCAR

Valdemoro

Todos los días, y correspondiendo con los cambios de guardia, sale de la cárcel un autobús cargado de funcionarlos. Previamente, ha traído a los que entran de guardia. Las horas aproximadas son 8, 14 y 22 horas. Por supuesto, también hay un gran despliegue de coches de funcionarlos que se mueven por su cuenta. El autobús es de tipo comercial, de color blanco y una franja lateral naranja. Junto a la cárcel hay un edificio de color marrón y tejado negro en el que puede haber unos veinte pisos habitados. Está rodeado de vallas y pertenece a la cárcel, siendo seguro que ahí viven los jefes. Se ha visto salir a las 6.30 de la mañana a una persona en un Seat Ritmo blanco hacia el exterior. En el plano se indica la casa, la carretera de salida y la rotonda a la que accede. Por cojones tienen que pasar por allí y luego tomar alguna de las desviaciones que se señalan. También hay un bar restaurante con aparcamiento desde el que se puede controlar el paso, así como una gasolinera doble y otro bar restaurante a unos cinco kilómetros que coincide con la conexión a la nacional IV, que también puede ser un punto de control.

Una vez que todo había quedado igual a como nos había sido entregado, devolví la bolsa a Eduardo, le pedí que se cuidara un poco más y tomé nota de un par de necesidades que tenía. Después regresé a San Sebastián.

Me parecía bastante interesante el material que llevaba, aunque con sistemas de trabajo muy distintos pues habría que estar muy atento al bilbaíno hasta que alguna cita en Franca nos pusiese de nuevo en la pista de alguien importante de ETA. La otra posibilidad, la de intentar el seguimiento del paquete, era totalmente descartable, pues sabíamos más o menos quién la iba a recoger, no cuándo. A partir de ahí era imposible casi ningún tipo de control. Las prisiones fueron informadas y se inició la nueva línea de trabajo. La fuga del autor de la carta era fácilmente evitable con un simple traslado de prisión.

Primera visita de la secretaría. Segundo contacto con Aznar

El 21 acudimos al aeropuerto a recibir a Margarita Robles, que había anunciado su primera visita a Ínchaurreondo. La esperábamos el gobernador

y yo y, una vez en el cuartel, recorrió con detenimiento las distintas instalaciones, la capilla, los comedores, la piscina, las pistas de tenis, la galería de tiro, las cafeterías, etc., en medio de una cierta curiosidad de guardias y familias. No hubo petición por parte de ella de hacer un recibimiento oficial, con honores militares y desfile, lo que supuso evitar un pesado cometido para unos hombres nunca sobrados de descanso.

Era media tarde y los niños se movían con plena libertad a lo ancho de aquella pequeña ciudad constituida por cinco bloques más cinco barracones remodelados. Más de doscientas cincuenta viviendas para casados y cuarenta y ocho pabellones o pisos en los que se alojaban cerca de trescientos solteros.

Aparte, unos dormitorios colectivos alojaban a la compañía del GAR y a la Sección de Reserva, unidades siempre en alerta para intervenir de inmediato ante cualquier novedad.

La secretaria de Estado pudo darse cuenta de cómo vivíamos, las medidas de seguridad que adoptábamos y el movimiento de personas que entraban y salían en aquella tarde veraniega. Iras saludar a los oficiales presentes nos dirigimos a las dependencias de Información, donde observó con admiración el corazón de aquella unidad que nunca dormía: la oficina de Servicio y Análisis; los ficheros de personas y de hechos, y hasta qué punto eran completos. Y la cantidad de respuestas que podían proporcionar a una simple pregunta derivada de una pequeña pista.

También comprobó las operaciones que había en marcha, lo que en aquel momento se realizaba y dónde, y la forma de recibir o transmitir cualquier comunicación.

Finalmente, tuvimos una reunión con el personal. Ella, tras agradecer el recibimiento y felicitar a la unidad por la eficacia observada, pidió que quien quisiera le hiciera las preguntas que considerara convenientes. Uno de los oficiales, en un tono de exquisita corrección y disciplina, le expuso la preocupación que no sólo allí, sino en las demás comandancias, se sentía por las famosas investigaciones sobre las denuncias como consecuencia de la operación de Usúrbil. Ya intervenía un juez. Parecía lógico esperar al

resultado de esta actuación, y luego, al margen de las responsabilidades judiciales, se aceptaría lo que dispusiera el ministerio.

Eran muchos los frentes a los que atender. Primero, la propia ETA. Luego, el juzgado, tras las correspondientes denuncias, y ahora nuestros superiores, sin respetar la presunción de inocencia. Para colmo, el grupo de abogados que tanto los habían ayudado habían sido despedidos.

Ella, quizá un poco nerviosa, se excusó en que el nuevo equipo deseaba dar ejemplo de transparencia. No dudaba del comportamiento de los que habían intervenido en la operación y se ofreció a satisfacer las necesidades de servicio que se presentaran. Aquello no sirvió para que la preocupación desapareciera del ambiente. La cara de los oficiales y la de todos los demás aparecía sombría.

La secretaria, de todos modos, dirigiéndose a unos y a otros a título personal, consiguió poco a poco romper la frialdad. Se fue de allí impresionada. Comentó que todo cuanto se sabía de ETA en aquel momento estaba en aquellos archivos y comprobó que los hombres que había conocido dedicaban todo su tiempo a combatirla.

Venía con ella el jefe de Prensa del ministerio. Era una persona que estaba presente en todas las reuniones, bien con el ministro o con la señora Robles, aunque más con esta última. Procuraba oír cuanto hablaban unos y otros. De palabra amable, lista al consuelo, nunca al compromiso, por el que sentí una gran amistad. Me cayó bien desde el principio y también desde el principio él procuró expresarme que el afecto era recíproco. Una tercera persona que también asistía a las reuniones había coincidido con él en Melilla. Se trataba del coronel Pantojo. Con lo que formábamos un trío «bien avenido».

Este jefe de Prensa en el que yo creí escribió un libro que me llevaron a prisión. Al margen de las inexactitudes, mentiras y creencia firme de que los malos de la película éramos nosotros, lo que más me dolió es que reconociera que me había estado engañando. Comentaba que en la visita a Ínchaurrondo los miembros del servicio habían pedido a la señora Robles «trabajar con red». Era una expresión que yo no había oído en ambientes del Cuerpo o policiales ni una sola vez. Se refería sin duda a que, caso de

ser procesados por algún asunto del servicio, como los malos tratos, se tuviera la garantía del indulto. Jamás se pidió tal cosa. Desde 1983, ningún hombre había sido procesado por este tipo de asuntos.

Acompañamos a la secretaria de Estado al aeropuerto de Fuenterrabía para despedirla. Se realizaban unas obras para mejorar la operatividad del mismo y aprovechó para, acompañada por el gobernador y el alcalde de San Sebastián, echar un vistazo a las mismas.

Yo paseaba junto al jefe de Prensa por el amplio vestíbulo del aeropuerto previo a las zonas de embarque, charlando de todo lo que había visto y oído. Parecía muy impresionado.

De pronto oímos un pequeño revuelo de coches y de gente de escolta de alguien que llegaba. Era el presidente del Partido Popular, José María Aznar. Yo ya sabía que estaba por la zona de San Sebastián. Y teníamos servicios de apoyo para completar su seguridad a media distancia.

Al verle, avancé, tras disculparme con mi acompañante, hacia él y le saludé militarmente. Le pregunté si necesitaba algo de mí o de la Comandancia. Él, con un gracejo más propio de Andalucía que de Castilla-León, tras abrazarme y con una amplia sonrisa, me preguntó:

—¿Todo esto es por mí? —Se refería al despliegue de seguridad visible en el entorno del aeropuerto.

—No. Es por la secretaria de Estado Robles. Pero ¿quién sabe? Quizá algún día sea por usted.

También sonreía al contestarle, mientras él, tomándome del brazo y en un fugaz aparte, me preguntó cómo me encontraba de ánimo.

—Tiene que superar todo esto. Cuento con ello. —Se refería a los coletazos del «Informe Navajas» y al asunto GAL, que ya empezaba—. Además, no olvide que tenemos pendiente una conversación usted y yo. Y para mí el tema es bastante importante.

—No lo olvido. No.

Después hablamos del País Vasco y de las cosas en Franca. Aquella conversación importante, que habríamos de tener en el futuro, no se celebró nunca. Tras una despedida afable y cariñosa, marchó al embarque, donde ya llegaba Margarita Robles.

Al despedirme de ella, mientras estrechaba su mano, me dijo:

—Le felicito. Creo que lo que he visto y los hombres que están con usted son únicos. Ánimo. Dígales que estoy con ellos, que cuenten conmigo.

A estas alturas estoy convencido de que era sincera. Y doy fe de que cumplió al pie de la letra sus palabras.

El 4 de agosto era cesado como gobernador de Guipúzcoa José María Gurruchaga. Aquel hombre bueno, valiente y de gran eficacia política, que siempre estuvo allí donde era más difícil, defendiendo su ideología política y, en definitiva, la libertad. Desde el principio contó con el rechazo del equipo de Belloch, que tomó como una bandera su cese. Hubo una oposición muy fuerte entre los responsables socialistas del País Vasco. Y así se dilató hasta que seguramente González dio el visto bueno.

Ahora pienso que los socialistas vascos deberían haber reaccionado de alguna manera ante aquella medida, que no fue buena. Yo debería haber tomado alguna decisión, pedir la baja. Pero no lo hice. Sobre todo después de hablar con él y con el delegado del Gobierno. Gurruchaga, como siempre, le quitó hierro al asunto y dijo que había llegado la hora de marchar a otro puesto. Bien puede decirse que los años de alcalde de Rentería y más tarde de gobernador le proporcionaron cualquier cosa menos tranquilidad y, en ocasiones, riesgo elevado de perder la vida.

Quizá para calmar las aguas revueltas, Belloch convocaba la reunión del Pacto de Madrid en previsión de que las críticas fueran a más. Hizo saber a los firmantes que aquel plan fallido de reinserción, la famosa lista de los cien, quedaba abandonado. Además, tuvo que ceder a la petición del PP en el sentido de que los fiscales pudieran recurrir la concesión del tercer grado a los internos de ETA en una clara postura de endurecer la situación carcelaria. Era algo contrario a su programa, a las medidas que pensaba aplicar a los reclusos. Creía que conduciría así a la banda al diálogo o a una

postura menos violenta, menos irracional. A pesar de todo, Belloch siempre contó con el apoyo de IU.

Lo más esperanzador de aquel verano fue el anuncio por parte del IRA (Ejército Republicano Irlandés) de una tregua total e indefinida a partir de la media noche del miércoles 31 de agosto. Uno, harto de las comparaciones entre Irlanda del Norte y el País Vasco, de oír que no tienen nada que ver la situación en uno y otro territorio, siente una agradable sensación al observar el devenir en aquel pedazo de Irlanda y recuerda conversaciones con unos y otros, de todas las tendencias, y se niega a aceptar que la situación en Euskadi, la nuestra, no tenga solución.

Gobernador Jáuregui

El Consejo de Ministros del 23 de septiembre nombró nuevo gobernador civil de Guipúzcoa a Juan María Jáuregui. La demora de más de un mes de esta designación fue debida a la negativa de prácticamente todos los miembros del Partido Socialista de Euskadi para aceptar el cargo como protesta por la destitución de Gurruchaga. El malestar era grande y además ninguno comprendía las razones que podían haber existido para tomar esta decisión. Jáuregui procedía del Partido Comunista de Euskadi. Era el único concejal del PSE-EE en el Ayuntamiento de Tolosa. Aunque su nombramiento fue protestado por la ejecutiva del partido, quien más duro y claro en la crítica fue, como siempre, el por entonces portavoz del PP en Guipúzcoa, Gregorio Ordóñez. Dijo que el ministro de Interior demostraba «más sensibilidad con los asesinos de ETA que con quienes arriesgan sus vidas por la paz».

La toma de posesión de Jáuregui coincidió con la presentación en San Sebastián de una nueva edición del libro Operación Ogro sobre el atentado que el 20 de diciembre del 73 costó la vida al presidente del Gobierno, almirante Carrero Blanco. Esta vez estaba prologada por el ex dirigente etarra Eugenio Etxeveste, Antxon.

Era Juan María Jáuregui el reverso de la moneda de su antecesor. De fuerte complexión, estatura cercana al metro ochenta y aspecto de levantador de piedras, tenía un natural campechano. Deseaba acortar rápidamente las

distancias para que los demás lo consideraran amigo. Hablaba a voces y reía continuamente.

Me llevó con él a todas partes, «mirad, soy el jefe de Galindo», decía entre risas, con una simpatía natural que no podía caer mal. Me presentó a su familia y se inició una relación entre ambos en la que, por cualquier circunstancia, o yo iba al Gobierno o él venía a Ínchaurreondo. Cualquier excusa era buena para quedar a comer juntos.

Creo que alcanzamos un aceptable nivel de convivencia, pero a mí me chocaban algunos aspectos de sus decisiones y de su comportamiento. También de sus declaraciones a la prensa, en las que en muchas ocasiones no dejaba en buen lugar a su partido, aunque siempre le noté muy allegado a Belloch y a Margarita Robles. Más al ministro.

En una ocasión recibió a unas personas que habíamos detenido para preguntarles si habían sufrido malos tratos. Al asunto le dio mucho bombo, prensa incluida. Los llamados no sólo se negaron a darle la mano, sino que prácticamente ni le hicieron caso. Aprovecharon la ocasión para soltar un mitin político sobre la represión. Los malos tratos ya los habían denunciado ante el juez.

Fue un desaire para nosotros y, cuando se lo hice saber, con una risotada casi chabacana me dijo que no le diera importancia, que aquello lo hacía para demostrar a los demás que mentían. Lo cierto era que venía con un guión de actuación bastante perfilado, que además se notaba.

Pero el campanazo lo dio el día de la Patrona. Aquel 12 de octubre el sol acabó desde primera hora con cualquier vestigio de nubes y el acuartelamiento lucía sus mejores galas. Los actos se sucedieron uno tras otro: la misa, la imposición de las condecoraciones, el homenaje a los caídos, etc. Llegó el turno de los discursos. Estaba previsto que habláramos el gobernador y yo. Hacía varios años que yo había renunciado a tomar la palabra, así que, como el gobernador lo sabía, se dirigió al atril donde se hallaba el micrófono y empezó a hablar.

Durante varios minutos habló a los numerosos guardias, familias e invitados en euskera, luego continuó en castellano hasta que finalizó, en medio de un

gran estupor. Aquella ocurrencia hizo que nunca hubiera una buena o al menos aceptable sintonía entre Jáuregui y la población de Ínchaurreondo. Nosotros, sin embargo, y quizá debido a su forma de ser y a ir juntos a casi todas partes, llegamos a tener lo que para mí era amistad. Sencillamente. Como había ocurrido con el jefe de Prensa del ministerio, con quien se entendía a las mil maravillas. No estuvimos juntos mucho tiempo. Y, a trancas y barrancas, lo recorrimos juntos.

El día 22 de mayo del año siguiente, cuando me encontraba en Madrid en pleno curso de capacitación para el ascenso a general, recibí su visita acompañado del jefe de Prensa. Me invitaron a cenar en un momento en que, entre el curso y las informaciones que casi a diario aparecían en los medios sobre el caso Lasa-Zabala, me encontraba muy agobiado. Acepté encantado y me llevaron a un restaurante vasco en la calle del Capitán Haya. Encontraba en su conversación y en su compañía alivio, hasta bienestar. Estaba con dos amigos, y eso que el gobernador me comentó que pronto saldría una nueva información en la que se decía que los dos refugiados vascos habían sido interrogados en el palacio de la Cumbre.

Terminada la cena, ya bastante avanzada la noche, quisieron llevarme a otro local para tomar una copa, que rechacé, primero, por no ser aficionado a tales costumbres y, segundo, porque había de madrugar al día siguiente.

Me despedí de ellos agradecido por el buen rato que me habían proporcionado. Años más tarde leí en el libro del jefe de Prensa que aquella invitación no había sido sino una trampa para ver mi reacción. En la soledad tan desesperada de la prisión, cuando leí todo lo que sobre el particular decía su autor, sentí más que tristeza, dolor físico. Eran mis amigos. O al menos eso creía. Yo sí lo era de ellos, y completamente leal.

Terminado el curso y ascendido a general, a la hora de despedirme de mi unidad y de la gente a la que durante quince años había servido, no asistió a la comida de despedida en Ínchaurreondo, quizá en sintonía con la secretaría de Estado o por orden suya. Margarita Robles tampoco hizo acto de presencia en la imposición de faja, a pesar de que fue la persona del equipo de Interior con la que mejor me entendí y más atendió nuestros problemas y necesidades. Había que marcar distancias frente a quien ya era sospechoso e iba a ser investigado por la justicia.

Durante la instrucción del sumario, el gobernador comunicó al juez cualquier noticia o rumor que pudiera perjudicarme a mí o al conjunto de los procesados. Tras mi marcha de San Sebastián sólo le vi una vez durante el juicio, al que acudió a declarar como testigo de cargo acerca de un exiguo aumento del consumo de la luz durante un determinado mes en el palacio de la Cumbre y sobre mis reacciones cuando salía el tema del caso que nos tenía allí.

Cuando terminó, al abandonar la sala, cruzó conmigo una mirada con un odio tan intenso que fue notada por todos, incluso por la prensa. Ya no le vi más. Aunque sí pensé en él en muchas ocasiones, pues aún tengo muchas incógnitas sobre su comportamiento que nunca podrán ser despejadas. Cuando cesó como gobernador al ganar las elecciones generales el PP en 1996, el Gobierno le proporcionó un puesto de trabajo como directivo en la cadena de tiendas de aeropuertos Aldeasa en Canarias, pues se encontraba amenazado por ETA. Meses más tarde fue nombrado jefe de la empresa para América del Sur y fijó su residencia en Chile, de donde venía con alguna frecuencia de vacaciones a Legorreta, su pueblo.

El 29 de julio de 2000 pasaba unos días en su pueblo. Estaba con un amigo, Jaime Otamendi, director de informativos de la televisión vasca, en una céntrica cafetería de Tolosa. Entraron dos individuos de entre treinta y treinta y cinco años, uno alto con perilla y otro bajo, tocado con una txapela. Iban a cara descubierta, con gafas de sol, normales para la fecha veraniega. Pidieron, con toda normalidad, unas consumiciones, las terminaron y se dirigieron a la salida del local. En su trayectoria se encontraba la mesa del ex gobernador. Al llegar a su altura, por la espalda, le dispararon dos tiros en la cabeza. Jáuregui cayó al suelo en medio de un charco de sangre. Los asesinos huyeron con toda frialdad. Tenía cuarenta y nueve años, era casado y padre de una hija. Quién sabe si pensó, tras aquellos escasos dos años en que ejerció el cargo en Guipúzcoa, que con los ataques y las declaraciones en el juicio contra mí ETA no atentaría contra él. Nosotros ya estábamos acostumbrados a que cualquier estamento, cualquier instancia que quisiera atacar o realizar cualquier forma de crítica contra ETA, antes arremetía contra nosotros, contra mí. Quizá por creerse así protegidos con un cierto blindaje. Pero estaban equivocados. En prisión

me enteré de su muerte, de su asesinato. Recordé mi experiencia, el tiempo que compartimos. Sentí tristeza y tuve una oración para él.

Mayor Oreja

Los fines de semana, los viernes por la tarde o algún sábado solía acudir a visitarme, previa llamada de su secretaria a mi ayudante, Mayor Oreja. Rara era la encuesta que no les era favorable, pero con una diferencia contundente. Todo el mundo del PP vasco comentaba que este hombre daba el perfil para ministro de Interior, por no decir que lo sería con absoluta certeza el día que ganaran las elecciones.

Por una cosa o por otra, lo cierto es que le gustaba estar bien informado sobre el terrorismo, y no es ninguna inmodestia afirmar que el centro más adecuado a tal fin era Ínchaurreondo. Ya nos conocíamos, pues había sido nuestro delegado hasta la llegada del PSOE, a finales de 1982, tras sustituir en el cargo a su tío.

Estas visitas eran conocidas por Madrid y por el gobernador, a quienes yo lo había participado. Y bastantes tardes las pasamos revisando la actualidad y la actividad y situación de ETA, mientras sus escoltas paseaban por el cuartel.

Más tarde, la contienda política, tras el escándalo GAL, hizo que, en medio de la tensión entre los dos grandes partidos, le echasen en cara estos encuentros, como si fuera algo de lo que arrepentirse, una acción indigna. Él reaccionó, tocado y dijo que sólo había sido una o dos veces. Yo me había convertido en leproso en Palestina y el trato conmigo era degradante, y más con las aspiraciones políticas que tenía. Yo me mantuve en silencio y ahora sólo espero que las informaciones que le facilité, en esas «una o dos» ocasiones, le resultaran de utilidad.

Captura de Mobutu. «Operación Estrella-Queso»

En Madrid se había hecho cargo del Servicio de Información el coronel Dámaso Alonso González, gran compañero pero sobre todo amigo. Nos

conocíamos desde la Academia. Se había hecho en poco tiempo con la unidad y las operaciones de las diferentes especialidades.

Era muy agradable recibirle y fueron muchas las horas de charla, no sólo sobre asuntos del servicio, que pasé con él. Quién sabe si mi amistad no le perjudicó. Eran tiempos en los que cualquier allegado a mí no estaba exento de la injuria y, a veces, de la calumnia. De Dámaso llegaron a escribir que había estado destinado en Guinea Ecuatorial conmigo, cosa que nunca llegó a ocurrir.

Andaban de nuevo bastante encrespados los ánimos entre la clase política de San Sebastián debido a una querrela presentada por el dirigente del PP, Gregorio Ordóñez, teniente de alcalde de la capital, contra el nuevo alcalde, Odón Elorza, del PSOE. La denuncia también incluía al jefe de la Guardia Municipal y a uno de los cabos, a los que acusaba de los delitos de prevaricación y malversación de caudales públicos por unos pagos hechos a confidentes. La querrela no fue admitida a trámite.

Uno de los equipos que trabajaba en Franca localizó de nuevo a Mobutu. Las escasas informaciones que nos habían llegado desde el día de la identificación fotográfica por Iñaki indicaban que su puesto en la rehecha dirección de la banda era muy elevado. Envié un grupo de refuerzo con la misión de intentar no perder el contacto con el etarra.

Había sido controlado en Bayona, en uno de los domicilios que había utilizado con anterioridad. En agosto le habíamos grabado una entrevista con la persona de Bilbao que ya teníamos sometida a vigilancia, en el paseo de Capuchinos de Burdeos, y desde entonces le habíamos visto en muy raras ocasiones.

Con un gran esfuerzo en hombres y horas, y la accesoria de que los franceses no nos detectasen, se pudo mantener la vigilancia hasta que se dirigió a la estación de ferrocarril y tomó el tren de alta velocidad con dirección a París. El grupo que en ese momento tenía la responsabilidad de su control, sin pensarlo dos veces y tras comunicar a Ínchaurreondo la noticia, subió al siguiente vagón. El problema era que no tenían billete, ni siquiera dinero suficiente para satisfacer los pasajes de todos hasta la capital francesa.

Cuando me lo comunicaron estaba en mi despacho con el coronel Dámaso, que acababa de llegar de Madrid. Me había traído un sobre con una cantidad de dinero, unas quinientas mil pesetas, para el abono de dietas devengadas con anterioridad por gente del Servicio de Información. Estos gastos siempre se cobraban con mucho retraso. Estábamos revisando la marcha de las operaciones conjuntas cuando el capitán Bravo me participó lo que ocurría. No disponíamos, como siempre, de mucho tiempo ni de mucha información. Pero aquel viaje podía ser importante.

Así que puse en su mano el sobre con el dinero que nos había traído el coronel, casi como un maná, y le di instrucciones para que organizara el apoyo a los que de manera tan precaria seguían a aquel nuevo dirigente de la banda. Junto al capitán J. C., organizaron lo necesario y, cuando marchaban por carretera camino de París, se recibió la noticia de que el objetivo, una vez allí, tras algunos contactos en la misma estación con personas desconocidas, había tomado otro tren en dirección a Lyon. El equipo que comunicaba la novedad, que era el que le seguía, también había hecho lo propio.

Poco después, el capitán J. C. y sus hombres se reunían con el equipo de seguimiento necesitado de «todo». Tras informarse de todos los detalles, los relevaron para que tomaran un descanso, y me comunicaron que nuestro hombre se encontraba en una casa del barrio de San Juan de esta ciudad.

Me interesé acerca de la dificultad del mantenimiento de la vigilancia y, al confirmarme que no era muy complicada, decidí esperar, pues la situación no estaba muy clara. Pocas horas después, nuevos hechos nos permitían fundamentar una decisión. Habían ido entrando en la casa dos hombres y dos mujeres; sus identidades eran desconocidas.

Me pareció que había llegado el momento. Madrid y el gobernador estaban al tanto de la operación, de modo que les hice saber que ponía en marcha la intervención. Así se lo comuniqué a los hombres que teníamos en Toulon y, pocas horas más tarde, tras el intercambio de información con la policía francesa, se procedió a la entrada y detención de aquellas cinco personas.

En la vivienda se encontraron cinco armas cortas y diez sacos que contenían no menos de cincuenta kilos con documentación sobre citas, contactos,

planos e informaciones sobre posibles objetivos de la Guardia Civil, policía, Ejército y civiles. Asimismo y distribuidos en veinte sobres, el dinero para pagar la mensualidad de los miembros liberados de los comandos.

La identificación de los detenidos, su verdadera identidad, costó muchas horas. No dieron ninguna facilidad. Yo me encontraba con el nuevo general de la zona, Primitivo Seivane, que había venido a cumplimentar a los gobernadores civil y militar. Madrid, en concreto mi director, Cardenal, llamaba de manera incesante, tal vez acuciado por el ministro que le preguntaba las identidades de los arrestados. No las tenía todas, y el humor que notaba al otro lado del auricular me hacía suponer la presión a la que él mismo estaría sometido.

Además, nos había ocurrido una circunstancia curiosa, cuando no de sacarnos los colores. La persona que durante tantos meses habíamos vigilado y seguido creyendo que era Mobutu, la persona que Iñaki había identificado fotográficamente como Mobutu, no era Mobutu. Pero sí estaba entre los detenidos. La Patrona nos echó esta vez, como en tantas otras, un buen capote.

Le dije a Ferran Cardenal cuál era la situación y que intentábamos la identificación a través de las huellas dactilares, pero que uno de los detenidos era Mobutu, Félix Alberto López de la Calle Gauna. No sé qué hubiera pasado si al final ninguno de ellos hubiera resultado ser este pistolero. A las pocas horas, el ministro Belloch calificaba la operación como «el golpe más importante desde la captura de la cúpula en Bidart».

Conforme avanzamos en el conocimiento de las misiones de los etarras, así como en el contenido de tan abundante documentación, nos dimos cuenta de que había sido un nuevo y duro golpe a ETA gracias al tesón, al esfuerzo y al valor de los guardias de Ínchaurreondo. Habían sido capaces de moverse en un país extranjero, vigilar a un miembro importante de la banda, no habían sido detectados ni por el pistolero ni por los diferentes cuerpos de la policía francesa, habían viajado cerca de dos mil kilómetros en un tren de alta velocidad sin billete y sin medios económicos para adquirirlo. Y todo ello no había constituido ningún impedimento para cumplir su misión de forma tan brillante.

Desde un primer momento quedó patente que la dirección de la organización se encontraba en la actualidad en aceptable situación; sus dirigentes habían conseguido reforzar los diferentes aparatos con dos responsables, con lo que se garantizaba la continuidad de su operatividad caso de ser detenido uno de ellos. Sin embargo, también pudo constatarse que los militantes de base se encontraban aún en fase de desconcierto y de cierta desmoralización y que la banda atravesaba por dificultades económicas.

Al final, los detenidos fueron identificados: Félix Alberto López de la Calle Gauna, alias Mobutu, treinta y cuatro años; Jesús María Altable Echarte, de treinta y cinco años, antiguo militante del comando legal denominado «X-l», más tarde detenido, después laguntzaile en 1984 del comando de liberados Nafarroa, tras lo cual huyó a Franca; José María Olabarrieta Olabarrieta, treinta y dos años, otro militante con viejo historial en propaganda, comandos, comité de refugiados y ahora responsable de información y captación (se comprobó que tenía grandes problemas en este último cometido); Purificación Gómez Gorrochategui, y María del Pilar Mondragón Zabala, de cuarenta y cuatro años. Estas últimas integradas en el aparato militar junto a Mobutu. Al ver las fotografías se observaba un cierto parecido entre el hombre que habíamos seguido, José María Olabarrieta, y Félix Alberto, pero poco.

En el momento de la detención, aparte de la superlativa sorpresa de todos, especialmente de Mobutu, que gritó «¿Qué pasa?», cuando la policía irrumpió en el domicilio, realizaban un cursillo de especialización operativa. Los sobres con las cantidades correspondientes a las mensualidades de los liberados tenían escrito el alias de los destinatarios. Además, se estaban repartiendo un millón de pesetas y quinientos mil francos en billetes para distintas funciones.

Gracias a la documentación intervenida supimos que el dirigente detenido quería montar un sofisticado sistema de comunicaciones internas dentro de la banda que no tuvo mucho futuro. Se denominaba «Red Sarea». Pero no sólo de comunicaciones sino también de informadores que garantizaran la clandestinidad y la seguridad de los diferentes aparatos y miembros de ETA.

El documento en el que se describía el proyecto tomaba muchas ideas del libro del chino Sun Zu El arte de la guerra.

Red Sarea

La dirección de la Red Sarea o Burua coordina y recibe toda la información procedente de tres departamentos: información, planificación y administración, que se desconocen entre sí y cuya existencia sólo es sabida por Burua.

De información dependen los aparatos de fuentes y medios. De planificación, los aparatos de operaciones y suministros. De administración, los de tesorería, archivo y base de datos. El documento llegaba a hacer alusión a la Red Gladio y afirmaba que esta red había preparado en 1970 una retaguardia en el País Vasco para el caso de que las tropas del Pacto de Varsovia iniciaran una invasión de Europa. De todas maneras, aquella idea nació y murió en la cabeza de su inventor.

Entre aquel cúmulo de documentos aparecieron abundantes datos sobre más de treinta almirantes y generales de los distintos ejércitos, informaciones muy meticulosas sobre policías de diferentes poblaciones, en especial de San Sebastián, y fotografías de las posibles víctimas.

Mobutu, que, por indicación de los dirigentes Felipe San Epifanio, Pipe, e Iñaki de Rentería, se había integrado en el comando Barcelona, también estaba acusado de pertenecer en su día al Vizcaya y al Araba, y de haber participado en numerosos atentados, entre los que figuraban el asesinato del industrial de Vitoria Saturnino Sota Argaiz el 14 de diciembre del 1978. Tras la captura de la cúpula de ETA en Bidart había ascendido a «lugarteniente» del nuevo máximo jefe, Iñaki de Rentería.

La actual dirección la completaban Mikel Albizu Irlarte, Mikal Antza, en el aparato político, y José Luis Michelena en el paso de mugas.

Mirábamos hacia atrás en este 1994 que ya se acababa y reconocíamos que, a pesar de que no se aprovechara aquella ocasión cuando tuvimos la banda descabezada, casi no habíamos dejado respirar a ETA. El 9 de febrero, en San Juan de Luz, había sido detenido Gitanillo, Jesús García Corporales. A

lo largo del verano, Pedro Picabea Ugalde y la famosa Idoia López Riaño, la sanguinaria pistolera de los ojos verdes. En septiembre, José Martín López Castañares, Josu de Beasain, y el hermano de Pakito, Pedro Múgica Garmendia, en Muguerre, lo que permitió el desmantelamiento de un taller de explosivos. No, no había sido un mal año.

Mobutu fue condenado a siete años de prisión en Franca por los delitos de asociación de malhechores, infracción de la legislación de armas y estancia irregular en aquel país. Cumplida su pena, no se le expulsó de Franca ni se extraditó a España, pues esta petición no se realizó por la Audiencia Nacional por falta de elementos suficientes. Se le asignó residencia en la localidad francesa de Aubusson. El 13 de noviembre de 2000, algo más de seis años después de su detención, llevó a cabo una huida espectacular. Anudando una tras otra varias sábanas, confeccionó una especie de cuerda con la que se descolgó desde la habitación en la que estaba confinado, situada en la décima planta del hotel La Ségeiglière de la citada villa. La fuga se producía alrededor de las tres de la madrugada, sin que ninguno de los seis policías de Renseignement Generaux que le vigilaban advirtieran nada hasta primeras horas de la mañana. En la calle le esperaba un vehículo, con el que desapareció de la zona y pasó de nuevo a la clandestinidad.

La policía francesa montó un dispositivo especial sin ningún resultado. Se disculpó diciendo que López de la Calle no estaba detenido sino bajo vigilancia y que ésta ni podía ser eficaz al cien por cien ni el hotel supervisado en su totalidad.

El Tribunal francés de Versalles había resuelto sobre el recurso presentado por su abogado defensor contra la orden de expulsión al Estado español dictada por el prefecto de Essonne. Lo admitió a trámite y declaró nulo el procedimiento por tratarse de una «extradición disfrazada», aunque admitió la expulsión a un tercer país. Mobutu, en una entrevista que le hicieron al mes de su puesta en libertad, el 27 de agosto, ya había dicho: «Estoy en una jaula de oro y lo que quiero es vivir en Euskal Herria.» En esta nueva situación se dedicó de lleno a la reestructuración de la nueva dirección de ETA.

Su mano derecha y más directa colaboradora en la coordinación y enlace de los distintos aparatos era su compañera sentimental Mercedes Chivite, que

perteneció al comando Nafarroa y había huido a Franca tras el secuestro del industrial Adolfo Villoslada. Más tarde pasó una temporada en México, de donde regresó para incorporarse al nuevo comando Madrid.

Finalmente, y en otra operación conjunta de la Guardia Civil y la policía francesa, Félix Alberto López de la Calle Gauna, Mobutu, su compañera sentimental, Mercedes Chivite, e Ignacio Esparza Luri, Navarro y Gaba, jefe de logística, fueron detenidos el 2 de abril de 2004 en Franca. Mobutu, hasta su definitiva detención, fue el más ferviente partidario de la línea dura de actuación de ETA, que defendió hasta su arresto, al margen de no ser muy afortunado con la Guardia Civil.

CAPÍTULO 16

1995. ETA ataca a la cúpula del PP

Empezaba 1995 con la toma de posesión de Ardanza como lehendakari el 2 de enero. Era su cuarto mandato. Fue también un año durísimo, anticipo de lo que ocurriría en el siguiente tanto en política como en las situaciones personales de muchos de nosotros. El PSOE perdió completamente el control. A diario era sacudido por sus contrarios políticos que, con la ayuda de una simbiosis mediático-jurídica y con la inestimable cooperación de algunos submarinos a modo de quinta columna que una suicida política de nombramientos había propiciado, acabaron un año después con su derrota en las urnas y con unas secuelas personales que hoy, diez años después, aún permanecen.

Aquella tremenda inestabilidad, aquella continua y darla crispación se apoyó en tres pilares fundamentales que después se ramificaron: el primero, el GAL, con la entrada en escena de la Guardia Civil; es decir, de algunos de mis hombres y yo mismo para completar la vía de la policía que llegaba a sus cotas más altas. En opinión de algunos, era conveniente esta ampliación para buscar alguna solución a lo que ya no la tenía. En opinión de otros, podíamos ser la clave para la caída y encarcelamiento de Felipe González. Y los otros dos, los fondos reservados, que pronto tendrían su camino judicial, específico y expedito, y los papeles del Cesid, con los temas de las escuchas a diferentes e importantes miembros de la sociedad española y sobre todo al GAL, que contenían las informaciones que supuestamente había proporcionado al jefe que los sustrajo un sargento de la Guardia Civil que había estado destinado en San Sebastián un año, desde el 1983 a 1984.

Esta situación, que un día sí y otro también mantenía en vilo a la sociedad española, no era sin embargo óbice para que ETA continuara con su guerra particular. Al contrario, supo sacar, con sus organizaciones políticas y complementarlas, el máximo partido a la misma y trató con algunas

actuaciones de conducirla a un punto insoportable de tolerar o de soportar políticamente. Bien pueden emplearse las palabras de Mao al decir que supo moverse en ella como pez en el agua. Había perdido el tren de 1992 con aquellos eventos de importancia internacional máxima. Pero éste que se le presentaba era un tren Talgo; más aún, un tren de alta velocidad. Y no lo iba a perder.

En Madrid, raro era el día en que un policía o un político no ingresaban en prisión por orden judicial como consecuencia del caso Marey. El clima político de España era casi irrespirable y no por un deseo ejemplar de hacer justicia, que en aquel ambiente tampoco era fácil.

ETA, ya lo hemos visto, se movía con admirable maestría y ponía su pistola, a modo de bisturí, en el centro de la llaga. En esta ocasión eligió un objetivo que le era doblemente rentable. Por un lado tenía entidad suficiente como para convulsionar al país y, por otro, se quitaba de en medio a un enemigo que no cesaba de combatirles con la única arma que tenía: su palabra, con la que cada día los arrinconaba más, dejaba más en entredicho a su entorno político y destrozaba de forma valiente cualquier argumento esgrimido por los terroristas. Era un verdadero martillo que no cesaba de aporrear sus mentiras, sus crímenes, sus salvajadas. Se trataba de Gregorio Ordóñez Fenollar, teniente de alcalde del Ayuntamiento de San Sebastián por el PP y, prácticamente, el líder de este partido en el País Vasco. En verdad, nunca se había oído una voz tan alta, tan firme y tan valiente contra ETA en aquella tierra. Ordóñez, nacido en Caracas, de treinta y seis años, estaba casado y tenía un pequeño de año y medio de edad. Su carisma y su discurso habían convertido al PP en la primera fuerza de la ciudad de San Sebastián.

El día 23 de enero, lunes, almorzaba en el bar La Cepa, en la parte vieja donostiarra. Le acompañaban dos compañeros de partido, secretarlos del grupo, María San Gil y Enrique Villar, así como una funcionaría del ayuntamiento.

De pronto, un encapuchado entró en el bar y se dirigió a la mesa del teniente de alcalde, se acercó por detrás, se situó un poco en diagonal, levantó el brazo y el negro pavón de la pistola que empuñaba reflejó la luz interior del local. Una seca detonación sorprendió a cuantos allí se

encontraban, que observaron horrorizados cómo Ordóñez, alcanzado en la cabeza por el disparo que la atravesó de parte a parte, se desplomaba mientras un chorro de sangre manaba de la herida.

El asesino, según algunos testigos presenciales —en realidad no había mucha gente a esa hora en el bar—, fue descrito como una persona de unos treinta años, fuerte y de 1,70 metros de estatura. En su precipitada huida tropezó con uno de los clientes mientras era perseguido por María San Gil. Al alcanzar la calle desapareció.

El revuelo que se organizó a continuación fue tremendo, a pesar de que ningún empleado pudo explicar lo que había sucedido. Uno de los clientes, médico, se acercó al cuerpo de la víctima y trató en vano de reanimarle. Gregorio Ordóñez había fallecido en el acto. Poco después llegaban los servicios sanitarios para, tras la autorización judicial, llevarse el cadáver, que se hallaba cubierto con un mantel.

Todos los concejales del ayuntamiento, excepto los de HB, acompañaron al cuerpo de la víctima desde el bar La Cepa hasta el ayuntamiento bajo una intensísima lluvia. La capilla ardiente fue instalada en el salón de plenos. A las seis y media de la tarde, en los jardines Alberdi-Eder situados frente al ayuntamiento, se llevó a cabo una formidable concentración.

En sus últimas declaraciones, Ordóñez había dicho el sábado anterior a los periodistas: «La paz significa que ETA desaparezca.» Su lucha dialéctica con la organización terrorista era continua, jamás desaprovechaba la ocasión de enfrentarse con aquello que él creía el cáncer de su tierra, de nuestra tierra. «ETA suple la falta de comandos reclutando chicos de LAB, HB y Jarraí...»

Dos días antes del asesinato comentaba que «miembros de Jarraí y de LAB hacen el trabajo sucio de ETA. Lo más importante es la reacción social, la eficacia policial y el aislamiento de HB, aunque en esto vamos para atrás, como los cangrejos».

Recibía muchas amenazas y, al menos en dos ocasiones, ETA intentó acabar con su vida. Aquel día no iba con escolta y, horas antes de irse a almorzar con sus compañeros de partido, había hecho público un comunicado en el

que se negaba a hacerle el juego a HB con la creación de una comisión de investigación en el Parlamento vasco sobre el tema del GAL. Decía: «Los lacayos de ETA deberían empezar a renegar de sus jefes y dar información para encarcelarlos, que seguro que la tienen, y después pueden pedir comisiones de investigación.»

A los funerales acudió toda la cúpula nacional del PP. Aznar, que llegó en avión a Sondika (Vizcaya) y desde allí se trasladó a San Sebastián, manifestó que «es el momento de la unidad de todos, de la confianza y de la esperanza de que la ley actúe con los que han sido capaces de asesinar a Ordóñez». Quizá en aquel momento no imaginara que eran capaces de cometer ese crimen y otros de mayor envergadura.

Fraga pedía la persecución del terrorismo hasta su desaparición. Una mujer comentaba con tristeza en la calle: «Yo soy nacionalista y no estaba de acuerdo con las cosas que decía, pero no se puede matar a nadie por sus ideas.» A Gregorio Ordóñez era muy frecuente verle por los bares de la parte vieja de San Sebastián almorzando, pues no solía hacerlo en su domicilio, o tomando unos aperitivos.

ETA había elegido bien. Era una figura que empezaba a arrasar en el terreno político, no sólo por lo que decía sino por cómo lo decía, y sobre todo cómo lo vivía. Felipe González calificó el atentado como espantoso.

Miles de personas visitaron la capilla ardiente, entre las que se encontraban numerosas personalidades políticas e institucionales venidas de todo el país. Como siempre, HB se desmarcó de todo pronunciamiento, con la excepción de su portavoz en el ayuntamiento, Begoña Garmendia, quien hizo público su total desacuerdo y su rechazo más firme por el atentado. Ante los sorprendidos periodistas, comentó que aquello no lo hacía como portavoz sino por su condición de persona y de militante de HB.

Tiempo después, los Servicios de Información consiguieron identificar a los integrantes del comando Donosti de la época, que lo formaban Francisco Javier García Gaztelu, Txapote, e Itantzu Gallastegui, Amaya, con algunos colaboradores o laguntzailles, como el concejal de HB de Éibar, Ibón Muñoa. Txapote fue detenido en Anglet el 22 de febrero de 2001.

Días más tarde, ETA, al reivindicar el atentado, destacaba que el teniente de alcalde asesinado constituía «la principal representación de la imposición española», cuyo partido, el PP, «se encuentra a la espera de la alternancia para profundizar en la represión democratizada por el PSOE».

En febrero, sin que la gresca política cesara, Aznar presentaba a Mayor Oreja como sustituto de Ordóñez el día 4, y el 9, tras el debate sobre el Estado de la Nación, en donde hubo fuertes presiones para que el Congreso investigara el GAL que fueron rechazadas, dimitía el diputado del PSOE y juez Pérez Mariño.

En aquel clima, el día 16 Garzón dictaba prisión incondicional para el ex secretario de Estado Rafael Vera tras una dura pelea jurídica de recusaciones contra dicho juez y su colega Bueren. Este último la aceptó, no así Garzón, y resolvió un tercer juez, García Castellón, que la rechazó. Fue un día triste para muchos guardias y también para muchos policías. Con aquel hombre habíamos trabajado casi doce años y había sabido estar en los buenos y en los malos momentos. Más en éstos. Se había implicado en la lucha antiterrorista hasta el límite.

A éste siguieron otros y otros autos de prisión, y el 24 el general Sáenz de Santamaría salió a la palestra de la actualidad haciendo gala de su famosa definición de que no había nada más pasivo que un general en activo ni más activo que uno en reserva. Hizo unas declaraciones en las que afirmaba que los métodos usados en la lucha contra ETA habían sido los mismos con el PSOE que con la UCD. Estas palabras apenas tuvieron eco en aquella formidable tormenta política que día a día crecía y tronaba desde las portadas de los periódicos y los noticiarios e informativos de radio y televisión.

En el PSOE se comentaba, sobre todo en provincias, que era necesario que un líder se hiciera cargo de la situación y, arropado por los demás, tomara las riendas para solucionar aquel problema. El líder estaba claro quién debía ser. Pero no ocurrió.

El mes terminaba con la detención en Laos, el 27, del ex director de la Guardia Civil, Luis Roldán, quien a las ocho de la mañana del día siguiente llegaba en un avión Mystère del Ejército del Aire a la base de Getafe

custodiado por varios policías de paisano. También este asunto trajo una polvareda de protestas por los procedimientos empleados y acuerdos alcanzados, calificados de verdadera chapuza y cuyos ecos aún resuenan.

Mi tiempo en Ínchaurrondo se iba acabando. Todos nos encontrábamos bastante desconcertados con la situación, guardias y policías. No se entendía muy bien la política del ministerio y no se entendía nada la del Gobierno, cuyo declive crecía día a día. Y no se observaba reacción del presidente; al contrario, parecía contribuir a aquel desconcierto, a aquel confusionismo.

Yo, por mi parte, resistía desde hacía demasiado tiempo las embestidas y acusaciones de todo tipo de la prensa y mundo abertzale, con la ayuda, el apoyo casi inestimable de mis dos últimos comandantes, Javier Moreno y Pedro Rodríguez. Fueron muy importantes para que yo pudiera desarrollar mi trabajo hasta el último día. Tuve mucha suerte con ellos pues, además de excelentes profesionales, eran buenas personas y para mí, además de compañeros, amigos. En realidad recordaba con mucho afecto a todos los anteriores, incluidos, cómo no, aquel magnífico plantel de oficiales que se formaron allí, año tras año, desde 1980, a veces en condiciones de extrema dificultad y gran dureza.

El órgano correspondiente de la dirección general había procedido a seleccionar a los nueve coroneles que de mi promoción, la X de la Guardia Civil, habrían de concurrir al curso de capacitación para mandos superiores, el llamado curso de general, que empezaría a primeros de marzo. Fuimos elegidos los coroneles Delgado Delgado, Morales Villanueva, Muñoz Hernáez, Fons Ferrer, Montes Torres, Recio Pradanos, Amengual Fondevila, Casquel Anaya y yo. Su recuerdo me produce una agradable sensación de bienestar. Como el de los demás que no pudieron acompañarnos.

Recio, al que nunca dejé de ver mucho tiempo, había pertenecido al Servicio de Información, a los Servicios Especiales, y trabajé en muchas ocasiones con él. Murió estando yo en prisión, adonde venía a visitarme cuando podía. No puedo olvidar su dedicación al servicio, exacta y callada. Su magnífico talante, su juicio ponderado, siempre certero, y una bondad

natural que le hacía mucho más grande que el más del metro noventa que medía aquel Gary Cooper de la promoción. Volveremos a vernos, Demetrio.

Conforme pasaban los días comprendí varias cosas. La primera, que no me producía ni alegría ni tristeza, sino escepticismo y una serie de sentimientos encontrados, ver que mi guerra con ETA había acabado casi sin darme cuenta, que mi trabajo había llegado a su fin. En el ministerio y en la Secretaría de Estado me habían pedido que buscara o tomase contacto con algún teniente coronel que quisiera sustituirme para, una vez elegido, ponerle un poco al tanto de las peculiaridades de aquella unidad hasta que se hiciese cargo de la misma. Después fueron ellos los que eligieron. Desecharon un magnífico jefe que había sido mi segundo años antes y se ofrecía voluntario. Era el entonces teniente coronel Conde, veterano de aquellas unidades, siempre voluntario para lo que pocos querían en tiempos difíciles.

Me sentía desconcertado ahora que iba a dejar quince años de una vida llena de problemas profesionales, sociales, humanos, y de una intensidad difícilmente imaginable, sin excluir los familiares. Veía cómo se empezaba a conformar una nueva campaña, esta vez relacionada con actuaciones contra ETA fuera de la legalidad. Los augurios no tenían nada que envidiar al reinado de Witiza.

Llegué, sin duda, en uno de los momentos más delicados del terrorismo en España. Aquel año (1980) se alcanzó el récord en asesinatos y atentados. La estabilidad política corría peligro. No puedo olvidar aquella reunión en Vitoria con los ministros Rosón y Martín Villa en la que, tanto a mi coronel como a mí, nos ignoraron con aquella frase triste y desgarradora: «Pero ¿usted cree que esto tiene solución?»

Tres bandas, los «poli-milis», los «milis» y los Comandos Autónomos, se encontraban pictóricas en su composición, en el número de sus comandos, en sus apoyos políticos, mediáticos y de calle. Más de cien muertos. Los catalanes, los gallegos y hasta los canarios hacían sus pinitos en este terreno. Y el GRAPO.

Aquellas tres bandas vascas, envalentonadas, tenían en jaque a España. Habían acabado con la vida de un presidente del Gobierno y el escalafón de

generales estaba para elegir a éste quiero, a éste no quiero. El empresario, con el resuello en el cuerpo, indefenso, contribuía junto con los secuestrados a llenar las arcas de los terroristas que tenían, desde el punto de vista económico, una situación boyante, excepcional. Cualquier arma, cualquier artefacto explosivo estaban al alcance de sus economías.

Sí, ése era el panorama del terrorismo en aquella España de 1980, con sus Fuerzas Armadas frustradas y olvidadas y con la Guardia Civil y la policía dotadas de una manera insuficiente. Los agentes de ambos cuerpos poco motivados y mal preparados para luchar contra aquella amenaza. En unas instalaciones ruinosas y con un material que causaba sonrojo. Se asistía a un funeral con el convencimiento fatalista de que al día siguiente, o quizá antes, habría otro.

Durante aquellos años, 1980, 1981 y 1982, y los anteriores, actuaban contra las bandas terroristas una serie de organizaciones que luego desaparecieron, entre las que se encontraban: ATE, grupo anti-ETA; los GAE, Grupos Armados Españoles; el ANE, Acción Nacional Española; la Triple A, parecida a la sudamericana, es decir, Alianza Apostólica Anticomunista de España, y el Batallón Vasco Español o BVE que, sin duda, fue la más activa y de mayores resultados de todas ellas. Además, una treintena de acciones con varias víctimas se llevaron a cabo durante 1981 y 1982 sin que nadie asumiera su autoría. En total podían contabilizarse desde los años de la transición cerca de doscientas acciones contra los miembros de las distintas organizaciones terroristas, tanto en territorio nacional como en Franca, con un balance de víctimas que se acercaba al medio centenar.

Creo recordar que no se organizaban campañas contra los gobiernos de turno ni contra este o aquel cuerpo de seguridad por estas actuaciones. Eso sí, cuando algún miembro de estos grupos era detectado inmediatamente se procedía a su detención y puesta a disposición de la autoridad judicial. También que, desde la última institución hasta el más modesto habitante de la piel de toro, todos estaban de acuerdo en que los responsables de la violencia eran los que la habían engendrado. Los terroristas. Sin duda, toda la sociedad estaba en contra, absolutamente unida y con igualdad de pensamiento en este tema. Imposible llevar a cabo un ejercicio de comparación con lo que sucedió varios años después.

Aun así, lo he intentado y he ido a las hemerotecas para examinar lo que decían entonces unos y otros, sobre todo los que más se distinguieron en sus acusaciones posteriormente, tanto contra los políticos como contra las Fuerzas de Seguridad. Todo el mundo sabe que en esta tarea, en los años noventa, una de las personas que más se ha distinguido en el tono de las acusaciones fue el actual director de El Mundo, Pedro J. Ramírez. En aquellos años míos de recién llegado a San Sebastián era director de otro periódico, Diario 16. He aquí algunos párrafos de las editoriales del mismo:

«Diario 16», 20 de marzo de 1981. Editorial

(Aquel año hubo cuarenta muertos. El día anterior había sido asesinado de un tiro en la nuca el teniente coronel de Artillería Romero Rotaeché, al salir de la basílica de Nuestra Señora de Begoña.)

«Ante los que han hecho del crimen todo un fin en sí mismo no cabe más que una contundente acción represiva que conlleve la eliminación de su presencia en la calle y su exterminio físico si es preciso. No es tiempo de andarse con remilgos.»

«Diario 16», 23 de marzo de 1981. Editorial

(Dos días antes había sido asesinado el ex jefe de la Policía Foral de Navarra y teniente coronel de Artillería retirado José Luis Prieto Gracla.)

«¿Hasta dónde llegan los derechos humanos de las bestias?

» ... A las bestias se las encierra tras los barrotes más gruesos que existan en la celda. Para ello, primero se las caza mediante todo tipo de tretas. Y si en la aventura muere alguna, mala suerte (o buena suerte). La muerte de ETA es nuestra vida. NO HAY DERECHOS HUMANOS a la hora de cazar al tigre. Al tigre se le busca, se le acecha, se le acosa, se le coge y, si hace falta, se le mata. Podrían caer cincuenta etarras en combate y las manos de España continuarán limpias de sangre humana... A los policías que disparen contra ellos se les recibirá como a valientes...»

«Diario 16», 15 de abril de 1981. Editorial

(El día anterior habían sido asesinados el teniente de Infantería retirado Oswaldo José Rodríguez Fernández, en San Sebastián, el director de la empresa Moulinex José María Latiegui, en Usúrbil, y el teniente coronel de la Guardia Civil retirado Luis Cardoso San Juan, en Basauri.)

«... La lucha contra ETA debe planearse como una campaña de “desratización” aplicando una serie de técnicas tan viejas cómo la historia del mundo...»

«Diario 16», 20 de abril de 1982. Editorial

«... El único responsable de la violencia y la sangre que salpican a toda España es ese grupo de facinerosos que intentan acabar con la democracia española. Y la única responsabilidad de la Seguridad del Estado es la de acabar con ETA y sus cómplices... Para estos cómodos vigilantes de la doble moral sería bueno que la policía acabara POR TODOS LOS MEDIOS con el terrorismo, pero sin que la sociedad se enterara demasiado de la sangre, el sudor y las lágrimas que cuesta defenderla. No hay neutralidad... Hay que acabar con ellos ayudando incondicionalmente a la policía y al GOBIERNO. Porque no es mancharse las manos, sino limpiarlas de la sangre con que estos bárbaros la salpican...»

Había otros medios que iban aún más allá en su apoyo y en las descalificaciones absolutas al terrorismo, es decir, que aun cuando éste se encontraba en una situación verdaderamente preocupante y la clase política gobernante dando muestras de inseguridad, los diferentes estamentos de la nación estaban unidos frente a la amenaza.

Lo mismo ocurría con los líderes de las distintas fuerzas políticas.

En 1982, cuando ante la descomposición y seguramente falta de ideas de la UCD el PSOE ganó las elecciones generales y llegó al poder, la ilusión de que el cambio político podría conseguir el abandono de las armas de las organizaciones terroristas recorrió el país.

Pero bien pronto se convirtió en desilusión. Aun así, el nuevo Gobierno, durante los primeros años, contó con el apoyo de los mismos estamentos,

como puede comprobarse en siguientes ejemplos del mismo medio y persona antes referidos:

«Diario 16», 20 de octubre de 1983. Editorial

(Ese año tuvimos cincuenta muertos.

El capitán de Farmacia Alberto Martín Barrlos había sido secuestrado por ETA-pm el día 5. Habían dado un plazo para asesinarlo si no se cumplían determinadas condiciones. Los GEO habían entrado en Franca tratando desesperadamente de conseguir una pista para liberarlo, fracasando en el empeño. El 19, el cadáver del capitán había aparecido en el camino de Archanda, en Galdácano, con un disparo en la nuca.)

«Hay que destruir a ETA.

» ... es hora de hablar muy claro, hora de asumir compromisos profundos, compromisos incómodos en defensa del sistema democrático que ETA puede llegar a destruir si entre todos no somos capaces de destruir a ETA. La imagen dramática y desvalida del capitán de Farmacia, golpeado, humillado, torturado, rematado en la cuneta de la villanía, debe acompañarnos a partir de ahora...

«Esta siniestra grey de malnacidos quiere arrebatarnos lo que tanto sudor y lágrimas ha costado conquistar. Para impedirlo, tenemos que formar una sola piña en la que nadie pueda ser Pondo Pilatos, sin que los demás lo abochornemos. Es preciso cerrar filas en torno a este buen Gobierno que tenemos, formado por hombres competentes y patriotas. Sus aciertos en la lucha antiterrorista deben recibir aplauso, y sus errores, comprensión.

» La verdad es que se intentó una acción a la desesperada con poco escrúpulo por la legislación francesa. La inmensa mayoría de los ciudadanos comprenderá esta explicación porque frente al siniestro engranaje montado en torno al santuario francés el Estado español tiene legitimidad moral para recurrir a veces a MÉTODOS IRREGULARES.

«Existe, eso sí, una responsabilidad política por haber fallado. Al igual que sucediera con el caso del bar Hendayes, estando la UCD en el poder, la

operación se planificó y ejecutó con torpeza “chapucera” que no puede menos que causar sonrojo. Barrionuevo tiene que investigar a fondo lo que ha ocurrido, hacer una limpieza entre sus colaboradores, recurrir a esquemas más profesionales y seguros... La ecuación es cada vez más simple por muy inconfortables que frente a ella se sientan los estetas de la choise longue, o ellos o nosotros. Por eso hay que terminar con ETA de la forma que sea.»

«Diario 16», 21 de octubre de 1983. Editorial

«España no sólo respalda moralmente a los policías que intentaban detener a uno de los responsables del secuestro, sino que si Franca no colabora sincera y francamente en la lucha antiterrorista tendrá que invocar el derecho de persecución, práctica habitual en las relaciones internacionales.»

El mismo Pedro J. Ramírez firmaba el día 23 de este mes de octubre, en el periódico del que era director, el siguiente artículo:

NUESTROS GEOS EN FRANCLA

«“Yo estoy a favor de la guerra sucia contra ETA, pero no estoy dispuesto a admitir que existe”, comentaba ayer una persona sensata y moderada... El Estado de Derecho tiene que ser un instrumento al servicio de la ética humana; cada vez que las leyes se convierten en un obstáculo para la acción de la justicia se está dando la razón al anarquismo. A Barrionuevo no habría que cesarle por estar CONSINTIENDO ACCIONES IRREGULARES en el sur de Franca, sino por cosechar tan pocos éxitos, a pesar de la infinita buena voluntad con que ejerce el cargo. ¿Existe alguna fuerza política o social de cierta relevancia dispuesta a reclamar la cabeza de González por esta circunstancia? Desde luego que no.»

Y aún otro, de similar factura, el 15 de enero de 1984, que decía así:

«Si los que han conseguido escabullirse sienten durante los próximos meses el acoso no sólo del GAL sino también de la Gendarmería, va a ser muy difícil seguir planeando atentados al otro lado de la frontera. Por fin, los hechos demuestran que hay alternativas eficaces a la frustrante exhortación a la paciencia que era endémica en nuestra clase política. Este telón de

fondo de los éxitos antiterroristas es una de las claves para entender la desaparición del síndrome golpista de la vida política española y también el clima de sosegada disciplina con que se está asimilando la reforma militar en el seno de las Fuerzas Armadas.»

Este artículo se titulaba «Crece el prestigio del Gobierno» y, como el anterior, lo firmaba Pedro J. Ramírez. Cinco días antes, y en una operación de colaboración francesa, la policía de ese país había llevado a cabo una redada con la detención de más de cuarenta refugiados, de los que veintiocho supuestos miembros de la organización fueron expulsados o deportados.

Un mes más tarde, el 12 de febrero de este año, Carlos Dávila, en el mismo diario, aseguraba:

«El GAL no existiría si ETA no hubiera asesinado a más de quinientos ciudadanos de toda condición en España. Ni el Batallón Vasco Español, ni la efímera ATE, ni ahora el GAL pueden igualar el siniestro balance de víctimas de ETA.»

Éste era el otro ambiente del país, al margen de las apreturas a que nos tenía sometido el terrorismo, pero desde luego en un clima de sosiego, de solidaridad y hasta de unión impensable unos años después, en los que las cañas del apoyo y la comprensión con el Gobierno y las Fuerzas de Seguridad se tornaron feroces lanzas de acusaciones y descalificaciones constantes y durísimas. Cada día se subía un peldaño en los ataques por parte de aquellos medios citados y otros similares, además, claro está, de los del mundo independentista.

Por otro lado, se tuvo conocimiento por estas fechas de un informe del Senado francés sobre terrorismo en el que se especificaba que el número de vascos procedentes del Estado español, autodenominados refugiados, se acercaba a los doce mil. Igualmente, analizaba el fenómeno de la violencia de Iparretarrak, IK o ETA del norte, y del GAL, llegando a la conclusión de que la misma había trastocado la situación de normalidad en territorio francés de tal manera que ahora estos refugiados eran percibidos como elementos ajenos y perturbadores de la conservadora sociedad francesa de aquella zona. Este informe fue bastante determinante con el tiempo y el

desarrollo de los sucesivos acontecimientos de estas organizaciones, para que Franca tomara abiertamente el camino de la colaboración.

Recordaba, mientras preparaba mi equipaje para la realización del curso en Madrid, mi última reunión con los demás mandos y la secretaria de Estado. Se trataba de la mesa antiterrorista. Había tenido lugar en un pueblo navarro antes de las Navidades últimas, el 22 de diciembre de 1983. Asistíamos, como siempre, todos los mandos de la policía y la Guardia Civil, más los políticos y gobernadores de las cuatro provincias. Hacía un frío intenso y, aunque la mañana estaba soleada, todos estábamos deseando marcharnos de aquel lugar, una especie de convento bodega.

Como en anteriores ocasiones, cada uno expuso sus operaciones y los gobernadores dieron su opinión política sobre el curso de los acontecimientos. Desde hacía tiempo observaba que, debido a aquella política de ceses casi masiva de los responsables policiales y en el partido, todos procuraban no comprometerse mucho en sus predicciones sin saber mi opinión, quizá por el número de años que llevaba en aquel tajo al que ellos acababan de llegar.

Lo ético y lo práctico

Fue entonces cuando, en una fase de distensión casi coloquial, Margarita Robles hizo alusión a lo acertado que era en la práctica de nuestro trabajo poner en marcha la premisa conocida del ministro de que «sólo lo ético es práctico». Cuando terminó, dirigiéndose a mí, me preguntó:

—¿No lo cree usted así, coronel?

Se produjo, ante la pregunta, un silencio casi violento.

—Desde luego —contesté—, pero con dos salvedades. Una es que la ética, en términos matemáticos, no es una constante, sino una variable. Y dos, los que mandan son los primeros que deben ponerla en práctica.

No contestó. Nadie tomó la palabra. Esperaban, quizá, que la secretaria hiciera alguna observación. Así que proseguí:

—Porque no es igual la ética actual que la de la Edad Media, ni siquiera que la de hace doce años, cuando los «poli- milis» se reinsertaron, dejando las armas.

Entonces sí habló y, tras asentir un par de veces con la cabeza, dijo:

—Estoy de acuerdo con usted.

Sus palabras tuvieron la virtud de relajar un poco el ambiente de la reunión, que ya discurrió por cauces incluso de jovialidad en algunas ocasiones. Desde entonces, nuestros contactos habían sido por teléfono y un par de veces en Madrid, adonde yo acudía para informarla de las operaciones. Estaban en marcha las gestiones para buscar un relevo. Me pidió que al principio procurase subir de vez en cuando a San Sebastián para impulsar los trabajos, y así fue.

Uno de los últimos fines de semana de febrero recibí, como en otras ocasiones, la visita de Mayor Oreja. Ya sabía que faltaría varios meses del acuartelamiento, aunque yo le comenté que quizá, dadas las distintas circunstancias, la ausencia fuese definitiva. Tras comentar las últimas novedades en el tema antiterrorista, me dejó sorprendido cuando, dando un giro de ciento ochenta grados a la conversación que manteníamos, me dijo:

—¿Saben sus mandos políticos que Belloch quiere ser presidente del Gobierno?

Un poco desconcertado, reaccioné con una escapatoria.

—Yo no tengo mandos políticos...

—Bueno, bueno, usted ya me entiende. Verá. El PP ganará las elecciones del año próximo. Quizá no por mayoría absoluta a pesar de las encuestas. Belloch ha hablado con Arzallus y con Pujol para pactar un Gobierno presidido por él. Lo ofrecerá cuando lo tenga todo bien atado al PSOE como mal menor, frente al desastre que supondría abandonar el poder.

—Pero... eso sería si ustedes no consiguen una mayoría suficiente...

—Desde luego. Ya se lo he comentado.

—... y además el PSOE debería autorizar.

—Eso olvídalo. Cuando tenga el plan bien perfilado y con todos los detalles resueltos y los cabos atados, lo presentará al partido.

Verdaderamente, era sorprendente. Las encuestas empezaban a darle al PP una gran diferencia de puntos en intención de voto sobre el PSOE. Mayor Oreja no titubeaba, parecía conocer el tema perfectamente, y es que en política, como en casi cualquier actividad, era y es muy difícil guardar un secreto. Después de algunas observaciones cargadas de ironía, la conversación volvió a sus cauces normales.

Días después, cuando se lo comenté al gobernador, soltó unas risas mientras comentaba:

—¿Juan Alberto? Qué cosas tiene Jaime.

Pero en Madrid mi director, Ferran Cardenal, no reaccionó igual. Me escuchaba muy serio. Y cuando terminé no dijo ni una sola palabra. Permanecimos un buen rato en silencio. El parecía meditar cuanto había oído. Luego me preguntó:

—Y ¿qué hay de nuevo en la guerra?

Años más tarde, con motivo de una visita a la ciudad de Zaragoza de la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega, en un mitin político celebrado en el palacio de Deportes el viernes 16 de diciembre de 2005, el ahora alcalde de Zaragoza, Juan Alberto Belloch, acusó al PP de estar intentando dar un «golpe civil», como en 1993 y 1996 había hecho José María Aznar.

El domingo 18 le contestaba el presidente del PP aragonés. El Heraldo de Aragón titulaba así la respuesta de Gustavo Alcalde: «Belloch quiso cargarse a Felipe González.» En el cuerpo de la noticia decía: «Que se sepa, el único golpe civil de 1996 fue el que protagonizó el propio Belloch al intentar cargarse a Felipe González para poder ocupar su puesto,

dedicándose a filtrar a un medio de comunicación determinado todos los trapos sucios que conocía del Gobierno González, del que era biministro de Justicia e Interior, con el único fin que ya todos los ciudadanos conocen.»

Recordé entonces las palabras de Mayor Oreja. Desconozco lo que harían el gobernador y el director tras mi información, pero sí sé que Belloch fue un hombre comprensivo, preocupado por todos los problemas, y que, aunque no mantuviese buenas relaciones con Cardenal, hasta el último día conté con su apoyo y creo que con su afecto.

Comenzamos las clases a primeros de mes en un día alegre al volvernos a ver cuarenta coroneles de los más de trescientos cadetes que allá en 1960 iniciamos los estudios en la Academia General Militar. El tiempo había devorado, transformado los cuerpos, las caras de aquellos jóvenes, pero no había podido con su ilusión, ni con lo que creían y amaban.

Empezó el curso y se desató una de esas campañas feroces antes referidas con el asunto Lasa-Zabala como eje central. Parece que todo lo que pasó a continuación, según el magnífico libro Interior, de Santiago Belloch, tuvo su origen en dos circunstancias: la primera, la coincidencia en prisión de Mario Conde con Julián Sancristóbal, lo que permitía al primero adquirir importante información y, más tarde, a través de otras gestiones, hacerse con los papeles del Cesid, poniendo en marcha una estrategia que optimizó hasta el máximo la explosión de los sumarios del GAL. También es interesante al respecto otro libro titulado Vendetta, de Ernesto Ekaizer, por la abundancia de datos y documentación.

Y segunda, una reunión clave, en diciembre de 1994, entre Francisco Alvarez Cascos y Jorge Manrique, abogado del subcomisario Amedo, en el despacho de Pedro J. Ramírez pocos días antes de que Conde ingresara en la cárcel. Felipe González confirmaría desde México, en 1997, la certeza de esta reunión, en donde Álvarez Cascos habría asumido compromisos con el abogado acerca de sus defendidos. Pocos días después, una segunda reunión se habría producido entre Pedro J. Ramírez y el juez Garzón.

Como complemento de todo lo anterior, Santiago Belloch realizó una entrevista a Luis María Anson en febrero de 1998, publicada en la revista Tiempo, que puede arrojar bastante luz sobre unos y otros personajes y

sobre lo que ocurrió tras lo que vino a llamarse «conspiración de los periodistas». Se puede leer en uno de los anexos de este libro.

No es éste el momento para entrar a desmenuzar unas y otras circunstancias y los movimientos y motivos de cada uno, pues mi caso aún no está cerrado. Cuando el Tribunal de Estrasburgo tome una decisión en el sentido que sea, será el momento de plantearse esa cuestión.

Como inicio de las sucesivas actuaciones, a primeros de marzo se presentó ante el fiscal Gordillo de la Audiencia Nacional un policía de Alicante que «había pensado» que unos restos que estaban depositados en el cementerio de aquella ciudad, con orden en su día de inhumación por el juzgado correspondiente —orden que no se había cumplimentado—, podían ser los de los refugiados vascos que habían desaparecido en Franca en 1983, Lasa y Zabala. De manera reservada se llevaron a cabo las pruebas de ADN tras ponerse en contacto el fiscal con los familiares de los mismos y del abogado Iñigo Iruin.

A finales de mes, tras comprobarse la identidad, la noticia saltó a la prensa, lo que provocó en determinados medios de comunicación titulares verdaderamente inflamables, que aparecieron día tras día.

En una entrevista hecha al filósofo sevillano Emilio Lledó en el diario El País el domingo 18 de diciembre de 2005, al referirse a la libertad de expresión comentaba: «Se puede convertir en un sofisma utilizado por quienes agreden en nombre de la libertad de expresión. Creo en la libertad de diálogo, pero no en la libertad de insultar. La libertad de expresión ha de ir precedida de la libertad de pensar. El pensamiento está corrompido por la mentira; la libertad de expresión como manifestación de berridos viscerales no es libertad de expresión ni nada. Son berridos.» Al leer estas palabras, retrocedía con tristeza en el tiempo y revivía aquellos ataques cotidianos, día tras día, mes tras mes.

La secretaría de Estado informó a la opinión pública que se procedería a una exhaustiva investigación por dos comisiones, una de la Guardia Civil, dirigida por el general Fuentes, y otra de la policía, con el comisario de Federico al mando.

Ya en 1985, cuando aparecieron los restos en Alicante se había llevado a cabo una pesquisa cuya profesionalidad tuvo que defender el director Cardenal ante insinuaciones descalificadoras a veces procedentes de dentro del ministerio.

Y así empezó una especie de martirio interminable y el curso. Margarita Robles me pidió que subiera a echar un vistazo a Ínchaurreondo al menos un día a la semana y después me reuniera con ella para comentar cómo iban los servicios. Y así lo hice. Hasta que un día el director de la escuela me advirtió que me aproximaba al número de faltas de asistencia a clase que podía determinar mi baja, por lo que, tras ponerlo en conocimiento de la secretaría de Estado, tuve que interrumpir aquellos viajes y centrarme más en los estudios.

En abril empezaron a aparecer en algunos periódicos insinuaciones y acusaciones más o menos directas en las que se responsabilizaba de los hechos del caso Lasa-Zabala a algunos guardias de Ínchaurreondo y a mí mismo. Encontraba alivio entre los compañeros, pero preferí solicitar el cese cautelar mientras proseguían los trabajos de investigación, que no fue atendido.

En aquel mes fue designado para sustituirme en la Comandancia el teniente coronel José Ignacio Laguna, al que, en sucesivos encuentros y en algunos días de convivencia en San Sebastián, puse al tanto de las peculiaridades de la unidad que él captó de inmediato.

La presión crecía en la prensa y las acusaciones se centraban en los dos mejores hombres de la época, el sargento Dorado Villalobos y el cabo Bayo Leal, que además se encontraban por entonces en una muy delicada fase de baja por pérdida de condiciones psicofísicas como consecuencia de los muchos e importantes servicios realizados en los tiempos de más dureza del terrorismo. También apuntaban al capitán Nieto, que había estado agregado un año en la Comandancia procedente del Cesid, al que había regresado.

Después, y durante más de un año, convenientemente dosificados, aparecieron testigos extraños, excepto un policía y un antiguo guardia civil que había pedido la baja en el Cuerpo doce años antes y que incluso se autoincurpó de actuaciones contra ETA que no podía haber cometido pues

no estaba allí y, además, habían sido ya esclarecidas. Todos los demás, absolutamente desconocidos para mí. Todos, eso sí, eran de referencia. Les habían dicho que... Más tarde, y también por entregas, empezaron a publicarse los denominados papeles del Cesid, que, según el jefe que los sustrajo, eran las revelaciones que el capitán Nieto le había hecho sobre las prácticas irregulares o «guerra sucia» que la Comandancia de San Sebastián habría llevado a cabo. En el momento procesal oportuno fueron negadas por este oficial.

Y así fuimos caminando por aquel vía crucis. Me reunía con Dorado y Bayo siempre que me era posible, dado el trabajo de la Escuela del Ejército. Se encontraban agobiados, vigilados por equipos de policía, aún no sé por qué, pues no cambiaron ni un ápice su modo de vida, perseguidos por los medios de comunicación. Sin piedad. En realidad, creo que nunca tuvieron piedad con aquellos hombres. Procuraba calmarlos. Todos nos pusimos en manos del abogado Argote que, como siempre, se ofreció para cuando hiciera falta su asistencia letrada.

Mis encuentros con ellos fueron criticados por «mi amigo» el jefe de Prensa. Se escandalizaba de que todo un coronel que se encontraba realizando el curso de general se reuniera con guardias sospechosos de ser los autores de aquellos delitos. Se olvidaba que eran dos personas que habían dado lo mejor por su país, que quizá él mismo viviera gracias a ellos, que eran mis amigos, a los que admiraba, y que estaba con ellos. Desde un punto de vista cristiano se ve que no era buen creyente, pues no vino Jesús, todo un Dios, por los justos, sino por los pecadores.

Se abrieron diligencias judiciales, de cuya instrucción se encargó el juez Bueren, ante quien declararon, uno tras otro, los diferentes testigos que el comisario de la investigación había ido «encontrando». Uno de ellos tuvo la osadía de decir ante las cámaras de Tele 5 que había recibido siete millones de pesetas por su declaración ante el juez.

El policía nacional que prestó declaración resulta que había escrito una carta antes de la apertura de diligencias al secretario de estado Rafael Vera en la que exigía un destino en una embajada y «amenazaba» con que conocía las andanzas de guardias a mis órdenes. La carta fue publicada en ABC. Y así, entre sobresalto y sobresalto, llegó el 19 de abril.

Atentado contra José María Aznar

Hacía casi dos meses que entre unas y otras circunstancias había dejado de preocuparme de ETA, tras haber seguido segundo a segundo todas sus acciones criminales en los últimos quince años. Me habían llamado desde San Sebastián para comunicarme los pormenores de un nuevo atentado de la banda perpetrado el día 10 a las dos y media de la tarde. La víctima, un brigada del Ejército llamado Marlano de Juan Santamaría, había resultado muerto al recibir un disparo en la cabeza, por la espalda y a bocajarro. Tenía treinta y siete años, estaba casado y era padre de dos hijos.

El miércoles 19 de abril, ETA se acercó a un escalón de particular importancia para la estabilidad y el gobierno del país. Quién sabe el devenir político de nuestra nación si hubieran conseguido su objetivo como aquel 23 de diciembre de 1973, cuando asesinaron al almirante Carrero Blanco. La persona elegida fue el líder del Partido Popular y candidato a la presidencia del Gobierno, José María Aznar.

Habían pasado nueve meses desde la última acción terrorista en Madrid, el asesinato del general Vega de Alencar. Aznar había salido de su domicilio, situado en la calle de Diego Ayllón, cercano al parque Conde Orgaz, sobre las ocho de la mañana, como casi todos los días, para dirigirse a su despacho de trabajo en la sede del PP, en la calle de Génova. Viajaba en un Audi A-8 blindado, con el conductor Estanislao Cumplido y un policía de escolta. Tomó la calle de Arturo Soria y cinco minutos más tarde enfiló la de José Silva. Un segundo coche de protección le seguía a escasos metros.

De repente, una ensordecedora explosión se extendió por toda la calle y alrededores y se llegó a oír a más de cuatro kilómetros de distancia. Había detonado, al paso del coche de Aznar, un coche Flat Uno con matrícula falsa correspondiente a un Opel Corsa.

El coche no fue activado por los autores con el sistema de radiocontrol, sino mediante un cable de cerca de trescientos metros de longitud que, extendido a lo largo de la calle, parecía pertenecer a los habituales trabajos de mantenimiento eléctrico.

Es posible que este cambio fuera debido al conocimiento que ETA tenía de los inhibidores eléctricos instalados en la mayoría de los vehículos oficiales de significados políticos. Quizá ésta fue la causa de que la detonación se produjera una décima de segundo antes debido a la distancia de accionamiento y a pesar de la referencia que habían tomado.

Los efectos de aquella explosión provocada por más de cuarenta kilos de amonal y otros tantos de tornillería a modo de metralla fueron demoledores. La casa contigua se vino abajo y aprisionó entre los escombros a una vecina de setenta y tres años, Margarita González Mansilla, y a su marido, Agustín Gómez. También sufrieron heridas de diversa consideración otras diecisiete personas.

La calle parecía haber sido sometida a un bombardeo, con más de 37 edificios dañados y 20 vehículos afectados; unos ardían y otros estaban destrozados, con un total de 126 viviendas y 16 locales comerciales afectados.

El coche de Aznar, a pesar de no haber sido alcanzado de lleno, quedó destrozado. Su visión era estremecedora. Parecía imposible que nadie hubiera podido sobrevivir a aquel amasijo de hierros en que había quedado reducido. El blindaje, sin duda, fue providencial.

Aznar, que sólo sufrió un rasguño, y sus escoltas, que resultaron heridos, salieron de los vehículos por su propio pie. Aznar fue asistido de urgencia en la clínica Belén, donde sólo se le apreciaron rasguños en la cara. Sus primeras palabras a los médicos que le atendieron fueron: «Estoy bien, estoy bien. ¿Cómo están los míos?»

Se refería a los escoltas y al conductor. La clínica era una maternidad donde, casi en el momento del atentado, acababan de nacer dos bebés. El médico que le atendió, Alberto Marín, destacó la calma que en todo momento mantuvo el presidente del PP.

Más tarde fue trasladado a la clínica Ruber para un reconocimiento más profundo. Los médicos decidieron mantenerlo veinticuatro horas en observación al advertir una ligera arritmia cardiaca. Allí hizo sus primeras declaraciones: «Si los terroristas creían que iban a doblégarlos y hacernos

cambiar nuestra línea política, se han equivocado, considero esto gajes del oficio. La violencia no tendrá la última palabra.»

Con el cinismo habitual, HB analizó el salvaje atentado y afirmó que «ETA pretende abrir canales democráticos». En una entrevista hecha a la dirección de la banda y publicada días antes en el periódico Egunkarla afirmaba que con el asesinato el 23 de enero de Gregorio Ordóñez en San Sebastián pretendía atentar contra «los políticos responsables de la prolongación del conflicto». Advertía que los políticos profesionales habían entendido que las consecuencias de lo anterior alcanzarían a todos.

A las diez y diez de la mañana del día siguiente, en mangas de camisa, con un jersey sobre los hombros y acompañado por su esposa, Aznar abandonaba la clínica y acudía a visitar a los heridos que aún estaban hospitalizados.

Ese día, el entonces presidente de la Conferencia Episcopal, Ellas Yanes, arzobispo de Zaragoza, se mostró partidario del diálogo con ETA sólo en el caso de que ésta fuera sincera y hubiera garantías de paz. «Lógicamente, si hay posibilidades debe intentarse, aunque con hechos como éstos ETA demuestre que no quiere diálogo, que no quiere paz, pero, con o sin él, ETA debe abandonar las armas.»

Margarita Robles nos convocó de urgencia a la policía y la Guardia Civil. Había que intensificar las investigaciones, aunque se estaba en una situación en la que no había nada operativo, suficientemente preparado. Después, y en declaraciones a la prensa, manifestó que «creemos que han intentado matar a Aznar en varias ocasiones más y que llevan detrás de él mucho tiempo».

Este hecho hizo que casi pasase desapercibido otro, también de autoría etarra, llevado a cabo el mismo día en un cuartel abandonado de la Guardia Civil en Endarlaza (Navarra). Un artefacto explosivo provocó la muerte del policía Eduardo López Moreno, padre de tres hijos.

El viernes, tras las últimas clases, me dirigí al despacho de nuestro abogado, Jorge Argote, desde donde llamé a la sede del PP con el único objeto de dejar un mensaje de alegría y de felicitación por no haber conseguido los

terroristas su objetivo. El día anterior a su atentado, en unas declaraciones a la prensa, se había referido a mí en los siguientes términos: «Si lo que me preguntan es si estaría dispuesto a aceptar que la Guardia Civil se retire del País Vasco o sumarme a una campaña verdaderamente triste contra el coronel Rodríguez Galindo para tener unos votos a favor, he de decir con toda claridad que no.»

La secretaria que se puso al teléfono me pidió que aguardara un momento y, a los pocos segundos, la voz del presidente del PP, alta y firme, sonaba, con gran sorpresa mía por el auricular:

Conversación con Aznar

—Coronel, ¿cómo se encuentra?

Aquello parecía irreal. Un hombre que había estado unas horas antes a punto de perder la vida se interesaba por mí.

—No, no... Usted, ¿cómo se encuentra usted?

—Bien, muy bien. Sin ningún problema.

—Me alegro mucho, y doy gracias a Dios por ello. Es usted un hombre demasiado importante para España.

Sonó una risa corta y tranquila.

—No, el hombre importante para todos nosotros y para España es usted. Muchas gracias, coronel, por su llamada. Un fuerte abrazo.

Aquella fue la última vez que hablé con aquel político que un año más tarde se convertiría en el nuevo presidente del Gobierno español. Me parece que, al menos por una vez, el señor Aznar se equivocó en su apreciación sobre mi persona.

También unos días después de estos hechos, el 30 de abril, el que con el tiempo sería ministro de Interior, Mayor Oreja, al ser preguntado si era de los que me expresaban cariño, respeto y respaldo, contestó: «No tengo que

sentir ni dejar de sentir cariño y afecto. Yo creo que ha sido objetivamente un símbolo, y sobre todo eficaz, en la lucha contra ETA. Y cuando me consta que hay una campaña desatada no tengo ningún inconveniente en mostrar todos los sentimientos de apoyo hacia Rodríguez Galindo. Y digo que tiene una trayectoria importantísima en la lucha contra ETA.» Le constaba que había una campaña desatada. Después, las opiniones tomarían otro camino.

Años más tarde, mi mujer, cuando yo me encontraba en prisión, se dedicó sin descanso a pedir en las calles de Zaragoza la limosna de una firma para mi indulto y el del resto de los condenados. Consiguió, junto a los demás familiares, día a día, en invierno y en verano, sin importar ni el frío ni la lluvia ni nada, reunir cerca de doscientas mil firmas y ejercer la petición en el Ministerio de Justicia. Trató desesperadamente de hablar o de ser recibida por la esposa del presidente Aznar para rogarle ayuda al menos en la tramitación, que no en la concesión, pues aquélla se eternizaba. Nunca consiguió ser escuchada más que por una secretarla o secretario, seguramente de otra secretarla o secretario de la señora de Aznar.

También aquel día 20 de abril, el vicesecretario general del PSOE, Alfonso Guerra, en un acto de homenaje a Juan Barranco, antiguo alcalde de Madrid por este partido, «culpó a quienes han deslegitimado la lucha antiterrorista de dar alas a los asesinos de ETA. Hace dos años ETA estaba acorralada; hoy, sin embargo, no es así. Deberíamos pensar por qué».

Secuestro de Aldaya

El 8 de mayo, ETA daba un nuevo golpe, esta vez para beneficio logístico, además del efecto multiplicador de la propaganda, y secuestraba a un empresario de transportes propietario de Alditrans, José María Aldaya, cuando regresaba a su domicilio en Fuenterrabía. Permaneció en cautividad durante 341 días en un estrecho «agujero» de no más de tres metros de largo, en el que apenas cabía la colchoneta de dormir y una silla. Durante todo este tiempo se mantuvo encendida una pequeña bombilla que iluminaba el habitáculo, en el que, en sus manchas de humedad, este hombre manifestó posteriormente creer ver la cara de Jesucristo. Tenía cincuenta y tres años y parece que ETA obtuvo un rescate de 130 millones

de pesetas. Su secuestro llegó a coincidir en el tiempo con el de José Antonio Ortega Lara, con lo que la banda pretendía demostrar su pujanza.

A finales de junio terminó el curso de general, que había durado cuatro meses. Hasta ese momento había mantenido frecuentes entrevistas con la secretaría de Estado, las últimas con motivo del secuestro de Aldaya, pero a partir de ese momento sentí un distanciamiento en lo que hasta aquel momento había sido afabilidad que ya se mantuvo hasta su cese tras las elecciones generales de 1996.

Yo me despedí del director, de ella y del ministro y marché a San Sebastián para hacer oficial la entrega definitiva del mando de la Comandancia al teniente coronel Laguna, tras de lo cual, a mediados de julio, abandoné la capital guipuzcoana, aunque volví en alguna ocasión.

Me habían concedido unos días de descanso y durante ellos contemplé asombrado la formidable campaña que desataron algunos medios de comunicación con el objeto de impedir mi ascenso a general. No comprendía cómo mi persona podía despertar tanta animadversión entre gente que ni me conocía, pero, aun así, cada día superaba amargamente al anterior.

CAPÍTULO 17

Ascenso a general

El Consejo de Ministros decidió el 4 de agosto mi ascenso a general. Estaba en casa con mi mujer y mis hijos, que fueron los primeros en felicitar-me. En aquellos momentos de tensión, la familia estuvo más unida que nunca y fue un apoyo fundamental.

El teléfono de casa no dejó de sonar. Primero fueron los ministros de Defensa, Suárez Pertierra, y de Interior, Belloch, para comunicarme el acuerdo que había adoptado el Gobierno. Después, el director general, Ferran Cardenal, decenas de compañeros y amigos, entre ellos el ministro Juan Manuel Egulagaray, que había sido delegado del Gobierno en el País Vasco en mi última etapa en Ínchaurreondo.

Era el primer miembro de la promoción de ingreso en Zaragoza, la XIX, que alcanzaba el empleo de general. Tenía cincuenta y seis años, y aunque era, como militar, el momento más importante de mi carrera, lo recibí dolorido por aquella situación de acusaciones continuas.

También echaba de menos mi trabajo. Recordaba con añoranza Ínchaurreondo y sus hombres cuando apenas hacía unos días que los había dejado. No fue un ascenso que me sorprendiera; ni siquiera que lo deseara. Intenté descansar y, sobre todo, olvidar. No fue posible. Tampoco me lo permitieron.

A mí me hubiera gustado que la imposición de la faja de general se celebrara en la Comandancia de Guipúzcoa, pero tuvo lugar en Madrid el 18 de septiembre. Comprendí que la fortísima presión de los medios, y probablemente de los partidos políticos vascos, lo desaconsejaron.

La Dirección General decidió, con el visto bueno del ministerio, que el acto fuese privado, con asistencia de invitados, familiares y autoridades, y con

exclusión de la prensa, que jamás había asistido a una ceremonia de este tipo. Sin embargo, algo tan normal sirvió para que se organizara en torno a mi persona una «escandalera mediática» sin que yo hubiera tenido la más mínima intervención.

Acudieron numerosos oficiales y guardias de la Comandancia de San Sebastián, mandos militares y compañeros, así como todos los políticos que había tenido como superiores a lo largo de aquellos quince años. También me acompañaban mi esposa, mi hijo Juan y mi hermano Antonio, únicos que pudieron asistir.

El acto tuvo lugar a las 13 horas y fue presidido por los ministros de Interior y de Defensa, a los que acompañaba el director general. Al final del acto se emitió una nota oficial en la que, entre otras cosas, se decía lo siguiente:

Tras la lectura del Real Decreto de ascenso, el general Gallado dirigió unas palabras a los asistentes en las que agradeció a su Majestad el Rey y al Gobierno de la nación el ascenso conferido, haciendo extensivo dicho agradecimiento al director general del Cuerpo y a las numerosas autoridades que a lo largo de su carrera le han apoyado en su andadura profesional.

Seguidamente, hizo un repaso pormenorizado de las numerosas vicisitudes de su vida militar desde su ingreso en la Guardia Civil, recordando con gratitud y cariño a cuantas personas, familiares, compañeros y amigos le han ayudado y han compartido con él su camino hacia el generalato.

Recordó el general Rodríguez Galindo, en relación con su trabajo y el de guardias civiles en el País Vasco, cómo todas las actuaciones, por heroicas que sean, están sometidas a un durísimo juicio contradictorio, cómo se siente la soledad con desgarró y por el contrario no se siente el orgullo de la victoria ni el honor de la derrota digna, ni tan siquiera la alegría de volver a casa porque se está en ella.

Señaló que aquella era una lucha contra un enemigo irracional, organizado e ideologizado hasta el paroxismo (a quien por ello no es posible convencer) y que utiliza en beneficio propio todos los elementos contra los que

combate. Una lucha en la que se llevó hasta las últimas consecuencias la consigna, ya ancestral, de nuestros acuartelamientos: «Todo por la patria.»

«Bien podéis estar orgullosos de vuestro trabajo, compañeros de la Comandancia de Guipúzcoa, los actuales y los pasados, los vivos y los muertos, a nadie le debéis nada y si os deben a vosotros algo de tanto valor como la vida propia. Yo estoy orgulloso de ser vuestro amigo y de haber sido vuestro jefe.»

Finalmente, dijo que la superioridad había recompensado el trabajo de toda la Comandancia con su propio ascenso, simbolizado en la faja que acababan de imponerle, señalando que dicha faja será llevada a la Comandancia de Guipúzcoa para que permanezca a los pies de la imagen de la Virgen del Pilar allí ubicada mientras quede un guardia civil en Inchaurrondo. Un cerrado y prolongado aplauso subrayó el discurso del general.

Cerró el acto el ministro Belloch con unas palabras en las que señaló que su presencia y la del ministro de Defensa subrayaba el apoyo que el Gobierno había prestado al ascenso del general Rodríguez Galindo, a pesar de cualquier presión externa para que no se planteara la propuesta conjunta de ambos ministerios o que el Consejo de Ministros no la asumiera. En ocasiones no sólo se ha pretendido evitar el ascenso del general, sino algo más serio e importante: cuestionar globalmente la presencia o actuación de la Guardia Civil en el País Vasco.

El ministro señaló que, además de la obligación de hacer justicia, había que dejar claro que esos planteamientos no iban a prosperar, la Guardia Civil continuará en el País Vasco y cualquier Gobierno democrático hará siempre lo mismo, entre otras cosas porque la Constitución así lo exige, ningún intento servirá al respecto.

El ascenso tiene también otro significado. Es el reconocimiento a la extraordinaria labor realizada por el conjunto de la 513.ª Comandancia de la Guardia Civil. La guarnición de Inchaurrondo, sus servicios de información, han dedicado y dedican todos sus esfuerzos a combatir la lacra terrorista. El ascenso del general Galindo es la expresión de ese reconocimiento.

Para el Gobierno ha sido y es una satisfacción que don Enrique Rodríguez Galindo haya entrado a formar parte de la plantilla de generales de la Guardia Civil. Finalizó el ministro sus palabras con un viva a la Guardia Civil contestado por todos los asistentes.

Días después me dirigí de nuevo a Ínchaurreondo. Tras depositar la faja de general en la capilla, ante nuestra Patrona la Virgen del Pilar, me reuní en un almuerzo en el acuartelamiento con sus hombres y mujeres, y con los amigos de allí. Era la verdadera despedida, aunque yo no quisiera ni pensarlo, ni siquiera considerarlo. Seguramente, no faltó nadie de los que tenían que asistir y fue la última vez que vi con vida a mis amigos Fernando Mágica y José Antonio Aguiriano, delegado del Gobierno.

Después regresé a Madrid y me incorporé al nuevo destino que se había preparado para mí: asesor en asuntos de terrorismo del director. No asesoré mucho. Ayudé en lo que pude y acudía con cierta frecuencia a despachar con el ministro.

El caso Lasa-Zabala trataba de la desaparición en Franca de dos supuestos miembros de ETA trece años atrás y el posterior hallazgo de sus cadáveres en un paraje de Alicante. Sus muertes fueron imputadas por el juez Javier Gómez de Liaño a algunos agentes de Ínchaurreondo, al que por aquellas fechas era el gobernador civil de Guipúzcoa, Julen Elgorrlaga, y a mí como inductor.

El juez Liaño había ido citando a mis hombres y, tras tomarles declaración, los había encarcelado. En mi opinión, todos ellos eran excelentes agentes, de esos que uno siempre quiere en su equipo o a su lado en el servicio, de esos que nunca te abandonan; además, eran responsables de actuaciones contraterroristas muy meritorias. Se trataba del cabo Felipe Bayo Leal y el sargento Enrique Dorado Villalobos, que por su pérdida de condiciones psicofísicas ya habían abandonado el Cuerpo; y el teniente Pedro Gómez Nieto.

El encarcelamiento se había debido a una decisión atípica del juez, que no sólo dictó su incomunicación sino que también se negó a que fueran atendidos por sus médicos personales.

Las diligencias las había iniciado un año antes el juez Carlos Bueren, que no sólo no había encontrado indicios de culpabilidad tras un sinfín de pesquisas, declaraciones y careos, sino que además ni siquiera me llamó a declarar. Cuentan que cuando se disponía a archivar la causa aceptó una oferta de trabajo en un despacho de abogados y pidió la baja, abandonando el juzgado.

Fue muy comentado después en medios jurídicos y periodísticos cómo un juez de Sevilla que había solicitado como destino esa plaza vacante, y al que por antigüedad le correspondía, renunció pocas horas antes de cumplirse el plazo de petición; y cómo en ese corto lapso de tiempo un miembro del Consejo General del Poder Judicial, Javier Gómez de Liaño, la solicitó, pese a que suponía para él un descomunal descenso en el escalafón. Todos se preguntaban los porqués. Pero el caso es que de ese juzgado dependía nuestra causa, que podía tumbar al PSOE y a Felipe González, y la de Mario Conde. Había además unos enredos de familia extrañísimos que lo hacían todo aún más anómalo.

También se habló mucho de lo extraño que resultaba que, doce o trece años después de la desaparición de los supuestos etarras, un policía alertase de la posibilidad de que ciertos restos humanos que se hallaban en el cementerio de Alicante pudieran pertenecer a esas personas; así como del secretismo con el que fueron llevados los análisis de ADN y otros trámites judiciales por parte del abogado Íñigo Iruin, defensor habitual de miembros de ETA, y un fiscal de la Audiencia Nacional. Ciertas fuentes jurídicas llegaron a afirmar que todo ello pudo incluso llevar a declarar la nulidad del proceso.

Pero con nosotros no había nada que hacer. ¡Todo parecía valer! A la vista de lo expresado anteriormente solicité la recusación del juez Liaño; él mismo la rechazó de plano, sin pasársela a otro magistrado para que la resolviera, y pese a su clara animosidad hacia mí, que quedó clara en un libro que escribiría después. No sucedió lo mismo cuando fue recusado por el dueño y por el director del diario El País. Aquello fue resuelto por el juez Baltasar Garzón y supuso el principio de su fin; poco tiempo después fue condenado por prevaricación, aunque luego fuera indultado.

Fui citado por el juez para el 23 de marzo. El día antes había sido llamado al despacho del director general de la Guardia Civil. La conversación fue

breve:

—Pasa, general, pasa. Siéntate, por favor —dijo él; yo tomé asiento y él continuó—: Verás, ante la posibilidad de que mañana te procesen... porque estás citado para mañana, ¿verdad?

—Sí, a las diez.

—Ya, bueno. Yo, como sabes, estaré en París. Y tengo que decirte que en ese caso, en el caso de que te procesen, no tendré más remedio que cesarte.

—Lo comprendo, director.

—Ya sabes que nosotros venimos siendo muy respetuosos con la situación...

—Lo sé. Te deseo éxito en París; y si no deseas nada más...

—Adiós —replicó, estrechándome la mano.

—Adiós, director.

Por un momento había pensado que la llamada era para interesarse por mi estado de ánimo, por mi familia, para solidarizarse conmigo, vamos. Pero a veces a los directores generales de la Guardia Civil se les embota la humanidad, la sensibilidad. Quiera Dios que no le ocurra lo mismo a ninguno de los más de setenta mil agentes de que consta el Cuerpo si precisan de apoyo. Aquel director se llamaba Santiago López Valdivielso y, que yo sepa, todavía no ha ganado el rally París-Dakar.

Al día siguiente, antes de acudir ante el juez, madrugué para desayunar con mi esposa, que me rehuía la mirada llorosa. ¡Dios mío! Me es completamente imposible describir mis sentimientos en aquel momento. Mis hijos no se encontraban allí con nosotros; dos estaban en academias militares, otros dos en Zaragoza, y a la pequeña, para que no viviera aquel trance, la habíamos mandado a casa de unos amigos. Un hombre que siempre había cumplido con su deber y que había respetado la legalidad veía ahora cómo su familia se rompía tras cuarenta años de servicio. Sé que Dios, algún día, aquí o en la otra vida, compensará aquel dolor. Lo sé.

Me despedí de mi esposa con pena y ternura y marché a mi despacho, donde me despedí con un fuerte abrazo de los hombres que trabajaban conmigo. Ya con un pie en el coche, hice lo mismo con el coronel Dámaso y el comandante Vaquero, y salí para la Audiencia Nacional. Eran las 9.15.

Llegamos media hora después. Fui conducido a una pequeña habitación tras identificarme y presentar la cédula de citación. Allí me reuní con mi abogado, Jorge Argote, un hombre al que conocí tarde y una de las poquísimas personas por las que daría la vida. Llegada la hora, fui conducido a otro despacho, donde se encontraban los representantes de la acusación y el juez, frío como un témpano. Caras muy serlas, excepto las de las acusaciones particulares.

El juez, sin ningún saludo ni formalismo, me preguntó si iba a contestar a las preguntas de las acusaciones, del fiscal Santos y de él mismo. Le contesté que no, que quería presentar una declaración a la vista de la patente animosidad de su señoría. En dicho escrito declaré mi inocencia y la de mis hombres, y solicité mi ingreso en prisión para seguir así su suerte; además, me acogí a mi derecho constitucional a no declarar.

El magistrado, con gran displicencia, casi con desprecio, ordenó que se siguiera el procedimiento, concediendo la palabra a unos y otros, de tal manera que entre todos me formularon más de un centenar de preguntas que quedaron en el aire en medio de un espeso silencio.

Luego, casi sin enterarme, participé en un careo con un policía. Rechacé enérgicamente que este agente hubiera viajado alguna vez conmigo en mi coche oficial.

A las 13, sin que la tensión hubiera descendido un ápice, se celebró la vistilla, el minijuicio en el que las partes solicitan o no medidas cautelares para el imputado. El fiscal, tras un razonamiento muy poco técnico y falto de base, pero, eso sí, con mucho sentimiento, solicita para mí prisión incondicional e incomunicada, como las acusaciones particulares. Mi abogado, como era de esperar, pidió la libertad. Fue en vano. El guión de mi futuro ya había sido escrito por otra persona.

El juez accedió a las peticiones de las acusaciones no sin antes añadir que «por el respeto que siente por el derecho de defensa» no impidió que constara una frase de mi abogado: «Hoy ETA ha logrado una gran victoria.»

Desde aquel momento quedé detenido e incomunicado. Me despedí amarga pero calurosamente de Argote y fui conducido a dependencias policiales. Eran las 14.30. Allí pasé cinco horas. Luego me comentaron que el juez pretendía haberme mandado al penal militar más lejano del país, en Tenerife, y que no quiso creerse que aquel día estuvieran cerradas todas las prisiones militares excepto la de Alcalá de Henares. Tuvo que intervenir el Ministerio de Defensa para convencerle.

Entretanto había recibido mensajes de apoyo de los ex ministros de Interior José Barrionuevo y José Luis Corcuera, así como del ex secretario de Seguridad del Estado Rafael Vera. Además, y también con autorización judicial, me pude poner en contacto telefónico con mi esposa y mi hijo Juan. Empezaba a sentirme más sereno, aunque aún estaba ofuscado. A las 19.30, el juez firmó el auto de prisión.

Quince minutos después abandonaba la Audiencia en mi coche oficial. Dentro, además del chófer, Enrique, viajábamos el general Primitivo Seivane y yo. Alrededor de la puerta se amontonaban decenas de periodistas que nos deslumbraban con los flashes de sus cámaras fotográficas y de televisión. Todos querían captar la imagen más impactante del drama que vivían los ocupantes del Audi A-6.

Como pudo, con los nervios a flor de piel, Enrique se fue abriendo paso pese al riesgo de atropello e incluso de accidente. El coche giró a la derecha para, por una calle estrecha, rodear la manzana del tribunal y acceder a la calle de Génova; de nuevo giró a la derecha (se notaba que estábamos en los dominios del Partido Popular), hasta la plaza de Colón, donde encaró la Castellana, y aceleró todo lo posible hasta alcanzar la autovía A-2. Nos escoltaban dos coches oficiales de la Guardia Civil con tres hombres en cada uno.

La nube de periodistas a la que me he referido antes se subió en coches y motos de gran cilindrada y, como abejas de un enjambre, nos adelantaban, se cruzaban por delante, se acercaban y nos fotografiaban desde todos los

ángulos. Ese trayecto por la autopista de Barajas resultaba peligroso no sólo para nosotros sino también para ellos.

Los conductores que en uno u otro sentido se topaban con nosotros sólo tenían que encender la radio para encontrar la respuesta al revuelo. La mayoría de las emisoras de Madrid informaban en ese momento en directo de que, por orden judicial, el general Enrique Rodríguez Galindo estaba siendo conducido a prisión. El mismo hombre que llevaba dieciséis años batallando contra el terrorismo de ETA y que, en contra de su voluntad, había obtenido una cierta notoriedad por algunos de los éxitos logrados contra esa banda. El guardia civil que con su trabajo al mando del más conocido, sacrificado y eficaz acuartelamiento del Cuerpo, Ínchaurreondo, había luchado por que las Fuerzas Armadas, los políticos y la sociedad no perdieran nunca la moral, y que en todo momento se mantuviera la seriedad del Estado de Derecho.

Llegamos a la cárcel militar de Alcalá de Henares a las 20.30. Tras superar los puntos de control de acceso nos esperaba la plana mayor del penal, encabezada por el coronel director del centro, Jesús Ranera. Allí me despedí de los agentes que me habían escoltado, la mayoría con los ojos anegados en lágrimas. Con el alma rota y casi sin fuerzas, susurré algo sobre la perseverancia en el cumplimiento del deber y grité un «¡Que viva siempre España!».

Pero más doloroso fue despedirme de Seivane, que lloraba amargamente al entregarme. «Te entrego al mejor general de la Guardia Civil —le dijo al coronel, para luego añadir—: Bueno, ¿dónde está aquí el whisky?» El coronel, en posición de firme, con frialdad y corrección, le contestó: «Mi general, en este establecimiento no existen licores de ningún tipo.» Tras esta escena tan emocionante me quedé al fin solo.

Me practicaron un reconocimiento de mis pertenencias (sólo llevaba lo puesto) y un ligero análisis médico. Me adjudicaron una celda. Era el único ocupante del módulo entero. Y me quedé solo. Lo repito porque así me sentí al ver salir al último guardia. De hecho, como había ingresado después de la hora de la cena, sólo pude comer dos manzanas que me proporcionó el jefe de celadores, otro buen amigo, Francisco Carmona.

Examiné mecánicamente la celda, de unos catorce metros cuadrados, con un pequeño aseo, ducha y lavabo. Sobre la cama había un juego de mantas y sábanas y el paquete que entregan al ingreso: una bolsa de plástico con dos rollos de papel higiénico, dos maquinillas, pasta de dientes y de afeitarse, una pastilla de jabón, un cepillo de dientes y un pequeño peine.

Puse el paquete sobre el lavabo e hice la cama. Me quité la americana. Miré el reloj. Las 21.45. Me senté en la cama y por primera vez empecé a darme cuenta de todo lo que había pasado ese día. El silencio era atronador. Me eché un rato, pero media hora después tenía que incorporarme, agobiado por las paredes desnudas. Casi sollozando, me puse a rezar ante un crucifijo. Me latían las sienes mientras caminaba de un lado al otro de la celda. Imposible dormir. Comenzaba mi periodo de reclusión: incomunicado, sin radio, sin televisión, sin prensa y con las visitas limitadas a lo que el juez autorizase.

Imposible dormir, no sé nada del resto del mundo ni del tiempo que ha pasado. ¿Sólo un día? El celador oye mis pasos recorriendo los escasos tres metros una y otra vez. Se acerca a la celda y me pregunta si me encuentro bien, a la vez que me ofrece un sedante, que rechazo tras agradecer su interés.

No sé si he dormido, pero clarea el día a través de la ventana. La oración me ha serenado. Porque ahora entiendo que, tras las formalidades penitenciarias, empezaba mi reclusión y mi verdadera incomunicación, que era total.

En muchos medios y a distintos políticos de uno y otro signo y profesionales del análisis de la actualidad he oído que si hubo o no una conspiración para derribar al Gobierno de la época. Yo lo ignoro, pero no me resisto a incluir en los anexos de este libro un extracto de la entrevista publicada en la revista Tiempo en febrero de 1998 que Santiago Belloch realizó a Luis María Anson, académico de la lengua, director de ABC, presidente y fundador de La Razón, y una institución en las letras y prensa españolas. Como igualmente una entrevista que el periódico El País realizó al subcomisario Amedo referente al mismo tema y que publicó el día 10 de febrero de 2006. Y ello al margen de que un tribunal nos sometiera a juicio y nos hallara culpables para dejar constancia de la licitud de las «pruebas» y

de que aquí sí pareció ser aceptado que el «fin justifica los medios». También he incluido el voto particular, resumido, que cinco miembros del Tribunal Constitucional suscribieron estimando nuestro recurso mientras que otros siete lo desestimaron, y unas declaraciones del presidente de esta institución. Muchas veces he oído comentar al abogado José María Fuster-Fabra que en ningún tribunal europeo de estas características se hubiera adoptado una resolución así con semejante votación de siete a cinco. Conocí a José María Fuster-Fabra Torrellas, abogado y profesor de la Universidad de Barcelona, y la que hoy es su esposa, Rosel, también letrada, durante mi primera estancia en prisión, cuando se incorporaron junto a Jorge Argote a nuestra defensa. Desde el primer momento me impresionaron no sólo su profundo conocimiento del mundo del Derecho sino también su entusiasmo. Hoy, su amistad es uno de mis pocos activos, que espero conservar.

El 24 de febrero de 1997, el director de la revista *Época*, Jaime Capmany, presentó en su juzgado una denuncia contra los representantes de la empresa Sogecable, Jesús de Polanco y Juan Luis Cebrián, por supuestas irregularidades contables y utilizar indebidamente la garantía depositada por los abonados de Canal Plus. La tramitación estuvo llena de incidentes, decisiones del Tribunal Superior que no siempre fueron bien acatadas por Liaño que, finalmente, fue apartado de la misma al ser aceptada su recusación. Los denunciados presentaron entonces una querrela ante el Tribunal Supremo contra el juez, que fue procesado por tres supuestos delitos de prevaricación por el magistrado Martín Canivell. El 19 de junio de 1998, el Consejo General del Poder Judicial acordaba la suspensión cautelar en sus funciones como consecuencia de las decisiones que como juez había tomado contra los denunciados. Esta suspensión fue respaldada por otros diecisiete vocales del CGPJ, absteniéndose cuatro. Meses después, el 10 de noviembre, el Tribunal Supremo confirmó su procesamiento y el 5 de febrero del 99 acordaba juzgarle por prevaricación y abría juicio oral contra el mismo. Liaño recusó a los tres magistrados que constituían el tribunal, recusación que fue rechazada el 15 de junio, iniciándose la vista el 14 de septiembre de ese año. Durante la misma, el juez Garzón, que compareció como testigo, manifestó que Liaño y el fiscal Ignacio Gordillo habían mentado al tribunal, y acusó a la también fiscal María Dolores Márquez de Prado, esposa y abogada de Liaño, de haber pronunciado la

siguiente frase cuando fue admitida la denuncia contra Sogecable: «Vamos a hacer la revolución judicial para acabar con el sistema político corrupto y con el felpismo.» El día 15 de octubre, Liaño era condenado a quince años de inhabilitación, lo que supuso su expulsión de la carrera judicial. El 1 de diciembre de 2000, el Gobierno concedió 1.443 indultos. Uno de ellos era el suyo. En el informe de su petición, el fiscal, al mostrarse favorable, manifestaba que no podía dejar de atenderse «el clamor social» de alrededor de 1.500 personas que habían mostrado su adhesión al ex magistrado.

Cuatro años más tarde se celebró nuestro juicio que, con los testimonios de los testigos de cargo, terminó en condena, cuyo recurso de casación fue desestimado por el Supremo y el Constitucional, por el resultado ya comentado de siete votos a favor y cinco en contra. Después elevamos nuestra petición al Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo y a la espera estamos de la resolución que adopte.

Es aquí donde deben terminar estos recuerdos de libertad. Las sucesivas etapas de prisión que vinieron a continuación, con todas sus vicisitudes y cambios de uno a otro establecimiento penitenciario, así como el juicio, con el drama de la muerte en directo de uno de aquellos testigos, el policía Jesús García García. Era el que había puesto al fiscal en antecedentes de la existencia de aquellos restos en Alicante desde hacía diecisiete años.

Todo esto y los posteriores recursos no caben en este libro con el que fundamentalmente quiero rendir homenaje al trabajo, al sacrificio, al esfuerzo y a la eficacia que llevaron a cabo los hombres y mujeres de Inchaurredo, para mí el verdadero primer cuartel que ha tenido el Cuerpo, antes, durante y después de mi estancia en él, en la lucha antiterrorista.

Aquellos largos años desesperanzados en prisión, las visitas de amigos, el drama y las vicisitudes de las familias que venían a traernos algo de hogar, perdido para siempre, su sufrimiento y humillación... La relación con la población reclusa, ese mundo ignorado, olvidado, desconocido que está al otro lado de la muralla, lleno de humanidad, auténtico este del Edén de la civilización y del que me siento tan cerca...

Tiempo y día habrá para ello. Fue la época de miles de cartas, la mayoría de gente desconocida, de las crónicas de Nurla, de los cuadros de Eric, del

bordado de Pilar, de los dibujos a lápiz de Antonio López, verdaderos tesoros que recibí en prisión. Pero ésa es otra historia, como queda dicho, para mañana.

Al terminar he de recordar a cuantos hombres y mujeres han servido a España en Ínchaurreondo, aquel cuartel, y en la Comandancia de Guipúzcoa. En su homenaje, como queda dicho, se ha escrito esta crónica de vida y muerte.

Y al hacerlo es inevitable evocar los versos que sobre la milicia escribía hace casi cuatrocientos años un soldado de la Infantería española llamado Pedro Calderón de la Barca, versos inmortales, inolvidables:

Aquí, la más principal hazaña es obedecer...

En verdad, unos y otros, con su trabajo unas veces, con su sangre otras, la llevaron a cabo cumplidamente, heroicamente. Todos, pues:

No debe el caer quitar la gloria de haber subido.

Organigramas de la banda terrorista ESTRUCTURA DE "E.T.A." -
MILITAR- EN JUNIO DE 1984- OBTENIDO TRAS LA DETENCIÓN
DE ZABARTE BIL'ZAR TXIPIA APARATO DE FINANZAS COMITÉ
DE REFUGIADOS Domingo ITURBE ABASOLO •••• TXOMTN Juan
Lorenzo LASA MICHELENA TXIKIERDI Juan Ramón ARA MBURU
GAR MENDIA ...••• JUANRA José Antonio URRUTICOECHEA
BENGOECHEA JO SU TERNERA Eugenio ECH EVE STE
ARIZGUREN o. •. o. •• ANTZON Juan Ángel OCHOANTESANA
BADIOLA • KIPRU Isidro Mario GARALDE BEDIALUNETA-
MAMARRU Javier M" LARREATE GUI CUADRA •••• ATXULO Ángel
M' GALARRAGA MENDIZABAL • POTOTO COMITÉ EJECUTIVO
Domingo ITURBE ABASOLO •• TXOMIN Juen Lo-eezo LASA
MICHELENA ••...••• TXIKIERDI Ju.n Ramón ARAMBURU
GARMENDIA JUANRA José Antonio URRUTICOECHEA
BENGOECHEA • JOSU TERNERA Eugenio ECHEVESTE ARIZGUREN
•••• ANTZON José Mnnuel PAGOANZA GALLASTEGUI. PEITXOTO
COMANDOS OPERATIVOS ILEGALES Juan Lerenzn LASA
MICHELENA TXIKIERDI Sontiego ARROSPJ)E SARASOLA ••...
SANTI POTROS APARATO MILITAR Domingo ITURBE ABA SOLO •
TXOMIN JII.n Lerenze LASA MICHELENA •••• TXIKIERDI APARATO
INTERNACIONAL Javier M" LARREATE GUI CUADRA •••••
ATXULO José M" ABA SOLO ASTIGARRAGA •.. TXETXU José Manuel
MARTINEZ BETZTE GUI ••...• TITO Sabino
EUBACENARRUZABEITIA o PELOPINTXO Eloy URI~RTE DiAZ DE
CUERE' O .5R. ROBLES Pedro GONI LIZARRAGA o PERICO José M"
GANCHE GUI ARRUTI • PELLO Ramón SAGARZAZU
OLAZAGUIRRE TXEMPELAR APARATO POLITICO Eugenio
ECHEVESTE ARIZGUREN ANTZON José M" ARRE GUI EROSTARTE
FITI Juno Ramón ARAMBURU GARMENDIA JUANRA Eloy URIARTE
DiAZ DE GUEREÑO ••...•... SR. ROBLES Juan José ARISTIZABAL
CORTAJARENA . Javier ARIN BAZTARRIKA WHISKY APARATO DE
SEGURJI)AD Franciscu MÚGICA GARMENDIA ...•• ARTAPALO
Pnusuoc E. VILLANUEVA HERRERA TXAPU Jo•• R. LÓPEZ DE
ABECHUCO LIKINIANO ..ABECHUCO JI)EOLÓGICO Eugenio
ECHEVESTE ARIZGURE ANTZON PRENSA E IMPUESTOS Eloy
URIARTE DiAZ DE GUEREÑO .sR. ROBLES REDACCIÓN Javíee
ARIN BAZTARRIKA ••...• WHISKY PROPAGANDA Juen Ramón

OPERACIÓN «SOKOA» COMITÉ EJECUTIVO Juan Lorenzo Santiago
LASA MICHELENA TXJKIERDI Francisco MÚGICA GARMENDIA
ARTAPALO José URRUTICOECHEA BENGOCHEA JOSU TERNERA
Santiago ARRÓSPIDE SARASOLA SANTI POTROS José
Javier ZABALETA ELÓSEGUI W ALDO José Luís ÁLVAREZ
SANTACRISTINA TXELIS Juan Ángel OCROANTESANA BADIOLA
KIRRU APARATO POLÍTICO INTERNACIONAL APARA
ECONÓMICO-LOGÍSTICO INFRAESTRUCTURA Francisco
MÚGICA GARMENDIA "ARTAPALO" "PAKITO" Santiago ARROSPIDE
SARASOLA "SANTI POTROS" José Javier ZABALETA ELÓSEGUI
"WALDO" J. Luis OCHOANTESANA BADIOLA "KIRRU" José
URRUTICOECHEA BENGOCHEA "YOSU TERNERA" José Luis
ÁLVAREZ SANTACRISTINA "TXELIS" J. Maria ARREGUI
EROSTARTE "FITI" Javier M' LARREATEGUI CUADRA "ATXULO"
remando EGUILEOS ITUARTE J. Maria ABASOLO ASTTGARRAGA
"TXETXU" J. Ignacio IBARRA UNZUETA "IÑAKI" "ANDONI" Jesús
AMANTES ARNAIZ "TXIRLAS" José Ramón SAGARZAZU
OLAZAGUIRE "TXEMPELAR" Isidro M' GARALDE
BEDIALAUNETA "MAMARRU" Sanliago ZAPIRAIN ELIZALDE
"KAIKU" J. Maria LABORDET ABERGARA "LUXIA" José M'
GANHEGUI ARRUTI "GENERAL" Juan José ARRES E GARCIA
"TXIRI" APARATO MILITAR COMANDOS LEGALES Francisco
MÚGICA GARMENDIA "ARTAPALO" J. Javier ZABALETA
ELÓSEGUI "WALDO" Aitor ELORZA UNANUE J. Luis TURRILLAS
ARANCEI' A "PEPUTO" COMANDOS ILEGALES Prancelsc MÚGICA
GARMENDIA "ARTAPALO" Santiago ARROSPIDE SARASOLA
"SANTI POTROS" COMo DE ACCIÓN Composlctón variable (3-5
personas) \barca cada provlncja ~l nombre del mismo es variable. COMo
DE INFORMACiÓN Lo mismo que lo indicado para les comandos de
acción. con los que se confunden en algunas ocasiones. VIZCAYA (Do, talde
es) Carmen GUIASOLA SOROZABAL Armando RIVEIRO TORMO
.Jullán ACHURRA EGUROLA Félix Ignacio ESPARZA LURI
"NAVARRO" J. Ramón LETE ALBERDI "TRAKI" Jesé A. INCIARTE
GALLARDO "GURUTZ" Antonio LÓPEZ RUIZ "KUBATI" (2 TALDES)
C. "DONOSTI" Juan OYARBIDE ARAMBURU "TXIRIBITA" Félix
MANZANOS MARTtNEZ "RIOJA" GUIPÚZCOA L1 ...1(2 TALDES) /
M. URRIONABARRENECHEA BETANZOS/ "MANU" 19nacto ERRO

ZAZU "PELOS" C. "GOHIERRI" O "COSTA" José A. OLAIZOLA
ACHUCARRO "ANTXON" "ITXASO" I.M. BUSTIZAR YURREBASO
"IVAN" I. BILBAO BEASCOECHEA "IÑAKI" José L. ECTOLAZA
GALÁN "DIENTE PUTO" Ailor ARAMA YO EGUROLA Domingo
TROITIÑO ARRANZ "TXOMIN" Luí, M' LIZARRALDE EIZAGUIRRE
"BELTZ;" LAVA (en reestructuradón) EnriqueGÁRATE GALARZA
"AJXERICO" ~ (en reestruct.uración) Juan M' LIZARRALDE URRETA
"HEAVY" MADRID J.M. SOARES GAMBOA "RIOJANO" Idoya LÓPEZ
RIAÑO APARA TO POLÍTICO-INTERNACIONAL APARATO
ECONÓMICO-LOGÍSTICO PROPAGANDA 11 11 ACOGIDA-
SEGURIDAD COMITÉ REFUGIADOS Begoña CLEMENTE LÁZARO
11 11 J.R. LÓPEZ ABECHUCO LIQUINIANO J. M.nuel PAGOAGA
GALLATEGUI "CLEMENTLNA~ 11 "ABATXUKO" "PEIXOTO" I
Estanslao VILLANUEVA HERRERA J.R. LÓPEZ DE ABECHUCO
LIQUINIANO I "TXAPO' "ABATXUKO~ I Estansl.o VILLANUEVA
HERRERA PRENSA "TXAPO~ LOGISTICA FINANZAS Ángel
ITURBE ABASOLO "IKULA" Pedro GO/" L1ZARZA Sabino EUBA
CENARRUZABEITIA "PELO PLNTXO" JoS M. GANCHEGUI ARRUTI
Feo. Ja.ier MIGUEL EZQUERRA "GENERAL' J. Ramón GONZÁLEZ
VALDERAMA Roma. LANDERA MARTIN MONASTERIO
"JUANTXO" Jesús ARINZABAZTARRICA "BIZKI" "MONO" J. Luis
PALMOU FIDALGO "CURA" Eloy URIARTE DIAZ DE GUERRERO
"SR. ROBLES' Jos. L. ARRIETA ZUBIMENDJ "AZKOITI"
INFRAESTRUCTURA CAPTACIÓN-INFORMACIÓN J. Ramóo
SAGARZAZU OLAZAGUIRRE "TXEMPELAR' Sebastián ECHÁNIZ
ALKORT A "SEBAS" Ignacio GRACIA ARREGUI "IÑAKI DE
RENTERIA" Frand§COOTAEGUIITURRIZA "CESTERO' RESERVA
Bcnffeclo GARELA NU/" "RONI' Mortrn LEAGA OJEDA "GUASEN'
Eloy IRAZABAL ROLINAGA Manuel BECERRA OTEO "GAIZKA"
Bernardo IPARRAGUIRRE MUTUBERRIA "TXIRRITA' Jesús M"
ALTABLE ECHARTE "TXEMA" Miguel M· IZPURA GARCÍA "MIKEL'
Pedro VILES ESCOBAR "K EPA" Iñlgn ACAITURRI IRAZABAL
Ignacio CANTERO ALBERDI Ignacio GUEZARAGA BORDA Miguel
Ángel GRACIA PINGARRÓN J. Jnaqutn LIZASO SOROZABAL Rufo
GOICOECHEA ERRAZKIN "RUFO" Juan M" LABORDETA VERGARA
"LUXIA' CURSILLOS Jos. J. ZABALETA ELÓSEGUI "WALDO" Jo,J.
MIGUEL EZQUERRA Ana M" ALBERDI ZUBIERREMENTERIA

"MIREN" Aroaldo OTEGUI MONDRAGÓN "RIZOS" Teodoro IZA
DORRONSORO "TXIKJLLO" Feo. J. ARIN BAZTA RRICA Jo•• M"
ARCOCHA AZCONA Seba'tión ECHANIZ ALCORTA ·SEBAS' Juan
Cruz MAIZTEGUI BENGUA Beetro MARTiNEZ VERGARA "MIGUEL"
Jacinto GOÑI BARRENA "NAPARRA" ESTRUCTURA DE "E.T.A." -
MILITAR- EN JULIO DE 1994- OBTENIDO TRAS LA DETENCIÓN DE
PEDRO JOSÉ PIKABEA UGALDE "LARRÚN" COMITÉ EJECUTIVO
APARATO POLÍTICO Miguel ALBIZU IRIARTE ••...•• MIKEL ANTZA
Ignacio Miguel GRACIA ARREGUI IÑAKI DE RENTERÍA Jublin
ACHURRA EGUROLA POTOTO José Javier ARIZCURE RUIZ
KANTAUARI Soledad IPARRAGUIRRE GUENECHEA ANBOTO Luis J.
MICHELENA BERASARTE ORLEGI José Lols ARRIETA ZUBIMENDI.
AZCOITI Juan Carlos IGLESIAS CHOUZAS GADAFI Jo"; Luís
URRUSOLO SISTIAGA LANGILE Mikel ALBIZU URIARTE ...• MIKEL
ANTZA APARATO MILITAR Ignacio Miguel GRACIA ARREGUI I..
IÑAKI DE RENTERiA APARATO LOGÍSTICO Julián ACHURRA
EGUROLA POTOTO • APARATO DE ACOGIDA - APARATO DE
INTERLOCUCIÓN • APARATO DE FINANZAS - APARATO DE
MAKOS (Pr esos) • APARATO INTERNACIONAL -APARATO DE
COMANDOS ILEGALES • APARATO DE COMANDOS LEGALES -
APARATO DE CAPTACIÓN E INFORMACIÓN - TALDES DE
RESERVA -APARATO DE MUGAS - APARATO DE MATERIAL -
APARATO DE CURSILLOS - APARATO DE FALSIFICACIÓN _
APARATO DE FABRICACIÓN !ADQUISICIÓN DE MATERIAL
APARATO POLITICO Mikel ALBIZU URIARTE MIKEL ANTZA
Vicente GOICOECHEA BARANDIARÁN WtLLV Eugenio ECHEVEST
ARIZGUREN....ANTXON Ignacio AR.ACAMA MENDÍA ...MALARIO
Belén GONZÁLEZ PEÑALVA CARMEN APARATO MILITAR Ignacio
Miguel GRACIA ARRE GUI. José Javier ARIZCUREN RL'IZ Julián
ACHURRA EGUROLA POTOTO José R. NAVEIRO GÓMEZ
GABARRA José Luís URRUSOLO SISTIAGA LANGILE
ORGANIGRAMA DE ETA ELABORADO EN 1996 . PJELJLTA,
APARATÉ >«iwQ*A>CIA Ak) MILITAR I »UA.I TMikiMMr |
ACOGIDA Y SEGURIDAD i SóNAnu» VMU -**«*—■ MUGAS ii.... i -
YWLIN. «ij u.iti -crt» !*• - ÁÍtñ*MÜ ««u. -ti T*- MLAK.O>S
FABRICACION ADQUISICIÓN PRUEBAS JZZ MADRID IMPUESTO
REVOLUCIONARIO KUK/KEA |— K -ILEGALES | U>M.

AMMttlMMIS "R-«B Planeta España Av. Diagonal. 662-664 08034
Barcelona (España) Tel. (34) 93 492 80 36 Fax (34) 93 496 70 58 Mail:
info@planetairrt.com www.planeta.es P." Recoletos, 4, 3." planta 28001
Madrid (España) Tel. (34) 91 423 03 00 Fax (34) 91 423 03 25 Mail:
info@planetaint.com www.planeta.es Argentina Av. Independencia, 1668
C1100 ABQ Buenos Aires (Argentina) Tel. (5411)4382 40 43/45 Fax
(5411)4383 37 93 Mail: info@eplaneta.com.ar www.editorialplaneta.com.ar
Brasil Av. Francisco Matarazzo, 1500. 3.º andar, Conj. 32 Edificio New
York 05001-100 Sao Paulo (Brasil) Tel. (5511) 3087 88 88 Fax (5511) 3898
20 39 Mail: psoto@editoraplaneta.com.br Chile Av. 11 de Septiembre,
2353, piso 16 Torre San Ramón, Providencia Santiago (Chile) Tel. Gerencia
(562) 431 05 20 Fax (562) 431 05 14 Mail: info@planeta.cl www.
editorialplaneta. el Colombia Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11 Bogotá, D.C.
(Colombia) Tel. (571) 607 99 97 Fax (571) 607 99 76 Mail:
Info@planeta.com.co www.editorialplaneta.com.co Ecuador Whympner,
N27-166, y A. Orellana, Quito (Ecuador) Tel. (5932) 290 89 99 Fax (5932)
250 72 34 Mail: planeta@access.net.ec www. editorialplaneta. com. ec
Estados Unidos y Centroamérica 2057 NW 87th Avenue 33172 Miami,
Florida (USA) Tel. (1305) 470 0016 Fax (1305) 470 62 67 Mail:
infosales@planetapublishing.com www.planeta.es México Av. Insurgentes
Sur. 1898, piso 11 Torre Siglum. Colonia Florida, CP-01030 Delegación
Alvaro Obregón México, D.F. (México) Tel. (52) 55 53 22 36 10 Fax (52)
55 53 22 36 36 Mail: info@planeta.com.mx www.editorialplaneta. com. mx
www.planeta. com. mx Perú Av. Santa Cruz, 244 San Isidro, Lima (Perú)
Tel. (511)440 98 98 Fax (511) 422 46 50 Mail: rrosales@eplaneta.com.pe
Portugal Publicagóes Dom Quixote Rúa Ivone Silva, 6, 2.º 1050-124
Lisboa (Portugal) Tel. (351)21 120 90 00 Fax (351) 21 120 90 39 Mail:
editorial@dquixote.pt www.dquixote.pt Uruguay Cuareim, 1647 11100
Montevideo (Uruguay) Tel. (5982) 901 40 26 Fax (5982) 902 25 50 Mail:
info@planeta.com.uy www. editorialplaneta. com. uy Venezuela Calle
Madrid, entre New York y Trinidad Quinta Toscanella Las Mercedes.
Caracas (Venezuela) Tel. (58212) 991 33 38 Fax (58212) 991 37 92 Mail:
info@planeta.com.ve www. editorialplaneta. com. ve